



DAMIÁN - [Un secreto oscuro y
perverso] ©

DAMIAN

Prefacio

Siempre fui demasiado curiosa.

Siempre sentí la necesidad de descubrir qué sucedía.

Siempre me sentí atraída por ese peligroso misterio.

Por eso pasó lo que pasó.

Lo que me atrajo a un mundo de pesadilla medía aproximadamente un metro ochenta, caminaba como si fuera una sombra a punto de fundirse con la oscuridad y tenía un nombre que poca gente le ponía a sus hijos porque se confundía con el del niño maldito de la Profecía:

Damián.

Ojo, en verdad no debía confundirse con Damien.

Damián y yo éramos vecinos. Vivíamos a dos casas dentro de los pequeños suburbios del pueblo de Asfil, Estados Unidos, y mi interés por él fue instantáneo.

Simplemente lo vi y algo dentro de mí estalló en intriga.

Sabía de su existencia desde que solo éramos unos críos sin forma física definida, desde que estábamos en esa edad en la que los niños y las niñas eran completamente iguales a excepción de entre las piernas. Yo tenía el cabello tan corto que parecía un varón y el cuerpo como un alfiler; y él, bajo un montón de cabello negro, era tan pálido y ojeroso que lucía como si padeciera una enfermedad terminal.

Eso fue lo que despertó mi curiosidad en un principio: su aspecto.

Damián no lucía sano, ni un poco. Se asemejaba a los niños enfermos, débiles y tristes, e inspiraba melancolía, desánimo y cansancio. Era completamente distinto a otros. Y yo quería, no, necesitaba saber por qué era tan peculiar y por qué no compartíamos las mismas actividades. Me refiero a que mientras que yo salía a hacer niñadas en el vecindario, él no se asomaba ni a la ventana.

Íbamos a la misma escuela y él no hablaba con nadie. Era silencioso, reservado y rígido, como un mini adulto al que obligaban a cursar la primaria.

No iba al parque ni a ningún lugar que yo frecuentara.

Rechazaba cualquier gesto proveniente de cualquier persona.

Y desaparecía con una agilidad impresionante.

Por tanto, mi curiosidad infantil me exigía darles respuesta a las diferencias en Damián.

Confieso entonces que toqué a su puerta varias veces esperando encontrar un compinche de travesuras y quizás algunas aclaraciones, y apelaba a la excusa de que no había otras niñas en el vecindario.

Pero en todas las ocasiones mis visitas no me dieron lo que esperaba:

«—Buenas tardes, señora mamá de Damián. ¿Se encuentra él para jugar? Tengo una bicicleta nueva y mi mamá dice que puedo compartirla —había dicho una pequeña yo frente a la puerta de su casa.

Su madre era una mujer completamente normal si se le comparaba con él. Hasta me había sonreído con dulzura cada vez me presentaba.

—Oh, cariño, sería maravilloso, pero Damián está demasiado enfermo como para salir. Lo siento mucho.»

La excusa —o la maravillosa excusa— era que siempre estaba enfermo de anemia, una muy extraña que yo ya me preguntaba por qué nunca se curaba.

Mi madre me dijo una vez que eso podía explicar por qué era distinto físicamente, y por qué no salía mucho de casa, pero eso no respondía a las mil preguntas que se paseaban por mi cabeza.

Yo, en el fondo, sabía que no podía ser cierto.

Sabía que Damián no estaba enfermo.

Sentía que no era así.

Percibía su aire extraño, distinto, atrayente.

Pero con una lista de intentos fallidos, ninguna explicación y nada que asegurara lo contrario, lo que yo pensaba solo eran suposiciones. Y a nadie le importaba.

No obstante, eso no acabó con mi curiosidad. Cuando cumplí los trece años y mis inocentes intereses por jugar con él desaparecieron, dejé de creerme completamente el cuento de la anemia y me atreví a estudiar e investigar su entorno.

¿Qué había conseguido? Nada.

Él nunca salía de casa, nunca sucedía algo extraño alrededor de ella y nunca se observaba nada sospechoso. Aparentemente, todo era normal. Salidas normales, regresos normales y sonidos normales. No había nada alarmante, nada que confirmara mis teorías.

Así el tiempo fue pasando.

Celebré cumpleaños, hice amigas, maduré físicamente, me relacioné con el mundo, ¿y Damián? Continuó enfermo de una supuesta anemia —interpreté entre comillas porque no me tragaba el cuento en lo absoluto— que solamente le permitía ir a clases.

Fuimos a la misma y única escuela primaria de Asfil, y luego entramos al mismo y único instituto de Asfil, pero las circunstancias seguían siendo iguales. Él no hablaba con nadie, hacía las tareas solo, se sentaba al fondo, emanaba un rechazo total hacia cualquiera que le acercara, comía en una mesa aparte, pasaba desapercibido para todos —menos para mí— y apenas tocaba la campana, desaparecía.

Para cuando me di cuenta de los años que se habían consumido, yo tenía diecisiete años y Damián uno por encima de mí.

Y había dado un cambio radical, es decir, la pubertad lo había golpeado de forma sorprendente.

Su cabello era espeso, lacio y oscuro, y siempre estaba despeinado, como si el cepillo fuese un objeto que él no conociera. Había rastros de ejercicio en su cuerpo, aunque su torso y sus músculos no estaban tan marcados como los miembros del equipo de fútbol del instituto. Las pecas que tenía en su pálido rostro, habían desaparecido. Su mirada ya no expresaba tanto cansancio, sino que se había tornado sombría, a veces indiferente y en otras cautelosa, como si estuviera a punto de hacer algo muy malo.

En conclusión, Damián ya no era un niño.

Era un hombre.

Pero todavía era un misterio que no miraba a quien pasaba junto a él, como si no existiera nadie más en este mundo. Eso le funcionaba bastante bien para alejar a los demás, porque nadie era lo suficientemente insistente o interesado como para tratar de hablar con alguien que le miraba con toda la expresión de «no quiero tenerte cerca».

De modo que, con decepción y ante ninguna posibilidad de entrar en su extraña burbuja, el peligroso misterio llamado Damián pasó a un tercer plano para mí. Y fue un misterio que dejé de intentar resolver... hasta ese día.

Autor: Alex Mirez

Damian (Un secreto Oscuro y perverso)

Capitulo 1: Ese día

Estábamos reunidas en la cafetería Ginger Café tomando unos batidos.

—¿Irás a la fiesta de Cristian? —me preguntó Alicia con una nota de entusiasmo.

Ella era una de mis mejores amigas. Solo tenía dos, así que éramos tres en la mesa de la cafetería, éramos tres en el instituto y éramos tres en la vida, siempre.

—Creo que sí, he estado demasiado aburrida en casa —respondí para luego darle un sorbo al batido de fresa que sostenía sobre la mesa de forma circular. Eris nos miró con fastidio ante el tema. Después de Alicia y después de mí, ella era la tercera en la tropa: pelirroja natural, abarrotada de pecas, de ojos verdes y poseedora de un gran intelecto. Me parecía que podía ser la única chica en todo el pueblo que además de ser bonita, contaba con el privilegio de la inteligencia. Alicia se burlaba de eso, porque para ella —quién era un poco hueca— era una anomalía contar con ambas características.

En el superficial y vano mundo de Alicia, no se podía ser ni bonita ni inteligente al mismo tiempo. O se era una o se era la otra.

—Yo no iré a esa fiesta, y ustedes tampoco deberían ir —bufó la pelirroja mientras jugueteaba con la colorida pajilla de su bebida—. Se dice que Cristian sólo la organizará para llevarse a alguien a la cama por una apuesta. El chisme anda rondando por todos lados.

—Creo que ahora tengo más motivos para asistir... —murmuró Alicia con su muy usual toque de picardía.

—¡No juegues! —exclamó Eris frunciendo el ceño, mirándola como si estuviera loca—. Creo que deberías tranquilizarte, porque también he escuchado muchos chismes sobre ti. —Exhaló y relajó el rostro sin dejar de observarla—. ¿Con quién te andas acostando? Debes tener cuidado, ya sé que el instituto alborota las hormonas, pero en serio debes calmar tu vagina.

A veces, Eris utilizaba términos bastante formales para referirse a partes no expuestas del cuerpo; otras veces era lo suficientemente directa como para que escucharla no fuera tan tedioso.

—¿Qué chismes has oído? —pregunté.

Alicia bajó la cabeza y comenzó a rascarse la nuca en un disimulado gesto de vergüenza. Y con eso supe que el chisme no podía ser nada bueno.

Ella tenía, por decirlo de algún modo: «esa fama». Para explicarlo mejor, en un mundo en donde nuestra amistad hubiera estado definida por nuestras características, Alicia habría sido la rubia que siempre quería ser deseada —y

que efectivamente era deseada por todos—, mientras que Eris habría sido la intelectual que nos soportaba por alguna extraña razón, y yo, la que se mantenía en un punto neutro.

No había que malentender, yo no era tan aburrida, ni tan entretenida, ni tan inteligente. Era normal, hacía cosas comunes, también iba a fiestas, también quería acostarme con muchachos —solo que no tenía toda la suerte de Alicia— y también veía necesario no tener una nuez en el cerebro.

Eris hizo a un lado su bebida y se inclinó hacia adelante para apoyar los antebrazos sobre la mesa. Teníamos cerca a varios muchachos que iban al instituto, así que antes de hablar echó un vistazo a los lados para asegurarse que no estaban pendientes de nuestra conversación.

—Dicen que durmió con el primo de Cristian y con Daniel al mismo tiempo —nos susurró.

De inmediato miré a Alicia. Ella solo observaba hacia los lados, esquiva.

—¿Es en serio? —le pregunté, alzando las cejas, aunque a ser sincera no me sorprendía tanto.

—Quizás un poco, pero... —masculló. Su fino rostro se puso tenso—. Es que yo siempre quise intentar... Ustedes no saben, quiero decir... ¡Ah! No es para alarmarse.

—Claro que no, un trío es de lo más normal, pero si escoges dormir con los peores idiotas del instituto que solo buscan hacerlo únicamente para contárselo a todo el mundo como si fuera una gran hazaña, hay algo mal, amiga, hay algo mal —puntualizó Eris y se echó hacia atrás, destruyendo el aire de confidencialidad.

—Son muy poco maduros —opiné, encogiéndome de hombros—. Después de todo, es solo ir a la cama. No tiene nada de especial.

Para mí no lo parecía. Para mí ni siquiera parecía un tema relevante, y ambas estaban conscientes de eso. Saber que Alicia había hecho un trío y que Eris sacaba cualquier opinión magistral sobre ello, era en verdad lo normal.

Lo anormal, lo poco común, lo inesperado, fue que la puerta de la cafetería se abriera, sonara la campanilla y mi mirada se encontrara cara a cara con el pasado.

Para mi entera sorpresa, ahí estaba Damián.

Mi «peligroso misterio» se introdujo en el lugar como si fuera habitual que anduviera por ahí, cosa que no era cierta porque él nunca frecuentaba la cafetería.

Reconocí de inmediato su espeso cabello azabache en contraste con su tez clara, su mirada —en esta ocasión serena— de párpados ligeramente caídos como si tuviese mucho sueño o una gran indiferencia hacia todo lo que le rodeaba, y esa

chaqueta de cuero negra que en conjunto con su ropa oscura le daba un aire enigmático.

Era él. Estaba allí, a pocos metros de mí.

Pasó justo al lado de nuestra mesa y no me miró. No me tomó en cuenta.

Mantuve la calma.

—¿Quién es ese? —inquirió Alicia rápidamente.

Me di cuenta de que no solo había captado mi atención, sino la de unos cuantos más.

Como pasaba con cada extraño que visitaba la cafetería, algunos echaron un ojo con curiosidad, porque todos conocían a todos en ese lugar, por lo tanto, alguien nuevo se hacía chisme en segundos. Pero nadie sabía que en realidad no era nuevo, que había estado en Asfil desde siempre, igual que ellos.

Observé a Alicia y luego devolví la mirada hacia él. Se acercó a paso tranquilo hacia la barra y comenzó a hablar con la muchacha que atendía ese lado de los cafés.

Quedé asombrada. Era la primera vez que veía a Damián en un lugar público entablando alguna especie de conversación con alguien, aunque fuera para hacer un pedido.

—¿No van a decirme? —preguntó Alicia de nuevo, alternando la vista entre ambas.

—No es nadie —respondí rápidamente.

—Es Damián —contestó Eris al mismo tiempo que yo.

Bajé la mirada y la fijé en mi café, pensativa, extrañamente consternada.

—¿Damián o nadie? —soltó Alicia.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa divertida, la misma que expresaba cuando sabía que había gato encerrado. También meneó su espesa y natural melena rubia platinada, un gesto que conocía perfectamente.

Cuando Alicia agitaba el cabello era porque estaba dispuesta a coquetear. Y pude haberle dicho que intentar coquetear con Damián sería como mezclar agua con azúcar, algo que no tendría ningún efecto, pero, aunque se lo hubiese advertido, ella con más ansias lo habría hecho.

—¿Es nuevo? —preguntó sin apartar la vista de él—. Debe de serlo. No había visto a nadie por aquí con ese estilo. Me recuerda a los chicos Tumblr, digo, a los guapos, no a los depresivos.

Eris la miró con lo que reconocí era algo de molestia, y luego le dijo:

—Es tan viejo como nosotras aquí, ¿en dónde has estado viviendo?

—¿Y por qué no lo había visto? —inquirió Alicia, entrecerrando los ojos

—Quizá porque no ha estado detrás de tu vagina —repuso Eris con fastidio.

—¿En serio? No lo creo, porque yo no olvido rostros, ¿saben? Y ese rostro no está en mis registros —insistió la rubia, echándole un vistazo completo a la parte trasera de Damián que seguía en la barra.

—¿Estás segura de que tus registros no solo están ordenados por tamaños de condones? —expresó Eris.

La punta de esa flecha cayó directa sobre la expresión de Alicia.

—Ya deja eso —resopló y puso los ojos en blanco. Eris esbozó una sonrisa triunfal—. ¿Me explican, pues? —agregó, algo exasperada.

—Bueno, Damián... —comencé a decir. Ambas me miraron—. Él siempre ha tenido gustos diferentes, es algo retraído. Incluso toma algunas clases con nosotros. No lo has notado porque es muy pero muy callado.

—Ay no, ¿es así como un «rarito»? —murmuró colocando una mano sobre su pecho, como si aquello le asustara.

Eris extendió el brazo y le dio un golpe en la frente. Eso también era normal.

—¿Rarito? Rarita tú que dejas que cualquier pico entre a cualquiera de tus agujeros —le dijo. No pude evitar soltar una risa por el comentario—. Damián siempre ha tenido calificaciones excelentes, y a mí me parece que es de esas joyas sin descubrir. Probablemente sabe más que nosotros y no quiere perder su tiempo hablando con seres inferiores.

—Yo no soy inferior. ¿A mí quien no me conoce? —resopló Alicia, haciendo un gesto de suficiencia.

—Pues, claramente, Damián —señaló Eris, como si fuera obvio. Reprimí una risa, aunque la rubia solo fingió un puchero—. Mira, analicemos los hechos. Cada vez que alguien pasa cerca de esta mesa, te mira. Incluso, tres mesas a la derecha, esos chicos parecen estar hablando de ti. —Alicia miró por encima de su hombro y lanzó una mirada junto a un típico saludo casi coqueto hacia esa mesa en donde tres muchachos del instituto, nada desagradables, la observaban—. Eso pasa siempre, ¿no? Hasta en la calle. Entonces, hace aproximadamente unos siete minutos que Damián, posiblemente el tío más raro que existe, pasó justo a un metro o quizás menos de esta mesa y no te pilló en lo absoluto. Eso quiere decir que sí hay un hombre en este mundo al que no le interesas. ¿Opiniones?

Eris siempre terminaba un análisis con esa pregunta. Le encantaba debatir. Lo extraño era que el tema de debate fueran Alicia y Damián, sobre todo Damián. Se sentía rarísimo para mí. Aunque quizás alguna vez le comenté algo a Eris, ninguna de ellas sabía que él había sido mi juego favorito de la infancia.

El juego de «busca la verdad sobre Damián» me había entretenido por años. Por esa razón lo sentía cercano.

—Es obvio que no puedes gustarles a todos —comenté. Ella no dijo nada, se quedó mirando el vacío—. Pero alégrate, le gustas a la mayoría.

—Vale, pues, ¿saben qué? A mí no me gustan los raritos —escupió Alicia y alzó la barbilla con suficiencia.

Dieron el tema por terminado y gracias al asunto de la fiesta dejaron de prestarle atención a Damián. Pero yo no. Me mantuve en silencio, mientras que con disimulo continué mirando hacia la barra.

Allí se hallaba, sentado en uno de los taburetes de colores, esperando.

Recordé las tantas veces que había espiado su casa porque pensaba que algo malo sucedía dentro de ella, y todas las veces que no había podido confirmar mis sospechas. Recordé también —como planes fallidos— las tardes en las que había ido a buscarlo para jugar. Recordé que todos y cada uno de mis intentos por acercarme a Damián habían fracasado; pero entonces ahí estaba él, hablando con una camarera que ni siquiera sabía de su existencia hasta ese momento. Ahí estaba él, entre toda esa gente con la que no solía mezclarse, haciendo caso omiso a mi presencia, ignorando el hecho de que era yo la única tan insistente e interesada en conocerlo aun sabiendo que era un repelente de humanos.

Y eso, de alguna forma, me molestaba.

Me parecía injusto.

Despertaba de nuevo mi riesgosa curiosidad.

Después de que ella le entregó el vaso, Damián pagó y se dirigió a la salida con la misma calma con la que había entrado. Mi cerebro procesó la información en microsegundos y vi aquella ocasión como mi primera y única oportunidad para hablarle, para finalmente, oír su voz.

Ni siquiera en clase lo había escuchado hablar, ni siquiera ahí porque solo le había visto mover los labios entre el sonido de la música, así que tenía ante mí la posibilidad de comunicarme con él.

Tenía la posibilidad de hacerle notar mi existencia.

Y quizás, de por fin entender lo que había en torno a su comportamiento.

—Oigan, debo volver a casa —anuncié mientras que, con rapidez, descolgaba mi bolso estilo colegial del espaldar de la silla.

Ambas me miraron con extrañeza.

—¿Tan rápido? Pero si apenas son las tres. ¿Qué harás allá si no es aburrirte?

—me preguntó Alicia con el entrecejo hundido.

—Olvidé que mi madre me pidió que lavara algo. Si no lo hago, se va a cabrear. Les texto más tarde para quedar con lo de la fiesta ¿de acuerdo? Adiós.

Sin darles tiempo de respuesta, salí disparada de la cafetería. Una oleada de calor hizo que sintiera el cambio de temperatura con más fuerza. En Ginger Café había aire acondicionado, pero afuera la cosa era caliente.

Ya en la acera, distinguí la silueta de Damián a varios metros de mí, caminando por donde se extendían una variedad de tiendas. Avancé como si no tuviera la intención de perseguir a nadie, pero lo fijé como objetivo a él, incluso cuando mis zapatillas hacían que mi velocidad no fuera la mejor.

Después de unos cuantos segundos traté de apresurar el paso. Damián había llegado al final de la acera para cruzar la calle y yo seguía a varios metros de distancia, ya sabes, para no ser tan obvia. Aunque desde mi punto de vista no parecía tan mala idea correr, tocarle el hombro y preguntarle todo directamente.

Pero no podía ser así, claro que no. No podía detenerlo y decirle: «mira, ¿sabes qué? Desde hace años que creo que eres un chico rarísimo y quiero saber por qué coño no hablas con nadie y eres así tan misterioso, ¿me dices de una buena vez?».

No. ¿Qué iba a pensar de mí entonces?

La luz del semáforo cambió y él cruzó al otro lado. Para cuando llegué al final de la acera, la luz pasó a rojo y una fila de autos impidió mi paso.

Por encima de ellos todavía podía ver su cabello negro, así que no me rendí. Esperé con una impaciencia desesperante hasta que finalmente el semáforo brilló en verde y atravesé la calle.

Podía verlo a lo lejos, caminando, sin tener idea de que yo le perseguía. Esquivé a algunas personas, evité chocar con un grupito de niños y eché a correr cuando él giró en una esquina.

Detrás de esa esquina se extendía un callejón cuyas paredes pertenecían a las tiendas de la calle principal. Había basureros, contenedores pequeños, restos embolsados y amontonados, y una variedad de cajas de todos los colores.

Seguí por ahí, pero Damián había desaparecido.

Me detuve entonces, cerca de una rejilla en la pared que expulsaba un ligero vapor que se mezclaba con los extraños olores de asfalto, humo y basura. ¿Por qué Damián había tomado ese camino si no era el que conducía a casa?

Avancé ya sin prisa y mis zapatillas se humedecieron al pisar un pequeño charco de agua. Al chipoteo solo le faltó hacer eco, así que, entre botes de basura, desperdicios regados por el suelo y paredes deterioradas, me pareció ridículo encontrarme ahí sólo por perseguir a alguien.

Yo no era así, no acosaba a las personas. Ah, pero al tratarse de Damián era distinto, porque él despertaba eso en mí. Él hacía que la intriga y la curiosidad

me cosquillearan por todo el cuerpo como si fueran cocaína y yo una adicta a ellos, desesperada por saciarlos.

A pesar de que no había nadie más, continué por el largo callejón hasta su final. Así descubrí que no daba hacia el centro de la ciudad, sino que era una de las tantas salidas a los alrededores del pueblo.

No me sorprendí. Era normal encontrarse con cambios de asfalto a tierra, porque Asfil estaba rodeada de frondosos y bellos bosques que se consideraban una de las maravillas de esos terrenos.

Algunas de esas zonas, plagadas de árboles y arbustos, no eran exploradas por la gente, pero si se miraba bien, más allá de donde iniciaba la hierba, podía verse un delgado camino de herbaje aplastado.

Me pareció extraño. Tenían que haber pasado por ahí muchas veces como para que adquiriera esa forma, pero, ¿Damián había tomado esa ruta? ¿hacia el interior del bosque? ¿para qué?

Impulsada por mi peligrosa curiosidad y mi absurdo y palpitante entrometimiento, seguí por el caminillo aplastado dejando atrás todo aquello que podía considerarse pueblo. El pasto crujió bajo mis pies y la frescura del viento compensó el calor del sol contra mi piel.

Para cualquier residente de Asfil, sus bosques eran conocidos, pero siempre había un límite que nadie se atrevía a cruzar.

Lo recordé, más allá del lago y del viejo roble, era territorio desconocido. ¿Por qué nadie lo exploraba? No tenía ni idea, pero habíamos crecido con la advertencia de no aventurarnos por esas vías, y la habíamos respetado desde siempre.

Era el clásico cuento de terror para niños: «no pases el viejo roble, no llegues ni siquiera al lago. Ahí te está esperando.»

Claro que, ya nadie creía que algo allí estuviera esperando.

El caminillo se extendió en poco tiempo. Pasé árboles, arbustos, pequeñas formaciones rocosas, vi un conejo blanco, luego otro marrón, y cuando pasaron más de cinco minutos y seguía caminando, el sentimiento de estupidez me cayó como un ataque nuclear.

Me detuve entre la sombra de dos ramas y exhalé con decepción. Probablemente, Damián ni siquiera había tomado aquel camino. Quizás sólo había creído verlo, como tanto había creído de niña que había algo malo en él. Quizás... siempre veía cosas en donde no las había.

Me di vuelta dispuesta a marcharme, sosteniendo la idea de que mi patético interés por Damián debía terminar de una vez por todas. Y regresé sobre mis pasos sin prisa, pensando que ir a la fiesta de Cristian podría despejarme la mente, relajarme y distraerme.

Pero antes de darme cuenta de que faltaba más camino del que creía para volver a pisar las aceras de Asfil, un quejido masculino llegó a mis oídos.

Me detuve en seco debajo de la sombra de un montón de ramas y miré hacia todos lados. Intrigada, di unos cuantos pasos hacia adelante y entonces presencié la escena a varios metros de distancia.

Dos personas parecían estar discutiendo.

Instintivamente y con cuidado, me acerqué a uno de los árboles. Coloqué una mano en el tronco y como si fuera una anciana mirando a los vecinos desde su ventana, detallé a los hombres.

No podían tener más que un par de años más que yo. Uno de ellos vestía una elegante gabardina de color violeta y el otro una simple chaqueta de cuero marrón, y entre su discusión las cosas no pintaban nada bien.

Para nada bien.

Uno le dijo algo al otro, o lo susurró porque desde mi posición no pude escuchar con claridad sus palabras, aunque en mi mente parecieron un reclamo. Unos segundos después el chico de la gabardina empujó al otro contra el grueso tronco de un árbol y lo acorraló de forma victoriosa. Presionó el antebrazo sobre su cuello y acercó su rostro de forma amenazante.

Quise intervenir, mi sentido común me dijo que lo normal era eso, hacer algo para apartarlos, pero antes de poder moverme lo que vi me paralizó por completo.

El portador de la gabardina violeta extrajo un filoso y reluciente cuchillo del interior de uno de sus bolsillos, lo elevó y lo impulsó contra el ojo derecho de su oponente.

Así sin más.

Contra el ojo.

El ojo humano.

Un grupo de pájaros volaron alarmados por el sonido mientras que la escena continuaba ante mi mirada de estupefacción. Ahogué un grito que, aunque hubiera dejado salir, no se habría escuchado por el estruendoso chillido de dolor y agonía del tipo con la chaqueta de cuero.

Lo estaba matando.

El hombre de la gabardina hundió con satisfacción la hoja contra la cuenca del ojo. El rostro del contrario se empapó de sangre como en la mejor película de terror de todos los tiempos, y varios hilos rojos, relucientes y semi espesos le recorrieron la piel hasta el cuello.

De alguna forma reuní valor y di un par de pasos hacia atrás, asustada, impactada, con el cuerpo gélido, observando cómo el agresor retorció la hoja

del cuchillo dentro de la carne, penetrándola más, obligando a la sangre fluir sin ningún control, agudizando el dolor de su víctima.

El tipo estaba agonizando. Gritó y forcejeó, lo intentó, se esforzó, quizás luchó con todas sus fuerzas, pero no se zafó. El otro era más fuerte, más alto, más rápido, y si era así, no debía ser más que un asesino. Y yo estaba a metros de ellos, corriendo peligro.

Mi corazón comenzó a latir como nunca por el pánico.

Debía irme.

Debía correr al pueblo y avisar a la policía.

Debía huir.

Me oculté detrás del mismo árbol que tenía al lado, apegando mi espalda temblorosa al tronco. Las cosas ante mí se veían extrañas, como si el miedo estuviera nublandome la capacidad visual. Temí también por eso, pero me concentré en trazar un plan rápido mientras que hasta mis huesos temblaban de pavor: podía echar a correr en un segundo, pero la obviedad era capaz de delatarme, claro, si es que hacía algún ruido y el asesino alcanzaba a verme.

Consideré los fallos, incliné la cabeza hacia un lado del tronco y observé apenas cómo el hombre de la gabardina, por último, clavaba el cuchillo en el pecho del tipo de la chaqueta de cuero, hincándolo contra la piel con gusto.

Finalmente, lo dejó caer al suelo y se giró en mi dirección.

De inmediato volví a ocultarme. ¿Me habría visto o no? Cerré los ojos con fuerza, con los latidos del corazón resonándome hasta en los oídos, y aguardé.

Había presenciado un asesinato y sabía que por ser testigo podía irme muy mal. ¿Crearían mi historia cuando llegara a la policía? ¿Por qué no iban a creerla? Ah, pero me preguntarían qué estaba haciendo por ahí sin una licencia de caza, de esas que había que tener para poder andar en el bosque con confianza, y yo tendría que responderles que lo que en realidad había estado haciendo era perseguir a mi vecino.

Y sonaría estúpido.

Y raro.

Solté un jadeo silencioso cuando escuché el crujir de las hojas. Por un momento pensé que estaba más cerca, pero luego supe que el hombre estaba alejándose. Contuve cualquier sonido que mi boca quisiera emitir, y también mis impulsivas ganas de salir huyendo como si no hubiera otra opción. Esperé a que los pasos se escucharan más lejanos y cuando incliné de nuevo la cabeza hacia un lado para mirar, no vi a nadie.

Se había ido.

El asesino no estaba.

Eché un vistazo al cuerpo inerte y vislumbré la sangre fresca sobre la hierba, las hojas y también sobre el rostro medio desfigurado del tipo.

¿Quién era? Intenté reconocerlo, pero no se me hizo familiar. Por un instante se me ocurrió la idea de acercarme, por supuesto, sin tocar nada, porque, ¿y si acaso realmente lo conocía y solo no lo recordaba? Pero en aquel momento cualquier paso en falso podía involucrarme demasiado, y lo que yo quería era correr y ponerme a salvo, contarle todo a la policía y que me dijeran que no había peligro alguno.

Sí, esas eran las cosas que tenían que hacerse en momentos así.

Inesperadamente, escuché de nuevo otro crujir. Otros pasos. Más pasos. ¿Los mismos pasos? Pensé que el asesino estaba de regreso. Quizás me habría escuchado, o visto, o quien sabía qué.

Miles de escenas —todas que terminaban muy pero muy mal para mí— pasaron por mi cabeza como rollo de película.

El pánico entonces hizo lo suyo cuando una rama crujió con fuerza, y sin dudar, con la mente nublada por el miedo y con el temor palpitándome en el pecho, corrí en dirección contraria al sonido.

Corrí y corrí sin saber a dónde iba, sabiendo únicamente que necesitaba alejarme y ponerme a salvo.

Entre la huida intenté, cosa que pareció una tarea imposible, sacar el celular de mi bolso, pero entre ver el camino y meter la mano en el interior del mismo, tropecé y caí. No tardé nada en levantarme, aunque me dolieron las rodillas. Lo hice tan rápido que dejé el bolso en el suelo y seguí corriendo.

Hui.

Cuando mi cuerpo me exigió parar y la distancia se hizo muy grande, me detuve. Tenía la respiración agitada, la frente empapada en un sudor gélido, las manos tiritando, las rodillas ardiendo y además una corriente de brisa me causó un estremecimiento que me erizó la piel.

Analiqué mis alrededores todavía con los sentidos sacudidos y no reconocí ni siquiera el árbol más grande. En cada dirección que veía solo había metros y metros de bosque que podían extenderse hasta quien sabía dónde.

Entendí entonces que me había alejado demasiado, que había corrido sin consciencia. Al darme vuelta tenía ante mí lo que parecían ser los restos de una casa o algún refugio de caza. Tenía todo el aspecto de una cabaña vieja, rodeada por enormes rocas que daban la impresión de tenerla atrapada entre ellas, como si tanto piedra como madera se hubieran fusionado por puro gusto.

No imaginé que allí pudiera vivir alguien. Con toda la pinta de abandono que se cargaba, ¿podía una persona residir ahí? No me parecía posible, pero tampoco

era imposible. Si había aunque fuera algún vigilante de caza en ese horroroso lugar, eso solo significaba una cosa: ayuda.

Podía entrar y pedir auxilio, pedir que me acompañara de vuelta al pueblo e ir directamente a la policía.

Me aproximé a la puerta y al momento en que mis nudillos hicieron contacto con la madera para tocar, esta cedió. Se abrió apenas, haciendo que mi ilusión de encontrar ayuda se esfumara. Sin embargo, me adentré porque el interior me parecía mucho más seguro que las afueras, en donde claramente podía estar buscándome el asesino.

Cerré la puerta tras de mí y me encontré entre los destellos de la luz que entraba por las ventanas y el techo roto. La cabaña no tenía aspecto de casa, ni de hogar, ni de nada, era una sala vacía con una única puerta al fondo.

Ni bajo los fuertes efectos de la droga más potente del mundo, me habría mantenido allí solo por gusto, pero cuando volví a escuchar pasos, cuando oí el crujir de las ramitas en el suelo, la desesperación y el miedo dominaron de nuevo mis sentidos.

Corrí hacia la solitaria puerta del fondo y la abrí.

Luego fue oscuridad.

Autor Alex Mirez

Capítulo 2: El gran secreto detrás del viejo roble

Después de un parpadeo de oscuridad, lo que vi fue gente.

La sala a la que entré estaba colmada de personas, tantas que la cantidad junto al hecho de que estuvieran ahí, me asustó hasta hacerme sentir perdida y sobre todo fuera de lugar.

Necesité un momento para procesarlo, porque, ¿cómo era posible que un minuto atrás estuviera en la vieja estancia de una cabaña abandonada huyendo de un asesino, y un minuto después, al cruzar la puerta, me encontrara rodeada de gente en un sitio que no lucía en lo absoluto como parte de la misma cabaña? Parecía absurdo.

Me di vuelta sobre mis pies buscando la puerta, considerando que había centímetros de separación entre la vieja sala con olor a humedad y esa en la que me hallaba, y que aun así no había relación alguna entre ambas.

Todavía tenía los nervios de punta y mi corazón seguía palpitando con rapidez, ¡y no olvidaba de ninguna manera al asesino y lo que había presenciado!, pero era inevitable no preguntarme de todas las formas posibles cómo demonios había terminado allí.

Aquel lugar se sentía distinto, ajeno, lejano, como el ambiente propio de una escandalosa dimensión.

Así que la pregunta era:

¿En dónde —coño— estaba?

Un muchacho delgado y de gabardina roja pasó junto a mí e hizo que pegara un salto y saliera de la consternación. No se inmutó por mi gesto y siguió su camino, pero yo quedé más asustada que nunca.

Fue entonces cuando decidí fijarme en algo más que el desconcertante hecho de estar ahí. Casi todos los presentes vestían gabardinas de diferentes colores, pantalones de cuero o jeans de tela negra que les daban un ligero estilo oscuro sin llegar a ser exagerado, casi elegante. La pequeña diferencia marcaba la diversidad del ambiente: no había labios pintados de negro, pero sí algunas perforaciones; no había cabellos en punta, pero sí sombreros y boinas; no había collares con cruces o símbolos, pero sí botas de cuero y unas pocas bufandas.

Nuevamente me pregunté: ¿Qué —jodido— lugar era ese? ¿Quiénes eran esas personas? ¿Realmente estaban ahí? ¿Yo realmente estaba ahí? Cerré los ojos con fuerza, repitiéndome a mí misma que debía mantener los pies en la tierra, recordando vagas palabras sobre la realidad y que no todo siempre era como parecía.

Pero lucía tan real...

Abrí los ojos y volví a estudiar el perímetro. Ni siquiera veía una cara familiar, algo muy extraño considerando que en Asfil todos nos conocíamos por ser un pueblo pequeño. Pero no conocía a nadie.

No supe qué hacer.

Entre mi indecisión me atreví a dar unos cuantos pasos temerosos, pero de repente alguien me tomó por el brazo con fuerza y me hizo girar violentamente.

—¿Padme?

Su voz llegó a mis oídos de forma irreconocible. Ni en las tardes fuera de su casa, ni en las horas de clase en la que a veces lo miraba, ni en la acera cuando caminaba por delante de mí, habría imaginado que la voz de Damián fuera casi imponente, grave, pero al mismo tiempo suave.

Sus profundos ojos negros me estudiaron, entornados bajo unas espesas cejas fruncidas. Era la primera vez que lo veía tan cerca, y la primera vez que se dirigía a mí, que me hablaba, que reparaba en mi presencia.

—¿Cómo es que...? —agregó, completamente confundido, echándome un largo vistazo como si yo no fuera en lo absoluto real—. ¿Qué mierda haces aquí?

—¡Damián!

No me permitió decir más. Tiró de mi brazo con más fuerza y así me condujo hacia otro lugar. Casi me arrastró entre la gente que por estar muy absorta y sumida en sus conversaciones no notaron lo extraño de la situación. Me dejé llevar por sus tirones sin objeción alguna solo porque ni sus abruptos movimientos podrían consternarme más que lo que había visto.

Atravesamos una elegante cortina roja, dejamos a toda la gente atrás y entramos a una pequeña salita que parecía alejada del mundo. Incluso tenía un par de sofás y una mini nevera.

Allí, el sonido de todas las voces podía escucharse menos.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó con fiereza una vez que estuvimos a solas.

No lucía contento, ni amigable, ni nada de lo que había imaginado que podía ser. Todo lo contrario, su mirada era casi intimidante, cargada de lo que identifiqué como enojo. Estaba molesto, furioso y sorprendido.

—Yo te... —murmuré, tratando de que las palabras salieran de mi boca, de que no se quedaran atrapadas en mis pensamientos y mi garganta solo por la abrumadora situación—. Te seguí.

—Pero, ¡¿acaso estás loca?! —soltó. Di un paso hacia atrás por el sonido de su voz—. ¡Entraste al bosque y cruzaste el roble para seguirme! ¡¿Es en serio?! —

—¡No crucé el roble! —exclamé en defensa.

Damián formó una fina línea con sus labios y me arrojó una mirada repleta de reproche.

—Claro que lo hiciste, el roble está a varios metros de aquí —aclaró con detenimiento.

Fruncí el ceño, todavía más liada. ¿Realmente lo había cruzado? ¿En qué momento? Recordé entonces que, huyendo del asesino, había echado a correr sin prestarle atención a nada hasta que encontré la cabaña.

Sacudí la cabeza como si el simple gesto pudiera ordenar el caos en mi mente, y exhalé teniendo en cuenta las prioridades.

El asesinato, eso era lo importante.

—Sí, es posible que lo haya cruzado, sí. En realidad solo te seguí hasta que ya no te vi en alguna parte del bosque, luego decidí irme, pero... —Tragué saliva—. Pero vi a un hombre de gabardina violeta asesinando a otro con un cuchillo. Tuve tanto miedo que eché a correr. Ni siquiera sé cómo llegué hasta aquí. ¡Ni siquiera sé cómo no me atrapó! ¡Estaba muy cerca, lo escuché! ¡Debemos llamar a la policía, Damián! ¡Puede estar suelto! ¡Puede matarnos! —expliqué con rapidez.

Inhalé hondo, porque volvía a temblar. Damián suspiró y negó lentamente con la cabeza.

—No puedes —espetó. Su mandíbula y sus rasgos se tensaron como si sintiera una gran ira. Se puso las manos en la cabeza, la inclinó hacia atrás y exhaló con frustración—. Por los mil demonios, Padme, ¿cómo pudiste entrar?

—¡Te he dicho que mataron a alguien! —solté, algo inquieta porque a él no parecía importarle la gravedad del asunto—. ¿Qué importa si entré? ¡Allá afuera asesinaron a alguien y yo lo presencié! ¡Tenemos que llamar a la policía!

Esperé un momento a que dijera algo, a que reaccionara, pero solo se quedó ahí muy quieto, observándome como si quisiera arrancarme la cabeza.

—Bien, yo lo haré —escupí ante su silencio.

Tuve la intención de atravesar la cortina para hacer algo por mi propia cuenta, aunque no sabía exactamente cómo o qué, pero mi salida se vio interrumpida por otro agarre. De nuevo me asió y aunque traté de zafarme, no pude.

—¡No puedes, te digo! ¡Eso que sucedió no te incumbe! —expresó. Me obligó a mirarlo y esa vez sus facciones se relajaron—. Matan cada día, por deudas más que todo. No es algo de lo que debemos sorprendernos, es muy común.

Sentí un escalofrío en la espalda y con una fuerza extraña logré liberarme de su agarre.

Retrocedí. No estaba escuchando bien, o eso creí. No podía estar oyendo con claridad, o esas no eran las palabras que salían de su boca.

—¿Qué? —emití, pero rápidamente esboqué una falsa sonrisa, como si me hubiera dado cuenta de todo—. ¡Ah! Estás bromeando ahora. Bien, ya, no pensé que fueras así porque no parece que tengas mucho sentido del humor.

—Y no lo tengo, Padme, ni un poco —murmuró de forma sombría—. No bromeo. ¿Sabes en donde acabas de meterte? ¿Sabes acaso, en donde te encuentras?

Su rostro, circunspecto, le otorgó un aspecto macabro. Por un segundo me pareció casi enfermizo, de tal modo que retrocedí un paso más. No había diversión en él, ni un poco, por lo que era obvio que no estaba bromeando.

Mi cuerpo tembló en medio de la salita de piso de alfombra, pillándolo por completo, y en ese mismo instante me arrepentí de haberle seguido.

En ese preciso momento comprendí que me había entrometido demasiado, que mi peligroso misterio realmente era peligroso, y que probablemente Damián era de esas personas a las que era mejor mantener alejadas, únicamente como un enigma.

—No te preocupes, ya me... ¡ya me voy! —expuse con rapidez.

De nuevo la vista se me nublaba, pero aun así avancé con prisa hacia la cortina. Debía regresar corriendo. Si corría sin detenerme, de seguro podía llegar al centro y luego vería qué hacer.

Sí, porque él debía estar jugándome una muy mala broma.

Me interceptó cuando estuve a punto de atravesar la cortina. De nuevo, la mano de Damián rodeó con fuerza mi brazo para retenerme. Sentí que el cuerpo me comenzaba a sudar, que nuevamente empezaba a tiritar, que en algún momento mi capacidad visual se nublaría tanto que no vería nada.

Entré en pánico.

—Escúchame, Padme, ya no puedes irte —advirtió él.

Sus dedos apretaban con fuerza mi antebrazo. Quise soltarme, pero mis piernas estaban rígidas.

—¿Por qué no? —mascullé y tragué saliva.

De repente la boca se me secó y la garganta me comprimó cualquier otra palabra.

—Porque ahora perteneces a este lugar.

—¿Y... qué lugar es este?

—Uno de personas muy peligrosas.

—¿Peligrosas? —inquirí en apenas un susurro. Los ojos de Damián parecieron más negros. Me miraban fijamente, y pesaban, claro que pesaban. Eran intimidantes, y más que eso parecían siniestros—. ¿Peligrosas así como...? ¿Así como el...?

—¿Como el asesino que viste allá afuera? Sí.

—Damián, suéltame —murmuré como pude.

Tiré de mi brazo, pero hacerlo solo ocasionó que de un jalón redujera la distancia que nos separaba. Temblé como si no tuviera ningún control sobre mi

cuerpo y me estremecí de pavor cuando susurró a mi oído con una voz áspera y turbia:

—Te metiste en una cueva de destripadores, Padme, y si se enteran que no perteneces a ellos, te van a usar como carne para filetear.

—Damián, tengo que irme, quiero irme —pronuncié. La garganta me ardió con cada palabra—. Suéltame, por favor.

—Te soltaré solo si no sales corriendo, porque si haces eso llamarás la atención de todos los asesinos que hay detrás de esa cortina y créeme que lo que te conviene es pasar desapercibida.

—Asesinos... —repetí en apenas un jadeo—. Pero, ¿cómo es posible?

—No tenemos nombre ni religión. Nacemos un nueve del noveno mes, y desde pequeños sentimos la necesidad de hacer daño.

—No es bueno que bromees así... —comenté entre risas nerviosas que no supe ni de dónde salieron.

Damián soltó aire por las fosas nasales, y me miró con un notable enojo.

—¿Y yo para qué iba a bromear? ¿Tengo cara de que quiero hacer algún chiste? —rugió.

No, no la tenía.

—Es que yo...

—¡Tú! —exclamó rápidamente de forma acusatoria—. Tú no tienes ni idea de lo que significa haber pisado este lugar. Acabas de perder tu vida, ¿comprendes? Todo lo que eras antes, lo dejaste tras esa puerta. —Hizo una pequeña pausa y luego dijo—: porque todas las personas que viste afuera, no olvidan jamás a quienes están aquí. Para ellos perteneces a su grupo, y si te ven por ahí comportándote como una persona normal, van a despellejarte. Los asesinos viven entre la gente, pero nosotros estamos obligados a vivir entre otros homicidas.

—No. Esto no está pasando. —Mi cuerpo perdió toda fuerza, y fue justo en ese momento que decidió soltarme.

No pude echar a correr, algo no me lo permitió. Me quedé quieta, como si hubiera entrado en un estado de shock total, y repetí la palabra «asesinos» unas cuatro veces hasta que Damián me hizo callar con una exclamación.

Un remolino de emociones convirtió mi mente en un caos que parecía poder resolverse si corría lejos de allí, pero temía tanto dar un paso fuera y que todos repararan en mi presencia.

Todos esos asesinos... ¿Habían estado en el bosque de Asfil reunidos desde siempre? ¿Cómo era que la policía no lo sabía?

No podía creerlo. No quería creerlo. Aunque si realmente era cierto, si Damián era un asesino, eso podía explicar su conducta asocial. Por supuesto, porque los

psicópatas eran callados y reservados y tenían esa chispa de demencia en los ojos. ¿Él la tenía? ¿Era un psicópata? ¿«Psicópata» era el término correcto?

No. No lo era. No me parecía.

Pero no estaba para pensar en definiciones y conceptos, aunque mucho que me gustaban. En ese momento sentía miedo hasta de la decoración de la pequeña estancia en la que nos encontrábamos; y siendo víctima del pánico y de mi imaginación desmedida que planteaba las peores y más sangrientas situaciones, hasta llegué a pensar que en la mini nevera que estaba junto al sofá podía haber cabezas, vísceras y ojos fileteados por cuchillos.

—Padme, di algo.

La voz de Damián me sacó del pasmo.

—Entonces —dije, tratando de pensar bien la situación—, naciste siendo un... pero... ¿cómo es eso posible?, ¿es algo con lo que naces?, ¿en serio?

—Eso no importa ahora —respondió, restándole importancia a mis preguntas—. ¿Crees que podrías mudarte?

Sus palabras eran igual de difíciles de digerir que la imagen del asesinato. Volví a sentirme perdida y abrumada.

—¿Mudarme? ¿Por qué me mudaría?

—¿No entendiste lo que dije? —resopló con cierto hastío—. No perteneces a este lugar, no eres una de nosotros, no naciste el nueve del noveno mes y si cualquiera nota que eres normal te van a matar. Estás a tiempo de huir.

—¿Huir? ¡Pero he vivido toda mi vida en Asfil, no puedo mudarme así de repente! Digo, para eso se necesita dinero y yo... no lo tengo...

Entornó los ojos y comenzó a dar algunos pasos dentro de la salita, pensativo y aparentemente frustrado. Parecía una silueta esbelta y oscura sobre la elegancia de la estancia.

¿Realmente era cierto? El recuerdo del cuchillo penetrando la carne de aquel hombre, hizo que el miedo me atenazara. Podía creerlo, sí. Podía creer que en ese instante estaba rodeada de asesinos y que Damián era uno de ellos. Pero si lo era, ¿iba a matarme?

—Eres tan tonta —murmuró con fastidio después de un minuto.

—¡Eh! —exclamé en tono de reproche—. No haces nada más fácil.

—No tengo que hacerte nada fácil porque no deberías estar aquí.

—¡Créeme que pienso lo mismo! Estoy muy arrepentida de haberte seguido.

—Mejor salgamos de este lugar y ya pensaremos en cómo resolverlo. Alguien podría escucharnos.

Avanzó hacia mí y me dio un no tan suave empujón que me condujo hacia la cortina, pero antes de poder atravesarla, mi cuerpo impactó contra una figura masculina.

Alcé la vista y unos ojos azules me escudriñaron. Unos ojos azules que más que irradiar calma, daban miedo. Mi cuerpo se paralizó. Todo mi mundo se detuvo. Un frío extraño me recorrió la piel hasta asentarse en mis manos, y me helé.

—Ah, no sabía que estaba ocupado —se excusó la persona.

Era un hombre y vestía una gabardina violeta, la misma gabardina que había visto quien sabía cuántas horas o minutos atrás.

El recuerdo se reprodujo en mi mente: la discusión, el árbol, el cuchillo, el ataque, la sangre, la víctima con el rostro casi desfigurado, y el asesino.

Era él, era el homicida y estaba frente a mí. Tenía el cabello castaño tan bien peinado hacia atrás que incluso le daba un aire elegante y pulcro, como si en ningún momento se hubiera manchado las manos con la vida de otra persona.

Retrocedí rápidamente y sentí la mano de Damián sobre mi espalda, deteniéndome. No supe cuál lado era seguro, y la confusión fue tan intensa que pensé que iba a colapsar.

—Ya nos íbamos —informó Damián.

Su voz sonó indiferente y tranquila, como si no pasara nada.

—¿Tan rápido?, pero si Gea va a dar la apertura —comentó el asesino.

Sus labios se ensancharon y una perfecta dentadura se hizo visible bajo la malicia de la sonrisa.

—Ya luego nos contarán cómo estuvo —respondió Damián.

No entendía a qué se referían, pero tampoco quería averiguarlo. Alternando mi vista entre ambos cuya estatura era la misma, casi sentí que me hallaba entre dos depredadores, entre dos salvajes que se retaban con el contacto visual. Cualquiera lo habría entendido, no se llevaban bien, y si estaban en conflicto la situación era peor.

Pensé que, si no me movía, mi presencia pasaría desapercibida, pero la mirada del asesino se posó sobre mí y tuve que esforzarme por no temblar notoriamente.

En sus ojos había duda.

—No creo que te haya visto antes —señaló.

Damián dio un paso al frente sin apartar la mano de mi espalda. La sentí como una advertencia, como un «no te atrevas a hacerlo obvio o te hará picadillo», y debido a ese contacto traté de mantener la calma. Hice una fuerza sobrehumana para que las vertiginosas emociones que estaba experimentado no me dominaran.

—Sí la viste, pero es que se tiñó el cabello —le explicó él con tranquilidad.

El asesino entornó los ojos por un instante. ¿Y si se daba cuenta de que no pertenecía a ese lugar? ¿También iba a sacarme los ojos? ¿Y si lo hacían en conjunto? ¿Si Damián se les sumaba?

No... él estaba intentando ayudarme. A pesar de todo, lo hacía.

—Ah, soy algo distraído, supongo —aseveró el hombre mientras se apartaba de la entrada. Lo vi avanzar hacia la mini nevera e inclinarse para abrirla—. Dicen que no olvidamos rostros, pero veo a tanta gente cada día que a veces no recuerdo uno que otro. Sin embargo, caras así no se me pasan por alto.

—Sí, bueno, es seguro que ella tampoco se acuerda de ti —comentó Damián, encogiéndose de hombros.

Me alivió ver que dentro de la mini nevera solo había latas de Coca Cola. Simples latas de Cola y no partes humanas.

El asesino cogió una.

—¿De verdad? Eso sí es una pena —dijo, frunciendo los labios con algo de pesar, una emoción que no combinaba en lo absoluto con la suspicacia en sus ojos—. ¿Sabes cómo me llamo? —me preguntó directamente después de echarse un trago de Cola.

Escuché mi corazón latir en mis oídos. Los nervios me arroparon como si fueran un manto frío. La mano de Damián presionó un poco mi espalda. Debía responder.

—No —logré pronunciar.

—Ya ves —intervino Damián al rescate—. Bien, tenemos que irnos. Nos vemos luego.

No permitió que la conversación se extendiera y tiró de mi brazo para que ambos pudiéramos marcharnos. Su agarre no era suave ni mucho menos delicado, era fuerte y en instantes me lastimaba. Seguía estando molesto, y yo seguía estando asustada.

Esquivamos a algunas personas y llegamos hasta la entrada para atravesar la puerta que, ante mí, ya no podía ser una simple puerta de madera. Había algo extraño en ella, debía de haberlo.

Salimos de la cabaña y Damián soltó mi brazo afuera, en donde las ramas de los árboles se movían a merced del viento y en donde solo los insectos y animales pequeños producían el sonido de fondo.

El cielo estaba despejado gracias al cálido clima propio de Asfil, y era como un lienzo con distintos matices de color azul. No obstante, había algo extraño en el ambiente, algo distinto, como un ligero viento frío que de repente me erizaba la piel.

—Te acompañaré a casa —dictaminó sin mirarme.

Me reacomodé la ropa que estaba algo desprolija y asentí con la cabeza.

—Gracias —dije, pero él ignoró lo dicho y comenzó a caminar.

Apenas entraba la tarde. La idea de ir a la fiesta de Cristian desapareció de mi mente. De hecho, muchas cosas se esfumaron para ser sustituidas por otras,

como que andar con Damián —el ahora asesino— en medio del bosque era incómodo, pero al mismo tiempo reconfortante, porque un asesino podía cargarse a otro asesino, ¿no?

Así que había una extraña sensación de seguridad en todo aquello, como que Damián era capaz de encargarse de cualquier cosa mientras que yo era un manojo de nervios y miedo.

Lo pensé mejor. Ya en la calma del silencio, lo analicé de tal modo que las dudas comenzaron a surgir con violencia. Dudas que solo podía aclarar Damián, por supuesto, pero preguntarle no parecía una buena idea porque el mal humor casi emanaba de su cuerpo. No lucía nada amable, aunque me había ayudado y eso debía agradecerse. El asunto era que cuando quería pronunciar una palabra, yo misma lo evitaba.

En ese momento mi «peligroso misterio» se sintió más como un «peligroso desconocido». Admití entonces que no sabía absolutamente nada él y que como a cualquier extraño podía tenerle miedo y desconfianza.

Cuando casi llegábamos a la salida del bosque, me atreví a hablar.

—Gracias por ayudarme.

Damián se giró sobre sus pies y me fulminó con la mirada.

—Mi deber era matarte —dijo con una nota de ira—, pero seré claro: no lo hice porque todavía recuerdo las veces que fuiste a mi casa a buscarme. Mamá decía que eras buena chica, así que te estoy dando una oportunidad de alejarte de todo esto.

Él lo recordaba. Una pequeña yo, yendo a su casa para compartir juguetes nuevos, se reflejó en mi mente.

—Sabías que te visitaba... —murmuré, algo sorprendida.

Damián no expresó emoción alguna. Su rostro permaneció impassible.

—Sí —afirmó—, pero no es la única razón.

—¿Hay más?

—Sí —expuso al instante en que volvía a mover los pies—. La verdad es que no me interesa matarte. A diferencia de los otros, a veces puedo controlarme.

Tuve que apresurarme para no perderle el paso. No tan a lo lejos ya comenzaban a verse las tiendas del pueblo. Eché un vistazo hacia atrás y pareció poco creíble que lo que hubiera después del viejo roble fuera el secreto de Damián.

—¿Los otros no se controlan? —indagué, sintiendo un repentino y gran interés por lo que decía.

—La impulsividad es nuestra mayor característica —explicó. Los pasos crujián sobre el pasto—. Si pensamos en matar, matamos. Algunos han logrado

dominar sus instintos, pero otros se sienten orgullosos de dejarse llevar por ellos.

—Pero, ¿por qué asesinan? ¿Es como... una necesidad?

—¿Por qué un esquizofrénico ve cosas en donde no las hay? ¿Por qué un bipolar cambia de ánimos tan rápido? ¿Por qué un adicto consume drogas? —respondió con simpleza—. Lo hacen porque su condición los somete a eso, se los exige. Nos pasa lo mismo. Es como si estuviéramos enfermos y esta enfermedad nos impulsara a hacer daño.

—¿Y lo disfrutas?

—Muchísimo.

—¡Dios santo! Así que este era tu secreto. Así que esto era lo que escondías.

—Sí, y es un secreto muy importante. Es algo que nadie que no sea como nosotros debe saber, ¿comprendes?

—Eso creo.

Mis pies me dejaron postrada casi frente a la acera que separaba el pueblo del bosque. Me lleve las manos a la boca, sorprendida, mirando solo la parte trasera de su chaqueta de cuero y las hebras de cabello liso, revueltas. Él también se detuvo, y por un minuto completo nos quedamos en silencio.

—Por eso pienso que irte sería lo mejor —comentó de repente y se volvió para encararme—. Si vuelven a verte aquí, sabrán que eres normal y te van a matar. Si no lo hice yo, sería injusto que otros lo hicieran.

—¡Sería injusto que cualquiera lo hiciera! —exclamé, ofendida—. Hablas de mi vida como si fuera nada.

—Vale, te acabo de salvar, ¿y crees que pienso que tu vida es «nada»? —bufó con un ligero toque de cólera—. ¿Sabes qué? Quise hacer algo bueno por primera vez, pero realmente me das igual, así que, suerte.

Exhalé ruidosamente y le perseguí cuando, nuevamente, volvió a caminar. Había sonado como una despedida y si así era significaba que estaría desprotegida. Quería vivir, pero tenía miedo, y aunque sonara absurdo en ese instante veía a Damián como una poderosa figura.

—¡Bien, espera, espera! —le grité.

Se detuvo a varios metros, ya en los terrenos del pueblo. Miré hacia ambos lados para disimular mi agitación porque ya algunas personas circulaban cerca. Ya estábamos lejos del bosque y de los asesinos, lejos de la extraña cabaña con la misteriosa puerta, y lejos del hombre de la gabardina violeta.

Estábamos a salvo, o eso creía.

—No quiero que me maten, ¿de acuerdo? —confesé en voz baja. Él me estudió, serio—. Hablaré con mis padres, quizá pueda mudarme, pero... si no es posible hacerlo, ¿tengo otra opción para salvarme?

—Por supuesto.

—¿Cuál es? —inquirí, nerviosa por escuchar la respuesta.

—Tendrías que convertirte en una de nosotros. —Tragué saliva y me estremecí—. Para siempre.

Capítulo 3: El secreto es real

Mi mayor defecto siempre había sido ser demasiado curiosa. Y como todo, tenía graves y negativas consecuencias que ahora estaba experimentando de la peor manera.

Quedarme sola frente a la puerta de mi casa me puso a temblar, y cómo no, a ser víctima de la paranoia. Saber que Damián se iba, aunque fuera a solo dos casas, me hacía sentir vulnerable y como un blanco fijo y expuesto. No podía atreverme a pedirle que me acompañara porque era malhumorado y odioso y claramente mi presencia le molestaba, así que debía reunir valor para hacer, sin compañía, lo que tenía que hacer:

Decirle todo a mis padres.

Entré a la casa cerrando la puerta con cuidado. Por alguna razón pensaba que no debía hacer demasiado ruido, como si tuviera miedo de que por eso alguien me encontrara. Mamá ya tenía que estar ahí porque siempre llegaba a las cuatro de su trabajo como gerente general de las principales panificadoras de Asfil.

La sola idea de decirle que tenía que mudarme, me hizo considerar si realmente debía hacerlo, porque, es decir, ¿qué tan fácil era confesarles a tus padres que debías huir porque habías descubierto que el vecino era un asesino que pertenecía a todo un mundo de homicidas?

Ya podía descartar la posibilidad de que fuera una broma por parte de Damián, porque yo misma había visto al tipo de la gabardina violeta asesinar a otro.

Pero no era esa parte, en sí, la que me costaba creer. En la soledad y seguridad de mi sala de estar pude admitirme a mí misma que lo único tan difícil de tragar en la confesión de Damián era eso de que nacían el nueve del noveno mes y que por esa razón sentían la necesidad de matar. Si lo analizaba muchísimo más, y vaya que a veces me gustaba analizar todo demasiado, estábamos hablando de algo relacionado a la propia naturaleza.

Y esos eran de mis temas favoritos. Así que, si aplicaba mis conocimientos adquiridos en libros, investigaciones clandestinas los sábados por la noche, series de televisión e historias contadas por Eris, entendía que todo era cierto y que tenía que salvar mi vida, porque si no lo hacía, morir acuchillada sería mi destino cuando descubrieran que era normal.

«Normal», repetí. Resultaba extraño que serlo estuviera mal, cuando para la repugnante sociedad común eso era lo único que estaba bien.

—¿Mamá? —grité desde la sala de estar.

Como de costumbre intenté descolgarme el bolso de los hombros para dejarlo sobre el sofá, pero recordé que lo había perdido en el bosque junto con mi

celular. Miré el lugar con una extraña sensación de vacío por no hacer lo acostumbrado, y sentí cierto pesar.

Oh, el sofá. El tranquilo sofá en la tranquila sala de estar. ¿Por qué no podía estar tan en calma como el lugar?

—¡En la cocina, nena!

La voz de mamá hizo que se me formara un nudo en la garganta. Ella no tenía ni idea. ¿Y qué pasaría cuando la tuviera? ¿Lo creería? No. Ella iba a armar un escándalo, más que eso, haría reventar el subsuelo, porque así era mi madre, así de impulsiva y valiente y a veces exasperante.

Avancé hacia la cocina y la vi cortando algunos vegetales. Le gustaba hacer comida sana, lo cual era irónico considerando que siempre estaba rodeada de postres y panes de diferentes estilos, pero aun así a mí me encantaba comerla. Lo cierto era que mamá era una entusiasta de la vida sana, por lo tanto, se mantenía delgada, pero sus ojos verdes, iguales a los míos, ya comenzaban a envejecerse.

—¿Te ha ido bien? ¿Qué tal el instituto? —me preguntó.

Su amplia sonrisa y su tono animado me dieron algo de calma.

—Sí, todo ha estado de lo mejor —mentí—. ¿Y papá?

—Llega en la noche. Tiene mucho trabajo, llamó para avisar.

—Genial, entonces, en la cena quisiera hablarles de algo —avisé, y en cuanto lo hice comprendí mi error.

Mamá frunció el ceño y lentamente dejó el cuchillo a un lado. Ver el reflejo de la hoja me asustó, pero me esforcé por demostrarlo.

—¿Pasa algo? ¿Es el instituto? ¿Te hacen bullying? ¡Oh Dios! He visto esos programas. Padme, cariño, te amamos, vales demasiado. ¡Ni por un segundo pienses en quitarte la vida! ¡No, no, no! Piensa en la realidad, siempre en la realidad. No puede ser... lo llegué a pensar, pero dije: «no puede pasarle a Padme, ella es muy alegre y ha cambiado» —expuso con tanta rapidez que no me permitió decir algo—. No creas que porque tienes diecisiete años no puedo intervenir. ¡Soy capaz de denunciar a esa institución! ¡A mi hija nadie le hace bullying! ¡Dime exactamente qué es lo que está sucediendo!

—¡Mamá! ¡Mamá! —le interrumpí tan pronto como tuve oportunidad—. No se trata de eso, no. Nadie me hace bullying. Deja de... ver esos programas, por favor.

Mi madre, cuyo nombre de pila era Carmindy, se llevó una mano al pecho y suspiró con un alivio casi exagerado.

—Oh, eso me tranquiliza —dijo, y como si no hubiera pasado nada, procedió a continuar cortando vegetales—. Entonces, ¿qué quieres decirnos? Mejor

dímelo ya y luego se lo cuento a tu padre. Ya sabes que cuando cena, no presta atención a nada más.

Y así era. Durante las cenas y algunos almuerzos, poco escuchaba papá de lo que hablábamos. Llegaba hambriento y engullía dos platos enteros porque un solo plato con la comida ligera que mamá preparaba, no era suficiente para él. Pero papá y su falta de atención junto a su violento apetito no eran el problema. Acababa de darme cuenta de algo:

No podía decir absolutamente nada sobre el secreto de Damián.

¿Contarle eso a la mujer que acababa de dejar en claro que, si alguien me hacía algo, pondría una demanda? ¿Contarle algo que, si no se presenciaba, podía sonar a historia originaria de un demente? ¿Decirle que, si no nos mudábamos de inmediato, un grupo de asesinos vendrían para acuchillarme el rostro? Una vaga idea que no parecía muy diferente a un recuerdo, resonó en mi cabeza: «no hables, no lo digas, no lo cuentes». Y no lo haría, por supuesto que no, porque ella no me creería ni una sola palabra y la situación terminaría mal para mí. Siempre terminaba mal para mí, por eso sabía muy bien que no podía decir lo que pasaba por mi cabeza.

Yo sabía que algo igual de peligroso que haber descubierto el mundo de Damián, era decírselo a mis padres.

Di un pequeño salto cuando el teléfono de la cocina comenzó a sonar. Todavía estaba nerviosa. Mamá se limpió las manos en su delantal floreado y pasó a atenderlo. Me quedé rígida.

—¿Diga? ¿Quién? ¡Ah, hola! Qué extraño que hayas llamado. Sí, sí, aquí está, un momento. Padme, es para ti.

¿Qué extraño que llamara? ¿Quién? Por un instante me pasó el nombre de Damián por la mente, pero, ¿por qué Damián llamaría a casa? ¿Quizás quería decírselo todo a mis padres? Mi corazón latió con fuerza. Todo pareció más silencioso a mi alrededor. Avancé hasta el muro que estaba junto al refrigerador, allí en donde colgaba el teléfono, y con las manos temblorosas me lo llevé a la oreja.

—¿Sí? —pronuncié y tragué saliva.

—¡Tilin, tolón! ¿Quién va al fiestón? —La voz de Alicia penetró mis oídos como una armoniosa rima. Exhalé de alivio—. ¡Te he llamado unas diez veces a tu celular y no atiendes! ¿Sabes desde hace cuánto no llamaba a tu casa? Desde que pasábamos las noches hablando sobre The O.C. ¡Estábamos tan pequeñas!

—Me quedé sin batería, lo siento —mentí y miré de reojo para asegurarme de que mamá no estuviera pendiente de la conversación.

—¡Pues pon ese aparato a cargar! Necesito enviarte las fotos de mis opciones de atuendo para la fiesta de esta noche. No he podido decidirme.

—La fiesta... sí, sobre eso, no iré.

—¿Qué?! —chilló ella—. ¿Por qué?! ¿Es por lo que dijo Eris de esa estúpida apuesta?! Vamos, si fuera por ella, el mundo sería un Vaticano.

—No, no es por lo de la apuesta, es que estoy algo cansada, ¿sabes? —volví a mentir.

—Padme, es nuestro último año en el instituto, quedamos en que aprovecharíamos cada evento y cada fiesta. ¡Prometimos disfrutarlo! No te puedes quedar en casa.

—Lo sé, lo sé. De verdad lo lamento, pero estoy exhausta.

—¿Exhausta? Bien, nada mejor que una fiesta y unos tragos para relajarte. Podemos ir un par de horas y luego volver, ¿sí? ¡Anda! Por favor, no te conviertas en una segunda Eris.

Por un mínimo instante quise soltarlo todo a través del teléfono, pero recordé que, si mi madre no podía saberlo, Alicia era mucho menos indicada para escucharlo.

—No seré una segunda Eris, se trata de que... es porque... —Mis cuerdas vocales no expulsaron las demás palabras porque no sabía exactamente cuáles eran, así que, como medida alterna, empecé a toser y a hablar en un tono de voz más bajo—. Me estoy enfermando y tengo algo de fiebre. ¿Crees que no quiero ir? Me muero por ir, pero mamá no me dejará salir así. Está muy alterada, no quería que me enfermara y sabes cómo se pone...

—¡Ah! Sé muy bien cómo es la señora Carmindy cuando te enfermas. De acuerdo, ya lo pillo. Te dejaré en paz esta noche, pero no quiero oír esa excusa de nuevo. Mejórate, y si cambias de opinión me mandas un mensaje.

Ella colgó, yo encajé el teléfono en su sitio y antes de que mamá pudiera hacerme cualquier pregunta, salí de la cocina cortando toda oportunidad de que me atrapara.

Me detuve por un instante en la sala de estar y allí solté una exhalación. Sentía que tenía mucho adentro, que tenía miedo hasta de asomarme por la ventana. Presenciar un asesinato y luego conocer a una manada de asesinos, no eran noticias fáciles de procesar. Inmediatamente se me revolvió el estómago al considerar que callar significaba complicidad.

Lo comprendí: era cómplice de un crimen atroz, por lo tanto, estaba implicada en él.

Casi hiperventilé. De hecho, lo único que me impidió entrar en un ataque de ansias, fueron los toques a la puerta.

Alguien estaba afuera, alguien que no había querido tocar el timbre, sino golpear.

Sentí el mismo nerviosismo de unos minutos atrás, cuando Alicia llamó. Avancé hacia la puerta y dudé. Miles de escenas horribles se reprodujeron en mi mente. Sin embargo, puse la mano sobre la perilla y abrí.

No había nadie, pero en el suelo, justo frente a mí, estaba mi bolso.

Me incliné para recogerlo, cerré la puerta rápidamente y después corrí escaleras arriba, rumbo a mi habitación. Cuando entré quise pasar el seguro, sellar la ventana e incluso la casa entera, pero comprendí que sería inútil, tan inútil como permitir que el miedo se apoderara de mí. Quizás no podía evitar temer, pero podía, por lo menos, intentar ver la situación sin tanto pánico.

Hice un resumen: todo estaba mal, terriblemente mal.

Pero, ¿no sabía yo, más que cualquier otra persona, que siempre se podía salir de los malos y espantosos momentos? El problema era que no solo se trataba de una mala situación. Ese era un lío grandísimo, uno que implicaba la muerte, y la única culpable de que se iniciara era yo. Yo y mi entrometimiento.

Observé el bolso en mis manos con algunos restos de tierra y pasto, y supe que la única persona que pudo haberlo dejado ahí era Damián. Supe también, inmediatamente, que entregármelo era una forma de hacerme entender que su secreto era real y que ahora yo estaba implicada en él.

Esa noche ni siquiera cené, y justo cuando coloqué la cabeza sobre la almohada, lloré en silencio porque no podía sacarme de la mente la imagen de aquel muchacho siendo acuchillado.

A la mañana siguiente, el despertador me hizo saltar de la cama.

A pesar de que había logrado quedarme dormida, me sentía cansada, como si no hubiera pegado un ojo en toda la noche. Me miré al espejo en el baño y por alguna razón quise pensar que sería un día normal o que al menos podía serlo si me lo proponía, que esas sombras violáceas bajo mis ojos, si yo lo quería, no significaban nada, y que si me esforzaba sería capaz de alejar el nerviosismo. Por lo tanto, me bañé, vestí y bajé a desayunar sola y con normalidad como era de costumbre, ya que mamá y papá siempre se iban a trabajar muy temprano. Al salir rumbo al instituto, me detuve por un momento para examinar la acera que se extendía frente a la casa. No había nadie, estaba despejada. Incluso esperé unos minutos por si me encontraba a Damián de camino, pero en ningún momento pasó, así que emprendí la caminata, temerosa durante todo el rato, mirando hacia todos lados y sosteniendo con fuerza el bolso que colgaba de mis hombros.

De a momentos pensé, mientras iba dejando atrás la seguridad de mi casa — aunque no podía garantizar que lo fuera del todo —, que en cualquier instante aparecería el asesino de la gabardina violeta con sus turbios ojos azules capaces

de infundir temor, y admití que estaba paranoica. Pero, ¿no tenía buenas razones para estarlo?

El camino se me hizo eterno, hasta que finalmente la estructura del Instituto Central de Asfil se hizo visible. Los edificios que constituían el instituto seguían teniendo un aire tradicional. Era la principal casa de estudios en el pueblo, por lo que llevaba muchísimos años ahí, así que los altos muros eran de color ocre y las ventanas tan grandes que parecían, como a Alicia le gustaba decir, tabletas de chocolate. Al pasar los años le habían ido agregado anexos, sobre todo cuando se había aprobado la petición de que el instituto también sirviera como primaria. Debido a eso, los estudiantes eran desde niños hasta adolescentes, y siempre eran demasiados. Todo el tiempo había muchísimo ruido y jamás me había sentido tan a gusto con ello hasta ese momento.

Ver aquel montón de alumnos andando de un lado a otro, me tranquilizó un poco. Con tanta gente a mi alrededor, ¿quién podía reconocerme? Avancé por el largo camino encerado flanqueado por un pasto brillante y húmedo, y atravesé la entrada sintiendo cierto grado de protección al estar adentro de la institución. No podía pasarme nada ahí, no con los profesores echando ojo sobre todo.

Después de que entré en el aula para la clase de geografía y puse el trasero sobre mi asiento habitual junto a Eris, la encontré con la vista fija en un libro. No era nada raro, pues a ella le gustaba leer más que a mí y sobre todo más que a Alicia. Y no era que yo no leyera, sí lo hacía, pero Eris tenía la cabeza metida en los textos la mayoría del tiempo.

Acomodé mi libreta y mi lápiz sobre la mesa e inmediatamente alcé la vista ante la melosa voz que prorrumpió en el aula:

—¡Buenos días!

Alicia se apartó un mechón de la cortina de cabello rubio platinado que le estorbaba en la cara y mostró su perfecta sonrisa bajo unos labios —también perfectos— pintados de cereza. Era hermosa y lo sabía, y no dudaba en exponerlo al mundo. Algunas personas respondieron a su saludo.

Cualquiera que la veía podía pensar que Alicia, siendo tan bella, debía cumplir con el cliché de la rubia malvada y popular de la escuela; lo cierto era que tenía carisma. Se ganaba a la gente, no era cruel, solo era sincera y las personas a su alrededor parecían reconocer la diferencia intencional que había entre la maldad y la sinceridad. No podían detestarla, ni siquiera por ser lo que era: bulliciosa, extrovertida y a veces muy dulce.

—Cuanto empeño le pones a eso de bajarnos la autoestima —le dije en tono de broma apenas se nos acercó.

Las mesas eran para dos, pero Alicia solía sentarse sobre la nuestra para hablar hasta que el profesor llegara.

—No hago nada a propósito —respondió rápidamente, mirando por encima de nosotras a los demás mientras repartía saludos desde su posición—. Ya saben que no es así, yo solo... solo me gusta alegrarle el día a la gente y nada más puedo hacerlo si soy alegre también. Alegría significa escándalo, ¿saben? De ese modo se transmite la emoción. Como... ¡como las animadoras! Adoro darles los buenos días a todos y hacerlos sentir bien.

—Oh, ¿qué sería de la vida de estas personas sin tus saludos? —soltó Eris con sarcasmo sin apartar la vista de su libro.

—Me he preguntado lo mismo y he llegado a la conclusión de que no sonreirían tanto... —contestó Alicia con una nota de genuino pesar.

Eris alzó la mirada, frunció el ceño y tomó el libro de geografía que había en su lado de la mesa. La tapa mostraba una imagen del planeta tierra, así que se aseguró de ponerlo de tal modo que Alicia pudiera contemplarlo bien.

—¿Ves esto? —le preguntó a la rubia, señalando la imagen de la portada. Alicia asintió con curiosidad—. Es el mundo con tus saludos. Ahora, ¿ves esto? —agregó, dio vuelta al libro y mostró la misma imagen del planeta tierra que había en la contraportada—. Es el mundo sin tus saludos. ¿Notas alguna diferencia? ¿No? Por supuesto, porque no la hay.

Alicia lo comprendió al instante y hundió tanto las cejas y frunció tanto la nariz que el gesto me hizo estallar en una risa sonora.

—Ese es tu amargado mundo. En el mundo de las personas felices no hacemos caso a las personas que se creen chistosas, pero que no lo son —rebató Alicia y le enseñó el dedo de en medio. Eris esbozó una sonrisa triunfal y volvió a poner atención a su libro. En ese momento, la rubia de nuevo me tomó por sorpresa—. Te ves bastante bien. No pensé que vendrías hoy por eso de la fiebre. ¿Viniste por obligación?

—En realidad, mejoré —dije, tratando de verme lo más tranquila posible—. Mamá tiene unos remedios buenísimos.

—¡Perfecto! —exclamó Alicia y se bajó de mi lado de la mesa para acercarse a un grupillo de chicos que estaban a dos sillas de nosotras. Exhalé silenciosamente y giré la cabeza hasta que pillé a Eris mirándome de reojo.

—¿Y la verdad cuál es? —me preguntó en un tono de voz algo bajo.

—¿Qué verdad? —inquirí como respuesta, haciéndome la desentendida. Eris era intuitiva, no podía negarlo.

—¿Tú, anoche, con fiebre? —Volvió a mirar su libro y pasó una hoja con suma tranquilidad—. Eso le dijiste a Alicia, pero, ¿cuál es el verdadero motivo de que no fueras a la fiesta?

—Ah, es que lo de la apuesta no me agradó mucho —mentí, agregándole cierta indiferencia a las palabras para que no pudiera sospechar—. Así que me quedé en casa viendo The X-Factor.

Eris puso mala cara; no me creía, pero en ese momento hacer como que sí, era lo único que le quedaba además de sumirse en su lectura. Sabía que con eso había despertado una chispa de duda, y consideré entonces decírselo porque ella era la más centrada de las tres, incluso la más inteligente. El problema era que la situación en realidad era muy grave. Un asesinato no era cualquier cosa, además, era cómplice por haberlo visto y no confesado, y eso, junto con el miedo, me estaban carcomiendo la mente.

Justo en ese momento una extraña sensación me envolvió, como cuando uno se sentía observado. Disimuladamente eché un vistazo hacia atrás y contemplé a Damián al fondo del salón, sentado en una de las mesas de la esquina, mirándome. No hablaba con nadie, estaba despeinado como de costumbre, tenía los brazos sobre la mesa y la postura ligeramente encorvada, como si así pudiera hacerse invisible. Pero lo más inquietante era su mirada que no me costó interpretar en lo absoluto:

Esos sombríos ojos manifestaban una desaprobación total.

Cuando la clase terminó, todos salieron disparados de sus asientos. Eris y Alicia se me adelantaron hablando sobre nuevos descuentos de ropa en el centro comercial —porque ese era un gusto que sí compartían— y yo me quedé atrás para poder terminar de escribir en mi libreta lo que había escrito el profesor en el pizarrón. Me había pasado la toda la clase distraída y tomar los apuntes con lentitud era una de las consecuencias.

Cuando hube finalizado, incluso después de que el profesor se fuera, guardé mis cosas y me dispuse salir del aula. Sin embargo, justo cuando iba a pisar el pasillo, alguien tiró de mi brazo y me devolvió al salón. Tardé un segundo en comprender que era Damián quien lo había hecho. Cerró la puerta del aula y me observó con un aire de disgusto.

—¿Vas a mudarte? ¿Ya le dijiste a tus padres? —soltó rápidamente, sin hacer pausa entre ambas preguntas.

—No pude decirles, no pude —confesé. Él resopló con disgusto y echó la cabeza hacia atrás, como si intentará reunir paciencia. Por mi parte, me mantuve quieta, aferrada a las tiras de mi bolso—. ¡Mamá se puso a decir que demandaría a cualquiera que me hiciera algo! ¡No puedo decírselos! ¡No tienes ni idea de todo lo que harían! Ni siquiera me creerían. Pensarían que estoy... loca.

—No está mal, así te enviarían a un manicomio y estarías a salvo allí.

Mi cuerpo se estremeció de pavor. No me gustaba aquella palabra. No me gustaba en lo absoluto. Ni siquiera quería imaginarme siendo considerada una demente.

—¿Qué?! ¡No iré a ningún lado!

—¡Maldita sea, Padme! —rugió Damián, aproximándose a mí con vehemencia—. Haces que me provoque matarte, ¿lo sabes? Cuanta indecisión. No soporto la indecisión. —Di un paso hacia atrás, temiendo que en realidad hiciera algo contra mí—. Pero ya te dije que no lo haré, relájate un poco —agregó después de ver mi reacción. Entonces retrocedió y me observó de pie a cabeza—. ¿Qué haces vestida así?

Algo desconcertada, me miré la ropa. Llevaba puesto un vestido de verano estampado en flores, algo muy sencillo y fresco porque Asfil podía tener mañanas y tardes bastante calurosas.

—¿Me queda mal? Es solo un vestido —respondí con simpleza.

—Te queda ridículo —dijo. Sentí como si un balde de agua de fría me cayera encima y de inmediato pasé a ponerme de mal humor—. No nos vestimos de ese modo. Tampoco nos reímos escandalosamente como hiciste hace un rato.

—No, ustedes matan. Algo más normal.

—¿Crees que es normal? —inquirió con lo que pude reconocer era algo de ingenuidad.

—¡Es sarcasmo, Damián! —exclamé y me encaminé hacia la puerta, pero antes de poder irme, él me detuvo—. ¡Suéltame!

—Si no vas a mudarte significa que tienes que unirte a esto —manifestó bajando un poco el tono de voz—. ¿Aún no lo entiendes? Estás en peligro, Padme, un peligro real.

Le mantuve la mirada por un instante, buscando, quizás, algo en ella que no me hiciera dudar. Pero la imagen del asesinato llegó a mi mente y con eso el recuerdo de lo que una vez había pensado que él podía ser.

Incapaz de decir algo, me zafé de su agarre y salí del aula antes de que pudiera retenerme de nuevo.

Me mezclé entre la multitud, malhumorada, sintiéndome ridícula vistiendo mi propia ropa, y como la despectiva opinión de un tipo que solo se enfundaba una chaqueta de cuero de todos los colores oscuros existentes no debía importarme, también me sentí estúpida por permitir que me afectara aunque fuera un poco. No obstante, ignoré esa parte de la conversación y me centré en lo último que había dicho.

Estaba en un verdadero peligro.

Asistí a la segunda clase con ganas de que la tierra me tragara y me escupiera en algún país asiático. Damián no volvió a mirarme, Eris no paró de hablarme sobre un libro de ciencia ficción llamado Asfixia que había empezado a leer y que la tenía completamente atrapada, y Alicia no se detuvo con el asunto de que en verdad su presencia mejoraba el ánimo de los estudiantes y que por eso se ofrecería para ayudar con los preparativos de la graduación.

Al parecer, sus ideas eran más frescas —y extravagantes—que las del comité de eventos.

Una vez finalizó la mañana de clases, el camino a casa fue largo. No me atreví a montarme en el bus con Eris y Alicia, de hecho, me les perdí de vista apenas salí, así que mientras volvía por el centro traté de ver la situación desde otro punto de vista. Probé el de mamá, papá, Alicia y Eris, y el más sensato era el de esa última. Ella me habría dicho que llamara a la policía y me pusiera a salvo, y sí que parecía mucho más lógico.

Quizás debía alzar el teléfono y confesar todo, delatar a Damián para, finalmente, poder estar en paz.

Entré a casa y me quedé apoyada en la puerta por un momento. El silencio en el interior era profundo, casi como si se hubiese puesto de acuerdo con mis temores para dejarme mucho más nerviosa. Pasé a la sala y dejé el bolso sobre el sofá. Observé el teléfono de casa sobre una mesita, bien dispuesto para llamar, preparado para confesar como era natural que hiciera. Porque lo era, ¿no? Di pasos cortos hacia él, dudando. Pero, ¿por qué dudaba tanto? Lo descolgué, marqué el primer número y...

Alguien tocó el timbre de la casa.

Me sobresalté de forma tan exagerada que dejé caer el teléfono y el cable semejante a un largo resorte se extendió por debajo de la mesita. Primero, como si me hubiese picado el mosquito de las peores suposiciones y los nervios estremecedores, imaginé al asesino de la gabardina colocando el dedo índice en el botón del timbre, pero luego, cuando el veneno del mosquito imaginario se desvaneció en mis venas, lo pensé mejor. Podía ser Alicia para pedirme que la acompañara al centro comercial, o la misma Eris para tratar de sacarme la verdad sobre la mentira que había dicho por la mañana.

Podía ser cualquier persona.

Volví hacia la puerta pensando de forma positiva, la abrí y ahí estaba.

—Ah. ¿Se te olvidó decir que mis zapatos también son ridículos? —le dije.

Las palabras salieron como exhalaciones de alivio. Damián, frente a mí, entornó los ojos y sin preguntar me apartó con suavidad para entrar a la casa.

—No, porque eso ya lo sabes —comentó con un dejo de indiferencia mientras cerraba la puerta—. Estás sola, ¿no?

—No eres nada educado, ¿lo sabías? —bufé, cruzándome de brazos—. Y no, no estoy...

—Puedo jurar que lo soy cuando la situación lo requiere —me interrumpió y avanzó hacia la sala. Lo seguí rápidamente, pero se detuvo frente al sofá, justo al lado de la mesa en donde normalmente reposaba el teléfono que en ese momento se hallaba en el suelo. Lo miró y yo también, comprendiendo mi error—. ¿Qué ibas a hacer? —inquirió, dándose vuelta.

«¡Miente, miente, miente!», pensé.

—Iba a llamar a Alicia, quedamos en salir —mentí.

Intenté verme todo lo tranquila que pude, y me mantuve quieta en el espacio que separaba la sala del pasillo de entrada. Damián frunció ligeramente el ceño y eso acentuó la peculiaridad de sus ojos. Eran tan oscuros, que resultaba difícil diferenciar la pupila del iris, y eso sí que era una extraña característica.

—Mientes —soltó mientras avanzaba a paso lento hacia mí. Retrocedí ante su movimiento—. Mientes, Padme. Sé cuando la gente lo hace, ¿sabes?

—No estoy mintiendo, ¿por qué mentiría? —musité.

Mi cuerpo golpeó contra la pared del pasillo. No había más que retroceder, pero para Damián todavía quedaba espacio de avance. Se aproximó hasta que me acorraló, hasta que las puntas de sus zapatos bien limpios y cuidados tocaron la punta de los míos, y me escudriñó con la mirada como si buscara algo en mi rostro.

—¿Pensabas delatarnos? ¿Pensabas... delatarme? —susurró.

Su cálido aliento golpeó mi mejilla y me puso la piel de gallina. Le temía, joder, claro que le temía, pero algo, quién sabía que absurda cosa era, me decía que él no iba a lastimarme, pero también me indicaba que demostrarle mi temor podía ser un error.

—No —respondí con firmeza—. No pensaba hacerlo.

Damián se quedó en silencio por unos segundos. Imaginé que refutaría mi palabra, que insistiría en que estaba mintiendo, pero simplemente se alejó, creó una buena distancia entre nosotros y se encogió de hombros.

—Bien, porque si haces eso te van a matar estés donde estés, y no sólo a ti, sino a todo aquel que lleve tu apellido o tenga relación contigo, ¿lo sabías? Eso incluye a tus padres, a tus amigos y a cualquier allegado —expuso con simpleza. Inhalé hondo y me aparté de la pared. Delatarlo ya no parecía la mejor opción. Lo recordé: estaba en un peligro real y tanto él como los que había visto al pasar la puerta de la cabaña del bosque, eran asesinos reales. Todo era real, así que tan solo pensar que podían asesinar a mi familia, me removió las emociones. Sentí un nudo en la garganta, pero me contuve.

Damián se paseó por la sala de estar, mirando cada cosa y cada decoración como si estuviera en un tour por un museo. Observó, con mayor detenimiento, las fotos de mi infancia: una yo sin dientes; una yo en el equipo infantil de fútbol; una yo con mis primos; y una yo con mis padres.

Una yo que no conocía el secreto.

—Entonces, te quedarás, ¿no? —comentó al mismo tiempo que pasaba a mirar una de las extrañas artesanías que a mamá tanto le gustaba coleccionar. Era una mujer obesa, sin cabeza, a la que él delineó con la punta de su dedo.

—Supongo —me limité a decir, estudiando cada una de sus acciones—. No toques nada, se puede romper.

—Jamás he roto nada que no quiera —dijo y no apartó el dedo del objeto hasta que quiso—. ¿Estás asustada? —preguntó, como si fuera una cuestión muy normal.

—Si lo estuviera, ¿estaría mal?

—No, el miedo es agradable —contestó en un tono de voz más bajo, casi arrastrado.

—Tener miedo de que me asesinen, es agradable —repetí con toda la intención de que entendiera que sonaba absurdo. Pero él solo se inclinó para admirar los grabados en otra pieza de artesanía.

—No, el pánico en sí lo es. A mí me gusta. No sentirlo, sino verlo, ¿entiendes?

—Entiendo que me esperaba cualquier cosa de ti menos esto. En ningún momento imaginé que estaríamos en esta sala hablando de que te gusta ver a la gente asustada. No es lo que se llame algo... normal. Bueno, tú no eres normal.

—¿Sí? ¿Y qué te hizo llegar a esa conclusión? —dijo, con lo que sin duda alguna era sarcasmo—. Sé que no lo soy, y sé que tú tampoco —añadió y finalmente dejó de prestarle atención a los objetos de decoración. Se volvió hacia mí y su expresión se me antojó de suma tranquilidad—. Alguien que no entiende cuando le dicen que un niño no puede salir, pero sigue insistiendo, y no solo eso, sino que también se dedica a espiar, no debe ser muy normal.

—Era una niña, ¿de acuerdo? —resoplé, desviando la mirada.

—Pero ya no lo eres y tu curiosidad sigue dominándote —agregó—. Si fueras tan normal, no estaríamos aquí teniendo esta conversación, tampoco estarías en peligro y mucho menos sentirías tanto miedo como ahora.

—Al menos tengo eso de normal, ¿no? Cualquiera en mi posición estaría cagandose de miedo —expresé y me dejé caer sobre en el sofá más grande.

—Vamos a protegerte de ellos —confesó entre una exhalación que pareció más de fastidio que de cualquier otra cosa—. Nosotros formamos grupos y nos cuidamos las espaldas. Mi grupo es pequeño, por es muy leal. Quizás por eso lo es más.

—¡Ah! Un grupo. De los creadores de: «soy un asesino y te van a matar», llega: «tengo un grupo de amigos asesinos que saben sobre ti» —solté. Él me miró sin expresión alguna.

—Supongo que eso es un chiste.

—Olvidalo —murmuré, girando los ojos—. ¿Y cómo se les llama a los grupos de asesinos? De seguro tienen un nombre.

—Somos algo así como... manadas. Podemos matar a otros de nuestra clase, como lo que viste en el bosque. Ese era Nicolas, seguramente, saldando algunas cuentas. Es muy común que, si hay conflictos que no se pueden resolver de otro modo, el más fuerte aplique el cobro por vida. Pero si formamos una manada y nos enlazamos, juramos protección, y cuando juramos algo, lo mantenemos hasta la muerte —explicó mientras se sentaba en el sofá individual que tenía en frente—. En mi grupo somos cuatro: Poe, Tatiana, Archie y yo. Poe y yo nos conocemos desde pequeños, por lo que anoche le hablé de ti y estuvo de acuerdo en integrarte.

—Ah, parece que no tengo que preocuparme por caerles bien para que me acepten —murmuré sin mucho ánimo—. ¿Ellos también matan a diestra y siniestra? —inquirí de mala gana, aunque luego me di cuenta de que mi pregunta era absurda.

—Todos lo hacemos, unos más que otros, pero lo hacemos —respondió sin un ápice de culpa—. En realidad, nuestro grupo es bastante tranquilo comparado con otros. Nos reunimos, Archie despedaza algunas ardillas para distraerse, tomamos algo y así la pasamos.

—Sí, despedazar ardillas suena de lo más tranquilo —mencioné, haciendo un fingido gesto de aprobación.

—Lo es, porque otras manadas hacen cosas como cazar, que es la práctica para capturar personas; rondas de vigilancia, que es prácticamente el seguimiento de posibles víctimas, y sin contar otros pasatiempos que, por decirlo de algún modo, escandalizarían a cualquiera.

—No voy ni a preguntar qué son esos otros pasatiempos —dije, negando con la cabeza. Luego exhalé—. ¿Al menos tengo... tiempo para pensarlo? —pregunté, temiendo de la respuesta que pudiera dar.

—Por hoy puedes pensarlo, pero me parece que sigues sin comprender cuán grande es esto y no voy a explicártelo con esquemas o dibujos —dijo, levantándose del sofá—. Es simple, tienes dos opciones: irte o ser parte de nosotros. Si te vas, es posible que puedas continuar con tu vida, pero si te quedas, te matarán si no te esfuerzas en hacerle creer a todos que no eres una persona aparentemente normal que sabe algo que no debería saber.

—Es que... pienso que es tan abrupto, tan injusto...

—Debiste haber pensado mejor la idea de seguirme.

Con esas tajantes palabras se levantó del sofá, se dirigió a la salida y desapareció. Quedé entonces postrada en el sitio, tratando de entender si lo que sentía además del pánico era disgusto, presión o una confusión desesperante y peligrosa. Pero de lo que sí estaba segura, era de una sola cosa: que no sabía qué hacer.

Me levanté del sofá, corrí hacia la puerta y la cerré con llave. Entre la soledad, mis emociones fluyeron todas al mismo tiempo como si estuvieran en una competencia con un estallido como meta. La desesperación fue la que tomó ventaja y me impulsó escaleras arriba, llevándome al encierro en mi habitación. Sentí así, como una intensa e inexplicable rabia se mezclaba con el miedo, y di una patada al poof que reposaba en una esquina, y luego, dejándome llevar, golpeé una pila de libros que había sobre el escritorio.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —grité.

Y lloré. Las lágrimas empaparon mi rostro, y casi como si me hubieran derrotado en alguna batalla, caí sentada sobre la cama, gimoteando con fuerza, con rabia y con temor. ¿Como podía dejar mi vida atrás? ¿Cómo él podía, con tanta tranquilidad, decirme que lo hiciera? ¿Cómo podía, sin un asomo de arrepentimiento, tratar de manejar mi destino?

Me recosté sobre el colchón haciéndome un ovillo, recordando lo que de pequeña había deseado encontrar. A él. Y me arrepentí de haberlo seguido, de haberme sentido atraída a un misterio que yo misma me había forjado, y también me sentí estúpida por haber siquiera creído que era una persona distinta, por haber pensado que Damián solo necesitaba un empujoncito para salir de su enigmática burbuja.

Todo lo que había creído era una mentira. Él jamás había estado enfermo; sus padres lo habían retenido por una terrible razón, una que ahora también compartíamos. Y aunque yo no había matado a nadie, me sentía totalmente cómplice. Había observado la muerte de aquel muchacho y no podía confesarlo, y ahora debía guardar un secreto e involucrarme en él.

Mi vida debía cambiar, pero para que eso pasara necesitaba dejar algo atrás, y para dejar algo atrás necesitaba, de una vez por todas, comprender lo que me había estado repitiendo desde esa mañana:

Estaba en un peligro real. Damián era un asesino y yo tenía que intentar serlo también, porque si no, mi familia y yo moriríamos.

De modo que, lentamente, susurrando aquellas palabras, me hundí en el sueño propio del cansancio.

«El secreto es real...»

Capítulo 4: Consecuencias

Las consecuencias

(***)

Desperté por el sonido del timbre.

No tenía acostumbrado dormir durante el día. Normalmente, no pasaba las tardes en casa, pero ya no veía posible andar por la calle o siquiera poner un pie fuera de casa con tanta libertad sin sentir que en cualquier momento podría aparecer alguien para sacarme un ojo. Y además sentía un gran cansancio, como si todos mis temores estuvieran literalmente sobre mis hombros.

Me levanté de la cama y observé el reloj sobre la mesa de noche marcando las 6:00 p.m. Mamá ya debía estar en casa, y papá, posiblemente, en su trabajo hasta las siete.

Corrí escaleras abajo rogando que quien estuviera en la puerta no fuera de nuevo Damián, pues no tenía ni una pizca de ganas de verlo por lo que restaba de día. No obstante, no podía negar que su compañía en momentos parecía un boleto al tren de la protección.

Giré la llave para quitar el seguro, y apenas se abrió la puerta, Eris y Alicia entraron a la casa muy animadas.

—¡Hoy hay pijamada! —exclamó Alicia, ensanchando su perfecta sonrisa.

—¿La hay? —inquirí, algo confundida.

—¿Lo olvidaste o qué? —preguntó Eris, ceñuda—. Lo planeamos hace una semana. Trajimos los chocolates, las frituras, las bebidas y todas las películas de Harry Potter para la maratón —añadió, alzando las bolsas que sostenía para mostrarlas.

—¡Hasta traje mi varita! —soltó Alicia casi como un chillido.

—Sí, sí, ¿cómo podría olvidarlo? —mentí—. Estaba ansiosa.

Las tres pasamos directamente a la cocina para comenzar a sacar todo lo que había en las bolsas. Parecía un chiste que Alicia, tan esbelta, fuera la que más comiera frituras durante nuestras reuniones. Pero así era. A Eris le gustaba más tomar un par de cervezas, pero Alicia procuraba no dejar ni una bolita de queso en los tazones. Yo, en cambio, me encargaba de coger los chocolates antes de que la rubia los acaparara.

Las tres habíamos tenido muchas noches así, con maratones de series o películas porque algo que teníamos en común y que no podíamos abandonar, era el gusto por la fantasía y la ciencia ficción. Pero esa noche, que se me antojaba tan distinta a cualquier otra, no había espacio en mi mente para los chocolates, ni para disfrutar del todo la maratón. Simplemente no podía

sacarme de la cabeza las palabras de Damián. No podía olvidar nada. No podía dejar de preguntarme qué decisión tomaría.

—Pues les cuento que se perdieron de mucho. La fiesta de Cristian estuvo buenísima. No me fui a la cama con él, pero sí con un tipo monísimo llamado Benjamin —contó Alicia mientras abría las bolsas de frituras para echarlas dentro de un tazón—. Tiene veintitrés, va a la Universidad Central y posee ese aire de chico malo que me encanta. Es tan misterioso. Creo que en serio podría tener algo con él.

—¿Tus padres lo saben? —le preguntó Eris. Alicia hizo un mohín de fastidio.

—Ellos no necesitan saber nada —respondió de manera tajante.

—Creo que sí deberían —señaló Eris con suma tranquilidad al momento en que colocaba el pack de cervezas dentro del refrigerador—. El tipo es seis años mayor que tú, y tú eres algo... desesperante. Digamos que, si ese hombre te secuestrara o quisiera matarte, a tus padres les serviría mucho saber quién es.

—¿Matarla? ¡No! —solté rápidamente. Ambas me miraron con extrañeza, sin decir nada. Comprendí entonces que había sonado realmente asustada, así que carraspeé la garganta y procedí a abrir otra bolsa de frituras—. Me refiero a que, ¿por qué querría matarla? ¿solo porque es mayor?

—Es un decir, Padme —aclaró Eris, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Sabían que cualquier persona nueva que conoces, es potencialmente peligrosa? Es algo que la mayoría sabe.

—Benjamin no es peligroso, solo tiene un aire de rebeldía, cosa que es común —dijo Alicia, encogiéndose de hombros—. Los hombres se la dan de malos para atraer mujeres. Les funciona.

—Siempre prefieren al supuesto tipo malo. ¿Alguna vez tomarán en cuenta al tipo bueno? —espetó Eris, cerrando el refrigerador de un portazo que solo a mí me sobresaltó—. ¿Por qué necesitan a alguien que las domine? Les gusta esa tontería de ser lastimadas o engañadas como si las mujeres fuéramos seres inferiores, listas para ser pisoteadas.

Alicia soltó una risa burlona. Yo también reí de forma nerviosa.

—Es la adrenalina, Eris, no es ninguna necesidad. Lo que pasa, creo yo, es que no podemos negar que tener a un hombre que nos haga sentir que le pertenecemos, es excitante —opinó Alicia. Podía jurar que ella tenía un gran talento para hacer sonar exagerado todo lo que decía—. ¿Cierto, Pad?

Ambas me miraron esperando mi respuesta, ansiosas por saber de qué lado estaba.

—Pues, no somos objetos, así que pienso que se trata más del sentimiento de protección, el querer sentirse a salvo; entonces, ni el malo ni el bueno son los adecuados —dije finalmente—. Yo querría, no lo sé, el término medio. El que

puede ser dulce pero también perverso. El que no necesite golpearme para excitarme o ser excesivamente romántico para demostrar que me quiere. Quisiera algo único, pero a la vez muy normal. No quisiera un chico de libro, solo quisiera un chico.

—¡Solo un chico! De esos hay en todos lados —resopló Alicia.

— Bien, es obvio que de las tres, Padme es la más sensata —objetó Eris y avanzó hacia uno de los estantes de la cocina para sacar otro tazón. Luego se lo entregó a Alicia y añadió—: Mírennos, hablando de hombres como si no tuviéramos tan solo diecisiete años y realmente fuera un tema interesante

—Yo me sigo quedando con los malos —dijo la rubia, encogiéndose de hombros—. Entre otras noticias... la próxima semana habrá otra fiesta, ustedes irán, ¿cierto?

—Si no hay apuesta, me apareceré por allá —aceptó Eris.

—Pues yo... —murmuré.

No podía dar una respuesta. Damián había mencionado que los asesinos como él tenían limitaciones, pero si las estaba tomando en cuenta, ¿significaba que estaba considerando formar parte de ese mundo?

Ahora que lo pensaba, no sabía exactamente qué implicaba adoptar su estilo de vida. ¿Tendría que dejar las fiestas al igual que las risas escandalosas? Eris, Alicia y yo no éramos las personas más importantes del instituto, pero nos gustaba bastante socializar, y habíamos quedado en que le sacaríamos el mayor provecho a nuestro último año en el instituto.

—Tú... —habló Alicia, observándome con cierta diversión, una que siempre reflejaba. Para ella la mayoría de las cosas eran un juego.

—¡Mejor empecemos la maratón! —exclamé.

Tomé un par de tazones y me encaminé rápidamente escaleras arriba.

Nos acomodamos en el suelo de mi habitación sobre un montón de almohadas, y entre película, mi celular emitió el sonido de una notificación. Cuando revisé el mensaje de un número que no tenía agregado en mis contactos, cualquier asomo de relajación que pudiera haber obtenido gracias a la pijamada, desapareció: Ven a mi casa por la mañana.

D.

Borré el mensaje y observé a Eris y a Alicia comentando algo sobre la escena de la película. Ambas eran mis amigas más cercanas, las personas en las que supuestamente confiaba a ciegas, pero en ese momento no podía evitar sentir las como un par de extrañas por el simple hecho de estar ocultándoles algo muy importante.

Confesarles que Damián era un asesino, no era como contar un simple secreto de adolescentes. Perturbaría sus mundos al igual que el mío. Les arrebataría

toda esa calma en donde su única preocupación era no saltarse una parte en especial de la maratón que disfrutaban. Y aunque deseaba con todas mis fuerzas poder desahogarme, gritarles que tenía miedo y que no sabía qué hacer, estaba segura de que ocultar la verdad era lo correcto, al menos, lo correcto para no implicarlas en el lío tan grave en el que me había metido.

Cuando desperté al día siguiente, era sábado.

Alicia estaba sobre su saco de dormir con la boca abierta y una pierna y un brazo fuera; Eris dormitaba completamente envuelta sin posiciones extrañas, y la habitación estaba hecha un desastre. Había bolas de queso encajadas en la alfombra, y botellas de soda y cerveza por doquier.

Me incorporé, me despecé e inmediatamente me sentí descompuesta. Había comido tanto que una sensación de llenura me tensaba el torso. Tenía la barriga inflada y unas enormes ganas de vomitar que además de ser provocadas por el festín de frituras, también eran, en parte, producto de la preocupación.

Con cuidado salí de la habitación sin poder coger alguna ropa para cambiarme. Corría el riesgo de que Eris y Alicia se despertaran si hacía algún ruidito, y las necesitaba dormidas para poder ir a casa de Damián. Así que hice mi respectivo aseo matutino en el baño del pasillo y descendí por las escaleras todavía con el pijama puesto. Escuché a mamá en la cocina mover algunos platos, y me esmeré por no hacerme notar, porque si pensaba que seguía durmiendo, sería mucho mejor.

Afuera hacía calor. El sol estaba furioso, como solía decir mi padre. Observé la casa de Damián desde mi posición y, sin pensarlo mucho, me encaminé hacia ella.

Siempre había creído que nos separaban tan solo unos kilómetros de distancia, pero ahora sabía muy bien que nos había estado separando mucho más que eso: ¡todo un mundo!

Cuando estuve frente a la puerta, toqué. Me sentí más pequeña por el simple hecho de estar ahí, y recordé las veces que me había encontrado en esa misma posición esperando por algo que ya me arrepentía de haber esperado.

La persona que abrió, como siempre, fue su madre. Era una mujer de cuarenta y pico de años a la que la edad comenzaba a pesarle. No se parecía mucho a su hijo, sobre todo porque en sus ojos, semejantes al mar, había un destello de cansancio que no había visto en nadie más y que no había notado sino hasta ese momento.

—¿Padme? —preguntó, notablemente asombrada—. Qué sorpresa.

—¿Cómo está, señora...?

Alguna vez había escuchado su nombre, pero no lo recordaba, y ella se dio cuenta de no estaba muy claro para mí.

—Diana —asintió. Tenía un aire nervioso, aunque parecía muy tranquila—. ¿Tú...? Supongo que vienes porque... Damián no se encuentra —titubeó.

Entendía por qué estaba confundida. No tocaba a su puerta desde hacía ya unos seis o siete años. Intenté decir algo, pero una voz masculina que reconocía perfectamente, habló antes que yo.

—Déjala pasar, ya lo sabe —dijo Damián. Me incliné un poco hacia adelante y lo vi parado al pie de las escaleras.

Diana parpadeó repetidamente con desconcierto. Sus cejas se arquearon como si intentara demostrar pesar, pero finalmente se hizo a un lado para permitirme el paso. Quise dedicarle una sonrisa tranquilizadora porque su gesto había cambiado a uno de preocupación, pero me limité a avanzar hacia las escaleras. La casa en su interior parecía mucho más grande que la mía, probablemente porque le habían hecho remodelaciones y porque no había tantas decoraciones. De hecho, todo era simple, casi sobrio. Los colores eran pocos y los cuadros que adornaban las paredes, en su mayoría, mantenían un concepto abstracto. Si la comparaba con mi casa, aquella era un lienzo en blanco al que a mamá le habría encantado ponerle su toque.

Seguí a Damián en cada paso que dio escaleras arriba. Llegamos al segundo piso y atravesamos una de las puertas del pasillo. Entramos entonces en la que debía ser su habitación y que no podía ser la de un muchacho normal.

La luz de las bombillas era débil, propiamente regulada para que algunas esquinas quedaran a oscuras. Encima de la cama todo estaba como debía estar, y en el suelo había algunos zapatos en desorden. Contra una de las paredes había un estante colmado de libros cuyos títulos no alcanzaba a leer, y en una esquina se hallaba un gran saco —demasiado extraño— quién sabía repleto de qué. Lo inusual, entonces, era otra cosa que reposaba sobre lo que debía ser un escritorio para colocar una computadora.

Había un animal allí.

¡Un animal muerto!

Era un conejo y tenía el abdomen abierto de par en par, las vísceras afuera y todo el pelaje empapado en sangre. Además, al cadáver de la criatura le faltaban los ojos, así que tenía por ellos dos cuencas negras que inspiraban temor. Y como si no bastara, en el cuarto se percibía un olor extraño, como si algo que podía ser sangre se hubiera secado en algunos lugares que ni siquiera alcanzaba a ver.

Damián cerró la puerta detrás de mí y no me sentí a gusto con el encierro.

—¿Podrías dejarla abierta? —logré decir.

—No —respondió, tajante.

No era el mejor anfitrión del mundo, y yo tampoco era la más valiente, porque allí, parada cerca de la puerta, estaba inquieta. No obstante, cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, volví a estudiar la habitación entera hasta que en un punto tuve que entornar los ojos para poder distinguir lo que había contra la única esquina en donde la oscuridad se concentraba más.

Había un sillón en ese espacio, pero también algo sobre él que no lucía claro por la falta de luz. Podía ser una pila de ropa, pero tenía más forma que eso. Me incliné un poco hacia adelante, y entonces supe que se trataba de una persona cuando la misma se levantó del asiento y se aproximó a mí con rapidez.

Solté una exclamación y retrocedí. Tropecé con uno de los zapatos que estorbaban en el suelo, pero unas manos me rodearon la cintura e impidieron a la gravedad hacer su trabajo. Así, la poca luz me permitió ver a quien me había salvado de caer.

Me encontré ante un rostro fino y una sonrisa colmada de malicia, de depravación, de burla. No era Damián, era alguien más. Alguien completamente distinto que no podía tener más que un par de años que nosotros. Su cabello era puramente rubio, muy espeso, con un estilo bastante bohemio; y poseía una mirada astuta bajo la que se avistaban unas tenues ojeras. Eso, sumado a la perversa mueca, le otorgaba un aire maniático, más acentuado que el del mismo Damián.

—Así que ella es... —murmuró. Acercó su rostro al mío unos centímetros más, e intenté zafarme de su agarre, pero era más fuerte—. Huele divino, como a pureza.

—¿Me estás oliendo?! —proferí.

Me removí como pez fuera del agua y solo logré que sus brazos me tomaran con más fuerza.

—No... o sí... —susurró entre una risa extraña.

—¡Suéltame! —chillé y le propiné un manotazo en la cara.

Aquello le hizo emitir otra risilla.

—Ya suéltala, Poe —dictaminó Damián. Intenté buscarlo con la mirada, pero solo veía el rostro burlón del desconocido—. Pensé que habías dejado de hacer eso de oler a la gente.

El que se llamaba Poe, rio entre dientes y me liberó. Rápidamente me dirigí a la puerta, pero Damián se atravesó para obstruir mi salida.

El corazón iba a salirseme del pecho.

—¡Quítate, Damián! Me largo de aquí —solté, pero él negó con la cabeza.

—¿Por qué eres tan ruidosa? —se quejó, frunciendo el ceño. No parecía estar de buen humor, aunque normalmente su rostro tenía esa expresión de irritación—. ¿Por qué reaccionas así a todo?

—¿Cómo esperas que reaccione? ¡Todo esto me tiene muy nerviosa! Me dices que venga y entonces alguien se lanza sobre mí como si fuera a acuchillarme —bufé y giré la cabeza para dedicarle una mirada de desconfianza al desconocido, temiendo que volviera a acercarse.

—No puedes huir a cada cosa que sucede, ¿sabías? Y tampoco puedes irte. Desgraciadamente, necesitamos hablar sobre un par de cosas —respondió, y me pareció que iba a decir algo más, pero el rubio intervino y dijo:

—No puede ser, ¿te asusté? No suelo hacer eso con cada persona que conozco, pero es que hueles tan bien... y me atraen bastante los buenos aromas, me atraen mucho. ¡Pero qué modales los míos! Acabas de llegar y por mi culpa te quieres ir. Eso no es propio de mí. Ni siquiera me he presentado, así que permíteme hacerlo. Como ha dicho Damián, me llamo Poe.

Dio algunos pasos hacia adelante y yo di otros hacia atrás. Mi espalda golpeó el torso de Damián y casi pude sentir su respiración contra mi cuello. El momento se tornó incómodo. No sabía para dónde moverme, porque era: o acercarme a uno o acercarme al otro, y ninguna cercanía me parecía agradable.

Terminé por quedarme entre ambos. Poe entonces se aproximó, se inclinó en un gesto casi formal y extendió la mano para que colocara la mía sobre la suya.

—No voy a hacerte daño —añadió en un tono más suave—. De seguro tienes un concepto totalmente erróneo de nosotros. Es normal que Damián dé a entender eso, pero no todos somos iguales. Al menos yo no, soy muy diferente al resto.

Finalmente, correspondí a su ofrecimiento. Mis dedos tantearon una palma cálida, y Poe lentamente se inclinó más para depositar un beso sobre mis nudillos.

—Me llamo Padme —dije.

—Padme, qué nombre tan encantador y qué pijama más mono traes puesto —comentó con un ápice de perversión mientras soltaba mi mano y se erguía—. Pareces un pastelito con él. ¿Te molestaría que te llamara así? ¿No? Muy bien, porque lo haré.

Damián exhaló ruidosamente con fastidio y avanzó hacia el escritorio en donde yacía el cadáver del conejo. Se sentó allí, tomó un pequeño cuchillo de cocina que había estado junto al animal y comenzó a moverlo entre sus dedos, jugueteando.

El movimiento me puso nerviosa.

—¿De qué tenemos que hablar? Que sea rápido —le dije, pero Poe se le adelantó en respuesta:

—¿Por qué la prisa? ¿No te parece agradable la habitación de Damián? Se esmeró en decorarla. Hoy hasta no está tan oscura.

—Sí, se nota que se esmeró bastante. Se ve muy... acogedora —comenté, y mi atención recayó de nuevo en el saco que había en una esquina—. No quiero ni imaginar qué es eso que hay ahí.

Poe observó el saco con curiosidad, como si nunca se hubiera percatado de su existencia, y un segundo después exclamó:

—¡Ah! Ya decía yo que olía como a muerto...

—¿Qué?! —bramé.

La risa del rubio resonó en la habitación.

—Es broma. Mírate, pareces un cachorro asustado —expresó y después observó a Damián con diversión—. ¿No es tierna? Podría comérmela...

—Ya cállate —escupió Damián, mirándolo con disgusto. Poe no se inmutó ante eso, todo lo contrario, emitió otra risilla—. Debido a que no podemos dejar pasar más tiempo, debemos hablar de tu decisión, Padme. ¿Ya la tomaste?

—Necesito saber qué es lo que implica —me apresuré a decir.

—¿Quieres saber si es mucho lo que debes dejar atrás? De una vez te digo que sí —expresó. No pude evitar seguir cada movimiento del cuchillo en su mano—. Considerando tu forma de ser, que he estado estudiando... —agregó y entonces clavó la filosa hoja en la cabeza del conejo que yacía sobre el escritorio. La punta penetró el pelaje, la piel y todo lo que pudiera haber dentro de él—. No puedes hacer casi nada de lo que has estado haciendo. Bueno, sí puedes, pero no debes si no quieres que te maten, ¿entiendes? No debes ir a fiestas, no debes relacionarte amistosamente con otras personas que no sean de nuestra clase, no debes ser una florecita alegre, no debes ser el centro de atención y definitivamente no debes vestirme con esa ropa ridícula llena de colores que siempre usas. —Me miró de reojo—. Justo así como ese pijama tan tonto que traes puesto.

—¡Pero si le queda monísimo! —soltó Poe ante el comentario. Sus comisuras se alzaron y sus perfectos dientes relucieron bajo la amplia y lasciva sonrisa—. En privado puedes usarlo, pastelito, por mí no hay problema.

—¿No debo relacionarme con otros que no sean ustedes? —inquirí haciendo caso omiso a las palabras de Poe—. Puedo seguir hablando con mis amigas, ¿no? Digo, no tengo muchas, los demás son solo conocidos.

Damián deslizó el cuchillo por la piel del conejo, rasgándola. La sangre brotó débilmente y manchó sus dedos. El animal no podía llevar demasiadas horas ahí.

—Alicia es todo lo que no debemos ser, por lo que estar con ella te delataría de inmediato. No solemos tolerar a las personas así; en cambio Eris tiene un perfil

más bajo. Con ella sí podrías tener una amistad moderada, con Alicia definitivamente no.

—¿Es en serio? —solté, sorprendida de la peor manera.

Damián asintió lentamente. Sus ojos estaban fijos en la abertura que había hecho en la cabeza del animal. Detecté un brillo de fascinación en ellos. A pesar de su expresión seria, lo estaba disfrutando.

—Pastelito... —ronroneó Poe, aproximándose. Sus facciones se aclararon cuando se paseó por debajo de la bombilla. Definitivamente era del tipo de hombre que lograba enloquecer a Alicia, pues solo debía tener una cosa para que eso sucediera, y sí que la tenía, era atractivo—. Tendrás amigos mejores, es decir, nos tendrás a nosotros. No quiero presumir, pero somos un buen grupo.

—No puedo dejarlas a un lado así tan de repente —puntalicé.

—No, no es que no puedes, es que debes hacerlo —aclaró Poe con detenimiento, entonces hundió una mano en el bolsillo de su pantalón, sacó un trozo de papel y procedió a tomar un lápiz que había sobre la mesa de noche junto a la cama—. Y ahora que hablamos de lo que debes dejar atrás, eso también incluye tu identidad. Verás, el peligro no solo está en que alguien reconozca que eres normal, también está en que noten que no estás en los registros.

—¿Registros de asesinos? ¿Hay registros? ¿En serio?

—Todo lo que te estamos diciendo es en serio, ¿por qué crees que algo podría no serlo? —intervino Damián con una nota de tedio—. Los registros muestran a quienes nacen los nueve del noveno mes, y tu nombre debe aparecer en ellos.

—Es ahí en donde entro yo —agregó Poe con un aire de alarde, entregándome el papel—. Si escribes tus datos puedo poner tu nombre en los registros, pastelito, y salvar el día.

—Podrás mantener tu nombre, pero te daremos otro apellido y otra identificación —añadió Damián.

—Y no habrá peligro alguno, podrás pasar desapercibida —dijo el rubio, poniendo punto final. Adicionalmente, me guiñó el ojo, amplió la sonrisa y susurró—: Por si no sabes, este es el momento en el que empiezas a adorarme.

—Un momento. ¿Y mis padres? ¿Qué pasará con ellos?

—Sobre eso, ante los registros no serán tus padres. Serás huérfana, pero nacida el nueve del nueve que es lo importante —contestó Poe.

—¿También debo alejarme de mis padres?! —inquirí, temiendo escuchar la respuesta.

—No es necesario. Ellos estarán a salvo si tú lo estás. Todas las personas que te rodeen estarán bien si nadie se entera de lo que pasó.

—Todo esto solo por saber algo... Todo esto por mi maldito entrometimiento...

—susurré, pero ambos alcanzaron a oírme.

—Mira, pastelito, de nada sirve que ahora te eches la culpa, aunque la tienes. Lo que se debe hacer es tratar de solucionarlo y eso es precisamente lo que estamos haciendo, ¿no? —comentó Poe, y justo después sonrió ampliamente como si acabara de escuchar una gran noticia—. Me encanta cuando hacemos cosas nuevas. Esto no lo habíamos hecho antes.

—Ustedes no parecen ser los seres más compasivos del mundo —dije, alternando mi vista entre ambos—. Exactamente, ¿por qué lo hacen? ¿Por qué me ayudan? ¿Qué quieren de mí? Deben querer algo a cambio.

—Ah... podría hacerte una escandalosa pero exquisita lista sobre todo lo que quiero de ti en este momento... —dijo Poe en un tonillo sugerente—. Pero Damián te explicará. Damián, por favor... —agregó, como si le cediera el turno de hablar.

—No te estamos ayudando, estamos tratando de resolver este desastre. A ti te preocupa tu vida, pero a nosotros nos preocupa la nuestra. Verás, Padme, por tu entrometimiento podrían matarme, y por contarle a Poe, podrían matarlo a él. El hecho de que no teý haya eliminado apenas salimos de la cabaña, ya me pone en un grave problema. Hay ciertas leyes, como que los no nacidos el nueve del nueve, es decir, las presas, no deben saber lo que hacemos; o como que no debemos incluir a las presas en nuestro estilo de vida; o como que jamás debemos confesarlo directamente; y el incumplimiento de esas leyes se paga con la muerte inmediata. Entonces, está todo hecho un lío y no podemos solo dejarlo así. Si descubren que lo sabes, querrán saber por qué lo sabes o quién te lo dijo y tarde o temprano llegarán a nosotros. Eso, en sí, es lo que intentamos evitar.

—Entonces, todos estamos en peligro por mi culpa, y yo he estado tratando de huir de esto... —repetí mi propio pensamiento en voz alta.

—¿Ahora te das cuenta de que no puedes tomártelo a la ligera? —resopló Damián, dejando el cuchillo a un lado. En sus dedos resplandecía la sangre—. Te lo dije desde el primer momento, pero tú preferiste asustarte y evitarlo. Es una suerte que no estés muerta.

—Por todos los... —musité y lentamente me dirigí a la cama para sentarme en ella. Sentía que mis piernas podían dejar de sostenerme en cualquier momento y por eso debía buscar en dónde apoyarme—. Una nueva identidad y una nueva vida son la solución, ¿no?

—Exactamente.

—Soy la responsable de esto, así que lo arreglaré —dictaminé y escribí en el papel mi nombre completo junto con mis datos básicos—. No huiré.

—¡Tendrás una mejor vida, pastelito! —exclamó Poe con una chispa de entusiasmo, uno que no compartí.

—¿Mejor? Bueno, dado que lo haré solo porque no quiero que nadie muera, dime, ¿en qué jodido aspecto sería mejor?! —rugí, perdiendo la paciencia.

El tono de mi voz no fue moderado. Damián desvió la mirada del conejo hacia mí, y me observó sin expresión alguna, sin gesto alguno, totalmente inescrutable.

—Eres tan ruidosa... —murmuró. Sus ojos enfocaron fijamente mi rostro—. Es curioso. ¿Podrías emitir los mismos sonidos si te cosieran los labios? —espetó como si físicamente estuviera allí sentado, pero mentalmente estuviera dejándose llevar por una larga línea de fantasías e ilusiones. Repentinamente, hundió el entrecejo y volvió en sí—. Esta noche nos reuniremos en el bosque. Vuelve a pensártelo para que no digas que te estamos obligando, pero considera que la forma en que nosotros actuemos, también dependerá de tus decisiones. Si llegas, asumiré que te has unido a nosotros; si no lo haces, asumiré que has huido para tener tratar de tener una nueva vida; pero si no vas y te quedas en casa, ya todo se escapa de nuestras manos. Si nos interrogaran, tendríamos que delatarte para disminuir el peso de mis delitos, o mejor, anularlos por completo. Daría toda la información que tengo sobre ti y tu familia, y ellos irían a buscarte. Así que al final no tienes muchas opciones, ¿sabes? Te matarán en cuanto lo sepan. De una u otra forma lo harán, así que espero que puedas tomar una buena decisión.

Me levanté de la cama como si sus palabras fuesen sido un muy directo «ya puedes irte», dejé el papel sobre el colchón y atravesé la puerta de la habitación en una carrera. Bajé las escaleras a paso rápido y cuando salí a la acera, sentí que huía de algo de lo que realmente no podía escapar.

Inspiré hondo y me apresuré a cruzar la calle para volver a mi casa. Unas pocas lágrimas se escaparon de mis ojos, pero las sequé tan pronto humedecieron mis mejillas. Por mucho que sirviera como método de descarga, llorar ya no era una solución. Tener tanto miedo, tampoco. En realidad, el temor a que asesinaran a mi familia por mi culpa, era mucho más fuerte que el miedo a que alguien me hiciera daño.

Si no lo pensaba demasiado, podía ser capaz de dejar atrás la vida como la conocía si eso nos ponía a todos a salvo. Podía dejar de hablar con mis amigas de la noche a la mañana; o hablarle solo a una de ellas y alejarme de la otra. Podía guardar el secreto de la existencia de los asesinos, ocultarles la verdad a todos para que nadie más se viera directamente implicado. Podía dejar a un lado la ropa colorida y las risas escandalosas. Podía sentarme al fondo del salón sin conversar con nadie. Podía intentar ser una sombra.

Así que por supuesto que podía hacer todo eso, pero no quería. Lo que quería era seguir viéndolo imposible, aun cuando era totalmente posible cumplir con lo que Damián estaba exigiendo.

Iba justo a abrir la puerta de entrada cuando la misma se abrió desde adentro. Vi a Eris ante mí, todavía con el pijama puesto. Las pecas en su blanquecino rostro resaltaron por la luz de la mañana, y su expresión, que ya conocía muy bien, demostró que estaba totalmente consciente de que algo sucedía.

—Te vi salir de la casa de Damián —no tardó en decir—. Tienes que contarme algo, ¿no es así?

—No es...

—¿Nada? —me interrumpió rápidamente—. Claro que es algo. Te conozco más que nadie, Pad, has estado muy rara y ahora sales de esa casa a punto de llorar. Si hubieras salido de cualquier otra casa estaría todo bien, pero es la de Damián. Él nunca se ha molestado en hablar con nadie y tú una vez mencionaste que te intrigaba demasiado, así que no digas que es nada y explícame qué está sucediendo.

—Estás exagerando —solté y la esquivé para deslizarme al interior de la casa. Intenté subir las escaleras, pero ella se me adelantó y me obstruyó el paso colocándose un escalón más arriba con los brazos extendidos como si fuera un muro humano.

—¿Exagero? Ayer cuando terminó la primera hora de clases, tú te quedaste copiando lo que había en el pizarrón. Cuando me devolví para buscar mi libro de geografía que se quedó en el cajón de la mesa, vi por la ventanilla que estabas hablando con él. Y para no ser ni siquiera conocidos, no parecían estar teniendo una buena primera conversación, porque estoy segura de que no era la primera, ni tampoco era buena. Así que no estoy exagerando, Padme. Dime qué sucede o aplicaré la de decirle a tu madre que estás actuando raro, y eso nunca te ha gustado.

Se quedó en silencio esperando mi respuesta.

Había dado en el punto exacto. Desde pequeñas, la amenaza de decirle a mi mamá que yo escondía algo, bastaba para que lo soltara todo. Y la única razón era que cuando para Carmindy las cosas parecían no ir dentro de su curso, no había poder terrestre que pudiera quitarle la idea de solucionarlo. Es decir que, si ella se enteraba de que mi actitud no era demasiado normal, no podría quitármela de encima, ni persuadirla de que nada estaba ocurriendo.

Si se trataba de mí, a mi madre no le molestaba interferir hasta en la manera en que respiraba. Antes era peor, pero desde los quince años había estado trabajando en ponerle límites, y ella los había aceptado.

No podía arruinar lo que tanto me había costado conseguir: hacerle entender que ya era mayor y que no debía entrometerse en mi vida, y mucho menos podía darle pie a sospechar que algo sucedía con Damián.

—Tu vida cambiaría si te lo dijera, y no quiero eso. Lo que menos quiero es que tengas relación directa con esto. No quiero que estés en un peligro mayor... —susurré y mi voz se quebró por un instante.

—¿Peligro? ¿De qué hablas? ¡Joder, Padme, más rápido debes decirme lo que sucede! —murmuró después de bajar un escalón. Su rostro denotó una preocupación genuina.

—Debes prometerme que harás como que no lo sabes, por favor —musité—. Yo jamás diré que te lo conté, y apenas lo sepas debes fingir que ni siquiera te lo imaginas. Es muy serio, Eris, es grave.

—Lo prometo —aceptó sin pensar—. Prometo guardar el secreto.

—Damián es un asesino. Es una mala persona y podemos decírselo a nadie. Ahora, oficialmente, Eris también estaba incluida en el problema.

Capítulo 5: El poder de la Ambrosía

(***)

Después de haberle contado a Eris una parte del asunto, tuvimos que esperar a que Alicia se fuera a su casa para poder hablar del tema.

No lo mencionamos de inmediato. Desayunamos con total normalidad, como si no hubiera habido una gran confesión al pie de las escaleras. Y cuando la rubia nos dejó asegurando que nos mandaría un mensaje luego, salimos al jardín con la excusa de regar las plantas que mamá tenía por puro pasatiempo.

Fue ahí en donde solté el resto, en donde pude decir cuánto miedo tenía. Todavía estaba metida en un grave asunto, sí, pero al menos tenía con quien hablarlo. De modo que después de descargarme sentí que me había quitado un peso de encima, aunque seguía pareciéndome que, como Atlas en ese cuento mitológico griego, estaba condenada a cargar con todo un mundo sobre mis hombros.

En cuanto a la manera en la que Eris lo había tomado, no podía quejarme. Su reacción había sido impecable, calmada, con tan solo un débil asomo de miedo en algún punto escandaloso de la historia. ¡Y ojalá yo hubiera podido procesar el asunto así! Ojalá no hubiera reaccionado tan abruptamente, como si entrar en pánico fuera una de mis mejores cualidades, como si lo único que supiera hacer fuera huir ante cada cosa que me sucedía.

Yo era más que eso, pero no lo había demostrado.

—Debes ir al bosque esta noche y reunirte con ellos —dijo ella, finalmente, utilizando un tono de voz muy bajo mientras regaba un conjunto de florecillas blancas—. Lo primordial es poner a todos a salvo.

—Sí, es solo que creo que temo perder... —intenté decir, pero me interrumpió y dijo:

—Lo único que debes temer perder es la vida, no la forma en que vives. ¿Qué es lo que tienes miedo de perder justo ahora? ¿El andar de fiesta en fiesta? ¿La innecesaria popularidad en el instituto? ¿El absurdo privilegio de juntarte con cualquier cabeza hueca que hay en él? ¿No poder usar un vestido de flores? Nada de eso constituye tu vida.

—No. Temo perderlas a ustedes —aclaré, dándome cuenta de que todo lo que había mencionado realmente no me era necesario para continuar.

Los labios de Eris formaron una fina línea, quizás en un gesto de pesar.

—Nadie va a perder a nadie. Debemos alejar a Alicia de esto, es demasiado inestable como para soportarlo. Ella simplemente no lo entendería, así que podemos hacerlo.

—Tú también debes alejarte, es muy peligroso —señalé, pero Eris negó con la cabeza.

—Nadie sabe que me lo has contado, ¿cierto? Además, Damián te dijo que podías juntarte conmigo, ¿no es así? Mantendré a Alicia alejada de ti, y tú y yo nos reuniremos ocasionalmente para conversar. Podemos mensajearnos a cada momento, pero evitaremos juntarnos en público. Ahora lo importante es que esta noche te reúnas con ellos para que sepan que puedes guardar su secreto y que quieres seguir viviendo. Tienes que seguir viviendo, Padme.

—Lo sé, pero esto es demasiado extraño, Eris —solté. Tenía puestos los guantes de jardinería, así que me dediqué a examinar los tallos de las flores en busca de bichos que pudieran dañarlas—. ¿Nacen el nueve del nueve y por eso son asesinos? Podría pensar que es una jodida broma muy bien montada de no ser porque yo misma vi a un tipo acuchillar a otro. Y luego toda esa gente en esa cabaña... ¿sabías que ese es el misterio al cruzar el viejo roble? Bueno, eso creo, ¿qué más podría ser?

Eris dejó a un lado la regadera y miró con curiosidad el grupo de flores que yo estaba inspeccionando. Justo después de apartar unas cuantas, curiosamente, había una cuyos pétalos, que se movían suavemente al compás del viento, habían adquirido un color rosáceo. Todas en el conjunto eran puramente blancas, pero aquella era distinta.

Ambas nos miramos porque recordábamos a mamá decir que ese tipo de flores no brotaban de otro color.

—Una variación... —murmuró Eris, pensativa, y luego dijo algo que parecía no tener relación con las flores—. Lo que das a entender es que necesitas una explicación lógica para poder creer que Damián es así como dice ser.

—Dime, ¿tú te lo crees del todo? ¿Tú, la Eris que desde los seis años peleaba con Alicia porque ella creía firmemente en el hada de los dientes, pero a ti te parecía puro marketing como el día de San Valentín?

—Sí, me lo creo, ¿y sabes por qué? Porque sé que tiene que haber una explicación. No puede ser solo cuestión de que un día en específico intervenga sobre la naturaleza humana, y sé que piensas lo mismo.

—¿Y cómo daría con esa explicación? No creo que Damián quiera decirme exactamente por qué son asesinos.

—Podrías intentar preguntarle —dijo, encogiéndose de hombros.

—Podría, pero, ¿ya te conté que parece que no le agrado mucho? —murmuré—. Y no es para menos. Por mi culpa está metido en un gran lío, y por mi culpa podría morir. Es entendible que me deteste y no quiera ni escuchar mi voz.

—Mira, si en verdad te detestara, te habría matado, ¿no? Es un asesino, no le habría costado mucho. Pero no te dañó, todo lo contrario, te presentó dos opciones —puntualizó mientras se sacudía las manos de cualquier residuo de tierra—. ¿Sabes algo? Siempre supe que él era distinto, no solo por su actitud y

su aspecto, sino porque te atraía de una forma bastante... intensa. No fuiste a buscarlo por impulso, quizás eso debía pasar y pienso que, aunque no es precisamente lo que llamamos una buena persona, no te pasará nada si estás a su lado. Y si necesitamos darle una explicación a todo esto, podemos buscarla nosotras mismas, ¿no es así? Nada más hay que ver por dónde empezar...

—¡Sé por dónde comenzar! —exclamé y me saqué los guantes—. Por aquello que nos aleja del bosque: la advertencia de no cruzar el lago y el viejo roble. Debe tener alta relación con la cabaña, ¿no crees?

—Sí, tienes razón. Entonces, asegúrate de que vean que quieres estar a salvo, y mientras tanto, empecaremos a averiguar la verdad sobre la naturaleza de Damián. —Tomó mis manos y les dio un suave apretón a mis dedos en un gesto de apoyo—. Si tenemos suerte podríamos encontrar otras opciones que Damián no sabe para escapar de esto. Así que me encargaré de que Alicia se ocupe en unas cuantas cosas para que no venga a tu casa hoy, y tú ve al bosque. Todo estará bien.

Luego de que nos despedimos con normalidad como si nada sucediera, me quedé sola en casa porque mamá tenía que hacer algunas compras con papá.

Ya no me sentía tan asustada y eso se debía a que, como tenía a Eris de mi lado, no parecía estar tan sola dentro del lío. Además, ella tenía razón. No debía temer perder la forma en la que había estado viviendo, sino el poder vivir. Morir había entrado en mis planes por un segundo, solo para que mi familia estuviera a salvo; pero Damián había asegurado que ellos estarían bien si nadie se enteraba de la verdad. De modo que, si todo se trataba de sostener una mentira, era capaz de esforzarme por lograrlo.

Me uniría al mundo de Damián.

Y es que eso había deseado durante mucho tiempo, ¿no? Entender su universo, entenderlo a él, saber por qué razón evitaba las relaciones sociales, saber por qué parecía ser tan diferente; y ahora que tenía las respuestas a todas mis dudas, ahora que podía ser parte de su entorno, no veía como mejor opción dejarme llevar por el miedo.

Así que si le ponía empeño en hacerle entender a todo un grupo que yo también era una asesina, las cosas podrían tomar un buen curso. Podía vestirme diferente, dejar de ir a fiestas, hablar mucho menos, reír en silencio y encontrarme en pocas ocasiones con Eris y Alicia. Podía hacer lo que sea, menos matar.

Ese sería mi único límite. Iría al bosque, fingiría ser parte de ellos, pero no me convertiría en una asesina.

Esa tarde me paré frente a mi armario y comencé a sacar toda la ropa colorida que tenía.

Definitivamente tendría que hacer nuevas compras para una nueva vida.

Dadas las seis de la tarde ya tenía toda la ropa apilada sobre la cama, lista para ser embolsada y enviada al centro de beneficencia de Asfil. No pretendía solo lanzarla a la basura, y aunque no sabía si también se incumplía alguna regla dentro del mundo de Damián al hacer caridad, estaba decidida a que la vestimenta pasara a manos de alguna persona que la necesitara.

En cuanto a lo que usaría para ir al bosque, terminé por escoger un suéter oscuro y unos vaqueros que recordaba haber usado en el funeral de una tía de Alicia. Así que no solo me veía distinta, sino que tenía ese aire fúnebre que me parecía que se había quedado atrapado en la vestimenta que había aguardado en el fondo del armario desde aquella vez.

Bueno, la idea era no resaltar de ninguna manera. Y vestida así, con el cabello oscuro cayéndome hasta la espalda, sin una pincelada de maquillaje en el rostro, y con el suéter haciéndome parecer un saco de papas, podía pasar desapercibida en cualquier lugar.

Objetivo: acabar completamente con mi estilo.

Estado: cumplido.

Antes de irme bajé a cenar con mis padres como era de costumbre. Cuando puse un pie dentro de la cocina, la mirada que me echó mi madre fue de extrema curiosidad. Mi padre, en cambio, apartó la vista de unos papeles que tenía sobre el mesón para examinar me rápidamente, y luego, como si nada, volvió a lo suyo. —Estoy probando cosas nuevas —dije ante el silencio que se extendió en la cocina.

—Pero esa ropa es vieja —dijo mamá mientras proseguía a colocar los platos sobre la mesa—. Sebastian, cariño, ¿verdad que lo es?

Mi padre de nuevo alzó la mirada como si lo estuvieran obligando y entonces me dedicó una sonrisa de las mejores, de esas que parecían de complicidad y reconforte al mismo tiempo. No podía imaginar un mundo sin ese gesto paternal o sin las exageradas reacciones de mi madre. No podía imaginarme sin ellos, por lo que mi decisión de formar parte del mundo de Damián pareció la correcta.

Si bien me entristecía el hecho de tener que alejarme de Alicia y un poco más de Eris, podía soportarlo por su seguridad, pero pensar en que mis padres estarían en un gran peligro si yo no lograba mantener la mentira, me enfundaba un miedo terrible.

—¿No se supone que es mejor usar la ropa hasta que deje de quedarle? No importa si es nueva o vieja —opinó él con cierto desinterés.

—¡Claro, cuando son niños, Sebastian! —exclamó mi madre en un tono agudo, negando con la cabeza—. Padme casi es adulta.

—Solo pienso cambiar de estilo, mamá, así que compraré ropa nueva —añadí y tomé asiento en la mesa.

—Compraste ropa hace un mes —se quejó ella, yendo a buscar los tazones con ensaladas—. No te daré dinero para eso.

—Tengo ahorros, los usaré. Me he estado vistiendo como una niña, y tú misma lo has dicho, ya no lo soy.

—Déjala, es totalmente sano que no se estanque en un solo gusto, significa que está madurando —dijo papá, y, para mi suerte, eso pareció calmarla.

Después de la cena tuve que mentir diciendo que iría a casa de Eris y que probablemente pasaría la noche allá. Ninguno protestó ante eso, así que solo salí de casa rumbo al bosque con nada más que una gran incertidumbre por cómo sería el resto del grupo de Damián y por cómo empezaríamos a resolver todo este embrollo.

Por las noches, Asfil era tan tranquilo que podía parecer un pueblo fantasma. Los únicos lugares en donde la gente solía reunirse un sábado eran Ginger Café, el campus de la Universidad Central y una que otra discoteca, de modo que todo lo demás no era de interés y eso dejaba algunas calles vacías como, por ejemplo, esa por la que transitaba. Pero jamás había considerado que la noche fuera tan peligrosa como ahora que sabía que los asesinos del noveno mes se mezclaban con la gente.

Hundí las manos en los bolsillos del suéter para disimular la inquietud y crucé el mismo camino por el que había seguido a Damián. Cuando el asfalto desapareció y algunas hojas crujieron bajo mis pasos, vi las luces del pueblo quedarse atrás. Inmediatamente evoqué el asesinato, pero aparté el recuerdo tan pronto como apareció y decidí concentrarme únicamente en seguir el camino penumbroso hacia el interior del bosque.

Lucía sombrío a esas horas, sobre todo porque la poca luz que me permitía ver por dónde iba, era la de la luna. Consideré usar la linterna de mi celular para iluminar el camino, pero no quise llamar la atención, y más porque sabía que otras personas tomaban esa ruta para llegar a la cabaña. Así que avancé con cuidado tratando de recordar mis pasos, pero noté que había una parte del trayecto que no podía identificar, y era esa que me había pasado por alto al huir del asesino.

Un par de minutos después pensé que estaba perdida, pero entonces vislumbré unos círculos de luz provenientes de algunas linternas y con ellas a un grupo de personas reunidas junto al tronco de un gran árbol.

Eran ellos. Lo supe porque, aunque estaban de espaldas, era imposible no reconocer Damián. Así que tomé aire, continué y también me dije a mí misma que esa era la decisión correcta incluso cuando por otro lado consideraba que había un cincuenta por ciento de probabilidades de que algo saliera mal, de que alguien notara que yo no pertenecía a ellos o que los mismos amigos de Damián me rechazaran. Ante aquellas dudas intenté trazar un plan, pero no se me ocurrió nada concreto y para cuando me di cuenta ya estaba a tan solo un par de metros del grupo.

Comencé a detallar algunos rostros cuando advirtieron mi llegada. Ahí estaba Poe, a quien ya conocía y que no se molestaba en echarme otra mirada que no fuera tan obscena —si es que así podía llamársele—; y junto a él se encontraban otras dos personas que debían ser Tatiana y Archie.

A medida que me acercaba noté que ambos cumplían con lo que podía llamar «el estilo de los del noveno mes». Según había visto, verse mal no parecía una opción para ninguno, ni siquiera para el asesino llamado Nicolás. Entonces, Tatiana y Archie no eran la excepción. Llevaban bufandas e incluso guantes y se veían magníficos tomados de la mano como si fueran una pareja modernamente aristocrática, si es que se podía hacer esa combinación.

Cuando me detuve frente a ellos solté todo el aire que había estado conteniendo. Damián me examinó de pie a cabeza y después dijo:

—Me alegra que hayas venido, Padme.

—¿Te alegra? —solté, algo sorprendida.

—¡Por supuesto que le alegra, pastelito! —intervino Poe, entusiasmado—.

Míralo, está contentísimo —añadió y señaló el rostro de Damián que se mantenía completamente serio. Hice un mohín de duda pues no parecía muy feliz—. No te dejes engañar, él es como el Grinch. Por fuera parece no sentir nada, ni siquiera frío, pero por dentro está floreciendo su corazón. ¿Verdad que sí? Sé que hay algo más dentro de ese hoyo negro en tu pecho, amigo.

Damián frunció ligeramente el ceño y me dio la impresión de que trataba de reunir mucha tolerancia.

—Ella es Tatiana y él es Archie —dijo, omitiendo las palabras de Poe.

Señaló entonces a la muchacha de cabello en punta teñido de verde y azul, y, posteriormente, al muchacho de cabello castaño, gafas cuadradas de pasta gruesa y expresión vivaz. A simple vista, ¿quién adivinaría que ambos eran asesinos? Había que hacer un profundo análisis a sus mentes para poder averiguarlo, porque ni siquiera despertaban la sospecha.

—Es un placer conocerte, Padme —comentó Tatiana.

—Igual para mí —me limité a decir, ofreciéndoles una sonrisa afable.

—Bien, ya terminadas las presentaciones, quiero que recuerden que esto es un secreto —mencionó Damián, paseando su vista sobre cada presente—. Ya saben lo que pasaría si alguien más se entera. No sólo matarían a Padme, también a nosotros por ocultarlo.

—Me encantan los secretos —murmuró Archie entre risas bastante extrañas. Tatiana le propinó un codazo y él dejó de reír—. Aunque este es peligroso, pero el peligro está bien...

—Tú debes hacer todo lo posible por mezclarte. Debes ser como una esponja y absorber lo que veas. También trata de no hablar demasiado. En este mundo, ser callado es lo más común. ¿Entendiste? —me dijo Damián. Asentí con la cabeza.

—Ella entendió y nosotros entendimos hace rato que es un gran secreto, que la situación es peligrosa y que Padme tiene que poner de su parte para que nadie sospeche nada. Así que, ¿nos podemos ir ya? La luz de la luna suele tener ciertos efectos... eróticos en mí, y son cosas que no puedo resolver estando aquí parado —habló Poe, mordiéndose el labio inferior al decir lo último.

Emprendieron la marcha por petición de Poe, y yo les seguí un tanto nerviosa. Una cosa era reunirme con la pequeña manada de Damián, pero otra muy distinta era entrar de nuevo a aquella cueva de asesinos en donde todo había iniciado. La sola idea de volver a ver a Nicolas el asesino de la gabardina violeta, me hizo temblar, pero me apoye en el hecho de que estaría segura con el grupo. Porque eso había dicho Damián, ¿no? que ellos me protegerían. Y aunque no les estaba confiando del todo mi seguridad, era reconfortante saber que con su ayuda al menos podría salvarme en caso de que algo saliera mal.

Quizás, lo que necesitaba para finalmente dejar de temer era tener un poquito de confianza en que todo saldría bien. Pero, ¿podía confiar en ellos? ¿realmente podía confiar en él?

Llegamos a la cabaña más rápido de lo que habría deseado. Viéndola por fuera, nadie podría imaginar que en su interior hubiera algo más que madera y muebles viejos, pero si se era muy detallista era posible notar que las formaciones rocosas que la rodeaban y que parecían tenerla atrapada, servían como muros para separar y esconder la grandeza y la amplitud del sorprendente e inexplicable «mundo» que había adentro. ¿Quién había diseñado aquello? ¿Cuándo? ¿De qué manera? Eso era justo lo que debía descubrir con Eris: un origen, una explicación.

Atravesamos la chirriante puerta principal y nos encontramos ante la inhóspita sala. Seguidamente, cruzamos la única puerta al fondo y entonces el silencio se rompió ante el sonido de otras voces.

Me sorprendió tener otra visión del interior. No había tanta gente como la primera vez, lo cual me permitió descubrir que el lugar era mucho más grande de lo que había creído. La sala no era tan solo un escenario rectangular, sino que tenía al fondo una magnífica tarima, como si estuviéramos dentro de un enorme teatro sin ninguna butaca. Adicional a eso, metros de tela roja decoraban las columnas y los bordes, y a los lados se veían filas de estancias semejantes a esa a donde me había arrastrado Damián para decirme la verdad, con el telón elevado anulando la privacidad para que se viera absolutamente todo tanto desde afuera como desde adentro. Y para dejar en claro que el sitio no se resumía solo a ser un gran vestíbulo, un par de arcos a cada extremo de la tarima marcaban el inicio de algunos pasillos que se extendían a quien sabía dónde.

Sin la bruma de la multitud y la angustia del miedo, fue como ver el interior por primera vez. Y la impresión que me llevé en ese momento superó a la anterior por mucho. El lugar era asombroso, no podía negarlo.

Damián hizo un movimiento con la cabeza para que los siguiera, pero entonces Tatiana me tomó del brazo y le dijo:

—Llevaré a Padme a conocer el sitio. Ustedes pónganse cómodos. No tardamos. Damián estuvo de acuerdo con la idea y yo también porque ahora estaba intrigada. La cabaña obviamente era pieza fundamental de ese mundo de asesinos, por lo que saber más sobre ella podría ayudarme a entenderlo mejor. Seguí a Tatiana hasta las entradas del fondo que flanqueaban la tarima, y cuando atravesamos una, un pequeño pasillo nos dio paso a un enorme salón repleto de otras secciones con un buen concepto abierto. Es decir, la persona que había diseñado el interior posiblemente se había inspirado tanto en lo moderno como en lo clásico. El resultado de su ingenio estaba proyectado en un punto de encuentro fresco, acogedor y semejante a un exclusivo club de muy alto costo.

Había escaleras en forma de caracol con barandales y peldaños relucientes que reflejaban cualquiera cosa; y divisiones en un piso superior que se podía ver desde abajo y en donde la gente se encontraba en grupo, hablando y tomando algo. Unas cuantas personas sostenían copas bastante llamativas que por un instante me parecieron hechas de diamante pues la textura en forma de rombo, repartida como mosaico, relucía con cada luz que les daba debido a los movimientos de las manos que las sostenían con elegancia. Por otro lado, el resto de la gente tenía copas de vidrio bastante comunes o botellas de cervezas que cualquiera conocía.

También había una larga barra al fondo iluminada por luces que alternaban entre colores violeta, rosa y azul. Y detrás de ellas reposaban filas y filas de estantes repletos de botellas de todas las formas y tamaños.

—Este lugar es enorme —comenté, mirando cada cosa que encontraba.

—Y tan solo has visto el vestíbulo principal —dijo Tatiana, asintiendo—. Este es el bar. Puedes venir, pedir una mesa y tomar cualquier cosa que se te antoje, y cuando digo cualquier cosa créeme que puede ser de todo. Allá arriba también está la sección VIP. Digamos que tienes algunos privilegios si puedes pagar más, pero eso es para los más exigentes. Ah, por allá la gente baila. Lo que más gusta es el tecno pero a veces...

Volví a echar un vistazo a la barra y sentí que me alejaba del mundo. Alcancé a ver a un barman de rostro andrógino vestido totalmente de púrpura, y tanto la música de fondo como la voz de Tatiana parecieron desaparecer para destacarlo únicamente a él. Su chaleco era de tela brillante y el largo cabello plateado le caía sobre uno de los hombros mientras preparaba una bebida con movimientos muy ágiles y perfectos. Parecía casi hipnotizadora la forma en la que sus manos, adornadas con un par de anillos, elevaban la botella al mismo tiempo que el líquido caía en un chorro impecable. Estaba concentrado en lo suyo, pero por un segundo levantó la vista y advirtió que lo estaba mirando. No aparté mis ojos de los suyos sino hasta que Tatiana soltó un: «Hey!», tiró de mi brazo y negó con la cabeza con apremio.

—¿Qué haces?! —exclamó. Enganchó su brazo al mío, comenzó a caminar a mi lado como si fuéramos las mejores amigas y me alejó de allí.

—¿Ah? —emití, saliendo del embeleso. Fue como si de repente me dieran un gran tirón hacia la realidad.

—Damián no te explicó nada, ¿verdad? —soltó en un tono de voz más confidencial.

—Depende. ¿Qué tenía que explicarme exactamente? No habló mucho de este sitio.

—Bueno, primero que no debes quedarte viendo a los bármanes. Suelen tener efectos peculiares en la gente. Sobre las «presas», es decir, sobre las personas que no son del noveno mes...

—Espera, ¿llaman «presas» a los que no son como ustedes?

—Como nosotros, Padme, nosotros —me corrigió detenidamente en un susurro—. Tú también eres del noveno mes, y sí, así les decimos. Bueno, como decía, los andróginos son muy atractivos y seductores porque así embelesan a las presas para atraerlas y poder matarlas. Un poco más y él habría notado que tú... —Tatiana advirtió mi cara de consternación y suspiró—. Los novenos somos todos muy diferentes, ¿de acuerdo? Algunos comparten características

semejantes, pero otros tienen ciertas cualidades que los benefician. Justo así como los andróginos. Nosotros no podemos hacer eso, aunque dicen que es algo que se aprende, pero parece muy difícil... Solo evita mirarlos demasiado. No son confiables.

—Sí, definitivamente Damián no me explicó casi nada —murmuré, acoplándome ya a ese caminar al compás del suyo—. ¿Hay algún otro peligro además de ese?

—En realidad todo a tu alrededor es peligroso si no te mezclas con ello. Puedes aprender a controlarte ante los andróginos, pero te tomará un tiempo. Justo ahora estás ofuscada por lo nuevo que es para ti todo esto, pero si quieres un buen consejo, uno alejado de la presión que de seguro Damián y Poe te causaron: mientras más te resistas a esta verdad, más rápido va a consumirte. Las palabras se quedaron en mi mente al igual que la belleza en los ojos grises del peligroso andrógino. Dejamos atrás el bar y un pasillo lo conectó con otro salón lleno de voces, juegos de azar de todo tipo, tablas en las paredes con puntajes y pantallas con transmisiones deportivas.

—Este es el Casino. Ten mucho cuidado cuando vengas aquí sola porque cualquiera intentará convencerte de que juegues, y una vez empieces las apuestas no son únicamente por dinero —expresó con detenimiento, como si fuera una advertencia.

—Parece aún más peligroso que los andróginos —murmuré, mirando una mesa de póker en donde siete personas incluyendo un par de tipos con anillos de oro y gabardinas que a simple vista lucían costosas, echaban una partida. Sus miradas por encima de las cartas eran escaldadas y cautelosas.

—Ahora que lo dices, sí. Te cobran hasta la vida en este lugar, por eso no es de mis favoritos. A Poe sí le gusta bastante estar aquí. De hecho, es un gran apostador. Tiene demasiada suerte ese condenado.

Salimos del Casino y Tatiana me mostró una sala más. Era una biblioteca, pero no cualquiera, sino la biblioteca más grande y majestuosa que había visto en toda mi vida. Los estantes repletos de libros estaban barnizados y relucientes. El olor a páginas de antaño se concentraba en el salón, y los sofás repartidos para acomodarse a leer lucían tan suaves que provocaba dejarse caer en ellos como cualquier infante.

—¿Y qué hay más allá? —le pregunté a Tatiana cuando me di cuenta de que no tenía la intención de seguir por el pasillo que aún quedaba por delante.

—Las habitaciones para quienes pagan alojamiento, las salas de reuniones exclusivas para quienes necesitan tratar asuntos delicados, los salones privados de los superiores, la tienda de armas y las mazmorras de práctica —respondió con naturalidad.

—Prácticas asesinas, ¿no?

—Sí. Si las necesitas están disponibles a bajo costo.

—Estoy segura de que no las necesitaré.

—Me parece muy valiente lo que haces —susurró, regalándome una sonrisa. En la biblioteca no había demasiadas personas, o es que estaban ocultas por las largas filas de estantes.

—¿Afrontar las consecuencias de mis actos?

—Estar parada aquí, tranquila por fuera y estallando de miedo por dentro.

—Pues la única forma de superar el miedo es enfrentándote a él, ¿no? —dije, enderezándome como si me sintiera demasiado desubicada—. Es como... como cuando le temes al monstruo del armario, lo abres y descubres que no hay nada allí.

—Pero aquí sí están los monstruos.

—Entonces será como cuando el monstruo está frente a ti y decides luchar con tu mejor almohada.

—Ay, Padme, necesitarás mucho más que una almohada...

—Según dices lo que necesito es no mirar a los andróginos, llamar «presas» a los normales y «novenos» a los asesinos, y cuidarme del casino. ¿Lo entendí?

—Perfectamente. Ah, y no busques conversar con nadie. La gente respetará tu silencio y entenderá que no te agradan mucho las relaciones sociales. Puedes hacer eso por ahora hasta que todo te sea más fácil de manejar. Y... —Le echó un vistazo a mi ropa e hizo un mohín de desaprobación—. No necesitas vestirme como si no tuvieras alma. Mira a tu alrededor. Esto está casi lleno de discretos excesos. Pasar desapercibido no significa no tener estilo, y me da la impresión de que no eres de las que carecen de ello. Tan solo mira a Poe. Sus bufandas son más costosas que tu propia casa.

—¿Tanto dinero tiene?

—Tanto dinero gana y aun así mantiene su secreto oculto. Debes evitar lo extrovertido, pero de resto date los lujos que se te antoje. Así además obtendrás respeto. El lema favorito de muchos aquí es que alguien que se ve bien, definitivamente logra hacer las cosas bien.

—Asesinos y superficiales. Curioso... —murmuré para mí misma.

Volvimos sobre nuestros pasos hasta el salón de la gran tarima. Allí nos dirigimos a una de las estancias en donde los demás estaban esperando, y tomamos lugar tal cual hubiéramos llegado a un buen club a pasar el rato.

—¿Te familiarizaste con el lugar? —me preguntó Damián con tranquilidad. Le dediqué una mirada de reproche.

—Sí, y creo que omitiste unas cuantas cosas muy importantes, ¿no? —respondí, acomodándome en el sofá—. Algo como los andróginos, por ejemplo.

Damián frunció el ceño como si no supiera de lo que estaba hablando, luego relajó el rostro y asintió.

—Ah, ellos. No lo sé, a veces algunas personas son tan irrelevantes para mí que termino por olvidar su existencia —expresó en un tono arrastrado, de puro desinterés.

—A ver si compartes el secreto para eso. A mí me pasa que estoy demasiado consciente de la presencia de los demás. Siempre hay tanta gente. Son muchas... ¿Sabían que si buscamos un número exacto hay aproximadamente 7.229.916.048 personas en el mundo? —dijo Archie con una ligera nota de nerviosismo. Tatiana a su lado colocó la mano encima de la suya y el gesto pareció tranquilizarlo un poco.

—Igual pudiste habérselo mencionado —comentó Tatiana a Damián—. Se quedó lela viendo uno.

—El efecto de los andróginos varía según la persona que lo experimenta —objetó Damián, encogiéndose de hombros—. Los que son débiles emocionalmente caen más rápido; algunos que no son tan débiles caen, pero salen de él con facilidad, y otros simplemente no sienten nada.

—De modo que como me embobé con uno, soy débil —intervine.

—No lo eres. El efecto también depende del andrógino mismo, de cuanto ha desarrollado su habilidad de atracción. Pudiste haber visto uno muy fuerte o uno muy flojo.

Poe soltó una risilla.

—Yo pensé en darte el recorrido pastelito, te habría mostrado hasta las habitaciones, pero Tatiana se me adelantó —confesó el rubio.

Entonces, una mujer con un vestido purpura de tela brillante pasó justo frente a nuestra estancia sosteniendo una bandeja plateada con una de esas relucientes copas que a mí se me atojaba hecha de diamante.

—¿Qué es eso? —pregunté, siguiendo con la mirada a la mujer que iba rumbo a otro grupo de personas. Todos voltearon a ver.

—¡Es Ambrosía! —exclamó Poe con fascinación—. Mira, existen muchísimas clases de ambrosía en el mundo, pero ese es un elixir preparado con las más puras recetas de los novenos. No hay persona como nosotros que no lo haya tomado.

—Es decir que tienes que probarlo, así serás oficialmente una novena —agregó Archie, asintiendo con la cabeza.

—¿Tengo? —pronuncié y le eché una mirada a Damián para saber qué opinaba.

—Claro, si puedes pagar una copa —dijo él con tranquilidad—. Cuesta doce mil dólares.

—¿Doce mil...? ¿Qué tiene? ¿Oro? —expresé, asombrada.

—Casi. Cada copa de cristal es echa a mano y tiene en la base unos cuantos diamantes —explicó Tatiana.

—Bueno, supongo que no seré del todo una novena —resoplé, todavía sorprendida por el costo tan alto de algo que no era demasiado grande.

—¿Cómo que no?! —soltó Poe, casi ofendido. Elevó una mano, chasqueó los dedos y otra mujer con un vestido purpura brillante apareció de inmediato. Sus ojos centellearon de entusiasmo cuando el rubio se inclinó para hablarle con una sonrisa deslumbrante—. Preciosa, ¿traes una ambrosía para la señorita y una botella de Macallan para nosotros cuatro? —ordenó.

—Pero creo que Padme debería primero... —intentó decir Tatiana hasta que Archie a su lado la interrumpió para exclamar:

—¡Y una bandeja de quesos! ¡Bastantes quesos!

—Yo solo quiero una cerveza —manifestó Damián con su ya usual tono glacial.

—Bien. Una ambrosía, una botella de Macallan, una cerveza y por favor tráele alguna belga, no esas porquerías baratas que saben a orina, y una bandeja de quesos para el raro fetichista que tengo aquí al lado —enunció el rubio y finalmente acompañó las palabras con un guiño—. Todo a cuenta de Poe Verne. La mujer sonrió, se mordió ligeramente el labio y sin dejar de mirar a Poe, dijo: —Por supuesto.

Cuando se fue, Archie suspiró y le palmeó la espalda a su compañero.

—¿He dicho que lo mejor para un pobre es tener a un amigo rico?

—En realidad, lo mejor para todos es tenerme a mí de amigo —le corrigió Poe mientras sacaba del bolsillo de su pulcro pantalón una reluciente cigarrera de metal.

—Escucha multimillonario ególatra, no olvides hacer lo que acordamos —le recordó Damián, sacándolo de su aire de ostentidad.

El rubio hizo un gesto de que no debía preocuparse demasiado, se colocó un largo cigarrillo entre los labios y le dio vida con un lujoso encendedor.

—Apenas está empezando la noche, disfrútala —dijo el rubio después de exhalar una elegante bocanada, y luego me señaló con una expresión de complicidad—: Y tú, pastelito, después de que pruebes la Ambrosía jamás volverás a ser la misma. Eso tenlo por seguro.

No tardé en confirmar las palabras de Poe. Cuando la mujer puso la copa delante de mí, todos me miraron esperando que diera el primer paso. No era ajena a eso de salir y beber, pero una vez el líquido tocó mis labios y se deslizó por mi garganta comprendí que ninguna de mis experiencias podría acercarse en lo más mínimo a probar la Ambrosía.

El primer trago fue dulce y relajante. Fue nuevo. Fue una explosión de sabores mi boca, y se sintió como si me echara un gran sorbo de felicidad. Unos

segundos después necesité otro, así que volví a llevarme la copa a la boca y comencé a ver todo con nuevos ojos: el vestíbulo era más luminoso, la gente estaba contenta y definitivamente yo lo estaba disfrutando.

—¿Y qué tal, pastelito? —me preguntó Poe esbozando su más amplia y retorcida sonrisa.

—Es... es...

—¡Es una bienvenida! —exclamó él, totalmente entusiasmado—. ¡Bienvenida, Padme! Ahora eres parte de nosotros.

—Damián, esto es... —pronuncié, mirándolo.

Quería intentar decirle a todos lo deliciosa que era la Ambrosía. Quería explicárselo a él, pero no hallaba las palabras exactas, al menos no unas que fueran suficientes. ¿Cómo podía describir tan maravillosa bebida? No había manera de hacerlo, ni de comprender qué ser había inventado aquello. Ante mis titubeos, Damián alzó un poco la comisura derecha de sus labios, se inclinó a mi lado y me susurró al oído con su cálido aliento:

—Sí, así sabe la muerte, ¿no es deliciosa?

Y por un instante lo observé como si fuéramos completamente iguales. Porque, ¿cuál era la diferencia? ¿Que él asesinaba y yo no? No estaba segura de eso, pero sí de que no tenía que preocuparme por nada más que tomar lento la Ambrosía para que no se terminara tan rápido. ¡Tenía en mi mano una copa de doce mil dólares con diamantes! Alicia se habría vuelto completamente loca al enterarse. Eché un vistazo a mi alrededor mientras Poe servía whisky de su costosa botella para Archie y Tatiana al mismo tiempo que explicaba lo exquisito que era el Macallan, y me dije que ese sería mi nuevo mundo. Si bien era imposible no recordar que todos eran asesinos, no parecía tan terrible en ese momento. ¡Nada lo parecía! Ni siquiera Damián compartiendo el mismo sofá que yo, tomando una cerveza de nombre extraño. Y tampoco el hecho de que en algún lugar de la cabaña andaba Nicolas, porque no podía hacerme nada. No podía matarme, ni él ni nadie. ¡El mundo parecía mío después de cada trago! Por lo que tampoco me pareció una mala idea la que se le ocurrió a Poe entre risas después de un buen rato cuando todos habían entrado en calor:

—¡Vamos a bailar! —exclamó elevando su vaso.

No supe cómo llegué, pero en poco tiempo me encontré en el bar, en la pista, cubierta por aquella parpadeante luz purpura y azul, rodeada de un montón de personas, bailando a un ritmo tecno completamente nuevo para mí que hacía retumbar cuanta cosa estuviera cerca. Podía ver muchos rostros llevados por la música incluyendo a Archie y a Tatiana, a mucha gente sosteniendo bebidas, muchos cuerpos moviéndose, a Poe con un cigarrillo en la mano, con algunos rizados pegados a la frente por el sudor y con el brazo enganchado a la cintura de

una magnífica mujer que le pasaba la lengua por el cuello. Y, finalmente, al fondo en donde había un sofá de cuero oscuro pude ver una elegante silueta sentada, mirándome con un aire depredador.

Los ojos de Damián estaban fijos en mí, y saberlo me motivó a moverme con mayor gusto. Ahora, después de tanto tiempo, estábamos unidos por una razón y no pensaba permitir que apartara la vista ni un segundo.

En ese instante no le temía. A la mierda con su porte intimidante y su actitud glacial. A la mierda con sus amenazas y su desagrado hacia absolutamente todo. Estábamos en el mismo nivel. Había una conexión.

Él podía ser mío.

Yo podía ser suya.

Y la Ambrosía discurría por mi cuerpo, recorría mis venas activándome hasta la piel. Me hacía pensar que tenía todo el poder del mundo, incluso sobre Damián...

Capítulo 6

Zacharias Brown y La Cacería

(***)

Recordaba haber vuelto a casa a través del bosque junto a una Tatiana más alegre, un Archie más hablador y... con Damián siendo él mismo a pesar de haberse bebido unas cuantas cervezas. Sobre Poe no supe nada después de que salimos de la pista de baile. Se había perdido del mapa, y los que quedamos nos habíamos dedicado a seguir bebiendo lo que podíamos pedir a cuenta de él.

De ese modo fue que pude conocer un poco más a la manada.

Archie resultó ser como una enciclopedia friki. Lo sabía todo sobre superhéroes, mitología, ciencia ficción, videojuegos y números. Era impresionante la manera en la que de repente hacía cálculos que no tenían que ver con la conversación. Y Tatiana lo escuchaba fascinada, o, mejor dicho, enamorada, porque ella era incluso más agradable que los demás. Mucho más que el propio Damián quien se pasó la noche con una expresión amarga en el rostro y no articuló palabra alguna sino hasta que me dejó frente a mi casa y con su tono huraño dijo:

—Hasta luego.

—Te veo mañana —había respondido yo.

Luego me había dejado caer en mi cama y al día siguiente había despertado con una descomunal resaca que amenazaba con estremecer mi suelo todo el día. Eso junto a un mensaje de Eris diciendo que me esperaba en su casa para conversar sobre el tema.

El tema, por supuesto, era el de los asesinos. Así que al mediodía me encontré tocando a su puerta con la cabeza dándome vueltas. Mi única protección contra el mundo era unas gafas oscuras que disminuían cualquier tipo de luz y ocultaban los círculos violáceos bajo mis ojos.

—Vamos, sube —dijo la pelirroja apenas abrió—. Descubrí algo.

Tenía los rizos recogidos en un moño y sus ojos verdes detrás de las gafas de pasta que usaba para leer, tenían un brillo de entusiasmo.

Corrimos escaleras arriba y entramos en una habitación que si comparábamos con la mía era totalmente opuesta pues todo con Eris siempre era más simple, casi sobrio. A ella le gustaba lo minimalista y detestaba los excesos.

Se sentó de golpe en la cama sobre la que tenía un montón de libros de tapa dura y de aire antaño, y no tardé en tomar asiento frente a ella.

—Saqué estos de la biblioteca —dijo, y su voz confirmó lo que sus ojos decían: estaba algo emocionada—. Busqué primero el asunto de los mitos y las leyendas dentro de la historia de Asfil. Por supuesto, aparece la advertencia de no cruzar el lago ni el viejo roble, y oh amiga, es sumamente perversa.

—¿Qué tanto?

—Lo suficiente como para que, si se la cuentan completa a un niño, no duerma por una semana —respondió, y entonces empezó a revelarlo—: El viejo roble en realidad es llamado el «árbol de los colgados» porque fue escenario de una terrible masacre. Nunca se supo cómo, ni se supo quién fue, pero la tarde del nueve de septiembre de un año que no figura en ningún lado, aparecieron más de cincuenta cuerpos colgados de las ramas, todos con distintas heridas. Más allá, en el lago, también se encontraron otros veinte cadáveres totalmente desangrados flotando sobre un agua teñida de rojo. El crimen nunca fue resuelto y por esa razón se convirtió en un mito cuando la mayoría de las personas no tuvieron más que atribuírselo a espíritus malignos, brujería...

—Y en realidad fueron ellos. ¡Fueron los novenos! —exclamé, totalmente sorprendida por la información—. Pero, ¿por qué nunca nos contaron esa historia?

—Me parece que pocos la saben porque solo hay un libro que habla de ella y no explica casi nada. Aunque en internet hay cierta información con la que podríamos complementar, no es demasiada. Se reporta que el incidente salió en noticieros nacionales, pero después fue olvidado. Nadie volvió a mencionarlo.

—Y jamás pasó algo así en Asfil de nuevo, ¿cierto?

—No, luego de eso no hubo más crímenes tan espantosos, por lo que, y aquí llego a la mejor parte, un hombre graduado de la Universidad Central, un tal Zacharias Brown decidió investigar más sobre el tema y hace unos treinta años publicó un artículo en el periódico con sus descubrimientos. Intenté encontrar el artículo, pero no está por ningún lado, es como si hubiera desaparecido... sin embargo, di con que Zacharias vive actualmente en el Asilo de Asfil.

—Entonces hay que hacerle una visita al señor Brown, porque esto definitivamente no se trata de espíritus. Anoche descubrí que la cabaña es mucho más que el vestíbulo que te describí. Tatiana me dio un recorrido y es tan grande que tiene otras secciones. Además, me habló de unas personas iguales a ellos que poseen una habilidad muy extraña. Se llaman andróginos y tienen la capacidad de seducir y atraer a la gente, a las cuales por cierto les dicen «presas».

—¿Una habilidad especial? —inquirió Eris en tono curioso. Apartó un par de libros de la cama, tomó uno que estaba debajo de todos ellos y lo abrió en donde tenía una página marcada. No comprendí de qué era—. Apenas me lo contaste todo, mi primera teoría fue...

—Que estamos hablando de especímenes —completé. Ella asintió con afán y estudió la información en la página del texto.

—Naturaleza misma, nada del otro mundo.

—Definitivamente no sobrenatural —agregué.

—No, algo tan real y explicable como... como nuestros genes, podría ser.

—¿Qué crees que esté ligado a esto? —pregunté, inclinándome hacia adelante para ver lo que leía, pero ella cerró el libro de golpe.

—Lo que tengo son solo conjeturas, no lo sé. Estoy en el mismo punto, Padme. Sé desde dónde partir, pero no hacía donde, ¿me entiendes? Debemos averiguar más.

—Pues vayamos al Asilo de Asfil.

Usamos su auto para ir al asilo. A mí nunca me habían comprado un auto porque por alguna razón mis padres no consideraban que tuviera la responsabilidad para mantener uno. Pero con el de ella era suficiente, así que mientras íbamos de camino aproveché para contarle lo pasado la noche anterior sin olvidar mencionar la Ambrosía. También quedamos en averiguar sobre ello debido a lo fascinante que era, y después nuestro tema de conversación murió cuando aparcamos frente a lo que sin dudas era mejor llamar una casa hogar.

Era como una gran casona y por fuera se veía bien conservada. Estaba rodeada de áreas verdes y, gracias al cielo, no lucía deplorable.

Entramos y nos detuvimos en el recibidor. El lugar olía a casa de abuela, como si años y años de historias y vivencias pudieran mezclarse con el ambiente. Detrás del largo y bonito escritorio de madera se encontraba una mujer vestida como enfermera, y algunos ancianos deambulaban por el sitio haciendo no más que mover las piernas.

—Buenas tardes —le saludé. La enfermera que debía tener más de cuarenta años, intentó esbozar una sonrisa, pero su boca se extendió en un gesto poco agradable—. Venimos a ver a Zacharias Brown.

—¿Ustedes son familiares? —inquirió en un tono que juraría me sonó a reproche.

—No, somos estudiantes de la Universidad Central y estamos haciendo algunas entrevistas —se apresuró a decir Eris con mucha calma.

—Ah —emitió la mujer y pareció relajarse un poco—. Pensé que finalmente aparecería alguien de su familia. Intentamos contactarlos, pero no dio resultado. Me temo que no podrán verlo porque el señor Brown murió hace un par de meses.

Eris y yo evitamos mirarnos sin demostrar nuestra sorpresa.

—¿Cuántos años tenía? ¿Estaba enfermo? —pregunté, algo frustrada.

—Tenía sesenta y siete años, y se suicidó.

—¡Ah! —solté. Aquello sí que no me lo había esperado—. Bueno, supongo que...

—¿Sabe usted si el señor Brown dejó aquí algunas de sus investigaciones? Tengo entendido que escribía artículos, ¿habrá alguno? Nos serviría mucho

para nuestra tesis —me interrumpió Eris, dirigiéndose a la enfermera que negó con la cabeza.

—Echamos a la basura todo lo que no era ropa, no quedó nada.

—De acuerdo —asintió Eris y me puso una mano en el hombro para que caminara hacia la salida—. Gracias por su tiempo, y lamentamos mucho lo del señor Brown.

—Hasta luego.

Salimos del asilo y avanzamos por el caminillo flanqueado por pasto. El sol estaba alto y el calor producía ligeros picores sobre la piel.

—¿Se suicidó? —inquirió Eris, frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo haría?

—Si el artículo no aparece por ningún lado, ¿crees que revelaba algo importante? Si es así, quizás no fue...

Un siseo nos obligó a detenernos en medio de la acera. Ambas nos giramos para ver qué era, y entre arbustos y árboles observamos muy cerca de la esquina de la estructura del asilo un rostro que, semi oculto, emitía un sonido con la lengua y los labios para llamar nuestra atención. Eris y yo nos miramos, desconcertadas, y luego acudimos sin pensarlo dos veces.

Cuando nos acercamos lo suficiente, notamos que era una anciana rechoncha de espeso cabello gris. Nos observó de pie a cabeza y luego se llevó un dedo tembloroso a los labios para que entendiéramos que no había que hacer mucho ruido.

—Buscaban a Zacharias, ¿cierto? —murmuró. Su voz era senil, casi como un trémulo chasquido—. Nadie había venido a verlo nunca. Nadie como ustedes.

—Eh, sí, nosotras solo le queríamos hacer una visita. ¿Usted lo conocía? —le preguntó Eris utilizando el mismo volumen de su voz.

La anciana nos estudió por un momento con una mirada desconfiada hasta que finalmente asintió y su semblante dejó de lucir receloso.

—¿Sabe por qué se suicidó? —inquirí, pero ella negó con la cabeza esa vez.

—¡No se suicidó, lo mataron! —exclamó en un tono bajo—. No tenía razones para quitarse la vida. Excepto claro... aunque igual me lo habría dicho. Pero yo se lo expliqué a la policía y descartaron mi declaración. Sé que lo asesinaron.

—Eso es muy grave. ¿Cree que alguien, digamos del asilo, tenía razones para matar al señor Brown? —indagó Eris, embriagada de curiosidad.

—¡No! Todos lo adorábamos. Siempre escuchábamos sus historias. Era gentil, un gran hombre. ¡Estaba más cuerdo que cualquiera! Tenía muy buena salud...

—respondió con una expresión de aflicción, llevándose las manos al pecho.

—¿Le habló alguna vez sobre sus artículos? —susurré y observé a nuestro alrededor por si alguien estaba cerca, pero no había nadie.

—¡Todo el tiempo! Escribía sin parar. Escribía hasta que le dolían las manos. Escribía muy bonito...

—¿Y de casualidad mencionó algo acerca de un artículo referente al árbol de los colgados?

La anciana se llevó las temblorosas y manchadas manos a la boca y ahogó un grito.

—¿Por eso vinieron a buscarlo? —musitó, paralizada por algo que podía ser sorpresa o temor.

—Vinimos porque necesitamos encontrar ese artículo —le aclaró Eris con detenimiento, pero la anciana solo cerró con fuerza los ojos y movió la cabeza de un lado a otro—. Queremos saber qué fue lo que descubrió el señor Brown sobre el suceso del nueve de septiembre.

—El... el artículo... —masculló ella, ya con lo que era un pánico indiscutible—. Él no hablaba de eso. No con los demás, pero sí conmigo. Y por esa razón lo asesinaron.

—¿Por lo que escribió?

—Creo que... sí. Decía que lo encontrarían. Decía que de nada le había servido esconderse entre la podredumbre de la vejez. Decía que como él lo sabía, no tardarían en silenciarlo.

—¿Qué sabía? ¿Usted lo sabe? —insistí.

—¡Lo que ustedes saben! —exclamó. Se puso las manos en la cabeza y la sacudió en forma de negación—. ¡Lo que yo sé! ¡Y como Zacharias me lo dijo también me matarán a mí! ¡No he pegado un ojo en todo el mes! ¡Me sacarán la lengua! ¡Me cortarán las venas! ¡Me obligarán a ahorcarme! ¡Y todos creerán que me suicidé!

—Señora, señora, escuche por favor, ¿sabe en dónde podemos encontrar el artículo? —le preguntó Eris sin alzar mucho la voz.

La anciana parecía muy angustiada y sus manos habían comenzado a temblar más.

—¡Dijo que lo enterrarían con su verdad, porque esa verdad era su mayor descubrimiento y era muy peligrosa!

—¿Peligrosa? ¿Qué tan peligrosa? ¿Sabe usted lo que decía el artículo?

—¡El peligro ha estado aquí desde hace un siglo! ¡Están entre nosotros! —gritó.

—¿Margaret?

Una voz nueva rompió la conversación. Un enfermero salió de la parte trasera del asilo y nos observó dándonos a entender que no debíamos estar allí. La anciana volteó con violencia hacia él y después volvió a mirarnos. Se fijó entonces en Eris como si apenas notara su presencia, abrió mucho los ojos y la señaló con el dedo índice.

—Lo tienes, lo sabes. ¡Tú! ¡Tú lo sabes! —soltó, y en sus ojos entornados por unas firmes arrugas detecté un miedo genuino.

—¡Margaret! ¡¿De nuevo estás diciéndole cosas a los visitantes?! ¿Ya has tomado las pastillas? —bramó el enfermero, acercándose hacia nosotras—. ¡No te escaparás otra vez!

La anciana llamada Margaret nos dio un empujón para apartarnos y echó a correr por el pasto a través de los árboles. Enfundada en unos pantalones holgados y un suéter de flores, corría a una velocidad pobre, pero lo hacía con esfuerzo. Realmente quería huir, aunque ahí no había peligro alguno, ¿o sí?

El enfermero se apresuró a seguirla y justo cuando pasó por nuestro lado preguntó en tono preocupado:

—¿Las lastimó?

—Estamos bien —aseguramos, pero él negó lentamente con la cabeza.

—Cualquier cosa que Margaret les haya dicho, no es cierta. Padece esquizofrenia y se ha vuelto algo agresiva. Vendrán a buscarla para trasladarla al psiquiátrico, pero se esmera en escaparse. Lo lamento si les hizo pasar un mal rato, tengan un buen día.

Después de eso fue tras la anciana que ya se había alejado lo suficiente como para cruzar la calle.

Eris y yo entonces nos miramos sin poder pronunciar palabra alguna. Sabía que estábamos pensando lo mismo: Margaret no estaba demente, solo conocía la verdad sobre los asesinos del noveno mes.

Una vez salimos del asilo nos fuimos al centro comercial.

Pasar un rato juntas estaría bien mientras, como había dicho Tatiana, evitara las extravagancias. Con Eris eso era posible. Éramos dos simples personas sentadas en una de las mesas fuera del McDonald's, sin escándalos ni alborotos, y todos a nuestro alrededor estaban tan ocupados en sus cosas que en ningún momento les pasaría por la mente prestarnos atención.

—Bueno, cuando creíamos que Asfil era el pueblo más aburrido del mundo, descubrimos esto —comenté, llevándome una papa frita a la boca—. Es muy obvio que los novenos mataron a Zacharias, así que no es mentira que te asesinan si sabes su secreto. Estás en peligro.

—Brown publicó un artículo y eso lo delató. Yo no ando por ahí diciéndole a todos que lo sé —dijo Eris mientras miraba su teléfono haciendo búsquedas en la web—. Estoy a salvo mientras nadie se entere.

—Ahora las cosas tienen más sentido, ¿no crees? Se supone que los novenos eliminan a cualquiera que sepa sobre su mundo para que este no se descubra. Eso quiere decir que lo que Zacharias Brown escribió en ese artículo del

periódico treinta años atrás, no es más que la explicación y la revelación de la existencia de los asesinos del noveno mes.

Eris elevó las cejas como si hubiera tenido un gran develamiento y sus ojos centellearon de emoción.

—Y por eso no aparece ni siquiera una copia. Se encargaron de hacer como si nunca hubiera sido escrito. Dentro de todos los artículos publicados por Brown, no hay ninguno que se refiera a los asesinos, pero, ¿quieres saber sobre qué hablan los otros? —Ella alzó la mirada y yo asentí—: ciencia.

—¿Zacharias era científico?

—Era graduado en astrofísica y se destacó por proponer teorías sobre multiversos —susurró la pelirroja, inclinándose hacia adelante para que sus palabras fueran tan solo murmullos.

—Necesito que lo expliques mejor porque en este momento tanta información deja mi cabeza como la de Alicia: incapaz de entender algo a la primera.

—Mira, «multiverso» es un término usado para definir los múltiples universos existentes. ¿Has escuchado sobre «otras dimensiones» o «mundos paralelos»? Se trata de esto. Esos eran los temas que estudiaba Brown, ¿te dice algo?

—¿Brown pudo haber explicado la existencia de los novenos con bases científicas? —inquirí, completamente asombrada.

—Es lo que creo —asintió, relamiéndose los labios—. Si es así, ¿entiendes lo importante que es esto, Padme? Lo mataron porque descubrió algo grande, algo controversial.

—¿Y habrá tenido la oportunidad de unirse a ese mundo? —comenté, pensativa.

—Si la tuvo la rechazó, pero no lo creo. La oportunidad que Damián te dio es única.

—A ti te parece fascinante, claro —resoplé, girando los ojos.

Eris se acomodó en la silla, un poco más relajada.

—¿Y a ti aún no? Ya no tienes tanto miedo, es notable.

—No —confesé, porque no había detenido a considerar aquello—. Si mis padres están a salvo, yo estoy bien. Además... creo que desde anoche empecé a verlo todo muy distinto.

—Me parece buenísimo, porque eso no te iba a conducir a ningún lado. El miedo impide vivir, lo arruina todo; es siempre la más grande piedra en el camino.

—Por supuesto, y si ya no tenemos que preocuparnos por que nos maten, debemos concentrarnos en hallar el artículo —expresé.

Como si estuviera haciendo un análisis rápido, recordé cada una de las palabras que había dicho la anciana en el asilo. Estaba muy alterada, tanto que había

dicho algunas cosas sin sentido, y manifestaba un gran miedo porque ella sabía absolutamente todo.

—Margaret sabe qué dice exactamente el artículo, pero se la llevarán al psiquiátrico —dije—. Hacer visitas allí es más complicado.

—No podemos contar con ella, no nos lo dirá. —Eris suspiró—. Hay que seguir investigando. Puedo ir a la biblioteca y revisar los registros, y tú puedes hacer el intento de preguntarle a Damián qué ha ocurrido antes con las personas que descubren el secreto.

—Bueno, es claro que están muertas —respondí con obviedad.

—Sí, pero, ¿también tuvieron dos opciones? A lo mejor hubo algún escándalo, y a lo mejor fue el de Brown. Hay que indagar.

—De acuerdo —acepté y me dediqué a comer el resto de las papas que quedaban. Un momento después advertí que Eris se me había quedado mirando fijamente, y con la boca llena pronuncié—: ¿Qué?

—¿Tatiana no te dijo que no era necesario que vistieras como un cuervo? —me preguntó, entornando los ojos.

Sí, llevaba unos jeans negros y un suéter oscuro.

—Ajá, ¿y qué pasa? —contesté con un dejo de indiferencia.

—Que no sé qué esperas para comprar ropa nueva. Ese no es tu estilo y si lo sigues usando tu madre definitivamente notará que pasa algo. Pareces un espíritu que falleció trágicamente en un accidente y aun no nota que está muerto.

—¡Primero que no llame la atención y luego que tampoco sea tan simple! ¿Cuál es el jodido problema con este mundo? —bufé, llevándome de golpe las papas a la boca como si tuvieran la culpa de algo.

—No lo sé, pero si en verdad quieres mantener a raya a tu madre debes buscar un punto neutro, un equilibrio, y así pensará que todo está normal —comentó y se encogió de hombros. Luego esbozó una sonrisa de esas que reflejaba cuando se le ocurría algo—. Y si me dejas ayudarte, tengo el estilo perfecto para ti.

Lo pensé por un momento. Sí, los novenos tampoco iban por la vida pareciendo emos a punto de suicidarse. Tenían muy buen aspecto, ¿por qué yo no podía tenerlo también? Jamás había sido tan desinteresada con mi apariencia y si existía la posibilidad de mejorarlo...

—¡Bien! Gastemos mis ahorros en esto.

Recorrimos la mayoría de las tiendas del centro comercial en busca de la ropa adecuada. Eris lo tenía bien claro pero yo no, y el asunto de comprar se volvió nuevo para mí, incluso cuando ya lo había hecho muchísimas veces antes. Pero

en ese momento cualquier cosa se sentía como una nueva experiencia, como si apenas llegara al mundo y tuviera que aprender las costumbres.

Me encontré con muchos vestidos que usaría, pero los dejé atrás. Sustituimos los colores vibrantes por tonos más neutros, más elegantes, y después de un par de horas ya tenía lo que Eris asumía que era suficiente para empezar. Eso hasta que recibí un mensaje de texto de Damián que me avisaba que se reunirían en la cabaña a las seis para pasar un rato, y la pelirroja consideró que aún no estábamos listas para dejar de comprar.

Ella me aconsejó entonces vestirme de una vez porque no faltaba más que media hora para que dieran las seis e ir a mi casa a cambiarme sería una pérdida de tiempo. De manera que nos quedamos en una de las tiendas y dentro del probador me puse algo que ella misma había escogido.

—Creo que se parece a lo que usaban en la película Grease —comenté desde el interior del probador, metiéndome en el pantalón—. ¿Sabes? Cuando ella dejó de ser una buena chica y empezó a cantar que necesitaba un hombre...

—No me digas que vas a cantar que necesitas a Damián —soltó ella desde afuera entre algunas risas—. Ya sal, déjame mirarte.

—Bien.

Cuando aparté la cortina y me contemplé en el gran espejo que había afuera, me sorprendí. La tela del pantalón era de cuero y solo había usado algo tan ajustado una vez en una fiesta retro de la secundaria que me había hecho sentir capaz de resaltar tanto como Alicia, pero eso no podía compararse con la ropa elegida por Eris.

Con el conjunto me sentí atractiva y decidida, y admití que lucía como la mayoría de las mujeres que había visto en la cabaña: imponente, fuerte, lista para manejar cualquier complicad asunto que se me presentara.

—Sí, definitivamente puedes ser una novena con estilo —dijo Eris, examinándome con una amplia sonrisa en el rostro—. Es sexy y moderado. Pero... has dicho que casi todos usan gabardinas, ¿no? Así que falta una —añadió y cogió algo que reposaba a su lado sobre la butaca de espera. No supe qué era hasta que lo extendió: una larga y elegante gabardina color vinotinto con grandes botones negros—. Con esto todo combinará a la perfección. Si te la dejas puesta lucirás aristocrática, pero si te da calor y te la quitas, lucirás como si pudieras cortar cuellos en un segundo.

—Es maravillosa, en serio, ¿te he dicho ya que eres increíble con esto? —solté, mirando la prenda de arriba abajo.

—Sí, pero podrías repetirlo más a menudo —bromeó mientras me ayudaba a ponerme la gabardina.

Una vez terminado con eso no supe en qué momento los escogió, pero apreció con un par de botas negras que me hacían recordar a esos rudos motociclistas que salían en las películas. Claro que esas eran una versión femenina y se amarraban y se ajustaban al pie sin verse enormes, y concertaban con todo lo demás.

Para finalizar dejé que Eris hiciera con mi rostro lo que considerara adecuado. Normalmente usaba maquillaje, algo modesto como un simple brillo labial; así que cuando la pelirroja me avisó que había terminado y miré mi reflejo, demasiadas cosas me cruzaron por la mente: ¿esa persona había estado siempre en mí? ¿esa con ojos ahumados, labios cincelados de un ligero color rosáceo y con el largo cabello negro recogido en una perfecta coleta que otorgaba elegancia y protagonismo? Esa era una Padme distinta, sí, pero, ¿era la que había salido de una vida normal para entrar en otra muy diferente?

Sí, era una Padme sin miedo.

Era una Padme con valor.

Y podía verme formando parte de los asesinos. Podía adaptarme y poner límites. Ya ni siquiera veía necesario pensarlo demasiado: viviría de acuerdo a las reglas de los novenos, las cuales ya no parecían tan drásticas.

—Te ves maravillosa, definitivamente no como una chica buena —comentó Eris detrás de mí, adoptando la pose de un pintor al mirar su obra reflejada en el gran espejo.

—¿Tú crees...?

—¿Que a Damián le guste? —completó con cierta picardía—. Mira, ese hombre sentirá hoy lo que nunca ha sentido por ningún cadáver.

—¡Si lo dices así parece todo muy repugnante!

Ella soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Todavía no podemos hacer bromas sobre todo esto? ¿Es muy pronto? Bueno, ya tenía preparadas algunas —expresó y se encogió de hombros.

—No tiene que gustarle a él —resoplé mientras me reajustaba la gabardina frente al espejo—. Con que me guste a mí y sea adecuado para los novenos, es suficiente.

—Sí, ¿y con qué cara me piensas negar que no te gustaría que Damián te dijera que estás hermosa? —soltó ella, mirándome con una expresión divertida y curiosa.

—Con ninguna, porque no me lo imagino diciendo algo así. Creo que primero se corta un testículo antes de decir algo agradable.

—Bien, esperemos que no llegue a tales extremos —comentó, reprimiendo una risa. Luego miró la hora en su celular—. Ya son las seis, puedo dejarte cerca del

bosque porque me pasaré un rato por la biblioteca. Tengo pase para quedarme hasta tarde.

—De acuerdo. Ten mucho cuidado y no hagas preguntas ni siquiera a la bibliotecaria. Recuerda que la persona que menos creemos puede ser un asesino del noveno mes.

Ella asintió totalmente consciente de que debíamos ser muy cuidadosas, porque como había dicho Margaret: ellos estaban entre nosotros.

Esa vez atravesé el bosque con ayuda de la linterna de mi celular, pues la noche estaba más oscura que nunca. Y no sucedió nada de lo que mis absurdos temores me habían hecho creer que podía pasar, por lo que ya sentía que le comenzaba a agarrar confianza al caminillo. Claramente no olvidaba el asesinato, pero me esmeraba por apartar las imágenes de mi mente que en ocasiones se presentaban de manera furtiva con intención de perturbarme.

Llegué a la cabaña y en el vestíbulo principal la gente estaba congregada. Apenas se veía el escenario con el telón arriba y el podio en el centro, lo cual daba la impresión de que alguien se pararía allí y que todos estaban esperando. Pero no tenía idea de quién podría ser, o si en verdad pasaría eso.

Me dediqué entonces a buscar a alguien de la manada y me abrí paso entre la multitud mirando rostros, ropas y tratando de reconocer alguno. Había demasiadas gabardinas, demasiadas bufandas, demasiadas chaquetas y ninguna era de cuero como las que Damián usaba. Intenté pues dirigirme hacia las estancias para comenzar a buscar allí, pero me quedé helada en cuanto lo vi. Aquellos ojos azules, aquel cabello perfectamente peinado, aquel rostro... el asesino de la gabardina violeta: Nicolas.

—La última vez que te vi lucías muy diferente —dijo.

Estaba frente a mí y sonreía como si le hablara a un compañero de siempre, como si no hubiera matado nunca en su vida, y esa profunda tranquilidad me inquietó.

—Sí, yo... compré ropa nueva —logré decir.

Intenté no titubear, pero la garganta comenzó a arderme.

¡No me falles ahora, cerebro!

—¿Cómo es que te llamas? Por más que intento recordar si hemos hablado con anterioridad, no puedo. Sería absurdo no habernos presentado antes, ¿no crees? —comentó. Su voz era muy clara y tenía un tono peculiar, profundo, distinguido.

—Fue hace mucho tiempo, la verdad. Muchísimo tiempo que nos conocimos —mentí. Él asintió.

—Entiendo. Y bien...

—¿Qué? —solté con dificultad, como si tuviera algo atorado en la garganta.

—Tu nombre, ¿cuál es? —repitió con detenimiento.

—Ah, sí, es Pad...

—¡Pastelito! —La voz de Poe llegó a mis oídos como coro de ángeles. Se acercó y con un brazo rodeó mi cintura, situándose a mi lado. En ese momento su contacto fue un alivio. Sonrió ampliamente, miró al asesino como si apenas notara su presencia y le dijo—: ¡Ah, Nicolas! ¿No estarás soplándome el bistec? ¿Eh?

—¿Qué clase de expresión es esa? —preguntó Nicolas algo confundido.

Poe soltó una risa muy moderada.

—Que si no estarás coqueteando con mi chica —aclaró el rubio.

—¿Sales con ella? —inquirió el asesino con un gesto divertido.

—Bueno, yo diría que es más que salir juntos —expuso Poe, aproximando su rostro al mío. No me moví porque sabía que debía seguirle el juego. Él entonces me observó con deseo como si yo fuera un exquisito platillo, y luego se volvió hacia Nicolas—. No sabría cómo explicártelo, pero esta preciosidad me pertenece. Eso no lo dudes.

—Está dicho —asintió Nicolas y nos echó una mirada curiosa antes de decir—: Los veo luego.

—Gracias —susurré cuando el asesino se perdió de vista.

Pensé que Poe iba a soltarme, pero no lo hizo; todo lo contrario, me apretó la cintura y acercó sus labios a mi oreja.

—No fue un acto de bondad, pastelito. Nicolas es un sanguinario y tú muy obvia. ¿Sabes lo mucho que me molesta que otro se encargue de lo que a mí me llama la atención? Una vez alguien asesinó a una chica que a mí me fascinaba, y eso me molestó demasiado porque quería ser yo el que viera la vida escaparse de sus ojos, el que la viera gemir de dolor... —susurró con aquel tono perverso que podía caracterizarlo.

Le di un disimulado empujón y me aparté en cuanto pude.

—Qué asco, Poe, de verdad, qué asco. Pensaré que lo que acabas de hacer fue un buen acto porque somos de la misma manada, ¿sí? —solté, reacomodándome la ropa.

Él me observó de arriba abajo y yo le respondí con una mirada severa. Viéndolo bien, esa noche parecía más que nunca un tipo al que no le faltaba absolutamente nada, pues llevaba un traje muy informal como si apenas hubiera salido de su importante trabajo de empresario en una gran corporación.

Me pregunté entonces cómo se mantenía, ¿a punta de apuestas? ¿o en verdad tenía un empleo? Sin dudas era un par de años mayor que Damián, pero lucía

igual de joven, extremadamente guapo con su cabello dorado despeinado a la perfección.

—Me gustaba ese aire inocente que tenías ayer, pero debo decir que este te queda... magistral —opinó, guiñándome un ojo tan gris que semejaba al cielo nublado—. ¿Cuál es la razón de este súbito cambio?

—Ninguna, es solo para acoplarme mejor. —Me encogí de hombros—. Mejor dime, ¿en dónde están los demás?

—Nos están esperando, así que permíteme guiarte —contestó entre risas y extendió su brazo derecho hacia mí para que pudiera tomarlo. Lo dudé por un instante, pero luego terminé por engancharme a él, ¿qué más daba?

Avanzamos hacia una de las estancias que estaban a cada lado de la sala. No supe si era la misma del día anterior porque todas eran iguales, y porque cuando había una mayor concentración de personas todo parecía cambiar.

Una vez llegado, Archie y Tatiana estaban allí sentados en el gran sofá. Damián estaba más hacia la esquina, absorto mirando el vacío, y no me notó sino hasta que Poe soltó:

—¡Miren lo que trajo la marea!

Y me obligó a dar una vuelta para que la manada me observara. Damián no lo disimuló, me inspeccionó de pie a cabeza y por un instante pareció desconcertado, hasta que finalmente relajó el rostro y volvió a lucir impassible.

—Me encanta tu gabardina —comentó Tatiana, sonriendo con satisfacción.

—Sí, bueno, tomé consejo —confesé.

—Damián, aquí tienes a tu dama, la acabo de salvar de un zamuro llamado Nicolas —le dijo Poe, y entonces volvió a hacer de las suyas.

Me soltó y me dio un empujón que me llevó a caer sentada sobre Damián. Sus manos inmediatamente me tomaron por la cintura para que no perdiera el equilibrio y, sorprendentemente, una corriente extraña me recorrió el cuerpo. Me quedé rígida por un momento y no por el hecho de estar encima de él, tampoco por el hecho de que su agarre fuera firme o porque estuviéramos tan cerca que podía percibir su esencia masculina, sino porque su expresión en ese instante fue nueva, casi de confusión, como si tener a otra persona de ese modo fuera algo novedoso para él.

¿Qué acaso jamás había sostenido a una chica?

Para mi sorpresa Damián frunció el ceño de repente, me hizo a un lado y me dejó caer en el sofá. Quedé algo aturdida y escudriñé su rostro en busca de alguna aclaración, pero volvía a ser inescrutable. ¿Le molestaba tenerme cerca o qué? ¿Tanto le desagradaba?

La risa de Poe se escuchó burlona y me sacó de mis suposiciones.

—¡A ver si para la próxima la cuidas tú! —exclamó y señaló a Damián—. O me lo tomaré como que está disponible para alguien más.

Acompañó lo dicho con un guiño en mi dirección.

—Yo no estoy disponible para...

El rubio me interrumpió, se pasó la mano por el cabello y luego llamó a una de las meseras vestidas de purpura.

—Trae una botella de Champagne y cinco copas —le ordenó cuando la mujer se acercó con apuro, viéndolo como si quisiera desnudarlo en ese preciso momento—. Ya sabes a cuenta de quién.

—¿Y qué vamos a celebrar? —preguntó Damián, hermético.

—Que ya no somos cuatro sino cinco —respondió Poe, tomando asiento y esbozando una sonrisa de completo orgullo—. ¡Que el pastelito oficialmente es Padme Gray, nacida el nueve del nueve!

—¿Padme Gray? ¿Tú escogiste el apellido? —inquirí. No sonaba mal, pero sin dudas era muy diferente a mi apellido anterior.

—Sí, ¿qué puedo decir? Soy un gran admirador del personaje de Oscar Wilde, Dorian Gray —contestó él, encogiéndose de hombros.

—No entiendo cómo lo haces —comentó Archie, reajustándose las gafas que hacían juego con la camisa de Spiderman que llevaba—. ¿No se supone que los registros están vigilados?

—Sí, los vigilan para que ningún extraño meta las narices en donde nadie los llama, pero he ahí el punto mi querido amigo: yo no soy un extraño.

—Solo se acuesta con la dirigente —soltó Damián, delatándolo.

—Pero, aunque no me acostara con ella, maldito amargado, tengo contactos e influencia —aclaró Poe, echándole una dura mirada a su compañero, pero Damián solo giró los ojos y se dedicó a mirar hacia otro lado.

—¿Con Gea? ¿No te da miedo ella... en la cama? Es tan intimidante —expresó Tatiana, haciendo un gesto de desagrado.

Poe levantó un dedo y negó con la cabeza.

—Mira, yo soy el que da miedo en la cama, ¿de acuerdo? —le dijo con sumo detenimiento—. ¿A ti no te da miedo Archie con todas esas alergias y esos mocos que le cuelgan de la nariz cada vez que estornuda?

—¡Ya no tengo tantas alergias! —refutó Archie, exaltado, y miró a su novia buscando apoyo—: ¿Verdad que no?

—No, mi héroe, ya no —le consoló Tatiana, y cuando él dejó de mirarla complacido, ella me susurró—: Sigue teniendo muchas.

Reprimimos las risas y de repente una voz femenina se oyó en todo el vestíbulo. Alguien había hablado y unos altavoces ubicados en alguna parte permitían que

todos le escucháramos. Alcé la cabeza buscando el origen del sonido y lo hallé al fondo, en la tarima.

Una mujer estaba posicionada detrás del podio. Su rostro era nuevo para mí. Era hermosa. No, más que eso era magnífica. Tenía una ondulada y voluminosa cabellera rubia como el sol; una piel tersa y morena, y un porte elegante. Desde mi posición podía observarla muy bien y lucía imponente gracias al vestido que se le ceñía al cuerpo.

—¿Quién es ella? —pregunté, esperando que alguien respondiera.

—Es Gea —contestó Tatiana, dedicándole una mirada suspicaz—. La dirigente.

—¿Dirigente? —inquirí, atando cabos—. ¿La dirigente con la que Poe...?

—Sí, sí, es ella. No necesitas hacerlo público —intervino el rubio, girando los ojos.

—¿Y qué hace la dirigente exactamente? —pregunté, tratando de no sonar demasiado curiosa.

—Es una líder —explicó Archie, contento de proporcionarme alguna información, no importa sobre qué fuera—. Existen cuatro superiores y una dirigente. Los superiores se encargan de este lugar, de los registros, del control de acciones por parte de los novenos, y la dirigente se ocupa de dar las ordenes. Se cambia cada cinco años y no cualquiera puede llegar a ser dirigente, es algo así como una monarquía hereditaria. Todos los que han sido dirigentes provienen de la misma familia. Es una de las pocas reglas establecidas para mantener una sólida base de liderazgo. No hay nadie por encima de Gea que pueda manipular este mundo, y por eso se le debe respeto.

—¡Ah! Tienen hasta un presidente —murmuré.

La mujer entonces volvió a hablar y el lugar se silenció por completo. Toda la atención recayó sobre ella y su voz sonó imponente cuando comenzó a pronunciar lo que parecía ser un gran anuncio:

—Como ya sabemos se acerca nuestro cumpleaños y haremos la maravillosa Cacería. Me complace entonces anunciarles que este año será diferente. —Hizo una pausa muy corta y luego elevó las comisuras para formar una sonrisa templada—. Estamos acostumbrados a celebrar la Cacería aquí en Asfil de forma independiente, cada quien por su lado hace lo que mejor le parezca y luego presenta su comprobante de cumplimiento, pero gracias a nuestros semejantes y socios este año la disfrutaremos en conjunto. Nuestros ancestros solían organizar una gran Cacería cada año en la que todos debían participar, pero dichas costumbres tuvieron que cambiarse por el riesgo que corrían de ser descubiertos. Desde que fui nombrada dirigente he querido retomar esta tradición sin que haya peligro alguno para nosotros, y hoy puedo decir que he logrado organizar un magno evento. La convocatoria, bien, es en general. El

siete de septiembre viajaremos a la espléndida mansión Hanson en donde la Cacería se llevará a cabo tal y como solían hacerla antes, y estará disponible no solo para nosotros, sino para todos aquellos que en el mundo hayan nacido el noveno día del noveno mes. Pondremos a su disposición el cronograma de viaje, los requisitos y las pautas. Verificaremos asistencia y de no ser posible su ida, deberá ser bien justificada. Espero así que consigan magnificas presas y que la celebración sea grata para todos ustedes.

Seguidamente se alejó del pedestal y desapareció entre la multitud de voces que ya comenzaban a escucharse más fuertes.

Lo de la celebración me dio un mal presentimiento, pero no lo tenía muy claro, aunque una pequeña idea acerca de lo que realmente se trataba me dio la impresión de que no era nada bueno.

—¿Qué es la Cacería? —inquirí.

Archie se apresuró a responder. Algo me decía que le gustaban mucho mis preguntas.

—Es lo que hacemos en nuestro cumpleaños. El primero de septiembre cada uno debe encontrar a una presa, es decir, a una persona. La retenemos hasta que llega el noveno día y la soltamos en el gran jardín junto a las presas de los demás, luego vamos por ellas y las asesinamos de la forma que deseemos —explicó con un brillo de emoción en los ojos, como si fuera algo muy natural—. Algunos son creativos y ponen trampas para que las presas caigan; otros las torturan; otros les hacen creer que podrán huir, pero en realidad ninguna presa se salva. Esa es la Cacería: una matanza maravillosa.

Automáticamente me levanté del sofá, abrumada, pero tan rápido como lo hice Damián a mí lado me sentó de un tirón en el brazo.

—¡Qué horrible! —exclamé, intentando digerir lo que había escuchado—. ¿Y eso es obligatorio? ¿Viajar es obligatorio? No creo poder ser parte de eso.

—Pero si ya eres parte de este mundo, pastelito —intervino Poe entre sus risillas siniestras.

—Sí, pero eso de matar no me va —solté—. No pueden obligarnos.

—No, no pueden, pero es una molestia tener que justificar por qué no asistirás. Te hacen un montón de preguntas y no creo que quieras comprobar cuan efectivo es un noveno para dar con la verdad —añadió Poe, completamente relajado en el sofá con los brazos extendidos y una pierna encima de otra—. Incluso creo que te vigilan por unos días para saber si todo concuerda con tu justificativo. Así que resulta ser totalmente obligatorio, y no es un problema porque nadie quiere perderse la Cacería.

—¡Para mí sí lo es, no me molestaría no ir! —exclamé.

—Ya cállate —bufó Damián como si tuviera punzante dolor de cabeza y mi voz le hiciera doler los oídos—. ¿No puedes dejar de ser tan ruidosa por un momento? Me aturdes.

—Hay un escándalo en este lugar y te aturdo yo —resoplé—. Pues no, ¡no puedo callarme!

Me alejé a zancadas de la estancia y traté de abrirme paso entre la gente para poder salir. De repente me faltó el aire y la cantidad de personas junto al sonido de todas sus voces, me abrumó. Apresuré el paso y atravesé la puerta de entrada. La realidad pareció difusa hasta que salí de la cabaña y el penumbroso bosque y su frescura nocturna me recibieron.

No comprendía cómo tomaban tan a la ligera el hecho de asesinar, y por ello el sinfín de dudas regresó a mí. Ya no estaba tranquila, ya no parecía que pudiera encajar fácilmente. ¡Volvía a parecerme una vida totalmente distinta! Porque era sencillo si solamente debía fingir ser una novena, pero, ¿matar? ¿Unirme a una masacre?

¡Eso era! Si la Cacería significaba asesinato en masa, ¿lo ocurrido en el árbol de los ahorcados había sido una? Cuerpos colgados de las ramas, cuerpos flotando en el lago... Y eso era precisamente lo que pensaban hacer para su cumpleaños —que ahora también era el mío—, unirse y matar.

Me recargué en el tronco de un árbol a esperar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Exhalé y cerré los ojos con fuerza, tranquilizándome, atando cabos para poder explicárselo a Eris en cuanto pudiera.

Desplegué los párpados y contemplé a Damián ante mí.

¿Cómo puede moverse tan silenciosamente? Como si sus pasos fueran fantasmas...

—Ah, te gustan las salidas dramáticas —dijo.

Podía ser una broma, aunque no lo sabía por lo poco que expresaba su rostro.

—Las personas como tú, ¿no tienen sentimientos? —le pregunté herméticamente.

—Bueno, lamentablemente, los humanos tenemos sentimientos —afirmó, encogiéndose de hombros—, pero las personas como yo tenemos formas distintas de demostrarlos.

—Es que hay algo que no comprendo —espeté, negando con la cabeza—. ¿No sienten remordimiento? ¿Culpa?

—Me parece que el remordimiento es eso que experimentas cuando crees que hiciste algo malo, ¿no? —respondió, pensativo, rascándose la barbilla en un gesto inconsciente—. Sí, los novenos no pensamos que matar sea un crimen, pensamos que es lo mejor que podemos hacer, así que no lo sentimos —agregó con suma tranquilidad—. Para ti sí está mal porque las personas como tú tienen

ese absurdo concepto de que alguien es «malo» si le quita la vida a otra persona, pero la vida es algo que todos pierden de cualquier modo. Seamos asesinados o no, vamos a morir.

—Así que el tener unos cuantos muertos encima no te quita el sueño —señalé, tratando de entenderlo sin abrumarme.

—A mí nada me quita el sueño, Padme. Nada. Las preocupaciones, la culpa, son sentimientos de los que estoy exento. —dijo, y luego me estudió con curiosidad—. ¿Por qué valoras tanto una vida ajena?

—Pienso que la vida de alguien es algo... importante, y mucho más si se trata de una persona inocente.

—¿Y qué te asegura que son inocentes? —inquirió. De repente, esa pregunta me dejó sin respuesta—. ¿Estás completamente segura de que la gente no tiene ni un mal pensamiento hacia alguien o que no han deseado por un instante que otra persona deje de existir? —Se acercó unos cuantos pasos a mí, como si me quisiera estudiar desde más cerca—. La inocencia es tan solo la falta de conciencia sobre algo. Creo que hay un momento de la niñez en el que todos somos inocentes porque no sabemos nada sobre la vida, pero al descubrirlo dejamos de serlo. Nadie es inocente, ni siquiera tú dentro de tu ingenuidad.

—¡Ah! ¡Ingenua! Según tú soy ridícula, tonta, débil y ahora ingenua —refuté, tratando de no perder la poca paciencia que sentía que tenía en ese momento—. ¿Te has visto a ti mismo, Damián?

—¿Qué tengo que ver de mí? —preguntó con desinterés.

—Pues creo que deberías comenzar por notar que eres un maldito asesino —bufé.

—Eso es algo que ya sé, y por como dije, no me parece que sea un defecto —expuso y le restó total importancia.

Quise estampar la cara contra un árbol. O estampar la cara de él. Lo que sucediera primero.

—¡Agh! —solté, frunciendo el ceño—. Piensas que todo lo que tú haces está bien, y lo que yo hago está mal.

—¿Y no es eso mismo lo que tú piensas respecto a mí? Solo has dicho: asesino, maldito asesino, asesinas personas, asesino. —rebatí, ya con un tono más amargo—. Si crees que repetirlo me hará sentir mal, estás equivocada porque me siento muy a gusto con mi naturaleza.

—¡Por supuesto! Tú si estás tranquilo porque este es tu mundo y yo soy la que debe acostumbrarse a él, aunque no quiera. Yo soy la que debe dejar todo atrás de la noche a la mañana sin emitir ni siquiera una queja, ¿no es así? ¡Tú si puedes dormir en paz mientras yo apenas puedo pegar un ojo por el miedo! —descargué con los puños apretados y la mandíbula tensa por el disgusto.

—¿Para qué me seguiste, entonces?!

—¿Por qué no me mataste?!

El pecho me subía y bajaba por la ira. A él también. Estaba agitado. Estábamos furiosos.

—Te di opciones, Padme, y tú... —rugió, pero le interrumpí.

—¡Dos malditas opciones que eran una peor que la otra y lo supieras si tuvieras aunque fuera un mínimo gesto de empatía! ¡Pero eres como todos los que están adentro de esa maldita cabaña, un animal!

—¡Sí! ¡Lo soy! Y ahora tú también. Mézetelo en la cabeza. Que tu maldito mundo para ti esté bien y el mío no, no es mi problema —bramó. Sus ojos parecieron más oscuros, más intimidantes, pero me mantuve firme—. Deja de ser tan ingenua y acepta la realidad: las personas como tú son tan repugnantes como nosotros. Ustedes van por ahí lastimando de muchas formas, ocultándolo y luego dándose golpes de pecho. Abre los ojos y ve la hipocresía de la que estás rodeada, porque al menos estos animales no fingen ser lo que no son —gritó. Se dio vuelta mientras se pasaba las manos por el cabello. Me quedé quieta, jadeando, y permanecimos así en silencio por un minuto hasta que él, quizás más calmado, habló—: Te di una oportunidad por esto mismo. Crees que en el mundo hay personas buenas y personas malas, pero no es así. En el mundo solo hay personas y todos estamos propensos a hacer mal y bien; y creo, no, estoy seguro de que no puedes morir llevándote esa absurda idea de que esta miserable existencia está dividida en dos. Las personas como yo, tal y como lo dices, somos lo que la hipócrita humanidad no es capaz de ser libremente, pero que sí es en el interior. Somos esa necesidad oculta de dañar, esa voz en lo más profundo de la demencia, de la perversión, de todo lo que logra asquear a las mentes cuadradas. Eso, exactamente eso somos, porque la palabra «asesino» nos queda muy pequeña considerando todo lo que logramos representar. Así que no puedes juzgarnos sin saber lo que las personas como tú ocultan, porque te aseguro que no sabes absolutamente nada de lo que, en secreto, la gente «normal» piensa y hace.

No pronunció más y se dedicó a mirar hacia otro lado. Supuse que en ese instante éramos dos puntos de vista distintos, dos ideales diferentes, dos mundos opuestos. Poco a poco la ira se disipó, al menos la mía, porque él seguía luciendo disgustado.

—Crecí con la idea de que asesinar está mal, y tú con la idea de que está bien —murmuré.

—Todo está muy mal, ¿verdad? Es porque este es un mundo forjado a mentiras, a cosas que no se deben hacer pero que se hacen. ¿Es muy difícil de comprender para ti? —expresó. Me froté la cara con frustración.

—Me esfuerzo por entenderlo, pero cuando parece que lo logro, algo me dice que no, que esto es mucho más grande que fingir ser otra persona —manifesté, bajando la vista y fijándola en un grupo de ramas que había en el suelo—. Todo fue tan repentino. Pensé que podía adaptarme, pero no es sencillo ver cómo para ustedes la vida es una carnicería. —Di un paso hacia él y busqué su mirada. Sus ojos que centelleaban de molestia, cambiaron y pasaron a lucir más mansos—. Joder, Damián, para ti es fácil matar, para mí no y no deseo hacerlo. ¡Sé que no debí haberte seguido en un principio! Entiendo mi error, lo asumo, pero, ¿no comprendes tú que para mí esto es tan nuevo que asusta?

No respondió. Hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta y dio unos cuantos pasos de un lado a otro, como meditando. Finalmente, sin mirarme dijo: —Yo lo entendí desde un principio, pero no podía darte todo el tiempo del mundo para que lo asumieras, debíamos resolverlo de inmediato y eso hemos hecho. Poe puso tu nombre en los registros y no hay vuelta atrás. Creo que puedo encargarme de tu presa, pero tendrás que ir a la Cacería —dijo, no muy contento al pronunciar las palabras—. Y será solo esta vez que me ocuparé de lo que a ti te corresponde porque veo que intentas acostumbrarte al cambio, pero no volveré a hacerlo. Debes tenerlo claro, Padme, este ya es tu mundo y no deberías resistirte a él. —Lo oí suspirar con cansancio—. Escucha bien. No somos diferentes, aunque te esfuerces en verlo así. El problema es que no quieres caer en la realidad. Te gusta mucho tu propio mundo en el que existe la justicia, la gente buena y en donde los malos no tienen derecho a hacer nada más que pagar por sus errores. Te gusta ese mundo que no existe, ¿cierto? Bien, mientras no salgas de él tú puedes ser el mismísimo cielo si quieres, pero yo seguiré siendo el infierno y siempre estaremos en guerra.

—Voy a casa —me limité a decir.

No me detuvo, pero tampoco se alejó. Me siguió entre la oscuridad del bosque y no pronunciamos palabra pues sabíamos que estábamos enojados el uno con el otro. Pude haberle gritado más, pude haber aprovechado el momento para decir más, exigir más, pero al recordar que él pudo haberme matado y no lo hizo, comprendí que merecía mi silencio.

Sin embargo, Damián tuvo razón en algo que no había dicho directamente. Quizás no sucedía ahora, pero tarde o temprano tendría que dejar de fingir para ser completamente como él y como todos los que habían nacido el noveno mes. Tendría que llegar a eso que todos los novenos compartían: matar.

Capítulo 7: Unos más locos que otros

Cuando llegué al instituto el lunes, tuve la suerte de encontrarme a Eris cerca de la entrada hablando con un grupo de chicas que pertenecían al club de ciencias. Aproveché para alejarla de la gente y nos dirigimos al patio trasero.

A esas horas de la mañana, el patio empedrado no era concurrido. Los alumnos se concentraban más cerca de las áreas verdes, por lo que ese definitivamente era el lugar perfecto para conversar. Allí, sentadas en uno de los bancos, le conté todo acerca del viaje y la Cacería. Y no se molestó en ocultar la sorpresa y la fascinación que aquello le causó.

—Entonces eso fue lo que ocurrió en el árbol de los colgados —dijo con una nota de emoción—. Hicieron una Cacería.

—Y como estuvo a punto de delatarlos porque Brown los descubrió, cambiaron totalmente su manera de llevarla a cabo los años siguientes —añadí, asintiendo. Eris permaneció en silencio por un momento con el brillo de entusiasmo todavía en sus ojos, como si estuviera analizándolo todo en su cabeza.

—Bueno, claro que irás a La Cacería, es seguro —expresó después de un rato—. El asunto es... ¿quién será tu presa?

—Damián dijo que se encargaría —comenté con cierta inquietud—. Sé que debo ir, es sólo que será la primera vez que los veré... ya sabes... —Me froté el rostro con las manos en un gesto de frustración—. Dios santo, es brutal. No dejo de pensar que me metí a una secta.

—Al menos no hacen invocaciones, ¿o sí? —contestó ella con un toque de diversión.

—No, son simples... asesinos —murmuré, intentando que no sonara tan grave. Eris me contempló por un minuto entero—. ¿Por qué me miras así? —le pregunté.

Ella suspiró.

—Hemos estado concentradas en averiguar sobre los novenos, y sí pienso que es lo más importante, pero, ¿cuándo hablaremos sobre lo que sientes por Damián? —señaló y buscó mi mirada, pero yo la desvié y me concentré en ver a un par de alumnas que caminaban hacia el interior del edificio—. ¿No necesitas soltarlo? Mira, no es ningún secreto para mí que tu excesivo interés en él, en algún punto se convirtió en algo romántico.

—¿Hablas de lo que sentía por alguien que tan solo idealizaba? Porque en mi mente el Damián que yo quería conocer es una persona y el Damián que conocí en la cabaña, el asesino, es otra —solté, y hasta a mí me sonaron amargas mis palabras—. ¿Crees que puedo sentir algo por alguien a quien no conozco en lo absoluto? ¿Y crees que puedo sentir siquiera un poco de cariño hacia alguien

que me trata como a una estúpida entrometida que solo trajo problemas a su vida?

Dicho eso, me vino a la mente que después de probar la Ambrosía, creí que algo podía pasar entre nosotros. Pero eso no se me antojaba decirlo. No era posible. De hecho, era totalmente absurdo.

—Tú has dicho que Damián no demuestra ser ni un poco empático, ¿cierto? —comentó Eris, pensativa.

—Sí, es que así son los novenos, ¿no? —Me encogí de hombros—. Como no creen ni en el mal ni el bien, su forma de actuar puede ser muy impredecible. Y ven normales las cosas que nosotros repudiaríamos.

—Ajá, entonces no podrías ponerle una etiqueta a Damián. No podrías decir que es bueno o malo —señaló, llevándose los dedos a la barbilla.

Supe que estaba haciendo análisis en su mente, pero escruté su rostro buscando alguna aclaración. El tema no era muy cómodo. No quería pensar en sentimientos, menos si también se incluía a Damián en ellos.

—¿A dónde quieres llegar? —inquirí, frunciendo el ceño.

—Al punto en el que te das cuenta de que solo estás decepcionada porque él no es lo que creaste en tu cabeza —respondió y trató de confirmar sus palabras al sostenerme la mirada, pero volví a desviarla, algo reacia al tema—. No es el típico muchacho que puede enamorarse perdidamente. Tampoco es el típico chico malo que luego cambia por amor. Es distinto sí, pero hay algo que incluso el hecho de ser un noveno no puede cambiar: es humano. Y los humanos sienten a menos que, claro, y es aquí a donde también quiero llegar, la naturaleza de los novenos se los impida.

—¿Esas son tus sospechas? —resoplé.

Ella se reacomodó sobre el banco y bajó más el tono de voz. Todas aquellas teorías, aquellos descubrimientos, parecían gustarle demasiado.

—Sospecho de muchas otras cosas, pero con todo lo que me cuentas de él solo me hace pensar en algún trastorno del apego —confesó. Entonces le puse atención, interesada en lo que estaba diciendo—. Mira, el excesivo rechazo al afecto, la mínima reacción social y emocional, la irritabilidad repentina, la ausencia de culpa, el que te aleje si estás cerca... son características propias de alguien que no superó nunca estos disturbios mentales. Son cosas que les suceden sobre todo a los niños y pueden tratarse hasta que desaparecen, pero, ¿y si no es así con Damián? ¿Si al faltarle la ayuda, el trastorno se quedó con él? —¿Quieres decir que...? —murmuré, creándome cientos de suposiciones.

Me aferré al banco porque mi cuerpo se estremeció. ¿Era posible? ¿Acaso Damián podía...?

—Si fuera así, Padme, tú puedes enseñarle a Damián lo que es querer —susurró ella, conteniendo una sonrisa de emoción.

—Espera, espera —emití, negando con la cabeza, acabando con cualquier posible esperanza que estuviera creándose en el ambiente—. Pero, ¿y si no se trata de eso? ¿Si es propio de su naturaleza no sentir empatía o cariño o manifestar emociones?

—Si fuera así, ¿y qué hay de Tatiana y Archie? Son una pareja, ¿no? Y los has visto tomados de la mano.

—Bueno, sí, ellos están enamorados, pero...

Eris alzó una mano, me lanzó una mirada severa y me interrumpió:

—Entonces no se trata del hecho de ser un noveno. Quizás no. Sé que estamos ante algo distinto, pero no lo sabrás si no lo averiguas. Tienes que conocer a Damián y me refiero al verdadero, al que es asesino y humano al mismo tiempo. Repetí aquello en mi mente. Conocer más a fondo a Damián y encontrar respuestas a sus actitudes... Sí, definitivamente no rechazaba esa idea. Además, Eris tenía razón en algo, me había decepcionado por completo al descubrir a alguien distante, frío e incluso cruel, y lo había juzgado solamente por saber que era un asesino sin considerar que no estaba hablando de un humano común.

No podía comparar a Damián con nada más, ni siquiera con los más repugnantes homicidas, psicópatas y sociópatas de la historia, porque él no estaba en su mismo nivel. Era algo diferente... Algo nuevo.

—Ya, pues eso puede ser difícil, pero lo intentaré. Ahora mejor dime, ¿has hablado con Alicia? —respondí.

—Oh, sí. Quiere que nos reunamos en el centro comercial, pero ya me encargué de sacar unas cuantas excusas por ti. Se supone que tienes indicios de influenza.

—¿Influenza?! —solté tratando de no alzar tanto la voz.

Ella asintió y profirió unas pequeñas risas.

—Es Alicia, ¿sabes? Se la pasa pensando en por qué el botox se llama botox. No se dará cuenta de nada.

—De acuerdo.

Exhalé con fuerza y, desde nuestra posición en el banco del patio contemplé a las dos personas que estaban conversando a varios metros de nosotras y me recordé a mí misma no mucho tiempo atrás de ese modo, despreocupada, libre, tranquila. Aquellas personas eran todo lo que yo había perdido y me daba...

¿Envidia?

—Ah, cómo me gustaría una Ambrosía justo ahora... —musité, reaccionando ante la sed repentina que sentí.

—¡Santos dioses! —soltó Eris, cortando mis deseos. Volteé a verla. Sostenía su celular y miraba la pantalla con admiración—. Googleé: «mansión Hanson» y sorprendentemente salieron muchos resultados.

—Déjame ver.

—¡Es enorme!

Me acerqué más a ella y entonces ambas miramos la pantalla. Las imágenes eran impresionantes. La mansión parecía un majestuoso castillo inglés, rodeado por muchas hectáreas de terreno verde y brillante.

Eris deslizó el dedo pasando imagen por imagen, luego entró a una página que proporcionaba información y leyó para ambas:

—La mansión Hanson llamada así por el largo linaje de Hanson's que habitaron en ella, es más que una maravilla arquitectónica. Construida en 1934, la mansión ha sido centro de admiración tanto para antiguos como para reconocidos arquitectos actuales. Cuenta con treinta y cinco habitaciones principales, diez habitaciones de huéspedes, cuarenta baños, tres cocinas, un sótano, dos salas de estar e incluso dicen que con misteriosos pasajes secretos; pero no es solo su amplia estructura la que hace de esta mansión un deleite para los amantes de la grandeza, sino su gigantesco jardín que parece infinito y en dónde fue creado un laberinto cuyo artístico centro es visible desde las alturas. Su último dueño Dioner Hanson, falleció en el 2014. Hasta ahora se piensa que la mansión está deshabitada, sin embargo, el acceso es completamente imposible. La casa fue sellada con altos muros y se ha convertido en un espacio privado sin permiso de entrada a desconocidos. ¿A quién le pertenece la mansión Hanson? Hasta ahora no se sabe si el linaje murió con el famoso empresario Dioner o si por el contrario hay un misterio mucho más exclusivo detrás de sus imperiosas paredes.

Nos miramos, asombradas.

—Si el dueño está muerto, ¿quién los recibirá? —preguntó ella.

Me encogí de hombros aún con los ojos bien abiertos.

—Gea habló de «socios y semejantes» —respondí.

Eris frunció el ceño, pero después lo arqueó con cierta aflicción.

—Irás a ese magnífico lugar y yo me quedaré aquí imaginando todo. ¿Puedo decir que es un poco injusto?

—No, es lo justo —dictaminé, reprochándole con mi tono de voz—. Yo me metí en este lío y debo afrontarlo. Tú tienes que estar segura.

Antes de que ella pudiera decir algo, vimos a Alicia acercarse a un grupo de personas. Estaba radiante con el cabello perfectamente lacio y su habitual sonrisa que contagiaba a los demás. Me levanté entonces con rapidez y me

despedí de Eris prometiendo mandarle un mensaje luego, y finalmente corrí hacia el interior del instituto.

Lo bueno era que no todo el tiempo teníamos las mismas clases, sobre todo con Alicia que se había quedado atrasada en unas cuantas, así que podía evitarla la mayoría del tiempo. De cualquier modo, no era agradable huirle a una de mis mejores amigas.

La extrañaba, esa era la verdad.

Ya en literatura una de las clases que compartía con Damián, él se sentó al fondo e hice lo mismo para evitar que alguien intentara sacarme conversación. Al fin y al cabo, ahora mi vida debía parecerse a la de él, por lo que intentaba estudiar más a fondo su comportamiento. Pero no era difícil. Damián no hacía casi nada. Nada. Entraba al salón, se sentaba y entonces ahí permanecía, quieto, a veces atento a lo que decía el profesor y otras veces absorto, como imaginando un mundo entero.

Me pregunté así, si en verdad había alguien más allí. ¿Existía un Damián empático? ¿Acaso había lugar en su cabeza para algún sentimiento? ¿Y qué con las relaciones físicas? Otros novenos como Poe manifestaban una lujuria notable, pero, ¿y él? ¿Algo se lo impedía o simplemente no fluía en su interior? ¿Qué tan complejo es?

En el transcurso de la clase me atrapó mirándolo. Por un instante creí que le molestara, pero no fue así. Giró la cabeza hacia mí como si acabara de notar mi presencia y me observó fijamente con una expresión apática, muy propia del cansancio. Minutos después reaccionó, abrió su cuaderno, escribió algo y en silencio rompió un trozo de hoja. Luego me lo pasó.

Era una nota:

7:00 P.M. ORILLAS DEL LAGO. SÉ CUIDADOSA.

Después de eso me ignoró por el resto del día.

Al llegar a casa todavía era temprano para que mis padres salieran del trabajo, así que pensé en aprovechar la soledad, darme un baño y luego meterme en la cama con las sabanas cubriéndome hasta el cuello.

La realidad era que mis ánimos habían decaído bastante. Comenzaba a sentir el cambio de vida y no era para bien. Evadir a Alicia, no poder contarles a mis padres lo que sucedía, recordar a cada instante la muerte de aquel desconocido, considerar La Cacería, esforzarme en fingir, intentar darle sentido a lo de Zacharias Brown y reprimir los temores, era agotador.

Mis pensamientos se desvanecieron cuando abrí la puerta de mi habitación y observé la figura sentada en la silla giratoria. Tenía las piernas extendidas sobre el escritorio en donde reposaba mi laptop, y con las manos adornadas por un

par de elegantes y masculinos anillos de plata, sostenía un pequeño libro de tapa dura que leía con mucha atención.

Mi cuerpo se estremeció de vergüenza.

—¡Ah! ¡Pastelito! —exclamó Poe con una amplia y perfecta sonrisa, apartando el librito—. Te estaba esperando.

—¿¡QUÉ HACES CON ESO?! —bramé y a zancadas me aproximé a él.

Le quité el libro de un jalón y estalló en carcajadas. Tenía un aire informal y despreocupado, y la blanca piel se le había enrojecido en las mejillas.

—Sí que da vergüenza —comentó señalando el libro mientras intentaba detener las risas—. ¿A qué edad lo escribiste? ¡Habla de Damián por todas partes! —Tosió un poco hasta que sus carcajadas se desvanecieron y solo quedaron unas risitas pequeñas—. Tanto que te resistes y hay algo de novenos en ti. Ese lado acosador, qué delicia...

—¡Cállate! —exclamé, disgustada y apenada por su entrometimiento—. ¡Lo escribí a los nueve años! ¡Era mi diario y se suponía que lo tenía bien escondido!

—¿Qué te digo? —Se encogió de hombros en un gesto de desinterés—. Tengo un gran talento para hallar cosas...

—¿Qué haces aquí en mi habitación? ¿Cómo entraste?

Dejé el diario sobre la cama, justo debajo de la almohada, y me giré para regalarle mi mirada más dura.

—¿De verdad lo preguntas? —contestó, haciendo girar la silla como si quisiera entretenerse—. Soy un asesino, puedo entrar a cualquier lugar sin que nadie lo note, no dejar huellas ni rastros... Todo eso.

—Pues hay asesinos que se han equivocado —bufé, cruzándome de brazos.

Él asintió y detuvo la silla.

—Ah, sí, pero existe una gran diferencia entre asesinos humanos y novenos. Los novenos son mentes maestras y nunca pero nunca han sido atrapados.

—Supongo que hubo grandes novenos en la historia de los asesinatos —comenté, girando los ojos.

—Sí, te sorprenderías. Pero bien, vine para entregarte tus nuevos documentos —aclaró, se levantó de la silla y señaló un sobre amarillo que reposaba sobre el escritorio—. Está todo allí: identificación, acta de nacimiento, permiso para conducir... —agregó al mismo tiempo que daba pasos hacia mí.

—Bueno, muchas gracias —dije con firmeza, retrocediendo—. Eres un gran tipo.

—¿Tú crees? —inquirió, y cuando no hubo más hacia donde retroceder, él colocó una mano en la puerta, hundiéndola en su bolsillo y me acorraló. Su boca se curvó en una sonrisa perversa—. Puedes agradecerme como quieras.

—Seguro que te las arreglas con Damián porque fue él quien te pidió que hicieras esto del cambio de identidad —respondí y esboqué una sonrisa fingida.

—Sí, supongo, pero Damián no puede darme lo que tú sí, ¿cierto? —murmuró y acompañó aquello con una risilla.

—Mejor vete, Poe. Tengo cosas que hacer.

Le di un golpe para que se apartara, pero su reacción fue rápida. Sacó la mano de su bolsillo, me dio un empujón en el hombro y con ella impidió que me alejara. Mi cuerpo volvió a encontrarse acorralado, y esa vez la cercanía entre ambos fue mayor.

Poe olía a lujos, a la mejor y más costosa fragancia masculina. Y tenía unos ojos preciosos, claros, profundos. Me pasó una mano por el cabello, enredó sus dedos en él y los deslizó hasta que el mechón volvió a caer.

—¿Me tienes miedo, Padme? —me preguntó.

Su voz sonó más suave, pero al mismo tiempo lujuriosa, como si le fuera difícil contenerse.

—No —solté sin titubear—. Ni a ti, ni a nadie.

Él dio un paso adelante y sus piernas se enredaron con las mías. Tragué saliva. ¿Y si hacía un movimiento brusco y eso lo enojaba? No le tenía miedo, pero por un segundo la imagen de Nicolas acorralando aquel hombre en el bosque, me pareció igual a lo que estaba sucediendo.

—Si no te quitas, no respondo —le avisé, aunque sabía que en cualquier caso resultaría ser más fuerte que yo. Sin embargo, si se trataba de gritar, patear y golpear...

Poe alzó las cejas y emitió una risa de burla.

—¡Qué agresiva! —expresó y acercó su rostro hasta mi oído—. Y yo que pensé que eras bastante tranquila.

—Lo soy, pero si te me acercas así también soy capaz de defenderme —bufé con toda la intención de sonar amenazante, pero aquello no lo inmutó en lo absoluto.

—¿Y de qué vas a defenderte? ¿Estoy haciendo algo indebido? Digo, lo indebido me encanta, pero no estoy haciendo ni la cuarta parte de lo que quisiera... —ronroneó sobre mis labios—. Si estás muy segura de que puedes contra mí o que no te haré nada, ¿a qué le temes? —añadió. Estudió mi rostro con cuidado y entonces sentí un apretón en la cintura.

—¿Tú no sabes lo que es hablar sin invadir el espacio personal de la gente? ¿O sin tocarlos? —reclamé y aparté su mano de mi cintura.

Él inhaló hondo y se mordió el labio inferior.

—Pastelito, yo podría... sí que podría... Y te encantaría, ¿lo sabes? No es como estar con cualquier persona, es como probar la Ambrosía, luego querrías más.

—Sus ojos entornados brillaron de deseo incluso cuando continuó hablando—
: Pasa que percibo todos tus temores, están muy claros para mí y se convierten en una tentación porque no hay nada que me guste más que eso. Ver una expresión de miedo podría ser mi debilidad, así que yo sería capaz de... —Una de sus manos me acarició la mejilla con tal suavidad que el roce me sorprendió, hasta que de repente la sonrisa y el capricho en su mirada se esfumaron por completo como si pudiera vaciarse de ellos en un segundo—. Pero todo tu cuerpo emana su olor. Tus ojos reflejan sus ojos. Tu boca exige la suya. Tus palabras dicen su nombre. Estás marcada por él. Se pertenecen. Si no fuera de ese modo, me pedirías que te usara a mi antojo, pero no es así porque...

—Tú no eres Damián —completé, sorprendiéndome a mí misma.

—Y somos lo suficientemente adultos como para no entrar en un estúpido conflicto por una mujer. De manera que cuando sucede que nos llama la atención lo mismo, alguno de los dos debe ceder. —La sonrisa regresó a su rostro más retorcida que nunca—. ¿Qué crees? Yo cedí, pastelito. Por eso también vine para dejarte en claro que, si formas parte de nuestra manada, puedes confiar plenamente en mí. Si hay algo que tenemos los novenos, es honor entre nuestros semejantes, eso, claro, si el respeto es mutuo. Así que ten muy en cuenta esto: no nos falles y no te fallaremos. —Pasó el pulgar por mi labio inferior y antes de alejarse añadió—: Ten mucho cuidado con lo que haces, porque no soy el único que puede oler el miedo. Entonces, ya sabes, no nos pongas en peligro a todos.

Me guiñó el ojo y salió de la habitación llevándose su aroma y mi calma consigo. ¿Acaso Poe sabía que junto a Eris estaba haciendo algunas investigaciones? ¿Y si lo sabía qué? ¿Era peligroso? Pertenecíamos a la misma manada, él no podía traicionarnos. Bueno, yo no era más que la nueva integrante —cabía recalcar que también la que fingía ser como ellos— y a mí sí podía entregarme para salvar a sus amigos, pero...

No, no tenía que preocuparme. Estaba esforzándome en parecer una novena. Le ponía todo el empeño y estaba resultando bien. Damián no se había quejado. Nadie podía sospechar.

Así que para no volver a abrumarme me di una ducha y le permití a mi cuerpo descansar de toda la situación.

«¡Dijo que lo enterrarían con su verdad, porque esa verdad era su mayor descubrimiento y era muy peligrosa!»

Desperté y casi caigo de la cama envuelta en las sábanas. Abrí los ojos hasta el límite y esperé unos segundos a orientarme mientras que la idea surcaba mi mente. Zacharias había dicho que lo enterrarían con su verdad, ¿y si realmente

lo habían enterrado con ella? ¿Si en verdad Brown se había llevado sus descubrimientos a la tumba?

Cogí mi celular y lo moví entre mis manos por un instante. Necesitábamos hallar la explicación a los asesinatos del noveno mes, porque, ¿y si con ella también venía una opción de salida? No tenía que pensarlo demasiado. No tenía que dudar.

Le marqué a Eris y apenas atendió no me tomé mucho tiempo en hablar:

—Hoy, media noche, cementerio de Asfil. Lleva una pala, linternas, tapabocas y guantes de látex. ¿Y crees que podrías conseguir una escalera?

—¿Mataremos a alguien? —respondió con un tono de asombro.

—¡No! Abriremos la tumba de Zacharias Brown.

—¡Esto definitivamente es mejor que las pijamadas que solíamos hacer!

Colgué e inmediatamente la voz de mamá resonó en toda la casa:

—¡Padme, cariñito, la cena!

Bajé las escaleras y encontré a papá en la mesa y a mamá junto a un gran tazón de macarrones con queso. Tomé asiento y cuando mamá se dio vuelta me echó otro largo vistazo. Esa vez sonrió con aprobación mientras servía la comida en los platos porque aquella ropa sí le gustaba.

—¿Te fue bien en el instituto? —me preguntó con su habitual tono meloso.

—Como siempre —respondí de lo más normal.

—Pareces cansada —comentó papá. Eso me tomó por sorpresa, y como si no fuera poco, añadió—: ¿Está todo bien, Padme?

Quise gritar que no. Algo en mi interior deseó emerger y estallar. Sin embargo, de mi boca salió algo distinto:

—Absolutamente, pa.

La cena transcurrió tranquila. Volví a la habitación y me preparé para ir a reunirme con la manada. Me puse la misma gabardina, pero debajo de ella unos jeans viejos y la camisa más simple que encontré en mi armario pues necesitaba algo ligero para el encuentro en el cementerio. Incluso mientras me peinaba el cabello me divirtió un poco que el estilo estuviera ligado al ser un asesino pues nadie esperaría que precisamente personas como los novenos se preocuparan tanto en verse bien.

Finalmente les dije a mis papás que iría a casa de Eris y advirtiéndome que no llegara tarde, me dieron un beso antes de partir. Salí de casa, tomé el camino del bosque, por suerte pude reconocer algunos árboles y no me perdí en busca del lago.

Nunca lo había visto. En mis diecisiete años de vida, jamás había llegado tan lejos como para siquiera admirarlo. La luna llena se reflejaba en él y sobre sus aguas pequeños destellos aparecían intermitentemente. Quise imaginarlo

teñido de rojo por la sangre con una docena de cadáveres flotando, y para mi sorpresa fue fácil.

Caminé por el borde entre la tranquilidad nocturna hasta que vi una fogata. Al acercarme reconocí tres de los rostros de las cuatro personas que rodeaban el fuego. Estaban Archie, Tatiana, Poe y también un muchacho desconocido. El joven tenía las manos y los pies atados con cuerdas y un grueso pañuelo le impedía emitir palabra. Se encontraba completamente amordazado. Sus ojos estaban bien abiertos, enmarcados en lágrimas y manifestaban un temor profundo.

—¡Pastelito! —exclamó Poe al verme. Se encontraba sentado justo al lado del desconocido y cuando notó la mirada de desconcierto que le dediqué al muchacho, añadió—: Ah, él es un amigo. No te asustes, solo nos acompaña esta noche. Vamos, siéntate con nosotros, siéntate.

El joven se removió en su posición y dijo algo que no sonó más que a balbuceos debido a la tela que cubría su boca. Parecía desesperado. Me senté entonces, dudando, y lo estudié. Algunas partes de su ropa estaban rasgadas, ¿quizás intentó defenderse y forcejeó con Poe? También había perdido los zapatos, estaba descalzo, sus pies estaban sucios y sus tobillos muy hinchados... ¿rotos? Definitivamente no podría caminar.

Aquello era completamente normal. Debía acostumbrarme, así que desvié la mirada y observé a Tatiana y a Archie. Archie estaba muy concentrado mirando algo que parecía ser un comic, mientras que Tatiana le echaba un ojo y murmuraba cosas acerca de ello.

—¿Qué leen? —pregunté para sacar algo de conversación.

—Killing, Stalking —respondió Archie sin apartar la vista.

—Ah, ¿es un cómic?

Sus cejas se fruncieron debajo de los lentes.

—¡Es Manhwa, maldita sea! —exclamó él, echándome una aterradora mirada de disgusto—. ¿Acaso es muy difícil diferenciar una cosa de otra totalmente distinta?! ¿Por qué la gente es tan ignorante?!

—No es difícil, pero si no nos interesa... —murmuró Poe, reprimiendo una risa.

—¡Puedes meterte tu desinterés por el culo! —le gritó Archie al rubio que no se perturbó en lo absoluto.

Tatiana le frotó los hombros a su novio para calmarlo.

—Está oscuro, mi amor, Padme no podría saber que es manga si no lo ve bien

—le dijo ella en un tono suave. Archie entonces relajó el rostro, asintió y se reajustó las gafas de pasta.

—Lo siento, Padme —me dijo y volvió a sumirse en su lectura.

—¿Y Damián? —inquirí, decidiendo no meterme en los delicados asuntos de comics y mangas de Archie.

—Anda por allí —contestó Poe con tranquilidad, encogiéndose de hombros—. Dijo que iría a cazar algunos conejos.

Volví a fijarme en el desconocido que lloraba en silencio. Noté que sudaba, que gotas y gotas de sudor le corrían por la frente y el rostro, y eso se debía a que estaba más cerca del fuego que cualquiera de nosotros.

—¿Por qué él está...? —musité, dejándome llevar por la curiosidad.

Poe soltó una risilla y me interrumpió.

—¿Llorando? Porque es un cobarde, aunque esta mañana cuando se burló de mi bufanda y me dijo «marica» no parecía serlo. —Poe volteó a mirarlo con una sonrisa de oreja a oreja—. Suele hacer eso a menudo. Eso de... ¿cómo se llama? Ah, sí, bullying. Le gusta mucho burlarse de los demás, golpear a los niños... pero él ya no piensa hacer eso de nuevo porque es de muy mal gusto, ¿no es así, amigo mío?

El desconocido asintió con insistencia y se movió como pez fuera del agua.

—Claro que sí —comentó Poe entre risillas, palmeándole un hombro—. Todos en tu posición se vuelven buenos.

Una figura alta y arrogante se hizo visible entre la oscuridad y Damián apareció sosteniendo un conejo vivo que se retorció de la misma forma que la víctima de Poe. No se inmutó ante mi presencia y ni siquiera profirió un saludo, simplemente se sentó frente a la fogata, no tan cerca de mí, y colocó al conejo sobre sus piernas para, en un gesto que no me esperaba, acariciarlo.

Pobre animal.

—¿No había ardillas? —inquirió Poe, mirando con desagrado al conejo.

—¿Para qué quieres ardillas si tienes una presa? —respondió Damián sin apartar su vista de la esponjosa criatura.

—Esto no es una presa —se burló Poe, mirando de reojo al desconocido amordazado—. Es un simple bocadillo.

—Pensé que lo llevarías a La Cacería —comentó Damián.

Poe soltó una carcajada que fue disminuyendo poco a poco hasta que solo quedó una sonrisa perversa en su esculpido rostro.

—Quiero una presa especial, no basura. Es sabido por todos que uno no lleva cualquier cosa a La Cacería —expresó Poe y luego me señaló con el dedo—. Aprende eso, pastelito. Tu presa tiene un significado especial. No la matas por matarla. No la atrapas por atraparla. Debes pensar en lo que te produce, en si hay una conexión, en si merece que planees su muerte.

Archie soltó una carcajada que me hizo saltar de susto en mi sitio.

—¡Intentó escaparse! Pobre miserable... —expresó él entre risas. Claramente se refería a su manga, pero yo ni siquiera sabía de qué se trataba, aunque me daba la impresión de que era algo muy a su estilo.

Para sacarme de mi pasmo, Damián hizo un movimiento brusco y vi el fuego reflejado en la hoja del cuchillo. Lo alzó, lo hundió en el cuerpo del conejo y lo presionó por un minuto entero, disfrutándolo. El animal se removió de forma agitada mientras que el desconocido gritó, aunque solo se escuchó como un quejido ahogado. Damián entonces extrajo la hoja y la sangre escurrió de ella manchando el pelaje blanco y sus pantalones negros. Seguidamente, atrapó el cuello del conejo con su mano y procedió a introducirle el cuchillo por la boca hasta que sólo la empuñadura fue visible. Escuché el crujir de unos huesos de la misma manera que se cortaba el pollo.

Tragué saliva y me mantuve rígida. Nadie se sorprendió ante la escena.

Los rojizos ojos del animal quedaron fijos en el vacío. Noté, entre el silencio, que la respiración de Damián estaba agitada. Dejó el cuchillo a un lado y hundió los dedos en la boca del conejo que había ahuecado. Lo que hizo después me dejó muy claro que mi estómago todavía no estaba preparado para aquello. Comenzó a sacar todo lo que sus dedos encontraran en el interior: pellejo, carne, venas, pequeños órganos, y así se manchó las manos con sangre y cualquier otro líquido viscoso que hubiera adentro. Parecía un niño jugando con plastilina, tanteando el cuerpo, apretujando las vísceras, disfrutando del momento.

—¿Ya encontraste a tu presa, Padme? —me preguntó Tatiana.

Di otro pequeño salto sobre mi lugar.

—No, no —respondí con torpeza. Luego me aclaré la garganta y añadí en un tono más firme—: Debo buscar a alguien especial como dijo Poe. ¿Y ustedes?

—Escogí a mi profesor de matemáticas —dijo Tatiana y se encogió de hombros—. Lo sé, es predecible.

—Yo a un crío que vive cerca de mi casa que se atrevió a apoyar teorías estúpidas sobre Magneto —confesó Archie con una ligera nota de disgusto—. Además, me gustan jóvenes para que den la pelea.

—El mío será una sorpresa —advirtió Poe con diversión. Se recostó en el suelo con los brazos detrás de la cabeza y exhaló un jadeo. La pareja volvió a concentrarse en lo suyo y el silencio reinó por un momento hasta que Poe añadió—: Miren la luna, ¿no les provoca una buena sesión de sexo a esta hora? Tatiana y Archie rieron, pero por aquello que vieron en su manga. Damián ni siquiera alzó la mirada; y el desconocido emitió un sonido muy raro de pánico. Fue entonces cuando volví a preguntarme por qué Damián era tan indiferente a todo. A diferencia de Poe, él no expresaba demasiado, ni siquiera algún tipo

de gusto hacia alguien. Desde mi posición y mi punto de vista era tan cerrado que tratar de comprender su actitud solo originaba más preguntas.

De forma inesperada, una voz masculina rompió el silencio del momento.

—Parece que no solo fue idea nuestra reunirnos por aquí.

Para cuando volteeé la cabeza, el asesino Nicolas estaba detrás de mí, acompañado de dos tipos más. A nadie pareció importarle su presencia, pues solo Poe lo contempló desde su lugar recostado en el suelo; pero a mí sí que me incomodó.

—Veo que se están divirtiendo —comentó Nicolas haciendo referencia a la víctima que desesperadamente intentaba arrastrarse de algún modo.

—Ya ves, no hacemos cualquier cosa —dijo Poe con suma tranquilidad.

El asesino asintió y pasó a mirarme. Traté pues de verme lo más calmada posible, recordando lo dicho por el rubio. No solo él podía oler el miedo.

—Van tres veces que te veo y no sé tu nombre —me habló. Entonces, en ese preciso momento, Damián despertó de su embeleso con las vísceras del conejo y alzó la cabeza para presenciar la escena.

—Padme —dije con una firmeza que me sorprendió.

—Ah, como en Star Wars —mencionó Nicolas con diversión, aunque apenas formó una sonrisa ladina—. Me encantan esas películas.

—¿En qué andas, Nicolas? —intervino Damián.

—Nos reuníamos para cazar algunas presas —respondió el asesino con cierta indiferencia. Sus ojos azules bajaron hasta el cadáver del conejo con algo de burla—. Y tú estás...

—Practicando —pronunció Damián con aspereza—, porque es mucho mejor practicar con cosas menores para luego ejecutar algo grande.

—Ah, ya —expresó Nicolas con una amabilidad que supe que era fingida. Luego, volvió a concentrarse en mí—. ¿Y tú no prácticas, Padme? Porque nosotros tenemos planeadas unas cuantas cacerías menores para esta semana, y si no tienes nada que hacer podríamos incluirte.

Escuché una risilla proveniente de Poe, aunque no le presté atención. Se burlaba de mí, era obvio.

—¿Nos quieres robar un miembro, Nicolas? —preguntó Damián con una serenidad impecable.

—En lo absoluto —negó y amplió la perfecta sonrisa—. Es una simple invitación que ella puede aceptar o rechazar.

Traté de no verme nerviosa incluso cuando casi todas las miradas estaban fijadas en mí, atentas a mi respuesta. Me encogí ligeramente de hombros, como si fuera la reina de la indiferencia y no de la cobardía, y puse mi mejor cara de: «no me importa nada».

—Veré si no tengo nada más que hacer —fue lo que dije.

El asesino asintió de forma cortés y se retiró después de asegurar que nos vería luego. Hubo un silencio incómodo durante el cual Damián me miró de un modo que no reconocí, con esa inexpresividad que no daba a entender absolutamente nada.

Poco después, fue la voz de Poe la que rompió el hielo.

—¡Bueno! —exclamó, levantándose de repente—. Eso fue interesante, muy interesante. Ahora, ¿alguien tiene hambre? Porque yo sí. Hagamos algo delicioso.

Cogió una mochila oscura que estaba a su lado y la abrió. De ella extrajo unas cuantas cosas, pero lo que más me llamó la atención fueron los guantes negros con los que enfundó sus manos y un destornillador que sostuvo como si fuera a hacer de todo menos darle su uso correcto. Finalmente dejó la mochila en el mismo lugar de antes y desde su altura contempló al desconocido que lloró desesperadamente al verlo.

No necesité explicaciones para saber lo que haría, aunque bien, quise no suponer primero lo peor. Pero con aquel grupo lo terrible siempre era lo primordial.

Poe carraspeó la garganta y juntó las manos enguantadas como se hacía para rezar.

—Señor, señora o persona sin sexo definido que estás allá arriba —bramó con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando al cielo—. Bendice este miserable trozo de carne que hoy llamo presa, asegúrate de que vaya al infierno y de que arda en él como es necesario. No permitas que me den gases y continúa haciendo que me tope con más seres insignificantes como él. ¡Amén!

—¡Amén! —exclamó Archie, sonriendo de oreja a oreja.

—Bien, amigo, como esta mañana me diste un buen análisis sobre mí, añadiendo cosas como: «esos pantalones son de millonario pasiva» o «¿en qué burdel bailas?» lo justo es que yo te diga lo que pienso de tu aspecto, ¿cierto? —le dijo Poe a la víctima y sus ojos se ensombrecieron hasta tal punto de parecer propios de un maniático—. Déjame decirte que tienes ojos muy grandes.

Acto seguido, se inclinó hacia abajo y acarició la barbilla de la víctima con la punta del objeto que sostenía. Lo contempló por unos segundos y después, cuando decidió que era suficiente, tomó distancia con su brazo e impulsó con fuerza el destornillador contra el ojo izquierdo de la víctima. El joven emitió gritos, pero el pañuelo los ahogó; se tensó y se removió; se puso rojo, cayó de espaldas sobre el suelo y luchó contra el dolor.

Tomé aire ante la escena.

El destornillador no entró del todo, así que Poe lo sacó de un tirón. La cuenca se le oscureció y el rostro de la víctima se manchó de sangre espesa y oscura.

—¿Sabes? No me gusta eso de criticar a la gente, ¿qué tal si mejor jugamos a las adivinanzas? —exclamó. Su pálido rostro se tornó sombrío, perverso, totalmente atemorizante sobre todo porque la sonrisa en ningún momento desaparecía, todo lo contrario, se mantenía amplia y burlona—. Ahora lo ves y ahora no lo ves, ¿qué es?

Se colocó a horcajadas sobre la víctima y empujó el destornillador contra el otro ojo, esa vez con mayor fuerza.

—¡Un ciego como tú! —se auto respondió Poe entre carcajadas.

Se escucharon algunas salpicaduras y quejidos desesperantes. El tipo estaba sufriendo. Vi el destornillador envuelto en color carmesí y todo mi cuerpo se puso rígido, helado, tenso. Ya no se le veían los ojos ni la piel del rostro por tanta sangre, sin embargo, seguía vivo. Poe volvió a alzar la herramienta y se la clavó en el hombro izquierdo, empujando con fuerza, tal y como se le daba a un clavo para que perforara una pared. La víctima estiró las piernas, forcejeó por un momento y emitió quejidos forzados.

Cuando comprendí que Poe no le perforaba el cerebro para hacerlo sufrir más, me levanté del suelo en un violento impulso y me alejé de allí. Ni siquiera me molesté en despedirme o en dar explicaciones, solo di zancadas rápidas como si así pudiera huir de lo que acababa de ver.

Avancé por el bosque repitiéndome a mí misma que debía ser fuerte, que no podía escandalizarme por lo que ya era propio de mi nueva vida, pero en medio del camino no pude más. Me recargué en un árbol y me deslicé hacia abajo para sentarme sobre las raíces sobresalientes. No encendí el teléfono, me quedé en compañía de la oscuridad y ahí mismo dejé salir unas cuantas lágrimas.

Soy demasiado débil...

No lloré por cobardía, tampoco por miedo, sino por nostalgia a algo que había perdido tan rápido. Lloré por lo que ya estaba grabado en mis recuerdos; por las pesadillas que me producían ver tantas muertes; y por el simple hecho de que mis padres no se imaginaban lo que estaba sucediendo. ¡Llorar fue el estallido que tanto había estado reprimiendo!

Y llorar no significaba debilidad. Era la única forma de gritar entre tanto silencio.

No, no soy tan débil...

—La razón por la que no me mataste aquel día, no fue porque querías darme una oportunidad; no lo hiciste realmente porque sabías que esto sería peor —hablé.

Damián se hizo visible entre la oscuridad y desde mi posición al pie del árbol, le miré con los ojos empapados en lágrimas.

—No tengo intenciones de hacerte sufrir; tú misma te haces daño —dijo. Se acercó a paso tranquilo y se sentó frente a mí. A pesar de la oscuridad, pude ver las líneas de su rostro.

—¿No sientes nada? —inquirí en apenas un susurro.

—Ya me hiciste una pregunta parecida —contestó de forma impasible—, y te dije que los humanos tenemos sentimientos. Soy humano al igual que tú.

—No veo la humanidad en ti —confesé.

—Solo porque crees que ser humano significa comportarse de un mismo modo. ¿Tendremos esta discusión de nuevo? —soltó con fastidio.

—Damián, no quiero esto... —murmuré. Alcé la mano y me enjuagué las lágrimas con la manga de la gabardina—. No soy como ustedes. Puedo guardar tu secreto, pero formar parte de él está resultando ser tan difícil.

Entonces hizo algo que no le había visto hacer jamás: sonreír. Sus comisuras se ampliaron y ahí estaba, una sonrisa. No era grande, pero sí distinta. En realidad, se le alzaba más una comisura que otra y apenas se le vieron los dientes, pero manifestó diversión. Se vio bien así, como si fuera alguien normal y no un asesino peligroso, por lo tanto, por un momento quise que perdurara.

—¿Te burlas de mí? —le pregunté, frunciendo el ceño, lista para enojarme.

—Un poco, sí. —Tan rápido como vino, la sonrisa se fue y su rostro volvió a ser inescrutable—. Puedes llorar, patalear, gritar, lo que sea, pero no tienes más opción. Me divierte que creas que en algún punto podrías librarte de esto. Bueno, podrías librarte del sufrimiento si le permites a tu mente abrirse y aceptar que todo lo que verás es completamente normal para nosotros.

—¿Qué hará Poe cuando ese tipo muera? —pregunté, cambiando totalmente el tema de mis incapacidades para acostumbrarme a la vida de los novenos.

—Pues, Poe es de los que aprovechan la presa al máximo, así que es posible que haga muchas cosas. Él juega con la presa, la mata y a veces se la come.

—¿Es caníbal? —solté, abriendo tanto los ojos que me ardieron.

—Sí. El canibalismo es normal en gente como nosotros. Supone para muchos un éxtasis acabar completamente con la presa. Para mí no. No como carne humana, es basura. Tatiana y Archie tampoco la comen. —explicó. Sorprendentemente, esa vez no me sorprendí tanto.

—Pero ¿la has probado siquiera?

—Un par de veces nada más. —Se encogió de hombros y pasó a colocar las palmas sobre el suelo, inclinó un poco la cabeza hacia atrás y supuse que miró el cielo—. Dices que no puedes pertenecer a nosotros, pero te quedaste, no huiste y tampoco suplicaste que te matara. Lo creas o no, eso es valentía. Te

estás negando a todo por tu moral. Estoy seguro de que, si dejas un poco de ella a un lado, irás acostumbrándote. Solo piensa en una cosa, Padme: ni ese hombre que mató Nicolas, ni ese tipo que mató Poe, eran personas inocentes. Así que añádele justicia a todo esto y esfuérsate más, porque esta ya es tu vida.

—... entonces él dijo: y esfuérsate, porque esta ya es tu vida.

Con esa última palabra terminé de contarle a Eris lo que había hablado con Damián un par de horas atrás. Ella hundió la pala en la tierra y con una expresión pensativa apoyó las muñecas en el asa de la herramienta para excavar. Ya estábamos en el cementerio de Asfil, de hecho, llevábamos media hora allí porque nos había tomado quince minutos encontrar la tumba de Zacharias Brown y los otros quince minutos se habían ido en intentar convencerla de que mi teoría de que los artículos del científico estaban enterrados con él y que había que sacar la urna, no era tan descabellada como se oía.

Al final lo había logrado y con un par de linternas, un par de palas y la gran necesidad de saber la verdad, nos encontrábamos en el lugar de los muertos bajo la misma luna llena que había visto morir a la víctima de Poe y que en ese momento nos observaba a ambas junto al lúgubre y desértico cementerio.

—A mí me agrada como se expresa Damián —opinó ella finalmente y volvió al asunto de excavar—. Después de todo, no te dice nada que no sea cierto. El dilema es cómo acabar con tu moral tan rápido.

—No acabaremos con nada —resoplé, pisando la pala para coger más tierra.

—Pero es que en eso Damián tiene razón, escogiste su vida al quedarte. ¿Y por qué hacerse la reina de la moral ahora? Bien, matar está muy mal, sí, eso es precisamente lo que nos enseñan, lo que aprendemos, pero si nadie nos dijera que es un error, lo haríamos —puntualizó ella sin detenerse—. Te lo voy a explicar mejor. Debes respetar a un musulmán por sus creencias, ¿cierto? Y no lo juzgas por creer en Alá porque esa es su cultura, ¿cierto? Bueno, así mismo es Damián, como otra religión, como otro género sexual, como una cultura distinta. Existe y de algún modo debes respetarlo porque así fue criado, en este caso, así nació. ¿Me has entendido?

Asentí. Por supuesto que lo entendía. Era mucho más fácil aceptar mentalmente que Damián era un asesino, a presenciar lo que hacían como asesinos. Era probable que necesitara tiempo, mucho tiempo para acostumbrarme, aunque tenía la esperanza de que dentro del ataúd de Brown no solo encontráramos un repugnante cadáver, sino también una vía alterna a esta realidad.

Una salida, podría haber una salida...

Nos pasamos quizás más de dos horas excavando. Me dolían los brazos, el torso y la cadera, y el fúnebre ambiente no ayudaba en nada. Sin embargo, me daban mucho más miedo los propios asesinos que un lugar lleno de muertos.

Cuando tocamos fondo, o, mejor dicho, ataúd, nos miramos y nos pusimos los tapabocas al igual que los guantes de látex. Jamás habíamos hecho algo así, por lo que el corazón me palpitaba denso de adrenalina. Íbamos a abrir una urna. Íbamos a profanar un cuerpo. ¡Ya lo estábamos profanando! Juntas le quitamos la tapa y el asqueroso e inmundó olor no nos golpeó con tanta fuerza.

El impacto visual tampoco fue tan brusco. El cadáver todavía no estaba en su máximo nivel de descomposición, pero sí que iba en ello. Estaba opaco, algunos huesos ya estaban a la vista, los gusanos recorrían las extremidades a su antojo, los dedos ya no tenían carne, los ojos ni siquiera estaban...

—Maldición, es horrible —comenté. Alcé la vista y Eris lo estaba mirando fijamente—. ¿Eris? ¡Eris!

—¿Sabías que antes hacían esto para estudiar la anatomía del cuerpo humano?

—fue lo que respondió. Fruncí el ceño.

—¿Necesitas dejar salir tu lado Wikipedia justo ahora?! —me quejé—. Vamos, revísalo.

—Tú fuiste la de la idea de abrir el ataúd, así que te concedo el honor de tocar el cadáver —respondió, negando con la cabeza.

—¡A ti te gustan más estas cosas! Ahora no te hagas... —bufé y bajé la vista hacia el cuerpo en descomposición. Se me revolvieron las tripas de tan solo mirarlo—. Las dos, mejor hagámoslo las dos.

Eris aceptó y se inclinó para comenzar a rebuscar, pero la detuve.

—Espera.

—¿Qué? —emitió, confundida.

Dudé un segundo, pero finalmente exhalé y cerré los ojos.

—Señor Brown, lamentamos estar haciendo esto, pero es necesario para nosotras... —pronuncié hasta que Eris me interrumpió:

—¿Qué haces?

—Me disculpo —respondí con obviedad—. Estamos profanando su cuerpo.

—¿Qué va a estar sabiendo este viejo?! ¡Revísalo! —bramó en tono de reproche.

Lo revisamos de pie a cabeza hasta que Eris hundió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y tanteó algo. Lo extrajo lentamente y vimos que era un trozo de papel doblado y arrugado. Casi saltamos de la emoción. ¡Habíamos encontrado algo! No teníamos ni idea de qué era, pero ahí estaba.

Eris lo desdobló aún con los guantes de látex y yo lo apunté con la linterna.

—¡Es un artículo de periódico! Pero está en inglés... —anunció ella, estudiándolo—. Bien, aquí dice que...

Un ruido extraño nos alarmó. Nos quedamos rígidas por un segundo y luego subimos la escalerilla hasta tocar tierra. Apagamos las linternas y el sonido se escuchó de nuevo. Era una motocicleta. Una motocicleta estaba acercándose.

—¡Rápido, ocultémonos! —exclamé, dándole un empujón a Eris que no sabía hacia donde ir—. ¡Detrás de las lápidas, coño!

—¡Si me haces caer te voy a encerrar en la urna con Brown! —reprochó ella, intentando no tropezar con algo.

Nos agachamos detrás de unas lapidas lo suficientemente altas para cubrirnos. Observamos entonces dos círculos de luz aproximarse por la calle de en frente. El cementerio en realidad era como un laberinto, pero tenía pasajes angostos por los que un auto pequeño era capaz de transitar. La motocicleta pasó cerca del enorme agujero que habíamos excavado, pero la persona que la conducía no se inmutó ante ello y se detuvo unos cuantos metros más adelante.

Solo cuando se quitó el casco, algo me hizo pensar que sabía de quién se trataba. Me dio la impresión de que era Nicolas, pero no estaba segura. De igual modo el desconocido sostuvo su casco bajo el brazo y comenzó a andar hasta que se perdió entre lápidas y mausoleos.

—Tenemos que irnos —susurré apenas pude.

—¿Dejaremos todo así? La policía intentará investigar esto —respondió Eris con el mismo volumen de voz, todavía agachada.

—No lo creo, ya otras personas han venido a abrir urnas —dijo una voz distinta. Nos dimos vuelta y tuve que taparme la boca para que el grito no saliera de mi boca como el chillido de un alma en agonía. Caí de culo por el susto y la expresión consternada de Archie fue lo primero que vi. Estaba justo detrás de nosotras, agachado como si hubiera estado ayudándonos todo ese tiempo.

—¡Archie, maldita sea! ¿Qué haces aquí? —solté. El corazón me latía en todo el cuerpo. Lo escuchaba retumbar en mis oídos por el susto.

—Pues vengo aquí por las noches a visitar a mi madre —respondió con una nota de aflicción y se reajustó las gafas. Parecía demasiado indefenso, incapaz de lastimar a alguien. Parecía lo que no era—. ¿Ustedes a quién visitaban? ¿Necesitas que llame a Damián por ti? No creo que le agrade que estés aquí tan tarde.

—¡No! ¡No lo llames! Nosotras estábamos... es que... —musité. Le eché una mirada a Eris y supe de inmediato que estábamos jodidas—. Mira, Archie, es...

—Es un secreto, ¿cierto? —completó él y soltó una pequeña risa que se transformó en el sonido de un puerco.

—Sí, es nuestro secreto. Damián no lo sabe porque se enojaría, ya sabes cómo es... —contesté, asintiendo—. Tú podrías... ¿podrías guardármelo? —Los labios me temblaron al igual que las palabras.

—Claro, Padme, no pasa nada —aceptó él con tranquilidad—. Yo tampoco le cuento algunas cosas a Tatiana. Por ejemplo, ella no sabe que vengo aquí a diario. Diría que no es sano, pero mi pobre mamá está tan sola...

—Tu mamá, sí, ella... ¿está enterrada aquí? —inquirí y tragué saliva, algo nerviosa.

Eris se mantenía en silencio. Era mejor que no hablara pues Archie parecía no notar la completa verdad.

—Sí, aunque a veces me parece que flota en el lago... —murmuró y luego agitó la cabeza—. Da igual. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—Solo tenemos que volver a casa ya. ¿Crees que habría algún escándalo si dejamos todo esto así?

—Deberían echarle la tierra encima al menos —aconsejó él.

—Entonces ayúdanos con eso, ¿sí?

Archie nos ayudó a rellenar lo que habíamos excavado. No hizo demasiadas preguntas, solo se dedicó a hablar de su manga favorito y yo no le refuté en ningún momento para que no se enojara. Parecía estar de muy buen humor, aunque había algo en él extremadamente perturbador, incluso más que en cualquier otro asesino. Había algo en su humor tan voluble que se me antojaba tenebroso y que me advertía ir con cautela al conversar. Incluso hubo algo que me dio a pensar que llevaba un buen tiempo viéndonos excavar la tumba. ¿Acaso nos estaba espiando?

—¿Están seguras de que no quieren que las acompañe a casa? —inquirió cuando finalizamos—. Hay muchos peligros por allí.

—No, no, está bien —respondí, sacudiéndome las manos para quitarme los guantes de látex.

—Entonces te veo luego, Padme, también tengo que regresar —se despidió y luego miró a la pelirroja, como si ya hubiera dejado de ignorarla—. Adiós, Eris, fue un placer. Espero verte pronto. Bienvenida a la manada.

Fue entonces cuando me helé. Él lo sabía. Sabía que Eris conocía su secreto. Ya estábamos más que jodidas.

Capítulo 8: La naturaleza de los novenos

Tan difícil como cavar en el cementerio, fue entrar a la casa de Eris a las cuatro de la mañana y pasar a hurtadillas para que su madre no se diera cuenta de que acabábamos de llegar. Si se enteraba entonces llamaría a mi madre y mis esfuerzos por ganar confianza se irían al carajo. ¿Cómo podíamos explicar una llegada a esa hora sin que sonara a que estábamos metidas en problemas?

Pero lo logramos. Subimos las escaleras —y cabe destacar que aquella casa era mucho más grande que la mía— y entramos en la habitación sanas y salvas. Teníamos la frente empapada en sudor y los nervios de punta.

—Archie lo sabe, maldición —comenté mientras me quitaba los zapatos con rapidez.

Eris se dejó caer en la silla frente a su escritorio, encendió la lamparilla y comenzó a extender el artículo.

—Es muy raro ese tipo... ¿dijo que su madre flotaba en el lago? —comenta ella, ceñuda.

—¿También te dio escalofrío? Suele pasar de un estado de ánimo a otro muy rápido... —confesé, recordando cómo se había enfurecido cuando le pregunté si lo que leía era un comic.

—Son todos muy distintos, quizás inestables... —murmuró, pero con sus dedos alisó el artículo y se inclinó más para examinarlo—. Concentrémonos primero en esto. Veamos qué dice.

—Léelo, porque tengo los ovarios en el cuello y necesito hacer que bajen —resoplé y me senté en la cama para calmarme un poco.

Aguardé mientras ella leía el artículo. Sus ojos se movieron de un lado a otro a media que pasaba las líneas y no me apresuré a hacer suposiciones sino hasta que su expresión cambió. Su rostro se contrajo en un gesto de completo asombro como nunca antes había visto. Me levanté entonces del colchón con el cuerpo tenso por la incertidumbre y continué esperando incluso cuando todo me exigía saber de inmediato de qué se trataba.

Un par de segundos después, Eris descansó en el espaldar de la silla y me ofreció el artículo para que lo viera por mis propios ojos. Lo tomé, pero la pregunta la lancé hacia ella.

—¿Qué es...? —La voz me salió con dificultad, aguda y cargada de afán.

—Otra dimensión —respondió, observándome con perplejidad.

No lo pillé hasta que lo repetí en mi mente, y ni siquiera así me dio una aclaración exacta.

—¿Qué? ¿Otra qué? ¡Explícame! —musité, terriblemente ansiosa.

Eris exhaló, pero eso no hizo desaparecer la conmoción en su pecoso rostro.

—Brown explica que Asfil tiene una fuerte influencia física y astral, es decir, cada noveno día de cada noveno mes, otra dimensión anclada a este pueblo, se abre —comenzó a explicar en un tono de voz bajo y pausado. Me dio la impresión de que también intentaba hacérselo entender a ella misma—. Padme, Damián no pertenece al mismo plano que nosotros. Ninguno de esos asesinos. Zacharias lo asegura, pero su teoría tiene dos vías. Es posible que la fuerza de esta dimensión influya en los nacimientos, pero también es posible que ni siquiera hayan nacido aquí, sino en ese «otro lado», y de alguna manera hayan llegado a nosotros. —Se levantó de la silla con los ojos ya brillando de fascinación—. Esto es... ¿sabes lo que es esto? ¿sabes lo grande que es este descubrimiento?

—Los novenos son de otra dimensión —pronuncié lentamente.

Hubo un revuelo en mi cabeza, pero la explicación no me pareció ni absurda, ni ajena. De hecho, adquirió sentido para mí. La primera vez que entré a la cabaña lo experimenté. Lo supe, pero lo que no supe fue cómo explicarlo. Al pasar la puerta de la cabaña, había sentido algo extraño, ¡había pensado que no era una entrada común! Y no lo era...

—La puerta... —murmuré. Eris buscó respuestas en mi rostro, pero solo podía hallar perplejidad—. ¿Y esa dimensión solo se abre el nueve del nueve? ¿Qué más dice Brown en el artículo?

Contemplé la hoja. El papel tembló entre mis manos. Dimensiones paralelas... Influencias físicas... Teorías de multiversos... Un patrón característico de los novenos... La historia del viejo roble... y un párrafo dedicado a las dudas sin aclarar de Zacharias. La pregunta final decía: «¿es posible llegar a esta otra dimensión como ellos llegaron a la nuestra?».

—¡Es la puerta, Eris! ¡La entrada es la puerta! —exclamé, y las respuestas fluyeron en mi mente como si siempre hubieran estado ahí cubiertas por algo que no las dejaba emerger—. La cabaña, el interior de la cabaña pertenece a la dimensión de Damián.

—O sea que has estado allí, se puede entrar al antojo de los novenos —murmuró ella, pensativa. Su rostro parecía el de los detectives más serios de las películas—. Pero no es posible. A menos que...

—¿A menos que qué? ¡¿Qué?! —solté, alzando la voz. Eris me reprochó con la mirada—. Lo siento, no estoy pensando con claridad. Esto es impactante.

—Pasar de una dimensión a otra no puede ser tan fácil como parece. Sí, has estado allí, pero tiene que haber una consecuencia. —Se acercó al librero que había contra la pared y comenzó a rebuscar entre los libros buscando algún tomo—. Es que, ¿un cuerpo no se vería afectado por el paso? Necesito estudiar más esto.

—Los novenos lo saben —dije de repente, como si Eris no estuviera hablando de algo un poco distinto—. Si no lo supieran, ¿por qué desaparecería el artículo de Brown? ¿por qué Margaret tendría tanto miedo? Pero, ¿Damián también sabe que proviene de otro lugar?

—No sabemos si proviene de allí o si su nacimiento fue influenciado por el portal, ¿entiendes? Pero lo que es obvio es que los novenos protegen esto, y si lo protegen es porque es un secreto igual de poderoso que su existencia. Brown los descubrió, los puso en evidencia, solo que, ¿qué tan importantes podrían ser las teorías de un científico de pueblo? Para que esto se convirtiera en un boom, Zacharias tuvo que haber ido más lejos, presentarlo ante organizaciones importantes, pero al parecer no lo hizo.

—O lo detuvieron antes de que lo hiciera —añadí, y ella asintió con la cabeza—. Es posible entonces, ¿que no todos los novenos sepan por qué nacen así realmente?

—Quizás. —Eris dio unos cuantos pasos hacia mí con un libro de Stephen Hawking en la mano—. Pero de lo que estamos seguras ahora es que Damián definitivamente es distinto. Esta es la explicación que necesitabas. Él pertenece a una generación de humanos más sanguinarios que en este plano son una anomalía, pero que en el otro quizás son lo normal. Está en su naturaleza matar, pero, ¿también está querer?

—Ese no es el punto de...

No pude ni siquiera terminar la frase cuando el vidrio del ventanal de la habitación estalló en pedazos. Los cristales cayeron como lluvia y Eris y yo retrocedimos hasta el fondo ahogando un par de gritos. Miramos el suelo, atónitas, y observamos una roca con un papel atado.

Con el corazón palpitándome intensamente por el miedo, avancé y recogí la piedra. Deshice el nudo y extendí el papel con los dedos temblándome como hojas al viento. Miré entonces lo escrito y todo mi cuerpo se heló:

TE ESTÁ VIGILANDO.

LO SABE.

TEN CUIDADO.

Dejé caer la roca y sentí cada fibra de mi ser volverse débil e incontrolable. Emergió el pánico. Pánico de nuevo. Miedo. Temor. Ansias. Frío, mucho frío. Un nudo en mi garganta. El mundo cayendo sobre mí. No podía. No podía más. Iba a desplomarme cuando los brazos de Eris me rodearon. Me aferré a ella y la abracé, la abracé como si esos fueran los últimos segundos que me quedaran y nos recordé a las tres, a ella, a Alicia y a mí, pequeñas, jugando y haciendo pactos de amistad que, a pesar de ser infantiles, tenían peso hasta en ese instante.

Sentí culpa. Mucha culpa.

—Te van a matar por mi culpa —sollocé, ya en un arrebato de incontrolable llanto—. ¡Van a matar a mis padres, y luego a ti, y luego a Alicia y todo por mi error!

—Padme, no, nadie me hará daño; no me tocarán ni un pelo, estaremos a salvo —respondió ella, apretándome con fuerza—. Y esto no es tu culpa. Nunca lo será.

Caímos sobre la alfombra, abrazadas, temblorosas. Hasta ella que siempre estaba firme, parecía haberse roto aunque fuera un poco. Lo sentí. Lo supe porque la conocía.

—¡Saben que lo sabes! ¡Saben quién soy! ¡¿Cómo esto no puede resultar sino mal? —bramé. Entonces en otro arrebato pero de ira, me limpié las lágrimas con fuerza—. Lo tengo que arreglar. Tengo que salvarte. Estás a tiempo de irte...

—No me iré a ningún lado. —Me observó con el rostro contraído de negación—. Me quedaré aquí y lo resolveremos. No pienso huir. Además, este mensaje no es una amenaza, es una ayuda. Alguien nos está avisando.

—Sí... tienes razón. —Comencé a tranquilizarme—. Y no puede ser de la manada, porque, ¿cuál sería el punto de hacérselo saber de este modo? —Aún sentada en el suelo, contemplé la roca y todos los trozos de vidrio regados sobre la alfombra—. ¿Quién lo sabe? ¿Los superiores? ¿La dirigente?

—O Nicolas —mencionó ella. Volví la cabeza vertiginosamente—. Has dicho que es incluso peor que Damián y Poe. ¿Y si lo que sabe es que no eres del noveno mes? ¿Y si quién te vigila es él?

—La motocicleta, en el cementerio, me pareció que se trataba de él —señalé, dándole vueltas en mi cabeza—. Poe dijo que Nicolas es un sanguinario. ¡Tiene que ser él!

—Podemos averiguarlo, estamos juntas en esto —añadió Eris en un tono firme, colocando las manos sobre mis hombros—. Juntas hasta el final.

—...y no olviden comprar sus boletos para la fiesta de graduación. Ahora, pueden salir.

El profesor terminó de dar la clase y todos dejaron sus pupitres como si hubieran estado amarrados a ellos y apenas los hubieran soltado. Yo parecía un zombi entre los demás. Había intentado descansar esas tres horas que restaban desde que llegamos a casa de Eris, pero no había podido dormir, no imaginando que la ventana estallaría de nuevo, aunque ya no había vidrio que romper.

Luego habíamos tenido que explicarle a su madre que nosotras la habíamos roto jugando a «lánzame todo lo que veas», y ahora ambas teníamos que juntar dinero para pagarla. Y bien, allí estaba en clases después esas tres horas de

angustia, sentada, preguntándome por qué Alicia no había asistido pues compartíamos esa asignatura y en ningún momento había llegado.

Quería verla, pero no estaba.

Tomé la mochila para colgármela y cuando alcé la mirada me encontré ante la alta figura de Cristian. A él lo conocía desde siempre. No era precisamente el chico popular, era, de hecho, un chico conocido únicamente por dar buenas fiestas y por tener todo el aspecto de tipo guapo y presumido que a muchas les gustaba.

Sonrió de forma encantadora y se le entornaron los brillantes ojos verdes.

—Padme, ¿ya estás bien? —me preguntó.

Me acomodé la mochila y asumí que mis supuestos indicios de influenza se habían regado como chismecito.

—Sí, ¿qué hay, Cristian? —le saludé con afabilidad.

Nunca me había llevado mal con él y tampoco me desagradaba, así que hasta le dediqué una pequeña sonrisa.

—Todo bien, preparándome para las pruebas. Solicité entrar a una universidad en New York, ¿sabías? Actuación. Estoy entusiasmado y espero respuesta. —Se pasó la mano por el cabello castaño. Eso hacía siempre frente a las chicas—. Oye, ¿irás con alguien a la fiesta de graduación? Porque te quiero invitar.

Fruncí el ceño, extrañada, y luego sonreí por la propuesta. Ni siquiera había pensado en la fiesta de graduación. ¿Acaso podía ir? No estaba segura, porque Damián había dejado claro que no debía juntarme con gente que mantuviera muchas relaciones sociales. Lo mío ahora era andar de bajo perfil. Pero si era sincera, aquello se sintió como una caricia de normalidad, como si realmente no estuviera metida en un gran lío y pudiera preocuparme por ir al baile con un tipo guapo como él.

—¿A mí? Pero, ¿no te gustaba Alicia?

Cristian se rascó la nuca y emitió una risilla nerviosa.

—Sí, pero me dejó claro que no tengo oportunidad. Como sale con un tipo mayor que tiene motocicleta, ya ni viene a clases —respondió, pero luego se encogió de hombros—. ¿Hay algún problema con que me gustara? Porque ya no, y bueno, tú... no lo sé, prefiero a las chicas que no son un alboroto. Y eres muy hermosa. Nos veríamos muy bien en ropa formal, ¿no crees? ¿Qué dices? ¿Me acompañas? Prometo no emborracharme y hacerte pasar la mejor noche de tu vida.

Una extraña risa interrumpió la conversación. Una risa baja, apática y con una nota burlona. Damián estaba allí, apoyado en el escritorio del profesor con los brazos cruzados, mirándonos, escuchándonos. Parecía cansado y observaba a Cristian con un aire vacilante, raro, escalofriante.

—La mejor noche de su vida la tendrá y no será contigo —soltó.

Literal, Cristian quedó tan sorprendido como yo.

—¿Uhm? ¿Ustedes...? —emitió Cristian, alternando la mirada entre ambos—, ¿salen?

—Sí —respondió Damián de manera tajante.

—No —contesté yo al mismo tiempo.

—¿Sí o no? —preguntó Cristian, frunciendo el ceño.

—Que sí —sostuvo Damián en un tono irrefutable.

—¿Sí? —pregunté, estupefacta, pensando que se me iba a caer la cara de tanto asombro.

—Ajá.

—¡No! —exclamé, corrigiéndolo. ¿Acaso estaba haciendo lo que creía que estaba haciendo? ¿Damián? ¿El tipo cara de culo alias «yonosientonadanisiquieraunapicadurademosquito»?

—De acuerdo, estoy confundido justo ahora... —dijo Cristian con una expresión de bobo número uno.

—¡No salimos! —aclaré finalmente. Damián me aniquiló con la mirada, pero eso no me alteró—. Somos amigos, es todo.

—Amigos con derechos —intervino Damián, entonces, alzando el rostro con firmeza.

—¡Tampoco! —rugí.

—¿Qué son, pues? —suspiró Cristian, esperando una respuesta clara.

—El punto es que no está disponible para eso del baile, no hay que dar ninguna otra explicación —replicó Damián. Sus ojos manifestaron disgusto. Ante la animosa y común voz de Cristian, la suya era como una eufonía sombría, pausada, amenazadora.

—Quizás sí lo esté —dije y después de retar a Damián con mi expresión, pasé a mirar solo a Cristian de una forma más tranquila—. Gracias por invitarme, te daré mi respuesta luego, ¿sí?

—Bien, tienes mi número, ¿no? Estoy a un whatsapp... —asintió él, mirando de reojo a Damián con cierta desconfianza.

—Claro, sí, te avisaré.

Cristian avanzó por el aula entre las mesas, pasó justo frente a Damián y salió sin decir más. Quedamos él y yo, mirándonos desde un extremo a otro como hacían dos enemigos de tiro del lejano oeste antes de sacar las armas. Estaba asombrada por su comportamiento, y también algo disgustada, y confundida, claro.

—¿En serio? —le pregunté, cruzando los brazos.

—¿Qué?

—¿Salimos? ¿Amigos con derecho? ¿No estoy disponible para el baile? ¿Me acabas de celar? —escupí sin demostrar lo inquieta que me puso el esperar su respuesta.

Él exhaló y por primera vez admití que era, por mucho, o quizás solo ante mis ojos, el tipo más atractivo que había conocido en mi vida. Parecía la representación más oscura de la humanidad, una sombra con preferencia por las camisas negras y los pantalones del mismo tono. No estaba peinado, su cabello tan negro era libre de tomar la forma que quería, y aunque unas suaves ojeras bajo sus ojos le otorgaban un aire de agotamiento, no lucía mal de ninguna manera.

El flujo de mis pensamientos se truncó cuando él se alejó del escritorio y a paso tranquilo avanzó por el caminillo flanqueado por mesas para estudiantes. Se detuvo pues a pocos centímetros de mí, más cerca de lo que estuvo Cristian y murmuró:

—Qué ruidosa eres siempre... —Su expresión manifestó fastidio—. Acabo de salvarte la vida por segunda vez. Cristian es la presa de alguien. Alguien lo eligió para La Cacería. Si te vieran con él, ¿qué crees que dirían? Que son amigos, novios, cualquier cosa normal, pero, ¿qué crees que dirían si te vieran con él, sabiendo que sales conmigo? Que posiblemente te lo quieres cargar como presa. Eso es mucho mejor, ¿no crees?

—Ah. —La realidad me abofeteó la cara en ese momento. ¿Cómo pensé que él podía...?—. Bueno, no tienes que salvarme cada vez.

—No tendría que hacer muchas cosas, pero las hago. ¿Nos vamos?

Se dio vuelta para dirigirse a la salida, pero le tomé del brazo y lo detuve. Su piel estaba caliente, y eso me causó un escalofrío. Se volvió hacia mí y por un instante pareció desconcertado. Puso la misma expresión que aquella vez cuando Poe me empujó hacia él. La misma mirada de extrañeza.

—No te gusta el contacto físico, ¿cierto? —dije sin soltarlo. Él me sostuvo la mirada. Por un instante creí ver un acceso a su interior. Pareció abierto, hasta que...

—No. —Tiró de su brazo y se soltó de mi agarre.

—¿Por qué? —pregunté rápidamente—. A Poe sí, ¿verdad? Así que no son todos los novenos. Eres tú, no te agrada que se te acerquen, ni que te toquen.

—Los novenos somos todos muy distintos. —Su expresión volvió a ser hermética, inescrutable—. El acercamiento, esas cosas no son lo mío.

Di un paso hacia adelante sin saber realmente qué estaba haciendo. Pero quería saberlo. Ver su reacción. La curiosidad, la duda, eran más grandes.

—¿Te disgusta? ¿Te incomoda? ¿O te desagrada?

—Bueno, ¿este es un maldito interrogatorio o qué? —bufó, frunciendo las espesas cejas.

—Como lo quieras llamar. Estamos saliendo, ¿no? Las personas que salen se acercan, tú lo sabes. —Di otro paso más hasta que se notó la diferencia de altura entre ambos. No era tanta, pero él sí que me superaba en tamaño—. Deberían creer que salimos. Si no lo haces creíble...

—Es un teatro nada más, no te emociones —cortó de raíz.

—¿Has salido con alguien antes? —repliqué, sosteniéndole la mirada. No parecía nada cómodo en esa situación.

—¿Te han tapado la boca con cinta antes? Te verías preciosa en absoluto silencio —susurró. Su rostro se relajó como si hubiera dado en el clavo y añadió—: Muerta también, quién sabe.

Retrocedí los pasos que había dado. Otra bofetada de realidad. ¿A qué estaba jugando? ¿A que Damián, por una simple escena que ni siquiera había sido de celos, de repente podía ser normal? ¿Qué carajos sucedía conmigo?

—¿Qué? ¿De repente no tienes tanta seguridad? —me preguntó, e incluso me dio la impresión de que intentó alzar la comisura derecha para formar una sonrisa socarrona.

—De repente recuerdo que eres un maldito animal.

—Qué bueno que nos conozcamos tan bien. —Se dirigió a la salida del salón y se detuvo cerca de la puerta para decirme—: ¿Vienes o me voy solo?

Avancé y el flujo de mis pensamientos se restauró. Recordé entonces lo dicho por Cristian: «como sale con un tipo mayor que tiene motocicleta, ya ni viene a clases», y eso a su vez me hizo recordar el mensaje atado a la roca que alguien lanzó a la habitación de Eris. ¿Quién lo sabía? ¿Quién me estaba vigilando? ¿Cuántos días Alicia había faltado a clases? Tuve un mal presentimiento. Hasta se me ocurrió que podía ir a su casa para comprobar cómo estaba, o podía llamarla.

La voz de Damián me sacó de mis ideas. Estábamos cruzando la entrada del instituto.

—Creo que ya encontré a tu presa —informó en un tono de voz bajo. El estómago se me revolvió un poco.

—¿Quién es?

—Trabaja en una panadería. Una chica, tiene veinte años y es muy torpe. Será fácil.

—¿Cuando la atraparás? —le pregunté.

—Un día antes de irnos de viaje porque no tengo en donde esconderla. En mi sótano ya están las presas de Tatiana y Archie, y mañana meteré la mía —dijo como si no fuera nada—. Ya me dijeron que ese mismo día, debemos dejar a

todas las presas en la cabaña. Allá se encargarán de transportarlas en camiones blindados. Mucha formalidad, ¿verdad?

Había como cinco panaderías en todo Asfil, así que no tenía ni idea de quién podía ser la chica, aunque claro, por eso no me sentiría menos mal. Estaba olvidando el asunto de La Cacería por pensar en el mensaje del desconocido y en el asunto de la otra dimensión. Y ahora que también recordaba eso, ¿Damián lo sabía? ¿Podía mencionárselo?

—Cuando los novenos entienden por completo quienes son, ¿alguien les explica por qué son así y no como los demás? —mencioné, teniendo cuidado de no decir más de lo debido—. ¿Les dan una charla tipo «de dónde vienen los bebés» o «por qué tienes la menstruación»?

—Nosotros mismos descubrimos quienes somos. Siempre llegamos a otros novenos o terminamos por conocer la cabaña. Tampoco hay mucho que explicar: eres un asesino y tienes que mantenerlo en secreto. No tenemos problema con ello.

Cruzamos la calle y tomamos la ruta por el centro del pueblo. A esa hora el sol estaba alto, intenso, listo para broncear en instantes cualquier delicada piel. Y no había demasiadas personas transitando, no como cuando eran las doce del mediodía y la gente iba de un lado a otro para almorzar o regresar a casa.

—Pero los padres, ¿no intervienen? ¿Qué hay de los tuyos?

Fue como si le hubiera dicho algo terrible. Su rostro se ensombreció por completo y su mirada se mejó a la de un peligroso y hambriento animal.

—Caminemos en silencio —se limitó a decir.

—No sé cómo quieres que sea una buena novena si no me explicas nada —repuse, girando los ojos.

—Ya te expliqué lo que tienes que saber. Nada de lo que preguntas es necesario para que seas una novena, son solo tus ganas de saber cuánta cosa no es de tu incumbencia.

—¡Ah! Discúlpame por tratar de entender por qué es que eres tan gilipollas —bufé—. Es obvio que también está en tu naturaleza.

—Caminemos en silencio —repitió y pareció inhalar como si intentara mantener la calma.

—Pero...

—¡En silencio, Padme! ¡Haz silencio aunque sea un instante! Me aturdes, maldita sea —rugió finalmente. Un par de señoras que pasaban por nuestro lado, nos quedaron viendo, sorprendidas.

—Idiota... —murmuré y desvié la vista hacia los establecimientos que íbamos pasando y dejando atrás.

Tenía toda la intención de comenzar a hablar de nuevo para no darle el gusto de callarme, pero eso dejó de importar cuando quedé paralizada. Una ostentosa motocicleta se detuvo frente al semáforo de la calle. La manejaba uno de los tipos que había visto con Nicolas la noche anterior al estar reunidos a orillas del lago, y detrás, enganchada a su cintura iba nada más ni nada menos que Alicia, sonriendo, con su larga cabellera rubia brillando bajo el sol.

—No... —emití. Parpadeé con fuerza como si hacerlo fuera a transformar la realidad en otra distinta, como si fuera a servir de algo.

El semáforo cambió a verde y la moto arrancó dejándome en el sitio, pasmada, asustada, sin poder creerlo.

—¿La viste?! ¿La viste?! —solté en dirección a Damián quién también se había quedado mirándolos, aunque sin mucho asombro.

—Sí, Padme, tengo ojos.

—¡Está con...! ¡Ella! ¡Y ese tipo! ¡La va a matar! —exclamé frenéticamente. Mi corazón se aceleró. Las manos se me helaron. «TE ESTÁ VIGILANDO. LO SABE. TEN CUIDADO»—. ¡Hay que hacer algo! ¡Hay que hacer algo! ¡Damián, hay que hacer algo! ¡Debo hacer algo! ¡Iré a su casa a advertirle! ¡NO! ¡Primero debo llamar a Eris!

Intenté estúpidamente correr y sacar mi teléfono al mismo tiempo, pero entonces la mano de Damián me asió el brazo y me detuvo. Las cosas parecieron volverse un caos a mi alrededor, aunque todo en realidad estaba completamente tranquilo. Pero ante mis ojos el mundo se había nublado.

—Haces tanto ruido, pero tanto, tanto ruido —me dijo con un tono cargado de tedio—. Tranquilízate. Quédate quieta y respira.

—Respiro... —Inhalé y exhalé—. No pueden matarla, no. Damián, no pueden —pronuncié con voz temblorosa—. Es mi amiga desde la primaria, es como mi hermana. Ella... maldita sea.

Y ahí venían los nervios y las ansias otra vez, pero lo contuve. Di un jalón para zafarme de su agarre y eché la cabeza hacia atrás con la intención de calmarme. Así no se resolvía nada. Me tenía que controlar, sin embargo, sentí rabia por no ser tan fuerte aún. Algo continuaba dándome miedo.

—¿Es su presa? —pregunté entre dientes.

—Debe de serlo. Algunos mantienen una relación con ellas para poder tenerlas a su disposición.

—Tengo que... —intenté decir, pero él me interrumpió.

—Tienes que ir a casa y no hacer nada estúpido. Espera mi mensaje.

—Pero Alicia...

Volvió a interrumpirme y me dedicó una mirada cargada de severidad.

—Sólo espera mi mensaje, Padme —añadió y se fue, dejándome atrás.

Corrí a casa. Al llegar me encerré en mi habitación y le marqué inmediatamente a Eris. Sostuve el teléfono contra mi oreja como si ese pequeño objeto pudiera sostenerme para no caer en un arranque de inquietud.

—¿Hola? —atendió.

—¿En dónde estás? ¿Aún sigues en clases? —le pregunté, tratando de no sonar tan asustada.

—No... yo... Estoy en la antigua casa de Zacharias Brown.

—¿Qué?! —bramé—. ¿Qué carajos haces ahí?!

—¡Busco más información sobre lo que descubrió! Un solo artículo no nos sirve para nada.

—¿Estás ahí sola?! ¿Por qué no me dijiste que te acompañara? ¿Olvidas que nos están vigilando?

—Lo que menos necesitas es alterarte más, así que no quise...

—Lo que necesito es que salgas de ahí y vengas a mi casa de inmediato —le interrumpí. Exhalé y decidí soltarlo—: Alicia está en peligro. La tomaron como presa.

—¿Pero qué mierda...?!

—Sí, acabo de verla con uno de los amigos de Nicolas y Damián dijo que era posible. También me dijo que esperara su mensaje, pero no sé si estás a salvo afuera.

—No te preocupes, estoy armada.

—¿Armada?! —chillé—. ¡Espero que eso sea armada de valor!

—No, tengo un cuchillo. Puedo defenderme. Tranquilízate. Apenas termine aquí, voy para allá, ¿sí?

Y colgó. Y yo caí sentada en la cama. Y el teléfono se me resbaló de las manos. Y solo me mantuve quieta, como si fuera un cuerpo capaz únicamente de respirar. Entonces pensé en Alicia, en cómo habíamos logrado formar una amistad que aún perduraba incluso siendo totalmente distintas y en lo estúpido que había sido ocultarle todo y haberme alejado de ella. Quizás la estaba subestimando; quizás ella era capaz de entender el mundo de Damián como Eris lo hacía. A lo mejor si se lo hubiera advertido, ella se habría alejado de ese tipo.

Me di cuenta de que aun fingiendo ser una novena, las personas a mi alrededor seguían estando en peligro. Mi esfuerzo no era suficiente. Debía comenzar a tomar acciones más drásticas. No bastaba con guardar el secreto, tenía que demostrar ser como ellos, ser una amenaza si se metían con mis seres queridos. Yo podía defender a Alicia. Si fuera una asesina... Pero, ¿era capaz de hundir un cuchillo en el pecho de otra persona?

Sí.

En alguien que intentara dañar a mis amigas o a mis padres.

Sí.

Entonces si salvar a Alicia o a Eris requería de ello, yo también podía tomar un cuchillo, porque ya no importaba la vida que había dejado atrás, no importaba mi vida si alguien que yo amaba moría a causa de mi error, no importaba ni siquiera mi moral.

Ese era mi destino ahora. Era momento de dejar de reprimirlo.

La espera del mensaje de Damián me pareció eterna. Miré el teléfono más de cien veces, casi me quedo sin uñas, me paseé por la habitación contando los pasos, bajé a la cocina, tomé un cuchillo y practiqué cómo sostenerlo de forma amenazante. Recordé a Poe asesinando a aquel muchacho y lo asocié a una conducta normal. Asimilé el tema de la otra dimensión y me pareció incluso fascinante. Pensé en todo, hasta en si decirle a Damián lo que había descubierto de su naturaleza.

Tres horas después recibí el mensaje de Damián, y decía:

VEN A MI CASA. TE ESTAMOS ESPERANDO.

La madre de Damián abrió la puerta después de varios toques. Desde mi perspectiva de vecina, ella era una mujer normal. Según la perspectiva de vecina —y miembro del club de chismorreos del café de los fines de semana— de mi madre, ella era una mujer demasiado simple, callada, sumisa y extraña. Ahora aquellas descripciones tenían sentido. Con un hijo como Damián, a ella no le convenía hacerse notar ni un poco. Pero había algo en esa mujer además de la necesidad de vivir de ese modo por la naturaleza de su hijo, algo en su mirada que inspiraba una aflicción profunda.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté en un gesto de cordialidad. Aún no perdía mis buenos modales.

—Muy bien, Padme, gracias por preguntar —me respondió en un tono muy amable. Damián definitivamente no se parecía a ella—. Todos están arriba, puedes subir.

Asentí y me pregunté quiénes serían todos. Subí las escaleras, avancé por el pasillo y me detuve un instante a ver un cuadro que estaba colgado de la pared. En él reconocí a la madre de Damián, a un Damián pequeño, escueto, pálido y repleto de cabello oscuro, y a un hombre detrás de ambos, quieto, con un rostro severo cuyos ojos semejaban la negrura de los del niño. Era su padre, sin duda alguna, pero yo jamás lo había visto en persona. O no lo recordaba.

Abrí la puerta de la penumbrosa habitación y percibí el olor a sangre seca de inmediato. Encontré entonces al grupo reunido: Poe, Tatiana, Archie y Damián. Proferí un saludo y luego me senté en la cama al lado de Tatiana. Los demás se mantuvieron de pie a excepción de Poe que estaba apoyado sobre el escritorio.

—Poe, dile lo que averiguaste —le dijo Damián. Poe dejó caer los brazos que tenía cruzados.

—Sí, pastelito, tu amiga es la presa de Benjamin, uno de la manada de Nicolas —anunció.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté en un tonto intento por escuchar que no era verdad.

—Luego de que Damián me llamó, fui a la cabaña, hice algunas investigaciones y me enteré de que Benjamin llevará a una rubia despampanante de ojos azules llamada Alicia —explicó con simpleza. Un par de rayos de sol que se colaban por la ventana, morían sobre su cabello dorado.

Inhalé hondo. No iba a descontrolarme, aunque sólo quería correr, buscar a ese tal Benjamin y...

—Pero aún no la atrapa, solo anda con ella —agregó Poe.

—Bueno, entonces vamos a salvarla —dije. Todos se me quedaron viendo de una forma extraña.

—Sobre eso, Padme... —intervino Archie desde la pared de enfrente. Ese día llevaba una camiseta con estampado de héroes de Marvel—. Hay ciertas reglas.

—¿Más reglas? —pregunté rápidamente.

—Aunque parezca poco creíble, sí. No podemos meternos con la presa de alguien más. Eso es una declaración inmediata de guerra para la manada contraria y nos matarían —contestó Archie. Se empujó las gafas.

—Pero no la puedo dejar morir, es mi amiga —solté con un dejo de molestia.

Ellos desviaron la mirada, incluso Damián se quedó contemplando el vacío. Lo entendí. No estaban dispuestos a salvarla. No querían. Todos estaban acostumbrados a hacer lo que Benjamin haría con Alicia. Saber que ella moriría, no les causaba ni la más mínima lástima.

Su completa falta de sensibilidad, me irritó.

—¿Es en serio? —proferí al momento en que me levantaba de la cama. Ninguno respondió—. Está bien. Sé que no les importa en lo absoluto alguien más que no sea ustedes mismos, pero a mí sí, así que haré algo por mi cuenta, no los necesito.

Di algunas zancadas hacia la puerta y coloqué la mano sobre la perilla, pero la voz de Poe me detuvo.

—Pastelito, no somos los buenos.

—Pero tampoco son los malos. —Me volví hacia ellos—. Me aceptaron, aunque no sea como ustedes. Cualquiera en su posición me habría matado, pero no lo hicieron. No lo han hecho.

—Bueno, ganas no han faltado... —murmuró Archie, pero Tatiana le dedicó una mirada de reproche y se retractó—: Lo siento, Padme. No es personal, siempre quiero acabar con todo lo que se mueve. Mi madre decía que...

—Ya va a empezar con la mierda esa de su mamá muerta y el fantasma y las alucinaciones porque es un maldito psicótico, por favor cállenlo —intervino Poe, girando los ojos con hastío.

—¡Mira quién habla, el imbécil enfermo sexual! —le gritó Archie, totalmente irritado.

—¿Me van a ayudar o no?! —bramé por encima de sus voces. Se quedaron en silencio hasta que Poe dijo:

—No podemos, pastelito.

Giré la perilla y abrí la puerta. Contemplé el pasillo. No tenía un plan, pero al menos podía hacer una salida digna y luego pensar en cómo rayos haría para sacar a Alicia de ese rollo, si es que lograba planear algo inteligente junto a Eris.

—Padme —me llamó Damián, como si estuviera ya muy cansado de detenerme—. Sabes que te van a matar un segundo después de que intentes hacer algo, ¿verdad?

—Pues no me importa. —Me giré para encararlo. Ni siquiera se había molestado en observarme—. Es mejor haber intentado y perdido que no haber intentado nada. Y todo esto es mi culpa, debo arreglarlo. No me quedaré a verla morir. No lo merece. No tiene ni idea sobre este repugnante mundo, no puede pagar por algo que ignora.

Me mantuve allí por un momento con la absurda esperanza de que él dijera que sí, que me ayudaría, que había alguna salida, porque yo sola contra un grupo de asesinos sonaba más bien como un acto suicida. Pero no lo hizo, no dijo más nada. Sin embargo, antes de irme, fue una voz femenina la que emitió aquello que deseaba oír.

—Yo te ayudaré —dijo Tatiana.

—Sabes que puede causarnos muchos problemas —le dijo Archie, pero ella no pareció preocupada por eso.

—No si las cosas se hacen con cuidado. Quiero hacerlo. En realidad, podemos hacerlo.

—La última vez que le quitaron una presa a alguien, se armó una guerra de manadas que terminó con la intervención de los dirigentes —contó Archie, como intentando hacer que su novia cambiara de opinión—. Sin olvidar que muchos de ambas manadas murieron.

Ella bajó la mirada, pensándolo. Un silencio muy extraño se extendió en la habitación. Damián aún seguía de espaldas y yo estaba con la puerta abierta a medio salir. Poe miraba el suelo con una expresión poco propia de él: seriedad.

Así que la situación no era cualquier cosa, era complicada. Comprendí entonces que salvar a Alicia era mucho más que peligroso, que no lo era solo para mí, pero eso no disminuyó mis ganas de hacerlo.

—Matar no es un problema para ustedes —comenté. Archie negó con la cabeza.

—Matar no, pero que nos maten sí —aclaró—. La manada de Nicolas es más grande de lo que podrías creer. Hasta sus padres son del noveno mes. ¿Comprendes? —Nos señaló a todos—: Nuestra manada solo es... esto.

—Pero si lo planeamos bien, podríamos lograrlo sin que se arme un gran lío —propuso Tatiana—. La idea es que nadie se entere. Sabemos ser cuidadosos, por algo la policía nunca se ha enterado de lo que hacemos. O, mejor dicho, por algo la policía nunca ha atrapado a Poe. Cuando lo cojan, sabremos que no hay opción para nosotros.

—¿Qué insinúas? —soltó Poe, frunciendo el ceño.

—Sabes que haces cosas más que perversas, no te hagas el santo —replicó Tatiana, retándolo con la mirada. Pero Poe solo sonrió de forma maliciosa y dijo:

—Bueno, no me arrepiento de nada.

—¿Qué propones entonces? —intervino Archie en dirección a Tatiana.

—¿De verdad estás dispuesta a salvar a tu amiga? —preguntó Damián, de repente. La atmosfera se tornó muy pesada. Aquella era una pregunta demasiado seria.

—Sí —afirmé sin pensarlo.

—¿Eso significa que harías cualquier cosa?

—Por ella, por Eris y por mi familia.

—Bien, entonces no es necesario elaborar un plan muy grande. Es simple, si no hay cazador que atrape a la presa, la presa es libre, así que hay que hacer desaparecer a Benjamin —explicó él desde su lugar, de espaldas, de brazos cruzados, mirando a través de la ventana. Un segundo después se dio vuelta y me miró. En sus ojos había disgusto—. Y lo vas a matar tú.

Entonces, la risilla de Poe fue lo único que resonó en la habitación.

Capítulo 9: Un plan potencialmente peligroso

Eris apareció justo después de que salí de la casa de Damián. Llegó con una carpeta llena de papeles y los extendió todos sobre el escritorio de mi habitación. Estaba ansiosa porque había logrado entrar a la antigua casa de Brown al conseguir la dirección con uno de los ancianos de la casa hogar, y porque había podido sacar cosas importantes.

—Zacharias estaba sumamente interesado en los novenos como nueva especie. Los estudió durante años hasta que publicó su primer artículo. Cuando entré a su casa pensé que no encontraría nada, pero había un acceso oculto en un librero. Esto es lo que pude encontrar, aunque estoy segura de que no es todo lo que descubrió y que el resto de los informes los hicieron desaparecer —explicó, señalándome los papeles que no eran más que anotaciones y redacciones firmadas por Brown.

—¿Cómo pudiste ir sola? ¿Olvidas que nos están vigilando? —le reproché. Ella giró los ojos.

—A ti te están vigilando. Si estoy contigo entonces a mí también, pero si hago las cosas por separado no. Es incluso más seguro, ¿entiendes?

—Tiene sentido —murmuré y exhalé con algo de frustración—. Lo siento, no estoy pensando con mucha claridad. Dime, ¿qué descubriste esta vez? ¿Hay alguna posibilidad de salir de esto?

Eris bajó la mirada y su expresión, aunque no me indicó nada concreto, sí me dio un mal presentimiento. Revolvió los papeles y señaló uno.

—Primero lee esto: las características de los novenos.

Tomé la hoja y le eché un vistazo:

«Novenos» es quizás la única palabra adecuada para referirse a ellos. La alineación de la fecha (9/9) ha sido venerada desde los desconocidos orígenes de la especie. Su cumpleaños no es tan solo un día, representa un ritual completo en el que se reúnen para asesinar en conjunto como si fuera una celebración y/o costumbre sumamente importante, la cual sin duda alguna protegen a toda cosa. Pero no es tan solo el fanatismo propio una de las peculiaridades de los novenos. He llegado a descubrir y sostener que cada noveno es absolutamente diferente y posee lo que acabo de denominar «característica predominante». La característica predominante es alguna habilidad, capacidad o sentimiento que sobresale en el individuo (novenos) y lidera y dirige su conducta. En ejemplo, un noveno que se inclina más por asesinar, tiene como característica predominante el deseo de la sangre, convirtiéndolo en una gran necesidad y en lo que, claramente, más lo satisface. De modo que con el hambre de muerte motivando al noveno, cualquier otro

sentimiento o habilidad pasa a segundo o tercer plano, o, en algunos casos, se suprime totalmente: empatía, sociabilidad o culpa. El individuo (novenos) entonces padece una extraña Alexitimia por la decadencia de emociones, pero también presenta síntomas muy parecidos a los del Síndrome de Asperger, en donde, en vez de omitirlas, simplemente no las reconoce. Episodios de ira y estados de ánimo muy volubles también son capaces de originarse si el novenos no sacia su característica predominante que, como algún animalillo al que hay que sustentar, está preparado para quejarse cuando no lo alimentan. Sin embargo, este es tan solo uno de los tantos ejemplos que puedo presentar. Así como existen novenos sedientos de víctimas, hay novenos motivados por la inestabilidad (véase informe sobre las enfermedades mentales más comunes en esta especie); por los siete pecados capitales: soberbia, lujuria, avaricia, gula, vanidad, pereza y envidia; y por muchísimas otras razones. De cualquier manera, con características predominantes distintas, hay una sola cosa que todos comparten: las intensas ganas de asesinar.

—¿Este tipo estudiaba a Damián? Porque lo acaba de describir completamente —dije, un tanto asombrada. Eris ahogó la risa en la nariz.

—Sigo pensando que, si le pones algo de empeño, él puede comenzar a desarrollar algo por ti. ¿Ves lo de la característica? Has hablado de Poe y estoy segura de que a él lo motiva la lujuria por sobre todas las cosas. Esa es su característica predominante, pero, ¿y la de Damián?

—Asesinar. Lo hace con animales y siempre me parece que está imaginando solo eso.

—Entonces, por esa razón los otros sentimientos no fluyen en él. A menos que los empujes, claro. —Dudé ante lo dicho, así que ella buscó otra hoja entre todas las que había traído—. También hallé algo más. Algo mucho más importante. Léelo.

Relacionado a la dimensión originaria de los novenos, su acceso sigue siendo desconocido para mí. Sin embargo, he desarrollado ciertas ideas y he planteado distintas teorías. He dividido ambos mundos y los he etiquetado como Dimensión Alterna (la de ellos) y Dimensión Principal (la nuestra). Si los novenos están aquí es porque hay una forma de entrar y salir de la Dimensión Alterna; pero el estudio y seguimiento a uno de estos individuos no me da a pensar que tenga los mismos conocimientos que yo, es decir, estoy inclinado a suponer que hay novenos que no tienen la más absoluta idea de que su naturaleza es influenciada por una dimensión distinta. Entonces, es posible que no sepan diferenciarlas o que estén en una y en la otra pensando que se encuentran solo en una. Su ignorancia hacia esto es una pista fundamental, pues luego de comprobar que debe haber un líder entre ellos, mis cuestionamientos

son los siguientes: ¿son los líderes quienes ocultan la existencia de la Dimensión Alterna? ¿Es un secreto tan importante como para apartarlo de los mismos novenos? ¿Por qué? ¿Qué ocurriría si todos ellos lo supieran?

—Y esto significa que...

—¡Que tenemos poder! Saber sobre esta dimensión nos pone en peligro solo porque podemos revelarla. Mira... —Tiró de mi brazo para que nos sentáramos en la cama, inhaló hondo y entonces me miró fijamente a los ojos, muy seria—. Tengo tres opciones para ti, Padme, y no creo que tengas más que hacer que elegir una. La primera es usar todo esto para delatar a los novenos de una vez por todas y ponerlos en evidencia, así podrías pedir protección porque estoy segura de que no ignorarían este descubrimiento. La segunda es usar lo que sabes para chantajear a la dirigente y pedirle que te exoneren de vivir así, aunque eso sería tan arriesgado que podría salir mal. Y la última es aceptarlo, finalmente convertirte en una novena y reconocer que para convivir con Damián necesitas hacer un gran esfuerzo por demostrarle que puede abrirse a ti. Yo... lo he estado pensando demasiado. He pasado las noches investigando y las únicas opciones además de la muerte son estas, pero confío en que eres más inteligente que decidir acabar con tu vida solo por esto. Tú tienes que seguir viviendo, y sea cual sea la decisión que tomes, yo estaré allí a tu lado para tomarla también.

—¿Qué? ¿Tomarla también? —inquirí.

—Sí, ya he decidido que, si optas por adaptarte a ese estilo de vida, también seré una novena. Si optas por delatarlos, te acompañaré a decir la verdad. Si eliges chantajear, con gusto elaboraré un plan junto a ti, aunque nos quiten la cabeza. En conclusión, no te abandonaré.

—Esta no es la vida que quiero para ti —solté, levantándome de la cama. Algo se removió en mi interior. ¿La culpa de nuevo?

—No, pero tú no puedes decidir lo que yo hago con mi vida, ¿cierto? —replicó en un tono tranquilo—. Así que, si quiero apoyarte en todo, puedo hacerlo.

—Pero...

—Padme, ya tienes que dejar de preocuparte por mí y comenzar a pensar en lo que sucederá a la larga —me interrumpió. Sonaba bastante decidida—. Estabas inquieta porque tenías la esperanza de hallar una salida, pero estas son las salidas que hay, nada más. Delatarlos, chantajear o aceptarlo. Debes decidir qué hacer.

—La única decisión que puedo tomar por ahora es la de salvar a Alicia. —Di unos cuantos pasos por la habitación repasando el plan en mi mente—. Tatiana y yo hemos planeado algo. Nos desharemos de Benjamin.

—¿En serio? ¿Qué tan arriesgado es eso? —Se inclinó hacia adelante, curiosa.

—No lo sé, pero si no puedo ponerte a salvo a ti, al menos la pondré a ella. Si no podemos decirle la verdad, hay que ayudarla sin que lo sepa. Luego... luego decidiré qué hacer conmigo.

—Me parece justo, Alicia no tiene idea de nada, ni siquiera de con quién se está metiendo.

—Ni en dónde puede terminar.

Me eché un último vistazo al espejo. Esos pantalones de cuero negro y el top de rayas que me había conseguido Eris, no me quedaban nada mal. No tenía la figura más curvilínea y perfecta, pero debía admitir que lucía bien.

Exhalé con fuerza y me revolví un poco el cabello para desordenarlo mientras repetía el plan en mi mente: iríamos a la cabaña, buscaría a Nicolas, aceptaría su invitación a cazar en el bosque, me acercaría a Benjamin, lo invitaría a salir al día siguiente y lo mataría.

Según Tatiana, la idea era ejecutar el plan con mucho cuidado para que nadie sospechara nada; pero todo aquello me tenía realmente nerviosa. Damián me había dejado claro que yo debía cargarme a Benjamin, y recordaba perfectamente sus palabras luego de que le preguntara por qué:

«—Debes hacerlo tú porque ninguno de nosotros tiene un motivo para asesinarlo. No nos interesa salvar a Alicia, pero a ti sí, ¿no? Bueno, no podemos matar a alguien de otra manada sin una razón, eso podría traernos problemas más serios.»

Y lo entendía. Era yo quien quería hacer esto, y aunque pensar en matar me revolvió un poco el estómago, no rechacé el hacerlo. Además, quería probarme a mí misma. Si lograba matar a Benjamin, entonces podía ser una novena, porque entre todas las opciones que me presentó Eris, esa parecía ser la que no traería tan malas consecuencias para las personas que me rodeaban.

Es decir, ¿chantajear a la dirigente? Le bastaría un movimiento de la mano para hacer que los novenos me cayeran encima y me despellejaran con gusto.

Y, ¿delatarlos? ¿Delatar a Damián? Era más sensato, más lógico, pero una parte mí se negaba a hacerlo. El asunto de la Dimensión Alterna tenía mucho peso en eso, ya que, ¿por qué tenía que pagar Damián por los crímenes que seguro había cometido bajo la presión de su propia naturaleza? Ya empezaba a entenderlo. Era posible que incluso yendo contra su característica predominante o queriendo ser distinto, él no pudiera serlo jamás.

Cuando salí de casa encontré a Damián y a Poe en la acera de enfrente, esperándome. Parecían el sol y la luna. Ambos lucían muy diferentes. Poe mostraba con orgullo y naturalidad los colores en su costosa ropa mientras que Damián apelaba al estilo más sobrio con prendas que eran negras y comunes.

Eran la viva representación de cuan disímiles podían ser las personas más cercanas, y de cuan unidas podían ser por esa misma razón.

Al verme, Poe ensanchó su intachable sonrisa y los ojos le destellaron de malicia.

—No mentiré, tengo una erección —soltó entre risas que se me antojaron perversas.

—¿Me veo como para engatusar a un asesino? —pregunté, extendiendo los brazos.

—Te ves como para engatusarlo, atraerlo, provocarlo... —comenzó a decir Poe, mirándome de arriba abajo, pero Damián le interrumpió.

—¿Repasaste el plan? —inquirió. Su rostro ni siquiera demostró agrado por mi cambio.

—Claro —afirmé en tono seco—. Acepto la propuesta de ir a cazar, salgo con ellos al bosque y en cuanto nadie me oiga, le pido a Benjamin salir.

—Y coqueteas con él —añadió Poe en un tono suave, como si lo disfrutara—. Pastelito, ya quiero verte en acción.

—Pero, ¿qué tipo de cacería hacen ellos? ¿Y si quieren cazar humanos? —pregunté. Damián resopló con fastidio.

—Pues los cazas y ya. Vámonos.

Tomamos la vía al bosque. Durante el camino, solo escuchamos los lujuriosos y desinhibidos comentarios de Poe. No dije mucho al respecto porque a medida que nos acercábamos, iba poniéndome más nerviosa, haciéndome preguntas como: ¿y si todo salía mal?, ¿y si descubrían que no era una asesina como ellos?, ¿y si sospechaban que no había nacido el noveno día del noveno mes?

Intenté alejar los nervios.

Atravesamos la entrada de la cabaña y el mundo alterno de los asesinos nos recibió. El bullicio se alzó por encima de nosotros. Todo pasó a ser distinción con toques modernos entre un ambiente que hubiera sido acogedor de no ser por la cantidad de gente presente. Tatiana entonces llegó hasta donde estábamos y en un tono confidencial pasó el dato:

—Nicolas está en el bar, arriba, sección VIP.

Asentí y allí nos separamos. Damián y Poe se desviaron hacia la sección que siempre tenían reservada y yo me abrí paso entre la gente rumbo al bar.

Al perder su compañía, el plan se tornó potencialmente peligroso. Era el momento de dar inicio. Ya todo dependía de mí. Era mi momento de actuar como una verdadera novena. Debía verlo fácil, como si fuera a conversar con cualquier chico en el instituto, nada que no supiera hacer. Nunca había sido una muchacha tímida, sabía relacionarme muy bien con los demás. Sabía incluso

coquetear a pesar de que solamente había tenido un novio en mi vida que por mucho me había durado tres meses.

Llegué al bar y la música retumbó en mis oídos. Esa noche, los colores habían cambiado. Ahora era una combinación de rosa púrpura que le daba al lugar un ambiente muy fresco y llamativo. Y las mujeres vestidas de forma envidiable con largos cabellos brillantes se paseaban por cada sitio, reuniéndose con personas que se me antojaban intimidantes.

Subí las escaleras en forma de caracol con peldaños que reflejaban los pasos y me detuve cuando un hombre corpulento me preguntó mi nombre. Debía ser alguna clase de vigilante.

—Padme Gray —respondí—. No estoy en la lista. Necesito hablar con Nicolas. Lo señalé porque desde mi posición podía verlo. El vigilante echó un vistazo, me pidió que esperara y fue a avisarle. Nicolas entonces reparó en mi presencia cuando el vigilante se inclinó para decirle y alzó la mano para indicarme que me acercara.

Lo hice. El vigilante me pasó por al lado y llegué hasta la exclusiva mesa que como si estuviera encajada a un balcón, permitía ver todo desde la pista de baile hasta la barra en donde los impresionantes andróginos atendían. Había un largo sofá negro en donde Nicolas estaba sentado; a su lado se hallaba un tipo de cabello violeta y piel anguila, y al otro extremo descansaba Benjamin, el objetivo. Los tres tenían copas en las manos.

—¡Padme! —exclamó Nicolas.

Ignoré el hecho de que todavía recordaba haberlo visto matar, lo imaginé como cualquier tipo normal, y eso exactamente pareció cuando se hizo a un lado para invitarme a tomar asiento en el gran sofá.

—Dijiste que tenían lugar para uno más y bueno, aquí estoy —dije mientras me sentaba junto a él.

Si lo miraba con detenimiento, no lucía tan intimidante. El cabello peinado hacia atrás y la pulcritud de todo su estilo, hasta le daban un aire atractivo.

—Pensé que no aceptarías —comentó y se llevó la copa a la boca para tomar un sorbo—, como perteneces a la manada de Damián y ellos son algo... reservados, no imaginé que aparecerías.

—Son muy relajados, en realidad. —Recargué la espalda en el sofá y obligué a mi cuerpo a relajarse.

—Ah, disculpa, qué poco caballeroso, ¿quieres una copa de Ambrosía? —me preguntó.

Él señaló la botella que reposaba sobre la mesa de enfrente junto a algunos platos de quesos y frutas. Era la versión en botella de la majestuosa copa de ambrosía. Tenía un hilo que parecía de diamante y si el líquido en su interior

era el mismo que yo había probado, entonces ellos tenían mucho más dinero que el mismísimo Poe Verne.

—Por supuesto —acepté.

Al menos eso aflojaría los nervios que se habían adherido a mí como sanguijuelas para succionarme el valor. Y ya llevaba un par de días con las ganas de tomarla, así que incluso demostré mi entusiasmo.

—Cuéntame, ¿cómo es que pasamos por alto tu presencia antes? —me preguntó Benjamin mientras Nicolas servía la Ambrosía en una copa de cristal común.

Por primera vez lo estudié. Era el prototipo de hombre para Alicia: fornido, de cabello puramente castaño, facciones talladas a su favor, aire rebelde y mirada maliciosa. Un gran prospecto para ella y alguien demasiado común para mí. Lo único que hice relevante en él, fue que me superaba en tamaño. ¿Cómo iba a enfrentarme a esa monstruosidad de hombre? Yo, Padme, flacucha de nacimiento, torpe de vocación y cobarde de profesión, ¿realmente podía matarlo?

—Bueno, no les voy a mentir —solté de forma animosa como si les tuviera mucha confianza, como si fueran mis amigos más cercanos—. Hice un cambio radical. Era la típica chica invisible, ¿saben? Pero una mañana me desperté y dije: no más, quiero verme diferente. Y aquí estoy.

Los tres rieron cómodamente. Nicolas me ofreció la copa y tuve que aguantarme para no bebérmela de un trago.

—Te resultó bien —dijo el moreno de cabello violeta—. Luces increíble.

—Creo que algunas mujeres de por aquí también deberían despertarse con esa idea —agregó Nicolas con diversión—. ¿Y ya tienes presa para La Cacería?

Magnífica pregunta. Eso me daba pie para hablar de lo que realmente me interesaba. Tomé un trago de la ambrosía y bajó por mi garganta como una caricia de los dioses.

—No, aún no, pero ya tengo en la mira a una muchacha muy torpe de la panadería —me atreví a decir, recordando el objetivo de Damián para mí—. ¿Y ustedes? ¿Debo esperar algo grande?

Volvieron a reír. Sentí que encajaba a la perfección y que el ambiente estaba en su punto, como cuando se conversaba con buenos amigos.

—No quiero alardear, pero tengo a unas gemelas —confesó el tipo del cabello violeta entre risas. Nicolas se inclinó hacia adelante y le palmeó la espalda.

—Este año darás de qué hablar —le dijo y luego volvió a su posición para dirigirse a mí—. Aún no diré nada sobre la mía, pero es especial. Tengo pensado atraparla pronto. No hay que apresurarse.

Asentí y volví la cabeza hacia Benjamin. Me aseguré de poner la mirada más insinuante que tenía y con una voz ligeramente sugerente le pregunté:

—¿Y tú, Ben? ¿Ya tienes a alguien?

Se me quedó mirando con una sonrisa en los labios. ¡Bingo! Había captado mi coqueteo. No estaba tan oxidada, de hecho, no lo hacía mal. No tenía los encantos de Alicia y no conocía los trucos, pero podía captar la atención de un hombre. Sí, bueno, de alguno que no fuera el imbécil de Damián al que no le atraía algo que no estuviera a punto de morir desangrado.

—Sí, la tengo, es prácticamente una Barbie. Me he divertido con ella más de lo que esperaba, aunque es demasiado tonta y vacía —contestó Benjamin con un toque de tedio.

—Ah, el sexo pre-cacería —comentó Nicolas con cierta fascinación—. Una delicia.

Sentí una punzada de molestia por las palabras de Benjamin, pero no lo demostré. Debía ser cuidadosa para no echarlo todo a perder, porque si lo arruinaba no solo iban a matarme, sino que Damián se les uniría para hacerme picadillo por ser tan tonta.

—¿Debemos esperar algo grande tu manada, Padme? —me preguntó Nicolas. Tomé otro trago y comencé a sentirme mucho mejor.

—Es posible —respondí—. Poe es muy creativo y creo que Damián también.

—¿Crees? ¿No lo conoces lo suficiente? Me ha dado la impresión de que hay algo entre ustedes, pero como Poe ha dicho que salía contigo... —mencionó Nicolas. Traté de no poner una cara extraña.

Piensa rápido. Piensa rápido.

—Es que somos flexibles, es decir... —Carraspeé la garganta y pasé la inquietud con otro trago—. No somos egoístas entre nosotros, ¿entiendes?

—Ah, por supuesto —asintió él y sonrió con complicidad—. Lo entiendo perfectamente.

—Bueno, ¿y para cuando es esa caza que me propusiste? —le pregunté con intención de alejar aquel tema. Él curvó la boca hacia abajo y miró a sus amigos.

—No sé, ¿qué dicen si nos entretenemos justo ahora?

Los demás asintieron. Dejaron sus copas a un lado y antes de dejar la mía me bebí la ambrosía de un tirón. Me ardió la garganta, pero fue como un baño vigorizante. De repente quise hablar más. De repente me entusiasmó la idea de acabar con Benjamin tan solo por expresarse de mi mejor amiga de esa manera. Ellos se levantaron e hice lo mismo. Eché un vistazo al entorno por si cachaba a Damián o a Poe mirándome, pero no los vi por ningún lado. Exhalé silenciosamente y seguí a los tres tipos. Todo iba bien. Debía seguir actuando así y las cosas saldrían a la perfección.

Salimos de la cabaña a la frescura de la noche. La luna seguía viéndose alta y llena y la brisa nocturna movía las ramas de los arboles de manera armoniosa. Nicolas y su manada encendieron las linternas de sus celulares y se detuvieron cerca de un árbol para formar un círculo al que me uní.

—Nada de animales pequeños, ¿de acuerdo? —indicó Nicolas, mirándonos a cada uno—. Hay algunos venados por ahí y creo que hasta hay un ciervo. Quien lo cace primero, se lleva el premio.

—¿Y cuál es el premio? —me atreví a preguntar.

—La carne, ¿qué más? —respondió con simpleza— Bien, nos reunimos aquí en una hora. Andando.

Nicolas y el del cabello violeta —cuyo nombre no me interesaba saber— se alejaron. Benjamin también se viró para tomar su rumbo, pero antes de desaparecer le tomé del brazo. Se volvió entonces hacia mí y puse mi mejor cara de flirteo. No supe si se vio bien, pero era todo lo que podía dar.

—¿Puedo ir contigo? Olvidé mi cuchillo —murmuré. Su expresión se suavizó y apareció una sonrisa ladina.

—Claro que sí.

Me permitió seguirlo, así que nos adentramos en el bosque. No pretendía cazar nada, el coqueteo tenía que servir para librarme de eso, así que por primera vez en mi vida vi útil uno de los absurdos consejos de Alicia: «manipúlalos con tus encantos».

Benjamin avanzó con tranquilidad sin dejar de mirar a todos lados. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pero encendí la linterna de mi celular para reconocer el camino entre la penumbra. Era un poco complicado, pero Nicolas parecía tener buena visión de todo incluso de los lugares hacia donde no apuntaba la luz de su linterna. ¿Acaso ellos tenían una mejor visión? Si se trataba de una versión más desarrollada de los humanos, era posible.

A Brown le habría gustado anotar eso.

—¿Qué te gusta más? —pregunté para crear conversación—. ¿Venados o ciervos?

—Humanos —respondió Benjamin como si fuera muy obvio y volteó a verme. Reconocí la picardía en su rostro—. ¿Y a ti?

—Humanos, claro, pero ahora un venado estaría bien.

—No. Siempre voy por lo grande. Buscaremos al ciervo.

El tipo empuñó su cuchillo y yo pisé una ramita. Los efectos de la ambrosía estaban activándose en mí. Una corriente de adrenalina comenzaba a recorrerme el cuerpo y hacía mucho más fácil llevar aquella situación.

—¿Sales con alguien? —le pregunté sin muchos rodeos.

—No, justo ahora no —contestó aun avanzando—. Con mi presa no hay nada serio.

—Perfecto, entonces, ¿qué tal si hacemos algo mañana tú y yo?

Después de eso, se detuvo. Se giró sobre sus pies y me contempló de arriba abajo. Hacía mucho tiempo que un chico no me miraba de esa manera —sin contar al sucio de Poe— y me sorprendí a mí misma al aceptar que aquello no me produjo absolutamente nada. Lo normal era sentirse bonita por ello, incluso deseada, pero no experimenté ni un mínimo gusto por tener toda su atención.

—¿Algo como qué? —inquirió con suavidad. Se acercó a mí con un instinto seductor. Me mordí el labio inferior para añadirle más supuesto encanto al coqueteo. Me sentí ridícula, pero qué más daba.

—Tomar algo, no sé, ¿qué sueles hacer con la gente a la que no matas? —bromeé y lo escuché reír.

—Suena interesante, sí, ¿por qué no? Aunque pensé que ibas por Nicolas.

Cuando estuvo a pocos centímetros de mí, sentí un nerviosismo extraño. No del bueno, no como cuando la persona que te gustaba invadía el espacio personal que sin duda le compartirías, sino uno que a gritos indicaba que algo no encajaba.

—Prefiero los peces más gordos —le dije en un esfuerzo por hacerlo sentir halagado.

Se acercó más y yo retrocedí. Amplié mi sonrisa como intentando que eso lo embelesara, pero no funcionó porque más rápido de lo que pensé me empujó contra un árbol y ahí me acorraló. Sentí su enorme cuerpo contra mí y luego algo peor: la punta del cuchillo hacia mi abdomen. Intenté apartarme, pero me presionó en dirección al tronco.

—Si te gusta jugar de este modo, me lo hubieras advertido —dije en tono de broma, pero su rostro no manifestó diversión, sino seriedad.

—Me encanta jugar, por eso te he seguido el jueguito desde que te acercaste a la mesa —pronunció muy cerca de mi cara—. Llevo cuatro meses vigilando a Alicia, ¿sabes qué significa eso?

¡Maldición!

—Te he visto con ella lo suficiente como para saber quién eres —añadió él. Sentí la punta del cuchillo presionarme un poco más—. Y también te vi en el cementerio buscando lo que no se te ha perdido. Dime, ¿qué haces en este mundo?

—No sé de qué hablas —fue lo que pude decir con la firmeza suficiente para que sonara creíble.

—¿No sabes? ¿Estás segura? Porque yo te he visto Padme, con esos vestidos tan cortos y esa sonrisa inocente —susurró de forma amenazante y divertida al

mismo tiempo—. No eres como nosotros, eres normal. Entonces, ¿quién te metió aquí? ¿Poe o Damián? Me encantaría ver la cara que ponen cuando estén a punto de cortarles la cabeza por eso.

Aprovechó que su cuerpo aprisionaba el mío para acariciarme la cintura con la mano que no sostenía el cuchillo. Le di un manotazo en el pecho y forcejeé para zafarme, pero me atrapó por ser más fuerte.

—¡Suéltame, maldito asqueroso! —exclamé, furiosa.

Otro efecto de la ambrosía estalló dentro de mí: ira.

—¿No querías invitarme a salir? Me coqueteaste, ¿no querías esto? —soltó y emitió unas cuantas risas burlonas y pérfidas—. ¿O era toda una farsa como esto que quieres ser ahora? Aquí no aceptan gente normal, ¿sabes? Me voy a divertir un rato contigo antes de delatarte.

Alzó el cuchillo y acarició mi barbilla con la punta. Incliné la cabeza hacia atrás y mi cuello quedó al descubierto. Sentí el frío de la hoja contra mi piel. Intenté con cuidado elevar la mano, hacer algo para defenderme, pero lo notó y reaccionó de forma amenazante.

—Te mueves un centímetro más y te clavo esto en la boca —susurró.

Movió el cuchillo hacia mi pecho, inclinó la cabeza y comenzó a besarme el cuello. Me sentí totalmente asqueada cuando sus labios y la punta de su lengua rozaron mi piel. Miré por encima de él y solo vi oscuridad. Nada. No había nada ni nadie. Estaba atrapada.

¡Reacciona!

Le propiné un rodillazo en la entrepierna en un violento impulso por alejar su grotesco cuerpo de mí. Benjamin emitió un quejido de dolor y yo no perdí más tiempo y eché a correr. Deseé tener un cuchillo en ese momento. Estaba tan decidida que sin pensarlo podía acabar con él, pero la realidad era otra. Me encontraba vulnerable, sin nada con lo que defenderme.

Benjamin se abalanzó sobre mí. Aquel tipejo hecho de músculos me redujo en un santiamén. Luché con mis manos, pero él pasó a colocarse a horcajadas. Vi el filo de la hoja de nuevo. Me removí e incluso lo arañé tan fuerte que le sangró la mejilla por los tajos que se quedaron atascados en mis uñas. Él respondió a eso con una bofetada que se sintió como si una piedra impactara contra mi cara, pero a pesar del golpe no paré de poner resistencia.

—¡Quédate quieta, joder! ¡Quédate quieta como la maldita presa que eres! —me gritó y, justo después de eso, con el cuchillo rasgó el top que llevaba puesto. El sujetador quedó al descubierto y comencé a sentir el pánico mezclado con la ira.

Pataleé más fuerte. Utilicé mis uñas contra su rostro nuevamente. Le solté un manotazo en el brazo y el cuchillo se le cayó entre la hierba. Me dio otra

bofetada y sentí el sabor de la sangre discurrir por mi boca. Benjamin atrapó mis muñecas e inmovilizó mis manos y cuando pensé que iba a pasar lo peor, una patada lo lanzó a un lado. Me incorporé con rapidez y vi a Damián lanzarse contra él.

Entonces, todo pasó muy rápido:

Benjamin trató de defenderse, pero Damián le pateó el estómago, se colocó sobre él y le golpeó el rostro con una fuerza casi sobrehumana. El tipo fornido lo empujó para apartarlo, y aunque eso funcionó por un instante, Poe apareció de entre la oscuridad sosteniendo una larga tubería vieja y oxidada y tras tomar impulso le pegó en la parte trasera de la cabeza.

Benjamin cayó tendido en el suelo y justo en ese momento Damián dio el golpe de gracia. Saltó, le enterró un cuchillo en el pecho y aunque no había manera de que sobreviviera a eso, ante mis ojos no fue suficiente. Me levanté del suelo con una furia tórrida quemándome las venas, tomé una enorme piedra e intenté abalanzarme sobre el cuerpo de Benjamin para golpearlo con toda la fuerza que pudiera descargar.

Pero entonces Poe me sostuvo y me lo impidió.

—¡Quieta, fiera! —exclamó mientras luchaba contra mi forcejeo—. ¡Ya está, ya quedó muerto!

Muerto. Me detuve para comprobarlo con mis propios ojos. Estaba muerto. Ya. Ellos lo habían hecho. Me quedé quieta y el silencio volvió a reinar. Los insectos silbaron como si aplaudieran la victoria.

Archie y Tatiana se hicieron visibles en un segundo, empujando una carreta. Poe me soltó cuando me notó menos agitada. Tatiana rápidamente se acercó a mí y vi en su rostro una genuina preocupación, una que ningún otro rostro manifestaba.

—¿Estás bien? —me preguntó ella, examinándome.

—Sí, lo estoy —solté con torpeza. El cuerpo me temblaba. Las manos todavía me tiritaban de rabia.

—Ese hijo de puta... —bramó Tatiana, frunciendo el ceño—. Padme, lo lamento tanto, esto no fue una buena idea. Debimos haberlo planeado mejor. Debí haberte acompañado.

—Ya, ya pasó —murmuré más para mí misma que para ella.

Damián se acercó también, se quitó la chaqueta de cuero y me la ofreció.

—Cúbrete —me ordenó.

Archie y Poe actuaron rápido. Levantaron el cuerpo de Benjamin empapado en sangre en el torso, y lo colocaron sobre la carretilla. Mientras, tomé la chaqueta de Damián y procedí a ponérmela.

No podía creerlo. Todo había pasado de estar bien a convertirse en una escena de alguna película independiente de esas que terminaban por prohibirse en algunos países. No quise ni pensar en lo que habría pasado si ellos no hubieran llegado.

Archie impulsó la carreta y comenzó a andar por el bosque. Tatiana me palmeó la espalda y lo siguió. Me quedé en el mismo sitio, pensando, notando el dolor que me recorría el rostro por las bofetadas. Las bofetadas... Nunca un hombre me había golpeado. Me sentí humillada por ello, y más que humillada, furiosa de nuevo.

Si hubiera tenido un cuchillo yo...

Lo habría hecho. Claro que sí.

—Vámonos antes de que Nicolas aparezca —habló Poe, tomando el mismo camino que Archie y Tatiana.

Me cubrí completamente con la chaqueta y abracé mi torso. Me di vuelta para seguirlo y me detuve cuando sentí la mano de Damián tomarme el brazo. Ni siquiera lo miré a los ojos, me mantuve cabizbaja, aún desatando cólera dentro de mis pensamientos.

—¿Tendrán problemas por esto? —no pude evitar preguntar después de que no tomó la palabra.

—Él te atacó primero, esa ya era una razón para matarlo —respondió sin ninguna emoción reconocible en su voz—, así que no, no los tendremos.

—Entonces, ¿no pasa nada si está muerto?

—No, te defendimos, eso es aceptable —aclaró. Asentí con la cabeza—. Necesitas tranquilizarte. Vamos, te llevaré a casa.

—Iré a casa de Eris. Mis padres no pueden verme así.

—De acuerdo.

Aunque esperé alguna palabra de consuelo de su parte porque en realidad estaba a punto de desmoronarme, no la recibí. Él no dijo nada en todo el camino y no me sorprendió. No hubo un «lamento que esto te haya pasado», y menos un «¿en realidad te encuentras bien?» solo silencio, aquel que normalmente lo envolvía. Por lo tanto, ese día, luego de esa terrible situación, comprendí que Damián no tenía ni una pizca de persona normal. ¿Y lo peor? Que lo aceptaba y lo entendía. Así mismo como lo había dicho Eris y lo había descubierto Zacharias Brown, él era algo diferente, un humano distinto, y al quedarme en su mundo había aceptado ser así también.

Cuando nos detuvimos frente a la casa de Eris, quise sacarme la chaqueta para entregársela, pero negó con la cabeza.

—Me la devuelves después —expresó. Avancé por el caminito que conducía a la puerta de entrada, pero a medio camino me devolví.

—Gracias por ayudarme —le dije—. Bueno, ya sé que ustedes no ayudan, pero de igual modo, gracias.

—No ayudamos a las presas —se apresuró a decir, extrañamente sereno— pero sí a la gente de nuestra manada y tú perteneces a ella.

—Pero a fin de cuentas soy una presa, una que finge ser como ustedes —objeté recordando las palabras de Benjamin.

No respondió de inmediato y comprendí que era porque tenía razón.

—Quizás no es tan solo la fecha lo que dicta quién es noveno y quién no —dijo con detenimiento, como si él mismo estuviera analizando sus palabras—. Lo habrías matado, ¿no es así?

—Sí, y sin dudarlo —admití.

—Entonces no eres ninguna presa; solo la situación no estuvo a tu favor.

—¿Por qué tú...? —Luché contra mis frustraciones causadas por la inexpresividad tan propia de él, y gané. Estaba demasiado cansada para eso. Exhalé, pero Damián dio un paso adelante.

—¿Qué? ¿Por qué yo qué? —inquirió, y había algo en su mirada: curiosidad. Delatarlos, chantajear o aceptarlo. Debes decidir qué hacer.

—¿Por qué te cierras tanto a mí? ¿Es solo tu naturaleza la que no te lo permite? —pregunté finalmente. Su mirada pareció de acero, dura.

—No sé qué quieres realmente. Tus padres están a salvo, tu amiga está a salvo, no tuviste que mancharte las manos con Benjamin y sigues pareciendo inconforme, ¿no era eso lo que más querías? —se quejó.

—Pero, ¿qué hay de ti? —solté con el rostro contraído por el enfado que no pude descargar en Benjamin—. Maldición, Damián, quiero conocerte, ¿sabes? Porque creo que, si estaré en este maldito mundo para siempre, tú y yo estamos atados, ¿no es así?

—Si de eso se trata, el hecho de que no te haya matado no te enlaza a mí completamente. Si en algún momento encuentras otra manada... —empezó a decir con suma calma.

—¿Qué otra maldita manada? —le interrumpí bruscamente. Unas impulsivas ganas de abrirle el cráneo para introducirle el verdadero significado de mis palabras, me atacó—. Joder, no entiendes nada. Hablo de ti y de mí, no de la manada. Me refiero a que no te entiendo ni un poco, pero quiero intentarlo.

—¿Por qué? Ni que hubiera mucho que entender. —Se encogió de hombros.

—Ah, ¿no? Entonces explícame, ¿por qué te molesta tanto el contacto físico? ¿Por qué siempre eres tan distante? ¿Por qué cuando parece que te comprenderé un poquito, me estrello contra un muro?

Damián osciló entre responder o no. Allí, aún en la solitaria acera iluminada por los altos faroles de la calle de la zona residencial, exhaló.

—¿Por qué todo contigo es tan complicado? ¿Por qué todo es «necesito saber esto» o «necesito saber aquello»?

—¡Porque quiero que confíes en mí! —confesé. Sabía que estaba sonando como si mendigara, pero si Damián no era capaz de entender las emociones ajenas, no había otra forma de hacérselo saber que no fuera directamente.

—Confío en ti, sino te hubiera matado. Te confié el secreto de los novenos, eso fue demasiado, ¿no te parece? —dijo con una nota de incredulidad.

—No en ese sentido... —suspiré y negué con la cabeza—. Tú... ¿no quieres conocerme también?

—Te conozco, Padme, mucho más de lo que crees.

—¡Entonces es injusto que yo no a ti!

Frunció el ceño y desvió la mirada como si quisiera evitarme.

—Creo que esperas encontrar algo en mí que no existe. No hay razón alguna para nada, solo soy así. ¿Necesitas una explicación? Invéntatela y dale sentido. Lo que puedo decirte es que como responsable por unirte a la manada, voy a protegerte. Perteneces a ella y eso sí nos une en un pacto que no romperé. Si para ti eso no es suficiente, quizás deberías bajar tus expectativas —expresó con una gélida indiferencia.

—O simplemente acabar con ellas de una vez por todas —solté de manera concluyente y avancé hacia la puerta de entrada.

Él se alejó por donde vinimos. No supe si iría a casa o si regresaría al bosque, de todos modos, estaría seguro en cualquier lugar. Por mi parte, me quedé de pie frente a la puerta por un momento y gracias al soplo de la brisa nocturna el aroma masculino de la chaqueta de cuero se coló por mis fosas nasales. Percibirlo fue reconfortante, como si esa fuera la única parte de él que pudiera hacerme sentir bien, como si con su simple olor me brindara el consuelo que de su boca no podía salir.

Me di vuelta para observar el sitio por el que se había ido, deseando como estúpida que regresara, aunque fuera para no decir nada.

Comprendí entonces, incluso con todo el caos en mi cabeza, que darme su chaqueta había sido un gesto de su parte; y que salvarme de Benjamin también, pero el más grande gesto que Damián había tenido hacia mí no era ninguno de esos, era el haberme dado una segunda oportunidad de vivir.

Ahí, justo ahí estaba su humanidad. En ese acto tan simple y poco convencional.

Capítulo 10: Aceptando finalmente la realidad

Cuando abrí los ojos, además de reconocer la habitación de Eris, percibí el aroma masculino proveniente de la chaqueta que había puesto sobre la almohada. Moví un poco la cabeza sobre la tela de cuero, recordando que me había quedado dormida sobre ella, y luego permanecí muy quieta observando a la persona que, encabezando la lista de las malas caras, me veía desde el escritorio.

—¿Ya puedo dar mi opinión sobre lo que me contaste? —soltó Eris en un tono de disgusto. Aún adormilada, asentí. Ella tomó aire y lo descargó—: Bien, lo primero que quiero que sepas es que voy a partirle la nariz a Damián por ser tan imbécil. ¡Y me vale tres hectáreas de mierda que sea un asesino! —Se levantó de la silla y comenzó a caminar por la habitación, furiosa—. ¡Esto es el colmo! Estaba tomándolo muy bien para darte apoyo, Padme, porque si ambas nos descontrolábamos sería peor, pero lo que sucedió fue la gota que derramó el vaso. ¡¿Cómo se le ocurrió dejarte hacer eso sola?! ¡Pensé que todos tendrían una parte en ese plan! ¡Pensé que ellos te ayudarían, no que te dejarían a tu suerte con el tipo eso! ¡¡¡Casi abusa de ti!!!

Su voz sonó más fuerte y severa. Gracias a la mención de esa parte de lo sucedido la noche anterior, recordé con inquietud el enorme y grotesco cuerpo de Benjamin sobre mí y todo el miedo y la ira que había sentido. Pero a pesar de que el recuerdo pareció quemar cada pasaje de mi mente, no me inmuté.

Me sentía diferente, extrañamente diferente.

—Alicia ya está a salvo —me limité a decir.

—Pero, ¡¿cómo pudiste ponerte en peligro así?! ¡Tú sola, Padme, tú sola! ¿Y si ellos no hubieran llegado? ¿Y si hubieran llegado tarde? —bramó. Sus mejillas pecosas estaban rojas por la ira.

—Habría muerto, quizás. Aunque, ¿no es igual a como estoy ahora? Casi muerta. Eris puso los brazos en jarras y enarcó una ceja.

—¿Estás entrando en la fase de «preferiría estar muerta que pasando por esto»?

—No, desde anoche entré en la fase de «ya no me importa una mierda lo que me suceda».

—¡¿Cómo que no?! ¡No te vas a rendir tan fácilmente! —dijo de forma casi histérica—. ¿Ya tomaste una decisión?

—Quería tomarla anoche, pero...

Pero si decidía ser una novena, ¿cargaría con esta frustración por culpa de Damián, para siempre? ¿Nos mantendríamos en una constante discusión porque lo que yo quería para él no era necesario? Aunque Damián mismo había dicho que no estábamos atados, me sentía más enlazada a él que nunca.

¿Cómo sería mi vida de novena? Durante el día fingiría ser normal, tener preocupaciones normales, y durante la noche me reuniría en la cabaña con un montón de asesinos para luego matar gente y no ser descubierta. Algo así solo sería más tolerable con el apoyo de Damián, pero, ¿por qué sentía que estábamos más lejos que antes, cuando ni siquiera cruzábamos palabra?

—¿Pero qué? —preguntó ante mi largo silencio.

—No lo sé. No tengo ni idea de qué voy a hacer.

—Todavía tenemos que descubrir quién te vigila. Sospechamos de Nicolas, ¿lo olvidas? Ah, y aun sabiendo que es el que posiblemente quiera delatarte, hiciste todo eso de fingir delante de él. Ni siquiera me dijiste que Nicolas era de la misma manada que ese tal Benjamin. ¿Y si te vio? ¿Y si los vio asesinar a Benjamin?

—Si nos hubiera visto era el momento perfecto para delatarnos. Ahí con el cadáver de Benjamin, era el mejor momento.

—¡Igual fue un plan muy arriesgado! Yo te habría ayudado, lo sabes, ¿no? Lo habríamos planeado mejor —expresó ya moderando el volumen de su voz—. Ese tipo te golpeó demasiado fuerte. Mira como tienes moretones en la cara. Tu mamá se va a volver loca.

—¿Qué?!

Salté fuera de la cama y me observé en el espejo que había sobre el peinador. Tenía un moretón en la comisura del labio que parecía una galaxia y otro en el pómulo derecho. Dos golpes que no se podían disimular con ninguna historia de adolescentes.

—No puede ser —repetí una y otra vez—. ¿Qué les voy a decir?

—¿Qué tal esto? Mamá, papá, un asesino violador me golpeó por querer coquetear con él para poner en marcha mi mal pensado plan y salvar a una de mis amigas. ¡Ah! Y todo esto es culpa de Damián, nuestro vecino misterioso que en realidad es un homicida pero que de igual modo me moja las bragas —soltó con rapidez, haciendo exagerados movimientos con las manos.

—No me moja las bragas —repuse, pero eso la disgustó más.

—¡¡¡Dormiste sobre su chaqueta y la abrazaste como si fuera un oso de felpa!!!

—exclamó y señaló la prenda marrón sobre la cama—. ¡Su chaqueta!

—Pues... huele bien —musité, un tanto apenada.

—¡Ja!

Resopló con disgusto. Volví a verme en el espejo. Ya no llevaba la ropa rota, sino un conjunto que ella me había prestado. Estaba a salvo, pero me sentía despojada de algo y además de eso terriblemente mal. Pero había otro sentimiento más pesado, uno semejante al cansancio, una necesidad de

anularme como ser, de ausentarme aunque mi cuerpo estuviera presente. Era como si hubiera aceptado mi propia muerte y solo estuviera esperándola.

—Ya. Sé que todo estuvo mal, no dejo de recordarlo. Pero eso fue lo que pasó. A veces las cosas solo pasan y uno tiene que ver cómo montarse todas las consecuencias al hombro.

Me senté en la butaca que había frente al peinador, mirando mi reflejo.

—Padme, es que pudo haber sido peor —comentó mientras se dejaba caer sentada sobre la cama. La vi a través del espejo.

—Pero no pasó y solo en eso debo pensar, en que no pasó y ya quedó atrás. Supongo que tengo que ser fuerte. Mi vida cambió y durante estos días como estúpida he intentado negármelo creyendo que así podría disminuir todo lo que conlleva, pero ha únicamente lo he empeorado —admití. Me toqué el moretón del pómulo y me dolió al más mínimo tacto—. Ellos no sufren por estas cosas, ¿sabes?

—Pero tú no eres como ellos —objetó—. Aunque debas parecértelos, no lo eres, y tú sí tienes sentimientos. Puedes sufrir un poco porque es normal, puedes llorar lo que tu cuerpo necesite llorar y también puedes ser fuerte cuando hayas descargado tus frustraciones. Puedes ser humana y una persona del noveno mes al mismo tiempo, pero definitivamente no volverás a hacerlo sola.

—¿Qué quieres decir?

Ella se levantó de la cama con una expresión decidida.

—Ve a asearte. Taparemos esos moretones con una buena base de maquillaje y luego saldremos.

Media hora y un par de correctores después, agradecí por los milagros que hacía el maquillaje. En el espejo el tono de mi piel se veía muy parejo, así que mi madre tendría que acercarse demasiado para poder notar que algo andaba mal. Y yo podía evitarla cuanto me fuera posible, de modo que si no cometía ningún error no habría problema alguno.

Cuando Eris y yo salimos, no tenía ni idea de a dónde iríamos, pero cuando el bus nos dejó frente a la entrada de mi zona residencial supuse que era a mi casa. Y justo allí era a donde deseaba ir en ese momento. Si me era sincera lo único que quería era tumbarme en la cama y dormir hasta que el mundo se consumiera sin yo tener consciencia de ello.

Seguí a Eris en cada paso que dio hasta que ella pasó de largo la entrada de mi casa, cruzó la calle, continuó por la acera y siguió el caminillo hasta detenerse frente a la puerta de Damián. Desconcertada, corrí y la alcancé en un santiamén.

—Eris, ¿qué estás haciendo? Vámonos —me apresuré a decir

Golpeó la puerta con fuerza. Tomé su brazo para jalarla y obligarla a devolverse, pero la madre de Damián abrió la puerta y nos contempló a ambas con una ligera sorpresa que no se molestó en ocultar.

—Busco a Damián, por favor —pronunció Eris. Diana, la madre de Damián, parpadeó con perplejidad y no dijo nada, a lo que la pelirroja repitió—: Damián, por favor, es importante.

—Él está en el pati...

La señora no terminó de decir lo que pensaba cuando Eris atravesó la entrada como un policía que irrumpía en un nido de narcos. Me apresuré a seguirla y forcejeé con ella en el pasillo para detenerla porque sabía perfectamente lo que pretendía hacer, pero logró zafarse en un instante y a zancadas pasó la sala, el pasillo, la cocina y finalmente la puerta que daba al patio.

Ahí estaban Damián y Poe, ambos sentados en una mesa circular de jardín que tenía una jarra de jugo y unos cuantos papeles encima. Se levantaron al vernos, sorprendidos. Eris entonces avanzó vertiginosamente, extendió el brazo y le propinó una bofetada tan fuerte a Damián que el contacto palma-mejilla produjo un sonido seco.

Abrí los ojos de par en par. Poe quedó estupefacto. Y Eris violentamente y de una manera amenazante nunca antes vista, soltó:

—La próxima vez que vuelvas a dejar que Padme se ponga en peligro de esa manera, te quedas sin testículos.

Damián enderezó la cara, se tomó un instante para analizarlo e intentó ir contra ella, pero apenas vi que se movía, corrí y me coloqué en medio de ambos. Antes de que todos pudiéramos reaccionar de otra forma, Poe se acercó a Eris con su habitual sonrisa perversa que no armonizaba en lo absoluto con la situación.

—¿Y esta preciosura tan salvaje quién es? —preguntó, observándola de arriba abajo.

—La que te va a partir la madre si no te alejas —bufó ella. Poe hizo un falso mohín de susto y tomó distancia emitiendo una risilla. Ella volvió a concentrarse en Damián. No me aparté pues temí que él pudiera hacerle algo—. Te aviso que ya sé que eres un asesino. Ahora también formo parte de tu mundo y te advierto que no pienso dejarla sola.

—¡No! —exclamé—. ¡Es un error! ¡Eris no forma parte de nada! ¡Solo está confundida! Cree saber algo que no es cierto.

Ella giró los ojos, ignoró mis palabras y me señaló.

—Debajo de todo ese maquillaje tiene dos moretones. Si ese tipo hubiera abusado de ella... Damián, yo te habría empalado y dejado en medio del pueblo para que vieran la basura que eres —bramó tan furiosa que el rostro se le

enrojeció y una vena se le marcó en la sien—. Una bofetada es poco para lo que te mereces.

—Dios santo, pero, ¿esta mujer de dónde salió? —intervino Poe en un tono cargado de fascinación.

Cuando pensé que las cosas empeorarían, la expresión de Damián se tranquilizó.

—Bueno, ya —dictaminé aún situada entre ambos sin esperar a que alguno hablara—. Eris, vámonos. Esto es demasiado peligroso. Solo estás enojada. No sabes lo que dices.

—¿No vas a decir nada? ¿Tan cobarde eres? ¿Qué pretendías? ¿Que él la matara para librarte de ella por saber sobre tu maldito mundo y no tener nada que ver? ¡Si eso es lo que quieres ahora nos tendrás que matar a las dos! —le gritó Eris. Su pecho subía y bajaba por la histeria.

Damián permaneció inquietantemente impasible, inalterable.

—La vigilé todo el tiempo —dijo finalmente con una nota de fastidio—. No pensaba dejar que la matara. Si hubiera querido eso lo habría hecho yo mismo. Lo único que pretendía era probarla para saber si era capaz de actuar como uno de nosotros, así que no iba a sucederle algo mayor. No lo habría permitido.

—¿Una prueba? —Las palabras me salieron más fuertes de lo que creí.

—Sí, eso dije —asintió él.

—Una prueba —repetí más para mí misma que para los demás—. Me dijiste que tenía que ir a seducir a Benjamin y luego matarlo porque era la única forma de salvar a Alicia, pero en realidad tú ibas a asesinarlo.

—En tal caso de que te acobardaras, sí —confesó con simpleza.

—Así que una prueba —repasé, y finalmente mi mente lo procesó.

—Ajá.

Exhalé y me giré para contemplar los rostros de Poe y Eris. Él parecía divertido por todo aquello, mirando de reojo a la pelirroja, pero ella estaba tan consternada como yo.

Esa sensación extraña que había aparecido al despertar, de repente se disipó. Esa necesidad de entrar en un estado neutro, se esfumó y dio paso a lo mismo que había experimentado la noche anterior: rabia, ira, tristeza, todo mezclado para formar algo mayor, algo que debía descargar sobre la única persona que lo merecía.

Inhalé hondo y recordé a Benjamin sobre mí. Evoqué el miedo, su mirada lasciva y sus asquerosos besos. Me recordé a mí misma repitiéndome que tendría que acabar con la vida de una persona para poder salvar la de alguien que amaba, y entonces esa vez la que lo golpeó fui yo. Con todas las fuerzas que pude reunir le propiné un bofetón en la cara y al mismo tiempo toda la rabia

brotó de forma violenta. Le di otra bofetada, lo empujé, le golpeé el pecho y me fui contra él lanzando golpes a lugares no específicos de su cuerpo.

Él lo permitió. No movió ni un dedo.

—¡Eres un maldito! ¡Tú y tu maldito mundo son un asco! ¡Asqueroso y repugnante animal! ¡Eres una jodida escoria! —le grité de forma histérica sin detenerme.

Olvidé a los demás, olvidé su naturaleza, olvidé el mundo y me concentré únicamente en lo que se había convertido mi vida después de haberlo seguido, en todo el dolor que sentía en ese momento y en lo atrapada que estaba en un universo de temores y coacción. Un golpe tras otro. Una cachetada tras otra. Y un par de lágrimas se me escaparon a causa de tanta impotencia, de tanta rabia, de tanto reprimirme.

Me descargué en él como nunca lo había hecho con nadie hasta que sus manos detuvieron las mías y pude ver su rostro con claridad. Tenía los ojos bien abiertos. Estaba atónito por mi reacción, así que, con la mandíbula tensa, los dientes apretados y los labios temblando, dije:

—Te odio, Damián. Me asesinaste aquella tarde y te odio por ello. No quiero volver a verte jamás. No quiero pertenecer a tu maldita manada. Me las arreglaré sola. A partir de ahora estoy muerta para ti y tú estás muerto para mí. Eris me tomó por los hombros y me alejó de él. No dije más. Él tampoco pronunció palabra y se quedó ahí, probablemente con la cara enrojecida ardiéndole por las bofetadas.

Salimos de la casa de Damián y nos dirigimos a la mía. Justo cuando abrimos la puerta, la idea me llegó a la mente y se ancló con toda la intención de no desaparecer. Aunque quería alejarme de él, aunque quería huir de todo, la única buena opción que tenía era convertirme completamente en una novena. Tenía el apoyo de Eris, Alicia ya no corría peligro y si mis padres no se habían enterado aún, podía seguir ocultándolo bien.

Mientras subíamos las escaleras, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué para observar el mensaje:

Número desconocido:

PUEDES SALIR DE ESTO.

PERO NO MIENTRAS ÉL TE ESTÉ VIGILANDO.

Abrí los ojos, reconocí mi habitación y vi a Eris sentada frente a la ventana leyendo un libro. El cielo que se vislumbraba afuera parecía cercano al atardecer. Me incorporé y me senté en la cama.

—¿Qué...? —inquirí aún somnolienta.

—Te di uno de esos... calmantes que tiene tu mamá en su habitación, estabas muy alterada —respondió ella cerrando el libro para dejarlo a un lado.

—¿Qué tan alterada?

—Bueno... Salimos de casa de Damián, entramos aquí y comenzaste a gritar y a golpear cosas. Nunca te había visto tan enojada. Tuve que arreglar todo. Lo recordé. Me había dejado consumir por la ira, por lo de la prueba, por el recuerdo del ataque de Benjamin, por el mensaje y por todo. Existían muchas maneras de reaccionar ante tanto estrés, pero la mía había sido estallar en un momento de furia incontrolable.

—¿Rompí algo importante? —pregunté.

—Por suerte, no, pero estuviste a punto de ir a lanzar cosas a la casa de Damián —respondió, sofocando una risa.

Resoplé y cerré los ojos. Todavía tenía mucho sueño. Los calmantes de mi madre eran demasiado fuertes. Me producían una sensación extraña, como de que un ente gigante e invisible pisaba mi cuerpo y mi mente.

—Padme, lo entiendo —agregó ella con una nota de pesar—. También me indigna todo esto. La forma en que él actúa, eso de la prueba, no lo sé. ¿Y si realmente es...?

—¿Peligroso? —Negué con la cabeza—. No lo es, bueno, no para nosotras. Solo es un imbécil.

—Ya no le tienes miedo, ¿cierto?

—No —repliqué rápidamente—. Le tengo algo muy parecido a la rabia.

—Bueno, psicológicamente hablando, es comprensible lo que sientes. No te ha dañado físicamente, pero lo ves a él como el culpable de todo lo que te está pasando por ser el punto de inicio —manifestó tal cual terapeuta en una sesión.

—¿Y no lo es? Por su culpa estoy metida en esto.

—Él no te pidió que lo siguieras —puntualizó y se levantó de la larga butaca que había bajo la ventana—. ¿Qué hay de tu curiosidad?

—Entonces toda la culpa es mía —bufé, girando los ojos—. No es algo que no sepa. Pero a pesar de eso él no tenía ningún derecho a probarme de esa manera.

—La culpa no es de nadie —exhaló, negando con la cabeza—. Mira, de nada sirve buscar culpables. Cuando hay un problema lo mejor es concentrarse en hallar las soluciones. Y justo ahora debemos averiguar quién te está mandando esos mensajes.

—El mensaje se refería a un «él» —señalé y volví a recostarme en la cama. No tenía demasiados ánimos—. Tiene que ser Nicolas. Me da la impresión de que sabe demasiado. ¿Confrontarlo sería muy mala idea?

—Tú sola sí. Pero ya pensaremos en algo, descansa por hoy, ¿sí? —Dio algunos pasos hacia la puerta y luego se volvió para dedicarme una mirada tranquilizadora.

—Eris —le llamé.

—Dime.

—Si las cosas se ponen mal, huiremos. Tú, Alicia, nuestros padres y yo. Buscaremos la forma de hacérselos entender y nos largaremos de aquí. No pienso darles el gusto a los novenos de hundirme en ese pozo de asesinos.

No me dio a entender nada, únicamente suspiró y dijo:

—Creo que necesitas pensar mucho. Solo recuerda una cosa, ya no estás sola en esto.

Después de eso se fue y me apresuré a tomar mi teléfono. Busqué el último mensaje recibido y le marqué a ese mismo número desconocido. Nadie atendió. Insistí. Cayó la contestadora. Fui por la segunda opción y texteeé:

Yo:

¿QUIÉN ERES?

Dejé descansar el teléfono sobre mi pecho y entré en un estado neutro. Era ese tipo de fase en la que no sentía nada, ni ganas de moverme, ni de hablar, absolutamente nada. Y así me quedé, tendida en la cama, de lado, mirando la pared hasta que el teléfono vibró en una notificación:

Número desconocido:

ALGUIEN QUE QUIERE AYUDARTE.

Yo:

¿AYUDARME CÓMO Y CON QUÉ CONDICIÓN?

Número desconocido:

SOLO DESEO AYUDAR.

Yo:

DE ACUERDO, ¿QUÉ ES LO QUE SABES?

Número desconocido:

UNA SALIDA. SÉ CUÁL ES LA SALIDA.

Yo:

¿QUÉ TENGO QUE HACER?

Número desconocido:

VEN MAÑANA A LA CABAÑA. SOLA. 5:00 P.M. ÁREA DE PRÁCTICAS. USA ESTE CÓDIGO: F20.0

Después de eso el extraño no respondió incluso cuando volví a preguntarle que quién era o por qué no podía decírmelo.

En cuanto a esa proposición, sí iría a la cabaña. Estaba consciente de que aquello podía ser tan real como podía serlo una trampa, pero como novena —que debía

intentar ser— no era mala idea arriesgarme. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que me asesinaran? Me habrían hecho un gran favor.

No bajé a cenar ese día y mis padres subieron a preguntar por qué. Ellos realmente se preocupaban por mí y siempre se daban cuenta si algo iba mal. Pero el asunto de los asesinos lo estaba ocultando demasiado bien, por lo que mi excusa fue:

—Comí chili en casa de Eris y no me siento muy bien, pero mañana ya estaré en perfectas condiciones.

Ellos habían dejado de hacer demasiadas preguntas cuando logré ganarme su confianza, aunque mamá solía querer meterse en todo cuanto pudiera y por esa razón debía ser cuidadosa al aclarar sus dudas. Pero al menos ese día estaba muy atareada con el trabajo como para tratar de ahondar en lo que me sucedía. Tardé mucho en conciliar el sueño. Incluso consideré tomarme otro calmante, pero me quedé dormida justo a media noche y lo supe porque antes de cerrar los ojos miré el reloj sobre la cómoda.

Sentí que no pasó mucho tiempo cuando me desperté con la extraña sensación de que me estaban observando.

Y así era.

No tuve que moverme para saberlo. Simplemente desplegué los párpados y ahí estaba Damián, sentado en la butaca de la ventana cuyos cristales se encontraban abiertos de par en par dejando entrar el viento nocturno que empujaba las cortinas más de lo habitual.

—¿A dónde piensas huir, Padme? —me preguntó.

Lo contemplé desde la cama. Las luces de los faroles de la acera delineaban su rostro. Estaba impecablemente sereno. Ahora que lo veía sin toda la bruma de la ira, sentí una cosa hacia él: desprecio. Y yo podía ser muy paciente, tanto como lo había estado siendo desde que había descubierto su secreto, pero ya no parecía necesario serlo.

Quise hacerle entender que no lo quería cerca.

—Vete.

—Te hice una pregunta —insistió con suma calma.

—Y yo no tengo ganas de responderla porque no es tu asunto.

—Claro que es mi asunto. Te di esta oportunidad de vida, así que debo encargarme de que no vayas a soltarlo por ahí.

—¿Vida? Esto no es vida —repliqué. A pesar de que tenía ganas de hablarle de mala manera, mi estado tan pesado y somnoliento no me permitía expresar el disgusto—. Y ya te dije que no contaré tu secreto. Si tanto te preocupa, puedes estar tranquilo.

—No es vida porque no quieres verlo así —objetó frunciendo sutilmente el ceño.

—Ah, lo siento, ayer casi abusan de mi por tu supuesta prueba y además no se me sale de la cabeza eso de que ustedes matan con total comodidad, ¿cómo debería verlo? —solté con una nota saturada de sarcasmo.

—Vivías tranquila antes de saberlo y estábamos ahí haciendo lo mismo, matando con comodidad. —Giró la cabeza para verme—. Antes de que lo supieras, sentías curiosidad por mí y por eso me seguiste.

—No me pasó por la mente esto. Ni en mil años habría imaginado que escondías un secreto así.

—¿Y si yo te hubiera mentado, Padme? —me preguntó, sosteniéndome la mirada con sus ojos fundidos en negrura—. ¿Si te hubiera dicho que era un tipo normal, aun cuando en realidad era un asesino, no habrías sufrido?

—No lo sé... —murmuré—. Supongo que...

—Entonces no soy un asesino y lo que viste aquella tarde no fue real.

Quise estampar la cara contra la almohada hasta dejar de respirar. Escuchar eso sin que fuera una estúpida mentira era todo lo que deseaba; pero no era así. La realidad era demasiado densa como para ignorarla.

—¿Por qué haces esto?

—Porque ya de nada sirve que te encierres en esta habitación o que huyas a otra ciudad —contestó encogiéndose de hombros.

—Dijiste que huir también era una opción.

—Aquel día, antes de que entraras a este mundo, no ahora. Ya hay gente que te conoce. Ya estás en los registros. No puedes desaparecer tan fácilmente, menos con la Cacería cerca.

—Quiero que te vayas —solté, tajante.

—Y yo quisiera que entendieras las cosas sin hacer tanto drama, pero mira, no se puede tener todo lo que se quiere —replicó, tensando la mandíbula. Cada cosa que yo decía parecía llevarlo al límite de la paciencia.

—Este es el problema, somos muy distintos y no llegaremos a un acuerdo. Yo no quiero tu vida y tú no aceptas la mía. Eso es algo mayor a simples diferencias.

—Me incorporé en la cama y le ofrecí la peor de mis miradas—. Probarme, ¿fue en serio? ¿Sabes cuánto daño pudo haberme hecho ese tipo solo porque tú necesitabas probarme? ¿Sabes acaso lo que se siente ser dañado? No, tú solo sabes lo que se siente hacerlo, ¿verdad?

—No te quité los ojos de encima en ningún momento. —Se levantó del borde de la ventana y defendió—: Admito que lo hiciste muy bien, pero incluso yo no sabía que Benjamin vigilaba a Alicia desde hacía tanto.

—¡Si sabías que podías matarlo tú mismo pudiste habérmelo dicho! ¡Dijiste que si lo hacías tendrías problemas y que por eso debía hacerlo yo! ¡Pero solo necesitabas verme haciendo lo mismo que tú! ¡Solo necesitas hundirme contigo! ¡¿No es así?! —bramé y entonces los moretones en el rostro me punzaron dolorosamente. Solté un quejido y me llevé una mano a la mejilla. Los golpes habían sido tan fuertes que me dolían hasta los huesos de la mandíbula. Me dolía hasta el mismísimo ser—. ¿Esto era lo que querías, Damián?

La rabia volvió a invadirme. Apreté tanto los dientes que sentí que se me iban a romper. Formé puños con mis manos y evité levantarme e irme contra él de nuevo para golpearlo con todo lo que tuviera a mi alcance hasta que se fuera y no quedara ni siquiera su olor impregnado en el ambiente. Pero me contuve ante el impulso. Y mis ojos se humedecieron, pero también evité derramar alguna lágrima.

Damián dio algunos pasos hacia adelante y cuando contemplé su rostro advertí sus ojos desorbitados en una expresión de asombro, la misma que ponía cuando yo estaba demasiado cerca. Se arrodilló a orillas de la cama, levantó la mano y tocó el moretón que tenía en la comisura derecha. Su tacto se sintió cálido.

—No me toques. —Aparté el rostro de inmediato.

—Padme, cuando tú sufres, algo dentro de mi... duele —susurró, como si apenas hubiera aprendido a decir esas palabras—. ¿Entiendes eso? Si Benjamin te puso un dedo encima fue porque me alejé demasiado. No porque se lo permitiera.

—Estás diciendo esto porque sabes que estoy a un paso de largarme y...

—Estoy diciendo esto porque quiero decirlo —me interrumpió—. ¿No era eso lo que exigías? Querías conocerme, ¿no es así? Si conoces mi mundo me conoces a mí porque yo soy parte de él.

—No, tú eres lo que tu naturaleza te obliga a ser —repuse, hundiendo el ceño—. ¿No has pensando por un segundo en intentar desafiarla?

—No, y no lo haré —soltó a secas—. Soy un noveno y nunca iré en contra de eso. Lo acepto y lo disfruto, y te lo dije, te lo confié. —Buscó mi mirada y al encontrarla ambas se disolvieron como se fundía el metal en el fuego—. Puedes decir que soy un animal, un maldito, un imbécil, pero no vuelvas a decir que me gusta verte sufrir a manos de alguien más. Tú me importas.

No podía creerlo. Era como estar escuchando al papa recitar un párrafo de un ritual para invocar un demonio. Damián, ¿diciendo que yo le importaba? ¿Yo? ¿A Damián algo le importaba? ¿Una persona le interesaba?

—¿Y es así es como los novenos demuestran que alguien les importa? ¿Probándolos? —lancé.

Damián exhaló y pareció que luchó contra sí mismo para poder hablar.

—Creo que aún no has entendido que tu vida y la de todos en la manada dependen de cuan bien finjas que ser una novena. No es tan solo ir y presentarte en la cabaña o pasar desapercibida. Tanto los novenos como los superiores son muy perceptivos. Si alguno llegara siquiera a dudar, te pondrían ante un andrógino y soltarías la verdad aunque no quisieras. —explicó con detenimiento—. En cuanto a huir, es mucho más sospechoso. Los novenos no tienen razones para escapar de nada, solo se enfrentan a ellas. Si desapareces y estas muerto, ellos te encuentran y lo justifican; pero si desapareces y no hallan tu cadáver, te dan por fugado y eso es más que suficiente para levantar una investigación. Nos interrogarían y no usarían un andrógino para sacarnos una confesión, sino que nos torturarían. ¿Lo entiendes ahora?

La furia comenzó a desvanecerse. Intenté comprender su punto. No había justificación para la prueba, pero eso que decía tenía sentido. Sin embargo, me seguía inspirando cierto rechazo.

—Lo que entiendo es que pudiste haberme explicado eso sin lanzarme a Benjamin, o al menos, no lo sé, pudiste haberme dicho cómo defenderme —repliqué. Y me lo pensé por un momento en el que él permaneció callado—. Eris y yo tomamos la decisión de permanecer en tu mundo. Eso quiere decir que le pondremos todo el empeño. Pero no quiero que vuelvas a probarme. Nunca. Nunca más. No te pediré que me protejas, no necesito que estés todo el tiempo salvándome el cuello. Quiero que me enseñes a hacerlo. Quiero un cuchillo y toda la información sobre cómo los novenos se enfrentan. Quiero que me enseñes a ser como tú.

—Lo haré. Te convertiré en una novena. —Sus ojos entonces brillaron gracias al reflejo de la luz. Allí, arrodillado al borde de la cama, semejando a una enigmática sombra, alzó una mano y me la ofreció—. ¿Vienes conmigo al lado oscuro, Padme?

—Sí. Te dejaré corromperme hasta el alma.

Y tomé su mano sin saber a dónde me llevaría.

Capítulo 11: La eterna batalla entre el humano y el Noveno

—Así que aquí vive Poe —comenté, inclinando la cabeza hacia atrás para admirar la estructura que teníamos ante nosotros.

Aquel conjunto residencial era conocido por ser muy exclusivo. Solo la gente más importante de Asfil podía mantener una vivienda allí. Se separaba en tres secciones en donde la tercera era un área mucho más privada y más costosa con enormes ventanales que daban vista a todo. Nosotras ya habíamos visitado ese lugar, pero no habíamos pasado de la primera sección que era en donde vivía Alicia.

—No entiendo por qué tuvimos que venir a entrenar aquí, ¿no podía ser en la casa de Damián? —se quejó Eris.

Acabábamos de bajar del auto e íbamos subiendo la escalerilla hacia la puerta de entrada.

—Damián dijo que Poe tiene un patio más grande. ¿Es que no te agrada? Parece que tú les agradaste mucho ayer —dije, echándole una mirada de complicidad. Toqué el timbre de la puerta. Había una notable diferencia entre la fachada de esa casa y la de las otras. Las demás tenían cristales transparentes mientras que los incontables cristales de la vivienda de Poe no permitían ver lo que había o sucedía adentro.

—No me gustan los hombres que desprenden unas insaciables ganas de llevarse a alguien a la cama —replicó con el ceño ligeramente hundido por la molestia de estar allí—. Se ve que solo tiene la cabeza llena de eso.

Un minuto después alguien abrió la puerta. Un muchacho delgado y muy joven vestido de traje, de espeso cabello negro y piel tan blanca e íntegra, se detuvo al otro lado con las manos juntas por delante y la mirada fija en el suelo. No obstante, lo que nos dejó echándole un largo vistazo fue la correa dorada que llevaba en el cuello y la expresión tan dócil que entonaba su rostro.

—Ustedes deben ser las señoritas Eris y Padme, el señor Verne las está esperando en el patio junto al señor Damián. ¿Pueden seguirme, por favor? —indicó con un tono de voz tan bajo, suave e inocente que me dejó boquiabierta. El muchacho se dio la vuelta y comenzó a caminar. Eris y yo reaccionamos y le seguimos.

—No me digas que tiene un... —le susurré a Eris muy asombrada a medida que avanzábamos.

—Sí, te lo dije, ese tipo no tiene más nada en la cabeza —murmuró ella, marcando más su ceño fruncido.

El interior de la casa era amplio, blanco, perfectamente decorado y pulcro. Había un par de pasillos que se extendían hacia otros lados y una larga y

moderna escalera en forma de caracol que llevaba al segundo piso. Y cuadros por todas partes. Algunos hermosos y otros escalofriantes como uno en donde se mostraba un tipo amarrado con cuerdas, recostado en el suelo bajo un enorme y afilado péndulo que parecía a punto de filetearlo.

Finalmente atravesamos una gran puerta que parecía más bien un ventanal y salimos a un enorme patio cuyo césped era tan verde que daba la impresión de haber sido sacado de una fotografía. Altos muros de arbustos lo rodeaban y un pequeño pasillito bordeado por rocas de diferentes tamaños parecía conducir a una alberca. Bajo un techito de madera, de pie junto a una mesa de jardín, se encontraban Damián y Poe, hablando.

El muchacho nos condujo hacia ellos.

—Gracias, Dan, puedes retirarte —le dijo Poe al chico y extendió la mano para revolverle los cabellos.

A Dan se le coloraron las blancas mejillas y solo asintió con la cabeza para después irse sin decir nada.

—¿Por qué le pones una correa a ese chico como si fuera un animal? —escupió Eris en tono de reproche. Poe, fresco gracias a la luz del sol, se encogió de hombros.

—¿Que yo se la pongo? Es solo un accesorio que a él le gusta usar. Tiene gustos extraños ese chico —respondió encogiéndose de hombros. Luego amplió la sonrisa y le restó importancia a ese tema—. Bien, ¿están listas para comenzar con lo bueno?

—Muy listas —asentí, un tanto entusiasmada—. ¿Cómo entrenaremos?

—Damián, ¿haces los honores? —le dijo Poe, divertido.

Damián se volvió hacia la mesa de jardín, cogió una manta negra que tenía envuelto algo y la desenvolvió poco a poco hasta que un par de impresionantes cuchillos quedaron a la vista. Uno de ellos tenía la empuñadura de cuero de color vinotinto y la hoja parecía más delgada que los cuchillos convencionales, pero mucho más filosa. Y el otro tenía la empuñadura tan roja como la sangre y la hoja era más curva.

—Son dagas —explicó Damián, mostrándolas—. Cada noveno tiene un arma propia. Nuestra manada usa dagas, así que estas son para ustedes. Tienen que llevarlas en todo momento, siempre. Un noveno nunca sale desarmado. La tuya es la vinotinto, Padme.

La cogí. Eris cogió la otra. Los rayos de sol golpearon las hojas y las mismas brillaron. Eran preciosas.

—Les enseñaremos cómo usarlas y añadiremos un par de truquillos para defenderse en caso de que un gigante estilo Benjamin las acorrale —agregó Poe.

—¿Y en dónde se supone que las llevaremos todo el tiempo? —inquirió la pelirroja.

Damián se inclinó, alzó el borde de su pantalón y justo por encima de sus botas mostró una daga de empuñadura negra envainada en una funda.

—Ah, ahí —emitió ella, mirando con curiosidad.

—O en la cintura —señaló Poe, echándole un vistazo que le hizo contraer el rostro en un gesto de repulsión—. Tengo muchas fundas, puedo darles algunas.

—Admitiré que esto comienza a agradarme... —murmuré, contemplando la daga en mi mano—. ¿Usan estas dagas para todo? Es decir, ¿atrapar una presa, defenderse...?

—Estas son para defendernos de los propios novenos. Siempre hay conflictos, es algo normal. Casi nunca las manadas están en paz con otras, así que es mejor prevenir. Para las presas el asunto es distinto, atrapar una es casi un arte. Hay que tener sumo cuidado, pero eso no es lo que les enseñaremos hoy —expuso Poe tal cual maestro que daba una clase.

—Primero deben aprender a pelear como novenas y para eso deben empezar a pensar como unas —añadió Damián, haciendo énfasis en las últimas palabras mientras me observaba con los ojos entornados.

—De acuerdo, haremos todo el esfuerzo —aseguré.

Una muchacha muy parecida a Dan, vestida con un traje negro de sirviente, atravesó el patio empujando un carrito plateado. Tenía la misma expresión lozana y sumisa que el chico, y sus enormes ojos azules parecían puertas al cielo. Con todo el esfuerzo detuvo el carrito frente a nosotros y con la mirada fija en el suelo y las manos juntas por delante dijo:

—Aquí está la Ambrosía que ordenó, señor Verne. —Había una majestuosa botella y cuatro copas sobre la bandeja del carrito—. Y acaban de llamarlo para saber si estará presente en la próxima exposición de textos antiguos. Necesitan su participación como socio de la biblioteca.

—Sí, Mimi, ve y confirma mi participación —contestó él mientras cogía la botella de Ambrosía para descorcharla—. Y dile a Colins que se ocupe de enviar las cartas a la asociación.

Mientras Mimi escuchaba, alzó furtivamente la vista en dirección a Damián. Sus mejillas adquirieron un tono rosáceo tan fácil como yo podía sacarme un moco que molestaba. Pero Damián no lo notó. Estaba muy ocupado jugando con su propia daga que se había sacado de la funda.

—¿Mimi? —le llamó Poe, buscando respuesta en su rostro. La muchacha dio un respingo y lo miró con vergüenza.

—Lo siento, señor —musitó torpemente—. He oído su orden.

—De acuerdo, puedes retirarte —le permitió él.

Mimi se alejó en un santiamén.

—Activaremos el cuerpo antes de comenzar a entrenar —avisó Poe. Pero Eris se le había quedado mirando con curiosidad.

—¿Eres socio de una biblioteca? —le preguntó.

—Les pido que me llamen socio para mantener algo de modestia, pero soy beneficiario de unas cuantas —contestó, vertiendo el líquido en las copas. Mis ojos estaban fijos en ese exquisito chorro de elixir.

—Es casi dueño de seis bibliotecas del país —lo delató Damián—. Muy modesto, por supuesto. ¿Comenzamos o hablaremos de la bondad nata de Poe?

—Sí, mejor comencemos —afirmó Eris sacudiendo la cabeza.

—Uh... Quizás él no solo tiene «eso» en la cabeza —le murmuré a la pelirroja que me dedicó una mirada fulminante y luego con ansias cogí mi copa de Ambrosía.

Los demás tomaron las suyas. Poe tomó la iniciativa, elevó su copa y con una flamante sonrisa exclamó:

—Por las novenas que están a punto de conocer lo que es vivir de verdad.

Después de que la ambrosía sirvió como dosis de adrenalina, Damián y Poe se encargaron de enseñarnos lo básico: cómo sacar rápido el cuchillo; qué puntos eran los más débiles en un hombre; de qué manera podíamos zafarnos de un agarre; cómo podíamos improvisar un arma con lo que tuviéramos cerca; qué cosas no debía decir un noveno; cómo un noveno se las arreglaba para ser tan sigiloso, e incluso nos dijeron algunas de las reglas menos radicales como que había que evitar en todo lo posible crear conflictos entre manadas —aunque nadie respetaba esa— o que un noveno prefería ser asesinado o suicidarse antes que ser atrapado por la justicia.

Cuando dieron las cuatro, avisé que debía irme a casa. La excusa que utilicé fue que mi madre estaba comenzando a notarme lejana y quería pasar tiempo conmigo. Ni siquiera Eris sabía a dónde iba en realidad, y era lo ideal porque el mensaje había especificado que debía ir sola. Y porque si era una trampa prefería que me atraparan a mí.

Tomé un bus que me dejó en el pueblo y desde allí caminé hacia el bosque. Era la primera vez que iba tan temprano a la cabaña así que cuando atravesé la puerta casi no había gente. El vestíbulo principal estaba despejado, el gran telón ocultaba el fondo de la tarima y los pocos grupos presentes se encontraban muy ocupados en las secciones privadas.

Avancé según el recorrido que me había dado Tatiana. Pasé por el bar en donde más andróginos de los que creí que existían estaban preparando todo para la noche; pasé por el casino en donde tan solo algunos viciosos estaban apostando; seguí hasta la biblioteca y me adelanté por ese pasillo que ella había

señalado sin mostrarme. Después de eso no sabía qué había, pero continué como si el camino fuera conocido para mí.

Me recibió un corredor que se me antojó tenebroso. Era largo, poco iluminado y las paredes estaban tapizadas de púrpura. El final era una encrucijada de caminos, un espacio circular en donde en el centro aguardaban un par de elegantes mujeres detrás de un reluciente recibidor. Y los pasillos se extendían a ambos lados con pequeños carteles de colores como indicadores, seguro de destinos distintos.

—Vengo al área de prácticas —avisé una vez me acerqué al recibidor. Una de las mujeres, bastante seria, me echó un vistazo como esperando algo. No supe qué, así que ante tanto silencio agregué—: Me llamo Padme Gray.

—Ajá, Padme, pero, ¿qué necesitas exactamente? ¿El vestíbulo general, una sala compartida o una sala exclusiva? ¿Preparada o no preparada? ¿Tienes un pase Violeta, un código Negro o piensas pagar en Verde? —preguntó en un tono que me intimidó.

Traté de no verme tan desorientada. ¿Verde, violeta, negro? ¿Qué carajos...?

—Tengo un código —dije apenas lo recordé. La mujer asintió para que se lo dijera—. F20.0.

Al escucharlo comenzó a teclear algo en una laptop de primera. Sus dedos se movían tan rápido que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo a pesar de que me incliné un poco con la intención de mirar.

Finalmente dejó de teclear y movió un capta huellas sobre el recibidor.

—Pon tu pulgar derecho aquí —me pidió. Para ese instante ya estaba nerviosa, pero no me quedó de otra que hacerlo. Un pitido de aprobación llenó el vestíbulo. Casi exhalé de alivio—. Pasillo negro, sala siete —añadió y me ofreció una tarjeta muy parecida a las de crédito con tan solo una franja plateada.

Tomé la tarjeta y avancé por el pasillo que tenía el cartel color negro. De nuevo ese ambiente tenebroso, casi de encierro, me erizó la piel. Había puertas a cada lado del corredor con números que iban de forma creciente. Y el silencio era tan denso que por un instante consideré el darme vuelta y no llegar al final de aquello.

Me detuve frente a la puerta número siete. El cerrojo era tan moderno como los de un hotel que requería pasar una tarjeta para poder entrar. Deslicé la que me habían dado y un suave pitido acompañó el movimiento de la puerta al abrirse. La sala estaba sumida en una espesa oscuridad, pero apenas puse un pie adentro las luces se encendieron una a una. No había nadie. Olía a alcohol medicinal y a desinfectante. La puerta se cerró tras de mí con otro pitido y di un respingo. Luego, con el corazón laténdome un poquito más rápido, avancé por el interior llevada por la curiosidad.

Había una camilla de metal en el centro con correas que le colgaban a ambos lados. Un par de armarios del mismo material se arrimaban contra una pared y unos cuantos estantes repletos de recipientes, cuchillos, látigos, mazos, pinzas, ganzúas y herramientas —posiblemente de tortura— se hallaban más hacia la esquina. Un lavamanos, una caja de primeros auxilios y un espejo conformaban una pequeña sección aparte. Y un enorme y ancho armario estaba encajado en una segunda sección.

Fui hasta él, lo abrí quedamente y cuando vi los cuerpos salté por el susto y me tapé la boca para ahogar el grito. Luego me tomó un par de segundos entender que no eran cuerpos humanos, sino muñecos. Muñecos de tamaño real de ambos géneros con pieles que podían engañar y cabellos tan lacios que debían ser de las mejores pelucas. Muñecos tiesos, fríos y escalofriantes que seguramente servían para practicar.

Di un salto cuando la puerta emitió otro pitido y se abrió. El corazón me latió ya sin control, pero el desconcierto lo tranquilizó cuando vi a Tatiana cerrar la puerta con el pie porque traía consigo una pila de toallas blancas, un bote colgando del antebrazo y los audífonos encajados en las orejas. La contemplé desde la pequeña sección, confundida. ¿Era ella? Pero, ¿por qué tanto misterio para decírmelo?

Reuní valor y me atreví a hablar.

—¿Tatiana? ¿Tú...? —dije, pero ella tarareó algo y avanzó hasta uno de los armarios.

Entonces comprendí que no me escuchaba, así que me le acerqué, le puse una mano sobre el hombro y ella saltó tan de repente que las toallas volaron por los aires y cayeron al pulcro suelo. Sus ojos se abrieron tanto que reconocí el desconcierto en ellos.

—¡Padme! —exclamó después de quitarse los audífonos. Se puso una mano en el pecho como para calmarse—. Maldito susto me diste, por todos los novenos, ¿sales así de la nada siempre? —Soltó una risa nerviosa—. Archie suele hacer eso y créeme que ya casi no tengo nervios por su culpa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté directamente.

Ella se agachó para recoger las toallas y un segundo después la imité para ayudarla.

—Ah, bueno, trabajo aquí por las tardes, ¿no lo sabías? —respondió con afabilidad—. No todos tenemos la suerte de Poe, así que nos toca buscar empleos. A esta hora debo abastecer las salas, ya sabes, toallas, guantes, un par de cosillas. —Nos levantamos y ella colocó todo dentro del armario—. ¿Y tú has venido a practicar?

—Sí, algo así —mentí. No. No era ella quien me había citado allí. No podía serlo porque no tenía ni idea de nada. Parecía demasiado absorta de los mensajes—. Damián y Poe han estado enseñándonos a Eris y a mí un par de cosas para que sea más fácil adaptarnos. Le estoy poniendo mucho empeño.

—Ah, Eris es la chica nueva. —Cerró el armario y sacó una caja de guantes de látex del bote que aún le colgaba del antebrazo. Los dejó sobre la estantería y se giró para dedicarme una mirada de complicidad. Tenía el cabello recogido en una coleta y parecía de lo más normal entre todas esas herramientas de tortura—. ¿Y cómo van las cosas con Damián?

—Bien, supongo, ¿cómo deberían ir? —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Ha sido fácil o difícil? —inquirió y pasó un pañuelo sobre los cuchillos.

—¿Qué exactamente?

—Tener una relación con él —aclaró. Echó el pañuelo dentro del bote y se volvió hacia mí—. Damián no es de las personas que mantienen algo serio o que siquiera mantienen algo con alguien. Me refiero a que hemos conocido a muchas chicas de Poe, novenas y presas que no tienen ni idea de quién es él, pero Damián nunca...

—No tenemos una relación —le interrumpí, aunque con un tono muy calmado. Tatiana asintió lentamente y entornó los ojos.

—Pero se gustan, ¿no es así?

—No podría confirmar nada por parte de él —me limité a decir. Ella exhaló.

—Si quieres un consejo, llévalo suave, con calma. Debes permitirle fluir solo. Él necesita entender que es posible sentir algo. Te lo digo porque también me costó mucho hacer que Archie se sintiera bien conmigo. ¿Que confiara en mí? Demonios, fue difícil porque es muy inestable, a veces demasiado paranoico. — Su expresión se tornó tensa, como si fuera a decir algo que no quisiera—. Mira, Padme, hay novenos que... hay novenos cuya naturaleza se vuelve en contra de ellos. La misma necesidad de matar los lastima. Nuestras mentes a veces se enferman, se intoxican, y la realidad cambia para nosotros, no sabemos distinguir una cosa de otra. Simplemente terminamos por volvernos locos, a menos que encontremos un equilibrio. Es posible que muchos lo ignoren pero los novenos, todo el tiempo, batallan consigo mismos para que la sed de muerte no los domine. Archie estuvo a punto de convertirse en nada. ¿Lo has oído hablar de su madre? En realidad, siempre fue su madrastra. Ella ya no existe a pesar de que él asegura que la oye. Antes escuchaba a cada persona que asesinaba, pero ahora solo a ella. Ha mejorado en cierta forma, pero a veces creo que llegará un día en el que la locura se apoderará de él. —Sostuvo mi mirada entonces y avisté un destello de preocupación en la suya—. No dejes que este mundo sea más fuerte que tu amor. Damián no es tu enemigo, su

naturaleza sí. A veces ni siquiera es él mismo. Así que pelea junto a él, gana y lo liberarás.

La puerta emitió un pitido por tercera vez, interrumpiendo nuestra conversación. El corazón volvió a latirme rápido hasta que vi a Nicolas entrar en la sala. Se encontró con nuestros rostros y el suyo manifestó confusión. Para ese momento yo ya estaba totalmente desconcertada. Si no había sido Tatiana quien me había citado allí, entonces, ¿era Nicolas?

—Padme —dijo él y luego pasó a ver a Tatiana—. Y...

—Tatiana —completó ella, dedicándole una mirada de desconfianza.

—¿Qué hacen aquí? —nos preguntó.

Escuté su rostro en busca de respuestas, pero solo percibí una confusión genuina. En verdad parecía no tener ni idea de nada.

—Yo cumplo con mi trabajo y Padme creo que pensaba practicar —se apresuró a responder ella.

Nicolas hundió el ceño. Todo su aspecto era impecable: el cabello lacio peinado hacia atrás, los intensos ojos azules y la barbilla limpia de cualquier asomo de vello. Sostenía un maletín negro, tenía las manos enguantadas en cuero marrón y la gabardina le quedaba justa. Parecía un socio de alguna película de la mafia.

—¿Practicar aquí? —inquirió él. Avanzó y entonces dejó el maletín sobre la camilla—. Pero esta sala es privada, ¿o acaso no te lo dijeron?

—No, la verdad es que no —mentí con mucha seguridad. Así que tampoco era él el autor del mensaje—. Me dieron esta.

—Qué extraño. Solo personas autorizadas por mí pueden entrar. Por eso está en el pasillo negro —replicó Nicolas. Su mirada tenía un tinte intimidante.

—Seguro fue un error, igual yo...

—Pero no hay ningún problema con que vengas aquí, puedes quedarte —se apresuró a interrumpir—. Si fueras alguien más, pondría la queja, pero se trata de ti así que en realidad sería un honor para mí practicar contigo. —Dudé y mi cara lo demostró. Si bien ya no me inspiraba tanto miedo como hacía poco, era posible que fuera él quien me estuviera vigilando. Nicolas notó mi indecisión, así que agregó—: Vamos, el día de la cacería de practica desapareciste tan de repente como Benjamin. Comenzaré a pensar que mi compañía te desagradaba lo suficiente como para echar a correr apenas se te presenta la oportunidad.

—Bueno, yo ya terminé por aquí —intervino Tatiana y avanzó hacia la puerta. Advertí que se iba y como en mis planes no figuraba quedarme a solas con Nicolas, me apresuré a seguirla y me excusé de la manera más amable posible: —Será en otro momento. Ahora tengo un par de cosas que hacer. Lamento la confusión con tu sala. Nos vemos luego.

Ambas atravesamos la puerta y avanzamos por el solitario pasillo negro.

—De acuerdo, ¿por qué estabas en la sala privada de Nicolas? En la recepción nadie se confunde. Son demasiado cuidadosos con las personas a las que le dan acceso a este pasillo —susurró Tatiana, buscando alguna respuesta en mi expresión. Pero ante mi silencio añadió—: Padme, puedes confiar en mí.

Sí, después de todo ella se había tomado la molestia de darme un recorrido por la cabaña. Ella había dado el primer paso y se había ofrecido a ayudarme para salvar a Alicia. Ella se había preocupado por mí después de que Benjamin me había atacado. Ella inspiraba calma, todo lo contrario al resto de la manada.

—Recibí un mensaje de alguien que me citaba allí. Me dio el código negro y por eso las recepcionistas me dejaron pasar. Pero llegaste tú y luego Nicolas y la persona que me citó no apareció en ningún momento.

—¿Y para qué te citaba? —inquirió, intrigada. Casi llegábamos al final del pasillo, así que hablé más rápido.

—No lo sé, quizás para chantajearme porque sabe que soy... bueno, eso. Primero pensé que podía ser una trampa, pero no pasó absolutamente nada.

—Esto puede ser peligroso... Si alguien lo sabe, toda la manada está en riesgo —murmuró. Su expresión adoptó un aire preocupado—. Investigaré quienes tienen acceso a la sala de Nicolas, quizás podríamos averiguar quién es.

—¿En serio puedes hacer eso? ¡Eres la ostia! —La detuve por un instante y le susurré—: Pero, escucha, ¿podríamos mantener esto en secreto? Es decir, no quiero que Damián se entere, ¿me entiendes?

—Claro —asintió de forma tranquilizadora—. Te entiendo más de lo que crees. No diré nada y te avisaré en lo que encuentre algo.

—Una cosa más —dije antes de que se fuera a cumplir con su trabajo—. ¿Sabes si existe alguna otra salida de la cabaña que no sea la que da al bosque?

—Sí, está justo antes de llegar al área privada de los superiores. Justo al frente de la entrada exclusiva, pero no está permitido andar por allí a menos que tengas un permiso. Si te pillan, te meterías en serios problemas. Mejor no te acerques por esos lares.

—Sí, solo tenía curiosidad. Gracias, nos vemos luego.

Tatiana siguió su camino hacia otro pasillo de un color distinto.

Yo, por mi parte, tenía algunas de sus palabras referentes a Damián rondándome la mente. Si los novenos batallaban consigo mismos, ¿estaría Damián peleando contra su naturaleza para equilibrarla? Adicional a eso, mi pregunta sobre una segunda salida de la cabaña tenía relación al asunto de las dimensiones. Si bien yo no era tan erudita como Eris, sabía unas cuantas cosas sobre aquello.

Suponía que como las dimensiones podían ser representaciones distintas de un mismo lugar, podía haber un Asfil en la dimensión primaria y un Asfil en la

dimensión alterna. Y quería averiguarlo. Lo necesitaba para desentrañar todo el misterio que los novenos le ocultaban a su propia especie.

Caminando y caminando llegué a un nuevo vestíbulo. Había dos accesos en él además de las lámparas decorativas y unas que otras pequeñas esculturas de formas desconocidas.

El primer acceso se extendía como pasillo hacia algún lugar y lo sellaba una puerta de rejas que a un lado tenía encajada una de esas cerraduras por las que había que deslizar una tarjeta. Y el segundo acceso era una puerta de acero con otra cerradura del mismo tipo.

No podía pasar por ninguna. No tenía tarjeta para aquello y tampoco se me ocurría una manera de conseguirla. Pero si una de esas dos puertas daba al Asfil de la dimensión alterna, ¿Por qué estaba tan protegida? ¿No permitían que cualquiera pasara?

Tuve que esconderme detrás de una columna porque un par de voces barrieron el silencio. Si me pillaban allí tendría problemas y no estaba para ocasionar más. Me oculté lo más que pude y tan solo de refilón reconocí la esbelta silueta y el espeso cabello azabache de la dirigente Gea. La mujer iba acompañada de un hombre enfundado en traje con porte inferior que sostenía una Tablet.

—... necesito que todo esté listo. Faltan solo diez días. No puede haber errores. Si todo sale perfecto podremos seguir organizando la Cacería de esta manera. Todos tienen una idea positiva de esto, así que cada detalle debe estar bien cuidado —dijo ella con un tono moderadamente autoritario.

Era incluso más impresionante de cerca, con la piel morena reluciente y lozana y los ojos oscuros delineados a la perfección.

—El transporte está listo. Los agentes a nuestro servicio se ocuparán de que el camión lleve a las presas sin problema alguno. No habrá policías por esa carretera. —informó el hombre que la acompañaba—. Por otro lado, el señor Aspen confirmó el recibo de sus cartas.

—¿Le explicaste que utilizaremos este medio de comunicación tan rudimentario porque el asunto es altamente confidencial? —inquirió Gea, bajando el volumen de voz.

—Sí, y lo aceptó sin problema alguno. Lo único que ha dicho es que necesita unas cuantas invitaciones exclusivas. Tiene algunos amigos que se alojarán con nosotros en la mansión hasta que pase la Cacería. Enviará los nombres esta noche.

—De acuerdo, después de todo es su propiedad y él no es cualquier persona —resopló ella con un toque de fastidio—. Dile que cualquier cosa que necesite estará a su disposición sin que me lo pregunte. Y pon vigilancia en la entrada del pasillo. No quiero que nadie se acerque por aquí.

Avanzaron hacia la puerta de rejillas y no pude verlos. Supuse que pasaron alguna tarjeta porque un pitido de confirmación llenó el vestíbulo. Luego el sonido metálico de la puerta al cerrarse junto al resonar de los pasos me indicó que poco a poco iban alejándose, y eché a correr por el pasillo en cuanto todo estuvo despejado.

Me detuve en la biblioteca como si no hubiera pasado nada. Las pocas personas leían en los sofás. Me acerqué al escritorio de la bibliotecaria, una mujer mayor, delgada, de mirada adusta con el cabello pintado sobre las canas y gafas culo de botella que acomodaba unas fichas.

—¿Hay libros sobre novenos? —inquirí de lo más natural. La mujer ni siquiera alzó la vista, continuó con lo suyo hasta que dijo:

—Pasillo cuatro, librero B.

Fui directo al pasillo cuatro y observé uno a uno los lomos de los libros del librero B. Había un par titulados «Cronología de los Dirigentes» y «Pequeñas Historias de grandes Novenos», y como el resto de los libros parecían tratarse solo de cómo ejecutar muertes, torturas y secuestros sin dejar ningún rastro de ello, me llevé esos después de adquirir una tarjeta de afiliación a la biblioteca y pagar veinte dólares por la misma.

Antes de salir me detuve frente a un enorme mural que había cerca de la entrada a la biblioteca. En él estaban colgadas un montón de fotografías enmarcadas y cada una tenía una leyenda. En medio había una fila de cuatro cuadros que mostraban los rostros de unos hombres vestidos de traje. Debajo de sus nombres estaba la palabra «Superior» y ninguno de ellos se llamaba Aspen.

Así qué la mansión Hanson le pertenecía a ese tipo, pero, ¿qué posición tan importante tenía dentro del mundo de los novenos si no era un superior?

Regresé a casa y apenas abrí la puerta la risa de mamá me llegó a los oídos. Sospeché que estaba con papá y que de seguro él le contaba algo muy gracioso. Me dieron ganas de unirme a ellos en una cena normal porque aquello siempre era un alivio, así que dejé los libros sobre el sofá, atravesé el pasillo hasta la cocina y me detuve en seco bajo el marco que separaba una sala de otra.

Mis ojos enfocaron dos cosas primero: Damián y el cuchillo. Y el cuerpo se me heló completamente hasta que caí en cuenta de que quien hacía reír a mi madre era él.

No supe entonces si lo que me sorprendió fue el hecho de verlo allí o de que alguien estuviera emitiendo una risa por su causa. Damián no era gracioso. Ni siquiera sonreía casi. Pero ahí estaba con un cuchillo en la mano, picando zanahorias y su expresión facial lucía... ¿agradable?

Mi madre estaba sentada al frente con la barbilla apoyada en la mano, mirándolo como si fuera el mejor comediante del mundo.

—... y yo le dije: ¡corre antes de que descubran que te trajiste la lata del supermercado! Así que mi madre y yo nos echamos a la fuga —terminó de decir él.

Mi madre soltó una carcajada. Quedé boquiabierta. Me imaginé como una caricatura con la boca llegando al piso y los tan ojos abiertos como dos faroles. No creía lo que veía.

—¡Padme! ¡Amorcito! —exclamó ella al notar mi presencia. Se levantó de la silla y se acercó para darme un beso en la frente—. Mira, Damián vino a visitarnos. Ya me contó que se han estado juntando. Me parece estupendo. Ya era hora. —Soltó una risa—. Le comenté sobre eso de que lo buscabas para jugar cuando eras pequeña, ¿lo recuerdas?

—Como olvidarlo... —murmuré.

La voz me salió áspera. Tragué saliva para aligerar.

—Me estaba contando cómo superó su enfermedad y un par de cosas graciosas que le sucedieron con Diana en el supermercado —siguió ella. Me puso la mano en los hombros y me condujo hacia una de las sillas de la isleta de cocina.

—Tu madre estaba preparando la cena cuando vine, así que me ofrecí a ayudarla —dijo él.

Su boca se curvó en una inquietante pero encantadora sonrisa. De nuevo sentí que tenía que frotarme hasta la cara para creer lo que estaba sucediendo.

—Se quedará a cenar con nosotros, es un amor —soltó mi madre y se volvió hacia la alacena para coger algo.

En ese momento mi rostro se transformó en un gesto de absoluto desconcierto, y ante eso Damián respondió con una expresión totalmente enfermiza. Amplió su macabra sonrisa, se llevó el índice a los labios y emitió un shh mudo. Con el cuchillo aún en la mano troceó de forma sonora un trozo de zanahoria y di un salto sobre el asiento.

Aquello lo divirtió.

—¿Cenará con nosotros el padre de Padme? —le preguntó él a mi madre. Ella colocó un tazón cerca de la estufa con mucha tranquilidad.

No tenía ni idea... Esa mujer no tenía ni idea de quién era el tipo que estaba a su lado.

—Oh, no, cariño. Llegará tarde hoy. Seremos solo nosotros.

—Ah —emitió él, troceando el resto de los vegetales. Ni siquiera sonaba tan distante como siempre. Era como si fuera... normal—. Quería explicarles que si Padme se ha estado ausentando mucho es mi culpa. Me sobrepaso invitándola a demasiados lugares.

—No pasa nada, cariño. —Mi madre hizo un gesto para que le restara importancia—. Me encanta que salga con sus amigos y ahora sé que si está contigo no debo preocuparme. Además, divertirse le hace bien.

—Entonces, ¿no hay ningún problema? —preguntó él.

—En lo absoluto. —Mi madre sonrió complacida—. Este es el tipo de amigos que Padme necesita, personas sanas que le permitan refrescar su mente. Siempre me han agradado Eris y Alicia, pero a veces se rodean de chicos que no parecen traer nada bueno.

El timbre de la casa sonó. Mi madre fue a ver quién era y justo cuando puso un pie fuera de la cocina me levanté del asiento y le di un empujón a Damián en el hombro para que dejara de cortar los estúpidos vegetales.

—¿Qué haces aquí?! ¡¿Ah?! —solté en un susurro colérico. Su comisura derecha se alzó de forma casi burlona.

—¿Qué? ¿No puedo venir a visitar a mi suegra? —replicó igual de bajo, apoyándose de perfil en la isleta, muy cerca de mí.

—¿Cuál sue...?! ¡Esto es ridículo! —bufé, apretando los dientes—. Damián, no te acerques a mi familia así o yo te juro que voy a...

—¿A matarme? —completó con total tranquilidad—. Bueno, eso sería interesante. El cazador cazado. Pero qué lástima que tú no mates ni las esperanzas de alguien.

—Eres un mentiroso, le estás mostrando a mi madre algo que no eres y es suficiente, ya deja esto.

Sus ojos, que habían estado transmitiendo una serenidad impecable, sufrieron un ligero cambio. De repente su expresión fue más dura y seria, totalmente propia del verdadero Damián.

—¿Estás segura de que soy yo el mentiroso? —inquirió. Su voz dejó de sonar agradable—. ¿En dónde estabas hace un rato? Porque no aquí con tu madre pasando tiempo juntas como dijiste. Así que, ¿quién mintió primero?

—No tengo por qué decirte en dónde estaba —me limité a decir de mala gana. Su mano me tomó la barbilla y me enderezó el rostro para que le mirara. Luego él se inclinó hacia adelante, acercó su cara a mi cuello y me olió como si estuviera intentando percibir algo en mí.

—Espera, ¿ese es tu nuevo perfume «estoy a punto de ocasionar otro lío»? Porque hueles a puros problemas, Padme. —Le di un manotazo para que apartara la mano. Él frunció más el ceño—. Si no sé lo que estás haciendo, no puedo tratar de arreglar la mierda que hagas llevándote por tu estúpida moral, ¿entiendes?

—No estoy haciendo nada que pueda causar problemas, ¿entiendes tú? —refuté, sosteniéndole la mirada de una manera retadora hasta que entornó los

ojos y su boca se curvó en una sonrisa que por todos los ángulos debía verse maliciosa—. Todo esto te divierte, ¿no es así? —le pregunté—. Fingir que eres normal, venir aquí a dártelas del mejor tipo del mundo, y mi madre está encantada contigo que es lo peor...

—¿No te dije que puedo ser muy agradable cuando quiero? —comentó, encogiéndose de hombros.

—Pues métete tu faceta agradable ya sabes por dónde y lárgate. —Le arrebaté el cuchillo de la mano y le di un empujón—. No te quiero cerca de mis padres. Ellos no tienen nada que ver con esto.

Tan rápido como yo pude quitarle el cuchillo, me tomó por las muñecas y me acercó a él. Aquello me tomó por sorpresa. Aquello era nuevo: Damián ejecutando una maniobra que implicaba contacto porque mi pecho golpeó el suyo. Primero se aparecía en una perfecta actuación de chico normal y luego eso. ¿Qué carajos estaba sucediendo?

—Ya no me tienes miedo, ¿cierto? Finalmente te diste cuenta de que no debes temerme. —Susurró. Su fresco y cálido aliento me acarició los labios a pesar de que entre nuestros rostros había cierta distancia—. No les haré nada a tus padres. ¿Eso es lo que te preocupa? No tendría por qué. Así que podemos tener una cena tranquila y normal como te gusta. ¿O tanto te molesta mi presencia?

—Me molesta no saber con qué intención estás haciendo esto. Si se trata de ti, hay algo más, ¿no? Como cuando intentaste esa estupidez de probarme —murmuré con cuidado de no caer en un momento de debilidad. Tenerlo tan cerca... Tan dócil... Tan distinto... ¿Era eso lo que había debajo de su naturaleza?

—Sospeché que me estabas mintiendo desde que saliste de la casa de Poe, entonces vine a ver si era cierto porque no sé si te has dado cuenta de que tú sola sueles hacer demasiados desastres —confesó y soltó mis muñecas. No tuve una respuesta inmediata. De modo que él volvió a coger el cuchillo—. Así que tranquilízate porque llevo una hora aquí con tu madre y sigue viva. —Su expresión se transformó de nuevo en el falso y encantador Damián—. Por cierto, ¿es verdad que hasta los catorce años te levantabas de noche diciendo mi nombre porque soñabas conmigo? ¿No es eso demasiado pervertido para una niña?

—¡Agh! ¡Eres un estúpido idiota! —exclamé de forma colérica propinándole un par de golpes en el hombro.

Mi madre interrumpió la escena, pero no se dio cuenta de ella porque traía consigo una gran canasta de frutas.

—Era la vecina Janice, volvió de su viaje y trajo esto como regalo. —Puso la canasta sobre la isleta y nos observó con una ingenua alegría—. ¡Terminemos de preparar la cena entonces! Me ruge el estómago.

—Ni que lo diga, yo hasta podría matar por el hambre —añadió Damián, ensanchando la sonrisa.

Y sí que disfrutó mi cara en ese momento.

—Eres un maldito cínico —solté apenas entramos en la habitación.

Mi madre parecía haber caído en una especie de encanto, porque había permitido que Damián entrara a mi habitación un rato. La cena había estado de lo más normal. Ella se había reído de cada cosa que él decía mientras que yo había pinchado los vegetales con agresividad imaginando que eran su cara.

—No me consideraría menos —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Lo disfrutaste bastante?

Dejé sobre la cama los libros que había cogido del sofá.

—¿Para qué mentir? Tu cara fue casi un poema.

Él comenzó a pasearse por la habitación, mirando cada cosa que había como las fotografías adheridas a un pequeño mural en la pared.

—Lo que estaba haciendo esta tarde era buscar algunos libros en la biblioteca de la cabaña —confesé después de sentarme en la cama y soltar una exhalación.

—¿Libros sobre qué?

—Sobre los novenos, ¿o también está mal intentar averiguar sobre ellos para poder entenderlos mejor? —contesté, girando los ojos. Damián no se inmutó, siguió curioseando desde el escritorio hasta el peinador.

—No, es una buena idea.

—Pero no había libros sobre la especie en sí —dije y cogí el titulado «Cronología de los dirigentes» para empezar a echarle un vistazo—. Solo estos que hablan de los dirigentes y algunos pequeños relatos. ¿Tú puedes decirme algo sobre ellos? ¿Sabes algo sobre sus orígenes?

—Solo sé lo que todos saben. —Se encogió de hombros. Tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón, pero las sacó para coger un tubillo amarillo lleno de mentitas verdes—. Que no hay un origen específico. Ya existían novenos hace mil años, creo, y se han mantenido hasta ahora por proteger el secreto.

—Contar el secreto es lo más peligroso, entonces.

Dejó el tubillo a un lado y examinó lo demás.

—Sería el inicio de nuestra destrucción. Como tu mundo no entiende el mío y lo tacha de incorrecto, acabarían con nosotros.

—Entiendo —asentí mientras hojeaba el libro. Salían muchas personas la mayoría hombres, y algunas fechas ni siquiera estaban disponibles, solo se les consideraba dirigentes hasta que el siguiente aparecía—. ¿Y de casualidad conoces a alguien llamado Aspen? —le pregunté—. ¿Algún superior o persona importante?

Él se volvió hacia mí y me echó una mirada curiosa.

—No, ¿por qué? ¿Quién es?

—No lo sé, solo lo escuché en la biblioteca. Un grupito estaba hablando de que es el dueño de la mansión Hanson.

Damián se lo pensó un momento. Había algo en su aspecto que, a pesar de lucir cansado, resultaba atractivo.

—Uhm, yo no, la verdad es que suelo olvidar los nombres. Quizás lo conozco, pero ni siquiera lo recuerdo.

Hombres y más hombres como dirigentes. Tipos de rostros severos, miradas de acero y expresiones herméticas. Todos habían resguardado la existencia de los novenos. Todos habían sido respetados. Todos habían muerto asesinados.

—¿Nunca te ha interesado saber más sobre tu especie? —indagué.

Damián hizo un gesto de legítima ingenuidad. No lo sabía. Él, como sospechaba que al igual que muchos, no tenía ni idea de la influencia de la dimensión alterna.

—¿Somos una especie?

—Sí, eso creo. No eres un humano normal, es obvio. ¿No quisieras saber qué eres exactamente o de dónde provienes?

—¿Qué ganaría con saberlo? —inquirió como respuesta con total desinterés.

—Respuestas. Posibilidades. Nuevas direcciones... —señalé y llegué a la página del libro en donde figuraba Gea, la primera dirigente femenina en la historia de los novenos—. ¿Nunca hubo algo que no te quedara claro? ¿Nunca te preguntaste por qué? ¿Nunca tuviste problemas con tu naturaleza?

—Ya vas a empezar... —resopló, pero le interrumpí antes de que continuara:

—Escucha. Me has dicho que deje de negarme a esta vida, ¿no es así? Lo estoy haciendo. Ahora necesito que tú dejes de negarte a responderme. —Él puso mala cara—. Es decir, soy prácticamente la única persona en este mundo que te soporta a pesar de lo imbécil que eres, ¿te has dado cuenta? Y aunque digas que no estamos unidos, estamos más atados que nunca. —Dio algunos pasos hasta llegar a la cama y se sentó junto a mí—. Ya sé que para ti es muy difícil expresar algo, o que incluso dentro de ti todo es una batalla por quien gana el control, si tú o tu naturaleza, así que, ¿vas a seguir creando distancia entre nosotros?

—Has estado averiguando cosas, ¿no es así? —preguntó, entornando los ojos. Por un instante me sentí más astuta que él.

—Solo cosas que me ayuden a entenderte.

Según el libro, Gea tenía treinta dos años, estaba graduada en abogacía, era divorciada y también la única que hacía todo lo posible por devolverle a los novenos las costumbres que se habían eliminado por ponerlos en peligro. Había una frase suya en la que aseguraba que ya había pasado demasiado tiempo

desde los incidentes que llevaron a suprimir los eventos de la Cacería, por lo que era momento de restaurarlos.

—De acuerdo, quizás me interese saber más sobre los novenos, pero aunque quisiera no hay muchas referencias —dijo Damián—. Esas serían pistas sobre nuestra existencia y es mejor que no estén a disposición de cualquiera.

—¿Y si hubiera referencias? —me apresuré a decir, poniendo total atención en él—. Y si hubiera una explicación a lo que eres, ¿te gustaría saberla?

—Me parece que quieres decirme algo importante, ¿no? Así que suéltalo ya. Titubeé por un instante. Decírselo no era ningún problema, merecía saberlo, sobre todo porque si su naturaleza era también una esencia peligrosa, quizás había alguna respuesta en las investigaciones de Brown que pudiera ayudarlo. Pero contárselo sin más no tenía chiste. Si a Damián le interesaba algo, hacía lo que sea por conseguirlo. Acababa de comprobarlo en la cena. Había fingido ser normal de una forma casi perfecta, entonces, ¿qué haría por saber lo que había descubierto?

—Bueno, sé por qué naciste siendo un noveno. Sé la verdad, por supuesto.

—¿Y cómo lo averiguaste? —me preguntó. Estaba impactado, pero lo disimulé bien.

—Te lo diría, si es que confiaras en mí.

—He dicho que lo hago. —Hundió el entrecejo como un niño que acaba de hacer el mandado y exigía su recompensa—. No juegues con esto, así que dime.

—No estoy jugando con nada. Te diré lo que descubrí solo cuando dejes de levantar muros entre ambos —dije con simpleza, pasando con lentitud las hojas del libro.

—Tengo poca paciencia, Padme...

—Y yo tengo mucha, Damián. Así que esto puede durar bastante.

Inhalé hondo y recosté el torso en el espaldar de la cama, adoptando una posición más relajada. Eso lo irritó. Tensó la mandíbula, pero no hizo ningún movimiento. Ahora yo lo disfrutaba.

—¿Qué quieres exactamente? —dijo finalmente.

—Háblame de tu padre —respondí.

Desvió la mirada y la fijó en algún punto de la habitación. Su expresión se tornó arisca. Juntó las manos por delante, apoyó los antebrazos en sus piernas y observé lo tensos que estaban sus dedos.

—Él murió.

—Lo lamento tanto... —murmuré—. ¿Cómo murió?

—Cerró los ojos y dejó de vivir —dijo de mala gana.

—¿Por qué eres tan literal? —solté, girando los ojos.

—No haces preguntas específicas, aunque no deberías hacer ninguna.

—Bien, ¿a causa de qué murió tu padre? —corregí con detenimiento.

Él no contestó de inmediato. Se tomó unos segundos. Lo pensó. Lo consideró. Se estrujó un poco las manos —gesto que me extrañó—. Formó una línea con su boca. Pensó y pensó. Hasta que confesó:

—Lo maté.

—¿Por qué hiciste eso?! —inquirí bruscamente.

—Qué ruidosa... —murmuró con hastío. Se pasó la mano por la cara como si algo lo frustrara e intentó cambiar de tema—. ¿Qué fue lo que descubriste?

—¡Estoy preguntando yo! ¡Respóndeme!

—Ya hiciste suficientes preguntas —se limitó a decir. Tenía los dientes apretados.

En ese preciso instante mi teléfono vibró. Lo saqué de mi bolsillo para echar un vistazo y la notificación emergente me permitió enterarme rápido de qué se trataba:

TE DIJE QUE FUERAS SOLA.

ÉL ESTÁ MÁS CERCA QUE NUNCA.

ASÍ NO PUEDO AYUDARTE.

Alcé la vista hacia Damián y apagué la pantalla del teléfono antes de que pudiera alcanzar a ver algo. Podía reaccionar al mensaje en cuanto se fuera porque en ese momento estaba impresionada por su confesión. Así que aquel hombre de aspecto duro que había visto en la fotografía del pasillo de su casa...

—Damián, ¿por qué mataste a tu padre? —insistí, escrutando su rostro a la espera de sus motivos—. Dime, ¿por qué lo hiciste? ¿Fue por...?

—Damián por qué esto, Damián por qué lo otro. ¡Padme, a veces no sé por qué hago las cosas! —soltó de repente, disgustado. Se levantó de la cama y dio algunos pasos apresurados por la habitación—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Por qué haces tantas preguntas? ¿Por qué siempre quieres respuestas? ¿Por qué no dejas de ser tan curiosa? ¿Por qué tú...?

—Es que yo...

—¿Es que tú quieres saberlo todo! ¡Siempre! —bramó con una furia feroz.

—Damián... —intenté decir, pero eso lo empeoró.

—¿Sabes que solo escucho tu maldita voz en mi mente?! ¡Haces que me duelan los oídos! —exclamó, poniéndose las manos en la cabeza—. ¡¿Por qué haces esto?! ¡¿Por qué no haces aquello?! ¡Quiero que te calles! ¡Ya cállate!

Se transformó completamente. Pasó de la calma a un agite frenético. Y la histeria latente de la que estaba siendo víctima se manifestó en su rostro con una mueca de ira y angustia que me dejó helada.

Hasta que se dio cuenta de ello.

Se detuvo en seco mientras el pecho le subía y le bajaba, y entonces sus ojos se abrieron como si acabara de darse cuenta de algo.

Así que pelea junto a él, gana y lo liberarás.

Reaccioné en ese preciso instante. Me acerqué a él tan rápido como pude y, aunque estaba frenético, puse mis manos en su rostro. Por un segundo mis dedos temblaron de temor, pero luego se estabilizaron y le obligué a mirarme. Parecía no reconocer mi cara, sin embargo, insistí.

—Damián, mírame, estoy aquí, ¿sí? Estaré aquí. Cálmate. Te entiendo, lo entiendo todo —le dije con la voz más firme que pude emitir. En un gesto más osado deslicé una de mis manos hacia su inquieto pecho. La dejé reposar allí, sintiendo cómo su corazón golpeaba con fuerza, y susurré—: Tranquilo, vuelve a ti.

Sus ojos, desorbitados con incredulidad, me miraron mientras su pecho empezaba a estabilizarse. No dejé de sostenerle la mirada. No aparté mis manos de su cuerpo. Todo lo contrario, me mantuve cerca de él esperando a que se sosegara y su expresión regresara a la inmutabilidad habitual. Quise hacer más, poder ayudarlo, pero no tenía idea de cómo hacerlo de otra forma que no fuera esa.

—¿Damián? —susurré después de un momento.

Me dio la impresión de que algo cambió, de que ya estaba más tranquilo, de que podía emitir sonido, pero apartó mis manos y sin pronunciar palabra salió de la habitación a paso rápido. Y yo me quedé en el sitio, pasmada, tratando de darle una explicación en mi cabeza a lo que acababa de suceder.

Él había perdido el control de un momento a otro igual que Archie, pero Damián siempre era más inalterable que los demás, sus cambios eran momentos de ira comunes; no obstante, ese había sido un episodio de histeria. ¿Había explotado en una histeria dolorosa por mencionar a su padre? ¿Al padre que él mismo había asesinado?

¿Acaso Damián... se arrepentía de haberlo hecho?

¿Qué sucedía realmente en su interior?

Capítulo 11: La eterna batalla entre el humano y el Noveno

—Así que aquí vive Poe —comenté, inclinando la cabeza hacia atrás para admirar la estructura que teníamos ante nosotros.

Aquel conjunto residencial era conocido por ser muy exclusivo. Solo la gente más importante de Asfil podía mantener una vivienda allí. Se separaba en tres secciones en donde la tercera era un área mucho más privada y más costosa con enormes ventanales que daban vista a todo. Nosotras ya habíamos visitado ese lugar, pero no habíamos pasado de la primera sección que era en donde vivía Alicia.

—No entiendo por qué tuvimos que venir a entrenar aquí, ¿no podía ser en la casa de Damián? —se quejó Eris.

Acabábamos de bajar del auto e íbamos subiendo la escalerilla hacia la puerta de entrada.

—Damián dijo que Poe tiene un patio más grande. ¿Es que no te agrada? Parece que tú les agradaste mucho ayer —dije, echándole una mirada de complicidad. Toqué el timbre de la puerta. Había una notable diferencia entre la fachada de esa casa y la de las otras. Las demás tenían cristales transparentes mientras que los incontables cristales de la vivienda de Poe no permitían ver lo que había o sucedía adentro.

—No me gustan los hombres que desprenden unas insaciables ganas de llevarse a alguien a la cama —replicó con el ceño ligeramente hundido por la molestia de estar allí—. Se ve que solo tiene la cabeza llena de eso.

Un minuto después alguien abrió la puerta. Un muchacho delgado y muy joven vestido de traje, de espeso cabello negro y piel tan blanca e integra, se detuvo al otro lado con las manos juntas por delante y la mirada fija en el suelo. No obstante, lo que nos dejó echándole un largo vistazo fue la correa dorada que llevaba en el cuello y la expresión tan dócil que entonaba su rostro.

—Ustedes deben ser las señoritas Eris y Padme, el señor Verne las está esperando en el patio junto al señor Damián. ¿Pueden seguirme, por favor? —indicó con un tono de voz tan bajo, suave e inocente que me dejó boquiabierta. El muchacho se dio la vuelta y comenzó a caminar. Eris y yo reaccionamos y le seguimos.

—No me digas que tiene un... —le susurré a Eris muy asombrada a medida que avanzábamos.

—Sí, te lo dije, ese tipo no tiene más nada en la cabeza —murmuró ella, marcando más su ceño fruncido.

El interior de la casa era amplio, blanco, perfectamente decorado y pulcro. Había un par de pasillos que se extendían hacia otros lados y una larga y

moderna escalera en forma de caracol que llevaba al segundo piso. Y cuadros por todas partes. Algunos hermosos y otros escalofriantes como uno en donde se mostraba un tipo amarrado con cuerdas, recostado en el suelo bajo un enorme y afilado péndulo que parecía a punto de filetearlo.

Finalmente atravesamos una gran puerta que parecía más bien un ventanal y salimos a un enorme patio cuyo césped era tan verde que daba la impresión de haber sido sacado de una fotografía. Altos muros de arbustos lo rodeaban y un pequeño pasillito bordeado por rocas de diferentes tamaños parecía conducir a una alberca. Bajo un techito de madera, de pie junto a una mesa de jardín, se encontraban Damián y Poe, hablando.

El muchacho nos condujo hacia ellos.

—Gracias, Dan, puedes retirarte —le dijo Poe al chico y extendió la mano para revolverle los cabellos.

A Dan se le coloraron las blancas mejillas y solo asintió con la cabeza para después irse sin decir nada.

—¿Por qué le pones una correa a ese chico como si fuera un animal? —escupió Eris en tono de reproche. Poe, fresco gracias a la luz del sol, se encogió de hombros.

—¿Que yo se la pongo? Es solo un accesorio que a él le gusta usar. Tiene gustos extraños ese chico —respondió encogiéndose de hombros. Luego amplió la sonrisa y le restó importancia a ese tema—. Bien, ¿están listas para comenzar con lo bueno?

—Muy listas —asentí, un tanto entusiasmada—. ¿Cómo entrenaremos?

—Damián, ¿haces los honores? —le dijo Poe, divertido.

Damián se volvió hacia la mesa de jardín, cogió una manta negra que tenía envuelto algo y la desenvolvió poco a poco hasta que un par de impresionantes cuchillos quedaron a la vista. Uno de ellos tenía la empuñadura de cuero de color vinotinto y la hoja parecía más delgada que los cuchillos convencionales, pero mucho más filosa. Y el otro tenía la empuñadura tan roja como la sangre y la hoja era más curva.

—Son dagas —explicó Damián, mostrándolas—. Cada noveno tiene un arma propia. Nuestra manada usa dagas, así que estas son para ustedes. Tienen que llevarlas en todo momento, siempre. Un noveno nunca sale desarmado. La tuya es la vinotinto, Padme.

La cogí. Eris cogió la otra. Los rayos de sol golpearon las hojas y las mismas brillaron. Eran preciosas.

—Les enseñaremos cómo usarlas y añadiremos un par de truquillos para defenderse en caso de que un gigante estilo Benjamin las acorrale —agregó Poe.

—¿Y en dónde se supone que las llevaremos todo el tiempo? —inquirió la pelirroja.

Damián se inclinó, alzó el borde de su pantalón y justo por encima de sus botas mostró una daga de empuñadura negra envainada en una funda.

—Ah, ahí —emitió ella, mirando con curiosidad.

—O en la cintura —señaló Poe, echándole un vistazo que le hizo contraer el rostro en un gesto de repulsión—. Tengo muchas fundas, puedo darles algunas.

—Admitiré que esto comienza a agradarme... —murmuré, contemplando la daga en mi mano—. ¿Usan estas dagas para todo? Es decir, ¿atrapar una presa, defenderse...?

—Estas son para defendernos de los propios novenos. Siempre hay conflictos, es algo normal. Casi nunca las manadas están en paz con otras, así que es mejor prevenir. Para las presas el asunto es distinto, atrapar una es casi un arte. Hay que tener sumo cuidado, pero eso no es lo que les enseñaremos hoy —expuso Poe tal cual maestro que daba una clase.

—Primero deben aprender a pelear como novenas y para eso deben empezar a pensar como unas —añadió Damián, haciendo énfasis en las últimas palabras mientras me observaba con los ojos entornados.

—De acuerdo, haremos todo el esfuerzo —aseguré.

Una muchacha muy parecida a Dan, vestida con un traje negro de sirviente, atravesó el patio empujando un carrito plateado. Tenía la misma expresión lozana y sumisa que el chico, y sus enormes ojos azules parecían puertas al cielo. Con todo el esfuerzo detuvo el carrito frente a nosotros y con la mirada fija en el suelo y las manos juntas por delante dijo:

—Aquí está la Ambrosía que ordenó, señor Verne. —Había una majestuosa botella y cuatro copas sobre la bandeja del carrito—. Y acaban de llamarlo para saber si estará presente en la próxima exposición de textos antiguos. Necesitan su participación como socio de la biblioteca.

—Sí, Mimi, ve y confirma mi participación —contestó él mientras cogía la botella de Ambrosía para descorcharla—. Y dile a Colins que se ocupe de enviar las cartas a la asociación.

Mientras Mimi escuchaba, alzó furtivamente la vista en dirección a Damián. Sus mejillas adquirieron un tono rosáceo tan fácil como yo podía sacarme un moco que molestaba. Pero Damián no lo notó. Estaba muy ocupado jugando con su propia daga que se había sacado de la funda.

—¿Mimi? —le llamó Poe, buscando respuesta en su rostro. La muchacha dio un respingo y lo miró con vergüenza.

—Lo siento, señor —musitó torpemente—. He oído su orden.

—De acuerdo, puedes retirarte —le permitió él.

Mimi se alejó en un santiamén.

—Activaremos el cuerpo antes de comenzar a entrenar —avisó Poe. Pero Eris se le había quedado mirando con curiosidad.

—¿Eres socio de una biblioteca? —le preguntó.

—Les pido que me llamen socio para mantener algo de modestia, pero soy beneficiario de unas cuantas —contestó, vertiendo el líquido en las copas. Mis ojos estaban fijos en ese exquisito chorro de elixir.

—Es casi dueño de seis bibliotecas del país —lo delató Damián—. Muy modesto, por supuesto. ¿Comenzamos o hablaremos de la bondad nata de Poe?

—Sí, mejor comencemos —afirmó Eris sacudiendo la cabeza.

—Uh... Quizás él no solo tiene «eso» en la cabeza —le murmuré a la pelirroja que me dedicó una mirada fulminante y luego con ansias cogí mi copa de Ambrosía.

Los demás tomaron las suyas. Poe tomó la iniciativa, elevó su copa y con una flamante sonrisa exclamó:

—Por las novenas que están a punto de conocer lo que es vivir de verdad.

Después de que la ambrosía sirvió como dosis de adrenalina, Damián y Poe se encargaron de enseñarnos lo básico: cómo sacar rápido el cuchillo; qué puntos eran los más débiles en un hombre; de qué manera podíamos zafarnos de un agarre; cómo podíamos improvisar un arma con lo que tuviéramos cerca; qué cosas no debía decir un noveno; cómo un noveno se las arreglaba para ser tan sigiloso, e incluso nos dijeron algunas de las reglas menos radicales como que había que evitar en todo lo posible crear conflictos entre manadas —aunque nadie respetaba esa— o que un noveno prefería ser asesinado o suicidarse antes que ser atrapado por la justicia.

Cuando dieron las cuatro, avisé que debía irme a casa. La excusa que utilicé fue que mi madre estaba comenzando a notarme lejana y quería pasar tiempo conmigo. Ni siquiera Eris sabía a dónde iba en realidad, y era lo ideal porque el mensaje había especificado que debía ir sola. Y porque si era una trampa prefería que me atraparan a mí.

Tomé un bus que me dejó en el pueblo y desde allí caminé hacia el bosque. Era la primera vez que iba tan temprano a la cabaña así que cuando atravesé la puerta casi no había gente. El vestíbulo principal estaba despejado, el gran telón ocultaba el fondo de la tarima y los pocos grupos presentes se encontraban muy ocupados en las secciones privadas.

Avancé según el recorrido que me había dado Tatiana. Pasé por el bar en donde más andróginos de los que creí que existían estaban preparando todo para la noche; pasé por el casino en donde tan solo algunos viciosos estaban apostando; seguí hasta la biblioteca y me adelanté por ese pasillo que ella había

señalado sin mostrarme. Después de eso no sabía qué había, pero continué como si el camino fuera conocido para mí.

Me recibió un corredor que se me antojó tenebroso. Era largo, poco iluminado y las paredes estaban tapizadas de púrpura. El final era una encrucijada de caminos, un espacio circular en donde en el centro aguardaban un par de elegantes mujeres detrás de un reluciente recibidor. Y los pasillos se extendían a ambos lados con pequeños carteles de colores como indicadores, seguro de destinos distintos.

—Vengo al área de prácticas —avisé una vez me acerqué al recibidor. Una de las mujeres, bastante seria, me echó un vistazo como esperando algo. No supe qué, así que ante tanto silencio agregué—: Me llamo Padme Gray.

—Ajá, Padme, pero, ¿qué necesitas exactamente? ¿El vestíbulo general, una sala compartida o una sala exclusiva? ¿Preparada o no preparada? ¿Tienes un pase Violeta, un código Negro o piensas pagar en Verde? —preguntó en un tono que me intimidó.

Traté de no verme tan desorientada. ¿Verde, violeta, negro? ¿Qué carajos...?

—Tengo un código —dije apenas lo recordé. La mujer asintió para que se lo dijera—. F20.0.

Al escucharlo comenzó a teclear algo en una laptop de primera. Sus dedos se movían tan rápido que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo a pesar de que me incliné un poco con la intención de mirar.

Finalmente dejó de teclear y movió un capta huellas sobre el recibidor.

—Pon tu pulgar derecho aquí —me pidió. Para ese instante ya estaba nerviosa, pero no me quedó de otra que hacerlo. Un pitido de aprobación llenó el vestíbulo. Casi exhalé de alivio—. Pasillo negro, sala siete —añadió y me ofreció una tarjeta muy parecida a las de crédito con tan solo una franja plateada.

Tomé la tarjeta y avancé por el pasillo que tenía el cartel color negro. De nuevo ese ambiente tenebroso, casi de encierro, me erizó la piel. Había puertas a cada lado del corredor con números que iban de forma creciente. Y el silencio era tan denso que por un instante consideré el darme vuelta y no llegar al final de aquello.

Me detuve frente a la puerta número siete. El cerrojo era tan moderno como los de un hotel que requería pasar una tarjeta para poder entrar. Deslicé la que me habían dado y un suave pitido acompañó el movimiento de la puerta al abrirse. La sala estaba sumida en una espesa oscuridad, pero apenas puse un pie adentro las luces se encendieron una a una. No había nadie. Olía a alcohol medicinal y a desinfectante. La puerta se cerró tras de mí con otro pitido y di un respingo. Luego, con el corazón laténdome un poquito más rápido, avancé por el interior llevada por la curiosidad.

Había una camilla de metal en el centro con correas que le colgaban a ambos lados. Un par de armarios del mismo material se arrimaban contra una pared y unos cuantos estantes repletos de recipientes, cuchillos, látigos, mazos, pinzas, ganzúas y herramientas —posiblemente de tortura— se hallaban más hacia la esquina. Un lavamanos, una caja de primeros auxilios y un espejo conformaban una pequeña sección aparte. Y un enorme y ancho armario estaba encajado en una segunda sección.

Fui hasta él, lo abrí quedamente y cuando vi los cuerpos salté por el susto y me tapé la boca para ahogar el grito. Luego me tomó un par de segundos entender que no eran cuerpos humanos, sino muñecos. Muñecos de tamaño real de ambos géneros con pieles que podían engañar y cabellos tan lacios que debían ser de las mejores pelucas. Muñecos tiesos, fríos y escalofriantes que seguramente servían para practicar.

Di un salto cuando la puerta emitió otro pitido y se abrió. El corazón me latió ya sin control, pero el desconcierto lo tranquilizó cuando vi a Tatiana cerrar la puerta con el pie porque traía consigo una pila de toallas blancas, un bote colgando del antebrazo y los audífonos encajados en las orejas. La contemplé desde la pequeña sección, confundida. ¿Era ella? Pero, ¿por qué tanto misterio para decírmelo?

Reuní valor y me atreví a hablar.

—¿Tatiana? ¿Tú...? —dije, pero ella tarareó algo y avanzó hasta uno de los armarios.

Entonces comprendí que no me escuchaba, así que me le acerqué, le puse una mano sobre el hombro y ella saltó tan de repente que las toallas volaron por los aires y cayeron al pulcro suelo. Sus ojos se abrieron tanto que reconocí el desconcierto en ellos.

—¡Padme! —exclamó después de quitarse los audífonos. Se puso una mano en el pecho como para calmarse—. Maldito susto me diste, por todos los novenos, ¿sales así de la nada siempre? —Soltó una risa nerviosa—. Archie suele hacer eso y créeme que ya casi no tengo nervios por su culpa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté directamente.

Ella se agachó para recoger las toallas y un segundo después la imité para ayudarla.

—Ah, bueno, trabajo aquí por las tardes, ¿no lo sabías? —respondió con afabilidad—. No todos tenemos la suerte de Poe, así que nos toca buscar empleos. A esta hora debo abastecer las salas, ya sabes, toallas, guantes, un par de cosillas. —Nos levantamos y ella colocó todo dentro del armario—. ¿Y tú has venido a practicar?

—Sí, algo así —mentí. No. No era ella quien me había citado allí. No podía serlo porque no tenía ni idea de nada. Parecía demasiado absorta de los mensajes—. Damián y Poe han estado enseñándonos a Eris y a mí un par de cosas para que sea más fácil adaptarnos. Le estoy poniendo mucho empeño.

—Ah, Eris es la chica nueva. —Cerró el armario y sacó una caja de guantes de látex del bote que aún le colgaba del antebrazo. Los dejó sobre la estantería y se giró para dedicarme una mirada de complicidad. Tenía el cabello recogido en una coleta y parecía de lo más normal entre todas esas herramientas de tortura—. ¿Y cómo van las cosas con Damián?

—Bien, supongo, ¿cómo deberían ir? —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Ha sido fácil o difícil? —inquirió y pasó un pañuelo sobre los cuchillos.

—¿Qué exactamente?

—Tener una relación con él —aclaró. Echó el pañuelo dentro del bote y se volvió hacia mí—. Damián no es de las personas que mantienen algo serio o que siquiera mantienen algo con alguien. Me refiero a que hemos conocido a muchas chicas de Poe, novenas y presas que no tienen ni idea de quién es él, pero Damián nunca...

—No tenemos una relación —le interrumpí, aunque con un tono muy calmado. Tatiana asintió lentamente y entornó los ojos.

—Pero se gustan, ¿no es así?

—No podría confirmar nada por parte de él —me limité a decir. Ella exhaló.

—Si quieres un consejo, llévalo suave, con calma. Debes permitirle fluir solo. Él necesita entender que es posible sentir algo. Te lo digo porque también me costó mucho hacer que Archie se sintiera bien conmigo. ¿Que confiara en mí? Demonios, fue difícil porque es muy inestable, a veces demasiado paranoico. — Su expresión se tornó tensa, como si fuera a decir algo que no quisiera—. Mira, Padme, hay novenos que... hay novenos cuya naturaleza se vuelve en contra de ellos. La misma necesidad de matar los lastima. Nuestras mentes a veces se enferman, se intoxican, y la realidad cambia para nosotros, no sabemos distinguir una cosa de otra. Simplemente terminamos por volvernos locos, a menos que encontremos un equilibrio. Es posible que muchos lo ignoren pero los novenos, todo el tiempo, batallan consigo mismos para que la sed de muerte no los domine. Archie estuvo a punto de convertirse en nada. ¿Lo has oído hablar de su madre? En realidad, siempre fue su madrastra. Ella ya no existe a pesar de que él asegura que la oye. Antes escuchaba a cada persona que asesinaba, pero ahora solo a ella. Ha mejorado en cierta forma, pero a veces creo que llegará un día en el que la locura se apoderará de él. —Sostuvo mi mirada entonces y avisté un destello de preocupación en la suya—. No dejes que este mundo sea más fuerte que tu amor. Damián no es tu enemigo, su

naturaleza sí. A veces ni siquiera es él mismo. Así que pelea junto a él, gana y lo liberarás.

La puerta emitió un pitido por tercera vez, interrumpiendo nuestra conversación. El corazón volvió a latirme rápido hasta que vi a Nicolas entrar en la sala. Se encontró con nuestros rostros y el suyo manifestó confusión. Para ese momento yo ya estaba totalmente desconcertada. Si no había sido Tatiana quien me había citado allí, entonces, ¿era Nicolas?

—Padme —dijo él y luego pasó a ver a Tatiana—. Y...

—Tatiana —completó ella, dedicándole una mirada de desconfianza.

—¿Qué hacen aquí? —nos preguntó.

Escuté su rostro en busca de respuestas, pero solo percibí una confusión genuina. En verdad parecía no tener ni idea de nada.

—Yo cumplo con mi trabajo y Padme creo que pensaba practicar —se apresuró a responder ella.

Nicolas hundió el ceño. Todo su aspecto era impecable: el cabello lacio peinado hacia atrás, los intensos ojos azules y la barbilla limpia de cualquier asomo de vello. Sostenía un maletín negro, tenía las manos enguantadas en cuero marrón y la gabardina le quedaba justa. Parecía un socio de alguna película de la mafia.

—¿Practicar aquí? —inquirió él. Avanzó y entonces dejó el maletín sobre la camilla—. Pero esta sala es privada, ¿o acaso no te lo dijeron?

—No, la verdad es que no —mentí con mucha seguridad. Así que tampoco era él el autor del mensaje—. Me dieron esta.

—Qué extraño. Solo personas autorizadas por mí pueden entrar. Por eso está en el pasillo negro —replicó Nicolas. Su mirada tenía un tinte intimidante.

—Seguro fue un error, igual yo...

—Pero no hay ningún problema con que vengas aquí, puedes quedarte —se apresuró a interrumpir—. Si fueras alguien más, pondría la queja, pero se trata de ti así que en realidad sería un honor para mí practicar contigo. —Dudé y mi cara lo demostró. Si bien ya no me inspiraba tanto miedo como hacía poco, era posible que fuera él quien me estuviera vigilando. Nicolas notó mi indecisión, así que agregó—: Vamos, el día de la cacería de practica desapareciste tan de repente como Benjamin. Comenzaré a pensar que mi compañía te desagradaba lo suficiente como para echar a correr apenas se te presenta la oportunidad.

—Bueno, yo ya terminé por aquí —intervino Tatiana y avanzó hacia la puerta. Advertí que se iba y como en mis planes no figuraba quedarme a solas con Nicolas, me apresuré a seguirla y me excusé de la manera más amable posible: —Será en otro momento. Ahora tengo un par de cosas que hacer. Lamento la confusión con tu sala. Nos vemos luego.

Ambas atravesamos la puerta y avanzamos por el solitario pasillo negro.

—De acuerdo, ¿por qué estabas en la sala privada de Nicolas? En la recepción nadie se confunde. Son demasiado cuidadosos con las personas a las que le dan acceso a este pasillo —susurró Tatiana, buscando alguna respuesta en mi expresión. Pero ante mi silencio añadió—: Padme, puedes confiar en mí.

Sí, después de todo ella se había tomado la molestia de darme un recorrido por la cabaña. Ella había dado el primer paso y se había ofrecido a ayudarme para salvar a Alicia. Ella se había preocupado por mí después de que Benjamin me había atacado. Ella inspiraba calma, todo lo contrario al resto de la manada.

—Recibí un mensaje de alguien que me citaba allí. Me dio el código negro y por eso las recepcionistas me dejaron pasar. Pero llegaste tú y luego Nicolas y la persona que me citó no apareció en ningún momento.

—¿Y para qué te citaba? —inquirió, intrigada. Casi llegábamos al final del pasillo, así que hablé más rápido.

—No lo sé, quizás para chantajearme porque sabe que soy... bueno, eso. Primero pensé que podía ser una trampa, pero no pasó absolutamente nada.

—Esto puede ser peligroso... Si alguien lo sabe, toda la manada está en riesgo —murmuró. Su expresión adoptó un aire preocupado—. Investigaré quienes tienen acceso a la sala de Nicolas, quizás podríamos averiguar quién es.

—¿En serio puedes hacer eso? ¡Eres la ostia! —La detuve por un instante y le susurré—: Pero, escucha, ¿podríamos mantener esto en secreto? Es decir, no quiero que Damián se entere, ¿me entiendes?

—Claro —asintió de forma tranquilizadora—. Te entiendo más de lo que crees. No diré nada y te avisaré en lo que encuentre algo.

—Una cosa más —dije antes de que se fuera a cumplir con su trabajo—. ¿Sabes si existe alguna otra salida de la cabaña que no sea la que da al bosque?

—Sí, está justo antes de llegar al área privada de los superiores. Justo al frente de la entrada exclusiva, pero no está permitido andar por allí a menos que tengas un permiso. Si te pillan, te meterías en serios problemas. Mejor no te acerques por esos lares.

—Sí, solo tenía curiosidad. Gracias, nos vemos luego.

Tatiana siguió su camino hacia otro pasillo de un color distinto.

Yo, por mi parte, tenía algunas de sus palabras referentes a Damián rondándome la mente. Si los novenos batallaban consigo mismos, ¿estaría Damián peleando contra su naturaleza para equilibrarla? Adicional a eso, mi pregunta sobre una segunda salida de la cabaña tenía relación al asunto de las dimensiones. Si bien yo no era tan erudita como Eris, sabía unas cuantas cosas sobre aquello.

Suponía que como las dimensiones podían ser representaciones distintas de un mismo lugar, podía haber un Asfil en la dimensión primaria y un Asfil en la

dimensión alterna. Y quería averiguarlo. Lo necesitaba para desentrañar todo el misterio que los novenos le ocultaban a su propia especie.

Caminando y caminando llegué a un nuevo vestíbulo. Había dos accesos en él además de las lámparas decorativas y unas que otras pequeñas esculturas de formas desconocidas.

El primer acceso se extendía como pasillo hacia algún lugar y lo sellaba una puerta de rejas que a un lado tenía encajada una de esas cerraduras por las que había que deslizar una tarjeta. Y el segundo acceso era una puerta de acero con otra cerradura del mismo tipo.

No podía pasar por ninguna. No tenía tarjeta para aquello y tampoco se me ocurría una manera de conseguirla. Pero si una de esas dos puertas daba al Asfil de la dimensión alterna, ¿Por qué estaba tan protegida? ¿No permitían que cualquiera pasara?

Tuve que esconderme detrás de una columna porque un par de voces barrieron el silencio. Si me pillaban allí tendría problemas y no estaba para ocasionar más. Me oculté lo más que pude y tan solo de refilón reconocí la esbelta silueta y el espeso cabello azabache de la dirigente Gea. La mujer iba acompañada de un hombre enfundado en traje con porte inferior que sostenía una Tablet.

—... necesito que todo esté listo. Faltan solo diez días. No puede haber errores. Si todo sale perfecto podremos seguir organizando la Cacería de esta manera. Todos tienen una idea positiva de esto, así que cada detalle debe estar bien cuidado —dijo ella con un tono moderadamente autoritario.

Era incluso más impresionante de cerca, con la piel morena reluciente y lozana y los ojos oscuros delineados a la perfección.

—El transporte está listo. Los agentes a nuestro servicio se ocuparán de que el camión lleve a las presas sin problema alguno. No habrá policías por esa carretera. —informó el hombre que la acompañaba—. Por otro lado, el señor Aspen confirmó el recibo de sus cartas.

—¿Le explicaste que utilizaremos este medio de comunicación tan rudimentario porque el asunto es altamente confidencial? —inquirió Gea, bajando el volumen de voz.

—Sí, y lo aceptó sin problema alguno. Lo único que ha dicho es que necesita unas cuantas invitaciones exclusivas. Tiene algunos amigos que se alojarán con nosotros en la mansión hasta que pase la Cacería. Enviará los nombres esta noche.

—De acuerdo, después de todo es su propiedad y él no es cualquier persona —resopló ella con un toque de fastidio—. Dile que cualquier cosa que necesite estará a su disposición sin que me lo pregunte. Y pon vigilancia en la entrada del pasillo. No quiero que nadie se acerque por aquí.

Avanzaron hacia la puerta de rejillas y no pude verlos. Supuse que pasaron alguna tarjeta porque un pitido de confirmación llenó el vestíbulo. Luego el sonido metálico de la puerta al cerrarse junto al resonar de los pasos me indicó que poco a poco iban alejándose, y eché a correr por el pasillo en cuanto todo estuvo despejado.

Me detuve en la biblioteca como si no hubiera pasado nada. Las pocas personas leían en los sofás. Me acerqué al escritorio de la bibliotecaria, una mujer mayor, delgada, de mirada adusta con el cabello pintado sobre las canas y gafas culo de botella que acomodaba unas fichas.

—¿Hay libros sobre novenos? —inquirí de lo más natural. La mujer ni siquiera alzó la vista, continuó con lo suyo hasta que dijo:

—Pasillo cuatro, librero B.

Fui directo al pasillo cuatro y observé uno a uno los lomos de los libros del librero B. Había un par titulados «Cronología de los Dirigentes» y «Pequeñas Historias de grandes Novenos», y como el resto de los libros parecían tratarse solo de cómo ejecutar muertes, torturas y secuestros sin dejar ningún rastro de ello, me llevé esos después de adquirir una tarjeta de afiliación a la biblioteca y pagar veinte dólares por la misma.

Antes de salir me detuve frente a un enorme mural que había cerca de la entrada a la biblioteca. En él estaban colgadas un montón de fotografías enmarcadas y cada una tenía una leyenda. En medio había una fila de cuatro cuadros que mostraban los rostros de unos hombres vestidos de traje. Debajo de sus nombres estaba la palabra «Superior» y ninguno de ellos se llamaba Aspen.

Así qué la mansión Hanson le pertenecía a ese tipo, pero, ¿qué posición tan importante tenía dentro del mundo de los novenos si no era un superior?

Regresé a casa y apenas abrí la puerta la risa de mamá me llegó a los oídos. Sospeché que estaba con papá y que de seguro él le contaba algo muy gracioso. Me dieron ganas de unirme a ellos en una cena normal porque aquello siempre era un alivio, así que dejé los libros sobre el sofá, atravesé el pasillo hasta la cocina y me detuve en seco bajo el marco que separaba una sala de otra.

Mis ojos enfocaron dos cosas primero: Damián y el cuchillo. Y el cuerpo se me heló completamente hasta que caí en cuenta de que quien hacía reír a mi madre era él.

No supe entonces si lo que me sorprendió fue el hecho de verlo allí o de que alguien estuviera emitiendo una risa por su causa. Damián no era gracioso. Ni siquiera sonreía casi. Pero ahí estaba con un cuchillo en la mano, picando zanahorias y su expresión facial lucía... ¿agradable?

Mi madre estaba sentada al frente con la barbilla apoyada en la mano, mirándolo como si fuera el mejor comediante del mundo.

—... y yo le dije: ¡corre antes de que descubran que te trajiste la lata del supermercado! Así que mi madre y yo nos echamos a la fuga —terminó de decir él.

Mi madre soltó una carcajada. Quedé boquiabierta. Me imaginé como una caricatura con la boca llegando al piso y los tan ojos abiertos como dos faroles. No creía lo que veía.

—¡Padme! ¡Amorcito! —exclamó ella al notar mi presencia. Se levantó de la silla y se acercó para darme un beso en la frente—. Mira, Damián vino a visitarnos. Ya me contó que se han estado juntando. Me parece estupendo. Ya era hora. —Soltó una risa—. Le comenté sobre eso de que lo buscabas para jugar cuando eras pequeña, ¿lo recuerdas?

—Como olvidarlo... —murmuré.

La voz me salió áspera. Tragué saliva para aligerar.

—Me estaba contando cómo superó su enfermedad y un par de cosas graciosas que le sucedieron con Diana en el supermercado —siguió ella. Me puso la mano en los hombros y me condujo hacia una de las sillas de la isleta de cocina.

—Tu madre estaba preparando la cena cuando vine, así que me ofrecí a ayudarla —dijo él.

Su boca se curvó en una inquietante pero encantadora sonrisa. De nuevo sentí que tenía que frotarme hasta la cara para creer lo que estaba sucediendo.

—Se quedará a cenar con nosotros, es un amor —soltó mi madre y se volvió hacia la alacena para coger algo.

En ese momento mi rostro se transformó en un gesto de absoluto desconcierto, y ante eso Damián respondió con una expresión totalmente enfermiza. Amplió su macabra sonrisa, se llevó el índice a los labios y emitió un shh mudo. Con el cuchillo aún en la mano troceó de forma sonora un trozo de zanahoria y di un salto sobre el asiento.

Aquello lo divirtió.

—¿Cenará con nosotros el padre de Padme? —le preguntó él a mi madre. Ella colocó un tazón cerca de la estufa con mucha tranquilidad.

No tenía ni idea... Esa mujer no tenía ni idea de quién era el tipo que estaba a su lado.

—Oh, no, cariño. Llegará tarde hoy. Seremos solo nosotros.

—Ah —emitió él, troceando el resto de los vegetales. Ni siquiera sonaba tan distante como siempre. Era como si fuera... normal—. Quería explicarles que si Padme se ha estado ausentando mucho es mi culpa. Me sobrepaso invitándola a demasiados lugares.

—No pasa nada, cariño. —Mi madre hizo un gesto para que le restara importancia—. Me encanta que salga con sus amigos y ahora sé que si está contigo no debo preocuparme. Además, divertirse le hace bien.

—Entonces, ¿no hay ningún problema? —preguntó él.

—En lo absoluto. —Mi madre sonrió complacida—. Este es el tipo de amigos que Padme necesita, personas sanas que le permitan refrescar su mente. Siempre me han agradado Eris y Alicia, pero a veces se rodean de chicos que no parecen traer nada bueno.

El timbre de la casa sonó. Mi madre fue a ver quién era y justo cuando puso un pie fuera de la cocina me levanté del asiento y le di un empujón a Damián en el hombro para que dejara de cortar los estúpidos vegetales.

—¿Qué haces aquí?! ¡¿Ah?! —solté en un susurro colérico. Su comisura derecha se alzó de forma casi burlona.

—¿Qué? ¿No puedo venir a visitar a mi suegra? —replicó igual de bajo, apoyándose de perfil en la isleta, muy cerca de mí.

—¿Cuál sue...?! ¡Esto es ridículo! —bufé, apretando los dientes—. Damián, no te acerques a mi familia así o yo te juro que voy a...

—¿A matarme? —completó con total tranquilidad—. Bueno, eso sería interesante. El cazador cazado. Pero qué lástima que tú no mates ni las esperanzas de alguien.

—Eres un mentiroso, le estás mostrando a mi madre algo que no eres y es suficiente, ya deja esto.

Sus ojos, que habían estado transmitiendo una serenidad impecable, sufrieron un ligero cambio. De repente su expresión fue más dura y seria, totalmente propia del verdadero Damián.

—¿Estás segura de que soy yo el mentiroso? —inquirió. Su voz dejó de sonar agradable—. ¿En dónde estabas hace un rato? Porque no aquí con tu madre pasando tiempo juntas como dijiste. Así que, ¿quién mintió primero?

—No tengo por qué decirte en dónde estaba —me limité a decir de mala gana. Su mano me tomó la barbilla y me enderezó el rostro para que le mirara. Luego él se inclinó hacia adelante, acercó su cara a mi cuello y me olió como si estuviera intentando percibir algo en mí.

—Espera, ¿ese es tu nuevo perfume «estoy a punto de ocasionar otro lío»? Porque hueles a puros problemas, Padme. —Le di un manotazo para que apartara la mano. Él frunció más el ceño—. Si no sé lo que estás haciendo, no puedo tratar de arreglar la mierda que hagas llevándote por tu estúpida moral, ¿entiendes?

—No estoy haciendo nada que pueda causar problemas, ¿entiendes tú? —refuté, sosteniéndole la mirada de una manera retadora hasta que entornó los

ojos y su boca se curvó en una sonrisa que por todos los ángulos debía verse maliciosa—. Todo esto te divierte, ¿no es así? —le pregunté—. Fingir que eres normal, venir aquí a dártelas del mejor tipo del mundo, y mi madre está encantada contigo que es lo peor...

—¿No te dije que puedo ser muy agradable cuando quiero? —comentó, encogiéndose de hombros.

—Pues métete tu faceta agradable ya sabes por dónde y lárgate. —Le arrebaté el cuchillo de la mano y le di un empujón—. No te quiero cerca de mis padres. Ellos no tienen nada que ver con esto.

Tan rápido como yo pude quitarle el cuchillo, me tomó por las muñecas y me acercó a él. Aquello me tomó por sorpresa. Aquello era nuevo: Damián ejecutando una maniobra que implicaba contacto porque mi pecho golpeó el suyo. Primero se aparecía en una perfecta actuación de chico normal y luego eso. ¿Qué carajos estaba sucediendo?

—Ya no me tienes miedo, ¿cierto? Finalmente te diste cuenta de que no debes temerme. —Susurró. Su fresco y cálido aliento me acarició los labios a pesar de que entre nuestros rostros había cierta distancia—. No les haré nada a tus padres. ¿Eso es lo que te preocupa? No tendría por qué. Así que podemos tener una cena tranquila y normal como te gusta. ¿O tanto te molesta mi presencia?

—Me molesta no saber con qué intención estás haciendo esto. Si se trata de ti, hay algo más, ¿no? Como cuando intentaste esa estupidez de probarme —murmuré con cuidado de no caer en un momento de debilidad. Tenerlo tan cerca... Tan dócil... Tan distinto... ¿Era eso lo que había debajo de su naturaleza?

—Sospeché que me estabas mintiendo desde que saliste de la casa de Poe, entonces vine a ver si era cierto porque no sé si te has dado cuenta de que tú sola sueles hacer demasiados desastres —confesó y soltó mis muñecas. No tuve una respuesta inmediata. De modo que él volvió a coger el cuchillo—. Así que tranquilízate porque llevo una hora aquí con tu madre y sigue viva. —Su expresión se transformó de nuevo en el falso y encantador Damián—. Por cierto, ¿es verdad que hasta los catorce años te levantabas de noche diciendo mi nombre porque soñabas conmigo? ¿No es eso demasiado pervertido para una niña?

—¡Agh! ¡Eres un estúpido idiota! —exclamé de forma colérica propinándole un par de golpes en el hombro.

Mi madre interrumpió la escena, pero no se dio cuenta de ella porque traía consigo una gran canasta de frutas.

—Era la vecina Janice, volvió de su viaje y trajo esto como regalo. —Puso la canasta sobre la isleta y nos observó con una ingenua alegría—. ¡Terminemos de preparar la cena entonces! Me ruge el estómago.

—Ni que lo diga, yo hasta podría matar por el hambre —añadió Damián, ensanchando la sonrisa.

Y sí que disfrutó mi cara en ese momento.

—Eres un maldito cínico —solté apenas entramos en la habitación.

Mi madre parecía haber caído en una especie de encanto, porque había permitido que Damián entrara a mi habitación un rato. La cena había estado de lo más normal. Ella se había reído de cada cosa que él decía mientras que yo había pinchado los vegetales con agresividad imaginando que eran su cara.

—No me consideraría menos —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Lo disfrutaste bastante?

Dejé sobre la cama los libros que había cogido del sofá.

—¿Para qué mentir? Tu cara fue casi un poema.

Él comenzó a pasearse por la habitación, mirando cada cosa que había como las fotografías adheridas a un pequeño mural en la pared.

—Lo que estaba haciendo esta tarde era buscar algunos libros en la biblioteca de la cabaña —confesé después de sentarme en la cama y soltar una exhalación.

—¿Libros sobre qué?

—Sobre los novenos, ¿o también está mal intentar averiguar sobre ellos para poder entenderlos mejor? —contesté, girando los ojos. Damián no se inmutó, siguió curioseando desde el escritorio hasta el peinador.

—No, es una buena idea.

—Pero no había libros sobre la especie en sí —dije y cogí el titulado «Cronología de los dirigentes» para empezar a echarle un vistazo—. Solo estos que hablan de los dirigentes y algunos pequeños relatos. ¿Tú puedes decirme algo sobre ellos? ¿Sabes algo sobre sus orígenes?

—Solo sé lo que todos saben. —Se encogió de hombros. Tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón, pero las sacó para coger un tubillo amarillo lleno de mentitas verdes—. Que no hay un origen específico. Ya existían novenos hace mil años, creo, y se han mantenido hasta ahora por proteger el secreto.

—Contar el secreto es lo más peligroso, entonces.

Dejó el tubillo a un lado y examinó lo demás.

—Sería el inicio de nuestra destrucción. Como tu mundo no entiende el mío y lo tacha de incorrecto, acabarían con nosotros.

—Entiendo —asentí mientras hojeaba el libro. Salían muchas personas la mayoría hombres, y algunas fechas ni siquiera estaban disponibles, solo se les consideraba dirigentes hasta que el siguiente aparecía—. ¿Y de casualidad conoces a alguien llamado Aspen? —le pregunté—. ¿Algún superior o persona importante?

Él se volvió hacia mí y me echó una mirada curiosa.

—No, ¿por qué? ¿Quién es?

—No lo sé, solo lo escuché en la biblioteca. Un grupito estaba hablando de que es el dueño de la mansión Hanson.

Damián se lo pensó un momento. Había algo en su aspecto que, a pesar de lucir cansado, resultaba atractivo.

—Uhm, yo no, la verdad es que suelo olvidar los nombres. Quizás lo conozco, pero ni siquiera lo recuerdo.

Hombres y más hombres como dirigentes. Tipos de rostros severos, miradas de acero y expresiones herméticas. Todos habían resguardado la existencia de los novenos. Todos habían sido respetados. Todos habían muerto asesinados.

—¿Nunca te ha interesado saber más sobre tu especie? —indagué.

Damián hizo un gesto de legítima ingenuidad. No lo sabía. Él, como sospechaba que al igual que muchos, no tenía ni idea de la influencia de la dimensión alterna.

—¿Somos una especie?

—Sí, eso creo. No eres un humano normal, es obvio. ¿No quisieras saber qué eres exactamente o de dónde provienes?

—¿Qué ganaría con saberlo? —inquirió como respuesta con total desinterés.

—Respuestas. Posibilidades. Nuevas direcciones... —señalé y llegué a la página del libro en donde figuraba Gea, la primera dirigente femenina en la historia de los novenos—. ¿Nunca hubo algo que no te quedara claro? ¿Nunca te preguntaste por qué? ¿Nunca tuviste problemas con tu naturaleza?

—Ya vas a empezar... —resopló, pero le interrumpí antes de que continuara:

—Escucha. Me has dicho que deje de negarme a esta vida, ¿no es así? Lo estoy haciendo. Ahora necesito que tú dejes de negarte a responderme. —Él puso mala cara—. Es decir, soy prácticamente la única persona en este mundo que te soporta a pesar de lo imbécil que eres, ¿te has dado cuenta? Y aunque digas que no estamos unidos, estamos más atados que nunca. —Dio algunos pasos hasta llegar a la cama y se sentó junto a mí—. Ya sé que para ti es muy difícil expresar algo, o que incluso dentro de ti todo es una batalla por quien gana el control, si tú o tu naturaleza, así que, ¿vas a seguir creando distancia entre nosotros?

—Has estado averiguando cosas, ¿no es así? —preguntó, entornando los ojos. Por un instante me sentí más astuta que él.

—Solo cosas que me ayuden a entenderte.

Según el libro, Gea tenía treinta dos años, estaba graduada en abogacía, era divorciada y también la única que hacía todo lo posible por devolverle a los novenos las costumbres que se habían eliminado por ponerlos en peligro. Había una frase suya en la que aseguraba que ya había pasado demasiado tiempo

desde los incidentes que llevaron a suprimir los eventos de la Cacería, por lo que era momento de restaurarlos.

—De acuerdo, quizás me interese saber más sobre los novenos, pero aunque quisiera no hay muchas referencias —dijo Damián—. Esas serían pistas sobre nuestra existencia y es mejor que no estén a disposición de cualquiera.

—¿Y si hubiera referencias? —me apresuré a decir, poniendo total atención en él—. Y si hubiera una explicación a lo que eres, ¿te gustaría saberla?

—Me parece que quieres decirme algo importante, ¿no? Así que suéltalo ya. Titubeé por un instante. Decírselo no era ningún problema, merecía saberlo, sobre todo porque si su naturaleza era también una esencia peligrosa, quizás había alguna respuesta en las investigaciones de Brown que pudiera ayudarlo. Pero contárselo sin más no tenía chiste. Si a Damián le interesaba algo, hacía lo que sea por conseguirlo. Acababa de comprobarlo en la cena. Había fingido ser normal de una forma casi perfecta, entonces, ¿qué haría por saber lo que había descubierto?

—Bueno, sé por qué naciste siendo un noveno. Sé la verdad, por supuesto.

—¿Y cómo lo averiguaste? —me preguntó. Estaba impactado, pero lo disimulé bien.

—Te lo diría, si es que confiaras en mí.

—He dicho que lo hago. —Hundió el entrecejo como un niño que acaba de hacer el mandado y exigía su recompensa—. No juegues con esto, así que dime.

—No estoy jugando con nada. Te diré lo que descubrí solo cuando dejes de levantar muros entre ambos —dije con simpleza, pasando con lentitud las hojas del libro.

—Tengo poca paciencia, Padme...

—Y yo tengo mucha, Damián. Así que esto puede durar bastante.

Inhalé hondo y recosté el torso en el espaldar de la cama, adoptando una posición más relajada. Eso lo irritó. Tensó la mandíbula, pero no hizo ningún movimiento. Ahora yo lo disfrutaba.

—¿Qué quieres exactamente? —dijo finalmente.

—Háblame de tu padre —respondí.

Desvió la mirada y la fijó en algún punto de la habitación. Su expresión se tornó arisca. Juntó las manos por delante, apoyó los antebrazos en sus piernas y observé lo tensos que estaban sus dedos.

—Él murió.

—Lo lamento tanto... —murmuré—. ¿Cómo murió?

—Cerró los ojos y dejó de vivir —dijo de mala gana.

—¿Por qué eres tan literal? —solté, girando los ojos.

—No haces preguntas específicas, aunque no deberías hacer ninguna.

—Bien, ¿a causa de qué murió tu padre? —corregí con detenimiento.

Él no contestó de inmediato. Se tomó unos segundos. Lo pensó. Lo consideró. Se estrujó un poco las manos —gesto que me extrañó—. Formó una línea con su boca. Pensó y pensó. Hasta que confesó:

—Lo maté.

—¿Por qué hiciste eso?! —inquirí bruscamente.

—Qué ruidosa... —murmuró con hastío. Se pasó la mano por la cara como si algo lo frustrara e intentó cambiar de tema—. ¿Qué fue lo que descubriste?

—¡Estoy preguntando yo! ¡Respóndeme!

—Ya hiciste suficientes preguntas —se limitó a decir. Tenía los dientes apretados.

En ese preciso instante mi teléfono vibró. Lo saqué de mi bolsillo para echar un vistazo y la notificación emergente me permitió enterarme rápido de qué se trataba:

TE DIJE QUE FUERAS SOLA.

ÉL ESTÁ MÁS CERCA QUE NUNCA.

ASÍ NO PUEDO AYUDARTE.

Alcé la vista hacia Damián y apagué la pantalla del teléfono antes de que pudiera alcanzar a ver algo. Podía reaccionar al mensaje en cuanto se fuera porque en ese momento estaba impresionada por su confesión. Así que aquel hombre de aspecto duro que había visto en la fotografía del pasillo de su casa...

—Damián, ¿por qué mataste a tu padre? —insistí, escrutando su rostro a la espera de sus motivos—. Dime, ¿por qué lo hiciste? ¿Fue por...?

—Damián por qué esto, Damián por qué lo otro. ¡Padme, a veces no sé por qué hago las cosas! —soltó de repente, disgustado. Se levantó de la cama y dio algunos pasos apresurados por la habitación—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Por qué haces tantas preguntas? ¿Por qué siempre quieres respuestas? ¿Por qué no dejas de ser tan curiosa? ¿Por qué tú...?

—Es que yo...

—¿Es que tú quieres saberlo todo! ¡Siempre! —bramó con una furia feroz.

—Damián... —intenté decir, pero eso lo empeoró.

—¿Sabes que solo escucho tu maldita voz en mi mente?! ¡Haces que me duelan los oídos! —exclamó, poniéndose las manos en la cabeza—. ¡¿Por qué haces esto?! ¡¿Por qué no haces aquello?! ¡Quiero que te calles! ¡Ya cállate!

Se transformó completamente. Pasó de la calma a un agite frenético. Y la histeria latente de la que estaba siendo víctima se manifestó en su rostro con una mueca de ira y angustia que me dejó helada.

Hasta que se dio cuenta de ello.

Se detuvo en seco mientras el pecho le subía y le bajaba, y entonces sus ojos se abrieron como si acabara de darse cuenta de algo.

Así que pelea junto a él, gana y lo liberarás.

Reaccioné en ese preciso instante. Me acerqué a él tan rápido como pude y, aunque estaba frenético, puse mis manos en su rostro. Por un segundo mis dedos temblaron de temor, pero luego se estabilizaron y le obligué a mirarme. Parecía no reconocer mi cara, sin embargo, insistí.

—Damián, mírame, estoy aquí, ¿sí? Estaré aquí. Cálmate. Te entiendo, lo entiendo todo —le dije con la voz más firme que pude emitir. En un gesto más osado deslicé una de mis manos hacia su inquieto pecho. La dejé reposar allí, sintiendo cómo su corazón golpeaba con fuerza, y susurré—: Tranquilo, vuelve a ti.

Sus ojos, desorbitados con incredulidad, me miraron mientras su pecho empezaba a estabilizarse. No dejé de sostenerle la mirada. No aparté mis manos de su cuerpo. Todo lo contrario, me mantuve cerca de él esperando a que se sosegara y su expresión regresara a la inmutabilidad habitual. Quise hacer más, poder ayudarlo, pero no tenía idea de cómo hacerlo de otra forma que no fuera esa.

—¿Damián? —susurré después de un momento.

Me dio la impresión de que algo cambió, de que ya estaba más tranquilo, de que podía emitir sonido, pero apartó mis manos y sin pronunciar palabra salió de la habitación a paso rápido. Y yo me quedé en el sitio, pasmada, tratando de darle una explicación en mi cabeza a lo que acababa de suceder.

Él había perdido el control de un momento a otro igual que Archie, pero Damián siempre era más inalterable que los demás, sus cambios eran momentos de ira comunes; no obstante, ese había sido un episodio de histeria. ¿Había explotado en una histeria dolorosa por mencionar a su padre? ¿Al padre que él mismo había asesinado?

¿Acaso Damián... se arrepentía de haberlo hecho?

¿Qué sucedía realmente en su interior?

Capítulo 13: Nada es lo que parece

Eris estaba al teléfono y yo daba vueltas por la sala de estar, inquieta.

—Sí, los detectives pasaron por mi casa hace un rato —me informó en un tono de preocupación—. La llamé y la llamé y su teléfono está apagado. Pasé por su casa y su madre está desesperada, piensa que se fue con alguien, pero ambas sabemos que ella haría de todo menos renunciar a los lujos que le da su familia. Entonces, no tengo ni idea de qué ha pasado.

—Yo sí —murmuré. No podía dejar de moverme—. Bueno, es una suposición. La capturaron para La Cacería.

—Pero Benjamin está muerto —objetó ella.

—No fue él, sino alguien más.

—Ajá, pero, si era la presa de él, ¿puede ser la de otro?

—No... no lo sé —confesé.

—Puedes preguntarle a Damián.

Diez minutos después, estaba frente a la puerta de su casa por tercera vez en esa semana. Sabía que él no quería verme, pero aquello era sumamente importante y estaba dispuesta a insistir.

No dejaba de pensar en mi mala actitud con Alicia. No cabía en mi cabeza que lo último que le dijera a una de mis mejores amigas fuera prácticamente que debíamos alejarnos.

Diana me recibió con esa mirada preocupada que siempre ponía al verme, como si temiera de algo. Me pregunté entonces si tenía miedo de que Damián me matara como a su padre, o si tenía miedo del mismo Damián. De cualquier manera, le resté importancia.

—Necesito hablar con Damián y es urgente, muy urgente —insté. Ella formó una fina línea con sus labios.

—Tienes suerte, está arriba.

Subí las escaleras rápidamente rumbo a la habitación. La puerta estaba entreabierta y del interior provenía música. Reconocí algo de rock alternativo. Al menos tenía un gesto común. Si era sincera había llegado a pensar que ni siquiera se permitía escuchar una canción.

Di un par de toques y entré. Estaba recostado en su cama mirando el techo; tenía el torso desnudo, las manos detrás de la cabeza, una expresión somnolienta y parecía estar cantando en voz baja.

Me miró de reojo.

—Vine porque tengo una duda —me apresuré a anunciar.

—¿Una sola? Eso sí es nuevo —dijo y me sonó a burla.

—Bueno, muchas, pero esta es más importante. Si una presa es atrapada por alguien para La Cacería, y ese alguien supongo que... deja ir su presa y la pierde, ¿esa presa puede ser de alguien más?

—¿Atraparon a Alicia de nuevo? —inquirió sin inmutarse.

—Adivina —contesté fingiendo una sonrisa.

—Bueno, sí. Puede ser de alguien más, solo si esa persona la deja ir o la pierde —aclaró con total desinterés—. Pero ya es tarde, Padme. La Cacería es en tres días y tenemos que partir mañana. No hay tiempo para salvar a nadie.

—¿Cómo que mañana?! —exclamé. El corazón me latió rapidísimo.

—Cállate, no seas ruidosa —murmuró con fastidio.

—¿No era el nueve La Cacería? —solté, abrumada.

—¿Y qué fecha es hoy? ¿Treinta y dos?

—No, hoy es... hoy... es... —Exhalé con frustración—. Es seis.

—Bien, luego te doy una medalla por aprender las fechas.

Me paseé con cierta inquietud por la habitación. Él cerró los ojos, parecía tener sueño, pero aun así lo escuché tararear el ritmo de la canción que no sonaba demasiado fuerte.

—La policía la está buscando, ¿sabes? —comenté.

—No me interesa, ¿sabes? —repuso.

—Son unos detectives nuevos. Saben que algunas personas han desaparecido esta semana. Están investigando. ¿Y si encuentran pistas?

—Nunca encuentran nada —resopló con indiferencia—. A los pseudo asesinos los atrapan, esos son los que lo hacen todo mal. A nosotros no, nunca.

Sentí nervios. Si La Cacería era al día siguiente, Damián tenía razón, no había tiempo para salvar a nadie. Pero necesitaba rescatar a Alicia porque para mí no era una opción dejarla morir. Si hubiese sido otra persona, una a la que no conociera tanto, probablemente lo habría dejado pasar, pero se trataba de alguien cercana, muy cercana, una amiga, y uno no abandonaba a los amigos. Nunca.

—¿A dónde llevan a las presas? —pregunté.

—Ni lo pienses.

—Solo quiero saber —insistí. Estaba tan tensa que quería moverme por todos lados.

—¿Para ir a hacer alguna tontería, luego culparme a mí y venir a golpearme y gritar que me odias? —soltó, frunciendo el ceño.

—No, prometo no ir a hacer nada.

No dijo nada y me ignoró. Giré los ojos. A veces era tan irritante, tan insoportable, tan...

—¿Damián! ¡Respóndeme! —exclamé después de un minuto.

—Haces tanto ruido... —gruñó.

Se incorporó lentamente. Quedó sentado y miró el vacío como si acabara de despertar de un largo sueño.

—La verdad es que no sé en donde las tienen —confesó—. Solo sé que las transportan en camiones blindados, pero eso es muy peligroso, Padme. Si tu idea es sacarla antes de que la transporten, aunque fuera posible te saldría mal porque estaría rodeada de personas mucho más experimentadas que no dudarían en matar a nadie.

—Joder... —murmuré.

—Así que solo déjalo pasar. Le haces un bonito funeral y listo.

Hizo un ademán de indiferencia y volvió a caer tendido en la cama, esa vez boca abajo con un brazo cayendo a un lado del colchón y la mitad de la cara aplastada contra la almohada. Lo miré con extrañeza.

—¿Por qué tienes tanta pereza? —le pregunté. Recordé entonces lo difícil que debía ser para él el asunto del Hito. Podía ser incluso doloroso—. ¿Te sientes bien?

—Anoche estuve ocupado.

—¿Haciendo qué? —solté con un tono muy extraño que me sorprendió a mí misma.

—No es tu problema.

—¿Y lo que pasó en mi habitación hace una semana? ¿Eso tampoco es mi problema? Porque tuvo que ver conmigo —mencioné. Él siguió en el mismo estado.

Me harté. Avancé hacia la cama, empujé su cuerpo para que se diera vuelta y me senté en el borde. Para mi sorpresa no se quejó cuando quedó boca arriba. Fue extraño tocar su piel desnuda. Era demasiado cálida, casi como palpar la arena de la playa en un día de sol moderado.

—¿Me vas a decir qué descubriste? —inquirió él.

—No, pero te voy a decir que sé que estás pasando por el Hito —murmuré y su mirada por un instante denotó algo de asombro—. Si no superas la fase puedes convertirte en un verdadero monstruo, así que eso fue lo que te sucedió aquella noche, ¿verdad? No pudiste equilibrarte y tu lado noveno se concentró en el estallido.

Él no lo negó.

—Entonces, si ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —se quejó y se pasó la mano por el cabello para apartarlo de su frente. ¿Tenía calor? ¿Era algún síntoma?

—¿Has estado buscando una forma de que esto no suceda?

—Nada sucedería si no haces tus malditas preguntas, ¿ahora lo entiendes? —bufó.

Estaba comenzando a enojarse, así que lo manejé con calma.

—Sí, lamento haber mencionado lo que no debía mencionar. Pero, yo puedo ayudarte. Quiero ayudarte.

—No, no puedes. —Desvió la mirada. Las ojeras bajo sus ojos eran más oscuras—. Se trata de cuerpo y mente y le concierne solo a cada noveno. Lo superaré.

—¿Y si no? —solté, frunciendo el ceño en un gesto de reproche—. ¿Qué pasa si por tu terquedad pierdes?

—Entonces me transformo en un loco que a los detectives esos nuevos les encantaría atrapar —respondió con indiferencia.

—¿Has pensado que quienes no le ganan al Hito es porque creen que es una batalla solitaria? —le pregunté—. Déjame ayudarte. Tú quieres ganar, estoy segura, y yo haré todo lo que esté a mi alcance para que sea así. Considéralo un pago por la oportunidad que me diste cuando descubrí tu secreto.

Esperé que aceptara, pero luego entendí que eso era como esperar a que a un árbol le salieran billetes en vez de hojas. Él no iba a acceder, por eso se me ocurrió intentar convencerlo hablándole de la característica dominante según los informes de Brown, pero la voz de su madre proveniente de abajo me tomó por sorpresa:

—¡Damián! ¡Alguien está al teléfono y dice que necesita hablar urgentemente contigo!

Él gruñó y se incorporó pesarosamente. Puso los pies descalzos en el suelo, avanzó hacia la cómoda que había contra la pared, tomó su celular, lo guardó en su bolsillo y luego se dirigió a la puerta.

—Espera aquí, Padme —dijo—. Ahí, sentada, quieta.

Cerró la puerta tras de sí y el silencio se volvió casi escalofriante. Su habitación ya era terrorífica a mis ojos, y estando allí sola lo parecía mucho más. Así que para alivianar mi inquietud me levanté de la cama y comencé a pasear por ella para curiosear un poco.

Las cortinas eran lo suficientemente gruesas para que no entrara la luz diurna. El escritorio tenía manchas de sangre seca y rasgados hechos con la punta de algún cuchillo. En el librero había tomos que ni siquiera reconocía porque estaban en... ¿otro idioma? Sí, alguno que no era ni siquiera inglés.

Pasé cerca de la cómoda donde Damián había cogido el teléfono, cosa un poco rara porque si eras lo suficientemente joven sabías que solo hacías eso cuando no querías que alguien tocara tu celular por cualquier cosa. Yo no pretendía hurgar en su teléfono si eso era lo que él creía, pero igual se me hizo demasiado raro.

Había una gaveta semi abierta en la cómoda de la que sobresalía una manga blanca. Cogí la tela, tiré de ella y la extendí. Era una bata médica. No quise imaginarme para qué la usaba, así que abrí más el cajón para doblarla en su interior y contemplé una hoja de papel con un montón de números escritos.

Intrigada, le eché un vistazo más de cerca. Eran horas. Algunas decían «casa», otras decían «Ginger», otras decían «Centro Comercial» y las demás eran ilegibles porque algunas manchas rojas en forma de huellas las cubrían.

Sentí una corriente extraña en el cuerpo.

Mala espina.

No lo pensé a fondo. Solo me dejé llevar por las suposiciones. Saqué mi teléfono y mandé el mensaje con los tres signos de interrogación al número del desconocido. Por alguna razón entre la oscuridad, la soledad y el olor a sangre seca, mis dedos temblaron de nervios.

El teléfono vibró en respuesta.

Me sentí ansiosa.

Había una dirección, pero no era de esa casa, ni siquiera de esa residencia. El desconocido, fuera quien fuese, en ese momento estaba en la carretera norte de Asfil.

No era Damián. Además, ni siquiera tenía sentido. En todo caso de que Damián quisiera protegerme o advertirme de algo podía hacerlo directamente. Se trataba de alguien más, de una persona que en ese momento estaba saliendo del pueblo rumbo a... ¿La Cacería quizás? Tenía que tratarse de un noveno. Y si era así, el asunto podía ser más peligroso.

Damián se aproximaba. Pude escuchar sus perezosos y arrastrados pasos. Puse la hoja en el interior del cajón, la bata médica, la manga hacia afuera y la dejé medio abierta. Me volví apresuradamente en dirección a la cama, pero entonces tropecé con una silla, la silla movió el escritorio y un par de hojas cayeron al suelo. Las recogí con rapidez, pero me fijé en lo que había en una de ellas.

Era una hoja de solicitud. Para ser específica: un formulario de solicitud de ingreso a algún centro de atención especial que no tenía nombre. Los espacios aún estaban en blanco, pero en uno era posible rellenar una casilla llamada «Hito».

Damián abrió la puerta y me miró desde ahí:

—¿Estás pensando en ingresar a terapia? —le pregunté directamente aún con la hoja en la mano. Su cara se contrajo de disgusto.

—Te encanta hacer lo que te dicen que no hagas, ¿cierto? —resopló. Avanzó hacia mí y me quitó la hoja de la mano.

—Si eso te ayudará, debes hacerlo —dije.

Él dobló el papel y lo dejó sobre el escritorio.

—No puedo —confesó—. Lo consideraré, pero quien sabe a qué me someterían en ese lugar. He escuchado que parte de la terapia consiste en dejar de ser uno mismo por cierto tiempo, y no me arriesgaré a soltar la verdad de lo que estamos haciendo bajo el efecto de alguna droga.

—Esa verdad, ¿es que hacen pasar por una novena? —pregunté, buscando su mirada. Él asintió y yo le tomé del brazo—. Déjame ayudarte, Damián. Si no puedes recibir la terapia que necesitas, buscaremos otra forma.

—Dime entonces qué fue lo que descubriste.

Sostuve su mirada por un instante. Realmente tenía un aspecto más cansado, muy mal. Las ojeras eran más oscuras, su expresión facial y su tono de voz más fatigoso, su piel estaba muy caliente, sus labios un tanto pálidos e incluso sus venas se avistaban más oscuras por debajo de su blanca tez. No era igual al mismo que me había hablado por primera vez en la cabaña. Era como si toda su existencia le pesara.

—Te lo diré, si aceptas algo antes.

—¿Qué? —preguntó.

Lo solté sin más:

—Tengo una píldora que te sosegará por tres horas. No serás peligroso, no sentirás dolor, no sufrirás. Quiero que tomes una y te permitas un respiro.

—¿De dónde la sacaste? —inquirió, sorprendido, quizás listo para reclamarme algo, pero le mentí.

—Tatiana me la dio. Solo eso pido, y te contaré toda la verdad de tu naturaleza con pruebas que lo confirman.

Exhaló y caminó por la habitación. Me dio la impresión de que incluso se estaba encorvando un poco. ¿Acaso también estaba más flaco? Su torso desnudo seguía pareciendo esculpido y el pantalón le caía por la línea de la pelvis en una zona blanca y aterciopelada, pero no podía notar bien los cambios, aunque sabía que estaban ahí.

—Lo pensaré —dijo finalmente—. Ah, mañana nos vamos a las siete. Poe vendrá por nosotros, creo que se estaba encargando de conseguir un buen hotel para quedarnos. Viajaremos por nuestra cuenta.

—¿Estás seguro de que puedes ir a La Cacería? —le pregunté en tono preocupado—. Quizás no debas...

—Aunque no pudiera, faltar no es una opción —dijo, negando con la cabeza.

—¿Y si presentas una justificación?

—Me ingresarían, y a diferencia de ti yo no pienso ponernos en riesgo —expresó, tajante—. Ahora, ve a descansar. Necesito dormir.

Bajé las escaleras con un lío en la mente. Alicia desaparecida, Damián en un muy mal estado, la persona que enviaba los mensajes estaba saliendo del pueblo,

aún no sabía si quién me vigilaba era Nicolas y si era así, de seguro estaba esperando el momento adecuado para cobrarse lo de Benjamin...

Las cosas no iban bien.

—Padme.

La voz de la madre de Damián me sacó de mis pensamientos cuando estaba a punto de abrir la puerta. Me giré sobre mis pies y la observé bajo el marco de la entrada de la cocina. Parecía una silueta de algún cuadro viejo y tétrico.

—Ah, hola señora Diana. Ya estoy por irme.

—¿Te quedarías a tomar un vaso de jugo? —me preguntó sin alzar mucho la voz.

Sus ojos se desviaron por un instante hacia las escaleras en modo de comprobación. Fue extraño.

—Es que tengo que ir a casa y...

—Lo acabo de preparar, realmente deberías probarlo —insistió de una forma que me pareció sospechosa.

Me lo pensé un instante. No era mala idea si lo veía como una posibilidad para averiguar más sobre Damián y el asunto de su padre. Nadie podría saberlo con mayor certeza que ella, la mujer que lo había visto crecer.

—Bueno sí, está bien —acepté—. Supongo que puedo quedarme un momento.

Entramos en la cocina que era muy sobria a diferencia de la de mi madre que tenía adornitos adheridos al refrigerador y pañuelos y guantes para hornear con dibujos de flores muy coloridas. Eché un escaneó rápido y extrañamente, en una pared justo al lado de uno de los estantes estaba colgado un crucifijo de madera que tenía, además colgando, un santo rosario. ¿La madre de Damián era religiosa? Resultó irónico para mí.

—¿Te gusta el jugo de fresa? —inquirió en un tono muy afable, acercándose a la nevera. Sus manos largas y huesudas abrieron la puerta para coger una jarra en el interior—. Es el favorito de Damián.

—Sí, claro, me encanta —asentí, obsequiándole una sonrisa—. Mi mamá lo hace todo el tiempo.

Cogió un vaso y vertió el líquido templado y carmesí en él. Me dio la impresión de que los dedos le temblaban un poco. Pero según mi madre ella lucía así, semejante a un cachorro asustado.

—Todo esto ha sido muy difícil para ti, ¿no? —me preguntó.

El vaso quedó moderadamente lleno, así que dejó la jarra un lado.

—Le mentiría si dijera que no —respondí. Ella deslizó el vaso hacia mí y lo cogió. Estaba frío—. Pero creo que este asunto no sería fácil para ninguna persona que no sea como ellos. Usted debe saberlo bien.

—Quizás más que nadie —confesó con una nota de pesar.

Bebí un sorbo tan dulce que me refrescó la garganta. Estaba realmente delicioso.

—¿Fue complicado? —indagué sin apartar la mirada de sus expresiones—. Me refiero a criarlo, a convivir con su naturaleza.

—Lo fue y lo sigue siendo. —Cogió un pañito que había sobre la isleta de la cocina y de forma maquinal limpió los restos de humedad de la jarra—. A veces creo que no soy peor que ellos —murmuró.

—¿Por qué lo dice? Se nota que usted ya hace algo muy significativo con tan solo ocultar el secreto —repliqué y me llevé el vaso a la boca.

—Un secreto que en ocasiones consideré no esconder más.

—Por lo del padre de Damián, ¿cierto? —solté con sumo cuidado, pero ella alzó la vista de inmediato, casi rígida—. Él me dijo lo que hizo.

Suspiró, quizás para contener alguna emoción. Cada sección de su rostro y de su cuello se tensó. Su mano cogió el pañuelo con mayor fuerza. El asunto era más que delicado, posiblemente muy doloroso, pero no me arrepentí de haberlo sacado a relucir. Al contrario, estaba ansiosa por saber.

—Por distintas razones —dijo finalmente con un hilo de voz y entonces, en una buena jugada, omitió la mención del padre—. Cuando Damián era un niño yo era más joven y en ocasiones no entendía que sus actitudes iban más allá de las de un ser humano normal. Al final pude comprender que su naturaleza era distinta y que él no tenía la culpa de ello. Así que lo acepté. Además, ¿qué madre no hace lo que sea por sus hijos?

—Entonces, ¿aceptó que Damián asesinara a su padre? —pronuncié, esperando que no pudiera darle vuelta a eso.

Ella tragó saliva y frotó el paño por la isleta, aunque no había nada que limpiar.

—Espero no estar siendo demasiado imprudente —respondió haciendo énfasis en la última palabra—, pero debido a las circunstancias que envuelven a mi hijo, quisiera saber si fue él quien te involucró en... ya sabes, en todo esto.

—Oh, no —respondí y me di un trago largo de jugo para hacerla esperar. Luego exhalé como cuando se tomaba una cola muy refrescante—. Fui yo. Yo llegué a descubrirlo hasta que él me descubrió a mí. No sé si usted lo notó, pero siempre sentí cierta curiosidad hacia él. Bueno, por esa curiosidad terminé aquí.

—Entiendo —asintió. Bajó la mirada y por un instante su rostro lució abatido, cansado, muy avejentado—. Y sí me di cuenta de ello. De hecho, ese interés tuyo me preocupó desde un principio. Pensé que solo era curiosidad infantil, pero no desapareció, ¿cierto? Temí que esto pasara, hasta creo que llegué a pensar que tarde o temprano iba a suceder. —Suspiró con agobio—. Siempre me pareciste una muchacha muy inteligente, muy linda, por eso quiero... —Eché un vistazo disimulado a la entrada de la cocina y el momento adquirió el suspenso

necesario para inquietarme—. Quiero advertirte algo. Las cosas no son como crees. Las cosas no son como las ves. Tienes que estar atenta, abrir los ojos, despertar. Estás en peligro en estos momentos, Padme.

—Lo sé, sé que mientras finja ser una novena, estoy en constante peligro, pero...

—No se trata solo de eso —me interrumpió en un tono mucho más bajo y nervioso—. Tú puedes escapar. ¿No lo has considerado?

—Lo pensé, pero Damián ha dicho que ya no es posible. Los novenos lo sabrían.

—Mientras él esté...

—¿Qué esté quién?

Diana se enderezó en un segundo, tensa. Me volví y supe por qué. Damián estaba allí. Tenía la cabeza y el hombro apoyado en el marco de la entrada a la cocina, tal y como lo había visto en su habitación. No lucía disgustado, sino agotado; sin embargo, nos miraba esperando alguna aclaración. Pero parecía que ella no iba a dársela, todo lo contrario, su silencio me dio a entender que no podía.

—Bueno, señora Diana, gracias por el jugo, estaba delicioso —me apresuré a decir y avancé para detenerme junto a él. No me miró. Su mirada continuó fija en su madre—. Espero que no te moleste que me quedara hablando un rato con mi suegra —le susurré cerca del oído. No se movió, pero lo entendió. Así que por alguna razón muy intencional acerqué mis labios a su rostro y deposité un beso en su mejilla—. Nos vemos mañana. Ve a dormir.

Al regresar a casa, Eris me esperaba inquieta en la sala de estar. Ella tenía una llave, por lo que no me sorprendí ante su presencia. Aseguró que había estado intentando llamar a Alicia, pero que seguía sin responder. De modo que la duda sobre en dónde estaba nos tenía abrumadas, y lo único que deseaba era equivocarme en eso que asumía sobre su paradero.

Aprovechando que ella estaba ahí, me apresuré a contarle lo de la dirección obtenida y agregué que Damián pensaría lo de la píldora. Omití la pequeña conversación con Diana, la advertencia y las extrañas horas en el papel del cajón. Ambas cosas eran tan extrañas que tenía dudas sobre ellas. Yo sabía que estaba en peligro, pero, ¿hablamos del mismo peligro en la cocina?

—Entonces, sea quien sea que te envió esos mensajes lo veremos allá —dijo Eris haciendo referencia a la dirección del rastreador. Luego alzó las cejas como si acabara de darse cuenta de algo—. Iremos a La Cacería.

—Bueno, no me parece la mejor idea, pero si no podemos salvar a Alicia aquí, podemos intentarlo allá —asentí. Después me llevé una mano a la frente—. ¡Ah! Olvidé que te acabas de incorporar y necesitas una presa.

Vi en su expresión algo de entusiasmo.

—No te preocupes. El día que te fuiste temprano de la casa de Poe, mencioné eso y él se ofreció a conseguírmela —confesó. La miré con cierta picardía.

—Uh, Poe cazará una presa por ti, parece que va en serio.

Eris se paseó por la sala mientras que yo me dejé caer en el sofá.

—Sí, va en serio a recibir un puñetazo en la cara si no me deja en paz —bufó con molestia.

—Tampoco es que te acosa, ¿o sí?

Ella giró los ojos.

—No, pero es molesto —resopló con el rostro contraído en desagrado—. Además, cada vez que sube una foto a Instagram me etiqueta para que la vea. No sé por qué cree que quiero verlo entrenando en el gimnasio o comiendo en algún restaurant.

—Sí, Dios, qué intenso es —dije en plan de sarcasmo—. ¿Segura que no te gusta ni un poco?

—Solo me causa repulsión —replicó en un tono bastante convincente—. En fin, ir a La Cacería es una obligación. ¿Te sientes bien con eso?

—Desearía no tener que ir, pero si Alicia está allá, al menos puedo verlo como una elección propia. —Suspiré, recobrando todo el sentimiento de agobio—. Damián está pasándola realmente mal...

—¿No te dijo Agatha que podía ser doloroso para él?

—Sí, pero parece más que eso —murmuré. Algo en mi interior se retorció si pensaba en la posibilidad de que hasta su existencia le doliera en los huesos—. Debe ser muy fuerte como para soportarlo. Antes no estaba así hasta que yo mencioné lo de su padre...

—O sí estaba sufriendo los síntomas del Hito pero no nos habíamos dado cuenta —comentó ella, algo distraída—. Ya tenía pequeños episodios de malhumor y no quería que te le acercaras, tú me contaste. Solo empeoró aquel día en tu habitación.

—Supongo que por eso faltó a clases, ¿cómo podía salir así? —exhalé.

Me llevé las manos al rostro en un gesto de frustración. No sabía en qué pensar primero. No sabía qué intentar solucionar primero.

—Veremos la matanza —dijo Eris, como si no pudiera creerlo.

Después de haber visto el primer asesinato, a Poe acuchillando a un tipo, a Damián reventar conejos y a ambos matar a Benjamin, ¿La Cacería sería lo suficientemente sangrienta como para indignarme? Quizás esos eran tan solo acontecimientos pequeños frente a la peculiar celebración.

—Bien, bien. —solté, enderezándome—. Esto es lo que haremos. Vamos a salvar a Alicia de La Cacería, descubriremos quien es él o la desconocida que quiere ayudarnos y trataré de hacer que Damián supere el Hito —dictaminé.

—Tan solo lo del Hito suena a que será un trabajo muy difícil. —Hizo un mohín de duda—. ¿Cómo harás eso exactamente?

—Bueno, Tatiana dijo que ella se quedó con Archie en todo momento. Y según lo que dijo Agatha, Damián debe relajarse, debe encontrar estabilidad. Tengo las píldoras, ¿no es así? Y tengo la oportunidad de estar junto a él, ¿no es así? — Mi boca se curvó en una sonrisa—. Entonces, le mostraré algo que no ha conocido jamás.

—¿Los centros de bronceado? —dijo ella en tono de broma.

Sofoqué una risa.

—No. Amor.

Eris hizo un asentimiento de cabeza en total acuerdo y tomó asiento a mi lado.

—Me parece que tienes unas cuantas ideas.

—Tengo todo un plan y esta vez no va a fallar.

Capítulo 14: El cielo predice peligro

El siete de septiembre cayó viernes y me levanté a las seis de la mañana. La noche anterior había hablado con mis padres para avisarles que me iría de viaje a la playa con Eris, Damián y algunos amigos, y como mi madre por alguna absurda razón confiaba en Damián, no se negaron.

Así que por ese lado no tuve inconveniente. Lo difícil fue hacer una pequeña maleta pensando en que en realidad iba era a presenciar una matanza.

No sabía nada de cómo funcionaba La Cacería, ni cómo estaba organizada ni cuanto duraba. No sabía qué nos esperaba en la mansión Hanson, pero mi plan tenía que funcionar fuera como fuese. Lo habíamos repasado meticulosamente. Eris lo había meditado y no parecía haber posibilidades de fallo por ningún lado.

Me despedí de mis padres con un abrazo largo antes de que partieran al trabajo. Durante los primeros días de saber el secreto de los novenos, apenas ponía un pie fuera de casa temía no volver a poner uno dentro, y esa mañana sentí lo mismo, por lo que me aseguré de hacerles saber a ambos que los amaba. No era que esperaba no regresar, tenía la firme esperanza de que todo saldría bien, pero por si acaso preferí irme con un beso suyo en los recuerdos.

Después de que ellos se fueron, esperé media hora y salí de la casa. Lo primero en lo que me fijé fue en el cielo. Estaba completamente nublado y el tono plomizo le otorgaba al ambiente un aspecto melancólico y espectral. Lo segundo que vi fue a Eris en la acera con un maletín a los pies. Llevaba suéter, bufanda y guantes para protegerse del frío.

—¿Qué te parece? Una mañana así en este pueblo de calor infernal, qué raro — comentó cuando me situé junto a ella. También se había percatado del extraño clima.

Dejé mi maleta junto a la suya.

—Asfil puede ser una caja de sorpresas —dije, echando un vistazo hacia la calle. Estaba sola—. O la Dimensión Alterna está más presente que nunca.

—Me voy más por lo segundo —asintió ella.

Cinco minutos después, un auto apareció y aparcó frente a la casa de Damián. No era cualquier auto, sino uno ostentoso que parecía recién salido del concesionario, negro mate, con grandes puertas, vidrios ahumados y tapacubos resplandecientes.

Curiosas por saber quién lo manejaba aguardamos a que la figura se dignara a mostrarse.

La puerta del auto se abrió y Poe bajó de él. Lo cierto era que no estaba menos sorprendente que el vehículo. Llevaba gafas de sol estilo aviador, jeans, saco

informal y camisa negra. No sabía cómo, pero él siempre lograba marcar de manera impresionante su buen estilo. Además, el cabello rubio se le desordenaba gracias al gélido viento y tenía la punta de la nariz de un color rosáceo debido al frío. Lucía fresco y feliz.

—¿Qué opinan, preciosuras? Me lo regaló una presa —comentó dándole una palmada al capó apenas nos acercamos—. Bello, ¿cierto? Iremos como reyes.

—¿No es muy escandaloso para un asesino? —inquirí.

Él se mostró falsamente ofendido.

—No, jamás. Un auto así no es escandaloso para nadie —soltó. Luego se acercó a Eris y le dedicó una sonrisa de esas perversas pero encantadoras. Las gafas se le bajaron un poco y la miró por encima de ellas—. Tú vas adelante conmigo, pelirroja. Así te cuento las perversiones que pensé sobre ti anoche.

Eris giró los ojos y el rostro se le contrajo de fastidio y repulsión.

—Y así yo te escupo en la cara —refutó ella.

Poe se mordió ligeramente el labio inferior.

—Dura e indiferente, ¡justo como me gusta!

—¡Bueno, bueno! —intervine tratando de no reír por la actitud de ambos—.

Eris va adelante y todos los demás atrás. ¿En dónde están Tatiana y Archie?

—Pasaremos por ellos en un rato. ¿Y Damián? —contestó Poe, dirigiéndose de nuevo al auto. Se inclinó, metió el brazo por la ventana y presionó la bocina repetidamente—. ¡Bájale, hombre! ¿Te estás maquillando o qué? —gritó.

—¿Podemos guardar el equipaje en el maletero? —le pregunté.

Poe asintió y con el dedo nos indicó que lo siguiéramos. Cuando abrió el maletero del auto, no me sorprendió ver un extraño saco dentro de él.

—¿Qué es eso? ¿Traes un cadáver ahí? —inquirió Eris, ceñuda.

—Algo más hermoso —murmuró él, se inclinó y abrió el saco para que viéramos lo que había en su interior: un montón de alambres, cuerdas, cadenas, trozos de vidrio, metal oxidado, pinzas, tornillos, madera, cuchillos e incluso un bate envuelto en alambre de púas—. Herramientas. Las necesitaremos.

—Ah, sí, no sé por qué no lo sospechamos —murmuré y lancé mi maleta dentro. Damián no tardó en aparecer con una mochila como único equipaje. A mí me pareció que su aspecto estaba peor. Aunque las venas no se le notaban tanto, seguía muy pálido, ojeroso y daba la impresión de estar demasiado cansado. Eris lo notó, pero no dijo nada, y sabía que Poe tenía plena consciencia de su estado, pero tampoco lo comentó.

Pusimos todo en el maletero y nos montamos en el auto. Eris no estaba de acuerdo en eso de ir adelante con Poe, incluso refunfuñó y se quejó, pero terminó por ir en el asiento del copiloto escuchando los comentarios burlones y eróticos que el noveno escupía a cada rato.

Pasamos por Archie y Tatiana y luego, atrás, la distribución fue beneficiosa para el obstinado de Damián. Ellos iban en el centro tomados de la mano y Damián y yo a los extremos, muy lejos el uno del otro tal y como a él le gustaba.

Cuando tomamos carretera, Poe puso música. Empezó a sonar Panic! at the Disco y gracias a todos los dioses que me gustaba, porque me permití hundirme en la música y no pensar en nuestro destino.

Claro que una hora después, Tatiana se antojó de hablarme y conversamos un rato sobre cómo ella se aburría de los viajes largos y de cómo una vez realmente fueron a la playa y un cangrejo se le metió en el bañador a Archie y le picó el culo. Un cangrejo que luego descubrieron fue puesto por Poe con intención de broma.

A medida que íbamos dejando Asfil atrás, el clima empeoraba. El cielo se vislumbraba más lúgubre y gris, y las nubes más densas y amenazantes advirtiéndome que lo que venía era una tormenta. Esperé que mejorara al acercarnos a la próxima ciudad, pero no fue así, no se despejó ni un poco.

Cuando estuvimos a solo dos horas del lugar de destino, los truenos comenzaron a sonar, los rayos a rasgar el cielo y las gotas empezaron a caer agresivamente en el parabrisas.

Poe aminoró la velocidad.

—Esto se va a poner feo —comentó, inclinado hacia adelante sobre el volante para ver mejor el cielo—. Y me encanta matar, pero no me quiero morir yo.

—¿Y si nada más es una llovizna? —preguntó Archie, empujándose las gafas.

—No, amigo, esto es un diluvio —aclaró Poe.

Tatiana sacó su celular y comenzó a buscar algo.

—Hay un motel con restaurante a veinte minutos, ¿y si paramos ahí? —propuso ella.

—¿Un motel? —soltó Poe con cierto desagrado y luego le echó un vistazo a Eris para decirle—: Lo mío es más algo de cinco estrellas, aclaro, para que no haya malas impresiones.

Escuché a Eris resoplar.

—¿Crees que eso es lo único que daría una mala impresión de ti? —soltó. Tenía los brazos cruzados en un gesto de total enfado—. Esperemos en ese motel y ya. No me quiero morir en el mismo auto que tú. Siento que te follarías hasta a mi espíritu.

Cuando aparcamos en el estacionamiento del motel, la lluvia torrencial ya se desplegaba sobre todo. El frío era penetrante y el cielo oscuro como los ojos de Damián. Ni siquiera pudimos ver la fachada del lugar, solo nos bajamos del auto y corrimos hacia la puerta más cercana.

Al entrar, admitimos que el sitio no lucía tan mal. Para ser un motel de carretera, estaba muy limpio y bien decorado. Tenía incluso un aire acogedor.

Poe se acercó a la recepcionista —que se salvó de sus perversiones solo porque no era muy atractiva— y ella le indicó que el restaurante estaba al pasar un pasillo a la derecha y que ahí podíamos esperar a que la tormenta pasara.

Continuamos y el restaurante tampoco resultó ser terrible, de hecho, hasta expedía un olor que despertaba el hambre, como si estuvieran horneando una pizza. No había muchas personas y el ambiente era cómodo y cálido comparado con el frío que hacía afuera.

Tomamos una mesa frente al ventanal y, mientras tanto, Archie se encargó de ir a ver si tenían chocolate caliente para que nos dejara de tiritar el cuerpo.

—Como que no va a parar hoy —comentó Tatiana.

El vidrio estaba empañado y afuera no se veía demasiado por toda la lluvia.

—¿Hay que llegar a una hora específica? —pregunté.

—No, La Cacería es el domingo —respondió ella—, pero debíamos llegar hoy porque así nos lo pidieron.

—¿Quién? ¿Pidieron que llegáramos un día antes? ¿Por qué? ¿No íbamos a alojarnos en un hotel? —inquirí rápidamente, buscando respuestas en todos los rostros.

—Fuimos invitados a alojarnos en la mansión durante este fin de semana —contestó Poe con suficiencia—. Eso es un privilegio. Muchos deben conseguir en donde hospedarse, pero tienen habitaciones para nosotros ahí. Habitaciones exclusivas.

—¿Solo a nosotros nos invitaron? —pregunté, ceñuda—. ¿Y qué hicimos para ganarnos ese privilegio?

—No, habrá más personas, pero con cierto nivel de preferencia —aclaró el rubio—. Gente como Nicolas y su grupo. La dirigente y los superiores también se quedarán ahí, supongo. Nosotros no hicimos nada, Archie hizo algo, creo.

—Mi Archie es diseñador gráfico y le hizo unos cuantos trabajos a la dirigente en la remodelación de su casa. Le gusta mucho la pintura y le pidió precisamente a él que le creara unos murales. Quedó encantada con ellos y supongo que por eso nos ha invitado —confesó Tatiana con un dejo de orgullo.

—Ah, ya.

Archie regresó poco después junto a una mesera que sostenía una bandeja con seis tazas de humeante y espeso chocolate. Luego de distribuirlos, la mesa quedó en silencio mientras que cada uno se ocupaba en soplar para poder tomarlo. Yo me quedé mirando el mío y luego contemplé a Damián. Había estado callado todo el rato, aunque, bueno, no era precisamente una persona muy habladora, pero su acentuado silencio me incomodaba.

Volví a concentrarme en mi taza y me dediqué a menear el líquido espeso con la cucharilla. Pensaba a cada rato en Alicia, aunque intentaba disminuir eso a veces. Si quería que mi plan funcionara, no podía ponerme nerviosa y menos darle a Damián más preocupaciones y razones para creer que haría algo estúpido.

—Ayer Nicolás habló conmigo —comenté de repente. Todos alzaron la cabeza y pusieron su atención en mí—. Me preguntó si había visto a Benjamin porque lleva semanas sin aparecer. Obvio no le dije que ustedes... ya saben.

—¿Te amenazó? —preguntó Poe, curioso.

—No, pero creo que sospecha algo.

—Si lo sospecha o lo descubre, nada puede hacer —habló Tatiana, encogiéndose de hombros—. Teníamos un motivo para asesinarlo.

—Bien, solo quería que lo supieran.

Esperamos más de dos horas en el restaurante a que la lluvia cesara, pero no aminoró ni un poco. En cambio, en un televisor que colgaba de una esquina vimos el reporte del clima y los pronósticos no eran buenos. Lo que se avecinaba era una tormenta con posibilidades de causar desastres. Las personas en el restaurante se mostraron preocupadas por lo que aquello podía ocasionar, pero en nuestra mesa la única preocupación era no llegar a tiempo a La Cacería.

—Así que ustedes, ¿cómo se conocieron? —les preguntó Eris a Archie y a Tatiana—. ¿Se enamoraron en la manada, fuera de la manada? ¿Cómo?

La pelirroja estaba aburrída, por eso su interés en averiguar cosas que normalmente no le interesarían.

Ante la pregunta, Tatiana reprimió una sonrisa. Iba a hablar, pero Poe se le adelantó:

—Es obvio que él la secuestró, la forzó y ella desarrolló un síndrome de Estocolmo, porque, ¿de qué otra manera lo querría? —comentó. Tenía la barbilla apoyada de la mano en una pose de fastidio.

—En realidad, me gustó desde el primer momento en que lo vi y no me forzó a nada —aclaró Tatiana, dedicándole una mirada fulminante al rubio—. Nos conocimos en la Comic Con.

—Ah, mira, en la junta de vírgenes con acné, qué sorpresa —murmuró Poe.

—Y cuatro meses después conocimos a Damián y a ese imbécil —agregó Archie y señaló a Poe—, y nos unimos a la manada.

—Yo pensaba que se conocían todos desde la infancia —confesé.

—Solo Poe y Damián han sido amigos desde pequeños —dijo Tatiana.

Le eché un vistazo a Damián, pero tenía los brazos cruzados y miraba hacia el ventanal con el ceño ligeramente fruncido. Me preocupaba, realmente me preocupaba.

Ya cuando dieron las cuatro de la tarde y no teníamos más de que hablar u otro chocolate caliente para tomar y éramos víctimas fatales del aburrimiento, Poe propuso algo.

—Si para las seis no mejora el clima, pasamos la noche aquí, ¿de acuerdo?

—Me parece buena idea —asintió Tatiana—. Podemos partir temprano. Siempre es mejor conducir de día que de noche.

—Entonces me encargaré de las habitaciones, y no se preocupen, yo pago.

—No esperábamos menos de ti —dijo Archie con toda la intención de molestarlo.

Y se hicieron las seis y los truenos eran estridentes. Las gotas eran gruesas, como si el cielo llorara de forma incesante, como si supiera que algo terrible estaba próximo a suceder.

Poe volvió al restaurante y trajo consigo tres llaves con unos números marcados en tarjetitas que colgaban de ellas. Las puso sobre la mesa y la sonrisa que se formó en su rostro expresó pura malicia.

—Pedí tres habitaciones y somos seis, así que en cada una irá una pareja —indicó. Extendió su dedo índice y con él deslizó una llave en dirección a Archie—. Ahí tienes para que vayas con Tatiana.

La pareja tomó su llave, se levantó y se fueron a pedir algo en el bar para cenar antes de irse a la habitación. El dedo de Poe deslizó la segunda llave en dirección a Damián.

—Ahí tienes para que vayas con el pastelito —dijo y después, finalmente, miró a Eris con picardía, aguantando como podía una risa satisfactoria—. Mira... queda una sola. Qué casualidad, ¿no? Por descarte, en esa iremos tú y yo, pelirroja.

La expresión de Eris, molesta, era digna de fotografiar.

—Estás alucinando si crees que voy a dormir contigo —bufó ella—. Yo voy con Padme.

Intentó tomar la llave, pero la mano de Poe la detuvo. Eris lo contempló como si fuera un animal rabioso, pero eso no hizo que la expresión de dicha del rubio desapareciera.

—¿Ves a esos dos seres calladitos? —inquirió él y con un movimiento de cabeza nos señaló a Damián y a mí—. Quieren estar solos, es obvio, no se los arruines. Si te tranquiliza, no te mataré. No voy contra la gente de mi manada.

—Lo que menos me asusta es que me mates, simplemente no te soporto —soltó Eris con un notable enojo. Se levantó de forma abrupta y mientras se iba dijo—

: Mueve el culo, Poe, y si te atreves a decir algo sobre mi cuerpo de una forma asquerosa, el que no va a despertar serás tú.

El rubio la siguió sin chistar, disfrutando sus malos tratos. Así que en la mesa quedamos Damián y yo, frente a frente con una llave entre ambos.

No había que decir nada. A mí no me molestaba compartir habitación con él, sobre todo porque sabía que sería como si solo hubiera una persona allí, y porque si quería ayudarlo tenía que demostrarle que pasar tiempo juntos podía hacerle bien. Claro que su ánimo no ayudaba. Podía percibir a kilómetros de distancia su malhumor y no tenía intenciones de intervenir en ello. De modo que tomé la llave y me levanté de la mesa.

Teníamos la habitación número diez. Me dediqué a buscarla, aunque sabía que él venía detrás de mí. Pasé por un pasillo y, para mi sorpresa, escuché dos voces conocidas. Eran Eris y Poe en alguna de las habitaciones.

—Te dije que te callaras, ¿no? —bramó ella—. Enciende la televisión, aún es muy temprano para dormir.

—¿Estás segura de que teniéndome aquí y con una cama dispuesta solo quieres ver la televisión? Te enseñaría cosas que jamás verías en un canal —expresó él en un tono divertido.

Solté una risilla silenciosa y avancé hacia la puerta con el número que nos correspondía. Entré, encendí la luz y descubrí que no estaba nada mal.

La cama era grande y el ambiente limpio. Servía para pasar una noche. Por supuesto, yo no era tan exigente como Poe que de seguro estaba acostumbrado a los lujos. Yo podía incluso quedarme en una habitación blanca de cuatro paredes, acurrucada en una esquina y dormir allí sin problema alguno.

Damián cerró la puerta, yo dejé la llave sobre una mesita y me acerqué a la ventana. El cristal estaba empañado y lleno de pequeñas gotas, y era muy difícil reconocer las afueras por tanta lluvia, pero la oscuridad de repente se aclaraba con uno que otro rayo después de unos cuantos truenos.

—Hay calefacción, ¿la enciendo? —comentó Damián.

—Supongo que sí —me limité a responder.

Ni siquiera recordaba el frío que hacía. Quería repasar el plan mentalmente.

—¿En qué tanto piensas? —me preguntó.

Giré los ojos.

—Los pensamientos son privados.

—No si son referentes a algo que piensas hacer —soltó.

Lo miré. Estaba cerca de la puerta del baño frente a un panel con un par de interruptores, encendiendo la calefacción.

—¿Ahora me dirás que los asesinos leen mentes? —inquirí, cruzándome de brazos.

Se encogió de hombros y se dirigió a la cama.

—Ojalá, pero no. Solo eres muy predecible. —Se sentó sobre el colchón y se quitó su chaqueta negra—. Ven acá. Quiero decirte algo.

Me aproximé a él y con cierta duda me situé a su lado. Damián suspiró pesadamente.

—Tomaré esa píldora que mencionaste —dijo, mirando fijamente el suelo—. Has dicho que solo es un descanso, ¿no?

—Sí, solo un descanso —mentí.

La Clandestina había dicho que la píldora tendría ese efecto, pero que también servía para averiguar qué había dañado la parte normal del noveno. Eso era lo que yo quería descubrir, y era mi principal objetivo. Solo que él no lo sabía.

—Permítete esta noche, ¿de acuerdo? Necesitas tener fuerzas para la Cacería —añadí con suavidad—. Te buscaré un vaso de agua. Espera aquí.

Traje una jarra de agua conmigo del restaurante, saqué la tableta de píldoras de mi bolso y le di una. Damián se la tomó en un segundo, y justo cuando tragó inhalé hondo. Estaba un poco nerviosa, quizás porque no sabía cómo podía reaccionar ante los efectos del medicamento.

Un largo silencio se extendió entre nosotros y solo se escuchó el repiqueteo de la lluvia en las afueras hasta que decidí hablar.

—¿Y...?

—Me siento igual. —Se encogió de hombros—. Supongo que hay que esperar. ¿Qué dijo Tatiana?

—Ah, bueno, que te relajarías mucho, ¿por qué no te recuestas? —dije, esbozando una sonrisa afable. Los nervios siempre me ponían así, muy gentil.

Él me obedeció. Extrañamente me obedeció y comenzó a desanudar las trenzas de sus botas.

—Por cierto —habló—. Mañana estaremos en una mansión repleta de los peores asesinos, de los que no son como en la cabaña. Cualquier paso en falso que des podría costarte la vida. Cualquier sospecha que despiertes, podría costarnos la vida a todos. Cualquier persona que conozcas podría querer algo contigo a la fuerza. A cualquiera que le eches una mala mirada, podrías ganártelo de enemigo. Así que con la daga que te di te vas a proteger a toda costa, ¿de acuerdo? —Se sacó una bota y la dejó a un lado—. No habrá inocentes ahí a excepción de cuando se esté dando La Cacería. Si alguien te ataca, lo matas. —Muy bien, entiendo —pronuncié sin apartar la vista de él para monitorear sus movimientos—. Ah, y gracias por la daga.

—Sabes que lo hago por la manada y tú eres parte de ella.

—Es un gesto muy agradable —murmuré.

No había ningún sentimiento reconocible en su rostro.

Se quitó la otra bota y la lanzó a un lado.

—Es lealtad —confesó. Su mirada fatigosa se encontró con la mía y muy seriamente dijo—: Estas personas, esta manada son tu familia ahora. Son mi familia, Padme, la verdadera. Yo los cuido y ellos a mí, así que debes hacer lo mismo. Nunca nos traicionamos y salimos a defendernos si es necesario. ¿Comprendes eso?

—Sí, lo comprendo —asentí.

—Entonces no necesito decirte lo que debes hacer si alguno de nosotros está en peligro, ¿cierto? —expresó. Negué con la cabeza—. Todos haremos lo que sea para que sigas con vida, así que no nos traiciones, Padme, porque nosotros no lo haremos. Traer humanos normales a este mundo es un acto imperdonable que se paga con la muerte. Recuerda eso. Recuerda lo que ellos están haciendo por ti.

Después de eso último, se levantó de la cama y fue directo al baño. Me quedé pensando en sus palabras y, sobre todo, en lo confusa que era su actitud. A veces parecía querer protegerme y luego solo parecía querer cuidar la estabilidad de su mundo. Cada vez que hacía algo por mí, lo justificaba con eso de la lealtad y el hecho de ser una manada. Eso me inquietaba porque aun con todo lo sucedido entre nosotros, con la molestia que me producía en ocasiones, todavía esperaba un único acto que no estuviera relacionado al mundo de los asesinos. Y quizás no debía, porque las verdaderas intenciones de Damián no estaban claras para nadie, solo para él. No sabía si bajo su naturaleza e incluso con el asunto del Hito, él podía sentir algo hacia mí más que la responsabilidad de mantenerme con vida por la oportunidad que me había dado.

Dudé. Recordé las palabras de su madre, aquello tan raro en su habitación, y una extraña e inquietante duda surgió: ¿y si las cosas no eran como yo creía?, ¿cómo estaba creyendo que eran?

No, era absurdo.

Me saqué la cazadora que llevaba puesta, guardé la daga en uno de sus bolsillos y la dejé sobre una silla. Encendí la televisión para tratar de despejar mi mente, pero solo había reportes del clima y telenovelas tontas, así que me quité los zapatos y me recosté en la cama haciéndome un ovillo.

Cuando Damián salió del baño con el torso desnudo, dejó la camisa y la chaqueta en la misma silla y pasó a dejarse caer en el lado vacío del colchón.

Se mantuvo quieto mirando el techo y por primera vez desde aquel día que lo había seguido, me permití contemplarlo con sumo detenimiento. Descubrí entonces, de nuevo, lo atractivo que realmente era, o quizás que era para mí. Paseé la vista por la punta de su recta nariz; vi la espesura de sus cejas; un caminillo de tenues lunares muy cerca de su oreja derecha; la forma en que le

caían unos mechones de cabello en la frente; lo bien afeitada que estaba su mandíbula; lo equilibrados que eran sus labios sin ser muy generosos; y terminé descubriendo una salpicadura de pecas que había sobre sus pálidos hombros y que se perdía hacia su espalda.

Y a pesar de que admitía que me atraía de una forma impresionante, de que me hipnotizaban cada uno de sus rasgos, eso no hizo desaparecer la susurrante voz emergida hacía un momento que decía: nada es lo que parece.

Por un momento quise extender el brazo para acariciar su cuello, fantaseando con la idea de que la realidad del asesino podía ser una coraza que con un toque sería capaz romper, pero no lo hice, porque aquello era, inexorablemente, una tonta fantasía.

—Damián —pronuncié, aferrando una mano a la almohada con nerviosismo—. ¿Mataste a tu padre?

Esperé el estallido. Esperé el desborde de ira. Pero no llegó. Su respiración era tranquila, muy calmada.

—Sí.

Tragué saliva.

—A los nueve años —respondió.

—¿Cuándo lo hiciste?

Su mirada estaba fija en el vacío y su pecho subía y bajaba de forma apacible. Yo estaba ansiosa, pero no quería que él lo notara.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque él iba a matarnos a mi madre y a mí si no lo hacía yo antes —confesó. La píldora estaba haciendo efecto. Sus parpadeos eran más lentos.

—¿Tu padre quiso matarlos? ¿Por qué?

Él inhaló hondo. Por un instante frunció el ceño y temí que experimentara algún tipo de disgusto, pero fue como si se estuviera dando cuenta de algo que no había notado antes, o como si algún tipo de recuerdo lo abordara repentinamente.

—Lo intentó muchas veces, pero era muy poco inteligente —expresó—. Él decía que yo era un demonio, un engendro, y que no merecía vivir. Estaba muy convencido de que la mujer que le había dado un hijo así tampoco debía seguir respirando, porque su vientre estaba maldito.

—¿Y cómo lo mataste? —inquirí.

Sentí la garganta seca.

—Lo envenené.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—No.

—Entonces, ¿por qué te altera tanto ese recuerdo?

Otro corto silencio. Parecía estarlo pensando, recordándolo, dándose cuenta de algunas cosas. En ese momento quise tener el poder de leer su mente para saber qué estaba sucediendo allí.

—Yo había estado intentado contenerme desde que supe quién era, y mi madre me trataba como a un niño normal por eso. Pero ese día que puse el veneno en la comida cometí un error y asesiné una parte de ella. A partir de ese momento empezó a temerme y jamás volvió a ser igual. Me recluyó. Se alejó. Dejó de verme como su hijo. Cerraba con llave la puerta de su habitación. No me permitía acercarme a la cocina. Decía que por ningún motivo debía relacionarme con los demás y nunca me ponía ni un dedo encima. Ella, al final, se convirtió en él.

Traté de no manifestar indignación. Ahí estaba la respuesta. Damián no se arrepentía de haber matado a su padre. Lo que lo afectaba era el hecho de haber perdido a su madre por eso.

—Dios santo... Tu padre no fue una buena persona y ella...

—No existen las buenas personas —me interrumpió él, sereno—. Todos, de alguna forma, hacen daño. Sin embargo, hay personas como tú que prefieren no hacerlo, y hay personas como yo que solo sabemos ocasionarlo. Mi principal error fue no aceptar lo que era, pero ahora no quisiera ser otro.

Me incorporé en la cama.

—No, Damián, tú puedes ser más —dije firmemente—. Eres un noveno, pero puedes controlarte.

—No quiero controlarme —admitió.

—Si no lo haces el Hito te dominará —le reproché, consternada. Pero la comisura derecha de sus labios se alzó en una pequeña y extraña sonrisa.

—Ya lo hace, Padme, ¿no te das cuenta?

Sentada, me acerqué un poco más a él, acortando la distancia que nos separaba. Aún no me miraba, estaba sumido en el vacío, quizás demasiado dopado para entender lo que sucedía, pero aquello no me importó.

—Sé que estás sufriendo, pero yo voy a ayudarte —le susurré—. Dime qué sientes, Damián.

Inhaló hondo. Su pecho subió con lentitud, se agrandó y luego volvió a la normalidad cuando exhaló.

—Dolor, mucho dolor —confesó quedamente—. Mis huesos crujen cuando camino. Mis músculos pesan cuando me muevo. Mi cabeza palpita, hinca, arde. La piel me quema. Las venas se me tensan y tiran como si estuvieran exigiendo algo. Esto duele como si fuera un castigo. Es como si estuviera en el infierno.

No me contuve, tomé su rostro entre mis manos y apegué mi frente a la suya. Sus ojos estaban desorbitados. No sabía si en verdad era él en ese momento. Si

sus partes en guerra representaban dos seres distintos, o si en realidad siempre era una sola, pero solté una gran verdad, algo que también me dije a mí misma: —Yo te voy a sacar de ahí.

Su mano lentamente se enredó en mi cabello. Sus ojos parecían más negros que nunca, diferentes, poco comunes, quizás una característica propia de su naturaleza.

—No soy quien tú crees, Padme —susurró—. Puedo hacerte mucho daño.

—Entonces nos haremos daño juntos.

Me recosté sobre su pecho y pasamos un par de horas así, en silencio, y no fue nada incómodo. Hasta que después, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos.

No supe a qué hora fue, pero abrí los ojos a causa de un extraño ruido. Vi a Damián sumido en su sueño, apacible, así que me moví lentamente hacia el borde de la cama.

Había escuchado algo, como si alguien hubiera tocado la puerta. Puse los pies en el suelo, me levanté y me coloqué la cazadora asegurándome de que la daga estuviera dentro de ella. Avancé entonces por la silenciosa habitación y abrí la puerta a medias. Al asomarme hacia el pasillo, me encontré a Eris de pie en la puerta de su habitación.

Miraba hacia todos lados como si buscara algo.

—¿Escuchaste eso? —me susurró cuando me acerqué a ella.

—Sí, alguien tocó —contesté, algo inquieta—. Deberíamos despertar a los demás, ¿no? Tengo un mal presentí...

No pude terminar la palabra porque ella exclamó:

—¡Mira! ¡Pasó alguien! ¡Alguien pasó por ahí!

Señaló el fondo del pasillo, pero no lo pillé al darme vuelta. Estaba vacío. Luego nos vimos las caras.

—Sí, definitivamente deberíamos despertarlos —propuse.

—Pero, ¿y si no es nada? ¿Y si es alguien que solo quiere hacer una bromilla? —bufó, algo irritada—. Estaba durmiendo muy cómodamente cuando me despertaron. Voy a quejarme.

Ella cerró la puerta y se encaminó por el corredor, y yo de tonta la seguí. Pronuncié su nombre más de cinco veces y no logré que se detuviera. Y sabía que a veces yo era impulsiva, pero había que admitir que Eris me llevaba ventaja en eso.

Llegamos a la recepción y con insistencia presionó la campanilla que había sobre el mostrador. La poca luz de la estancia y de los pasillos que se observaban a los lados le concedía al ambiente un toque espeluznante. Yo

todavía seguía descalza y había algo en todo aquello que no me gustaba, que me ponía muy nerviosa.

—Eris —le susurré, tocándole el hombro—. Esto me recuerda a American Horror Story: Hotel, y como vimos la temporada entera sabes que no termina nada bien.

—¿En serio? Me parece más tipo Bates Motel, Psicosis, ¿sabes? —comentó ella, haciendo un gesto de duda.

—Sí, sí —asentí nerviosa—. Pero mejor volvamos a las habitaciones y le decimos a Damián o a Poe, o a Archie que vengan a quejarse.

—Bueno, ¿y qué les vamos a decir? —resopló, molesta—. No quiero despertar a Poe. Creo que los mejores momentos con él son esos en los que no habla. ¡Seguro es alguien molestando! Siempre es así en estos lugares —soltó y presionó más rápido la campanilla. El sonido agudo me puso los pelos de punta—. ¡¿Hola?! ¡¿Están seguros de que saben a quienes hospedan aquí?! ¡Necesito que alguien venga!

—Deben estar dormidos... —mencioné, mirando hacia todos lados.

Teníamos un corredor justo atrás y estaba medio oscuro. Se extendía aterrador hacia un fondo totalmente negro.

—Es un motel de carretera, Pad, no pueden —dijo ella, girando los ojos—. Está abierto a esta hora, esa es la idea. Veinticuatro siete, ¿entiendes?

Mientras ella hacía sonar la campanilla como si no hubiera un mañana, la luz de la recepción se apagó justo cuando un estruendoso trueno sacudió el cielo. Ambas nos quedamos quietas y el corazón me palpité tan fuerte que casi creí que se saldría de mi pecho.

La única iluminación que quedó provenía del pasillo que daba al restaurante. Tragué saliva y sentí un miedo punzante cuando ella dejó de producir el tintineo con la campanilla y el silencio se espesó.

Quedamos en medio de la recepción y la negrura, mirando el único y solitario corredor alumbrado.

—Eris, creo que no es simplemente alguien que está molestando —susurré.

Ella se aferró a mi brazo.

—Te creo —murmuró—. Sí te creo.

—¿Ya podemos llamar a los demás? —le pregunté y tragué saliva.

—Sí...

Y antes de que pudiéramos movernos, tras un estrepitoso trueno y un resplandeciente relámpago una silueta se hizo visible al fondo del pasillo. El salto que dimos fue casi sobrenatural. El corazón se me subió a la garganta y casi lo escupí. La figura era alta y masculina y no solo eso, lucía fuerte e intimidante. Dio unos pocos pasos y cuando la única luz encendida lo iluminó,

vi que tenía el rostro cubierto por un pasamontaña. No obstante, toda mi atención se dirigió directito al hacha que sostenía con su mano derecha.

Un hacha enorme con la hoja afilada y manchada de algo oscuro.

—¿Ahora a qué se te parece? —inquirí con voz aguda.

—A que alguien nos quiere rebanar.

El tipo emprendió la carrera por el pasillo y no tardamos ni un segundo en movernos cuando lo vimos venir contra nosotras. Corrimos por el primer corredor que se nos cruzó y comenzamos a tocar puertas y a soltar gritos para que alguna persona saliera a ayudarnos, pero, extrañamente, nadie acudía.

No nos detuvimos y el extraño tampoco. Desesperadamente cruzamos en un pasillo, luego en otro y cuando golpeé con fuerza una de las puertas, la misma se abrió y contemplé a un hospedado tendido en el suelo con un cuchillo encajado en el pecho. Mi corazón latió a mil. Recordé haberlo visto en el restaurante y la idea de que el tipo que nos perseguía se había encargado de todos para que nadie nos ayudara, me aterró aún más.

Cuando llegamos al final del pasillo, una pared nos impidió continuar. Nos dimos vuelta y observamos al hombre abalanzarse contra nosotras en un ataque rápido. Nos agachamos ante el embiste y el hacha que sostenía se le encajó en la pared. Recordé entonces la daga, la saqué de mi cazadora y la empuñé en un santiamén.

El hombre extrajo el hacha y volvió al ataque. Lo primero que hice fue intentar ensartar la filosa hoja en cualquier parte de su cuerpo, pero con su enorme mano detuvo mi brazo y me aventó con fuerza contra la pared.

Sentí que se me sacudía el torso. Un dolor soportable estalló en mi espalda.

Eris también sacó su daga y le atestó un rasgón en la cara que le cortó una línea del pasamontaña. Furioso, el tipo la abofeteó tan fuerte que la tumbó al suelo. Se volvió hacia mí, colérico, con el pecho subiendo y bajando violentamente, y elevó el hacha para rajarme, pero no me quedé quieta y le propiné una patada en la entrepierna. Le dolió, lo distrajo por un instante en el que me incorporé rápidamente.

Aproveché entonces para acercarme a Eris, le tiré del brazo y corrimos por el mismo corredor por el que habíamos pasado.

El tipo no tenía intenciones de rendirse. Soltó un rugido y corrió tras nosotras como un maniático.

—¡Grita, Padme, grita! —profirió Eris entre la huida—. ¡Grita todo lo que puedas, joder!

Y con una potencia que no supe de dónde saqué, grité a todo pulmón:

—¡¡¡DAMIÁÁÁÁÁN!!!

El hombre volvió a lanzarse con todo y logró hacer caer a Eris en la recepción. Empezaron a forcejear en el suelo y no me quedé como una inútil espectadora. Me fui contra él y le propiné una patada en la cara. Sentí cómo algo se le dobló en un crujido, seguramente la nariz. El hacha se le cayó. Quise tomarla, pero me dio un empujón tan fuerte que perdí el equilibrio.

Eris procedió a lanzarle manotazos, así que tomé un gran impulso y entonces le clavé la daga en el brazo.

La hoja penetró la piel, se encajó allí, pero él no se inmutó en lo absoluto. ¿Qué acaso era inmortal?! Le dio un golpe a Eris con tanta fuerza que pareció quedar inconsciente, se levantó y, blandiendo el hacha, jadeante, sangrando por la mejilla y por el brazo, avanzó hacia mí. Retrocedí todos los pasos que pude e intenté trazar un plan rápido, pero el problema era que la daga estaba en su cuerpo y no tenía con qué defenderme.

Estaba acabada.

Cuando pensé que iba a morir, cuando creí que moriría en un motel de carretera y lo primero que pensé fue en mis padres y en todo lo que no había hecho en la vida, vi a una figura totalmente nueva tomarlo por el cuello. Entre la oscuridad y la luz del pasillo destacó la anchurosa y maliciosa sonrisa de esa persona, de aquel que con mucha osadía le ponía al enorme hombre un cuchillo en el cuello. Los dos se quedaron quietos.

—Un asesino en un motel, de noche, con un hacha... ¿no te parece demasiado cliché? —pronunció Poe con un tonillo divertido—. Pero, ¿qué tal si aparece un segundo asesino que acaba con el primero? Tremendo giro argumental, ¿no crees?

Entonces Poe no le permitió decir nada y le cortó el cuello. Deslizó la hoja en lateral de forma rápida y la sangre brotó de manera descomunal. El enorme cuerpo enemigo se desplomó en el suelo formando un reluciente charco de sangre y yo exhalé con fuerza, atónita, todavía con el corazón en la boca.

El rubio con aspecto somnoliento se agachó y le sacó el pasamontaña al cadáver. Era el tipo de cabello violeta que formaba parte del grupo de Nicolas. Gastón. Y había querido matarnos. No. Había querido matarme, pero, ¿por qué exactamente?

—Bueno, esto no habría pasado en un hotel cinco estrellas —comentó Poe, mirando con desagrado la cara de Gastón.

Me pasaron miles de razones por la mente para lo que acababa de suceder, pero pesó mucho más una:

—¿Quiso cobrarse lo de Benjamin? —pregunté, aún agitada.

—Es lo más probable —contestó Poe—. O quizás solo estaba de paso y quiso divertirse.

—¿Con todo el hotel? —resoplé—. En las habitaciones hay gente muerta. Poe hizo un mohín de vergüenza.

—Eh, sí, en parte ese fui yo —confesó entre risas—. Estaba algo aburrido hace rato.

—¡Ay, Eris! —exclamé de repente, recordándola.

Acudí de inmediato. Estaba tendida en el suelo, inconsciente y con el labio roto y la mejilla demasiado enrojecida por la bofetada. Le di unas cuantas palmaditas en la cara, pero no reaccionó.

Poe entonces se acercó y con una mano me apartó.

—Mira, pastelito, esto se resuelve así.

Puso una rodilla en el suelo, se inclinó hacia ella, le apretó la nariz y la besó. Unió sus labios con los de Eris en un beso largo. Alcé las cejas con sorpresa y reprimí una risa ante aquel acto. Luego simplemente esperé hasta que la pelirroja abrió los ojos súbitamente y al entender lo que pasaba frunció el ceño. Lentamente elevó la mano y le propinó un manotazo en la cabeza a Poe que lo hizo alejarse.

—¿Qué te pasa, imbécil?! —bramó ella, totalmente furiosa—. ¿¿Piensas pegarme sífilis o qué?!

Poe emitió una risilla y se sobó la cabeza.

—¿Ves? —comentó, encogiéndose de hombros—. Técnicas de primeros auxilios y eso.

—Vuelves a poner tu sucia boca sobre la mía y la que va a buscar un hacha para rebanarte hasta los huesos seré yo —lo amenazó con fiereza.

Le ayudamos a levantarse y contemplamos la escena en la recepción. La sangre había formado un enorme charco y el gran cuerpo masculino reposaba sobre él, inmóvil, con los ojos abiertos y una larga abertura en el cuello que dejaba a la vista la carne entre un espacio completamente negro. Además, había otros cadáveres en las habitaciones y estaba segura de que, al día siguiente, la policía e incluso la prensa se aglomeraría en el motel.

—Creo que tendremos que irnos ya —dijo Poe, mirando toda la sangre.

—¿Por qué ese tipo quería matarnos? —preguntó Eris, y luego le dedicó una mirada de disgusto a Poe—. ¿Los demás por qué no escucharon todo el escándalo?

—Bueno, Damián... tomó una píldora para dormir y creo que ni un terremoto lo habría despertado —comenté. Eris lo entendió.

—Yo escuché al pastelito llamar a Damián y casi, pero casi las dejo solas en este asunto por eso —expresó, cruzándose de brazos—. Pero luego me di cuenta de que en serio era peligroso. Como vi que Damián no salía de la habitación, decidí

intervenir. Claramente él no es como los héroes que aparecen hasta cuando la damisela respira fuerte. En cambio yo... acudo si mi damisela está en riesgo.

Le guiñó el ojo a Eris, pero ella solo resopló y negó con la cabeza.

—Lo único que está en riesgo son tus testículos si no me dejas en paz —soltó de mala gana—. Despertemos a los demás y vámonos antes de que llegue alguien y nos pille aquí con todo este desastre.

—Son las tres de la mañana y tengo mucho sueño, pero sí, creo que podría conducir —dijo Poe y luego emitió una risilla de las suyas.

Capítulo 15: Un plan más para la ocasión

—No puedo creer que no me hayan despertado —reprochó Damián después de escuchar todo el cuento del asesino en el motel.

—Joder, Damián, creo que hicimos muchísimo ruido —resopló Eris, poniendo los ojos en blanco.

—Fue por esa maldita píldora —se quejó él—. ¿De dónde sacaste esas cosas, Tatiana?

Ella no pareció entender aquello, así que la miré con los ojos bien abiertos, como advirtiéndole que le había dicho una pequeña mentirita a Damián.

—De por ahí, pues —se limitó a decir con respecto a eso—. Y nosotros intentamos salir de la habitación, ¿saben? Escuchamos los gritos, pero la puerta estaba cerrada desde afuera. Archie tuvo que darle golpes y golpes hasta que cedió.

Íbamos en el auto y faltaban un par de horas para que amaneciera. Archie estaba medio dormido con la cabeza sobre el hombro de Tatiana y los demás ya habíamos perdido el sueño. Poe, conduciendo, tarareaba una canción extraña como si estuviera de muy buen humor.

—Pienso que ese tipo sabía lo que le hicimos a Benjamin, y planeó esto —comentó Tatiana con cierta preocupación—. Es muy normal que miembros de las manadas venguen la muerte de sus compañeros.

—¿Entonces Nicolas también está enterado? —inquirí.

—Quizás sí —contestó Damián al otro extremo del asiento del auto—. Pero, ¿por qué Gastón las atacó solo a ustedes? Es lo que no termino de entender.

—Quizás él... —pronunció Eris con un ápice de duda—. Sabía que no somos del noveno mes.

—¡Fue Linterna Verde! —soltó Archie de repente, alzando la cabeza.

Las gafas se le pusieron en una posición extraña, él abrió mucho los ojos y luego volvió a cerrarlos. Tatiana le palmeó la mejilla.

—Sí, cariño, lucha contra todos ellos —le murmuró. Él se acurrucó sobre su pecho.

—Si lo supiera, las habría delatado ante los superiores —intervino Poe, encogiéndose de hombros—. Aunque claro, encargarse uno mismo siempre nos parece mejor. Hay que admitirlo, los novenos somos demasiado impulsivos.

—Tenemos que andar con muchísimo cuidado —agregó Tatiana—. Nicolas es el líder de su manada, es inteligente, sabe controlarse, tiene influencias, así que en pocas palabras: es más peligroso que cualquier otro.

Y yo lo sabía de sobra. Ahora estaba más que segura de que era él quien me vigilaba. Probablemente, quien había mandado a Gastón a matarnos. Lo que no

encajaba del todo en mi cabeza era por qué estaba tardando tanto en delatarnos, o en actuar él mismo. Quizás... ¿quería algo? ¿Quería que yo lo enfrentara? ¿O quería asustarnos lo suficiente?

Las dudas permanecieron en todos los que íbamos en el auto, bueno, menos en Archie que tenía ocupaciones mayores en sus sueños. Eso también me parecía curioso. Es decir, la forma en la que Tatiana y Archie se mantenían como una pareja llegaba a intrigarme demasiado. Demostraban amarse, es decir, que sí sentían cariño, entonces, ¿los demás podían sentirlo también?

Contemplé a Poe que de a momentos le echaba miradas furtivas a Eris y no había que tener un coeficiente intelectual de ciento sesenta y dos para saber que ella le gustaba mucho, aunque... a Poe todo le gustaba mucho, así que, ¿él podría sentir amor? ¿O era simplemente su característica dominante que no se molestaba en ocultar?

En lo que restaba de viaje me dediqué a mirar por la ventana del auto, inquieta. El clima fue mejorando un poco, pero el frío y las nubes oscuras no desaparecieron. Y no supe en qué momento me quedé dormida por las horas de sueño que había perdido, pero me desperté debido a la animada voz masculina que profirió:

—¡Hemos llegado!

Para cuando eché un vistazo el auto esperaba frente a una entrada impresionante. Poe le mostró su identificación a un vigilante uniformado que aguardaba dentro de una pequeña caseta y entonces las enormes, plateadas y elegantes rejas se deslizaron y permitieron nuestro paso. Asomé la cabeza por la ventana y observé, al fondo, la majestuosa mansión Hanson bañada de ese tono gris propio del clima nublado. La rodeaba puro pasto verde y lucía más grande de lo que había imaginado.

Poe aminoró la velocidad y vi como dejábamos atrás algunos árboles, un estanque y más herbaje. Hasta los arbustos lucían elegantes allí, bien podados en formas perfectas.

El auto aparcó justo frente a la entrada de la mansión. Nos bajamos y un hombre con aspecto de mayordomo le pidió las llaves a Poe para llevar el vehículo al garaje, y sin saber de dónde salieron, otro par de tipos bien vestidos abrieron el maletero para sacar nuestro equipaje.

Por mi parte, contemplé la fachada. La mansión debía tener más de tres pisos y muchas, pero muchas habitaciones, aunque eso ya lo había investigado con Eris en internet; pero mirar las fotos no se comparaba al estar ante tal maravilla arquitectónica. Estaba toda pintada de un color blanco; los ventanales eran regios; los cristales relucientes; la escalinata de entrada parecía de piedra

antigua; y unas impresionantes columnas flanqueaban la puerta de vidrio pintado que llevaba al interior del lugar.

Quedé boquiabierta, y si no hubiese sabido que en ese sitio íbamos a presenciar cosas horribles, habría sentido que estábamos a punto de pasar unas lujosas vacaciones en algún lugar de esos que solo se podía costear la gente con mucha pasta. Pero no fui la única deslumbrada. Descubrí a Eris tomando una foto con su celular y su excusa para eso fue:

—Es para los informes de la investigación.

El mayordomo que le había pedido la llave a Poe, nos indicó que podíamos pasar. Eso hicimos, pero antes de poder cruzar la puerta, alguien la abrió para nosotros. Me pareció que era una ama de llaves, una chica muy bonita y de aspecto muy normal a diferencia de los empleados de Poe.

Extendió el brazo y mecánicamente dijo:

—Sean bienvenidos a la mansión Hanson.

En cuanto puse un pie dentro supe que jamás había visitado un sitio así. Admiré desde el piso de mármol hasta el techo de espejo; la decoración impecable, los cuadros colgados de las largas paredes y la gran y ancha escalera que había justo frente a nosotros y que se dividía en dos direcciones.

Escuché un silbido proveniente de Poe:

—No está nada mal.

—Tu casa parece un chiste delante de esta —soltó Eris en tono de burla.

Poe se encogió de hombros y comentó:

—¿Sí? Bueno, lo que hay en mi sótano no te parecería ningún chiste.

Eris quedó confundida, y yo ni traté de imaginar lo que podía tener ahí.

—Disculpa... —intervino Tatiana de forma cordial, dirigiéndose a la ama de llaves—. ¿Ya han llegado los demás?

—Oh, sí, pero no todos. La tormenta no les permitió a muchos trasladarse y todavía hay gente atascada en sus ciudades —respondió la chica—. Supongo que están cansados por el viaje y quieren ir directo a sus habitaciones. Allí podrán darse un baño y prepararse para disfrutar de la estadía. ¿Me dicen sus nombres por favor?

Ella hundió la mano en el bolsillo de su uniforme para sacar de él un puñado de tarjetas muy pequeñas de color dorado. A media que le fuimos indicando nuestros nombres nos fue entregando una a cada uno.

—Estas tarjetas les señalarán cuáles son sus habitaciones —indicó después de entregarle la última a Damián—. Pueden subir, tomar el pasillo de la derecha y encontrarlas ustedes mismos. En ellas hemos dejado disponible el itinerario, por favor revísenlo. Los paseos por la mansión son aceptados y pueden sentirse libres de explorarla si gustan. Y en caso de que tengan alguna duda o deseen

algo, hay un intercomunicador al lado de cada cama para que puedan comunicarse con cualquiera de los empleados.

—Vaya, gracias —dijo Tatiana alzando las cejas con algo de asombro.

—Yo tengo una duda —habló Eris. La ama de llaves sonrió y asintió con complacencia—. ¿De quién es la mansión? Porque al googlearla sale que no se sabe exactamente a quién le pertenece. Bueno, es simple curiosidad.

—Oh, sí, los rumores son asuntos terribles —contestó la chica—. La mansión tiene propietario, por supuesto, pero no estoy autorizada a dar esa información.

—¿Es secreto o algo por el estilo? —inquirió Eris con una chispa de emoción.

—Es de un tal Aspen, ¿verdad? —intervine.

La ama de llaves permaneció tranquila, como una muñeca que solo debía sonreír.

—Lo lamento, señoritas, tendré que hacerme de oídos sordos ante ese tipo de dudas —nos dijo con una serenidad inquietante.

La pelirroja asintió con cierta resignación y luego todos miramos nuestras tarjetas. La mía tenía una única palabra escrita: «diamante». Eché un vistazo a la de Eris y la suya decía: «oro». No tuve ni la más mínima idea de por qué, así que sin hacer más preguntas subimos las majestuosas escaleras y tomamos el pasillo de la derecha.

El corredor que nos recibió parecía un largo camino de puertas a las que le seguían otras más. La decoración era mínima, el techo seguía siendo de espejo, pero las puertas se mostraban como una fila que se extendía hacia el fondo dando la impresión de ser interminable. Y nos tomó unos cuantos pasos darnos cuenta de que cada una de las entradas estaba pintada de un color distinto o que en el centro tenía encajado algún objeto muy extraño.

—¿Habían visto algo así antes? —preguntó Archie, asombrado, mirando una puerta y otra.

—Ni en los mejores hoteles —contestó Poe con la boca curvada hacia abajo—, y eso que he estado en muchos.

Pasamos al menos unas diez puertas de distintos colores que parecían una forma muy creativa de ser identificadas. Había habitaciones suficientes para que el método resultara ser un entretenimiento visual. Cuando pasabas una ni siquiera esperabas lo que podía haber en la otra.

Caminamos sin apuro comentando la decoración hasta que el tema de las puertas dejó de ser de colores y pasó a ser de texturas.

Fue entonces cuando Tatiana habló:

—Esa puerta de ahí tiene cuadros y rayas, y eso es exactamente lo que dice mi tarjeta.

Y era cierto. La puerta exponía unas preciosas rayas negras con cuadros rojos, y estaban pintados de manera perfecta sobre la madera.

—La mía es la de al lado —confesó Archie, señalando una que tenía un montón de puntos azules repartidos sobre un fondo blanco—. Pero quiero estar en la tuya —se apresuró a decirle a Tatiana.

Un resoplido masculino cortó el dulce momento.

—Pareces una jodida sanguijuela —soltó Poe en dirección a Archie—. Déjala respirar. Siempre estás ahí casi que chupándole el alma.

El espeso ceño de Archie se hundió notoriamente.

—¿No te han dicho ya lo gilipollas que eres? —bufó Archie, conteniendo la molestia.

Poe se encogió de hombros sin darle importancia al insulto y expresó:

—Tanto que ya ni siquiera es una ofensa.

Nos detuvimos todos frente a la puerta de la habitación que le tocaba a Tatiana. Así pudimos darnos cuenta de que no tenía cerrojo, sino una manija debajo de la cual había una ranura muy delgada para introducir una tarjetilla, igual a las salas de práctica de la cabaña.

Tatiana introdujo la tarjeta dorada que le había dado la ama de llaves y aunque no hubo pitido, la puerta automáticamente se abrió unos centímetros. Después la pareja se despidió asegurando que nos verían luego porque iban a darse un baño, entraron y cerraron su puerta de cuadros y rayas que definitivamente iban a compartir.

Los que quedamos continuamos por el largo pasillo.

—¿Cómo sabes que la mansión es de un tal Aspen? —me preguntó Eris.

—Ah, ¿no te lo dije? Lo escuché —repliqué. Luego le toqué el hombro a Poe para consultarle la duda—. ¿Sabes algo sobre un tipo llamado Aspen? ¿Es algún superior?

Él se lo pensó un momento y después negó con la cabeza en un gesto desinteresado.

—Que yo sepa ningún superior tiene ese nombre o apellido —dijo—. Debe ser algún tipo con mucho dinero. La cabaña también suele tener socios que contribuyen e invierten en ella.

—Ya.

No pasó mucho rato hasta que Poe se paró frente a una puerta que tenía un montón de trozos de vidrios encajados en la madera. Aquel detalle hacía que cualquier mínimo hilo de luz se reflejara y la hiciera destellar. Era incluso embelesadora.

—Creo que esta es la mía —señaló e introdujo la tarjetilla en la ranura, pero antes de entrar se volvió hacia Eris y le dijo—: No sabes lo mucho que me

decepciona que no nos hayan puesto juntos, pero te confieso que en tu honor y para que veas que te extrañaré, me haré un buen trabajo apenas entre a la ducha.

La pelirroja hizo un mohín de asco.

—Piérdete ya, ser repugnante —le soltó, dándole la espalda.

—Cualquier cosa que pase o planeen, me la textean, amiguitos —agregó el rubio, añadiéndole un tono divertido y perverso a la última palabra—. No vayan a salir a divertirse sin mí.

Por último, Poe hizo una reverencia y se metió en su habitación. La puerta de Eris la encontramos poco después, y para sorpresa de ambas luego de que la examinamos por un rato meticulosamente, descubrimos que tenía la manija hecha de oro puro.

Ella introdujo su respectiva tarjeta y entró sin decir nada.

Quedamos entonces Damián y yo. Él se había mantenido muy callado, de seguro por su estado. Ahora que sabía lo doloroso que era el Hito y lo mal que la pasaba, entendía sus silencios y sus malhumores, pues andar con un peso así debía ser extremadamente difícil.

—¿Qué dice tu tarjeta? —me atreví a preguntarle.

—Plata —respondió luego de echarle un vistazo.

—La mía es...

No completé la frase porque la vi. Era la última habitación del pasillo, la única que había al fondo. Tenía un hermoso diamante en el centro y por esa misma razón, porque parecía ser la más especial, no me inspiró confianza. Aunque me tranquilizó ver que la de Damián estaba solo a tres puertas de distancia.

—Es esa —le señalé.

Él la contempló con cierta desconfianza.

—¿Y por qué esa?

—¿Qué voy a saber yo, Damián? —solté, realmente ajena a la razón.

—¿No te parece muy raro esto? —me preguntó en un tono muy bajo.

—Sí, la verdad es que sí, pero ya estamos aquí, ¿no?

—Entraré contigo para inspeccionar primero —dijo, y admití que eso me tomó por sorpresa.

—No, está bien —le tranquilicé y puse una mano sobre su brazo, dedicándole una sonrisa agradable—. Date un baño. Yo haré lo mismo. Creo que tenemos que reunirnos con los demás, ¿no?

Dudó un instante. Frunció el ceño, no muy convencido, volvió a dedicarle una mirada suspicaz a la tarjetilla y luego exhaló.

—Bueno, nos vemos en un rato —aceptó, y mientras introducía la tarjeta en la ranura añadió—: Recuerda lo que te dije anoche, y no te aconsejo ponerte a explorar por ahí.

—Ya sé, ya sé.

Escuché su puerta cerrarse, luego fui hasta la puerta que me correspondía, encajé la tarjetilla y pasé.

Ni en las mejores casas de Asfil podía verse tanto lujo. Parecía el penthouse de un hotel. Y jamás había estado un penthouse, pero por las películas sabía que eran iguales con grandes ventanales, balcón, mini nevera, un armario del tamaño de un baño y un baño del tamaño de una habitación; la moqueta impecable y el techo de espejo.

Y aquello podía disfrutarlo a mi antojo. Habría podido disfrutarlo, de no ser por la verdad detrás de tanto lujo.

Exhalé y me concentré en dar el primer paso. Saqué mi teléfono y le mandé un mensaje a Eris:

«Busca la habitación: diamante.»

Mientras esperaba por ella me di cuenta de que mi equipaje ya estaba ahí. Luego me acerqué a la mesita de noche y cogí la cartilla que tenía escrito el itinerario del día:

15:30 merienda en el jardín.

18:30 cena formal en el comedor.

Poco después escuché unos toques a la puerta, corrí a abrir y era Eris. La pelirroja entró arrastrando la maleta de su equipaje y se quedó boquiabierta. Abrió tanto los ojos que resaltó el color verde en ellos.

—¡Está mejor que la mía! —exclamó mientras palpaba y veía todo lo que podía—. De acuerdo, esto es impresionante, lo admito. ¿Te lo imaginaste así? Yo esperaba algo distinto. Ya sabes, todo el ambiente gótico y siniestro y eso. Pero esto es puro lujo.

—Sabes que es demasiado bueno para ser cierto, ¿no? —comenté.

Ella resopló después de sentarse en la cama.

—Sí, demasiado bueno para resultar bien, pero he querido ignorarlo mientras disfruto de lo que tenemos a nuestra disposición. —Echó la cabeza hacia atrás y se vio en el espejo del techo. Los rizos cayeron como cascada sobre su espalda—. ¿Sabes? Alicia se volvería loca aquí.

—¡Ajá, Alicia! —exclamé, recordando que ese era el punto importante—. Mientras estamos aquí disfrutando, ella debe estar... debe estar... en... No tengo ni idea de dónde puede estar.

Eris se enderezó sobre la cama y adoptó una postura más seria y centrada.

—De acuerdo, ¿qué tal si repasamos el plan? —propuso.

—Sí, sí. Bien, primero, ¿buscaste el mapa?

Sacó el teléfono celular del bolsillo de su chaqueta.

—Sí, encontré el plano de la mansión después de tanto buscar y buscar y buscar —asintió—. Qué bueno que antes estaba abierta al público, porque de no ser así no habría encontrado nada. —Me hizo un gesto con el dedo para que me acercara—. Ven, mira esto. Está dividida por pisos.

Me senté en la cama junto a ella. En la pantalla del celular se mostraba un plano de todas las habitaciones del lugar. Absolutamente todas.

Con su dedo, Eris deslizó la imagen e hizo zoom.

—Olvidemos los pisos principales, yo creo que deben tenerlos a todos en las plantas bajas porque justo aquí... —Señaló un área en específico—. Hay unas mazmorras. ¿Sabías que, en un principio, uno de los Hanson traficaba esclavos? Es por eso que debajo de toda esta maravilla hay una red de celdas, pero me parece que tener a demasiadas personas encarceladas podía ser riesgoso si alguno es tan inteligente como para escapar.

—¿No hay nada más grande además de las mazmorras? —inquirí.

Ella deslizó la imagen para pasar a otra. Había un área muy grande señalada como «terrenos».

—Sí, es una zona aislada de la mansión que está por los jardines, muy cerca de un pequeño lago. Se suponía que era un depósito de armas, pero luce lo bastante grande como para albergar personas.

—Entonces, o están en las mazmorras o están en el antiguo depósito de armas. Ella me miró con cierta duda. No hacía mucho nuestras preocupaciones se reducían a reunirnos para planear maratones de películas o salidas a algún sitio con otros chicos del instituto, pero ahora estábamos planeando burlar a un montón de asesinos para rescatar a nuestra amiga. Eso, de algún modo, era sorprendentemente abrumador.

—No sé de cuantas personas se trate, pero serán más de doscientos rehenes los que tengan en algunos de esos lugares —murmuró—. ¿Estás segura de esto?

—¿Tú no? —pregunté.

Eris frunció un poco los labios.

—Sí, bueno, por Alicia claro que sí —dijo finalmente, fijando la vista en la pantalla del celular—. Solo que no podemos descartar las probabilidades de fallar. El plan es muy bueno, pero, ¿nosotras seremos lo suficientemente buenas como para lograrlo?

Me levanté de la cama y froté mis manos. De repente comenzó a hacer mucho frío o así me parecía. No quería que ni el miedo ni los nervios me dominaran. Había evolucionado bastante, no era momento para retroceder los pasos que con esfuerzo había podido dar. Y si había logrado aceptar la verdad de los

novenos, si podía cerrar los ojos cada noche sabiendo que formaba parte de algo que ni siquiera pertenecía a mi dimensión, también podía llevar a cabo el plan y rescatar a Alicia.

—Bueno, lo vamos a intentar, ¿no? Funcionará —repliqué con firmeza—. Sigamos con la otra parte. ¿Trajiste lo demás?

Ella asintió, se inclinó y abrió la maleta que había arrastrado. De ella sacó un par de Walkie Talkies bastante usados que habíamos ocupado mientras organizábamos un evento de recaudación de fondos en el instituto dos años atrás.

Me extendió uno.

—Nos servirán, pero no podemos salir de los terrenos de la mansión porque tienen su límite —indicó.

—Bastarán. Estaremos comunicadas y haremos esto: tú vas al depósito y yo a las mazmorras —le expliqué—. ¿Sacaste la llave?

—¡Claro! —exclamó con una sonrisa triunfal—. ¿Por qué será que los hombres siempre dejan la llave de repuesto en el auto? —Hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una llave plateada—. La saqué sin que Poe se diera cuenta.

—Listo. —Suspiré, tratando de transformar la inquietud en entusiasmo—. Entonces esta noche buscamos a Alicia y la primera que la encuentre se la lleva al garaje en donde la segunda estará esperando para sacar el auto de Poe, y luego...

—Huimos —completó ella, lentamente, en voz baja.

—Huimos de todo esto.

Un sabor amargo me escoció la garganta. Una mezcla de sensaciones parecidas a la impaciencia me hizo poner inquieta. Y esas sensaciones se acentuaron cuando Eris me preguntó:

—Así que, ¿estás segura de que quieres huir de Damián?

—No huiré de él. Pondré a salvo a Alicia y luego permaneceré a su lado para ayudarlo.

Capítulo 16: El dueño de la Mansión

Después de que Eris se fue y volví a quedar sola en la habitación, le eché un vistazo al plano de la mansión que ella me había compartido por WhatsApp. La entrada a las mazmorras estaba al pasar la biblioteca y como faltaban dos días para la Cacería, lo mejor era darme una vuelta para examinar el camino y comenzar a inspeccionar el terreno.

Me aseguré de tener la daga en el interior de la cazadora, salí de la habitación y eché un vistazo al largo corredor.

Estaba solo.

Avancé a paso silencioso, bajé las escaleras y hallé vacío el lugar en donde nos habíamos detenido a hablar con la ama de llaves. Volví a examinar el plano y tomé ruta por el primer pasillo a la izquierda. Pasé unas cuantas puertas cerradas y me detuve por un instante cuando contemplé la entrada a la biblioteca.

No tenía puerta, era más bien un espacio abierto que se extendía hacia el fondo con altos estantes de madera repletos de libros y un techo abovedado. Incluso, hasta donde estaba me llegaba ese embriagador olor a hojas e historias que tanto le gustaba a cualquier lector.

Continué por el pasillo dejando atrás la biblioteca hasta que llegué al fondo y me encontré con una verja que funcionaba como puerta. Estaba abierta. La deslicé con cuidado sin causar el más mínimo ruido y entonces lo único que tuve que hacer fue descender por unas estrechas escaleras.

A medida que iba bajando, la distancia se hacía más profunda y la iluminación iba decayendo. Era un camino espeluznante, casi claustrofóbico, pero logré soportarlo.

Eran una mezcla de llantos femeninos y masculinos provenientes del interior de las mazmorras. Se oían apagados, agudos, dolorosos y cargados de angustia. Intenté abrir la verja, pero estaba cerrada. Maldije por lo bajo y luego me apegué a los barrotes con intención de observar desde allí lo que se podía.

Cuando las paredes dejaron de ser impecables y pasaron a ser de piedra, supe que me estaba acercando. Finalmente bajé el último escalón y me encontré ante otra verja mucho más ancha de gruesos barrotes.

En ese momento escuché algo sumamente perturbador: sollozos.

Alcancé a ver varios pasillos que debían conducir hacia las celdas, porque de repente avisté un par de brazos humanos moviéndose lentamente, como si fueran zombis que quisieran salir de algún lugar. Me imaginé el interior repleto de personas, todas aglomeradas en esos calabozos preguntándose por qué estaban ahí, y entonces se me ocurrió una idea.

Eran una mezcla de llantos femeninos y masculinos provenientes del interior de las mazmorras. Se oían apagados, agudos, dolorosos y cargados de angustia. Intenté abrir la verja, pero estaba cerrada. Maldije por lo bajo y luego me apegué a los barrotes con intención de observar desde allí lo que se podía.

En ese momento escuché algo sumamente perturbador: sollozos.

Cuando las paredes dejaron de ser impecables y pasaron a ser de piedra, supe que me estaba acercando. Finalmente bajé el último escalón y me encontré ante otra verja mucho más ancha de gruesos barrotes.

—¡Alicia! ¡Alicia! ¡Si estás aquí, responde!

Estaba segura de que por la distancia arriba nadie podría escucharme, así que esperé. Los sollozos se hicieron más fuertes ante mi llamado. Sonaban como si alguien ejecutara una lenta tortura, como si ese fuera el tipo de sufrimiento que le gustara a las mentes más perversas.

Después de unos segundos las únicas respuestas que obtuve fueron:

—¡Ayuda!

—¡Sáquenme de aquí!

—¡Piedad!

—¡Déjenme ir!

Todas las voces se emitían en un tono forzado y casi apagado, como si costaran ser pronunciadas. Ninguna era de Alicia. Lo volví a intentar y al no obtener la respuesta que esperaba, regresé sobre mis pasos considerando que no solo sería difícil hallarla, sino que también iba a ser difícil entrar a las mazmorras si estaban cerradas.

Deslicé de nuevo la reja por la que había entrado inicialmente y me encontré en el hermoso pasillo decorado con cuadros.

Intenté, mentalmente, trazar un plan alternativo.

Primero, ¿cómo abrir la reja? Aunque había llamado y ella no había respondido, no podía descartar que estuviera ahí sin verlo con mis propios ojos. Además, ¿por qué todas las voces habían sonado tan débiles? De todas maneras, si Alicia no se encontraba allí, aún había que revisar el antiguo depósito de armas y de eso se encargaría Eris.

Cuando pasé justo frente a la entrada de la biblioteca, una voz conocida me tomó por sorpresa y cortó el flujo de mis pensamientos.

—Padme.

Traté de no sobresaltarme y me di vuelta. Era Nicolas. Avanzó desde el interior de la hermosa biblioteca y se detuvo debajo del marco dorado que servía de entrada. Frunció un poco el ceño y observó el lugar por el que había venido.

—¿Qué hacías por allá? —inquirió.

Una ligera sonrisa se formó en sus labios y bajo su mirada rasgada me sentí evaluada, como si él pudiera saber todo lo que pensaba.

—La curiosidad a veces me lleva a lugares en los que no debería estar — respondí con simpleza, encogiéndome de hombros.

Nicolas alzó las cejas y curvó la boca hacia abajo, adoptando una expresión más relajada.

—Pues confieso que a mí también —comentó—, pero te recomiendo que no explores demasiado. Esta mansión no es precisamente el mejor lugar turístico.

—Bueno, antes lo era —señalé.

Él asintió con diversión.

—Tú misma lo has dicho, antes, pero ya no.

Se dio vuelta y se internó de nuevo en la biblioteca. Lo vi hacerme una señal con el dedo para que lo siguiera, y lo hice. Huirle tanto podía levantar más sospechas y no estaba como para arruinar el plan ya cuando me sentía cerca de la salida a todo aquel caos.

Me adentré en la estancia y los estantes repletos de libros me parecieron mucho más altos.

—Supongo que viste a las presas en las mazmorras —comentó mientras lo seguía—. Hay una red de ventilación allá abajo que expide un gas adormecedor para que no puedan controlar bien sus sentidos. ¿Sabías eso?

—Ah, no. No lo sabía.

Así sí parecía lógico. A los novenos no les convenía tener atrapadas a tantas personas que tuvieran sus sentidos lo suficientemente despiertos como para escapar. Debía estar todo minuciosamente organizado.

—Tuviste suerte de no aspirarlo.

Deslizó la mano sobre una larga fila de tomos y me llamó bastante la atención el anillo que llevaba en uno de sus dedos. Era de plata y tenía tallada una especie de ave que parecía un cuervo.

Detuvo la mano para coger un libro de tapa de cuero azul con grabados dorados.

—Mis amigos desaparecieron —mencionó con mucha tranquilidad. Abrió el libro en la primera página y le echó un vistazo—. Prácticamente me he quedado sin manada.

Me hice la ajena a todo.

—Vaya, ¿será que estaban metidos en serios problemas?

—O quizás estaban metidos en el serio problema de alguien más.

Inhalé hondo y miré los lomos de los libros para disimular desinterés. Él no me observó, continuó atento al texto que tenía en la mano. Una larga fila de «mierdas» fueron pronunciados en mi mente porque si él de verdad lo sabía, si

Nicolas era quien me vigilaba y conocía mi realidad, ese podía ser el momento adecuado para encararlo.

—Mira, Nicolas, yo...

Él echó un vistazo hacia donde yo estaba y noté que no me miraba a mí. Al girarme hallé a la ama de llaves en una posición muy servicial.

—Lamento interrumpir —se disculpó con una sonrisa—. Pero justo ahora están sirviendo la merienda en el jardín y tengo ordenes de avisarle a todos los huéspedes para que estén presentes. Es sumamente importante su asistencia.

Nicolas cerró el libro.

—Por supuesto —dijo, y luego extendió una mano para señalarme la entrada—. ¿Vamos?

—Ah, sí, pero tengo que avisarle a mi manada —solté.

No quería ir con él. Es decir, quería encararlo, decirle que ya sabía que él lo sabía. Pero por otro lado me daba pavor. Esa era la realidad, que todavía le temía un poco a Nicolas.

—Yo puedo hacerlo si así lo desea —se ofreció la ama de llaves, pero sacudí la cabeza.

—No, no, yo lo hago —insistí mientras daba pasos hacia la entrada—. Y bajaremos todos juntos. Estaremos ahí.

Me fui de allí sin decir más. Subí las escaleras a paso apresurado y en primer lugar toqué la puerta de Damián. Cuando alguien abrió, alguien que no era él, me quedé en el sitio, consternada, como si me hubieran engrapado los talones al suelo. Frente a mí estaba una mujer y no cualquiera, sino de esas que parecían tener un talento nato para bajar la autoestima de cualquier otra chica: largo cabello castaño repleto de ondas; delineados ojos grises; labios de corazón; piel carente de imperfecciones y figura esculpida. Llevaba puesto un conjunto bastante sugerente y hasta donde estaba pude percibir su caro perfume.

En ese momento me sentí pequeña, insignificante, simple, un completo moscorroffio.

—¿Sí? —pronunció ante mi silencio.

Por detrás de ella se asomó Damián poniéndose su chaqueta negra, y al verme habló con una descarada tranquilidad:

—¿Qué pasa, Padme? —dijo mientras metía el brazo en la manga.

Alterné la mirada entre ambos y fui incapaz de pronunciar palabra.

—¿Vas a pasar o qué? —habló la mujer con un dejo de fastidio.

—No —solté, y luego cuando comprendí lo estúpida que de seguro me veía ahí parada, me corregí para pronunciar una palabra más firme—: No. Solo pasaba para avisar que tenemos que bajar a la merienda. Es todo.

—De acuerdo, iremos en un momento —soltó ella y me cerró la puerta en la cara.

La ira que sentí fue indescriptible. Cogí una cabreada de esas que solo se podían descargar gritando o, en el mejor de los casos, golpeando a alguien. Pero no había nadie a quien soltarle el golpe y gritar ahí en el corredor podía ser un acto estúpido, así que tomé aire y toqué las puertas de los demás para avisarles de la merienda.

Poco después bajamos todos menos Damián que aún no salía de la habitación. Y gracias al cielo que no lo hacía, porque estaba totalmente dispuesta a encajarle mi daga en el ojo si se paraba ante mí como si no hubiera pasado nada. —Espero que den rollos de carne —comentó Poe mientras descendíamos por las escaleras.

—Es asqueroso porque sé a qué tipo de carne te refieres —dijo Tatiana con el rostro contraído en repulsión—. Espero, de verdad espero que no sirvan eso.

—Ustedes y sus gustos tan poco sofisticados —resopló el rubio.

El jardín era una maravilla, un paraíso verde adornado en colores naturales por algunas flores y arbustos raros. El clima seguía nublado, así que los metros de pasto tenían todavía ese aspecto nostálgico y frío, pero, aun así, resultaba digno de fotografiar. Había muchas mesitas de jardín sobre las que reposaban juegos de vasos y tazas relucientes. Y había al menos unas cuarenta personas allí de pie conversando, tomando lo que los empleados trajeados repartían en bandejas o simplemente sentados disfrutando de alguna bebida.

—¡Poe Verne! —exclamó alguien.

Era la dirigente Gea. La mujer avanzó entre algunas personas y su largo vestido azul cielo ondeó en la cola debido al viento propio de aquel clima. Estaba asombrosa con el cabello recogido en una coleta y la piel deslumbrante. Y había de admitir que cada vez que la veía era difícil apartar la mirada, como si tuviera el mismo efecto que los andróginos, aunque ella no contaba con esas características pues era femenina de pie a cabeza.

—Gea —dijo él. Ella extendió la mano y él se la tomó para besarle los nudillos—. Supongo que recuerdas a mi manada.

—Por supuesto, el diseñador y su novia —dijo Gea, también extendiendo la mano hacia Archie. Él parpadeó con desconcierto hasta que finalmente le dejó un beso en el dorso—. Admiro tu trabajo, muchacho. —Luego se volvió hacia Poe, ignorándonos por completo—. Por cierto, tu solicitud comenzó a ser evaluada esta mañana. Tardará al menos treinta días en eso.

—Y supongo que contaré con tu apoyo —replicó él de forma encantadora con una voz que hasta a mí me sonó seductora.

—Serán unas elecciones limpias —expresó Gea entre algunas risas suaves—. Pero sabes que no me molestará abogar por ti. Hasta ahora eres mi favorito. Ambos soltaron unas risitas cómplices, muy íntimas.

—Me parece que no nos hemos presentado —intervino Eris de repente, dando un paso hacia adelante y ofreciéndole la mano a la dirigente—. Eris Cohen. También parte esta manada.

La mujer le dedicó una mirada despectiva y desinteresada, pero Eris no apartó la mano y no bajó la barbilla hasta que a Gea no le quedó de otra que estrechársela.

—Y yo soy Padme Gray —me sumé rápidamente, también apretando su mano. —¿Poe se ha postulado para algo importante? —preguntó Eris, alternando su vista entre el rubio y la dirigente.

—Sí, las elecciones para superiores están próximas y me he propuesto para formar parte de ellos —confesó él ya que la dirigente no parecía tener intenciones de hacerlo.

De hecho, sucedió algo muy curioso en ese momento: Eris y Gea se retaron con la mirada, se desafiaron por alguna razón.

—Entonces, esta noche podemos conversar sobre tu postulación —le dijo Gea a Poe, ya olvidando por completo a Eris—. Te enviaré los detalles por mensaje.

—Será un placer —asintió Poe, inclinándose como reverencia.

Gea nos dedicó un último vistazo y luego se fue.

—Y así, señores, es como un tipo se vende solo por un puesto —comentó Eris. Archie y Tatiana soltaron algunas risas burlonas que parecieron molestar a Poe, porque en dirección a la pelirroja soltó:

—¿Qué?

—Es obvio que te vas a acostar con ella solo para convertirte en superior —dijo Eris, pronunciando cada palabra como si el rubio fuera un niño al que le costara entenderlas.

—Mira —replicó Poe, frunciendo los labios. Se acercó tanto a ella que la tomó desprevenida y no le dio tiempo de retroceder—. Yo no me acuesto con nadie para obtener algo, porque puedo conseguirlo tan fácil como quiero. Esa propuesta que mandé tiene unas treinta páginas escritas por mí, haciendo total referencia a las ventajas de mi candidatura junto con nuevas visiones y misiones que beneficiarían a los novenos. Así que yo no me acuesto con alguien que no deseo; si me follo a alguien es porque me da la gana, ¿y qué te parece? Quiero follarmela a ella esta noche. Entonces, ¿tienes algún problema con eso, Eris?

La pelirroja parpadeó, desconcertada. No supo qué decir. Ella realmente no supo con qué rebatir. Y eso fue nuevo, porque Eris siempre tenía algo que soltar.

Pero Poe la dejó sin palabras, de modo que lo único que logró hacer fue endurecer su expresión y decirle:

—Eres repugnante.

Ella se dio la vuelta y se alejó hacia algún lugar. Entonces Tatiana, Archie y yo nos miramos las caras, reprimiendo unas cuantas carcajadas.

—Y así, señores, es como confirmas que tienes flechada a una mujer —dijo Poe, guiñándonos el ojo.

Un empleado se nos acercó para ofrecernos unos bocadillos que se parecían al sushi. Yo cogí uno y Poe y Archie se pusieron a hablar de unas cuantas cosas que ignoré. Tatiana aprovechó el momento y disimuladamente me apartó de ellos.

—¿Pasa algo? —le pregunté, pues el ambiente entre nosotras se tornó confidencial.

—Solo quiero felicitarte —se apresuró a decir entre algunas risas.

Fruncí el ceño sin comprender.

—¿Por qué exactamente?

—Por ser tan paciente y haber llegado hasta este punto —susurró—. Si te soy sincera no pensé que tú... soportarías todo esto —confesó con algo de vergüenza—. Pero aquí estás en La Cacería.

—Bueno, ustedes saben que no tuve más opción. —Me encogí de hombros.

Tatiana negó con la cabeza y frunció los labios, como reprimiendo una sonrisa.

—Claro que la tuviste, pero no la viste.

La miré como si no comprendiera nada de lo que me decía. Ella entonces inspiró hondo con cierta nostalgia y habló en un tono muy bajo:

—¿Sabes? Tú no has sido la única. Hace cinco años una muchacha normal, una presa, se enamoró de un chico del noveno mes. Él le contó su secreto y ella tuvo la opción de irse o quedarse. Parecía lo lógico huir, sobre todo porque le repugnaba el hecho de matar, pero ella no hizo. No huyó porque aunque quiso negárselo a sí misma muchas veces, estaba completamente enganchada a él; y él no la mató aunque sus instintos se lo exigieron en muchas ocasiones, porque también deseaba tenerla consigo. A eso se le llama una segunda oportunidad, justo lo que Damián te dio. Así que, ¿por qué crees que te la ofreció?

—Porque él...

—Quería tenerte a su lado —completó. De repente amplió la sonrisa y el aire de aflicción se acentuó. Había algo extraño en ella, pero no sabía exactamente qué—. Quizás no es el tipo más normal y quizás su naturaleza te ha parecido aborrecible, pero hay sentimientos en él, y aunque no fluyen de la forma más típica, si lo quieres, si tú lo amas, sabrás reconocer los momentos en los que te

demuestre cuanto significas en su vida. Esta es la manera, Padme, así son ellos, solo debes aprender a domar sus demonios, a ser su pizca de humanidad.

—¿Por qué dices todo eso justo ahora? —pronuncié con cierta dificultad.

—Porque sé lo que está pasando por tu mente, ¿y te digo algo? —Se inclinó un poco hacia adelante y musitó—: Yo también quise escapar.

—Ah... tú no eres como ellos —murmuré, sorprendida.

—No lo era, pero ahora sí y no me arrepiento. Yo haría cualquier cosa por Archie, y él cualquier cosa por mí. —Soltó una risa nerviosa—. Solemos hacer muchas cosas por amor, ¿verdad? Incluso las cosas más tontas nos parecen las correctas. Y no podríamos estar más equivocados.

En ese momento vi a Damián hacer acto de presencia en el jardín junto a la misma mujer que me había echado la puerta en la cara. Recordarlo me hizo hervir la sangre, porque a pesar de eso él no había hecho nada, ni siquiera había salido a dar una explicación.

Se dio cuenta de dónde estábamos y se acercó a nosotros sin la compañía femenina que tomó otro rumbo.

—Hey —me dijo.

—Vete a la mierda —escupí.

Le di la espalda y me alejé del grupo en un segundo, perdiéndome entre la gente, tratando de centrar mi mente en el plan, aunque la condenada se esmeraba en llevarme a recordar la escena y a llamarme a mí misma estúpida por creer que debía tenerle paciencia solo por su estado. Pues a la mierda su estado. El Hito podía tragárselo si le daba la maldita gana. Yo ya tenía mi plan: salvaría a Alicia y me iría lejos, muy lejos. Estaba decidido.

Me detuve entre la gente y gracias a una repentina idea saqué mi celular y envié los tres signos de interrogación al número del desconocido que había intentado ayudarme. En poco tiempo el teléfono vibró y la dirección fue más que clara.

Estaba ahí.

Esa persona también estaba en la mansión Hanson y debía ser un noveno. Alcé la mirada e hice un escaneo panorámico. Todos estaban en lo suyo. Ningún rostro parecía siquiera despertar una sospecha.

Probé a mandar otro mensaje:

SÉ QUE ESTÁS AQUÍ Y NECESITO TU AYUDA.

¿CÓMO PUEDO ENTRAR EN LAS MAZMORRAS?

Esperé una respuesta, pero pasaron unos minutos y no recibí ninguna. De igual modo supuse que podía darle hasta la noche. Si no obtenía nada, debía dejar de lado el tema y concentrarme en buscar una manera de abrir la verja.

Encontré a Eris hablando con un hombre sobre los posibles ingredientes de la ambrosía y le pedí un momento a solas.

—Fui a las mazmorras, pero el paso está cerrado —susurré. Eché un vistazo rápido a los alrededores e hice como si estuviéramos charlando muy a gusto—. Tienen a mucha gente ahí. Llamé y llamé, pero Alicia no respondió. Además, me enteré de que la ventilación expulsa un gas adormecedor. Entrar será demasiado difícil.

—Debías ir en la noche, no a plena luz del día —comentó entre dientes.

—Así tengo más tiempo de buscar cómo entrar sin que el gas me afecte —repliqué. Ella sonrió disimuladamente—. Tú ve a la antigua armería esta noche, ¿de acuerdo? Y comunícame todo por el Walkie.

—¡Atención! Por favor, ¿pueden prestar su atención? —escuchamos de repente. Era la voz de la dirigente y ante su petición todas las demás voces disminuyeron. No tardé en entender que la razón era que una persona acababa de hacer acto de presencia en el jardín, alguien que se encontraba de pie junto a ella, y no pude verlo sino hasta que me moví un poco hacia un lado.

—Quisiera hacer un especial agradecimiento al anfitrión de este evento —empezó a decir la mujer, aparentemente muy complacida de hablar ante los invitados—. Muchos no lo saben, pero organizar La Cacería de este modo fue casi un reto. Es sabido que como dirigente tengo la capacidad de liderar nuestra comunidad como vea necesario, pero cada uno de mis actos debe ser aprobado con anterioridad por los superiores. Así que aunque tuve que insistir en muchísimas ocasiones, logré demostrarles a todos que esta es la mejor vía para preservar nuestras costumbres. Y por supuesto, esto no pude haberlo logrado sin la ayuda de Aspen Hanson, dueño de la mansión y persona influyente para los novenos. —Gea se volvió hacia el hombre y extendió su mano hacia él. El tipo entonces la tomó y le dejó un beso en los nudillos—. Gracias, Aspen. Mil gracias.

Los presentes aplaudieron de forma moderada.

Así que ese era el tal Aspen. A simple vista daba una impresión de poder con un toque de elegancia superior al de Gea. Era pelirrojo natural, alto y estilizado; una barba poblada enmarcaba su mandíbula y un esmoquin azul cubría su pálido cuerpo. Además de eso, una sonrisa amplia y distintiva estaba dibujada en su rostro. Una sonrisa burlona, como si él pudiera haber sido un descendiente del Guasón en aquel universo en donde era real. Pero lo más sorprendente, lo que me dejó muy quieta tratando de analizarlo, fue la chispa de familiaridad en sus ojos verdes; una chispa casi reconocible en un ser al que no conocía en lo absoluto.

—Parece que el misterio del dueño está resuelto —comentó Eris, terminando de aplaudir.

—Es extraño —comenté, no muy convencida—. ¿No te parece extraño?

—¿Qué los novenos tengan influencers como ahora tienen los humanos normales gracias a Instagram y a Youtube? No, la verdad es que no.

—Ajá, pero a un influencer lo conoce la mayoría de la gente. A este parecía no conocerlo casi nadie. —Hice un gesto para señalarlo. Hanson se estaba moviendo entre la gente, interactuando y estrechando manos—. Mira, apenas y se está presentando.

—Bien, te da mala espina, ¿no?

—Mucha —murmuré y de inmediato evité decir algo más.

—Ah, como que viene para acá.

Aspen llegó hasta donde estábamos. De cerca era mucho más intimidante, aunque seguía pareciéndome familiar.

Extendió las manos hacia nosotras y se las estrechamos bajo un agarre demasiado fuerte.

—Padme Gray —me presenté después de Eris.

—Qué nombre tan interesante —mencionó él. Su voz era grave y áspera—. Díganme, ¿la mansión ha sido de su agrado?

—Sí, mucho, sobre todo por el misterio que hay alrededor de ella —expresó Eris antes de que yo pudiera decir algo. De nuevo tenía ese brillo en los ojos, como cuando hacía sus investigaciones—. Hablando de eso, ¿por qué hay tanto lío con el asunto del dueño?

Aspen se le quedó mirando con algo de fascinación por un instante de una manera que no me gustó en lo absoluto, de hecho, pensé en intervenir hasta que él soltó una risa moderada, casi elegante.

—Bueno, los secretos a veces no solo sirven para mantener algo oculto. Por ejemplo, yo creo que el anonimato le da vida a esta mansión que permanece mucho tiempo a oscuras por todos los viajes que hago —respondió con simpleza.

De inmediato sentí un sabor amargo recorrerme la garganta, algo que al parecer Eris no experimentó.

—Curioso —murmuró la pelirroja, y después en voz más alta añadió—: Entonces de seguro no le molesta que haya muchos artículos haciendo referencia a que el dueño es alguien lo suficientemente enigmático como para no mostrarse.

Mierda. Parecía que le estaba haciendo una jodida entrevista. Yo me sentía muy incómoda con el simple hecho de tener a ese tipo en frente, pero Eris lucía muy interesada en averiguarle la vida entera.

—Por supuesto que no —respondió Aspen.

—¿Y no le preocupa que alguien aquí revele que usted es ese hombre? —preguntó ella.

—Confío en todas las personas que están aquí en este momento. Además, revelarlo sería como ir a contarle a todos que somos novenos, ¿no creen? —Se nos quedó mirando. Eris entonces lo captó. Sintió la misma inquietud que yo y no soltó ninguna otra interrogante. Ante eso, Aspen amplió su turbadora sonrisa—. Bien, fue un placer conocerlas. Disfruten la merienda.

Aspen se puso una mano sobre el abdomen e hizo una ligera reverencia para después pasar a otro grupo de personas.

—De acuerdo... también me da mala espina —susurró la pelirroja cuando el tipo estuvo lo suficientemente lejos.

Después de la merienda durante la que evité a Damián a toda costa, me encerré en la habitación, me lancé boca abajo sobre la cama, saqué mi celular y decidí estudiar el plano de la mansión para aprenderme las salidas más cercanas a las mazmorras y al garaje. Todavía no obtenía respuesta del desconocido, así que se me ocurrió que quizás podía buscar a la ama de llaves y obtener una llave de la verja fuera como fuese.

Incluso si eso implicaba dejarla inconsciente, cosa que Poe nos había enseñado y que estaba dispuesta a aplicar.

Estuve un rato forzando mi mente al cien por ciento. Me aprendí los pasajes, el camino a las mazmorras y al depósito de armas; memoricé las vías de escape y a pesar de eso en una que otra pequeña ocasión recordaba a aquella mujer en la habitación de Damián, y me preguntaba: ¿de dónde había salido? ¿cómo se llamaba? ¿por qué no la había visto antes?

Las preguntas se esfumaron cuando escuché que tocaban la puerta. Esperé que fuera Eris para poder hablar sobre cómo no caer dopada por el gas, pero me equivoqué. Era Damián y no supe si lo que me irritó fue su estúpida expresión de indiferencia o el recuerdo de lo sucedido, pero quise cerrarle la puerta y que se le estampara en el rostro.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

—¿Qué quieres? —solté de mala gana.

Él frunció el ceño.

—Pasar, lo acabo de decir, ¿no oyes nunca? —dijo.

Giré los ojos y puse mi mejor cara de palo.

—No, y llévate tu sarcasmo junto con tu presencia a otro lado —expresé.

Traté de cerrar la puerta, pero me lo impidió al atravesar la mano.

—Voy a pasar igual —dictaminó y, después de ganarme con un empujón a la puerta, pasó.

Cerré de un portazo porque ya no podía sacarlo.

—¿Por qué no te encajas tu complejo de macho dominante en el culo? —bufé de repente.

Normalmente, cuando estaba tranquila no era nada grosera. Yo solía ser muy paciente, nada agresiva, muy pasiva-pasiva, pero con la ira removiéndome hasta los órganos pasaba a ser agresiva-agresiva.

Él se dio vuelta y me observó, ceñudo.

—¿Qué pasa? ¿De nuevo tienes un ataque de molestia por el «no puedo acostumbrarme a este mundo»? —comentó con tranquilidad.

—Lo único que me molesta es tu cara, Damián —contesté, cruzándome de brazos—. ¿Qué quieres?

—Me estuviste evitando esta tarde. ¿Por qué?

—A veces uno se harta de ver tanto a una misma persona —me limité a responder.

Avancé hacia la cama, me senté en ella recostando el torso del espaldar y puse mi atención en la pantalla del teléfono, aunque solo me dediqué a explorar la galería.

Los dedos me temblaban por el disgusto.

—Pero no fue porque no querías verme —mencionó.

—Precisamente por eso fue.

Permanecemos en silencio por un minuto entero en el que no alcé la mirada, aunque supe que me estaba observando.

—Me estás mintiendo, Padme —dijo finalmente en un tono de voz muy neutral y serio, de ese que él creía que podía usar para intimidar a todos.

—¿Qué sabes si lo hago? ¿Lees mentes? Me parece que no. Ya dije que solo no tenía ganas de verte. ¿Puedes entenderlo o necesitas que te haga un mapa mental para que te quede claro? —rebatí rápidamente con los ojos fijos en el celular.

—Bueno, ¿y qué te pasa ahora? —suspiró—. ¿Andas a la defensiva o Poe te regaló uno de esos libros de insultos sofisticados y los estás aplicando?

—Vaya, de repente hablas como una persona normal —murmuré, hastiada.

—Ya vamos con lo mismo —soltó con fastidio.

Pensé que se iría porque avanzó en dirección a la puerta, pero entonces se detuvo a medio camino. Por un instante no comprendí qué hacía, pero al entenderlo supe cuál había sido mi error.

—¿Qué es eso? —preguntó.

De espaldas a mí elevó la mano y señaló el Walkie Talkie que reposaba sobre una cómoda. No respondí pues él no quería saber qué objeto era, sino por qué estaba ahí. Y maldije para mis adentros por el fallo, ya que si había algo en lo que Damián era bueno, era en intuir y luego confirmar sus sospechas. Tenía, de hecho, un gran talento para llegar a la respuesta correcta.

Se acercó a paso lento y lo tomó, lo examinó y luego volvió a dejarlo en su sitio.

—¿Para qué necesitas esto, Padme? —inquirió.

Me levanté de la cama. Ya no tenía ganas de parecer un pollo asustado ante su tono de voz amenazante, y tampoco de darle explicaciones. Ni siquiera deseaba mantener la calma. En ese momento quería descargar todo, como aquel día en el jardín de su casa en donde los golpes y los gritos que le había propinado habían servido como método de desahogo.

En ese momento la indudable verdad era que tenía a Damián ante mí y no sentía más que rabia, una inmensa rabia.

—No es tu problema —dije finalmente.

Se giró y frunció los labios.

—¿Qué piensas hacer? No, ¿qué estupidez estás planeando?

—Mira, Damián —pronuncié con firmeza—, no es tu asunto, así que vete, ¿sí? Me molesta tu presencia, me molestan tus preguntas, me molesta ver tu cara, me molestas completamente justo ahora.

—¿Sí? Y a mí me molesta tu falta de inteligencia en este momento —rebatí y comenzó a acercarse. Por ningún motivo le desvié la mirada. No le permití verme débil—. Soy muy bueno leyendo a las personas, Padme, y algo me dice que estás planeando hacer algo que nos va a perjudicar a todos. Quizás... ¿escapar?

Se detuvo cerca. Tenía la mandíbula tensa. Estaba enojado, aunque eso no era una novedad. Sus oscuros ojos parecieron más pequeños al entrecerrarlos y se me antojó mucho más imponente y alto que en otras ocasiones.

—Eres muy bueno en eso, sí —repliqué después de dar un paso adelante con la barbilla en alto—. Muy bueno en ser un imbécil.

—Sabes lo que te va a pasar si cometes algún error, ¿no?

—Me van a matar, ya lo sé —expresé con suma tranquilidad.

Habíamos acertado el espacio y, sorprendentemente, no había ni una pizca de nerviosismo en mí.

—¡Entonces dime lo que piensas hacer! —exclamó con insistencia—. Te encanta hacer planes absurdos que luego terminan mal. Y no dejaré que hagas que nos maten a todos. ¿Ya se te olvidó todo lo que te dije anoche?

—¡No te voy a decir nada! —exclamé del mismo modo—. Y no haré que los maten. En todo caso, me matarán solo a mí.

—Eso es ridículo... —intentó decir, pero me le adelanté.

—¿Sabes qué sí es ridículo? Haber pensado que merecías ayuda solo porque estás pasando por el Hito. ¿Y sabes qué es ridículo también? Haberte tenido tanta paciencia por creer que no tienes la culpa de tu naturaleza —pronuncié—. Todo eso es bastante ridículo ahora que lo pienso.

Entonces, con una de sus manos tomó mi barbilla y me sostuvo el rostro. No fue un gesto delicado ni suave, fue más bien un movimiento para infundirme temor, uno que no sentí.

—Las cosas han cambiado, Damián —dije. Apreté tanto los dientes que las palabras me salieron bajas pero claras—. No le tengo miedo a tus recordatorios de que me pueden asesinar, ni a tu frialdad, ni a tu mundo de asesinos, ni a tus intentos de controlarlo todo, ¿y sabes por qué? Porque me di cuenta de que ser débil en este mundo solo me llevará a hundirme más. Y porque soy tan fuerte como tú. Si me atacas te ataco, si me gritas te grito y así estaremos en este ciclo tóxico por siempre si es lo que deseas. Entonces, si intento escapar, ¿qué harás?, ¿me vas a delatar?

—No te irás a ningún lado, Padme —dictaminó, pero con fuerza le dije:

—¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Solo porque tú no quieres que me vaya?

—Exactamente.

Cerré la boca y me quedé rígida, considerando lo que acababa de decir.

—Tú eres... eres un egoísta y no sé por qué razón yo...

Corté las palabras de nuevo y el cuerpo me tembló de furia.

—¿Qué? ¿Tú qué? —soltó. Sus dedos apretaron más mi mandíbula—. ¡¿Saldrás con esa mierda de que me quieres?! No puedes querer a alguien si todo el tiempo estás pensando que es la peor basura del mundo.

Con eso dio en algún punto que me molestó más. Él no tenía ni idea de lo que yo pensaba. No tenía idea de nada. Así que una cólera irremediable me dominó:

—¡No! ¿Eres imbécil? ¡Yo no te quiero! ¡Jamás te querría! —bramé junto a una ráfaga de desesperación que en un estallido me impulsó a golpearlo—. Vete. ¡Vete de aquí, maldita sea!

Él soltó mi rostro y trató de sostenerme las manos, pero el desespero y la furia se acumularon en mí, así que lancé manotazos y puñetazos contra su cuerpo. Continué gritando cosas que ni siquiera comprendía hasta que Damián me superó en fuerza y retuvo mis brazos con los suyos para que me detuviera. Me envolvió completamente y me apegó a su cuerpo.

Mi pecho subió y bajó con rapidez, agitado.

—No te quiero... no te quiero... —murmuré con los labios temblorosos.

Me tomó un momento comprender que su rostro estaba muy cerca del mío y que me hallaba totalmente inmovilizada por sus brazos. Ahí, junto a su cuerpo, se sentía cálido, casi seguro, como si nadie pudiera lastimarme. Nadie excepto él.

—No tienes que quererme —musitó.

Su mirada fatigosa se paseó por todo mi rostro.

—Déjame ir, deja que me vaya muy lejos de esto —susurré casi como una súplica.

—Ya te dije que no puedo.

—No quieres, es muy distinto. ¿Por qué lo haces? Ya tienes a alguien que puede...

Él me interrumpió:

—Esto no se trata de tener a alguien. Tú eres fuerte, Padme, lo acabas de decir. ¿Vas a huir como cobarde?

—¡Cállate! —bramé y cerré los ojos con fuerza por su pregunta.

—Mírame —me ordenó, pero no le obedecí—. ¡Mírame! ¿En dónde está la niña que espiaba mi casa día y noche, sin rendirse, tratando de hallar algo extraño? ¿Y la que no se cansaba de tocar a la puerta esperando que un día yo pudiera salir a jugar? ¿En dónde está la única niña que se interesó en mí? La niña valiente que se caía de la bicicleta en la calle y rezongando se levantaba y lo intentaba de nuevo. La niña que en tercer grado se paró frente a la clase con una coleta más baja que otra y dijo que teníamos que tener una mascota porque así aprenderíamos a sentir cariño y ser responsables. La niña que interpretó a la estúpida huérfana esa de cabello rojo en la obra de la escuela y a diferencia de los demás no sintió nervios por el público. La niña jodidamente valiente que quería descubrir cada misterio que se le presentaba —habló. Algo dentro de mí se removió. Los recuerdos fluyeron y con ellos todo el interés que se había despertado en mí desde la infancia. Sus palabras hincaron en lo más profundo de mi ser y como una cobarde temiendo ver algo que no quería, abrí los ojos y contemplé su rostro—. Lo intuías, sabías que algo en mí no era normal, y ahora que lo descubriste, ahora que finalmente llegaste a mí, ¿te vas a ir? Si es así, ¿para qué me buscaste tanto? ¿para qué me seguiste?

Aguardó por mi respuesta. Y yo pensé que la tenía clara, pero me descubrí preguntándome lo mismo.

—Te seguí porque pensé que eras distinto —contesté, más como una aclaración para mí que para él—, porque yo nunca me imaginé que arrastrabas algo tan grande como esto.

—Y luego, ¿por qué permaneciste? ¿Por qué no me pediste que te matara? ¿Por qué no solo huiste? ¿Realmente fue solo por tu familia? ¿Nunca se trató de mí, aunque fuera una sola vez?

Me pareció absurdo lo que estaba preguntando. Un chiste, casi una burla.

—Esa pregunta debo hacértela yo a ti, porque tú sabes que puedo sentir, que soy capaz de querer, pero, ¿y tú? —Hice énfasis en lo siguiente—: Cada cosa que hiciste, ¿en algún momento se trató de mí y no de la manada?

No respondió. Continuó mirándome, pero no tuvo el valor de afirmar o negar algo. Y eso me decepcionó. A pesar de todo lo que había mencionado de mi infancia como si él realmente recordara esas cosas de manera especial, su silencio se sintió como una cuchillada en el pecho.

Con fuerza le di un empujón y lo aparté. Así comencé a calmarme. Inhalé hondo, me reacomodé un poco el cabello que tenía atravesado en la cara y solté aire.

—Bueno, ya puedes salir de aquí —dije, añadiéndole un infaltable toque de indiferencia—. Tienes cosas que hacer en tu habitación y yo una huida que planear.

—Es un poco gracioso que creas que te vas a ir —comentó, cruzándose de brazos.

—Por lo que sé, no tengo motivos para quedarme.

La comisura derecha de su boca se alzó en un gesto que no me esperaba. El condenado esbozó una sonrisa de satisfacción, de aprobación y de triunfo, y en un tono áspero y nuevo, dijo:

—Podría decirte unos cuantos, pero yo soy más de actuar sin avisar.

Avanzó de imprevisto, me tomó por el brazo y de un jalón volvió a apegarme su cuerpo.

Entonces me besó.

Nuestros labios se unieron no de una forma suave ni romántica y mucho menos común; tampoco a un ritmo lento, sino con fuerza, pasión y afán. El mismísimo Damián atacó mi boca como si fuera a acabarse en cualquier momento, como si fuera la única oportunidad que tuviera de hacer eso, y yo recibí sus besos ansiosos sin poner objeción alguna.

Si tenía que explicarlo era de esos besos que llevaban a hacer todo de forma natural, fluida, cómoda. Se sintió tan bien que por instinto mis brazos rodearon su cuello. Así, sus manos tomaron mi espalda para acercarme hasta que no hubo límite y luego bajaron a mi cintura. Supe, y joder sí que lo supe, que aquello definitivamente no era el cielo, era el infierno llamado Damián y quemaba en cada parte del cuerpo; en cada jugueteo que su lengua hacía con la mía; y en cada mordida que les daba a mis labios.

Finalmente, nuestros rostros se separaron lo suficiente para poder respirar. Él se quedó quieto, contemplando mi boca, y yo me quedé casi atónita, con los ojos desorbitados repitiéndome que había sido real, que él en verdad había hecho algo que nunca me imaginé que sería capaz de hacer.

—Juro que pensé que no sentías nada —murmuré con cierta dificultad.

—¿Y qué vas a saber tú sobre lo que siento? —soltó como respuesta.

No había terminado. Dio algunos pasos hacia adelante, llevándome consigo. Me dejé guiar y un segundo después me acorraló contra la pared. Sentí su cuerpo

presionando el mío de una forma nueva, casi embelesadora. Él elevó una mano, la llevó a mi cuello y lo apretó con suavidad. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

Escuché su respiración pesada y sentí su pulgar trazando una caricia.

—¿Sabes acaso cómo quiere un noveno? —inquirió muy cerca de mi oído. Su aliento golpeó mi oreja y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Dirigió de nuevo su boca a la mía y atrapó mis labios. Volvió a besarme con brusquedad y marcó el ritmo a su modo, haciéndome entender que era él quien estaba controlando el momento. Pero de repente, sin intención de culminar aquello, tomé su barbilla y detuve el beso para poder hablar.

—Si crees que no lo sé, podrías enseñarme —susurré.

—Lo haría ahora mismo en esta habitación y en esa cama, pero te mataría y no quiero hacer eso —confesó sobre mi boca, apretando los dientes—. Nada más puedo darte esta razón para quedarte. Ahora, no hagas nada peligroso. Tengo que ir a resolver un asunto.

Me soltó y tuvo la intención de irse, pero tomé el cuello de su chaqueta y lo detuve porque ya había dejado una gran duda en mí.

—¡Espera! —exclamé—. ¿Cómo es eso de que me matarías? ¿Es que tú no puedes...?

—Claro que puedo irme a la cama con alguien —aseveró después de exhalar—. Todos los novenos pueden hacerlo, pero hay ciertas emociones demasiado fuertes que logran descontrolarnos hasta el punto en que perdemos completamente la razón. Tener un orgasmo podría llevarme a buscar mucho más placer, y ya sabes qué es lo que más me complace.

—Matar.

—Exacto. Y puedo negarme a hacerlo, tengo mucho autocontrol. A menos que quieras morir de ese modo.

Sacudí la cabeza.

—Ya está, entiendo —me apresuré a decir, luego me aseguré de mirarle a los ojos y que él también lo hiciera—. Dime otra cosa, ¿me besaste solo para que me quedara o porque realmente sientes algo por mí?

—¿Me has visto besando a cada mujer por ahí? —inquirió como respuesta.

—No, pero es que tú estabas...

Me interrumpió como tanto le gustaba hacer.

—Padme, no te agobies. Luego hablaremos de sentimientos si eso te hará preguntar menos —dijo. Yo gire los ojos. Ya sabía que las preguntas eran su enemigo número uno—. La persona que viste en mi habitación es una vieja amiga, nada más. Además, te acabo de demostrar que te quiero conmigo, ¿o eso sigue sin ser suficiente en tu mundo «normal»?

—No, está bien —me limité a decir de mala gana—. Pero si me quieres contigo, no metas viejas amigas en tu habitación que me lancen la puerta en la cara. ¿Se puede o en tu mundo «anormal» no es posible?

—Ah, pues si lo pides así, entonces sí se puede —contestó y esbozó una pequeña sonrisa ladina.

Después de que cerró la puerta y se fue, lentamente me senté sobre la cama y comprendí todo lo que acababa de suceder: Damián me había besado, y no solo eso, había dicho que me quería con él; y entendí también lo tonta que había sido por permitirlo.

Esa situación no estaba en mis planes. En ningún momento planeé darme cuenta de todo lo que podía ocasionar si fallaba. Lo matarían a él, a Poe, a Archie y a Tatiana. Y en caso de que fuera un éxito, si yo huía con Eris y Alicia, ¿qué pasaría con ellos?

No podía reconsiderarlo. Debía seguir con el plan, pero entonces Damián me había dado una razón para permanecer. Me había dado lo que antes, por mucho tiempo, había deseado, solo que, ¿por qué no me parecía suficiente? Aún con ese beso que no podía negar que me había gustado, aún con ese acercamiento, ¿por qué esa maldita voz que repetía que las cosas no eran como yo creía, no se callaba?

Sentí la cabeza hinchada de dudas. Siempre dudas. Siempre confusión. ¿Por qué nunca podía elegir un único camino sin tener que pasar antes por miles de opciones?

Toda mi vida había sido así.

Toda mi vida había batallado con la indecisión, con los temores, con la realidad. Reprimí un grito de frustración. Había demasiado en juego. Tenía que despejarme, así que pensé que lo único que merecía después de tanto era meterme en esa enorme bañera que había en el cuarto de baño y dedicarme un instante de tranquilidad.

Y eso hice. Buscando una mejor forma de lidiar con la situación, entré al baño y fue casi como un sueño cuando descubrí que se podía elegir la temperatura del agua. De modo que me saqué la ropa y me hundí por unos segundos, como si así pudiera limpiar todos mis problemas. Después emergí y me permití dejar la mente en blanco, aunque fuera por esa vez.

Pero la paz que me envolvía con el agua cubriéndome hasta el cuello, desapareció tras el sonido de una puerta cerrarse.

Salí rápido de la bañera, me cubrí con la toalla, asomé la cabeza fuera del baño y luego me detuve en medio de la enorme habitación. No había nadie, pero sí había algo.

Sobre la cama ahora reposaban dos cosas: una máscara antigás y una llave.

Capítulo 17. Parte 1 : Todo el mundo puede traicionar a cualquiera

—Aquí el ave roja. Ave roja a cachorro.

Aún con la toalla puesta, cogí el Walkie Talkie que entre crujidos emitía la voz de Eris. Presioné el botón y hablé:

—¿Cachorro? ¿En serio? Te pones el mejor nombre y a mí me llamas cachorro. Deje de presionar el botón y esperé.

—Bueno, si eres la que más se asusta, entonces el apodo queda contigo —respondió—. En fin, estoy en la vieja armería. Joder, te cagarías de miedo aquí. Lo juro. Está muy solo y oscuro.

—¿Hay presas? —pregunté y me moví hacia la cama.

—Muchas, pero todos están dormidos. De seguro dopados o algo así.

—Asegúrate de revisarlos bien —dije, y luego contemplé los objetos sobre el colchón—. El extraño de los mensajes nos acaba de dejar una ayuda. Ya tengo cómo entrar a las mazmorras. Me prepararé e iré.

—¡No! Espera, espera. —Su voz se entrecortó por un instante, pero después la escuché con claridad—: Cuando salí de la habitación había un grupo que iba directo hacia la biblioteca. Creo que pasarían la noche allí planeando no sé qué para La Cacería. No es seguro que vayas hoy.

—Maldición —me quejé—. Bueno, todavía queda un día. Puedo hacerlo mañana.

—Bien, revisaré este sitio de pie a cabeza y te avisaré si encuentro a Alicia.

Como no asistí a la cena porque quería quedarme en la habitación por si Eris se comunicaba a través del Walkie, cuando dieron las diez de la noche la tripa me ya me rugía del hambre. Intenté pedir algo por el intercomunicador, pero por más que insistí ningún empleado respondió. Así que paseé por la habitación, indecisa, hasta que finalmente decidí que podía correr a la cocina, coger algo y luego volver sin tardanza para continuar en la espera de información.

No llevé el Walkie conmigo porque corría el riesgo de que emitiera sonido de repente. Salí de la habitación y corrí por el largo corredor de las puertas, pero mi cuerpo impactó contra otro que apareció de repente en donde los dos pasillos se unían gracias a la escalera, y por un segundo perdí la capacidad de orientación.

—Cuanta prisa, ¿huyes de algo? —comentó Nicolas, poniéndome una mano en el hombro para no permitirme caer.

Retrocedí ante su tacto cuando supe que era él. Últimamente cada vez que me lo topaba decía algo que reafirmaba mis sospechas de que él lo sabía todo.

—No, voy a la cocina a buscar algo para comer —confesé.

Nicolas entornó los ojos y asintió lentamente. Luego relajó la expresión.

—Bueno, no hay nadie allí justo ahora porque todos están viendo la práctica —dijo.

No ubiqué nada de eso en mi mente.

—¿La práctica? ¿Cuál práctica?

—Gea organizó una pequeña practica pre-Cacería, algo para el entretenimiento de los huéspedes —aclaró él. Noté entonces que llevaba unos binoculares en una mano—. Mira, justo iba a echar un vistazo. ¿Vienes? No deberías perdértela. Esa invitación me sonó extraña, casi insistente. Recordé que cuando estábamos en la biblioteca la ama de llaves nos había interrumpido en el momento en que estaba dispuesta a soltarle todo. Y me daba la impresión de que la única razón por la que Nicolas no me delataba era porque quería algo a cambio para guardar silencio.

—De acuerdo —acepté. Tenía la daga en el cinturón por si acaso, así que había que darle punto final a aquello de una vez por todas.

Lo seguí por el pasillo contrario al de las puertas, ese que se conectaba con la escalera. Era distinto y conducía hacia otras áreas de la mansión que no eran de mi interés. El sitio era realmente grande, había que admitirlo.

Llegamos al final del corredor y pasamos a un gran balcón que permitía ver el jardín al igual que las zonas que se extendían detrás de él como el majestuoso laberinto y una parte exclusiva que contaba con dos piscinas.

Nicolas entonces se acercó al borde del balcón y me pidió que hiciera lo mismo. Esa noche estaba oscura y fría, segada por nubes tan negras que parecían querer reventar. Y la iluminación proveniente de los pequeños faroles encajados en las paredes bañaba la silueta del asesino semejándola a una efigie apuesta y amenazante.

—Mira, es en el laberinto —me indicó una vez me paré a su lado. Puso una mano sobre mi espalda y me ofreció los binoculares—. Para poder ver bien, tienes que usarlos.

Los tomé y eché un vistazo. Enfoqué las áreas del laberinto, los cercos forrados de arbustos que lo formaban y las luces que puestas en sitios estratégicos servían para librarlo de la oscuridad. A través de los binoculares detecté una figura corriendo por uno de los pasajes. Apenas se distinguía, pero se notaba que era un hombre. Y corría a toda velocidad, girando la cabeza para ver lo que dejaba atrás.

No tardé en entender que corría porque estaba huyendo, porque intentaba no ser atrapado por una segunda persona que no a muchos metros de distancia empuñaba una motosierra.

Eran un noveno y una presa.

Aferré las manos a los binoculares cuando la presa dio un salto sobre algo que estaba en medio del camino y cayó de bruces. Por la velocidad a la que iba, su cuerpo se arrastró sobre el pasto. Trató de levantarse, pero sus piernas le fallaron posiblemente por el pánico, y pareció luchar contra su propia inestabilidad.

El de la motosierra aprovechó el fallo, corrió aún más rápido y de manera triunfal logró su objetivo. La hoja rasgó una extremidad y desde mi posición no se vio tan crudo como de seguro podía serlo de cerca.

Lo mató.

Lo desmembró.

Lo disfrutó.

Una vez el noveno quedó satisfecho, se perdió por otro pasaje en busca de más. Inhalé hondo.

—¿Desde dónde ven los demás? —pregunté aun sosteniendo los binoculares.

—Desde allá —señaló con un dedo en una dirección.

Moví los binoculares y observé una torre que bajo la noche se alzaba semejante a un faro. Allí cerca de los bordes, sentados en cómodos asientos, estaban los novenos acompañados de Gea y del dueño de la mansión Aspen Hanson. También tenían binoculares y apuntaban muy atentos hacia el laberinto.

Dejé de mirar.

—Es impresionante —dije, para no usar el término: «espeluznante».

—Es curioso en realidad que antes lo mejor de La Cacería no fuera matar, sino hacerlo en grupo —comentó Nicolas, mirando hacia el laberinto con un aire pensativo—. Me gusta mucho la historia de los novenos.

—¿Qué tanto sabes de ella? —le pregunté—. No es como si hubiera muchísimas referencias.

—Bueno, la he estudiado lo suficiente como para saber que somos más que unos asesinos. —Se encogió de hombros—. Y las referencias están allí, solo que no disponibles para todos. Se trata de saber buscar.

—Sabes muchas cosas, ¿no, Nicolas? —solté—. ¿También sabes mucho sobre Aspen Hanson?

—Tengo una mente bastante hambrienta —replicó él y su boca se curvó en una sonrisa moderada—. La verdad es que no lo suficiente. Es un hombre que viaja mucho y deja poco rastro. Así es difícil.

—Se ve poderoso —comenté con un dejo de desinterés fingido.

—Como debemos vernos los novenos, ¿no? —mencionó y luego volvió la cabeza hacia la lejanía—. Ah, mira, creo que van a llevarse el cadáver.

Señaló el laberinto y de nuevo observé con los binoculares. Un par de hombres se habían acercado al cuerpo de la presa —o a lo que quedaba de él— y ponían sus restos en el interior de alguna enorme bolsa negra.

—¿Qué hacen con los cadáveres? —pregunté.

—Los llevan a un sitio que está por aquí cerca —dijo, se lo pensó un momento y después añadió—: Creo que era una vieja armería, pero ahora solo sirve de depósito. En un rato irán a dejarlos allá, los huéspedes se darán un paseo y ese tipo de coas.

—¡Mierda!

No dije más y como si me hubieran encendido los motores de repente, eché a correr de ahí rumbo a la habitación tratando de no resbalarme por la pulcritud del suelo.

Si iban a dejar los cadáveres en la armería, si los huéspedes se darían un paseo por ahí, solo significaba que...

Abrí la puerta, cogí el Walkie con desesperación y presioné el botón:

—Cachorro a ave roja, cachorro a ave roja —repetí, y al no obtener respuestas bramé—: ¡Eris, maldita sea, responde!

El Walkie crujió con algo de interferencia, pero pude escuchar su voz:

—Aquí ave roja

—Los novenos irán para allá, repito, irán hacia donde estás —sostuve con fuerza el Walkie cerca de mi boca, agitada—: Esos cuerpos que ves no están dormidos, están muertos. ¡Tienes que salir de ahí de inmediato antes de que te vean!

—Me lleva el...

Y se cortó.

Y sentí un miedo terrible.

Presioné el botón del Walkie y hablé varias veces, pero no obtuve respuesta. Consideré ir a ayudarla, pero también consideré que podía complicar la situación. Eris era lo bastante inteligente como para escapar, era incluso más astuta que yo.

Lo medité.

Podía esperar un poco. Sí, por si ella se comunicaba conmigo. Además, tenía tiempo. Los huéspedes y los empleados no llegarían tan rápido. Y ya habíamos conversado sobre este tipo de cosas. Es decir, si algo salía mal, si todo se complicaba, una tenía que huir con Alicia incluso si eso requería dejar a la otra atrás. A mí me había sonado egoísta, pero luego me pareció la única opción, sobre todo porque asumí que la que tendría que quedarse sería yo.

Media hora después, el Walkie crujió. Lo tenía en la mano, de modo que di un respingo al escucharlo:

—Logré salir —informó ella y detecté un atisbo de agitación en su voz—. Estoy bien.

La mañana siguiente me desperté debido a un portazo, y a pesar de que abrí los ojos rápidamente y me incorporé torpemente, no alcancé a ver quién había entrado en la habitación. Sin embargo, no tardé en notar que quien quiera que fuese había dejado algo sobre el borde de la cama: una tarjeta dorada como las que nos habían dado para las habitaciones.

Aún sobre el colchón me moví para cogerla. En ella decía:

La cena será en la terraza.

No me dio buena espina. Claro, nada me estaba dando buena espina desde la noche anterior. Eris había logrado salir de la armería sin que la vieran, pero le había mandado mensajes para saber cómo se encontraba y solo me había respondido que quería descansar, que no tenía ganas de conversar. Incluso había ido a tocar a su habitación, pero desde el interior me había dicho que quería estar sola.

Damián tampoco me había respondido ningún mensaje. Y también pensaba en que me había ido abruptamente de balcón, dándole más motivos a Nicolas para tenerme en la mira.

Estaba todo muy extraño y yo al parecer lo estaba haciendo muy mal, aunque lo único que tenía que hacer bien ese día era rescatar a Alicia.

—Cachorro a ave roja —pronuncié a través del Walkie—. Cachorro a ave roja. ¿Cómo estás hoy?

—Si estás practicando te aviso que vas a gastarle la batería —respondió Eris un minuto después—. Estoy perfecta, ¿qué ha pasado?

—En noticias matutinas, alguien dejó una tarjeta sobre mi cama. No vi quién porque salió muy rápido.

—En noticias matutinas de otro canal, a mí igual. Me dejaron una que decía: la cena será en la terraza. Además, al lado había un vestido rojo. ¡Rojo! Qué color más escandaloso...

—Sí, qué escándalo. Hasta hay gente que tiene el cabello de ese color, ¿puedes creerlo? —bromeé—. Bueno, vuelvo al tema, ¿no viste quién lo dejó?, ¿por qué un vestido?, ¿y por qué a mí solo una tarjeta?

—No sé, estaba en el baño. ¿Viste que la bañera tiene chorros de "hidromasaje"? Fruncí el ceño por su comentario tan ajeno al tema y sacudí la cabeza.

—¿Te puedes concentrar en lo que digo? Ya me parece que no nos invitaron solo por el trabajo de Archie... Hay algo más.

—Lo pensé justo anoche. Y creo que no es solo de Nicolas de quien debemos cuidarnos...

A pesar de que me encontraba completamente sola en la habitación, puse el Walkie muy cerca de mi boca y susurré:

—Hay algo muy extraño alrededor de ese tipo Aspen, el dueño de la mansión. Nadie sabe nada de él, ni siquiera Nicolas, nadie lo conoce bien, bueno... a excepción de... Gea...

Di un salto sobre la cama.

El recuerdo llegó súbitamente como si hubiera estado siempre ahí pero algo lo impidiera emerger. Recordé la escena en la cabaña, cuando me había ocultado detrás de un muro y había escuchado a la dirigente hablar con alguna especie de asistente, y con ello las palabras: «lo único que ha dicho es que necesita unas cuantas invitaciones exclusivas. Tiene algunos amigos que se alojarán con nosotros en la mansión hasta que pase la Cacería».

—¡Es él! —exclamé, sobresaltada, presionando el botón del Walkie para que Eris me escuchara—. Hay alguien mucho más peligroso que Nicolas y es esa persona que nos hizo la invitación, el que nos dio estas habitaciones, el mismo que conocimos en la merienda. ¡Es Aspen! —Me relamí los labios, inquieta—. Tenemos que sacar a Alicia e irnos de aquí, Eris. Nos pueden matar en cualquier momento.

Hubo un silencio de su parte. Esperé a que dijera algo, y casi vuelvo a hablar yo hasta que el Walkie emitió sonido:

—¿Crees que de verdad lograremos sacar a Alicia esta noche?

—Sí, sí. Mira, no iremos a la cena. Aprovecharemos que todos estarán ahí para buscarla. Luego nos iremos, y después... después buscaré alguna forma de comunicarme con Damián y Poe y les contaremos todo.

Otro silencio. Me estaba angustiando demasiado.

—¿Estás... segura de que esto es lo que debemos hacer?

—¿Cómo que si estoy segura? ¡Claro que lo estoy! —solté, y una punzada de temor me llevó a pronunciar lo siguiente—: ¿Estás dudando acaso?

—No, no —respondió rápidamente—. Haremos eso. Nos vemos esta noche y sacaremos a Alicia.

No respondió más a través del Walkie.

Exhalé y aún sobre la cama me recosté y pensé en todo. Primero en Alicia, en las largas horas de charlas telefónicas sin sentido contando algún chisme; en las veces que cogíamos el licor de sus padres a escondidas o los días en los que simplemente nos reuníamos para husmear la vida de todos en Instagram y comentar qué tal nos parecía. Y extrañé eso. La extrañé a ella y también a Eris soltando comentarios sarcásticos que la hacían molestar. Ansié esa normalidad que tanto nos aburría y que ahora parecía tan solo un privilegio.

De modo que me pregunté en qué punto el secreto de Damián pasó a ser más importante que las personas que habían estado siempre conmigo. Si yo hubiera elegido morir aquel día a manos de ese asesino, habría evitado muchas malas situaciones, pero no había tenido el valor de pedírselo y él tampoco había tenido la voluntad para hacerlo.

Así que, ¿quién había fallado primero? ¿Yo por aceptar unirme o él por no silenciarme como tuvo que haberlo hecho?

Ahora las consecuencias eran inminentes, por supuesto, y ni el hecho de saber que le gustaba a Damián parecía suficiente para tomarlo con más calma. De hecho, también había algo sumamente inquietante en su declaración, en su afán en saber si quería escapar o no. Era como si de repente él supiera que podía perderme y eso realmente le interesara, como si en verdad me quisiera, como si tuviera que demostrarme algo.

Eso... ¿era real?

Me pasé la mañana y parte de la tarde repasando el plano de la mansión, así que no salí de la habitación sino hasta que dio la hora de la supuesta cena en la terraza y alguien tocó la puerta.

Yo me estaba preparando para ir a las mazmorras, de modo que escondí la máscara antigás y el Walkie debajo de la cama, me guardé la llave en uno de los bolsillos y después abrí la puerta.

Sorpresivamente me encontré ante un par de enormes hombres trajeados que parecían más musculo que personas. Ambos tenían expresiones severas y no me inspiraron confianza.

—Padme Gray —dijo uno de ellos—. Seremos sus escoltas esta noche. La acompañaremos a la cena en la terraza.

—¿Escoltas? Pero yo no solicité escoltas —dije, totalmente extrañada.

—Es solo una formalidad —aclaró el tipo.

—Ah, bien, no lo necesito, cenaré aquí en la habitación.

Intenté cerrar la puerta de forma amable, pero el segundo lo impidió con una mano.

—Lo lamento, pero me temo que deberá asistir —expresó el escolta con detenimiento—. Es absolutamente necesario. Así que, ¿está lista para acompañarnos?

—¿Qué? ¿Debo ir obligatoriamente? —pregunté, mostrándome en desacuerdo.

—Si quiere decirlo de ese modo.

—Es absurdo, ¿y si no quiero?

—Tendremos que insistirle, y si no da resultado nos veremos obligados a insistir de una forma más... brusca —replicó sin inmutarse—. Así que, ¿está lista para acompañarnos?

Se mantuvieron ahí hasta que no me quedó de otra más que salir, y apenas lo hice vi otro par de escoltas frente a la puerta de Eris y Poe. No entendí lo que estaba sucediendo, pero parecía muy forzado, por ende, malo. Nos estaban obligando a ir a la cena por alguna razón, de modo que así mi plan de sacar a Alicia esa misma noche quizás no podría darse. Al menos hasta que terminara la dichosa cena.

Los escoltas me detuvieron en pleno pasillo.

—Esperaremos a los demás —dijo uno.

Un par de minutos después Eris salió de su habitación. Llevaba puesto el vestido rojo que alguien le había dejado y realmente se veía estupenda. Había dejado sueltos sus rizos naturales y le caían de forma voluminosa hasta los hombros; para mi sorpresa estaba incluso maquillada y sus ojos verdes resaltaban entornados por la espesura de las pestañas cargadas de rímel.

Pude acercarme a ella, y aunque el pasillo estaba vigilado, le susurré:

—¿Qué mierda está pasando?

—No lo sé, Padme, créeme que no lo sé —murmuró—. Yo creo que... —intentó comenzar a decir, pero se vio interrumpida por una voz masculina cargada de sorpresa:

—¡Demonios!

Poe había salido de su habitación. Avanzó a paso lento y le dedicó su completa atención a la pelirroja. La observó de pie a cabeza de una forma que alternaba entre la fascinación, la admiración y la lujuria, y finalmente soltó un silbido.

—Ese cabello como fuego; esos ojos como aceitunas; ese cuerpo casi tallado por Afrodita; esos labios como cerezas; esas pecas como chispas de chocolate... —expuso en un tono muy sugerente y seductor. Y de repente, para sorpresa de ambas, la tomó por la cintura y la acercó a él. La inclinó como si fuera a besarla y muy cerca de los labios le dijo—: Mujer, tú me tienes más loco de lo que ya estoy.

Eris le dio un empujón y lo alejó, pero aquello a él solo le divirtió. Poe emitió una risilla burlona y se mordió los labios. Después reparó en mí y pareció confundido.

—Y tú estás muy... muy sana —me dijo, después de pensar qué adjetivo usar.

—Bueno, a mí no me dejaron un vestido —respondí, encogiéndome de hombros.

—Qué lástima —replicó para después regresar a su habitual expresión maliciosa y divertida—. Bueno, supongo que esta noche toda la atención será

para mi pelirroja, pero no te preocupes, pastelito, ese estilo sobrio y simple te sienta bien. Es cuestión de saber apreciar la sensualidad incluso en lo sencillo.

—Ajá, ya. Ignoremos la charla de la copia barata y vulgar de Edgar Allan Poe y vayamos la cena, ¿sí? —intervino Eris con un ápice de disgusto.

El rubio entrecerró los ojos y dejó de sonreír.

—Mis padres me llamaron Poe porque sabían que sería una representación de la perversión y el sadismo que, de forma sublime, están reflejados en sus poemas —explicó con seriedad—. No fue en honor al autor, sino a sus escritos. Si lo analizas bien, tiene sentido.

Eris pareció derrotada y un poco disgustada por eso, así que solo giró los ojos y continuó por el pasillo. Me apresuré a seguirla intentando explicar que aquello no tenía buena pinta, pero resultaba imposible soltarlo así con una tanda de tipos siguiéndonos y escuchándonos.

—¿Y los demás? —le pregunté a Poe. Él se encogió de hombros.

—Ya están en la terraza —respondió uno de los escoltas.

—¿Damián también? —inquirí.

—Todos.

Mientras íbamos rumbo a la cena, reestructuré mi plan. En cuanto aquello terminara, tenía tiempo de escabullirme a las mazmorras ya que al día siguiente sería la Cacería y de seguro llegaría más gente. Entonces, no todo estaba perdido. Podían estarnos obligando a ir porque a la dirigente se le había antojado hacer algo especial, así como la merienda.

Sí, decidí suponer que era eso.

Finalmente atravesamos una puerta de vidrio pintado con muchos colores y nos recibió un espacio muy amplio con paredes cubiertas por enredaderas que se unían en formas decorativas. El cielo se encontraba al descubierto por la carencia de techo y la noche se vislumbraba estrellada y fría.

La puerta de vidrio se cerró detrás de nosotros y entonces contemplé la mesa que estaba dispuesta en el centro. Era larga, los cubiertos y los platos estaban bien puestos y tenía exactamente seis sillas de las cuales tres estaban ocupadas. Dos por Tatiana y Archie, y una por Aspen Hanson.

Ese parecía el lugar y el momento indicado para una maravillosa cena, hasta que reparé en el rostro de Tatiana y supe de inmediato que algo estaba mal.

Su expresión era de vergüenza e indudable temor, y su vista estaba fija en el plato vacío que tenía en frente.

—Por favor, tomen asiento —indicó Aspen, sonriendo ampliamente de la misma forma inquietante que en la merienda—. Sean bienvenidos.

Quise darme la vuelta e irme, pero los escoltas se situaron a ambos lados de la puerta con las manos juntas por delante. Me sentí acorralada, por lo que solo me quedó sentarme como el tipo había ordenado.

Los demás lo hicieron y las sillas se llenaron.

—¿Y Damián? —pregunté, extrañada—. ¿No hay silla para él?

—Damián vendrá en un rato —aseguró Aspen, muy tranquilo—. Mientras tanto, demos comienzo a esta cena que es muy exclusiva por varias razones.

—¿La dirigente no estará presente? —preguntó Poe. Noté que sentía la misma inquietud que yo, porque la habitual diversión que entonaba su rostro se había esfumado—. ¿Ella...?

—Ah, la dirigente —pronunció Aspen como si acabara de acordarse de esa persona—. No, no nos acompañará. Ella está muy por debajo de mí, ahora que lo mencionas. —El tipo tenía las manos unidas sobre la mesa y estaba sentado muy recto—. Gea no tiene ni idea de lo que sucede aquí y no hay razón para que deba saberlo, ya que aunque se enterara no podría hacer absolutamente nada. Me removí sobre la silla. Lo sabía. Algo estaba mal.

—Eso es absurdo —resopló Poe como si no comprendiera las palabras.

—Bueno, es que Gea es solo una más de todas las personas que trabajan para mí —aclaró Hanson como si fuera muy obvio, pero el rubio siguió confundido—. Permíteme explicarte. Es comprensible que no sepas exactamente quién soy, pues durante algunos años estuve muy alejado de nuestro ambiente, viajando por aquí, viajando por allá en búsqueda de algo muy... importante para mí. Sin embargo, nunca he dejado de ser la voz principal. Los novenos además de ser una especie, también somos un negocio. Todo esto se mantiene por pactos, tratados y dinero, por lo tanto, debe tener un cabecilla, alguien que no lo deje irse a la quiebra. Por años, los miembros de mi familia han sido esos verdaderos dirigentes, así que el puesto es mío por herencia. Siempre ha sido una herencia. —Y lo ocultan de la misma forma que nos ocultan a los propios novenos que no pertenecemos a esta dimensión, ¿verdad? —solté.

Tanto Poe como Archie y Tatiana me observaron con desconcierto. Aspen, por su parte, se mantuvo sereno. Él lo sabía, por supuesto que tenía plena consciencia de ello como de seguro la tenían Gea y los superiores.

Toda la cena solo era una farsa. Estaba muy segura.

—¿Y sabes acaso por qué se oculta esa verdad? —me preguntó Aspen. No tuve respuesta para ello, de modo que añadió—: ¿Sabías que hace sesenta años las personas como nosotros estuvieron al borde de la extinción? Fuimos ratas de laboratorio solo por ser diferentes. En esa época no teníamos las mismas reglas y precisamente por eso éramos muy vulnerables. Ahora, claramente, no es

igual. ¿Y sabes por qué? Porque he pasado más de veinte años luchando para que los novenos vivan como lo hacen ahora.

—¿Usted luchó por preservar la especie? —inquirió Eris de repente.

Aspen reparó en la pelirroja y su mirada pasó a ser de fascinación, como si ella fuera algo valioso.

—Exactamente —asintió él—. Mi padre creó las reglas, yo las impuse, alejé a la ciencia de nosotros, nos abrí el camino para dejar fluir nuestra naturaleza y ahora que hemos crecido en número, que nacemos con libertad, que no nos persiguen, estoy más que dispuesto a no permitir que lo que he construido se desmorone. ¿Qué opinas tú de eso, Eris?

Cuando vi la cara de Eris supe que la conocía demasiado bien como para saber que lo que sentía en ese momento era admiración. Una admiración peligrosa. ¿Cuáles eran las intenciones de Aspen al decir aquello?

Negué por lo bajo y antes de que ella pudiera hablar, dije:

—¿Brown estuvo implicado en la casi extinción de los novenos? ¿Por eso hicieron desaparecer todos sus artículos? —pregunté.

El rostro de Aspen cambió. De repente lucía muy divertido, complacido, como si estuviera disfrutando mucho aquel momento.

—Probablemente, pero no fue el artículo de Brown lo que más de una vez nos puso en peligro —dijo y se inclinó hacia adelante para apoyar los codos sobre la mesa y pasear su vista sobre cada uno—. Fuimos nosotros mismos. Novenos que revelaban su propio secreto por alguna razón. Y debido a eso tuvimos que imponer la regla de que quien lo hacía, debía pagar con la muerte inmediata. Pero esa regla debía tener protección ya que los novenos son muchísimos y la única forma de saber qué hacían en realidad era monitoreándolos. La mejor forma sin duda ha sido tener aliados que puedan contármelo todo. Algo así como ojos en todos lados. Eso, exactamente eso tengo. —Entonces, se quedó mirando fijamente a una persona en la mesa—: ¿Verdad, Tatiana?

Quedé estupefacta. Todos quedamos atónitos y la observamos. Tatiana tenía las manos formando puños sobre la mesa, la mirada baja y lloraba. Lloraba en silencio por alguna razón. No... No lo hacía por alguna razón.

Ella lloraba porque nos había fallado.

Lo entendí en ese preciso momento:

Yo haría cualquier cosa por Archie, y él cualquier cosa por mí. Solemos hacer muchas cosas por amor, ¿verdad? Incluso las cosas más tontas nos parecen las correctas. Y no podríamos estar más equivocados.

Maximiliano soltó una risa áspera, se recargó en el espaldar de la silla como si estuviera muy relajado y estudió nuestros rostros con suma diversión.

—Todos ustedes hicieron algo muy malo, ¿verdad? —nos preguntó entre risas, señalándonos con su dedo—. Sobre todo Damián. Bueno, Archie también hace mucho tiempo, pero ya eso no cuenta gracias a Tatiana que con mucha amabilidad se ofreció a servirme. Así que por una vez me salté las reglas y como soy un hombre de palabra, le concedí una indemnización.

—¿Qué? —soltó Archie, sentado al lado de su novia.

Estaba totalmente anonadado, tanto como si por un lado lo creyera y por el otro se negara a aceptar que era real. Sus ojos, desorbitados detrás de las gafas, se habían enrojecido por alguna razón.

—Archie, es que... —musitó Tatiana. La voz le salía torpe, ahogada entre el llanto—. Ellos se enteraron de lo que hiciste e iban a matarte... así que yo... les juré que iba a guardar el secreto, les supliqué, pero no estaban seguros y tuve que...

—¡Cállate! —le gritó él con fuerza. Tatiana cerró los ojos y trató de controlar sus sollozos—. ¡¿Qué mierda hiciste?! ¡¿Cómo fuiste capaz de traicionarnos?!

—Eh, yo no lo llamaría traición —comentó Hanson, entretenido con la escena—. Es lealtad. Esta muchacha aún sin pertenecer a nuestra especie es mucho más leal que todos ustedes.

Cuando la cara de Tatiana dejó de darme pena, entendí que estábamos completamente perdidos. Aspen sabía la verdad desde el primer momento gracias a Tatiana, la única persona de la que no había siquiera sospechado desconfiar, así que Damián estaba en total peligro. Y podían matarnos en el momento en que a aquel tipo dejara de divertirme la situación.

—¡¿En dónde demonios está Damián?! —solté, levantándome vertiginosamente de la silla, pero entonces Aspen alzó una mano y se apresuró a decir:

—Te recomiendo que vuelvas a sentarte porque si haces aunque sea otro movimiento extraño, alguno de los cuatro francotiradores que están apostados en puntos estratégicos de la torres que rodean la mansión, te volará la tapa de los sesos.

Mierda.

Lentamente me senté de nuevo.

—Hablas de Damián Fox, ¿no? —me preguntó Aspen y con un dedo se acarició la nuca en un leve gesto pensativo—. Está pasando por el Hito desde hace cuatro meses. Es sorprendente, ¿sabías? Considerando el tipo de noveno que es, su edad y su entorno, lo ha soportado de forma excelente.

—Fue mi culpa, yo le pedí que me integrara a este mundo, él no quería hacerlo —dije en un tonto intento de convencimiento.

Aspen alzó las cejas con sorpresa.

—¿Segura? Porque parecías muy negada, o al menos eso le pareció a Tatiana. Y después muy interesada en averiguar cosas, cavar tumbas, salvar personas... — Emitió una risa burlona que luego pasó a ser casi de lástima. Apreté los puños por debajo de la mesa—. Sí, lo más entretenido quizás fue ver cómo creías que nadie se iba a enterar. Bueno, a lo mejor si hubieras escapado desde el primer momento no, pero eres una presa, no se puede esperar mucho de ti.

Eris intervino en ese momento en un tono muy desafiante:

—Si ya lo sabía y pretendía matarnos a todos, ¿para qué nos trajo a la mansión y para qué organizó todo esto?

La sonrisa de Aspen desapareció en un segundo.

—Ah, quiero aclarar que tú no has hecho absolutamente nada. Solo llegaste a donde perteneces —comunicó el hombre.

La pelirroja hundió las cejas.

—No comprendo —dijo ella.

Eché un vistazo rápido hacia arriba. Las torres que rodeaban la mansión no podían verse desde ahí, pero creía en lo de los francotiradores y de seguro ellos sí podían vernos a nosotros.

—No estaba en mis objetivos investigar a Padme, sobre todo porque siempre creí que se mantendría como una presa. Fue un golpe de suerte que esto sucediera así, que ella fuera tu amiga y que precisamente Damián ocasionara este enredo. —Explicó el hombre—. Desde hace mucho tiempo vigilé tus pasos. Desde hace tanto tiempo...

Los mensajes:

Él te vigila...

No puedo ayudarte mientras él te esté vigilando...

Aspen nos tenía el ojo echado desde el principio y Tatiana lo había ayudado a mantenerlo.

—¿Y por qué me vigilaba? —preguntó ella sin comprenderlo.

—Eris, tú perteneces a este mundo desde que naciste. Eres una novena, una Hanson. Eres mi hija.

Sofiqué una exclamación de asombro. Eris negó con la cabeza, aunque con más calma de la que pude haber tenido yo, y pronunció algo en un tono tan bajo que fue incomprensible para todos, pero después elevó el volumen de su voz y expresó:

—Tengo padres, así que eso es absurdo. ¿Cómo podría ser su hija? Si fuese así, ellos me lo habrían dicho, además, me les parezco mucho —rebatió la pelirroja, mirándole como si fuera alguien desagradable.

—Estuvo planeado para que así fuera, pero no por mí, sino por mi padre —se apresuró a Aclarar Aspen, muy serio—. Si me permites un momento a solas, puedo explicártelo todo.

Él se quedó en silencio, esperando a que ella aceptara su propuesta. Pero yo no quería que Eris hablara a solas con él, porque quién sabía qué cosas podía decirle, porque solo me daba la impresión de que quería hacerle daño.

—¿De verdad piensa que nos vamos a creer esa porquería? —intervino Poe en un tono retador—. ¡¿En dónde está Damián?! ¡¿Sigue vivo?! Porque nosotros no pensamos quedarnos...

Poe se levantó de la silla como si no le importara nada, entonces Aspen chasqueó los dedos y de inmediato los escoltas se acercaron al rubio. En cuanto uno de los tipos le puso un dedo encima, Poe le propinó un puñetazo en la cara. Lo dejó tan desorientado que el otro se apresuró a sujetarlo. En ese mismo momento la puerta se abrió y entraron cuatro más para inmovilizarlo. Después de varios forcejeos lograron sentarlo, atarle las muñecas a la silla e incluso lo amenazaron con un cuchillo en el cuello.

Poe finalmente se quedó quieto con el cabello revuelto, respirando de forma agitada como un animal rabioso a punto de gruñir y atacar. No había ni un pequeño rastro de su lado burlón y perverso. Estaba realmente furioso y daba miedo.

Los hombres entonces se acercaron a Archie, a Tatiana y a mí y nos ataron las muñecas a la silla. Logré rasguñarle la cara a uno tratando de impedirlo, pero me dio una bofetada que a Aspen le causó mucha gracia.

Al final nos sometieron a todos, menos a Eris. Incluso Tatiana parecía notar que se le había volteado la tortilla. Es decir, aun trabajando para Aspen, él ignoró por competo sus quejas.

—Ya no me sirves para nada —fue lo que le dijo. Y a ella no le quedó más que sumirse en su llanto de perra traidora.

Aspen se levantó de la silla, completamente concentrado en Eris. Estaba claro que no le haría lo mismo que a nosotros, pero, ¿era realmente cierto? ¿ese era su verdadero padre? Comprendí por qué los verdes ojos de aquel hombre se me habían hecho familiares. Eran los mismos de Eris, la misma mirada aceituna que había visto desde que le había conocido en la escuela.

—Te alejaron de mí porque en mi familia no estaba permitido mezclarse con las presas, y eso fue exactamente lo que hice hace dieciocho años. Fue un completo error haberme interesado en una mujer común y corriente —le dijo él en un tono más calmado que pudo haberlo hecho pasar como un padre realmente preocupado por el bienestar de su hija—. Mi padre creyó que habías

nacido siendo normal, pero no fue así. Naciste el noveno día del noveno mes, y aquí es donde perteneces.

—¡No! ¡Ella no es una asesina! —intervine.

Me removí, pero los nudos que me aferraban a la silla estaban bien hechos.

—¿No, Eris? ¿No tenías las actitudes propias de un asesino? ¿No las tienes aún?

—le habló el hombre, mirándola con cierta complicidad. Volví la cabeza hacia ella y encontré algo nuevo en su expresión. Estaba realmente desconcertada, indecisa, casi perdida—. Sé todo lo que has hecho. Asesinaste a tu gato y al gato del vecino a los once años. Los escondiste debajo de tu cama y en cuanto tenías la oportunidad, jugabas con los restos. Siempre sentiste la necesidad de matar, pero la reprimiste. Los cuerpos sin vida, el sufrimiento ajeno, hacer sentir a otros inferiores, todo eso te gusta mucho. Ahora este mundo te atrae, ahora te sientes mucho más libre, y aceptaste todo esto porque pensaste que uniéndote a Damián y a Padme podías tener una justificación para dejar fluir tus instintos, ¿o me equivoco?

—No, no es así. Eris, no es así, ¿cierto? Yo te conozco, nunca has hecho nada de eso —dije con rapidez, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, tratando de que me escuchara a mí—. Dile que es mentira. ¡Tú eres inteligente! ¡Eres buena! ¡Guardaste el secreto! ¡Me ayudaste! ¡Eres como mi hermana! Alicia, tú y yo somos casi una familia, siempre lo hemos sido, y tus padres son personas muy humildes que te han dado todo lo que has necesitado. Ellos son los verdaderos. Este tipo solo miente por lo que hicimos.

Pero entonces la persona que consideraba mi mejor amiga bajó la mirada y no aclaró que lo dicho por aquel hombre fuera falso, porque en realidad era totalmente cierto y su silencio me bastó para comprenderlo. Eris sí era como Damián, siempre había sido como él. Era una novena. No obstante, el descubrimiento de su naturaleza no era lo que importaba en ese momento, sino la duda reflejada en su pecoso rostro.

Ella estaba de acuerdo con todo lo que el hombre decía. Le agradaba. Estaba a punto de ser convencida por él.

—Jamás haré nada para dañarte —añadió Aspen en un tono muy suave—. Eres mi hija, acepto tu naturaleza y no creo que debas reprimirla más. Así que ven conmigo, Eris, tenemos mucho de qué hablar.

Aspen rodeó la mesa y deslizó su silla hacia atrás para que ella se levantara. Le puso una mano en el brazo como si quisiera guiarla a la salida, pero ella lo apartó.

—¿Qué va a pasar con mis amigos? —le preguntó, a lo que el tipo sonrió de forma tranquilizadora.

—Por ahora nada.

—¿Por ahora? Quiero que los suelten y quiero que también suelten a Damián —exigió ella en un tono firme, aunque parecía ser víctima de una confusión terrible.

—Prometo hacerlo si me das una oportunidad —propuso Aspen—. Estarán aquí mientras tú y yo conversamos. Nada les sucederá. Luego podré dejarlos ir sin que los demás se den cuenta. Si los suelto ahora estarán en un verdadero peligro.

No confié en eso, no confié en ninguna de sus palabras, pero ella sí y aquello me decepcionó completamente. Ni siquiera todas las discusiones con Damián podían igual el quiebre que experimenté, la tristeza, el dolor emocional que me dejó postrada en aquella silla por su actitud. Busqué su mirada, traté de que me observara, pero ella no lo hizo en ningún momento. Todo lo contrario, se levantó de la silla y lo siguió.

Eris salió de la terraza junto al hombre que decía ser su padre, el mismo que nos había vigilado y mandado a atar, y fue como verla ir por un camino sin retorno.

Los escoltas nos recordaron que había cuatro francotiradores atentos a cualquier movimiento y salieron del lugar diciendo que estarían al otro lado de la puerta.

Exhalé cuando no quedamos más que los cuatro. Se me hinchó la cabeza tratando de asimilar lo sucedido. Había estado tan preocupada por Damián que no había tenido tiempo para darme cuenta de que Eris no era lo que parecía ser. Y a pesar de todo, su naturaleza no era el problema. Yo lo habría aceptado. El lío estaba en las intenciones de Aspen, en su confesión tan repentina, en la debilidad que aquello le había causado a alguien tan fuerte como ella.

—Ese hijo de puta no va a soltarnos —gruñó Poe, forcejeando.

—Pero podr... —intentó decir Tatiana, pero Poe la interrumpió en un grito:

—¡Tú cállate, que si no te arranco la maldita lengua por bocona es porque tengo las manos atadas!

—Tú eres... —pronunció Archie, mirándola con total desprecio, uno que incluso a mí me pareció doloroso—. Repugnante.

—¡Archie! —exclamó ella con el rostro hinchado del llanto.

—¿Quién te dijo que quería que me salvaras poniendo en peligro a mi manada?! —bramó Archie, tan rabioso que parecía un demente a punto de acabar con lo que tuviera cerca—. ¡¿Nunca entendiste nada?! ¡Miserable mentirosa! —Tragó saliva y su cuello demostró lo tenso que estaba. Apretó la mandíbula y entre dientes añadió—: A ti no te va a matar nadie más que no sea yo, te lo aseguro. No, eso te lo juro.

Sentí pena por ella. Sentí pena por todos nosotros. Estúpidos, traicionados, atrapados, a punto de morir quizás. Habíamos hecho las cosas tan mal desde el principio. Y ninguno había tenido idea. Habíamos olvidado que el mundo de los novenos era lo suficientemente grande y peligroso como para consumirnos a nosotros mismos.

—Poe —le llamé. Él, que había estado en silencio mirando a Tatiana como si quisiera acuchillarle los ojos, reaccionó—. Tengo una idea para salir de aquí, pero es muy arriesgada.

—Ah, tal y como me gustan las ideas —respondió y, por primera vez desde que habíamos entrado a la terraza, su expresión se relajó y sonrió de forma maliciosa—. Te escucho.

—Bien. Tengo una daga oculta debajo de este suéter. Tienes que venir a sacarla, sostenerla y cortar la cuerda con la hoja.

Pareció que le hice la propuesta más sucia de su vida, porque las comisuras se le ensancharon en pura malicia.

—¿Y cómo voy a sacarla? —preguntó. Le temblaron los labios por reprimir la risa.

—Con la boca —dije entre dientes.

—Si hubiera sabido que tendríamos que estar en una situación así para que me dejaras meterme debajo de tu ropa, le habría pagado a alguien para que nos secuestrara —expresó, deleitado.

Giré los ojos.

—¿Puedes hacer lo que te digo o no?

—Bueno, no quiero presumir, pero con la boca soy aún más hábil que con las manos —expresó en un tono insinuante.

—¡Entonces hazlo! —exclamé—. Métete debajo la mesa rápido. Puedes hacerlo con todo y silla, no es muy grande. Si tenemos suerte no se darán cuenta.

—Bien. Entendido y procesado.

El rubio se movió con cierta dificultad. El espaldar de la silla no era demasiado grande, lo que si era amplio era el espacio debajo de la mesa, por lo que cuando logró agacharse tirando de la silla por sus muñecas, desapareció entre el mantel. Por un momento golpeó la mesa y temí que los francotiradores dispararan, pero entonces de repente su cabeza apareció entre mis piernas.

Era incómodo, incluso chistoso.

—Uhm, esta situación es bastante interesante, ¿no crees? —murmuró, regalándome un guiño—. Confieso que me imaginé estar en esta posición, pero... no en este escenario.

—Solo... busca la daga, Verne —dije y evité mirarlo.

Se acercó un poco más, mordió el borde de mi camisa e introdujo la cabeza. Los rizos dorados quedaron cubiertos por la tela. El espaldar de su silla golpeó la mesa y las copas se estremecieron. Sentí su rostro rozar mi piel desnuda y de seguro puse la cara más extraña del mundo porque a Archie se le salió una risa burlona entre el disgusto.

—Hueles bien, pastelito —comentó Poe desde allí.

—¡Rápido! —solté.

—Ya... —expresó de forma ahogada, como cuando se tenía algo en la boca y se intentaba hablar al mismo tiempo.

Sacó la cabeza. Sostenía con sus dientes la empuñadura de la daga.

—De acuerdo, intenta cortar la cuerda —le indiqué.

Movió la cabeza y acercó la reluciente y filosa hoja hacia los nudos que me inmovilizaban las muñecas, y entonces empezó a hacer movimientos de un lado a otro, provocando que el filo rasgara la cuerda. Exhalé de alivio cuando se soltó. Le quité la daga y corté el de la otra mano.

—Ahora regresa a tu lugar —le ordené.

—Muy mandona, Padme, muy mandona —comentó él con diversión.

Se deslizó por debajo de la mesa de nuevo y en poco tiempo apareció al otro lado, justo frente a mí. Era mi turno. Rápidamente hice lo mismo que él, aunque la situación fue mucho más incómoda cuando aparecí por debajo y corté las cuerdas de su silla. Él me veía desde arriba bastante entretenido.

—No te atrevas a decir algo —le amenacé, frotando la hoja contra los nudos.

—Contigo en esa posición no estoy ni siquiera pensando, pastelito, ¿cómo podría? —replicó, reprimiendo quien sabía qué.

Me deslicé hacia otra dirección aún debajo de la mesa y corté las cuerdas de Archie. El condenado se sonrojó, pero no dijimos nada al respecto.

—¿Y yo? —preguntó Tatiana al darse cuenta de que no tenía intenciones de desatarla a ella—. No pueden dejarme aquí.

—Ah, sí que podemos y eso es lo que haremos —soltó Poe con mucha tranquilidad—. ¿Sabes? Siempre pensé que era Archie quien te torturaba con su horrible y melosa relación, pero mira, resultaste ser tú la que succionaba su alma.

—Desátala —me dijo Archie, bastante serio.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Aún estaba bajo la mesa, y aunque no quería hacerlo, él tenía mucho más derecho a decidir sobre ella que yo.

—Sí.

—Bien.

Tatiana sollozó, aliviada. Evité mirarla a la cara porque en verdad sentía una punzada de furia al recordar que de quien siempre tuvimos que cuidarnos era de ella.

—Padme, gracias —pronunció con voz temblorosa.

—No deberías agradecerme, porque yo habría preferido dejarte aquí —contesté a secas—. ¿Sabes en dónde tienen a Damián?

—No, juro que no lo sé —expresó, sonando bastante convincente.

—De acuerdo, esto es lo que haremos —hablé para todos—. A la cuenta de tres se meterán debajo de la mesa. Eso los va a confundir. Luego simplemente corremos hacia la puerta. Lo sé, es muy arriesgado, pero solo nos queda intentar.

Los tres estuvieron de acuerdo.

—Uno, dos... ¡tres!

Se ocultaron bajo la mesa al mismo tiempo. Inmediatamente se escuchó el impacto de un balazo. Uno de los francotiradores disparó y la gruesa madera recibió la descarga. Sin embargo, ninguno tenía algún rasguño.

—Ajá, ¿y ahora qué, Padme? —me preguntó Archie.

—Bueno, es posible que nos den si salimos... —expresé. Mi mente quedó en blanco.

Segundos después se escuchó otro ruido producido por el impacto de una bala que hizo estallar la vajilla.

—¡A la mierda! Saldremos y correremos y el que llegue vivo pues llegó y el que no pues que se quede —soltó Poe, muy decidido—. Padme, dame la daga. —Se la entregué—. Bien, ¿listos? ¡Vamos!

Sucedió demasiado rápido, pero muy lento ante mis ojos. Salimos de debajo de la mesa y corrimos más rápido de lo que pudimos haber hecho alguna vez. Los balazos sofocados por los silenciadores solo se escucharon al impactar contra cualquier cosa que los recibiera. Otros pasaron muy cerca de nosotros como ráfagas entre los orificios y murieron en el piso.

Archie y Poe abrieron la puerta por la que habíamos entrado y tan rápido como salimos Poe se abalanzó sobre uno de los tipos armados que esperaba afuera. Le clavó el cuchillo en el cuello y lo lanzó al suelo. Al mismo tiempo, Archie atacó con un puñetazo en la mandíbula y una patada que desarmó al segundo. Aproveché ese momento para tomar la pistola que había caído al suelo y le propiné un cachazo que dejó inconsciente al último tipo.

Los cuerpos quedaron tendidos en el suelo. Poe me entregó la daga ensangrentada con suma tranquilidad, como si le diera un pañuelo a alguien que acababa de estornudar. Y estuvimos a punto de continuar, pero una figura subió el último escalón que daba al pasillo y avanzó hacia nosotros.

La reconocí. Era la mujer que había estado en la habitación de Damián, la misma que me había cerrado la puerta en la cara. Arrastraba el saco que había visto en el maletero del auto de Poe y en ese momento no lucía pretenciosa, sino preocupada.

—¿Danna? —inquirió Poe, hundiendo el entrecejo—. No me digas que tú...

—No, no estoy del lado de Aspen —se apresuró a responder.

Ella se detuvo frente a Poe y le acarició la mejilla con un afecto que no pudo verse más que maternal.

—Venía a ayudarlos, pero veo que se las arreglaron solos —dijo ella.

—¿Sabes qué mierda está pasando? ¿Es cierto que ese tipo tiene tanto poder como dice? —soltó Poe.

Danna asintió con resignación.

—Sí, pero según averigüé él en un principio ni siquiera sabía quiénes eran ustedes. Andaba detrás de su hija, solo que no sabía de qué forma llegar a ella —nos informó—. Los vigiló y así se enteró de lo que hizo Damián con esta chica... —Me observó de una forma ligeramente despectiva que no me agradó.

—¿Para qué quiere a Eris? —le pregunté sin evitar sonar demandante.

—Necesita a su heredera, a la persona que pueda tomar su cargo cuando él ya no esté —aclaró Danna—. Aspen ha dirigido a los novenos por muchos años y la mayoría no tiene ni idea de que es él quien tiene la última palabra en todo.

—Pareces conocerlo muy bien —mencioné. Ella enarcó una ceja.

—Sí, porque trabajo para él, pero trabajar para Aspen no significa saber todo lo que hace —respondió, y después miró a Archie y a Poe con algo de reproche—. Ustedes sabían que tratar a una presa como algo más que una simple presa, es muy grave.

—Eso ya no importa. ¿Gea realmente no tiene ni la más mínima idea de todo lo que sucede? —inquirió Poe.

—Ella está de acuerdo con que los asesinen.

Poe soltó una maldición.

—Entonces no podemos buscar apoyo en nadie —comentó Archie, bastante preocupado.

—Por lo que han hecho no tendrán el apoyo de nadie, solo el mío y por desgracia no es mucho —confesó Danna. Sus magníficos ojos me enfocaron—. Damián sabía que todo esto iba a pasar, por esa razón me contactó hace mucho tiempo. Estaba muy preocupado porque los había enredado a todos en un lío sin salida y quería tratar de encontrar una solución. Pasamos muchas noches tratando de planear algo que no solo fuera exitoso, sino que asegurara la vida de todos.

De repente recordé aquel día que había entrado en su habitación y lo había visto cansado y ojoso. No quiso decirme por qué. Damián nunca quiso decirme nada, incluso cuando no era necesario ocultarlo.

—¿Logró planear algo? —preguntó Archie tan asombrado como yo.

—Aunque pudimos hacer unos cuantos planes, me acabo de topar con algo que los dificulta —confesó Danna y dio un paso adelante para crear un aire más confidencial—. Aspen ordenó que todos fueran asesinados, claro que no de forma inmediata...

—¿Cómo es eso? —inquirió Tatiana, nerviosa.

—Él ordenó dos Cacerías. Una que se dará mañana y la otra que se estará llevando a cabo aquí dentro de la mansión en quizás menos de una hora. —Danna observó a Poe con un brillo de pena. Formó una fina línea con sus labios y luego lo soltó—: Desde hace semanas, todos en la cabaña han sabido que ustedes son unos traidores. Todos fueron informados. Eso ha dicho Gea abajo.

—Malditos hijos de... —murmuró Poe, completamente atónito—. ¿Ese tipo nos convirtió en...?

—Presas, sí —completó Danna. Tragó saliva. No dejaba de verlo a él como si aquello fuera muy difícil para ella—. La Cacería que se dará en un rato será para que todos sus antiguos compañeros los asesinen por haber traicionado a su especie.

—Entonces, cuando empiece la Cacería todos en la mansión buscarán la peor forma de asesinarnos —repitió Archie como si no pudiera creerlo.

Tatiana volteó a ver con preocupación a Archie, y sucedió lo que de seguro tanto Poe como yo habíamos estado esperando. Archie le dio un empujón tan fuerte que el delgado cuerpo de Tatiana impactó con la pared. La acorraló ahí con una mano contra el cuello y la otra enredada en sus cabellos con fuerza, jaloneando del cuero cabelludo.

—Esto es tu culpa —le dijo él, furioso, con las venas saltándole bajo la piel y las lágrimas brotándole por la traición.

—A-ar-ch... —intentó decir ella, pero él le apretaba el cuello con demasiada fuerza, la suficiente para que su rostro adquiriera un tono rojo y los ojos parecieran salirse de las cuencas.

—Dormía con la misma persona que me llevará a la muerte, aun cuando yo evité llevarte a ti —pronunció él.

Pensé que iba a matarla, que le iba a partir el cuello, pero Poe acudió y tiró de él. Solo así la soltó y ella pudo tomar aire entre un ataque de tos. El rubio lo sostuvo con fuerza por los hombros. Archie estaba destrozado, sus lágrimas, su ira, su incapacidad para hacer algo en específico de todo lo que seguro quería hacer, todo eso lo demostraba.

Capítulo 17 (Parte 2)

—No la mates —le dijo Poe sin soltarlo—. No aquí. Si lo harás, merece que sea en otro lugar.

—Tenemos que irnos —solté de forma contundente—. ¿Qué fue lo que planeó Damián? —le pregunté a Danna.

—Bueno, tengo un auto esperando muy cerca de aquí y una salida alterna por la que podemos escapar sin que nos vean —indicó ella—. Estamos a tiempo de irnos.

—Espera, no me iré sin Damián y tampoco sin Eris —dictaminé negando con la cabeza—. Seguiremos ese plan, pero antes tenemos que buscarlo. Sigue con vida, ¿no es así?

—Buscarlo puede arruinar todo —expresó Danna, mirándome como si fuera tonta—. Él me dijo que dirías algo así, que seguramente querrías buscarlo, por eso también quiso que te recordara que tienes dos familias: la manada y tus padres, y que debes protegerlos a ambas.

—¡No! Él también tiene una familia. —Paseé mi vista sobre Poe y Archie—. Ustedes son su manada, ¿se irían sin él? ¡¿Se irán sin él?!

Poe bajó la mirada, pensativo, y un segundo después negó con la cabeza.

—No me iría sin ese imbécil a ningún lado —expresó el rubio.

—Yo tampoco —dijo Archie, un poco más calmado.

—Y no pienso dejar a mi pelirroja con ese tipo —agregó Poe en un tono despreciativo.

—Amigo, eres muy optimista... —murmuró Archie, negando con la cabeza.

—¿Están conscientes de que podrían no salir de aquí? —preguntó Danna, alternando la vista entre ambos.

Poe vaciló un momento y luego se encogió de hombros.

—La manada es la manada, vivimos juntos, matamos juntos, morimos juntos —dijo Poe al esbozar una sonrisa nostálgica.

—Muy bien, no me queda de otra que ayudarlos —exhaló Danna, no muy convencida—. Imaginé que algo así sucedería, entonces pasé a buscar esto... —Se inclinó hacia abajo y abrió el saco. Ahí estaban los cuchillos, tubos, el bate, todo lo que Poe había puesto en él—. Tomen lo que necesiten, así podrán defenderse.

Archie y Tatiana se guardaron un par de cuchillos junto a unos trozos de vidrio. Poe cogió una daga y luego el bate; y finalmente yo opté por uno de los tubos de hierro que tenía enrollado un largo pedazo de alambre. Limpié la sangre que había quedado en la daga al atacar a los escoltas y me la guardé en donde la había tenido antes, además, tomé un cuchillo extra.

—Bien, ¿en dónde tienen a Damián? —preguntó Poe una vez todos estuvimos listos y armados.

—En las mazmorras, en una de las celdas que están al fondo —respondió Danna mientras se guardaba un par de cuchillos en un bolsillo oculto de su vestido.

—Hay gas ahí —recordé—. Pero yo tengo una máscara y una llave para entrar. Están en la habitación, bajo la cama.

—Entonces hay que ir por esas cosas y luego a las mazmorras —dictaminó Poe.

—Estamos en el último piso —dijo Danna—. Mientras bajamos es probable que cualquiera nos ataque, así que estén muy alertas.

Sostuve con firmeza el tubo de hierro, sintiéndome más decidida que nunca a hacer aquello. Bajar sería como entrar a la casita del terror de la feria: algún monstruo podía aparecer de repente y no tenías ni idea de cuál podía ser. De modo que cualquier cosa que tuviera que hacer, la haría por Damián y por Alicia.

Avancé hacia el final del pasillo, me detuve al borde de la escalera e inhalé hondo.

—Que empiece La Cacería.

Capítulo 18: El cazador cazado

Bajamos las escaleras, atentos a cualquier movimiento extraño. Archie, Tatiana y Danna iban por delante de nosotros, y Poe caminaba a mi lado con una expresión circunspecta y metódica, como si no fuera el Poe normal al que ya hasta me había acostumbrado.

Cuando pisamos el último escalón, Danna nos indicó que estábamos en el piso de la mansión que disponía de habitaciones extra y alguna que otras salas de entretenimiento. En ese momento me di cuenta de lo perjudicial que era la arquitectura de la casa para nosotros. Las escaleras no seguían a otra, sino que una escalera daba a un piso y luego había que cruzar ese piso para llegar a la otra escalera y poder bajar.

Todo estaba en silencio y eso hacía que el ambiente fuera más siniestro.

—¿Ella quién es? —me atreví a preguntarle a Poe en voz baja, refiriéndome a Danna—. Salió de la nada, ¿podemos confiar?

—No salió de la nada, es que tú no la habías visto antes —aclaró él. Se pasó la mano por los pálidos cabellos y se le desordenaron un poco—. Es mi tía. La única en mi familia que es como yo, así que sí es de completa confianza.

—Ah, tienes familia —comenté, sintiéndome un poco avergonzada.

Cruzamos en un pasillo solitario de espacios abiertos con salas que podían verse desde afuera. Reconocí un gimnasio privado e incluso un área para practicar esgrima. La mansión se me antojó enorme en ese momento, con pasillos interminables y docenas de pasajes que se ponían en nuestra contra.

—¿Por qué no la tendría? —inquirió con una chispa de diversión—. Bueno, la tengo muy alejada de mí. Ellos viven en otra ciudad y yo aquí con Danna.

—¿Por qué están lejos? ¿No se llevan bien? —pregunté.

Me di cuenta de que no sabía absolutamente nada de él, aunque Poe parecía ser tan abierto que no había ni siquiera que esmerarse en descubrir algo de su vida.

—Digamos que soy un peligro para ellos —contestó encogiéndose de hombros—. Y no sé por qué lo piensan, ¿solo porque una vez le incendié el cabello a mi madre? Pff, eso lo hace cualquiera.

—Ah, claro, cosas de niños —dije, como si fuera muy normal.

—Bueno, Danna estuvo entre los candidatos a dirigentes de la cabaña, pero no fue elegida. Pensé que era importante en este mundo, pero ahora resulta que el tipejo ese es más importante que cualquiera... —expresó con un ápice de molestia.

—No sé por qué si las personas como ustedes dicen que se respetan entre sí, ordenan su propia muerte tan de repente —opiné—. Aspen no está protegiendo a su especie. Solo está manejándola para su beneficio.

Contemplé el inicio de la escalera al final del pasillo. Si bajábamos, habría sido un piso menos.

—Lo que Damián hizo es imperdonable, y tarde o temprano sabíamos que lo descubrirían. Si no era por Damián, lo iban a descubrir por Archie. Lo sabes, ¿no? —Le echó un vistazo a la pareja. No andaban tomados de la mano ya. No había atmosfera romántica en ellos. Aquello se había roto para siempre—. Supongo que esto estaba destinado a terminar así, a morir por amor.

Resoplé al oírlo.

—¿Y tú crees que realmente es amor? —inquirí.

Poe negó con la cabeza y soltó una pequeña risa.

—Depende. Cualquier cosa puede ser amor según el concepto que se tenga de él. ¿Y sabes qué es el amor para nosotros? Obsesión, fijación, manipulación y muerte. Así ama Archie a Tatiana, y así te ama Damián a ti.

—El amor debería tener siempre el mismo concepto.

—Lo tiene cuando las personas creen que debe ser algo puro y bueno. Pero la verdad es que veces el amor es malo, tormentoso, y quizás por eso no deja de ser amor. Otras veces el amor es excelente, algo supuestamente hermoso, y eso no asegura que terminará bien. Es un sentimiento subjetivo, ¿sabes? Para un loco su obsesión parece amor. Cada quién lo ve como quiere y no significa que no sea real.

Estábamos bajando el primer escalón cuando tres espeluznantes campanadas resonaron en toda la mansión, en cada pasillo y de seguro que en cada habitación. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, y al apretar con más fuerza el tubo que sostenía, comprendí que eso había sido una alerta.

—Es la señal, La Cacería ha empezado —anunció Danna.

Elevó el borde de su vestido y extrajo un cuchillo del portaligas que formaba parte de su lencería negra.

—¿Puede haber trampas? —inquirió Tatiana, mirando hacia todos lados.

—No, esos malditos vendrán por nosotros de frente —expuso Poe. De nuevo volvía a estar serio, y su mirada parecía minuciosa, como la de un animal estudiando los alrededores—. Piensan que será fácil porque somos pocos, así que escuchen bien. Yo iré al frente porque puedo atacar más rápido si alguien se abalanza sobre nosotros. Tatiana —la señaló—: irás detrás de mí porque eres buena lanzando objetos y dando en puntos específicos del cuerpo, y porque si alguien me ataca es mejor que te mate a ti. Padme —me señaló—: irás en el centro porque te protegeremos mientras vas a buscar la máscara y la llave, y porque tú serás quien llegue hasta Damián en caso de que nosotros no podamos. Archie, cuidarás la espalda de Padme porque eres muy bueno a la hora de pelear cuerpo a cuerpo. Y Danna, irás al final. Sabes que eres capaz de

hacer prácticamente todo, así que confiaremos en ti para que te ocupes de la retaguardia. ¿Quedó claro? —Todos asentimos en acuerdo—. No se separen en ningún momento. Solas, las presas son más vulnerables. Tampoco se detengan; iremos matando y avanzando hasta llegar a la habitación y luego a las mazmorras. La idea es llevar a Padme sana y salva hasta allá. Después de eso... tendrá que apañárselas sola mientras nos ocupamos de los que queden. Somos expertos en esto, así que podemos salir con vida si actuamos correctamente.

Bajamos los escalones aplicando la formación que Poe había establecido, y nos detuvimos en el inicio de un pasillo que tenía a ambos lados dos corredores más: el de las puertas que dirigía a las habitaciones; y otro por el que había que pasar para poder llegar al piso de abajo.

Poe examinó el pasillo. Estaba completamente vacío, o, mejor dicho, sospechosamente vacío. Dio un paso adelante y tan rápido como lo hizo retrocedió de un salto porque una ráfaga de cuchillos salió disparada del techo hasta que golpearon el suelo de mármol produciendo un sonido agudo.

Todos quedamos atónitos. Eso había estado muy cerca.

—¡Sí pusieron trampas! —exclamó Tatiana.

Pero que hubiera trampas me preocupó menos; lo que realmente me inquietó fue el sonido de los cuchillos contra el suelo. Me pareció que no habían sido puestos ahí para asesinarnos de forma inmediata, sino por otra razón, y mi sospecha se confirmó cuando desde las diferentes puertas que había en el pasillo de las habitaciones, comenzaron a salir personas.

Estaba como para cagarse.

Salieron alrededor de ocho novenos, todos con distintas armas en las manos. Todos ansiosos de satisfacer su necesidad de sangre con el grupo de supuestos traidores. Lo que abundaban eran los cuchillos, pero un trío cargaba unos enormes machetes oxidados. La forma en la que nos observaron fue completamente amenazadora y espeluznante, como si todo fuera un juego muy macabro y entretenido de jugar.

Poe empuñó bien su bate. Él, encabezando a nuestro grupo, emitió una risa que se escuchó hasta el fondo del pasillo, tal y como si le hubieran contado un chiste muy bueno. Para nuestra entera sorpresa, una nueva campanada resonó, y cuando culminó, cuando ya no se escuchó más que el soplo de las respiraciones agitadas, el caos inició.

La tanda de asesinos al otro lado del pasillo avanzó rápidamente hacia nosotros, y lo que siguió después fue tan solo la exigencia de matar y no ser asesinados. Unos contra otros. Armas contra cuerpos. Bramidos contra quejidos.

Un tipo con un cuchillo se fue sobre Poe. El rubio, totalmente confiado en lo que hacía, se agachó, se irguió y le dio un fuerte batazo en la parte trasera de la

cabeza. El cuerpo cayó al suelo y formó un charco de sangre proveniente del interior del cráneo roto.

Justo después de eso, otro tipo arremetió contra Archie, pero él fue más veloz y le encajó el cuchillo en la nuca. Desde la parte trasera, Danna lanzó un cuarteto de trozos de vidrio que se incrustaron en la cara de una muchacha no mucho mayor que yo, logrando así salvar a Poe de recibir un cuchillazo en la espalda. El rubio no pudo detenerse aun cuando había estado al borde de la muerte, porque fue sorprendido por un gigante que blandía un machete. Fue entonces cuando Tatiana le clavó un cuchillo en la espalda y quedó guindando de él, tal y como si fuera una muñeca de trapo sobre un gigantesco oso de peluche que parecía incapaz de morir. El tipo la fijó como objetivo y Poe aprovechó tal oportunidad para cortarle el cuello.

Un chorro de sangre que no duró más de tres segundos le empapó la cara a Archie y las manos a Poe. Tatiana pudo incorporarse, pero todavía quedaban tres tipos más.

Repentinamente, sentí un golpe en la espalda. Perdí el equilibrio y caí al suelo. Traté de levantarme rápidamente y de comprender qué había sucedido, pero un cuerpo se me atravesó en frente. Era Poe que, con mucha agilidad, pudo detener el inminente machetazo que habría podido partirme en un instante. El rubio empujó al tipo, pero aquel le propinó un puñetazo. La blanca tez de Poe se enrojeció y un fino hilo de sangre le brotó de la comisura derecha del labio. Se la lamió, y seguidamente fue contra el desquiciado espécimen con todo lo que tenía. Le dio en la espalda con el bate, y las púas del alambre se incrustaron en la piel.

Se escuchó un grito masculino. El agresor se inclinó hacia abajo y murió después de que Danna le ensartara el cuchillo en el ojo.

Unos brazos me ayudaron a levantarme.

Eran los de Tatiana.

—¡Sigamos! —ordenó Poe.

El pasillo que antes se había visto reluciente, se había convertido en la terrorífica escena de alguna película de horror. Corrí a toda velocidad hacia la puerta diamante, y entré en la habitación. Una mujer salió de sorpresa para encajarme un cuchillo, pero con mucha fuerza le pegué en el rostro con el tubo. Escuché el crujir de algo, y luego la vi caer para retorcerse. Me tiré al suelo, cogí la máscara y la llave que estaban bajo la cama y salí a donde los demás me estaban esperando.

—Listo, ¡vamos, vamos! —avisé.

Dejamos los cuerpos atrás y corrimos por el pasillo contrario que nos llevaría a las escaleras, pero de improvisto apareció un demente sosteniendo una vara

eléctrica. Nos tomó tan de sorpresa que Tatiana chilló por el susto, y el sonido de la electricidad fue mucho más amenazante que la expresión de desequilibrio del asesino.

Archie intentó encargarse de él, pero justo cuando logró cortarle el cuello, su brazo hizo contacto con la vara eléctrica. El cuerpo del agresor cayó al suelo y Archie se estremeció por el voltaje.

Tatiana acudió y lo sostuvo, porque pareció perder todo poder de equilibrio.

Bajamos las escaleras sin inconveniente alguno y nos encontramos en el piso que estaba justo por encima del principal. De nuevo un par de pasillos a ambos lados: izquierda y derecha; pero al menos estábamos más cerca. Danna se apresuró a evaluar el perímetro entero, por si también había trampas. Luego nos indicó que podíamos seguir, pero habríamos tenido demasiada suerte si hubiéramos podido hacerlo tan fácil.

De una puerta al fondo del pasillo contrario, salió una horda de asesinos. Había uno con un hacha y para empeorar el asunto de entre ellos se abrió paso un tipo enorme con una motosierra que producía un sonido agudo y atemorizante. El mismo que había visto en la práctica desmembrar a una presa.

Entonces las luces se apagaron.

Todo quedó a oscuras, completamente a oscuras. Abrí los ojos tanto como pude y la densa negrura que nos rodeaba, sumada al incesante sonido de la motosierra lista para ser usada, me puso a temblar. Tomé con las dos manos el tubo que había estado sosteniendo y me puse en posición de defensa.

No pretendía dejar que me mataran, no así. Pensé que tendríamos que luchar, pero el plan era otro porque un segundo después escuché a Poe decir:

—¡Corran!

Y eso fue lo que hicimos. Corrimos por el pasillo porque lanzarnos directamente a donde estaban todos los asesinos, o incluso esperar a que se acercaran habría sido una idea terrible. La oscuridad no nos favoreció, aunque seguí derecho, siempre derecho. Poco después la luz que provenía del abovedado recibidor de la mansión, nos permitió observar nuestros pasos. Llegamos hasta donde se alcanzaba a ver el piso principal y las enormes escaleras, y al voltear avistamos a la manada de sádicos corriendo en nuestra dirección.

Eran muchos y nosotros tan pocos.

De forma repentina, Danna elevó su otra pierna, el borde del vestido se le deslizó y una pistola semiautomática se vio atrapada entre el portaligas. Joder, ¿qué tanto podía guardarse en la lencería?

Empuñó el arma y comenzó a disparar de forma precisa. Sus disparos atravesaron la frente de unos pocos, pero todavía quedaban más.

—¿Tenías un arma?! —soltó Poe, entre asombrado y agitado.

—Sabes que no soy fanática de ellas porque acaban con todo demasiado rápido, pero en casos de emergencia... —confesó la mujer. Uno de los tipos llegó muy cerca y Poe le reventó la cabeza de un batazo. Se le cayó un hacha y aproveché para recogerla—. No podemos dejar que bajen. Poe, sigue con ella, nosotros nos encargaremos.

—¡No! ¡No nos vamos a separar, sería peor! —exclamé.

—La idea de Danna es buena, solo deben bajar y entrar a las mazmorras, no habrá asesinos ahí —habló Archie—. Nosotros nos ocuparemos de estos

—¡Llévatela, Poe! —ordenó Danna. Soltó un último disparo y la pistola quedó sin munición. La dejó caer—. ¡Busquen a Damián! ¡Nos encontraremos en el garaje!

El rubio me tomó por el brazo y tiró de mí en dirección a las escaleras. Por un momento no quise, pero después comprendí que era lo que debíamos hacer. Volteé para ver a los asesinos que habían quedado después de los balazos de Danna y encontré aun en pie al de la motosierra.

Ese sería el mayor desafío para ellos.

Bajamos a paso rápido, aunque el hacha y el tubo pesaban en mis manos. El recibidor y la sala de estar estaban vacíos. Tomamos el camino de la izquierda, justo por donde había ido al intentar encontrar a Alicia, y muy hasta el fondo podía verse la puerta de rejilla que conducía a las mazmorras. Aprovechamos que no había nadie cerca y corrimos, pero justo antes de llegar, justo antes de poder decir que habíamos logrado aunque fuera la mitad de todo, una puerta se abrió y un tipo con un largo alambre en las manos tomó a Poe de espaldas.

Le rodeó el cuello con el alambre, apretando con fuerza. Poe soltó el bate y se llevó las manos al cuello, y tan rápido como había salido, el desconocido entró a la habitación arrastrando al rubio que con desespero forcejaba.

La puerta se cerró.

Me apresuré a tratar de abrirla, pero estaba completamente cerrada. En un casi inútil intento por hacer algo, golpeé la cerradura con el tubo, pero ni siquiera se rompió. Probé con el hacha que tenía en la otra mano, pero mi fuerza era nula.

Los dedos me temblaron.

Dejé a un lado las armas y también le di a la puerta con mis puños; grité y lo llamé, pero no salió ni se escuchó nada más. Me recargué en la pared y exhalé. Poe no podía estar muerto, no así. Por un instante flaqueé, pero recordé sus palabras. Debía seguir, aunque los demás no pudieran, porque Damián y Alicia aún esperaban.

Tomé aire, cogí el hacha y abrí la puerta de rejilla. Por un momento me quedé en el inicio de las escaleras que descendían a lo más profundo de la mansión, y

me limpié el sudor de la frente con la manga de mi suéter. De repente hacía mucho calor, ¿o era yo que por los nervios lo imaginaba?

Comencé a bajar sosteniendo con firmeza el hacha. Debía ser valiente por primera vez, demostrarme a mí misma que el miedo, aunque lo sintiera, no podía dominarme. Ya no. Ya no más.

Llegué al final y me encontré ante la verja. La abrí con la llave y me puse la máscara antigás. Luego eché un vistazo al interior para monitorear los alrededores y no vi a nadie. Además, los lamentos que antes se habían escuchado con más fuerza, ahora se habían convertido en inquietantes susurros.

Me adentré en la mazmorra. Parecía una antigua cárcel con paredes de piedra y calabozos de barrotes oxidados, y tenía muchos pasajes que se conectaban entre sí. Recordé entonces que Danna había dicho que tenían a Damián en las celdas del fondo, pero, ¿cuál era exactamente el fondo de aquel lugar?

A paso apresurado comencé a buscar por los pasillos tanto a Damián como a Alicia. Me encontré con muchas personas en las celdas, personas tendidas en el suelo, recostadas en la pared o simplemente sentadas, pero todas bajo los efectos del gas. Sus ojos se abrían y cerraban con lentitud; sus palabras salían como balbuceos y sus lamentos como si de almas en pena se tratase.

Crucé en un pasillo, luego en otro y otro y sentí como si toda esa mansión estuviera hecha de pasajes tediosos e interminables. Poco después, aun sin encontrar a Damián, comencé a sentirme cansada. Temí que el gas estuviera haciendo algún efecto aun con la máscara y me apresuré.

Con el hacha hice marcas en las paredes para saber por dónde había pasado ya, y para poder regresar a la entrada con facilidad si era que empezaba a perder la noción del tiempo.

Después de que no encontré a Alicia por ningún lado comencé a verlo difícil, y consideré que quizás Danna podía haberse equivocado. ¿Y si no tenían a Damián ahí? O peor aún, ¿y si ya lo habían sacado para matarlo?

Mi cuerpo se tensó cuando visualicé una única celda al final de un pasillo. Corrí hacia ella con toda esperanza y cuando me detuve frente a los barrotes que impedían el paso, lo vi.

Era él.

Estaba sentado contra la pared del fondo, encadenado de manos y con una mordaza en el rostro como si de un animal se tratara. Además, tenía la cabeza inclinada hacia adelante y los ojos cerrados. El cabello le caía desordenado y empapado en sudor sobre la frente.

—¿Damián? ¡Damián! —solté, pero no reaccionó.

Mi corazón palpó con fuerza. Me alejé de los barrotes, dejé el tubo y le di hachazos a la cerradura. Muchos hachazos. Hachazos con fuerza e ira hasta que cedió y no me quedó más que patear la puerta varias veces para que se abriera. Solté el hacha y corrí hacia él. Me arrodillé, le quité la mordaza y sostuve su rostro. Estaba totalmente débil y somnoliento, mucho más que yo.

—Despierta, Damián, vamos, te sacaré de aquí, ya estoy aquí —pronuncié con insistencia—. No iba a dejarte, ¿cómo creíste que me iría así? Eres un imbécil, ¿lo sabías? Pero eres mi imbécil, así que saldremos de este lugar. Y luego, cuando estemos bien lejos, te daré el puñetazo que te mereces por hacer un plan a escondidas, ¿de acuerdo?

Abrió los ojos lentamente como rendijas y su mirada desorbitada me buscó, luego no pudo más y volvió a cerrarlos. En ese estado no podía hacer nada por su propia cuenta, así que dependía de mí: de una Padme que comenzaba a sentirse cansada, que sentía las manos como gelatina.

Fui a coger el hacha de nuevo y se sintió muy pesada, pero con esfuerzo la alcé y con mucho más esfuerzo di un hachazo a una de las cadenas. Luego di otro, y otro más. Y se partió. Luego procedí con la segunda cadena que rodeaba su mano. Requerí de más energía, pero lo hice, finalmente logré liberarlo.

Su cuerpo se deslizó hacia un lado y cayó al suelo. Me incliné para ayudarlo, pero abrió un poco los ojos y lentamente elevó el brazo. Su dedo índice señaló algo. Me di vuelta y tan pronto como lo hice, tuve que lanzarme hacia la derecha. Un tipo protegido por una máscara antigás arremetió contra mí con un hacha más grande que la que yo tenía. Me levanté rápidamente del suelo y lo primero que pensé fue en que asesinaría a Damián, pero no, no era así. Iba contra mí.

El asesino alzó el hacha y antes de que me partiera la cabeza, lo esquivé. Golpeé contra la pared y sentí que se me removían hasta los órganos. Parpadeé con fuerza y de alguna manera esquivé otro hachazo. Aun sin ganas de rendirme me lancé hacia adelante y caí de rodillas al suelo. Intenté ponerme de pie y las piernas me temblaron, así que gateé lo más rápido que pude. Extendí el brazo y cogí el hacha justo para darme vuelta y detener un golpe con él.

Impulsé el hacha hacia adelante y rodé hacia un lado. El asesino me alcanzó, me dio una bofetada y con éxito se colocó a horcajadas sobre mí. Por un instante se pareció a Benjamin; por un instante estaba en el bosque de Asfil y no en la mazmorra de la mansión; por un momento él no quería asesinarme, sino dañarme de otras formas.

Sus manos rodearon mi cuello con fuerza, tanta que comenzó a quitarme el aire. Clavé las uñas en sus nudillos, pero aun así no me soltó. Pensé en que iba a matarme porque mi cuerpo estaba débil, pero después recordé que tenía la

daga en el pantalón. Con esfuerzo logré sacarla, reuní fuerzas que no supe de donde salieron y se la hundí en el pecho.

Le clavé la daga hasta el fondo.

Sus dedos aflojaron y aproveché para empujarlo. Cayó al suelo boca arriba. Entonces me fui contra él y de nuevo lo acuchillé en el pecho. Una, dos, tres y cuatro veces, con fuerza, con rabia, como si fueran dos personas: Benjamin y también un repugnante desconocido bajo las ordenes de Aspen.

Mis manos se mancharon de sangre, de muerte y eso no me importó.

Me puse de pie cuando el cuerpo quedó tieso con el pecho deformado. Ya estaba muerto. Yo lo había matado. Había hecho lo mismo que hacía Damián, que hacía Poe, lo mismo que quería hacer Eris.

Me guardé la daga de nuevo en el pantalón, le quité la máscara al cadáver y volví a donde estaba Damián. Le cubrí el rostro para que no inhalara más gas, lo levanté del suelo incluso cuando mi propio cuerpo se sentía lánguido, y pasé uno de sus brazos por mi cuello.

Abrió los ojos y movió la cabeza.

—Damián, por favor, ayúdame. Trata de caminar para que salgamos de aquí, ¿puedes? ¿puedes intentarlo? —le supliqué.

Aunque dudé que entendiera lo que había querido decirle, sorprendentemente, lo intentó. Su cuerpo pareció menos pesado, porque él mismo trató de andar. Sin embargo, no lo solté y así avanzamos rumbo a la salida.

Nos costó demasiado, pero nos apoyamos el uno del otro, y mientras más nos acercábamos a la reja de entrada, más sentía que mi cuerpo iba cediendo ante esa sensación extraña que el gas producía, como de sueño mezclado con una inmensa debilidad que parecía poco a poco adormecer los músculos. Pero luché contra eso y supe que él también, así que no nos detuvimos hasta llegar a la verja. Subimos las escaleras y cuando salimos al lujoso pasillo de la mansión, nos desplomamos en el suelo.

Lo último que vi fue una sonrisa amplia y maliciosa en un rostro manchado de sangre, y unos cabellos pálidos y despeinados.

Luego todo se volvió oscuridad.

Algo olía como...

Olía como a... ¿alcohol?

Abrí los ojos y ante mí todo estaba borroso, además, sentía el cuerpo algo débil y pesado, como si hubiera dormido durante muchísimas horas. Cerré los ojos, los abrí y contemplé un rostro frente a mí. Me esforcé por distinguirlo, así que parpadeé con fuerza hasta que poco a poco la sonrisa de la persona que tenía en frente, se aclaró.

Su pálido rostro estaba manchado de sangre.

—Poe —pronuncié.

Él se inclinó y me ayudó a levantarme.

—Soy duro de matar, pastelito —dijo mientras me sostenía.

Miré a ambos lados y luego hacia el suelo en donde estaba tendido Damián. Poe se agachó y le pasó un pañuelo húmedo y repleto de alcohol muy cerca de la nariz. Tardó al menos un par de minutos en reaccionar. Se movió lenta y pesadamente y se dio vuelta como pudo hasta que quedó boca arriba y pudo ver el mundo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

Tosió y frunció el ceño. Tenía un moretón en la comisura derecha del labio y otro en el pómulo.

—Padme... —pronunció con cierta dificultad—. Haces preguntas estúpidas. Me siento fatal.

—Bueno, al menos no deja de ser él —murmuré.

Poe lo ayudó a levantarse y no tardó en poder mantenerse en pie. Esperamos a que se equilibrara completamente y le explicamos todo lo que había sucedido, incluyendo la traición de Tatiana y la ayuda de Danna.

—Tenían que haberse ido —comentó con disgusto.

—Bueno, ahora nos vamos todos, así que muévanse que seguro ya están esperando por nosotros en el garaje —dijo Poe.

Le di mi hacha a Damián y entonces nos encaminamos a la cocina, porque por ahí se iba directo al garaje. Cuando llegamos y Poe intentó abrir la puerta, descubrió que estaba cerrada. El sonido del cerrojo fue como una aclaración de que la huida no sería fácil, así que me pregunté si Tatiana, Archie y Danna habrían podido salir.

—¿Y la entrada principal? —pregunté, dudosa.

—Es posible que nos estén esperando ahí —contestó Poe, mirando hacia todos lados.

—Pues les damos con todo —propuse, levantando el tubo que había podido recuperar en el pasillo.

Ambos se me quedaron viendo. Poe con la burla reflejada en su rostro, me pasó por al lado y palmeó mi hombro.

—Ya sé por qué no naciste el nueve del nueve, pastelito —susurró con un toque de burla—. Te quedan terribles las frases.

Salimos de la cocina muy atentos a cualquier movimiento extraño. Damián ya estaba en todos sus sentidos, seguía un poco lento, tenía un aspecto terrible, pero bastaba que pudiera mantenerse en pie, así que vi las posibilidades de huir mucho más grandes. Sin embargo, cargaba otra preocupación encima: Eris y Alicia. Por un lado, ya estaba comenzando a pensar que Alicia no había sido

raptada porque no la había encontrado en ningún lugar de la mansión; y por otra parte tenía la esperanza de que Eris se hubiera librado de Aspen y también nos estuviera esperando en el garaje.

Mi pequeña esperanza murió cuando escuché su voz en el recibidor de la mansión. Me di vuelta rápidamente y la vi de pie al tope de las escaleras aún con su vestido rojo. Era ella, Eris, mi mejor amiga, pero al mismo tiempo no. Media vida de amistad me bastaba para entender que algo había cambiado, algo importante.

Di algunos pasos hacia adelante y sus ojos se encontraron con los míos.

—¡Eris! ¡Sabía que les ibas a patear el culo! —exclamó Poe con suma alegría—. ¡Rápido, baja, nos largamos ya de todo este lio!

Pero ella no dijo nada. Se mantuvo ahí, mirándonos.

—Eris —pronuncié, temiendo que todas mis sospechas fueran ciertas—. Baja.

—No —respondió en seco—. No, Padme, me quedaré aquí.

—¿Pero te volviste loca, mujer?! —bramó Poe, exageradamente desconcertado—. ¡Tenemos todo un futuro! —Soltó una risa divertida—. Ya, baja, bonita la broma, pero me gustan las relaciones serias.

—Hablo en serio —aclaró ella. Dejó de mirar a Poe y me observó a mí—. Sí es mi padre, Padme, era todo cierto. Me mostró pruebas y... no te mentaré. Siempre he sido así, siempre he sentido estas ganas de matar. Este es mi mundo, aquí debo estar.

—Bueno, es el mundo de todos nosotros, pero no por eso nos quedamos en esta mansión a que nos mutilen —comentó Damián como si sus palabras fueran muy absurdas.

—No me harán nada —dijo ella, alzando el rostro—. Yo puedo dar las ordenes.

—¡No! —solté con fuerza, negada a aceptar lo que estaba diciendo—. ¡No te vas a quedar aquí! ¡Todo esto es mentira, Eris, es una maldita trampa!

Ella negó con la cabeza. Sentí algo en el cuerpo, algo muy intenso, como una fuerza desconocida que me exigía no permitir aquello que Eris decía. No podía dejarla. No quería, así que avancé vertiginosamente con intención de subir las escaleras y traerla a rastras, pero entonces dos figuras salieron del pasillo derecho y me detuve en seco.

Aspen, el padre de Eris, el líder de aquel sádico mundo, sostenía a Alicia por el cabello. A mí Alicia. A mí amiga. Y estaba hecha un desastre. Tenía la cara sucia, el cabello rubio despeinado e incluso cortado de forma dispareja, los ojos enrojecidos por el llanto, la ropa rota, las manos atadas y la boca amordazada. El tipo la empujó y la obligó a arrodillarse junto a Eris.

—Alicia... —hablé, sorprendida, anonadada, completamente estupefacta—. ¿Qué le hace? ¿Qué le hicieron? ¡¡¡Eris, haz algo!!!

Aspen sonrió ampliamente y el rostro se le iluminó de malicia. Giró la cabeza y observó a su hija con complicidad. Subí un escalón y no pude llegar al otro porque el tipo sacó una pistola de la parte trasera de su pantalón. Le apuntó directamente en la cabeza a Alicia y un segundo después le disparó.

Le disparó realmente. El sonido del impacto fue estruendoso, doloroso a mis odios y en cámara lenta ante mis ojos. Las piernas me flaquearon, pero evité caerme de rodillas. Los ojos se me inundaron de lágrimas cuando observé cómo su cabeza estallaba, cómo su cuerpo caía inerte en el suelo; cómo la sangre formaba un charco espeso y brillante que se deslizaba lentamente hacia el borde de la escalera.

—Tanto planear para llegar a esto, qué lástima —habló Aspen con un toque de diversión en la voz—. Era una buena muchacha, un poco fácil, pero buena y también muy innecesaria.

Contemplé a Eris, pero ella estaba estática con la mirada fija en el vacío. Su expresión era seria, pero al mismo tiempo ausente. Supe entonces que era tan cierto que ella pertenecía a ese mundo, a ese en donde no había remordimiento ni empatía, porque tenía justo a sus pies el cadáver de la persona que conocíamos desde la infancia y no expresaba dolor alguno.

—La Cacería de hoy estuvo interesante, la de mañana será mejor, pero qué lástima que no estarán para presenciarla —expuso Aspen, pensativo—. Aunque si sobrevivieron no sería mala idea darles una segunda oportunidad para morir. Podría lanzarlos mañana. ¿Qué dices, Eris?

Eris no respondió, pero en mi cuerpo se activó una corriente de rabia y dolor que no sabía cómo iba a descargar.

—¿Vas a dejar que nos maten? —le pregunté con fuerza, con furia, tensando cada parte de mi cuerpo—. ¡¿Vas a dejar que nos maten?! ¿Qué fue lo que te dijo para convencerte? ¡Habla!

—No, ella no dejará que los maten —aclaró Hanson, negando con la cabeza, y le extendió la pistola a Eris—. Ella los matará a ustedes.

Subí otro escalón y el tipo extendió la mano para negar con el dedo índice, indicándome que no me moviera más. Le insistió con la pistola a Eris y ella la tomó. En ese instante todo en mí se derrumbó. Todo se destruyó. Comprendí que la amistad que teníamos estaba rota, que aquella no era mi amiga y que no volvería a serlo jamás.

Volví a ver el cuerpo de Alicia y la furia acrecentó. Entonces, las lágrimas que brotaban de mis ojos pasaron a ser de ira.

—Maldita asesina —le dije, mirándola fijamente a los ojos, pronunciando cada palabra con detenimiento—. Eres una repulsiva y maldita asesina.

—Y tú una maldita presa —soltó Eris sin un ápice de culpa.

Elevó el brazo y me apuntó. Me mantuve firme, quieta, porque si iba a morir lo haría con la cabeza en alto. Pero entonces un cuchillo pasó a toda velocidad junto a mí, dio vueltas en el aire y aterrizó a la perfección en el hombro de la pelirroja, penetrando la carne. Aquello bastó para que soltara la pistola.

No me quedé a ver su reacción. Damián había lanzado el cuchillo y ahora me gritaba que corriera. Y eso hice, a toda velocidad bajé los escalones mientras escuchaba los gritos de Aspen quién se había agachado para ver en qué estado se encontraba su hija.

Damián abrió la puerta de la entrada y la atravesamos, pero justo antes de dejar la mansión, Poe se detuvo debajo del marco y gritó:

—¡Me dueles, Eris, me dueles!

Y salimos sin detenernos. La noche estaba nublada y fría y no había ni una pequeña estrella en el cielo. A toda prisa bordeamos la casa y corrimos por el lateral derecho pisando pasto y flores. Vimos una pequeña estructura adosada a la mansión y unas enormes puertas de garaje abiertas que parecía la salida a aquel infierno. Cuando las atravesamos, junto al auto de Poe estaban los demás: Archie, Tatiana y Danna. Sus caras de susto cambiaron totalmente al vernos.

Danna abrió la puerta del auto.

—¡Rápido, suban!

Justo cuando íbamos a hacerlo, la puerta de la cocina que daba al garaje se abrió y al menos ocho tipos salieron armados y listos para atacarnos. Uno de ellos fue más rápido y audaz y les disparó a las llantas del auto, dejándonos sin un método de escape.

Tuvimos que agacharnos de repente porque otro de ellos comenzó a disparar sin compasión. En cuclillas avanzamos hasta ocultarnos en el frente del auto y todo pareció una interminable pesadilla. Los disparos se escuchaban torpes y fallidos contra cada cosa: contra el vehículo, contra el vidrio y contra el suelo. Entonces Tatiana se enderezó un momento y lanzó una ráfaga de trozos de vidrio que le dieron en la cara a uno de los tipos. El asesino agitó las manos y cayó de rodillas gritando de dolor.

Mi corazón latió rapidísimo.

No íbamos a salir de esa.

O sí, porque de repente escuchamos el chirrido de unas llantas. Miré hacia atrás y vi las luces de un auto acercarse. El vehículo de color azul metálico se detuvo cerca de nosotros y vimos que quien iba al volante era nada más ni nada menos que Nicolas.

—¡Súbanse! —nos gritó.

—¡Háganlo! —aclaró Danna—. ¡Es confiable!

Y no íbamos a negarnos si lo era. Todos nos apresuramos a subirnos. Danna fue adelante y los demás atrás. Poe subió primero, yo después, luego Damián, seguidamente Archie y cuando Tatiana iba a subirse, escuchamos una oleada de disparos. Logró caer adentro, ilesa, pero aún con la puerta abierta, Nicolas arrancó y las llantas chirriaron.

Pisó el acelerador y no se fue por la salida principal porque la reja estaba cerrada. Giró por encima del pasto y condujo hacia la parte trasera de la mansión, por allá por donde se extendían kilómetros de terrenos. El vehículo saltó debido a las protuberancias del suelo y nos sacudimos cuando el auto bajó por una pendiente muy corta.

Al mirar por la ventana me di cuenta de que habíamos tomado una carretera. Después de eso, el camino fue liso.

Nicolas no detuvo el auto en ningún momento. Aún era de noche y quedaban kilómetros de camino al frente. Estábamos agitados, nerviosos, mi corazón latía a mil, me sudaba la frente y parecía poco creíble que había visto morir a Alicia y que acababa de dejar a Eris en esa mansión

—¿Están todos bien? —nos preguntó Nicolas.

—Sí —me limité a decir—. ¿Ahora qué va a pasar? ¿Nos buscarán?

—No lo sé. Aspen ya obtuvo lo que quería, ¿no? Me parece que perseguirlos no está entre sus prioridades —contestó Nicolas, mirándonos a todos por el retrovisor.

—Pero no por eso ha pasado el peligro—intervino Danna. Su pecho subía y bajaba con agite—. Por ahora deberían ocultarse. No pueden regresar a Asfil. Son unos traidores ante los ojos de toda la cabaña.

—¿En dónde nos vamos a ocultar? Mis padres... Los padres de Eris... ¡Los padres de Alicia! —dije, temblando, tratando de procesarlo todo—. No puedo creerlo...

—¿Tienes algún lugar reservado en las afueras? —le preguntó Damián a Danna.

—Sí, pero hay personas de la cabaña alojadas ahí. No es seguro.

—Yo puedo ayudarles —se ofreció Nicolas—. Tengo... bueno, supongo que ya guardar el secreto no sirve de nada. Tengo un par de propiedades a mi nombre que sirven de refugio para personas implicadas en el mundo del noveno mes que no pertenecen a él.

—¿Escondes gente como Padme? —inquirió Poe, ligeramente sorprendido—. Pero si tú provienes de padres par.

—¿Padres par? —pregunté, confundida.

—Sí, ambos nacidos en el noveno mes —aclaró Poe.

—Son par, pero no por eso son como todos. Mis padres crearon estos refugios para mi hermano que nació siendo normal, pero que sabía de nuestro mundo.

Lamentablemente, alguien que descubrió en donde estaba, lo asesinó. Luego ellos decidieron ayudar a más personas para que no les pasara lo mismo — explicó Nicolas con cierto pesar—. Supongo que te sensibilizas cuando hay cariño de por medio.

—Entonces, ¿nos podemos quedar en una de esas? —habló Damián.

—Sí, se pueden quedar ahí el tiempo que necesiten. Los llevaré.

—Nicolas —habló Archie de repente—. A Tatiana y a mí puedes dejarnos en la ciudad más cercana.

—¿Qué? —soltó ella. Parecía muy pequeña ahí sentada, casi asustada.

—Lo que oíste —asintió Archie, bastante seco—. Tú no irás a ese refugio. Saldarás las cuentas que tienes pendientes.

—¿Vas a matarme?! —expresó ella, casi histérica por el miedo.

—Eso sería tenerte piedad, y no te la mereces —murmuró Archie.

Nicolas asintió por el retrovisor. Así que él no era el villano. Exhalé, tan ofuscada que no sabía qué asimilar primero. Esos que nos habían perjudicado siempre estuvieron ahí y no lo vimos. Por eso ahora íbamos en aquel auto, cubiertos de sangre, preguntándonos cuál había sido el fallo, quizás pensando en la traición de las personas que queríamos y en que el camino que quedaba por delante era tan incierto que resultaba escalofriante.

Me acurruqué sobre el hombro de Damián y después de un rato me dejé vencer por el cansancio.

Capítulo 19: Damián siempre obtuvo lo que quiso

Soñé con un montón de sangre; personas desmembradas; personas acuchillando a otras; yo asesinando a alguien; balas que iban de un lado a otro y con la cabeza de una muchacha rubia hecha pedazos por un disparo.

Abrí los ojos y sentí que el auto se detenía. Vi a Damián en el otro extremo del asiento sin expresión alguna, y a Poe medio llevado por el sueño. Ni Tatiana, ni Archie ni Danna estaban ahí, y supuse que se habían quedado en algún lugar.

No sabía exactamente qué iba a hacer Archie con ella. Me imaginé cosas horribles, y aunque por traición las merecía, sus palabras asegurando que lo había hecho por amor, me hicieron recordar a mí misma. Si bien yo no habría hecho lo mismo que ella, quizás por Damián estaba dispuesta a arriesgarme.

—Llegamos —anunció Nicolas.

A través de la ventana vi cómo el cielo de la madrugada iluminaba una gran estructura. No era tan enorme como la mansión Hanson, pero aquella era una casa de clase alta. Estaba rodeada por unos enormes muros de hierba y parecía más de un estilo victoriano.

Nos bajamos y, con la ropa llena de sangre seca, seguimos a Nicolas. Subimos las escalinatas y esperamos en el porche a que él encontrara la llave correcta en un pequeño manojito. No tardó en hallarla. Abrió la puerta y lo primero que percibí fue un aroma delicioso, como de tocino recién hecho.

Avanzamos hacia el recibidor y por un pasillo que estaba conectado a lo que parecía ser la cocina, se asomó una muchacha. Miró a Nicolas y esbozó una sonrisa de entera felicidad, entonces corrió y se le lanzó encima y lo abrazó.

—¡Nicky! —exclamó, como si no pudiera creer que lo veía—. ¡Viniste! ¡Viniste!

—¿Cómo estás, Anie? —le dijo él, devolviéndole la sonrisa.

—¡Muy feliz ahora! —exclamó ella, apretujándolo.

—Mira, traje algunos amigos —dijo Nicolas después de que lo soltara.

Ella asintió y se nos quedó viendo, y ni siquiera se asombró por la cantidad de sangre que había en nuestros rostros y ropas.

—¿Se quedarán? —preguntó ella—. Estoy haciendo unos panqueques con tocino. Sé que todavía falta mucho para el desayuno, pero a esta hora me da más hambre que nunca.

Era, en realidad, la persona más tierna que había visto. Tenía un rostro muy delicado; una melena castaña llena de rizos incontrolables; ojos grandes de color avellana y no parecía medir más de un metro sesenta. Me pregunté si era algún familiar suyo, aunque no había ningún parecido.

—Sí. Ellos son Damián, Padme y Poe, y se quedarán aquí —dijo Nicolas, mirando a los muchachos—, con la condición de no lastimar ni matar a ninguna de las personas que habitan en esta casa.

Poe resopló.

—Cuantas limitaciones —expresó, falsamente ofendido—, pero está bien, sé controlarme.

—No tengo problema con ello —aceptó Damián.

—Perfecto, entonces creo que necesitan darse un baño, se ven algo sucios —comentó Anie, mirándonos la ropa—. Veo que no traen equipaje, pero no se preocupen que aquí hay mucha ropa que los de paso han dejado. Vengan.

Ellos la siguieron, e iba a hacerlo yo también, pero antes me volví hacia Nicolas.

—Gracias, en serio, muchas gracias —le dije, ofreciéndole una pequeña sonrisa que era lo único que podía esbozar.

—Báñate y luego baja a comer algo —fue lo que me dijo—. Tenemos que hablar. Seguimos a Anie a través de un corredor y luego por unas escaleras.

—¿Y cuántos años tienes? —le preguntó Poe, curioso.

—Los suficientes como para que no te atrevas ni a tocarla —gritó Nicolas desde abajo—. Eso va dentro de las condiciones también.

Poe negó con la cabeza lentamente y formó una fina línea con sus labios.

—Uno ya no puede intentar entablar una amistad porque creen que va con malas intenciones —resopló el rubio, reprimiendo una de sus risas.

La chica nos condujo por un ancho pasillo que tenía habitaciones y muchos cuadros de paisajes colgando de las paredes. La casa por dentro era muy hermosa y poseía un aire acogedor, como si fuera un verdadero hogar.

Anie se detuvo frente a una de las puertas.

—Ustedes dos —indicó señalando a Poe y a Damián— se pueden quedar aquí. No hay muchas habitaciones disponibles, pero supongo que no les molestará compartir.

—No creas, desde que Damián rechazó mi propuesta de un ménage à trois, supe que era un tipo egoísta —soltó Poe con diversión, guiñando el ojo.

Ambos entraron en la habitación y luego solo quedamos Anie y yo. Avanzamos unas puertas más y abrió una de ellas. Cuando entramos, se me hizo aún más agradable. La cama tenía una ventana encima del dosel que la cubría, y había un baño conectado a la habitación. Claramente, ahí no había muchos lujos, pero era todo tan bonito y al mismo tiempo tan sencillo que eso me reconfortaba.

—Aquí no hay ropa de mujer, pero si quieres entra a la ducha y te traeré lo más grande que tenga —dijo Anie, mirándome de arriba a abajo—. Eres más alta que yo, pero creo que podría servirte algo.

—Me conformaré con lo que sea —le aseguré en un tono amable.

—Bien, bien.

Ella se dirigió a la puerta, pero no se fue inmediatamente. Se dio vuelta sosteniendo el pomo y con los ojos entornados me dijo:

—Tú no eres del noveno mes, ¿verdad? Los otros sí.

Me pareció innecesario mentirle. De hecho, ya no quería mentirle a nadie. Me sentía realmente abatida.

—No, no lo soy.

—Lo sabía, tienes esa cara —expresó, como si fuera acertado en un juego de feria.

—¿Cuál cara? —inquirí.

—Esa, como de que la sangre que llevas encima te pesa mucho, como que no has despertado. A diferencia de tus amigos que parecían ni siquiera recordar qué aspecto tenían, como si se sintieran muy cómodos oliendo a muerte. —Hizo un gesto de indiferencia—. Bueno, Padme, ¿no? Como la de Star Wars, qué monada. Te dejo para que te relajes.

—De acuerdo, gracias Anie.

Desapareció y me dejó a solas con el silencio.

Ya en la privacidad de la habitación, lo primero que hice fue sacarme la ropa. Dejé la daga sobre la cama y saqué mi teléfono celular del bolsillo del pantalón. La pantalla estaba rota y se había puesto de un color negro.

Inmediatamente recordé a mis padres. No podía comunicarme con ellos, y lo más triste era que seguramente esperaban que para el lunes ya estuviera en casa, claro que, no lo haría, entonces ellos se preocuparían y días después llamarían a la policía porque no podía ni siquiera considerar regresar. Sin embargo, tenía muchas ganas de escucharlos, de explicarles todo, de sentir que aun así me apoyaban.

Lancé toda la ropa al suelo y pasé al baño. Era pequeño y no había bañera, pero la ducha sería suficiente. Me metí en ella, dejé que el agua fría cayera sobre mí y comencé a restregarme toda la sangre seca que tenía en el cuerpo mientras que, de forma inevitable, las lágrimas salían. Lloré ahí por la vida que había perdido. Lloré como si ese fuera el funeral de Alicia y al mismo tiempo el de Eris, y como si también fuera el mío. Pero luego, cuando sentí que la esponja no podía eliminar la suciedad de mis errores, dejé de hacerlo.

Tardé más de diez minutos. Cuando salí del baño envuelta en la toalla que había encontrado ahí, vi una pequeña pila de ropa doblada sobre la cama. Había un par de jeans y un par de camisas de tirantes. Me vestí rápidamente y bajé a comer algo porque se me había despertado el apetito.

En la cocina, que tenía un estilo muy clásico con baldosas marrones y utensilios decorados, encontré a Nicolas sentado en la isla mientras tomaba un vaso de jugo de naranja, y a Anie sirviendo varios trozos de tocino en tres platos.

Ella se giró para dejar la sartén a un lado y me vio.

—Te queda genial. ¿Viste, Nicky? Sabía que la ropa de Cami le serviría.

Nicolas asintió, de acuerdo con lo que Anie había dicho.

—Cami es mi prima, pero está de viaje —comentó él y me señaló uno de los asientos en la isla. Fui y me senté a su lado—. ¿Mejor? —me preguntó.

—Mejor —confesé.

Anie dejó un plato con tocino, pan tostado y huevos frente a mí. Me rugió el estómago y no tardé en comenzar a engullir.

—Los dejaré solos —comentó ella de repente y abandonó la cocina.

—Padme, ¿recuerdas cuando te hablé en la biblioteca? —inquirió Nicolas.

—Ajá... —contesté, tratando de no atragantarme.

Cogí el tocino con la mano y me lo metí a la boca sin importar que él estuviera ahí.

—Quería ofrecerte esto —confesó. Me le quedé viendo sin comprender nada—. Seguridad —aclaró.

—Ah... —emití, aunque no lo tenía del todo claro.

—Bueno, gracias, yo la verdad no pensé que...

—Padme, yo siempre quise ayudarte —me interrumpió, insistiéndome con la mirada—. Los mensajes, ¿los recuerdas? Era yo.

—¡Ah! —exclamé.

No pude tragar de inmediato. Otra cosa que me tomaba por sorpresa, así que me le quedé viendo con los ojos como platos. Él estaba bastante serio. De hecho, había un brillo de preocupación en su mirada. En ningún momento imaginé que podía ser él, sobre todo porque siempre creí que era la persona más peligrosa.

—Sé quién eres desde que me viste en el bosque. Intenté acercarme a ti para explicártelo, pero tú solo te echaste a correr y para cuando te encontré ya estabas con Damián —confesó.

Mastiqué lentamente, atónita. Tragué y fruncí el ceño.

—Pero, ¿por qué mensajes anónimos? Pudiste decírmelo. —De repente sentí que mis palabras sonaban a reproche—. Sabías que Aspen nos vigilaba, ¿por qué no me advertiste directamente?

—No, no entiendes. —Eché un vistazo hacia la entrada de la cocina. Se aseguró de que estaba sola y dijo—: Yo nunca me referí a Aspen.

Un ramalazo de temor acabó con mi apetito. ¿Había más? ¿De verdad aún había más?

—Entonces, ¿a quién?

—A Damián —respondió en un tono de voz muy bajo—. Yo los escuché cuando iban saliendo del bosque. Él te dijo que solo tenías dos opciones, pero no era así. Este no es el único refugio de presas que conocen el secreto de los novenos. Hay más. Hay personas que te protegen y Damián lo sabe. Lo sabe porque lo descubrió hace un par de años y luego pactamos un silencio. Él te dijo que no tenías más oportunidad, pero sí la hay. Siempre la hubo.

—No, eso es imposible —repliqué, negando con la cabeza.

—Es más que posible, es la verdad —insistió—. Y si no te lo dije directamente fue porque él siempre estuvo tras de ti. Siempre estuvo muy cerca, vigilándote.

—Estudió mi rostro y notó el desconcierto en él porque añadió—: ¿Es que tú no lo sabes?

—¿Qué tengo que saber? —inquirí, como si fuera absurda la conversación.

—Nunca estuviste atrapada por el mundo de los novenos, quien te atrapó en él fue Damián.

No pude moverme. Sentí que por el pasmo un parpado se me cerraba mientras que el otro no. Sentí que mi cuerpo era nada, que yo era nada.

—Él tuvo la oportunidad de alejarte de todo esto, pero no lo hizo —añadió. Después exhaló, hundió la mano en su bolsillo y sacó un teléfono celular. Lo reconocí—. Este es el teléfono de Damián. Se lo quité cuando se quedó dormido en el auto. Deberías ver la galería.

Tomé el celular con las manos temblorosas. Accedí a la galería de fotos y había un álbum entero llamado "Padme" que se desplegó con cientos de fotos más: yo entrando al instituto, yo saliendo, yo en el jardín de la casa, yo hablando con Eris y Alicia, yo en el parque, yo en el centro comercial, yo en Ginger Café...

El recuerdo explotó. Las hojas en su habitación, aquellos números eran... eran mis horarios. Las horas en las que solía visitar algún sitio. Eché un vistazo a las propiedades de las fotos. La primera era de tres meses atrás.

—Él dijo que no había más opción... —murmuré, porque eso era lo que desde un principio había entendido—. Era esto o morir.

—Muchas de las personas que ahora viven en esta casa pasaron por lo mismo que tú, y tanto ellos como sus familiares siguen con vida —comentó Nicolas.

Me sentí patética, tanto que no sabía qué decir.

—Antes, Damián y yo solíamos reunirnos —continuó él—. Luego tomamos caminos distintos, pero ya lo conocía lo suficiente para saber cuándo andaba en algo extraño. Es posible que él te haya vigilado durante meses...

—El día que entró a Ginger no fue casualidad —murmuré—. Él lo sabía. Fue su forma de atraerme. Esto es... enfermizo.

—No es muy raro —señaló Nicolas, tratando de sonar sensato—. Nuestra naturaleza es...

—¡Estoy cansada de que se escuden bajo la maldita naturaleza! —solté bruscamente.

Nos quedamos en silencio por un momento. La atmosfera era extraña, o así la sentía.

—Mi intención era ayudarte —suspiró él. A pesar de todo, sus ojos parecían transmitir algún intento de consuelo—. Desde lo de mi hermano, eso he hecho. Pero esta decisión ahora es tuya, yo solo estoy cumpliendo con lo que me propuse. —Buscó mi mirada hasta que la encontró—. Padme, Damián es peligroso, ¿de acuerdo? En este momento mucho más. No creo que pueda hacerte daño, no ahora, pero quizás si las cosas no salen como él quiere, podría empeorar. Su intención es tenerte a su lado y hará lo que sea para que siga siendo así.

Las palabras de Diana adquirieron sentido. Las cosas jamás fueron como yo creía por la simple razón de que Damián nunca fue la persona que demostró ser. Lo entendí todo. Comprendí su advertencia, su nerviosismo cuando él apreció, y de repente la lucidez me permitió darme cuenta de lo que había detrás de sus acciones. El haberme besado en la mansión, el haberme dicho que quería estar conmigo, el haber mencionado cosas de mi pasado que sabía muy bien porque realmente nunca había sido tan ajeno a mí...

—Piensa en todo esto, porque eres tú quien tiene que decidir, debes decidir —continuó Nicolas—. Si necesitas mi ayuda, la tendrás, pero no quiero enfrentarme a él considerando su estado. Solo creo que puedes alejarte de esta vida. Uno no siempre debe acoplarse al mundo del otro, a veces uno debe quedarse en el suyo propio.

—Tenías que habérmelo dicho antes... —murmuré.

—Lo habría hecho, pero tú creías que era yo el peligroso, ¿verdad? Él habría logrado convencerte de que sí. —Se levantó del banquillo—. Tengo que ocuparme de algunas cosas, pero volveré luego. Ten cuidado con lo que haces. Damián y Poe aparecieron justo después de que Nicolas se fuera y me dejara meditando sus palabras. No dije nada. Me guardé el teléfono de Damián en el pantalón y evité siquiera mirarlo a la cara.

Anie regresó dando saltitos, les ofreció la comida y después de que dejaron los platos vacíos, Poe anunció algo.

—Bueno, yo no me quedaré aquí —informó Poe después de tomar aire—. Me iré a Europa, tengo negocios allá y será por un tiempo, ya saben, para que se calmen las aguas. No estoy seguro de si regresaré a Asfil, porque entonces me harían picadillo, pero si no tengo absolutamente nada allá y no me quiero morir todavía porque, vamos, sería un desperdicio total, tengo que alejarme de este territorio.

—Pienso que es una buena decisión —le dijo Damián, palmeando su espalda. El rubio se alejó del asiento y se colocó junto a mí. Sonrió ampliamente y yo no pude devolverle el gesto. ¿Acaso él lo sabía? Era su mejor amigo. ¿Poe lo había estado ocultando todo también? De repente, ambos me parecían unos desconocidos, tan desconocidos como la misma Eris en la mansión.

—Mira, pastelito, la vida es bastante cruel, ¿no es así? Pero te diré algo muy importante: lo que nos pertenece, nos pertenece, y no hay nada que pueda hacer nadie más. Tienes una valentía muy grande y eso es admirable —dijo.

Damián no comentó absolutamente nada y yo me limité a asentir.

Poe se despidió de nosotros después de eso, incluso me regaló un abrazo en el que casi me aprieta una nalga, pero fui más rápida y le di un manotón. Aseguré que estaríamos en contacto, que enviaría mensajes constantemente, y le creí, porque no era de las personas que se hacían olvidar. Por lo menos yo en lo que me restaba de vida, volviera o no volviera a ver al extrovertido Poe, jamás lo llegaría a olvidar.

Después de que Poe se fuera, Damián dijo que necesitaba descansar. Salió de la cocina yo me quedé allí, postrada entre el silencio, sin saber qué hacer a partir de ese momento.

Volví a sacar el teléfono celular y lo revisé enteramente. Había fotos más, videos de mi caminando, comentarios sobre lo que hacía guardados en el bloc de notas, y me pareció tan enfermizo y tan repugnante que solo pude apretar el aparato con fuerza y contener toda la furia y la decepción que estaba experimentando.

Todas las personas en las que había confiado, me habían traicionado.

Incluso yo me había traicionado a mí misma.

Y no tenía salida, porque aunque aceptara la ayuda de Nicolas, jamás olvidaría la traición de Eris y las mentiras de Damián. No volvería a cerrar los ojos sin escuchar los lamentos de las personas en la mazmorra o sin recordar cómo había estallado la cabeza de Alicia. Y menos dejaría de repetirme a mí misma que en parte toda esa mierda era mi culpa por no querer ver otra posibilidad más que la de quedarme en ese mundo.

Nunca me convertí en una novena, siempre fui la presa del asesino.

Siempre sería su presa.

Por lo tanto, cuando finalmente pude moverme, me dirigí a su habitación para darle fin a todo aquello. Ya cuando no quedaba nada, cuando estaba tan destrozada emocionalmente, no esperaba más que un final.

Abrí la puerta de su habitación y lo vi ahí, de pie junto a la cama. Estaba de espaldas, haciendo algo que no pude ver, hasta que se volvió hacia mí y me

contempló con los ojos más negros que nunca. Tenía las fosas nasales dilatadas y una mirada salvaje, casi desquiciada.

—Sal de aquí —pronunció.

—¿Qué pasa? ¿El Hito te está carcomiendo los huesos? —le pregunté tranquilamente.

—No sé, creo que... —pronunció con cierta dificultad.

—¿Que te vas a morir? —inquirí. Él frunció el ceño, desconcertado—. No, solo te volverás oficialmente loco.

—Sal y cierra la puerta por fuera —pronunció. Le temblaba una vena en la frente.

Me acerqué a la puerta, pero pasé el seguro por dentro.

—No —negué—. Quiero quedarme adentro con el verdadero monstruo.

—¿Qué...?

—Este es tu celular, ¿no? —le pregunté, mostrándoselo.

Sus ojos se abrieron tanto que se notó que estaban inyectados en sangre. Esperé a que respondiera y me quedé frente a la puerta, observando como la luz de la tarde iluminaba su oscura silueta, esa que siempre me había parecido intrigante.

¿Qué escondía aquella figura?

¿Qué escondía aquel rostro?

¿Qué escondía aquella mente?

Esas habían sido mis preguntas durante tanto tiempo. Ahora tenían respuesta. Damián era todo un universo de crueldad, un cosmos de malicia, de egoísmo puro, de muerte.

Él no dijo nada, así que tragué saliva porque el nudo se estaba acumulando en mi garganta y hablé:

—Estuviste muy seguro de que te seguiría aquella tarde, ¿verdad? —Sostenía el teléfono con tanta fuerza que se me enrojecieron los nudillos, pero mis palabras eran tranquilas—. Esa es tu verdadera característica dominante, eres manipulador y obsesivo.

Soltó un quejido y se pasó una mano por el cuello, tenso, casi como un demente que se hincaba las uñas en sí mismo.

—Tú lo querías así —dijo y cerró los ojos con fuerza—. Querías estar conmigo.

—No, yo no sabía quién eras, porque de haberlo sabido te habría despreciado —confesé. Estaba haciendo todo lo posible por no estallar—. Supiste jugarlo bien. Me hiciste pensar que no te interesaba y cuando notaste que eso me podía alejar de ti, cambiaste. Cambiabas cada vez que te veías amenazado por algo, ¿no? Como en el instituto con Cristian o cuando no supiste que hacía al salir de la casa de Poe y fuiste a mi casa para averiguarlo, o como cuando notaste que

estaba dispuesta a escapar, o como cuando entraste a mi habitación y me viste tan decepcionada que temiste que prefiriera la muerte a quedarme en tu mundo.

Damián apretó los dientes y se puso las manos en la cabeza. Soltó un gruñido y se tironeó los cabellos.

—Padme, cuando tú sufres, algo dentro de mi... duele —repetí, haciendo referencia a algo que él recordaba muy bien. La voz se me quebró por un momento, pero carraspeé la garganta y continué—: No vuelvas a decir que me gustaría verte sufrir a manos de alguien más. Esas fueron tus palabras, ¿cierto? Porque en realidad lo que te dolía era que me hiciera sufrir alguien que no fueras tú.

—Tú no sa... no sabes... —balbuceó entre dientes mientras su rostro se contraía como si estuviera aguantando un dolor terrible—. Cállate. Cállate.

—El chico malo se enamora de la chica buena —dije y solté una risa tan burlona como falsa—. Eso hiciste creer, pero en realidad fue que el chico cruel y enfermo se obsesionó con la chica tonta y manipulable.

—¡Cállate, maldita sea! —gritó.

Quizás me lo esperé, aunque realmente me sorprendió. Damián avanzó hacia mí y me aventó contra la pared, acorralándome. Me puso una mano en el cuello y respirando como un animal rabioso y salvaje me miró a los ojos.

Un par de lágrimas se me escaparon, pero no forcejeé.

—La verdad nunca será la que quieres escuchar —habló. Su voz salía áspera, extraña, y bajo su piel las venas brotaban oscuras—. Tenías que haberte ido cuando iban a matarme, porque nada más así te habría dejado ir. Yo te quise dejar ir, Padme, pero te quedaste. Y si te quedaste... Tú lo escogiste. Siempre escogías permanecer, ¿lo ves? Lo querías tanto como yo. Querías que te corrompiera, que te ensuciara el alma, que te hiciera como yo. Y así fue porque mataste, lo hiciste. —Se relamió los labios y sonrió de una forma retorcida—. Eres mi asesina.

A pesar de que su mano apretaba mi cuello, pude hablar:

—Hice cosas terribles, fui en contra de mi moral, maté a un hombre, me alejé de mi familia, perdí a mis amigas... —expresé. Cada palabra me hacía arder y punzar la garganta—. Por ti. Y tú me mentiste.

—No... —emitió, alternando entre la risa y el dolor que posiblemente sentía debajo de la piel—. Yo siento esto desde la primera vez que te vi, y creció con cada visita que hacías a mi casa. Lo sentía cuando te veía por la ventana, o en el instituto, lo sentía con mucha fuerza. Quería tenerte, Padme, controlarte, saber que te interesaba, que despertaba algo en ti, y sabía que era insano, que era peligroso, pero entonces más quería sentirlo. Yo quería ser tu mundo entero,

incluso si necesitaba hacerte temer —habló, pausadamente, como si cada frase le doliera—. Y sé que lo que quieres oír es que esto es amor, pero no lo es, porque muchas veces soñé con tenerte así y luego no tenerte más, con rodearte con mis manos hasta arrancarte la vida. —Proferí un quejido por el apretón que le dio a mi cuello—. Lo que yo siento por ti jamás podría ser bueno, ni sano. Te mataría con gusto, con ganas, porque lo deseo desde que era un niño, pero la verdad es que luego sufriría por eso, y luego no más, y luego de nuevo sí, y así estaría por siempre. —Cerró los ojos y cuando los abrió un hilillo de sangre brotó de su lagrима—. Te has metido tanto en mí, Padme, que nada te haría salir, nada. Y eso no es amor, es un sentimiento terrible que me consume lentamente. Un sentimiento mejor, más puro.

Intenté tragar, pero no pude. Su mano me comprimía la garganta. Su cuerpo era enorme comparado con el mío, y su rostro era espeluznante, hermoso y aterrador. Esa era la persona que yo quería y odiaba en ese momento, la persona que había querido a base de mentiras. La persona que me había dejado sin salida por pura crueldad.

—¿Por qué te quedaste? ¿Por qué, maldita sea? —Inclinó la cabeza hacia adelante y su frente golpeó suavemente contra la mía.

—Porque te amaba... —confesé en apenas un susurro agudo—. Siempre te he amado.

—Hice mi mayor esfuerzo, Padme, lo hago, tú sabes que lo hago —expresó rápidamente, apretando los ojos y los dientes con fuerza. Repentinamente, comenzó a sonar desesperado—. Pero no podré por siempre. En algún momento voy a ceder. En algún momento no me voy a aguantar y habré hecho lo mismo que hice con mi padre, lo mismo que tantas veces quise hacer con mi madre. No podré y te haré eso, ¿y sabes qué es lo peor? Que lo disfrutaré, que me gustará, porque la única razón por la que nunca dejé que nadie te lastimara, era porque deseaba hacerlo yo mismo. ¿Lo ves, Padme? ¿Lo ves ahora?

Lo veía, estaba segura de que todo lo que decía me aterraba, pero en ese mundo en donde ya había perdido la vida, en donde ya no podía regresar con mis padres, en donde había hecho lo peor que se le podía hacer a alguien, ¿valía la pena vivir? Damián no sentía amor, y quizás yo tampoco.

Nada de eso era amor. Nunca lo fue.

—Podemos estar juntos para siempre —propuso y soltó una risa muy extraña—. Ya no temes matar, ya no eres tonta, ya no eres tan manipulable. Ahora podemos hacer de esto algo más entretenido.

—Tú y yo no merecemos ser felices... —dije como pude. Elevé una mano temblorosa, la puse sobre su pálida mejilla y mis dedos tocaron la sangre que

como una hermosa línea se había deslizado hacia el borde de su boca—. No sabemos amar, no sabemos lo que es la felicidad, somos... nada.

—¡Somos todo! —rugió, apretando más mi cuello. Su rostro por un instante se tornó borroso, pero luego se aclaró—. Esto no tiene que ser amor, no tiene que ser nada más que permanecer uno al lado del otro, que sentir la sangre juntos, que hacernos daño. Te gusta este daño, Padme, siempre te gustó. ¿Quién puede decirnos que está mal? ¿La maldita sociedad? ¿La hipócrita moral? Me cago en ellas.

Suavizó un poco el agarre y atrapó mi boca en un beso, uno muy intenso, uno que sabía a muerte y a ahogo. Me mordió los labios hasta que la boca me supo a sangre y sobre ellos susurró:

—No te voy a dejar jamás... Mi asesina. O estás conmigo o estás muerta.

—Quizás esto estaba destinado a terminar así, a morir por amor —pronuncié a pesar de que estaba apretándome el cuello mucho más fuerte—. No haremos daño nunca más.

Se quedó quieto cuando la misma daga que me había regalado atravesó su estómago. Sus ojos se abrieron tanto que parecieron a punto de salirse, y aunque emitió un extraño quejido, elevó la otra mano y apretó mi cuello con las últimas fuerzas que le quedaban.

Había algo en el aire. Chispas. Eran chispas. Partículas pequeñas que poco a poco se iban haciendo borrosas. Se inclinó hacia adelante, colocó sus labios sobre los míos y las chispas fueron muchas más.

Partículas blancas, partículas de sangre, partículas de un amor desvaneciéndose por lo mismo que lo había unido: el miedo de morir.

Quizás, antes de cerrar los ojos escuché la risa de una pequeña. La risa de tres pequeñas. La risa de la ingenuidad, y luego la ingenuidad corrompida por un misterio.

EPILOGO

El mundo era un lugar enigmático, tan enigmático como lo que pasó después. Abrí los ojos y un techo pintado de color crema fue lo primero que vi. Me incorporé sobre el colchón y reconocí todo aquello que había en esa habitación: mi armario, mi peinador, mi alfombra, la ventana que daba a la calle y mi cama. Estaba, efectivamente, en mi casa. Y estaba, más efectivamente aun, confundida. Puse los pies en el suelo. Se sentía frío. Avancé con tranquilidad y luego salí de la habitación. Bajé las escaleras y escuché el sonido de algo cocinándose sobre un sartén. Olía bien, como al salteado de vegetales de mamá. Desconcertada, continué hacia la cocina y vi a mi madre ahí. Estaba como todas las tardes después de que llegaba del trabajo, haciéndose alguna merienda vegana.

Se dio cuenta de que la estaba observando y me sonrió.

—Hola, cariñito, ¿tienes hambre? —me preguntó, señalando la sartén.

—¿Cuándo llegué? —inquirí brúscamente.

—¿Cómo que cuando llegaste? ¿De dónde? ¿No estabas tomando una siesta?

—Ah... sí.

Había un caos en mi cabeza. Y había, además, una lluvia de recuerdos muy claros. Antes de dormirme, había estado con Damián en el refugio de Nicolas. Yo había descubierto sus mentiras, lo había visto a punto de ser devorado por el Hito. Él me había apretado el cuello con una fuerza atroz. Y luego yo...

Entonces, ¿qué demonios hacía ahí?

Me fui de la cocina y aunque estaba descalza y con un pijama puesto que ni siquiera recordaba haberme colocado, salí de la casa. Avancé por el caminillo de la entrada y crucé la acera rumbo a la casa de Damián.

A medida que me fui acercando, noté algo muy extraño. El pasto al frente de la residencia era más abundante y todo en ella estaba a oscuras. Corrí y me detuve frente a la puerta, entonces toqué con fuerza, con mucha fuerza. Pero nadie salió. Nadie. Nada.

Después de un par de minutos sin siquiera creer lo que estaba pasando, escuché una voz.

—Oye, niña. —Me giré y contemplé a una anciana que iba pasando por la acera—. ¿Piensas comprar la casa?

—¿Comprar la casa? —le pregunté, aturdida—. No, esta casa tiene dueños.

—No vives por aquí, ¿cierto? —me dijo. Apenas noté que iba paseando a un pequeño y esponjoso perro—. Esa casa no ha tenido dueños desde hace diecisiete años. Nadie ha querido comprarla, y es una pena porque es muy hermosa. ¿Te interesa?

—¿Diecisiete años? —pregunté, atónita—. No... no se preocupe, gracias.

La anciana asintió y siguió su camino. Me acerqué a una de las ventanas, coloqué ambas manos sobre ella y acerqué mi rostro para mirar adentro. No había nada, estaba oscura y vacía. Me alejé y sentí mi cuerpo totalmente helado. Luego pareció que iba a desplomarme. Me dolía la cabeza.

Ese lugar no podía llevar diecisiete años vacío. No podía.

Corrí de nuevo a casa y abrí la puerta rápidamente, fui hasta la cocina y me quedé viendo a mi madre. Ya estaba sentada en la mesa, comiendo aquello que se había preparado.

—Mamá —le llamé. Ella elevó la mirada hacia mí—. ¿En dónde está Damián?

Y lo que ella me respondió fue:

—¿Damián? ¿Quién es Damián?

Capítulo especial: Nueve del noveno mes [Final Alternativo]

9 de septiembre de 2017.

Sur de Senfis.

Los estudiantes del instituto de Senfis, lanzaron sus birretes al aire.

Resonaron una multitud de exclamaciones de emoción y alegría, un montón de silbidos muy acordes al ambiente de celebración. Entre todos los estudiantes, Padme, enfundada en su toga no emitió sonido como los otros. Solo sonrió ampliamente y eso le bastó, como también le bastó avanzar hacia su madre cuando los demás corrieron eufóricos hacia sus familiares para lanzárseles encima. Ella no lo hizo únicamente porque sabía que ese entusiasmo llegaría solo. Claro, porque su familia, como todo en su vida, era distinta a la del resto de los presentes en los jardines del instituto.

—¡Felicidades, amorcito! —exclamó su madre apenas se acercó para apretujarla y envolverla en un abrazo de oso. La mujer lucía su mejor vestido color blanco y parecía una versión más madura y avejentada de la propia Padme—. ¡Mírate, graduada! Estoy tan contenta, Padme, y tan orgullosa como también lo estaría tu padre. Él estaría tan feliz...

Prefería no acordarse, pero desde el día anterior sabía que iba a ser inevitable que su madre no fuera a mencionarlo en la graduación. Apenas seis meses atrás había muerto su padre en un accidente de auto, la mañana en la que había salido apurado porque se le hacía tarde para el trabajo. Había sido tan dura la pérdida que por esa razón habían tenido que abandonar Asfil para residenciarse en Senfis que quedaba al sur del país pero que a ella le parecía el final del mundo. Senfis no era un feo lugar, pero sí muy caluroso y repleto de tierras y ranchos que no le agradaban en lo absoluto. Pero su madre estaba sobreponiéndose y eso era lo que importaba. Sin embargo, extrañaba muchísimo a su padre, más que eso, extrañaba mucho su vida anterior, la vida que con horas de terapia le querían hacer olvidar. Pero no podía, Padme no podía olvidar tan fácil.

—Lo sé, estaría muy contento —respondió, manteniendo la sonrisa.

—¡Pero no nos pondremos tristes ahora! —dijo su madre, tomándole las manos y apretándolas con suavidad. Ella parecía más afectada, aunque trataba de disimularlo—. Quiero darte lo que te has ganado. Estuvimos... tu padre y yo estuvimos ahorrando bastante para eso, y él quería dártelo, así que considéralo más un regalo de su parte, ¿de acuerdo?

La mujer sacó algo del bolso rojo que le colgaba elegantemente de un hombro. Un segundo después, Padme reconoció una llave.

—¿Un auto?! —se le escapó por la sorpresa. Estiró la mano y cogió la llave—. Mamá, no... esto es...

—Lo que te mereces —le interrumpió ella con los ojos humedecidos. Padme observó la llave con asombro y luego reaccionó. Le dio un abrazo muy fuerte a su madre.

—Gracias, gracias a ambos.

—Ambos te amamos, Padme, y aunque él no esté, haríamos todo por verte feliz.

—Ambas se apartaron—. ¡Pero ve a probarlo, da un paseo!

—¿Yo sola? —preguntó con cierta duda y aún más asombro.

—¡Por supuesto! Te esperaré en casa, llega a las seis. A las seis en punto, por favor.

Durante el tiempo que transcurrió desde que pasó «aquello», su madre la acompañaba a todos lados sin excepción alguna, incluso a las clases en el instituto al que pudo ser transferida, pero ese día la dejaba ir sola. Sola. Y Padme pensó, todavía entre su sorpresa, que quizás se había acostumbrado a andar acompañada, porque se imaginó yendo sola a algún sitio y la duda la atacó, toda esa duda que las terapias también querían hacerle olvidar. Pero era capaz porque antes lo había hecho y hacerlo ahora no podía ser diferente. Aunque ella era diferente... ¿o no?

—Sí, a las seis, sí, ahí estaré. ¡Gracias! —dijo rápidamente.

—¡Está aparcado detrás del nuestro! —gritó su madre mientras la veía alejarse por los metros de grama que conformaban el jardín de la institución.

Corrió hasta la acera y se detuvo para examinar la fila de autos de distintas marcas y tamaños que estaban aparcados. Ubicó el de su madre y justo detrás de él observó el que ahora era suyo, uno pequeño, hermoso, gris y no tan nuevo ni tan viejo que ante sus ojos lucía perfecto. Fue hasta él, abrió la puerta y se introdujo en un santiamén. Su reflejo en el espejo retrovisor la recibió antes que nada. No parecía ella y como cada vez que se miraba, le desagradó, pero no se concentró en eso porque su cambio radical de apariencia se había debido a la petición de su madre de ir a la peluquería juntas, y como había estado tan deprimida, quiso complacerla. Ahora tenía el cabello hasta por la línea del cuello, castaño casi rubio y eso aclaraba totalmente los rasgos de su cara, incluidas esas cejas más finas que probablemente eran el punto que lo diferenciaba todo. Alejó los pensamientos relacionados a su apariencia y se enfocó en el auto. Adentro olía a cuero, a nuevo y a felicidad, una que intentó mantener hasta que posó las manos sobre el volante y su mente se volvió un caos de recuerdos.

Lo recordó todo como siempre: a ella pasando por una acera parecida fuera del instinto de Asfil, a él llegando a clases cada mañana y a ella en el asiento trasero de un reluciente convertible negro junto a los demás, yendo a un lugar que para ese momento se le antojaba terrorífico. Y cerró los ojos, inhaló hondo y trató de

recordar las palabras de su terapeuta que en realidad era un psicólogo o un psiquiatra pero que su madre prefería llamar así, como si eso pudiera aliviar el hecho de que obligarla a verlo ya la hacía sentir...

¿Demente? ¿Loca? ¿Esquizofrénica? No tenía nombre. Lo que ella padecía, que le habían dicho que era un padecimiento que podía confundirla, no tenía nombre aún, o quizás no quería dárselo porque muy en el fondo sentía que no se trataba de eso, porque por encima de ese fondo ella sentía que no se trataba de enfermedad, ni de terapia, ni de alucinación, sino de realidad. Pero en un inicio, antes de que su madre la obligara a asistir a la terapia, cuando trató de comprobar que sus suposiciones eran ciertas, solo encontró señales de que no lo eran.

En primer lugar, en su álbum no había ninguna foto de aquella persona llamada Eris, ni de esa otra persona llamada Alicia, y al parecer, nadie las conocía. Pero ella las conocía, o al menos las había conocido y también las recordaba: sus rostros, sus voces, sus ocurrencias. Entonces, ¿cómo todo había desaparecido? Se negaba a pensar, aunque fingía que ya no lo pensaba, que todo había sido una mentira. Sin embargo, sabía cómo actuar, sabía responder como se suponía que debía responder y darle a entender a los demás lo que debía darles a entender. Parecía cuerda, se sentía cuerda, y más que eso se sentía inteligente y astuta. ¡Pero como no lo había sido! ¡Al descubrir aquel mundo qué estúpida y temerosa había sido! ¡Y ni hablar del tiempo que había perdido!

El tiempo en el que pudo haber hecho tanto con él, con Damián.

Damián, el Damián que era su vecino desde que tenía memoria, que permanecía callado, que emanaba misterio y a su vez demandaba ser descubierto. Damián el asesino, el muchacho de piel blanca cuyos lunares contó una noche, cuyos ojos eran tan negros como las chaquetas de cuero que solía vestir, cuya frase favorita pudo haber sido: «eres tan ruidosa...», cuya actitud indiferente y fría a veces dolía, y cuyas acciones eran egoístas y macabras. Ese Damián, ese que la salvó, la amenazó, la acompañó, la besó e incluso le hizo el amor. Ese no podía ser una mentira.

Porque todavía recordaba el día en el que se grabó en su memoria para siempre: Desde el momento en que las manos de Damián la desnudaron sin sutileza, despojándola de cualquier asomo de control y juicio que pudiera tener, entendió que el acto no sería romántico, ni común, pero sí especial. Ella estaba sobre él y eso le permitió, al ya incontrolable muchacho, apretujar cada parte escandalosa de su cuerpo como sus pechos, sus muslos y sus nalgas. Padme todavía recordaba cómo él había mordido sus labios con fuerza, pero no tanta, y luego también había mordido las partes más carnosas de su anatomía. Todavía recordaba los dedos de Damián haciéndola suspirar, mezclándose con

sus fluidos, enrojeciendo su piel, y sobre todo recordaba las embestidas violentas, lentas y luego más rápidas y luego más suaves que le causaron un placer inigualable cuando él por fin decidió acabar con esa llama ardiente que los quemaba a ambos. Todavía lo recordaba expuesto, despojado de su ropa, guapo, despeinado y jadeante entre la oscuridad y la luz que entraba por la ventana. Todavía lo recordaba cálido, fuerte, emanando un aroma masculino y embriagador producto del deseo, los gemidos y el frenético y salvaje ritmo que llevaba. Lo recordaba apasionado y sin una pizca de cuidado, pero con un mortal y erótico control sobre lo que hacía en cada deliciosa posición. Todavía, después de la maldita terapia, después de obligarse a pensar en otras cosas, ella recordaba a Damián haciéndole el amor y diciéndole al oído con la voz ronca y llena de excitación que era suya, que le pertenecía, que solo él podía tocarla a su antojo, manipularla y devorarla. Todavía sentía su sabor, la humedad, el sentimiento profundo que eso había despertado y el amor... el amor que le tenía. Entonces no entendía, de ninguna jodida manera, de qué modo se había esfumado todo.

Incluso trató de aceptarlo, contempló la posibilidad de que realmente estaba loca, pero no pudo y no se rindió. Antes de mudarse visitó las casas de las que antes habían sido sus amigas, pero en ellas no halló a nadie. Se encontró con que una había sido vendida y en la otra los dueños habían emprendido un largo viaje. Eso no le aclaró nada, la dejó en el mismo y confuso lugar, por lo tanto, quiso investigar más yendo a la cabaña del bosque, pero su madre no se lo permitió, siempre estuvo cerca, además, los medicamentos recetados la dejaban tan absorta, tan débil, tan somnolienta y pasiva que eso frustró muchos de sus planes, todos para tratar de llegar a la verdad.

Pero quizás no había verdad.

O quizás no había mentira.

Solo había algo: las preguntas y las respuestas que probablemente solo se encontraban en Asfil, al que no pudo regresar porque no podía salir por su propia cuenta; pero como ahora estaba sola parecía la oportunidad perfecta para darle un final al martirio en el que se había convertido la confusión que traía desde hacía un año. Debía ir a Asfil, debía visitar el lugar representado como el final, ese en donde todo había terminado: su amistad con Eris, la manada y la poca pureza que le quedaba. El lugar en el que había descubierto a los asesinos, el sitio en el que había nacido. Y fuera lo que fuese que encontrara ahí, mucho o nada, nada o mucho, lo aceptaría y con ello cortaría el único hilo que aún la ataba a Damián y su mundo. Porque si continuaba así, confundida, entre una realidad y otra, no podría seguir viviendo y ella quería vivir, sí que quería vivir.

Encendió su nuevo auto y tomó la calle principal, recordando que la persona que le había enseñado a conducir había sido su padre a los dieciséis años, evocando ciertos momentos felices, todos antes de Damián y ninguno después de él. No era que con él nunca fuera feliz, en realidad esa no era la palabra para representar lo que había vivido con el muchacho, pero podía separar su vida en dos momentos: antes y después de él; y el antes había sido mucho más bonito con sus padres, sus amigas y la vida que creía normal. Por eso le gustaba recordar ese antes a veces, tanto como le gustaba recordar el horrible y no tan horrible después. ¡Y qué cansada estaba de que su vida se tratara de solo rememorar!

Tenía que acabar con ello.

Conocía el camino que se le hizo muy largo. Era obvio que no llegaría a casa a las seis, pero no le importó en lo absoluto. Era la primera vez después de mucho que salía sola y la aprovecharía. Se sintió bien estando lejos de todo: de los medicamentos que le decían que debía tomar, de la terapia, de su madre, de su triste habitación y del caluroso Senfis. Condujo las horas que se le asemejaron a aquel día gris y lluvioso en el que el extrovertido Poe condujo rumbo a la mansión Hanson, y recordó entonces lo mucho que también la había marcado el rubio. Se acordó de sus chistes con doble sentido, de su insistencia sexual, de la elegancia marcada en su ropa y soltó una que otras risas nostálgicas por eso. Ahora estaría en Europa haciendo quien sabía qué cosa, matando a quién sabía cuantos y dejando huella en los que podían conocer su secreto. Los extrañaba a todos, a Archie y a Tatiana, que de seguro ya estaría bien, aunque sin poder caminar, pero bien, siendo la prueba viviente de que un asesino y una presa podían amarse entre la disfuncionalidad y la toxicidad de ese sentimiento. Ellos habían tenido la suerte que ella no, ¿por qué? ¿Acaso ella no había amado tanto a Damián como Tatiana a Archie y por eso no lo merecía? No, por supuesto que no. Lo amaba incluso más, incluso cuando amar significaba morir.

Pronto comenzó a llover, como si Asfil advirtiera su llegada, aunque ese tipo de clima era típico allí. Las carreteras se empaparon y se tornaron resbaladizas, y por un instante mientras Padme conducía, le pareció ver un resplandor brillante en medio de ella como un aro que atravesó a toda velocidad. Pero había sido solo un destello, nada más. Se relajó en el asiento como nunca antes se había relajado y se sintió cómoda con los vidrios empañados, las nubes ennegrecidas y el olor a tierra mojada que entraba por el pequeño espacio que había dejado abierto en la ventanilla para que no les cayera el chaparrón a los asientos. Quería regresar, quería vivir de nuevo ahí, pero no podía.

Pasó el tiempo que no disminuyó la tormenta. Asfil y Senfis se separaban por cinco horas que parecieron el triple con cada kilómetro que dejaba atrás. Su

teléfono de repente sonó en modo de alarma recordándole que era hora de tomar dos de sus pastillas, pero no iba a hacerlo, así como no lo había hecho esa mañana, aunque su madre se las entregó. En realidad, llevaba cuatro días sin tomarlas, solo ejecutando un truquillo de meterlas bajo su lengua para simular que era obediente, y sentía bien, alerta, sin esa incomoda pesadez en el cuerpo que le exigía mantenerse quieta como si solo fuera un cuerpo sin mente. Sabía que su madre quería lo mejor para ella, que su supuesto padecimiento no la alejara de la realidad, pero Padme no deseaba estar ausente, no más.

Cuando divisó el cartel de: «usted está entrado a Asfil, sea bienvenido», su cuerpo se estremeció. Padme apretó con fuerza el volante e inhaló hondo. No faltaba nada, nada, estaba ahí en el lugar al que pertenecía, del que una vez tuvo oportunidad de escapar pero no lo hizo. No lo pensó dos veces y condujo hacia su antigua casa. Le tomó unos diez minutos, así que justo al aparcar frente a la acera permaneció quieta en el asiento, observando con inquietud el lugar en el que antes de mudarse habían dejado un cartel de «se vende» que ya no estaba. ¿Acaso habían comprado la casa? ¿Cuándo? Su madre había prometido avisarle, pero no lo había hecho. Se inclinó para ver a través de la ventana repleta de gotitas y no observó ninguna luz encendida.

Entonces abrió la puerta del auto y el salvajismo de la lluvia la empapó en un santiamén. La ropa se adhirió a su cuerpo, sin embargo, no corrió. Avanzó tranquilamente hasta la entrada y tocó un par de veces. Aguardó, pero nadie acudió. Tocó de nuevo y al no obtener respuesta colocó la mano sobre la manija, la impulsó hacia adentro y la puerta, su puerta, cedió ante ella y se abrió. Inspiró hondo y entró. El pasillo estaba iluminado solamente por la luz diurna que irrumpía desde afuera, y lo demás que ahora eran espacios vacíos en los que una vez estuvieron sus cosas y su vida, se hallaban sumidos en una ligera oscuridad. Continuó hasta las escaleras y subió los peldaños, deslizando la mano por la barandilla cubierta por una delgada capa de polvo. Ya en el segundo piso, todo era silencio espeso y olor a encierro, casi a olvido. Caminó por el corredor, se situó frente a la puerta de su habitación y justo cuando entró el lugar se le antojó como era antes, con la cama, el armario, la alfombra, todo en su lugar, y no supo si fue su mente o ella misma que quiso verlo así, pero de nuevo era de noche, ella despertaba y una silueta oscura se encontraba sentada en el borde de la ventana. Lo vio a él ahí, como aquel día y escuchó su voz:

—¿A dónde piensas irte, Padme?

Pero era un recuerdo, como todo. La verdad era que la habitación estaba vacía, que olía a polvo y a encierro y que no había nadie además de ella, pero... sí había algo. Una chispa de algún sentimiento que no pudo identificar le recorrió la

espalda, porque en el centro de todo, en el suelo, había un rectángulo de papel sobre el que morían las débiles luces del cielo nublado.

Una carta.

Se apresuró a cogerla y apenas sus dedos palparon el papel supo que no habría psiquiatra en el mundo que pudiera hacerle creer que eso era producto de su imaginación, porque ella estaba tocando la carta y era tan real como la emoción que estaba experimentando. Leyó las letras escritas en el sobre:

«Para cuando decidas regresar».

¿Sería posible que fuera...? Inhaló y exhaló ruidosamente al mismo tiempo que el corazón comenzó a latirle con fuerza. No había miedo ni confusión, sino una emoción enorme la que hacía temblar sus dedos, porque por primera vez después de tanto, había algo completamente real en sus manos, algo que podía ser una pista o una respuesta... algo del mundo que le querían hacer olvidar. Antes que nada, acercó el sobre a su rostro y el inconfundible olor masculino la inundó, ese olor que no podría borrarse de su memoria jamás. Sí, efectivamente tuvo que haber sido de Damián, él tuvo que haberla dejado ahí. Así que, primeramente, decidió que fuera lo que fuese que hubiera en ella no iba a confundirla más, sino darle lo que necesitaba.

Sacó la carta sin cuidado mientras todo su cuerpo temblaba de manera nerviosa. La extendió y, finalmente, leyó:

Jamás fui bueno escribiendo, nunca he considerado que eso me vaya a servir para algo, porque, de hecho, siempre he pensado que no necesito ni siquiera hablar cuando lo más importante para mí no requiere de palabras sino de acciones. Así que si escribo es porque este será el único modo de comunicarme contigo cuando decidas buscar respuestas. Sé que las querrás, porque primero: eres muy terca y muy tonta; y segundo: será inevitable que tu mente, si es que despierta, te exija explicaciones.

Te preguntarás entonces qué fue lo que pasó antes de que despertaras en tu casa. Bien, te lo explicaré. Después de que hicimos lo que hicimos, que por cierto estuvo muy bien, te quedaste dormida y permaneciste así por muchas horas más porque le pedí a Anie que pusiera un sedante en tu comida. Necesitaba que perdieras la consciencia porque solo así sería más fácil hacer lo que debía hacer. En primer lugar, te pido que no explotes, no hagas drama ni armes un escándalo. No lo planeé yo solo, mi egoísmo jamás me lo habría permitido. Poe, Archie, Tatiana e incluso Gea, la dirigente, me ayudaron.

Justo después de que todos se enteraron de que Hanson quiso asesinarlos por haberte incluido en nuestra manada sin haber nacido el nueve del nueve, se armó un desastre en la cabaña que terminó en protestas porque muchos estaban en contra de la exclusión, mientras que otros estaban a favor de ella, lo

cual fue catalogado por los dirigentes como una división muy peligrosa para la supervivencia de nuestra especie. En pocas palabras, Padme, tú desataste un revuelo entre asesinos desquiciados que ahora no pueden verse sin agredirse. Lo gracioso podría ser que resultó que no solo nosotros ocultábamos a personas ajenas a este mundo como parte de nuestras manadas, los demás también lo hacían rompiendo así cada una de las reglas. Debido al caos generado, Gea me llamó incluyendo a Tatiana, Archie y Poe que nunca se fue a Europa, y nos reunimos para hablar sobre ti, decidiendo que no pertenecías ni pertenecerás a este mundo, por lo tanto, lo mejor sería hallar una solución rápida. Me pidieron elegir entre alejarte de nosotros o permitir que ellos, en un acto público parecido a la Cacería, te asesinaran. Como te dije aquella noche, jamás accedería a que alguien que no fuera yo te pusiera una mano encima, por ende, nos vimos obligados a actuar de forma abrupta para poder salvarte. Teníamos que separarnos para que pensaras que todo había acabado cuando en realidad estaba empezando y empeorando; y luego debíamos hacerte creer que nada había existido. Pero mucho más importante, debíamos incluir a tus padres. Hablar con tu madre fue lo más complicado, hacerla entender casi acaba con mi paciencia, incluso quise estrangularla, hasta que finalmente tu padre cedió y logró convencerla de ayudarnos, de ayudarte para siempre. Con mi madre fue más fácil, ella accedió a irse y abandonar la casa porque nada le costaba no objetar ante ninguna de mis exigencias. ¿Y la anciana? Nos las arreglamos para que dijera lo que tenía que decir. De esa forma parecía estar todo resuelto, tu madre eliminaría cualquier rastro de Alicia y Eris a tu alrededor y luego te obligaría a ver a un psiquiatra, pero entonces tu padre murió y no en un accidente como seguro has de creer, sino por culpa de Hansom que ordenó que lo asesinaran.

Precisamente hoy que escribo es su funeral y te he visto devastada, aunque tú no me has visto a mí. Quizás no comparto el sentimiento de dolor por la pérdida ni lo compartiré nunca, pero Tatiana me ha dicho que como mínimo debería darte palabras de aliento por aquí si no puedo acercarme. Lamento su muerte, aunque la misma me ha hecho entender que Antonius está más cerca que nunca y que su propósito no sería únicamente matarte, sino capturarte para desatar la peor de las guerras entre los del noveno mes.

Sobre Eris no sabemos absolutamente nada, pero suponemos que ha de estar conspirando junto a él en algún lugar. Probablemente no lo comprendas, que estés enojada, pero conservar esta especie es el objetivo principal del plan de Gea, no del mío. Mi plan que, aunque está ligado a ese, en un inicio fue distinto, tan distinto como lo que despertaste en mí desde la infancia. No creo que llegue a existir otra persona a la que pueda atarme como lo hice contigo y tampoco

creo que pueda haber alguien en este mundo por quien reprima mi deseo de matar, aunque sea una noche.

Recuerdo que ese día me dijiste que me amabas y que yo no pude decirte lo mismo. Puede ser cierto que no te amo ni te amaré, porque quizás mi manera de amar es esta obsesión tóxica de la que acabo de alejarte y que nunca terminará. Es posible que para cuando leas esto, Antonius me haya atrapado y matado, o es posible que todavía esté rondando Asfil como una sombra; en realidad nada es seguro, solo una cosa: me perteneces y me pertenecerás siempre, y la manada siempre seguirá siendo la manada y tu formarás parte de ella como el hijo bastardo que se acoge en una familia rica. Buena comparación, ¿eh? De acuerdo, antes de finalizar, Poe me ha pedido que agregue unas palabras de su parte. No dejaré que las escriba él mismo para que la hoja no se convierta en un lienzo de penes y pechos, pero te pondré exactamente lo que dijo con una expresión que seguro te has de imaginar: "Jamás te olvidaré, pastelito, ni tu aroma a virginidad, ni el amor secreto que seguro sentiste por mí pero que no quisiste demostrar para no hacer sentir mal a Damián, ni lo valiente que fuiste cuando cualquier miserable humano se hubiera acobardado o suicidado. A pesar de todo eres de las nuestras, y esto nunca te lo dije, pero tienes un culazo que deberías aprovechar, ¿o sí te lo dije? De todos modos, me agradaste". Tatiana y Archie también me han pedido que te diga que fue un honor matar contigo, y especialmente Archie quiso enfatizar que si fueras una heroína de Marvel no serías ninguna de las que ya existen, sino una nueva que él ya ha pensado para hacer un comic que de seguro no sale nunca de su sótano. Entonces, con esta carta no te estoy pidiendo nada, ni que te mantengas al margen ni que no me busques, todo lo contrario, con ella te estoy dando las respuestas a las dudas que posiblemente te han atormentado o te han hecho creer que el que tuvimos no fue un buen final. Tu vida me la entregaste aquel día que me seguiste hasta la cabaña y como no logré convertirte en lo mismo que soy, como logró prevalecer tu aburrida humanidad, te la regreso enteramente. Ahora que hemos tomado caminos distintos, tú decidirás cuando morir, pero sobre todo decidirás cómo termina esta historia tan disfuncional.

Así que, en cuanto a mí... si existí o no dependerá de lo que quieras creer.

Tuyo, para siempre tuyo desde la primera vez que tocaste a mi puerta,
Damián.

31 de diciembre de 2016.

Bosques de Asfil.

El reflejo de la luna sucumbía sobre el metal que sostenían. No había momento más hermoso que aquel en el que la noche producía algunos destellos

intermitentes sobre cada cosa que no fuera naturaleza, pero cuando lo hacía sobre el lago, al pie del que se encontraban dos figuras altas y esbeltas, el ambiente se tornaba tranquilo, puro e infinito, tanto como a ambos les habría gustado permanecer siempre. Una de las cosas que caracterizaba a los del noveno mes, era el extremo apego hacia lo que siempre habían conocido, así que esas tierras, esas aguas, esos árboles, ese cielo mayormente nublado, era su hogar y sería su tumba. El silencio, en esos momentos, se rompía por culpa de algunos grillos o de los saltos de algunos conejos, pero por un instante se interrumpió gracias a una voz áspera, suave y sigilosa como el mismo emisor:

—¿Poe?

—¿Sí, Damián?

—¿Crees que hicimos lo correcto?

—Amigo, jamás habíamos hecho algo tan correcto.

El silencio volvió a reinar. Damián se llenó de una calma nunca antes sentida, tan grande que relajó su cuerpo. Se sintió parte de las sombras, ya que siempre había sido parecida a una. Quizás todo él con su negrura y su mutismo era simplemente eso y claro que no estaba mal, ¿qué había de malo en no ser nadie, pero de repente ser mucho? Él representaba el vacío y la soledad que en un segundo podía simbolizar la muerte. Le gustaba, por supuesto que sí. No hubo momento de su vida en el que Damián se sintiera arrepentido de lo que era, ni que odiara su naturaleza y menos que quisiera cambiarla. Él era eso y a pesar de todo, de lo repugnante que resultaba, alguien lo había amado así tal cual y agradecía por ello. Probablemente en otras circunstancias, pensó, las cosas habrían sido diferentes, todas muy buenas. Supuso que, si él hubiera nacido un día antes del nueve o el día después, habría sido distinto, normal, un asqueroso humano cualquiera con sentimientos comunes que fácilmente podría llegar a amar, pero esas nada más eran conjeturas, no la realidad en donde solo podía hacer suposiciones, aunque entre todas estaba totalmente seguro de algo: que jamás olvidaría a una muchacha de cabello negro, ojos temerosos y al mismo tiempo valientes, llamada Padme; y por supuesto, que jamás dejaría de fantasear con el día en que la viera morir en sus brazos, porque entonces él moriría después junto a ella.

—¿Damián?

—¿Sí, Poe?

—¿Moriremos esta noche?

—Amigo, jamás habíamos estado tan cerca de la muerte como ahora.

—Entonces, fue un placer matar contigo, hermano.

—Claro que lo fue, hermano.

Damián y Poe se dieron vuelta y esbozaron una sonrisa amarga que en cada uno se diferenciaba, pero que al mismo tiempo entre la oscuridad era semejante. Ahí estaban, tan distintos pero leales a sí mismos que eso los había unido y los uniría hasta la muerte. Apretaron con fuerza las armas en sus manos: un tubo y un bate envuelto en alambre de púas, que eran la primera opción mientras que la segunda les colgaba de la espalda en un amarre improvisado: un par de hachas. Observaron la extensión del denso bosque que tenían en frente y en unos segundos avistaron un punto de luz naranja perteneciente a una antorcha que poco a poco se convirtió en muchos puntos más. A medida que los miembros de la cabaña se acercaban, esos que estaban en contra de la inclusión y por ende en contra de ellos, Damián contó dos, tres, cuatro, seis, nueve, doce y luego decidió no contar más cuando el número se agrandó. Eran los suficientes como para que lo que venía se transformara en una matanza, así que, justo cuando el reloj dio las doce y en el pueblo festejaron el año nuevo, y en Senfis una Padme sumisa gracias a los medicamentos abrazó a su madre frente a la mesa repleta de comida navideña, Damián y Poe los asesinos, los nacidos el nueve del nueve, los muchachos misteriosos que salvaron a una muchacha de una horrible muerte pero que de igual modo fantasearon con ella de una forma perversa, sostuvieron sus armas con ambas manos y frente a una multitud de homicidas furiosos dijeron juntos y al unísono cuatro palabras que marcarían el inicio o el final de algo:

—Qué empiece la Cacería.

Capítulo especial: parte 1

SAN VALENTÍN CON LOS NOVENOS

Ese día la cabaña parecía un sitio distinto, como si no fuera el punto de reunión de unas bestias.

Estaba decorada con colores rojo, púrpura y rosa suave. Del techo colgaban círculos y corazones hechos con papel y brillantina. El gran telón estaba bajo, avisando que podía levantarse en cualquier momento para una sorpresa. Y el ambiente era muy acogedor, alegre e incluso romántico para quienes formaban pareja o se relajaban en plan jugueteón.

Damián, Eris, Padme y Tatiana se encontraban en su sección habitual, sentados en el largo sofá. Sobre la mesita que tenían en frente reposaban cuatro cajas forradas en papeles distintos.

Una era totalmente negra. Otra tenía un estampado azul eléctrico con un moño verde. La tercera era de color rojo, y la última mostraba escritas muchas palabras como "cariño", "amor", "amistad" y "diversión".

Lo que iban a hacer con ellas era un intercambio por el día del amor y la amistad. La idea había sido propuesta por la misma Padme como algo muy simple para darle un poco de vida a la relación amistosa que todos tenían.

—¿Podemos comenzar ya? —preguntó Eris por quinta vez.

La pelirroja tenía los brazos cruzados y una expresión de hastío enmarcada en el pecoso rostro.

—Hay que esperar a Poe y a Archie —dijo Padme, muy paciente, tratando de disimular su emoción.

La verdad era que ese día le gustaba mucho. Cuando llevaba una vida normal, todos los años hacía intercambios con Eris y Alicia. Ahora quería hacer lo mismo con sus nuevos compañeros.

Y claro, con Damián...

—Mejor aprovechemos que no está ese imbécil para disfrutar el momento... —refunfuñó Eris.

—Que no, solo tenemos que esperar un poco —repitió Padme.

—Esto es genial, Padme, jamás lo habíamos hecho —admitió Tatiana, sonriendo ampliamente. También estaba ansiosa. Le parecía muy chulo todo eso de dar obsequios—. Ya quiero saber qué son los regalos de cada uno. —De regente, un gesto de preocupación apareció en su cara—. Solo espero que Archie pueda hacerlo bien...

Padme hizo un ademán de que no pasaba nada.

—Tranquila, no tiene ciencia, se trata de comprar algo o hacerlo con tus propias manos —dijo Padme con simpleza. Entonces se volvió hacia Damián, quien se hallaba justo a su lado—. ¿Tú qué dices? ¿Te agrada esto?

Damián salió de su expresión distante, y fue como si en verdad quisiera demostrar algo. Alzó las cejas mientras miraba las cajas y se lo pensó un momento.

—Bueno, es... algo nuevo —se limitó a decir.

Padme frunció los labios y lo estudió.

—¿Algo nuevo como que te gusta o algo nuevo como que te desagrada? —le preguntó con cuidado.

Eris resopló como si fuera un buen chiste.

—¿En serio le estás preguntando eso? Si le desagrada hasta su propia existencia —comentó ella.

Damián se encogió de hombros y volvió a adoptar esa expresión seria y desinteresada por el resto del mundo.

Padme sintió algo extraño en el estómago, algo parecido a una pequeña decepción. Sin embargo, recuperó la emoción en cuanto vio al resto de la manada abrirse paso entre la gente.

—¡Ya llegamos, paren de llorar! —exclamó Poe, agitado, mientras se acercaban. Cuando ambos muchachos llegaron a la mesa, Padme reprimió una risa, Eris acentuó su ceño fruncido, Damián quedó inexpresivo y Tatiana formó una gran "o" con su boca.

Poe y Archie llevaban puestos unos cintillos rosas. De los cintillos sobresalían dos antenitas con puntas de corazones, y estos tenían escrita la frase: «¡Feliz sangriento San Valentín!».

Estaban como para tomarles foto. Eran los asesinos más chistosos que habían visto.

—¿Qué ridiculez es esa? —inquirió Eris, señalando el accesorio—. Ni nosotras los usamos...

—Nos lo dieron en la entrada —replicó Archie, reajustándose las gafas—. Es para mantener el espíritu. Padme dijo que había que tener espíritu, ¿no? No quería perderlo.

—¡Les queda muy mono! —exclamó Padme con un reiterado asentimiento de cabeza y las manos en su rostro por la emoción.

—Me avergüenza sentarme en la misma mesa que ustedes —dijo Damián, mirándolos como si no tuvieran remedio.

—Bien, bien, sus insultos me sacan cinco centímetros más de polla —soltó Poe, nada afectado—. Vamos a lo importante, ¿sí? —Puso una caja bastante elaborada sobre la mesa. El papel era plateado, elegante y había una cinta

dorada que lo envolvía en distintas direcciones—. Aquí está mi regalo. Me tardé porque estaba terminándolo.

—Y aquí el mío —dijo Archie.

Su caja no tenía ningún papel acorde al momento. Era simplemente una caja de zapatos.

Padme esperó que en verdad no fueran zapatos. Archie, más que el resto, había presentado algunos problemas a la hora de entender sobre qué se trataba el día y qué tenían que hacer. Por eso ella misma se lo había explicado con mucha calma.

—¡Entonces vamos a comenzar!

Padme sacó del bolsillo de su gabardina un trozo de papel. Dos días atrás habían sorteado las parejas que se harían el intercambio. Ella las había anotado para que no creyeran que había habido alguna especie de trampa, ya que, sorprendentemente, las parejas habían resultado juntarse como cosa del destino.

—Archie, tú le das tu regalo a Tatiana y viceversa —indicó Padme, señalándolos—. Son los primeros.

—De acuerdo —asintió Tatiana.

Archie se había sentado a su lado, así que ella cogió la caja y se la extendió al mismo tiempo que Archie le ofrecía la suya.

—¡Vamos, ábranlos y muestren qué es! —exclamó Padme, dando pequeños aplausos.

Damián la miró con extrañeza, como si él fuera una simple sombra junto a una luz muy brillante. Era la primera vez que la veía tan contenta después de saber su secreto. Y le pareció que se veía muy bonita así, sin preocupaciones.

Bueno, Padme le parecía bonita. No de acuerdo al concepto de belleza que tenía la sociedad, sino de acuerdo a su concepto. El único que importaba. Ella era hermosa y punto. Aún con el rostro cansado por no dormir y el cabello suelto y despeinado.

Uhm. ¿Sería él el culpable de sus desvelos? Le satisfacía el solo imaginarlo.

Tatiana abrió la caja de zapatos con mucho entusiasmo y sacó una pila de algo que a Padme le parecieron revistas nuevas y empaquetadas.

—¡Son cómics! —exclamó Tatiana, muy feliz.

Archie asintió reiteradamente.

—¡Ay, miren, un regalo de ñoños! —intervino Poe, fingiendo emoción.

—¡Y lo mejor es que puedes compartirlos conmigo! —dijo Archie, ignorando las palabras del rubio.

Bien, era probable que Archie no lo hubiera entendido del todo, pero la intención era lo que contaba.

—Oh, muchas gracias, mi héroe —expresó Tatiana y en un gesto que a Padme le pareció sumamente romántico le dio un pequeño beso en la punta de la nariz a Archie.

Archie soltó una risa de puerco y abrió la caja que le había dado Tatiana. Era la estampada en azul eléctrico con el moño verde. De ella entonces sacó una camisa muy colorida con la cara del Capitán América.

—¡Joder, no tenía esta! —soltó él, entre sorprendido y feliz, extendiéndola y admirándola.

—¿En serio? ¿No tienes como cinco camisas patéticas de ese tipo por tu fetiche con los superhéroes? —comentó Poe, mirando la escena con burla.

—Sí, fíjate que tengo una que te puedo encajar en el culo si no te caLLAS ESTÚPIDO IMBÉCIL DE MIERDA —bufó Archie e intentó irse sobre Poe, quien en ese instante reía con diversión.

Tatiana le puso las manos en el torso a Archie y lo detuvo en un santiamén antes de que se agarraran a golpes como solían hacer.

—Ya, ya —lo tranquilizó ella, creando distancia entre ambos. Las fosas nasales de Archie se abrieron como cerdito y Poe le mostró el dedo de en medio para su mayor disgusto—. Disfruta tu camisa, ¿sí?

La cara de Archie se tranquilizó rápido. Padme se alivió. Aquellos regalos habían sido normales. Por un momento, considerando lo raros que eran los novenos, creyó que todo saldría mal. Pero iba muy bien, sorprendentemente bien.

—Eris y Poe, les toca a ustedes —anunció ella.

La pelirroja exhaló con fuerza mientras que la cara de Poe fue de entera satisfacción. El rubio se frotó las manos, cogió su elegante caja y se la ofreció a ella para al mismo tiempo coger la que tenía el papel rojo.

—Para mí dama —dijo él y le guiñó el ojo.

—Tu dama un carajo... —murmuró ella y de mala gana tomó el regalo.

La pelirroja quitó la cinta y luego la tapa. Sus ojos verdosos manifestaron un asombro genuino al ver lo que había adentro.

Ella en verdad no se lo había esperado. Metió la mano y sacó un hermoso libro de tapa de cuero rojo y brillante. Eris se encontró fascinada por ese obsequio. Le llegaba el delicioso olor a texto viejo.

—¡Oh, es muy hermoso! —exclamó Padme, también sorprendida.

—Es un libro... —soltó Eris, pero todo aquel asombro desapareció apenas lo abrió en la primera página. Su rostro volvió a ser la viva imagen del fastidio—. Es un libro sobre ti —añadió, mirando las hojas—. ¿En serio, Poe Verne? ¿Me das un libro sobre ti?

—¡Exacto! —exclamó Poe con emoción. La sonrisa no le cabía en el rostro—. Junté las dos cosas que más te gustan, es decir, libros y yo.

Eris pasó un par de hojas, consternada, y entonces Poe aprovechó para acercarse más a ella. Le pasó un brazo por detrás, y así de juntos a Padme le encantó la idea de que en algún punto se enamoraran, aunque eso ni siquiera parecía posible de suceder por parte de su amiga.

Daba igual, Poe parecía un niño entusiasmado, más de lo que podía estar la propia Eris.

—Mira, ese soy yo de bebé —dijo él y señaló las fotos que estaban adheridas a las páginas en forma de collages con marcos muy bonitos. Había un bebé regordete, pálido, rubio y muy hermoso en esa imagen, chupándose el dedo del pie—. Y ese soy yo matando mi primer gato... Y ese soy yo en mi primer día de escuela... Y ese soy yo comiendo chocolate por primera vez... Y ese soy yo poniendo veneno para ratas en la merienda de un compañero... ¡Ah, y ese soy yo despellejando mi primer cadáver! —Suspiró con aire nostálgico y satisfactorio—. Joder, qué recuerdos...

—¿Y esta? —inquirió Eris, señalando otra imagen, mirándola con suma atención y con los ojos entornados—. Se parece a... ¿Esa no es mi habitación? ¿No soy yo dormida y tú junto a la cama tomando una selfie? —Abrió mucho los ojos y alzó las cejas, abrumada—. ¡¿Cuándo demonios...?!

—Mejor pasemos la página —dijo Poe con suavidad. Dejó la página atrás y llegó a una nueva—. ¡Mira, mira! ¡Ese soy yo nadando en una bañera de sangre! Ese día fue muy divertido... Me veo muy guapo, ¿verdad? Mira esa nariz, qué perfil. Qué tipazo...

—¿Y esto qué es? —preguntó Eris.

Había algo extraño adherido a una de las hojas. Sobresalía de una forma rara y viscosa. No sabía si estaba observando bien, pero parecían...

—Tripas —dijo Poe con simpleza—. Corazones hechos con tripas. No es San Valentín sin corazones, ¿cierto? Las puse especialmente para ti.

Padme sintió que le estrujaban el estómago. Ahí estaba la primera rareza. Sin embargo, Eris se lo tomó bien. Solo emitió un resoplido de fastidio.

—Bueno, bueno, ya abre el tuyo —le ordenó al rubio.

Poe abrió la caja roja y su atractivo rostro manifestó desconcierto total.

—No hay nada —dijo, extrañado.

—Claro que sí —soltó Eris fingiendo una sonrisa—. Te acabo de regalar lo que siento por ti: nada.

—¡Eris! —exclamó Padme, indignada—. ¡Eso es horrible!

Por primera vez, los labios de Damián se curvaron en una sonrisa burlona. Padme se sintió más abrumada. ¿Es que nadie lo había entendido?

—Bueno, bueno —farfulló la pelirroja, giró los ojos y sacó del bolsito colgante que le guindaba desde el hombro hasta la cintura, algo envuelto en otro papel rojo—. Sí compré algo.

Poe lo cogió y lo abrió con ansias.

Era una bufanda. Algo muy normal. Él se había esperado otra cosa, ni siquiera algo material, sino algo como que Eris le diera un beso, aunque le gustaba mucho molestarla. Pero estaba bien. Él tenía muchas bufandas, sin embargo, no una que le diera Eris. Así que le gustó.

—Gracias, la pondré con las otras doscientas que tengo —dijo con una genuina sonrisa.

Eris le regaló una sonrisa forzada.

Y bien, era el turno de Damián y Padme.

Solo quedaban dos cajas cerradas: la negra y aquella con todas las palabras escritas en el papel envolvente. Cabía destacar que cada palabra la había escrito ella en plan de poner cualquier cosa que se viera linda, e incluso de plasmar aquello que consideraba que faltaba en la vida de Damián. Le había quedado muy linda. Totalmente artesanal.

Padme inhaló hondo. Estaba nerviosa. El chico no era fácil. Nada con él era fácil, y por una sola vez quiso que lo fuera.

Tomó su linda caja y se la ofreció. Damián estaba serio, pero en ese momento suavizó la expresión. De todas maneras, ella sabía que esa era su cara habitual, aunque si era sincera esperaba poder ver una sonrisa de su parte.

Damián cogió la caja, la puso sobre sus piernas y la abrió.

Nunca le habían regalado nada. Nunca. Eso era nuevo para él, tan nuevo que lo incomodaba, pero no de forma tan desagradable. Lo alivianaba el hecho de que viniera de Padme, porque si se lo hubiera entregado algún otro, lo habría echado a la basura.

Metió la mano y sacó un portarretratos. Allí, en la fotografía, estaban todos ellos. Sus amigos. Su familia. La manada entera —incluyendo a Eris— en una foto que Padme le había pedido tomar a un chico de la cabaña.

Damián aparecía inexpresivo. Tatiana sonreía de forma afable. Archie tenía la mano atravesada en la cara por las gafas. Eris el ceño fruncido. Poe había sacado la lengua, pero aun así se veía guapísimo, y Padme sonreía un poco tímida viendo de reojo a Damián.

Era una hermosa fotografía y en el marco estaban pintadas unas manchas rojas. —Es sangre —añadió Padme con entusiasmo, señalando las manchas y alternando su vista entre el portarretratos y la cara de Damián—. Bueno, no de verdad. Es pintura, pero intenté que se viera como sangre. La puedes poner en tu habitación.

—Pero no se vale jalarte el ganso viendo mi cara —opinó Poe de repente. Todos soltaron una risa.

—Es muy... —intentó decir él. Pero no sabía que palabra usar. No sabía qué decir. No sabía qué cara poner—. Gracias, me gusta —dijo finalmente, cogió su caja negra y se la ofreció a Padme—. Ten.

Padme se puso ansiosa. Un regalo de Damián. Dios mío. No se imaginaba qué podía ser, pero fuera lo que fuese lo guardaría para siempre con especial cariño. Volvió a suspirar. Todos la estaba viendo, todos podían notar su emoción, pero no le importó.

Puso a un lado la tapa y apenas lo hizo un extraño olor se le metió por las fosas nasales. Toda aquella emoción se esfumó, porque lo que había en su interior era el cadáver sangrante y fresco de un conejito blanco con los ojos saltones y rojos, y el pelaje húmedo y manchado.

Se le cayó algo parecido al mundo.

—Ah, es un conejo —dijo, todavía mirándolo.

Poe se inclinó notoriamente para ver. Su rostro estaba contraído por la burla que quería reprimir a toda costa pero que le brotaba de todos modos.

—Definitivamente soy el más romántico de aquí —opinó y luego volvió a su lugar.

Padme miró a Damián y entonces halló en su rostro algo nuevo: vergüenza. Damián estaba apenado. Y un poco disgustado. Pero eso era un sentimiento, ¡un sentimiento!

—Lo cacé esta mañana —añadió él, evitando su mirada—. Es de los que me gustan. De mis favoritos.

Padme no tuvo otra opción que sonreír ampliamente.

Se sintió estúpida por esperar un regalo normal, porque Damián no tenía nada de normal. Era un noveno, y aun así le había obsequiado algo. Aun así, se había apenado. Más aun, estaba haciendo ese intercambio que seguro le parecía ridículo. Y si lo pensaba bien, él mismo había forrado la caja, porque se notaba mal doblada por todos lados, muy torpe.

A pesar de todo le gustó su regalo. Por eso se aproximó un poquito sobre el sofá y dejó un beso sobre la pálida mejilla de Damián.

—Me encanta, es el mejor regalo de todos —le dijo.

Y lo era. Solo porque venía de él.

—¡Perfecto! —exclamó Poe, extasiado—. Ahora vamos a entrar en calor, amiguitos, y luego a ponernos bien locos. ¡Ambrosía para todos! Y cabe destacar que cuando digo «todos» me refiero a todos menos Archie, porque intentó golpearme. —El rubio fingió un puchero—. Y eso ha herido mis sentimientos.

Todos en la mesa rieron, incluso Damián soltó una risa apática. Archie le mostró el dedo de en medio y entonces apareció una de las chicas con una bandeja plateada sobre la que había botella de ambrosía decorada con un lazo que decía: ¡Feliz sangriento San Valentín!

Poe lo sirvió como un experto lo haría, y los seis alzaron sus copas.

—El brindis es por este retorcido pero agradable momento —dijo Archie, mirándolos a todos con una expresión de genuina felicidad—. Porque la manada por fin está completa.

Después de eso bebieron sin medida.

La Ambrosía entró en sus cuerpos y los exorcizó de la mejor manera, sacando sus más divertidos y escandalosos demonios. Eris parecía menos dura e hiriente, y Damián era capaz de comunicarse mucho más.

Bailaron a un ritmo que ni siquiera entendían. Se rieron de cosas que ni siquiera tenían sentido. Hablaron de temas que nunca habrían mencionado, y cuando la noche terminó, cada uno volvió en pareja por su cuenta.

Sucedieron un par de cosas muy interesantes, claro que ninguno de ellos supo ni sabía que lo que aconteció después fue gracias a la clara influencia de la Ambrosía...

Miraremos, por un lado y con complicidad, lo que pasó entre Eris y Poe.

A la salida de la cabaña Eris se despidió de Padme quien se iría con Damián. Ella, por su parte, había aceptado cuando Poe se ofreció a llevarla en su lujoso auto.

Él le abrió la puerta como todo un caballero y ella se subió al asiento del copiloto. Poe entró al auto, lo encendió y arrancó. Su poderosa mano derecha adornada con un rolex en su muñeca, asió el volante con mucha confianza.

—¿Y bien? ¿Te divertiste? —le preguntó él, sonriente, aunque tenía la mirada fija hacia el frente.

A aquel hombre no le cabía el entusiasmo en el cuerpo. Tenía a la pelirroja en su auto, a su lado, solos. Le encantaba que ella lo rechazara, pero, dios santo, era mejor cuando cedía.

—Mucho, sí, bastante —respondió Eris, asintiendo—. No tenía una noche así desde... no me acuerdo, pero fue hace demasiado tiempo.

—Genial. ¿En dónde vives? —inquirió él, aunque lo sabía, pero prefería que ella se lo dijera.

Eris entornó los ojos. Lo pensó, pero no tenía muchas cosas claras en su mente, sino una fiesta muy loca ahí adentro.

—Bueno, sigue, yo te diré en dónde cruzar.

Poe giró la cabeza y, con una sonrisa divertida, la miró.

—No te acuerdas, ¿cierto? —le preguntó.

—Nope —asintió ella.

Ambos soltaron una carcajada limpia y relajante.

—Vale, daremos vueltas por ahí hasta que te llegue a la mente.

Él se fijó en el camino, y Eris se fijó en él.

Bueno, Poe parecía salido de las historias clásicas. Estaba buenísimo. ¿Qué buenísimo? La palabra lo explicaba poco. El cabello rubio le brillaba, desenfadado de una manera perfecta. La piel blanca parecía aterciopelada, con unos cuantos lunares del color de la miel esparcidos por ahí. La nariz perfilada, los ojos tan grises que le daban un aire enigmático, y esa sonrisa juguetona, maliciosa, diabólicamente seductora junto a los labios rosáceos.

¿De dónde carajos había salido ese tipo? ¿Era así por ser noveno o era noveno por ser así? Parecía un absurdo enigma.

—¿Por qué eres así? —le preguntó ella, ceñuda.

—¿Así cómo?

—Tan insistente, aunque te digo que no; y tan positivo, aunque te trato de la patada.

Poe se encogió de hombros. Su contextura era otro nivel. Complejión de nadador con la diferencia de que sus manos eran tan varoniles y las venas se le veían por debajo de los músculos, lo cual le otorgaba un porte poderoso.

—Me gusta lo difícil.

—¿Te gusto por ser difícil? —inquirió ella, más ceñuda aún.

Poe sonrió con su malicia característica.

—Me gustas por muchas cosas, Eris, y esa es una de ellas —le aclaró. Luego le echó un vistazo de reojo—. ¿Yo no te gusto ni un poco?

—Tú le gustas a todas —resopló ella, girando los ojos.

—¿Te incluyes en ese paquete?

—Yo no entro en ningún paquete —dictaminó Eris, alzando la barbilla.

—Porque no me dejas meterte en el mío —dijo Poe.

—¿Qué? —emitió ella, confundida por lo que había escuchado.

—¿Ah? —expresó él, fingiendo ingenuidad—. Nada, nada.

—Uhm.

Eris miró la carretera, pero su mirada volvió hacia él con curiosidad y disimulo. Era tan raro, tan complejo y al mismo tiempo tan básico, y eso la enfadaba. De hecho, estaba muy enfadada con él. ¿Por qué no estarlo? ¿Y por qué había que tener una razón? No la tenía, ¿o sí? Quizás sí. Quizás le enfadaba el hecho de que fuera tan guapo, tan gracioso, tan inteligente, tan egocéntrico, tan...

—Para el auto —le exigió ella.

Poe lució desconcertado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Para el auto Poe Verne.

Poe frunció las cejas, pero obedeció. Si esa orden hubiera venido de cualquier otra chica, no le habría hecho caso en lo absoluto, pero no tenía intenciones de hacer que Eris se sintiera incómoda. No era así como él procedía con las mujeres, no. Verne sabía de sobra qué decir, qué hacer, qué pensar para que cedieran y se entregaran por sí solas.

—No vas a bajarte aquí, ¿o sí? —le preguntó él.

No, esa no era la idea de Eris. Ella estaba enfadada, y su enfado le reclamaba hacer algo. Le había llegado de repente a la mente y se sentía segura de poder ejecutarlo.

Eris se reacomodó sobre el asiento, extendió un brazo, cogió el cuello de la camisa de Poe y con brusquedad lo impulsó hacia ella para darle un beso.

Un beso.

Un beso entre Poe y ella.

Lo gracioso fue que asumió que, haciéndolo, probaría que podía sentirse superior a él. Sin embargo, en cuanto sus labios tocaron los de Poe, lo que probó fue que él era superior a ella por creces. Y no solo superior, sino exquisito, delicioso, embriagador, único.

Jamás había besado a alguien así. Nunca.

Poe reaccionó al beso en un instante. Entreabrió los labios obligando a Eris a hacer lo mismo, y su lengua exploró su boca con un dominio firme e irrefutable. No había nada en aquel beso que ella pudiera clasificar como débil, aburrido o inexperto. Todo lo contrario, esos eran los movimientos de un maestro, de un veterano en asaltar bocas.

Y la irritó tanto que sintió la necesidad de superarlo.

Enredó su mano en el suave cabello de Poe y lo atrajo más hacia sí. Entonces, profundizó el beso. Mordió su labio inferior, lo retuvo y luego lo soltó. Se separaron un microsegundo para respirar y reanudaron la marcha. Los labios se movieron a un compás competitivo, fuerte y demasiado erótico para soportarlo durante mucho tiempo.

De manera que ella lo detuvo.

Cuando se miraron las caras, estaban jadeando. Poe parecía sorprendido al igual que la pelirroja, y su boca había adquirido un rosado más intenso. Las mejillas de Eris tenían un tinte de sonrojo, pero ella sentía algo más. Estaba caliente. Se sentía desinhibida. Quería hacerlo de nuevo.

Joder.

Maldito Poe Verne. Maldito y sensual Poe Verne.

—Qué asco, besas horrible —le dijo ella, volviendo a su lugar.

Poe se pasó un dedo por el labio para limpiar los restos del mejor beso de su vida, y sonrió complacido y satisfecho.

—¿En serio? No sentí que quisieras terminarlo —defendió él.

—Quería ver si lo mejorabas, pero fue un fracaso.

—¿De verdad? —Poe extendió una mano y le tomó la barbilla con ella, obligándole a que lo mirara—. Vale, mírame a los ojos y dime que lo odiaste.

Ella le sostuvo la mirada por un instante, firme y retadora.

Pero no pudo decirle eso, porque no lo había odiado, sino todo lo contrario. Fue como si la besaran por primera vez, como si un hombre de verdad lo hiciera y no un estúpido niño imbecil.

Poe lo entendió, así que su sonrisa se extendió. En su mirada destellaba un deseo fiero, propio de un animal.

—No sé qué quieres que te diga —resopló Eris.

—Nada, porque hasta aquí se nota que te tiemblan las piernas —dijo él con simpleza.

—A mí no me tiembla nada —soltó ella, mirándolo con furia.

—Bueno, déjame ver.

Poe extendió el brazo para ponerle una mano en la pierna, pero ella le dio un manotazo para apartarlo.

Él alejó la mano y frunció el ceño, confundido. Eris cruzó los brazos y miró fijamente el cristal de enfrente. Poe entonces exhaló y recargó la espalda en el asiento.

Afuera estaba oscuro y se habían detenido en alguna calle solitaria. Sin embargo, eso no era algo que le preocupara al astuto asesino Verne.

—Me besas, pero no dejas que te toque. Te pones en luz verde, pero le agregas un letrero de STOP —le dijo Poe—. ¿Me traduces el mensaje? Porque no lo pillo.

—No hay ningún mensaje.

Su rostro se giró hacia la ventana.

—¿Entonces? ¿Te complace estar luchando con el hecho de que te gusto?

—Quizás —murmuró ella entre dientes, con la mirada fija en algún lugar, como si evitara ver su cara.

Poe realmente no lo entendía.

—¿Por qué?

Eris se encogió de hombros y él asintió.

La verdad era que Poe no sabía por qué ella se resistía tanto, y le parecía admirable que lo hiciera. Las chicas no tenían tanto autocontrol estando cerca de él, pero Eris sí y eso lo incitaba aún más a acabar con ello.

Compartieron un rato de silencio hasta que Poe se aburrió y decidió actuar. Se movió un poco sobre el asiento de manera que pudiera estar más cerca de ella.

Como Eris se negaba a verle a la cara, él acercó la mano a su rostro y sin brusquedad la obligó a mirarlo.

En ese instante Eris entendió por qué se resistía. Poe tenía estampado en la cara: seré tu perdición. Era como una maldición en la que resultaba inevitable caer. Y ella no quería caer, porque era fuerte, no como las mil mujeres que él obtenía con tan solo chasquear un dedo.

Probablemente era eso, que no le gustaba sentirse la chica número setecientos ochenta y nueve, o la chica que se había hecho la difícil hasta que él la convenció y ganó.

Pero ahí estaba, asombroso junto a ella. Ahí estaba, mirándola con un deseo inquietante, y esa mirada por supuesto que le hacía temblar las piernas. Poe le sostenía el rostro, y esas manos, ese contacto, le estremecía la vida de una forma violenta y excitante.

—Bien, ¿te sigues resistiendo o...? —preguntó él en un tono bajo y seductor.

—Eres un imbécil, Poe Verne —murmuró ella, luchando por no bajar la guardia. Poe se relamió los labios y le acarició la barbilla con el pulgar.

—¿Sabes lo mucho que me pone que me digas Poe Verne? —le confesó, y escucharlo así le causó una punzada en el vientre—. Cuando lo dices tú, suena tentador.

Eris tragó saliva. No quería caer, no quería caer, no quería caer...

El rostro de Poe se aproximó al suyo hasta que sus labios quedaron a solo centímetros. Así, uno podía embriagarse con el cálido y fresco aliento del otro. A Eris le costaba respirar con normalidad, y la respiración de Poe era pesada y ansiosa.

—Eres una fiera —le susurró él—. Pero yo soy un buen domador.

La besó de nuevo, pero con una lentitud que se sentía como un delicioso castigo para el cuerpo. Primero los labios juntos y luego la exquisita lengua de Poe corrompiendo la suya.

Eris finalmente soltó un gemido suave, de rendición. ¿Ya con qué iba a luchar? ¿Con el temblor en sus piernas? ¿Con la punzada en su vientre? ¿Con la debilidad en sus manos? ¿Con la calentura de su cuerpo? ¿Con el dolor en las zonas más recónditas de su anatomía?

Poe culminó el beso con una delicada lamida a su labio inferior y se apartó unos centímetros.

—¿Ves? —inquirió él, muy estable en comparación con ella—. Y si vuelves a rugir, vuelvo a amansarte.

—No soy un animal —susurró Eris.

Quería negarse, refutar como siempre, pero no podía apartarse. En verdad era como si él la dominara y la hiciera entrar en un estado de pasividad absoluta.

Sus besos eran poderosos, joder, y su tacto tan firme que no le permitía reprochar nada.

—No, pero yo sí —expresó él, devorándola con la mirada—. Muerdo, aunque de seguro te va a gustar.

Poe tiró de su brazo y la ayudó a ponerse a horcajadas sobre él.

Dios santo. Estaba sobre Poe. Haciendo contacto con Poe. Besándose con Poe. Permitiéndole a Poe hacer lo que tanto le había negado. Y ni siquiera podía retractarse, porque no quería. No quería estar haciendo otra cosa que no fuera eso.

Él puso las manos sobre sus muslos cubiertos por el jean, y les dio un apretón. Luego acercó su boca a la barbilla de la pelirroja y comenzó a darle besos pequeños desde ahí hasta el cuello. En cierto punto añadió una lamida y un mordisco suave.

Eris gimió.

Mierda.

Se oía increíble. Podía oírse mejor, claro, estaba seguro de que sí. Le encantaba el solo imaginarlo.

Estaba loco por Eris. Le gustaba mucho ese cabello parecido al fuego y aquella piel integra y poco explorada. Él sabía que nadie la había tocado demasiado, y el que lo había hecho era solo un novato. Ahora podía enseñarle lo que era ser tocada de verdad, lo que era gemir de verdad, lo que era estallar de placer absoluto. Y en cuanto lo supiera, ella no encontraría una satisfacción igual en otro hombre que no fuera él.

Nunca encontraban a nadie igual, y entonces las chicas lo buscaban como locas. Para ese momento Poe ya estaba demasiado aburrido como para aceptarlas de nuevo, pero si Eris venía a él una segunda vez, él la recibiría dispuesto a todo.

—Poe —logró pronunciar ella.

Él no se detuvo. Continuó besando su cuello y mordiendo su piel, pero respondió:

—¿Uhm?

—Yo...

¿Ella qué? Quería decirle algo, pero no le salían las palabras. Con cada beso Poe destruía sus defensas, sus armaduras, su firmeza. Le recorrió la mejilla y atrapó sus labios. La besó con unas ansias encantadoras, marcando un jugueteo de bocas tan coordinado que podía causar envidia.

De repente succionó su lengua y fue delicioso, nuevo.

¿En dónde había aprendido eso?

Pff. La pregunta era estúpida. Ese hombre era Poe Verne, ¿se le olvidaba o qué? Noveno cuya característica era la lujuria, por lo que buscar mujeres y seducirlas era su razón para respirar.

Eso era lo que quería evitar, sentirse usada para satisfacer un simple deseo. Evitar lo que le había sucedido antes con aquel chico que le había robado la virginidad a base de promesas absurdas. Evitar ilusionarse con un hombre que jamás le pertenecería a una sola chica.

Ella era fuerte, pero no sentía que tuviera lo necesario para que Poe no necesitara tocar a nadie más.

Así que, ¿y si dejaba que Poe hiciera lo que tanto quería? Luego ya no tendría por qué fijarse en ella y la dejaría en paz, ¿no? Y entonces no tendría que volver a lidiar con sus insistencias, sus acercamientos o sus ojos, su sonrisa o nada de lo que la atraía.

Si follaba con Poe Verne, se libraría de su presencia.

Sin embargo, no de lo que estaba sintiendo en su piel, en su cuerpo, en su ser.

A veces creía que Padme era estúpida, pero ella lo era más.

Poe la tomó por la cintura y la envolvió con sus brazos fuertes y varoniles. Su fragancia era puro lujo y poder. Eris se dejó llevar un instante más mientras él deslizaba las manos hacia sus nalgas. Llegó a ellas, dio un par de apretones y las palabras solo salieron de su boca:

—Si hago esto contigo, ¿estarás satisfecho para siempre?

Poe quedó desconcertado. Estudió el rostro pecoso de la pelirroja con confusión.

—No entiendo.

—Que si dejas que me folles, ¿me dejarás en paz?

—¿Estás dejando que te toque para que luego te deje en paz? —inquirió él como respuesta, como si no hubiera captado bien el mensaje.

—Es lo que vas a hacer, ¿no? Eres Poe Verne, necesitas mujeres, sexo, todo eso.

—¿Qué importa lo que voy a hacer después? —preguntó, ceñudo.

Eris suspiró.

—Mira, podemos acabar con esto, porque es cansino. No soy tan inhumana como tú, ¿sí? Tengo... sentimientos, y no dejaré que juegues con ellos.

—¿Sientes algo más por mí? —inquirió Poe, ahora sí tomado por sorpresa.

Eris desvió la mirada. Justo en ese momento no sabía qué demonios sentía, pero estaba segura de que podía llegar a sentir más.

—Hey —Poe buscó su mirada.

Era fascinante cómo reaccionaba, tan humana pero al mismo tiempo no. Ella no era como Padme, todo lo contrario, tenía algo oscuro dentro de sí y él lo percibía. Poe en definitiva quería ver esa oscuridad, verla fluir.

—No te prometo algo como lo que tienen Tatiana y Archie —dijo él, bastante sincero—. Quizás tampoco como lo que tienen Damián y Padme...

—No quiero nada de eso —confesó ella.

Estaba furiosa, pero consigo misma.

—Bien, entonces puede ser algo a nuestra manera —finalizó él y la sostuvo para reacomodarla sobre sí.

Eris sintió la dureza de Poe debajo de su postura y se mordió el labio inferior.

—¿Y qué tal si yo quiero que no estés con otras mujeres? —soltó Eris con brusquedad.

—Bueno... —La atrajo hacia él y sobre sus labios dijo—: Vas a tener que mantenerme satisfecho muy a menudo. ¿Puedes con eso?

—¿Qué tan a menudo?

—Solo te diré que vamos a pasar mucho tiempo desnudos —susurró Poe, y sintió que ardía cuando Eris movió ligeramente las caderas.

—De acuerdo, entonces te doy lo que tú quieres y me das lo que yo quiero.

Poe Verne guiñó el ojo y emitió una risilla baja.

—Parece un buen trato.

Eris sabía que aquello era peligroso. Sin embargo, lo intentaría, aunque debía ser realista. Si no quería terminar destrozada, levantando más muros para crear una fortaleza impenetrable, tenía que entender desde un principio que Poe Verne no la quería de verdad, y jamás lo haría.

Es decir, si la hubiera querido, no estaría permitiendo que aquello pasara en un simple auto.

Si la hubiera querido, no le habría permitido quitarse la camisa.

Si la hubiera querido, él la habría detenido en el preciso instante en que se desabrochó el pantalón.

Si la hubiera querido, él habría notado que ella estaba entregando todo de sí, mientras él no entregaba absolutamente nada más que el deseo que había estado acumulando.

Si la hubiera querido...

Habría notado que le estaba haciendo un daño irreversible.

Pero eso no estaba en su naturaleza.

Y no lo estaría jamás.

No obstante, mientras ella gemía y admiraba el talento y la grandeza de Poe, nacía por ahí la chispa de la obsesión...

Volviendo horas atrás, Padme se despidió de Eris quien sería llevada a casa por Poe. Mientras tanto, ella regresaría junto a Damián.

La Ambrosía era una cosa magnífica a decir verdad, porque incluso había visto a Damián sonreír más de lo habitual. ¡Incluso habían bailado! Lo cual implicaba contacto físico.

El resumen era simple: se habían tocado, sí, y ella había aspirado su delicioso aroma masculino. Pensar en ello se sentía raro, pero genial. Si le hubieran pedido que describiera cómo se sentía en aquel momento, habría dicho:

Como una tontita enamorada.

El bosque estaba oscuro, pero los pasos de Damián eran confiados, así que los suyos también. El chico llevaba una chaqueta de cuero marrón y la brisa nocturna desordenaba más su cabello azabache.

Era una figura esbelta y retorcida caminando en medio de la noche. A Padme le encantaba esa oscuridad en él, ese misterio, ese aire peligroso que lo rodeaba.

—¿Vas a poner la fotografía en tu cuarto? —le preguntó ella.

Padme llevaba su caja bajo el brazo, con su conejito muerto. Damián, por su parte, había guardado el portarretratos en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Sí, aunque no sé si quiero a Poe ahí mirándome todo el día —respondió él, haciendo un gesto de duda—. Y tú, ¿te quedarás con el conejo?

Padme sonrió. No podía tener un conejo muerto en su habitación. Su madre se pondría loca. Pero tampoco quería decirle que debía echarlo a la basura.

—Hasta que pueda —se limitó a responder.

Damián bajó la cabeza y dijo algo inesperado:

—Lo siento. —Padme lo miró, desconcertada—. No es lo que se regala en este día, ¿cierto?

—Se regala cualquier cosa con un significado especial, Damián —le aclaró—. Esto cuenta.

Él asintió y adoptó un aire pensativo. Padme no podía creer que se hubiera disculpado. ¿Lo decía en serio o era una broma?

—¿Cómo es este día? —preguntó de repente y giró la cabeza para verla—. Siempre he oído de él, pero no me ha importado. Me refiero a, ¿cómo actúa la gente normal?

Padme no se esperó esa pregunta, pero no le molestaba responderla. Aquello era más de lo que solían hablar, y le agradaba mucho.

—Bueno, hoy la gente celebra la amistad y el amor. Los amigos se regalan cosas o pasan un rato divertido; y las parejas salen, se ponen románticas y eso.

Damián frunció el ceño como si le hubieran dictado una fórmula de física cuántica.

—¿Las parejas salen?

Padme asintió mientras iba mirando sus pasos.

—Sí, tienen citas. Los chicos que gustan de las chicas, las invitan a citas.

Damián procesó algo en su mente. Él no entendía mucho el comportamiento humano normal. Bueno, en parte él también era humano, pero siempre veía innecesario y absurdo lo que normalmente se veía imprescindible y maravilloso.

—Es decir que hoy debí haberte invitado a una cita —dijo él, dudoso.

Padme parpadeó, tomada por sorpresa. ¿Eso había salido de su boca? ¿De la boca del insensible de Damián? ¿Por qué no estaba diciendo que el concepto de una cita era estúpido?

—Pues, si yo te gustara sí —murmuró ella.

—¿Y cómo es ese asunto de las citas? —preguntó Damián, curioso.

De repente caminaron a la par, y no tan lejos el uno del otro.

—Pasar un rato juntos, haciendo cualquier cosa pero solos —replicó Padme con simpleza.

—¿Cómo lo que estamos haciendo justo ahora? —señaló él.

Padme inhaló hondo.

—Uhm, parecido.

Damián lanzó otra igual de inesperada:

—¿Y tú querías que yo te invitara a una cita? —Y cuando ella creyó que no podía ponerse más raro, él añadió—: Me cuesta mucho saber qué quieres, Padme.

De acuerdo, el momento era extraño. Él le estaba preguntando qué quería. No era que no le gustara, es decir, se sentía fantástico que Damián quisiera saber ese tipo de cosas.

Padme quiso sonreír, pero temía que él se cohibiera o volviera a su cueva de silencio e inexpresividad.

—No, yo solo quería que la pasáramos genial —confesó, esa vez mirándolo.

Damián lucía relajado, no tan rígido y serio como siempre—. Y me sucede lo mismo, tampoco te entiendo.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco es que hay tanto que entender. Como, duermo, voy al baño, mato...

—Ajá, muy básico —bromeó ella.

Él se pasó una mano por el cabello, disfrutando de la brisa.

—Tú eres más compleja. Quieres... cosas, muchas.

Padme negó con la cabeza.

—Crees que quiero muchas, y a veces todo se reduce a querer una —confesó, aunque eso era revelarle demasiado.

Damián se mostró interesado.

—¿Qué?

—Pues... —Padme sostuvo su mirada oscura pese a que le ardía la cara de vergüenza—. A ti. —Luego sintió la necesidad de aligerarlo un poco—. Aunque es más como estar enamorada de mi vecino que no me pela, super cliché, ¿no? La comisura derecha de la boca de Damián se elevó en una sonrisa... ¿maliciosa?

—No es así. Ando contigo, ¿no?

Padme resopló, divertida.

—Porque debes. Eso no cuenta, y demuestras que te hartó.

—Sí que me hartas, Padme, mucho —se sinceró él.

Eso le dolió. Ella lo sabía, pero que Damián lo confirmara era peor. Solía lidiar con su indiferencia y a veces con su rechazo, y la lastimaba. Sentía un sinfín de cosas por Damián desde que era una niña, tanto que aquello la destruía poco a poco, más cuando él demostraba no soportarla.

—Vale... —susurró y volvió a mirar al suelo.

—Pero permito que me sigas hartando —añadió él, y eso no hizo nada menos cruel.

—Ah, pues, gracias...

—¿Qué más hacen hoy los chicos normales con las chicas? —preguntó Damián, aún lleno de dudas.

Padme ya no quería responder, pero ella no era como él, no desaprovechaba las mejores oportunidades. Y había que recalcar que poseía una tolerancia y una paciencia admirables.

—Bueno, cuando termina la cita las llevan a sus casas, las besan y se van. O ambos deciden pasar una noche, ya sabes, juntos.

A Damián le costó un poco entender esa parte, pero fue fácil llegar a la conclusión de que se trataba del contacto físico, los besos, el sexo. Los humanos se volvían locos por ese tipo de actos que a él le parecían poco significativos. Sin duda alguna, tocar a otra persona no le daba el mismo placer que matar.

—¿Besos? ¿Follar?

Padme ocultó su cara, porque le ardieron las mejillas. Últimamente, solía relacionar esas palabras a Damián. Ella era una chica y él le gustaba mucho, además, él era guapo, olía bien, tenía un par de gestos tan naturales que resultaban seductores, y entonces su cuerpo solo se estremecía cuando lo tenía cerca.

Con otros chicos no pasaba lo mismo, pero Damián se le aproximaba lo suficiente y su corazón latía como loco.

—Sí.

—¿Y tú quieres eso también?

Casi se dio de boca contra el suelo, porque se le enredaron los pies con una rama. No la vio por la sorpresa que la pregunta le causó, pero Damián la sostuvo del brazo y la equilibró.

Resultaba chistoso lo ágil que era.

—¿Yo? No, es que, no, o sea... —masculló ella.

Damián volvió a sonreír de aquella manera extraña. No era un gesto exagerado, sino ladino y cada vez que lo hacía parecía que estaba a punto de hacer algo muy malo.

—Está bien, entiendo —dijo él y se acercó a un tronco hueco que había justo a un lado de ellos.

Se sentó en la base, recargó la espalda y luego la invitó a sentarse junto a él. Padme aceptó. A decir verdad, no quería regresar aún. Era entretenido estar con un Damián comunicativo.

—Así que una cita, un beso, ¿y luego? —comentó él en cuanto ella tomó lugar sobre una pilita de hojas acumuladas.

Padme dejó su caja a un lado. Podían verse entre la oscuridad si tan solo giraban el rostro, pero lo tenían fijo hacia donde el bosque se extendía pleno y silencioso.

—Nada, luego nada —dijo ella—. Las citas y los besos se hacen todos los días cuando se está enamorado.

—¿Tú has estado enamorada? —inquirió él.

Padme suspiró y recargó la cabeza hacia atrás en el tronco.

—Creí estarlo a los quince años cuando salí con un chico —confesó.

Lo recordaba todo tan claramente, y ahora parecía chistoso. A los quince años era incluso más tonta que ahora, pero Damián no era tan importante en su vida. Seguía ahí como un recuerdo, sin embargo, ella creía que podía tener una vida ajena a él.

Ya no parecía posible.

—¿Y qué pasó?

—Pasaste tú.

Damián no lo comprendió, así que giró la cabeza y la miró, confundido.

—Literal, pasaste tú —aclaró Padme entre una pequeña risa—. Yo estaba en el centro comercial con él. Compartíamos un helado enorme. Lo estaba mirando con ojos de amor, estaba a punto decirle que lo amaba, pero tú pasaste caminando por detrás para entrar a una tienda, y en cuanto te vi no pude decirlo porque absorbiste mis pensamientos. Y su nombre se convertía en tu nombre. Damián quedó asombrado. Así que esas eran las cosas que ella sentía por él. Las decía con una facilidad impresionante, y peor aún, sonaban sinceras. En Padme todo sonaba sincero, siempre. ¿Cómo podía soltarlo todo y para él resultaba tan

difícil expresar aunque fuera uno de los deseos más oscuros que ella le despertaba?

—Evitaste que quedara como tonta, porque él no me quería. Me dejó cuando me negué a acostarme con él.

—¿Tampoco te acostaste con él por mí?

—¡No te creas el centro del mundo, Damiánmataconejos! —bromeó Padme entre risas que luego se convirtieron en un suspiro—. No sé por qué no lo hice, pero no lo hice y es lo importante.

Damián sacudió un poco la cabeza.

—Entonces tú no has...

Padme alzó las cejas y sonrió.

—¡Ah, sí! Luego sí, con un chico mejor. Fue una grandiosa primera vez.

Damián soltó un gruñido. Esperaba que ella le dijera que no, pero el saber que sí, fue una desagradable sorpresa.

Padme sintió un dejo de satisfacción y estudió su rostro.

—¿Y tú? ¿Alguna chica ha sido lo suficientemente interesante para que Damián Fox la desnude? —le preguntó ella, así sin más.

A pesar de su atrevimiento, no sabía si quería escuchar la respuesta. Saber que Damián había hecho con alguna chica todo lo que ella fantaseaba con hacer con él, la destruiría. Pero, ¿cuánto más uno podía romperse? Una grieta extra daba lo mismo.

—No —respondió él, tan serio que ella supo que era verdad—. Nunca.

—¿En serio?

Damián hundió las cejas y la atravesó con la mirada.

—Bueno, ¿te parece que ando follando a cuanta encuentre?

—No.

—Pues ahí está.

Padme parpadeó, asombrada. Sus comisuras se elevaron de forma inevitable.

—Eres virgen —pronunció.

—No creo en ese término —dijo Damián con frialdad.

Padme se mordió el labio, contenta. Bueno, eso era suficiente. Le bastaba con saber que Damián era así de distante con todos sin excepción.

—No diré que no estoy feliz de oír eso —exhaló ella.

De repente, el cielo lleno de estrellas parecía glorioso.

—¿Sí? Pues yo no estoy muy feliz de escuchar que otro ya te metió en la cama, y además que te gustó —soltó Damián con una nota de amargura—. ¿No tienes apenas diecisiete años?

Aquello la dejó pasmada. ¿Qué diablos...? Dios santo, debían tomar más Ambrosía, porque esa reacción era totalmente nueva. ¿La nota de enfado en su voz era por culpa de lo que ella le había confesado?

—¿Y eso qué tiene que ver? Usé protección y fue solo con él —expuso Padme. Damián formó una línea con los labios, como si estuviera reprimiendo algo.

—Claro.

Padme parpadeó como si ante sí no tuviera al mismísimo Damián.

—¿Me vas a decir que te dan celos?

—Pues a mí no me gusta que toquen lo que es mío —se limitó a responder él, evitando mirarla. Ella, por el contrario, no quería perderse ninguna expresión de su cara.

—No soy un objeto, y en todo caso, en ese momento no sabías de mi existencia. Damián por fin la observó, enojado.

—No me refiero a que seas un puto objeto, sino que me cabrea mucho que... — Se interrumpió, pareció pensar algo y luego volteó la cabeza—. Ah, una mierda. Nada.

Padme temió perderse una confesión importante. Su corazón estaba acelerándose. Ese gesto de celos... ¿acaso Damián sentía más de lo que demostraba? Si era así, una señal más sería suficiente para que ella lo comprendiera.

—¿Qué? ¡¿Qué?! —preguntó con insistencia.

Damián no volteó, pero lo explicó con voz sombría:

—Ahora que lo sé, es como si tuvieras encima la marca de alguien más. Nosotros somos así. Todos menos Poe, claro, él se mea sobre las marcas de los demás.

—¿Tengo la marca de ese chico? —replicó ella, torciendo el gesto—. ¡Es absurdo!

—Para mí no —soltó, tajante.

Padme lo admiró un instante. Su Damián era el único hombre que podía decirle todo eso y aun así mantener el violento atractivo que la cautivaba. Hablaba de una estúpida marca y ella se estremecía. Demostraba tener celos y ella ansiaba más.

No solía obtener nada de él, y recibirlo era emocionante.

—Vale, pues tendrás que vivir con eso —le dijo ella, encogiéndose de hombros—. Además, yo no te pertenezco.

Esa flecha dio justo en el núcleo de la ira de Damián, porque se giró y con brusquedad soltó:

—¿Ah no? ¿No? No pudiste decirle a un chico que lo amabas porque me viste. Dijiste que tus deseos se reducen a tenerme a mí, y mencionaste que estás enamorada, eso es pertenecer.

Padme se mantuvo tranquila. Quería enojarlo, llevarlo a algún límite, así que fingió desinterés.

—No lo es, porque tú no sientes lo mismo.

Damián no tenía manera de entender que le estaba dando justo lo que ella quería, porque su sentido animal, su sentido de noveno, estaba nublado por la confesión.

Era cierto que todos los de su clase eran diferentes, pero compartían esa costumbre de creer que nadie podía pisar su territorio, porque quien lo hiciera merecía la muerte.

—No siento lo mismo desde tu perspectiva, pero desde la mía tú no eres de nadie más que de mí, ¿te queda claro? —le dijo Damián, entonces le cogió el rostro y lo giró para que lo observara—. Te bese o no, tengamos sexo o no, estamos juntos y todos lo saben. ¿O no lo ves porque no te lo he pedido como cualquiera lo haría? ¿Tengo que preguntarte si quieres ser mi novia? Porque yo creo que tú sola te has puesto en ese lugar, y no quieres dejarlo.

Padme reaccionó a esas palabras de una forma genuina.

—Pues esta es una relación confusa, Damián —señaló con firmeza, sin demostrarle temor alguno—. No sé cuándo soy tu novia y cuando no. Me parece que es un lugar en el que me pones cuando te conviene.

—Todo el maldito tiempo lo eres, pero crees que no porque no andamos pegados como garrapatas.

Padme soltó una risa absurda.

—Es increíble...

Damián acumuló más furia por no entender aquello.

—¿Qué?

—Que me mantengas a distancia pero saber que estuve con alguien más te ponga como loco —explicó ella y luego entornó los ojos—. ¿Te molesta porque te hace entender que puedes perderme?

Damián soltó aire por los orificios nasales y de repente suavizó la expresión. Desde la perspectiva de Padme, el enojo causado pareció disiparse, pero en el fondo del chico seguía ardiendo.

Él no la soltó.

—Yo nunca te perderé, Padme —susurró, con la mirada oscura y siniestra clavada en ella.

—¿Estás muy seguro de eso?

La sonrisa ladina y macabra apareció.

—No, tú estás muy segura. —Aligeró el agarre a su mandíbula y observó sus labios—. A ti no te gusta otro tipo que no sea yo, ni te gustaría.

Pasaba algo muy curioso. No había manera de que Padme supiera esto, pero Damián no repugnaba por completo el contacto físico. Él podía tocar a alguien si de eso obtenía algún beneficio. Sin embargo, las cosas que sentía por Padme, fueran lo que fuese, despertaban en él exigencias nuevas e interesantes.

Si lo ponían a elegir entre un beso y la distancia, escogería la distancia; pero si tenía que elegir entre un beso con Padme y un beso a otra chica, habría elegido lo primero. No obstante, él era un chico, y había algo a lo que todo chico reaccionaba sin dudar...

Padme tentaba a Damián de maneras oscuras, macabras y crueles. Pero era tentación al fin y al cabo.

—Mira como hablas con esa seguridad —murmuró ella, muy quieta—. Eres condenadamente astuto, Damián, pero debe existir alguno más astuto que tú.

San Valentín con los novenos (Segunda parte)

Damián curvó la boca hacia abajo y luego le pasó el pulgar por el labio inferior. Padme lo sintió nuevo, estremecedor.

—Puede que sí —asintió él—. Pero la astucia no le serviría de nada.

—¿No?

—No —negó mientras deslizaba los dedos hacia abajo, guiándolos en dirección al cuello de Padme—. Digamos que hasta el más cruel e inteligente del mundo fracasaría si intentara tenerte. —Se inclinó un poco hacia adelante y se acercó a ella como si quisiera contarle un secreto—. Porque no te haría temblar como yo.

Aquel susurro le erizó la piel de una forma deliciosa. Damián en plan odioso y amargado tenía su toque atractivo, pero Damián en plan celoso y seductor era algo cósmico.

—Quizás tiemblo de miedo —defendió ella, intentando no mostrar debilidad.

—O quizás tiemblos de deseo —rebatió Damián y volvió a enderezarse para mirarla. En sus ojos oscuros chispeaba una malicia salvaje—. Es eso, ¿no? Que lo poco que nos acercamos te pone ansiosa. Entonces, cuando te toco, parece que vas a explotar.

—Tú no me harías explotar...

—¿Me estás retando? —le interrumpió él, divertido.

Padme tragó saliva cuando los dedos ásperos y cálidos de Damián le acariciaron el cuello. Claro que era cierto. Imaginaba tantas cosas con él que cuando sucedía un pequeño roce, se encendía por completo.

Ardía de necesidad.

Ardía por Damián y todo lo que le negaba.

—Basta —soltó Padme y le manoteó la mano—. Te estás burlando de mí. No me gusta. No es justo. Tú no sabes... no sabes lo mal que me haces.

—¿Y si te hago un mal mejor?

Damián actuó tan rápido que Padme no tuvo tiempo de reaccionar. Le enredó una mano en el largo cabello y de un tirón la atrajo a su boca.

Le dio un beso. Un beso brusco, salvaje y demandante. Atacó su boca como si él fuera el único y gran dueño que reclamaba ser reconocido. Rozó ambas lenguas de una forma que les quemó y que luego se fundió en un placer feroz.

Padme lo permitió como un turista explorando nuevos territorios. Descubrió algo fantástico allí, que no había otra manera que quisiera ser besada que así, con todo el erotismo de un noveno.

Cuando se separaron, Padme cogió aire. Su corazón latía a mil.

—¿Alguien te besó así antes? ¿Alguien te hizo sentir así antes? —preguntó él, complacido, aún sin soltar su cabello.

Padme no supo qué decir. Claro que no. Nunca. Aquello sucedía exclusivamente con él.

—No... —exhaló.

—Entonces voy a borrar esa maldita marca —gruñó Damián.

Se impulsó sobre ella hasta que la obligó a recostarse sobre el suelo. Padme cedió con una facilidad cómoda. Sintió todo su peso masculino encima, su pecho duro sobre su pecho blando, sus piernas encajando con las de ella, y sus labios moviéndose al ritmo de los suyos.

El beso era caliente, húmedo, de lenguas que se tocaban, jugaban, lamían y succionaban de una forma deliciosa.

Joder. Damián sabía exquisito, como a peligro, como a la propia muerte. Y se sentía fabuloso probar la oscuridad. Era todo lo que estaba mal en la vida y al mismo tiempo lo único que estaba bien. Besarlo, sentirlo, permitir que en reclamo pusiera sus manos en cualquier parte...

Tuvieron que tomar aire. Ambos jadeaban. Sus pechos subían y bajaban frenéticamente.

Ella sentía palpitar cada parte prohibida de su cuerpo, pero, ¿Damián sentiría lo mismo? ¿O lo hacía solo por la supuesta marca y los celos? Tenía que comprobarlo.

—Sí, nadie causa en mí el efecto que causas tú —le dijo ella. No era un problema abrirse a él, confesarle todo, solo quería que él hiciera lo mismo—. Pero, ¿yo causo algo más en ti?

Padme puso la mano en su pecho y la deslizó lentamente hacia abajo, sosteniendo el borde de su pantalón.

Damián tragó saliva.

—Sí, creo que sí —replicó con voz ronca.

—¿Crees? Tienes que estar seguro —añadió Padme, y con el dedo índice apartó el borde de la camisa para acariciar la piel desnuda de su pelvis.

Damián soltó aire por la nariz. Lo sentía. El contacto suave y dedicado surgía efecto. ¿Cómo no? Si era la primera vez que su cuerpo hacía contacto con uno femenino, y no cualquiera, sino con el de Padme.

Su Padme. No la de aquel imbécil que la había marcado antes. Era suya. Lo sabía porque ella temblaba a causa de él. Ella lo necesitaba, estaba llenándose de calor porque él la había besado y la tenía debajo de sí. Por su mente pasaba su nombre, su imagen, todo lo que él representaba.

Y así tenía que ser por siempre.

—Estoy muy seguro de que nada de lo que quiero hacerte es bueno... o legal —murmuró él.

Padme soltó una risita bajo sus labios.

—Cierto, eres mayor que yo, pero debe ser legal si es consentido, ¿cierto? —dijo, divertida—. Creo que me gustaría que me hicieras todo eso que quieres.

—Es peligroso —susurró Damián.

Padme formó círculos con el dedo sobre la pelvis desnuda y caliente del chico. Si iba un poco más abajo...

—¿Qué tanto?

—Podría matarte —respondió él. Su voz era más ronca y con un ligero tono jadeante—. Pero tengo que hacer algo para eliminar esa marca, o no voy a poder dormir tranquilo.

En cuanto la besó, reacomodó su posición y las piernas de Padme se ajustaron alrededor de la cintura de Damián. Ella sintió la dureza golpeando el sitio que más le dolía en aquel momento, y emitió un gemido suave, semejante a un suspiro.

Damián le mordió el labio inferior con la fuerza y la maldad suficiente para que brotara una línea de sangre, y la lamió con entera satisfacción. El sabor de la sangre mezclado con el sabor de la boca de Padme era glorioso.

Una gran carga de energía se estaba acumulando en su entrepierna, y sentía la piel caliente. Era algo tan nuevo que solo sentía necesario dejarlo fluir.

Padme soltó un quejido.

—Quieres hacerme ese tipo de cosas, ¿no? —le preguntó ella—. Cosas que duelen, pero que al mismo tiempo dan placer.

—Cosas como esta...

Damián cogió el borde de la camisa de Padme y la despojó de ella en un segundo. La brisa fría y nocturna le acarició la piel desnuda. No llevaba sujetador. Ella no lo necesitaba y tampoco le gustaba mucho. Así que Damián observó su pecho íntegro y pálido. Acercó la boca a uno de ellos y mordió el duro botoncito rosa sin demasiada suavidad.

Padme emitió un quejido. El dolor se sintió asombroso.

—Y estas... —susurró él para después succionar con fuerza justo por debajo de su pecho, sobre la piel.

En cuanto la soltó, esa parte se tornó violácea y rojiza. Una marca. Una marca mejor que la del chico que la había tocado primero.

Damián regresó a su rostro, mientras tanto, acarició con curiosidad el botoncito rosa que no había mordido.

—Eres hermosa, Padme —le susurró él, disfrutando de la vista y el contacto con su cuerpo.

—¿Más que la muerte?

—Tan hermosa como ella.

—¿Y cuál te gusta más? —preguntó Padme.

Damián suspiró.

—Ambas, juntas, deben ser lo más hermoso que he visto en la vida.

Ella sonrió. A pesar de que Damián no había hecho algo así con nadie, su forma de proceder era muy segura y placentera. Pero claro, él era ágil en tantas cosas que habría sido ridículo que no lo fuera en el arte de tocar...

—Eso es macabro...

—Te gusta lo macabro —expresó él, sonriéndole como un animal encantador.

Ella tragó saliva y se atrevió a hacer un movimiento. Le quitó la chaqueta y él se lo permitió. Luego intentó hacer otro. Le quitó la camisa y él también se lo permitió. Un segundo después, sus torsos desnudos y suaves hacían contacto, enviándoles corrientes hacia las zonas más sensibles y calientes.

—No vamos a llegar muy lejos —le advirtió Damián.

—Sí, sé que sería peligroso —dijo ella con frustración.

—Pero podemos hacer un par de cosas...

Padme sonrió con entusiasmo.

—¿Cuáles?

Damián exhaló y se incorporó. Padme abrió las piernas a su alrededor para darle espacio. Él se veía magnífico así. El cabello despeinado, los hombros libres, anchos y poderosos, y... aquel incremento en el volumen del bulto de su pantalón.

Damián desabrochó el botón del jean de Padme. Ella no dijo nada. Se limitó a morderse el labio, observando cada movimiento del chico.

Damián bajó el cierre y de un tirón la despojó del pantalón. En cuanto quedaron al descubierto sus caderas, sus muslos y todo aquello, no sintió frío porque estaba más caliente que nunca. El simple hecho de que Damián la estaba desnudando, le causaba una excitación sobrenatural.

Quedó tan solo con las bragas, y Damián la devoró con la mirada.

—Me dijiste que no podía hacerte explotar, ¿cierto? —le preguntó él, maliciosamente jugueteando mientras bajaba el dobladillo de su braga.

—Sí... —musitó ella.

—Bueno, no deberías subestimarme.

Le destrozó la braguita de un tirón. Enterró los dedos en sus muslos sin un ápice de delicadeza y en cuanto inclinó la cabeza para hundirla entre sus piernas, Padme cerró los ojos.

El beso que Damián le dio en aquella zona, fue la mejor experiencia de su vida. Y sí que explotó, no una sino dos veces.

Es posible que aquel bosque jamás hubiera presenciado a un animal devorar a una presa de manera tan exquisita. Es posible que tampoco hubiera oído tales gemidos, y que menos hubiera sido testigo de cómo dos cuerpos hervían de deseo.

Lo que el bosque sí sabía era que ese deseo era oscuro y peligroso.

Claro, el bosque sabía de sobra que ese amor era una obsesión.

Cuando Padme llegó a su casa esa noche, como si flotara en el aire, lamentó tener que desechar el conejo en la caja. No podía conservarlo porque el olor impregnaría su habitación. Así que se puso unos guantes, buscó una bolsa negra y sacó el cadáver del animal para embolsarlo.

En ese momento contempló algo al fondo de la caja. Algo que había estado siendo aplastado por el conejo.

Algo entre la espesa sangre.

Una fotografía.

Una fotografía de ambos, de él y ella. Damián y Padme, juntos. Sentados en la cabaña. Tomada algún día. Un día en el que ella no se había dado cuenta.

Estaban solos. Mirándose. Hablando.

Así que ese era su verdadero regalo de San Valentín. Algo que podía guardar para siempre. Una fotografía cuyas manchas de sangre, al igual que el amor que inspiraban ambas miradas, no desaparecería jamás.